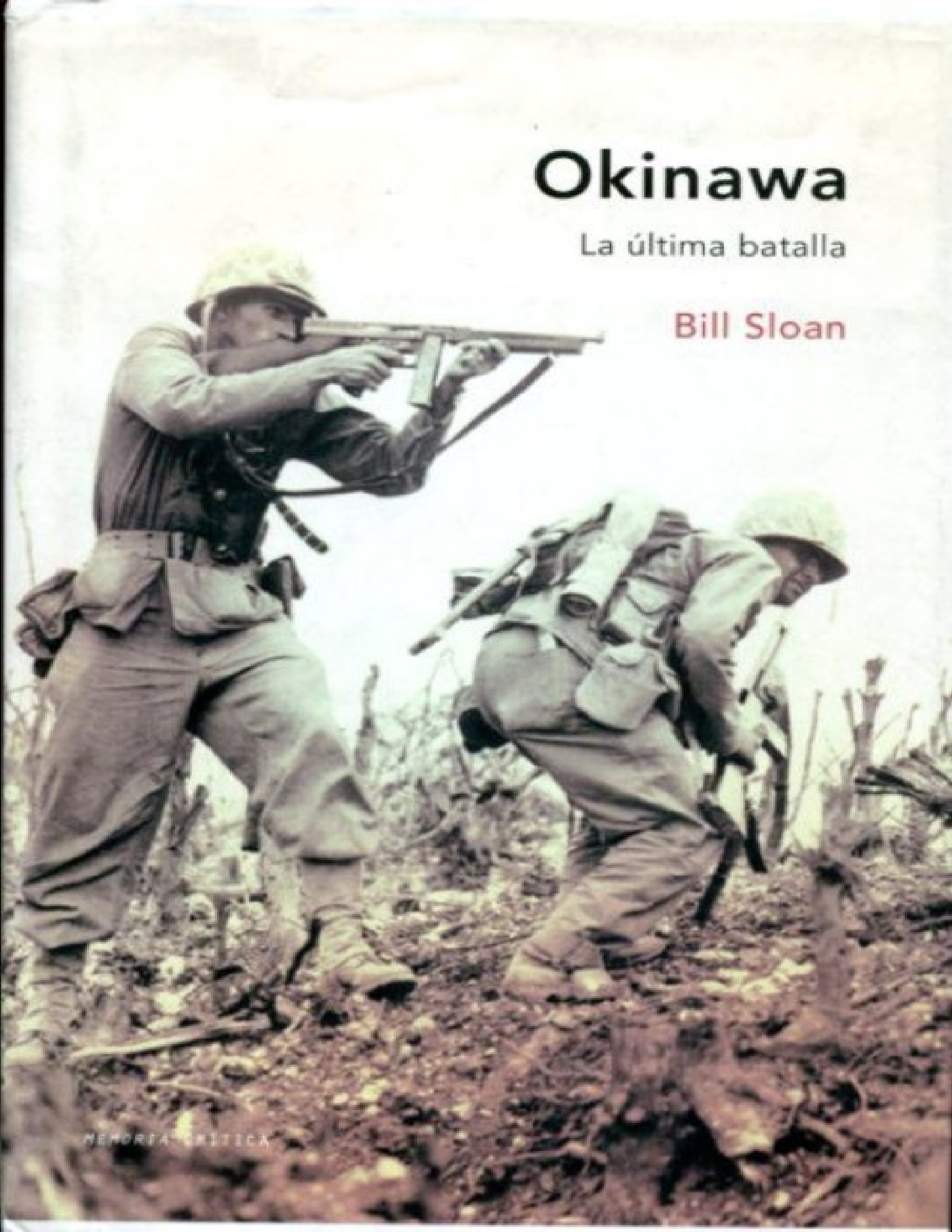
Okinawa

La última batalla

Bill Sloan



MEMORIA CRÍTICA

BILL SLOAN

OKINAWA

LA ÚLTIMA BATALLA

— oOo —

Título original: *The Ultimate Battle. Okinawa, 1945: The Last Epic Struggle of World War II*
© 2007 Bill Sloan
© de la traducción: Efrén del Valle, 2008
© Crítica, S.L.
ISBN:978-84-8432-578-9

En memoria del soldado de primera clase Alfred E. «AI» Henderson, mi difunto suegro, que luchó en Okinawa con la 96.ª tropa de reconocimiento de la 96.ª división «Deadeye». Después de la guerra, como muchos otros ex combatientes que sobrevivieron a la batalla, jamás habló de lo acaecido allí. Ahora entiendo por qué.

Prólogo

Cordillera de Kunishi
sur de Okinawa
10 de junio de 1945

El comandante de tanque Jack H. Armstrong sangraba por los oídos, aturullado por una conmoción y ensordecido por el proyectil que acababa de abrir un boquete irregular de veinte centímetros en el centro de su carro de combate Sherman y que no le había alcanzado por medio metro a lo sumo.

El Sherman M4A1 era uno de los tres carros de combate que aquella mañana se habían adelantado a las unidades de infantería de la 1.ª división de marines para efectuar un reconocimiento de la cordillera de Kunishi, infestada de enemigos y convertida en el último bastión japonés cerca del extremo sur de Okinawa. Cuando se vieron asediados por un intenso fuego de artillería, los otros dos tanques consiguieron replegarse con rapidez, pero Armstrong y su tripulación, que iban en cabeza, no tuvieron tanta suerte.

En el vacío sordo que giraba a su alrededor, el sargento al mando Armstrong se preguntaba si había resultado herido de gravedad, si tal vez estaba moribundo. En aquellos días la muerte era una compañera omnipresente para los hombres del 1.er batallón de tanques de los marines, y la posibilidad de ser asesinados o mutilados en cualquier momento estaba tan presente en su vida como el hecho mismo de respirar. Pero ahora la muerte se sentía especialmente próxima e íntima y, mientras miraba con los ojos entrecerrados al alférez desparramado a escasos centímetros de él en las entrañas humeantes del tanque, Armstrong comprendió por qué.

El alférez, que se había unido a la misión en calidad de mero observador, todavía se retorcía agonizante, pero era obvio que no tardaría en morir. Tenía la barriga desgarrada y las tripas se desprendían sobre su regazo. Su antebrazo izquierdo pendía de una delgada hebra de carne destrozada. Esta era la primera misión de combate del alférez. También sería la última.

El soldado movía la boca y Armstrong leyó la súplica en sus labios ensangrentados sin oírla:

—Dios mío, mamá, ayúdame.

Armstrong se volvió hacia el cabo Stephen Smith, el conductor del tanque, que se arrastraba hacia él. Como comandante del carro de combate, era responsabilidad de Armstrong el hacerse cargo de la situación.

Señaló al alférez con un gesto de cabeza. «Siento tener que moverle, pero intentemos sacarle de aquí», indicó a Smith, sintiendo cómo le vibraban las palabras en la garganta. «Si nos alcanzan de nuevo, estamos todos muertos».

Armstrong vio cómo el alférez sacaba su cuchillo Ka-bar y cortaba la hebra de tejidos que unía aquel brazo izquierdo destrozado a su cuerpo. Cuando cayó la extremidad, el que fuera su dueño soltó el cuchillo y miró a Armstrong. «Así quizá sea más fácil», murmuró.

Mientras Armstrong trataba de sujetar los órganos al descubierto del alférez, él y Smith le arrastraron como pudieron por la escotilla de emergencia situada en el suelo del tanque. Detrás de ellos, el soldado David Spoerke, cargador del cañón de 75 mm, acudió en ayuda del artillero de cola y copiloto, el soldado de primera clase Ben Okum, que gemía y sangraba por las heridas que había recibido en un brazo y una pierna.

Los cinco tardaron lo que pareció una hora en llegar a un cráter de proyectil cercano, que apenas estaba a una distancia suficiente para impedir que saltaran por los aires junto con el tanque inutilizado en caso de que éste explotara. Cuando tendieron al alférez en el punto más profundo del cráter, tenía los ojos vidriosos y el rostro grisáceo.

—Dadme un poco de morfina y salid de aquí —gimió—. En cualquier momento pueden volver a dispararnos.

Armstrong empezaba a recuperar la audición y las palabras del alférez eran prácticamente imperceptibles. «No podemos dejarte aquí de esta manera», dijo Armstrong. «Intentaremos conseguirte un médico».

—Marchaos, Jack —insistió el alférez—. No perdáis el tiempo.

Smith abrió una de las cajas de morfina equipadas con aguja que solían llevar todos los marines y se la inyectó al soldado moribundo en el cuello. Armstrong dejó algunas cajas más junto a la mano derecha del alférez y Spoerke trató de atar un cinturón alrededor del muñón de su brazo izquierdo para contener la hemorragia.

—En marcha —indicó el alférez—. Es una orden.

El alférez era un nuevo reemplazo que acababa de incorporarse al batallón en calidad de líder de sección y sólo llevaba allí un día o dos. Armstrong no recordaba su nombre, pero le parecía un tipo bastante decente. Era una persona amigable y de trato fácil que se llevaba bien con la tripulación de los tanques. También era mucho más duro de lo que parecía.

—Cualquiera que pueda cortarse el brazo con un Ka-bar tiene que ser un auténtico hijo de puta —pensó Armstrong— aunque esté demasiado conmocionado para saber lo que hace.

—A la orden, señor —dijo Armstrong;—. Le enviaremos ayuda en cuanto podamos.

En su aturdimiento, Armstrong casi olvidó que había recibido órdenes estrictas de destruir el giroestabilizador del cañón de 75 mm para impedir que cayera en manos enemigas, así que hubo de avanzar tambaleándose hacia el Sherman, arrojar una granada en su interior y regresar gateando hasta un lugar seguro.

De vuelta al cráter, miró por última vez al alférez, que estaba en silencio y amoratado pero todavía parecía respirar. Entonces se mordió el labio y dio media vuelta para ayudar a Smith con el artillero herido. Mientras andaban a trompicones por la quebrada que habían recorrido unos minutos antes, una andanada de rifles y armas automáticas japoneses levantó polvareda a sólo unos centímetros de sus pies. Armstrong dirigió una mirada furtiva hacia una ladera literalmente atestada de enemigos que abrían fuego contra los tanquistas en estampida. Entonces corrió tanto como pudo, arrastrando a Okum por el brazo bueno y pensando: «¡Esos tipos deben de ser los peores tiradores del ejército japonés! ¿Cómo es posible que ninguno nos alcance?».

Aquel era el tercer tanque al mando de Armstrong que hacía explosión en sólo un mes, el primero de ellos por una descarga de proyectiles antiblindaje de un cañón japonés y el segundo a

causa de una mina. Cuatro o cinco soldados —tanto tripulantes del carro de combate como miembros del equipo de ataque que acompañaba al vehículo— habían resultado heridos en la detonación de la mina, dos de ellos mortalmente, y Armstrong había perdido a un espléndido conductor a manos del cañón anticarro. Pero esta tercera ocasión parecía peor que las demás. La imagen del alférez yaciendo en la abertura provocada por el proyectil obsesionaba a Armstrong, y no lograba quitársela de la cabeza.

Okum arrastraba su pierna malherida tras de sí y Armstrong jadeaba y se preguntaba hasta dónde podría correr cuando avistó un arrozal que se extendía más adelante. Armstrong empujó al conductor desde la orilla y saltó detrás de él a las aguas poco profundas. Luego, ambos avanzaron trabajosamente a través de la hedionda mezcla de lodo y excrementos humanos hacia la seguridad de una zona de retaguardia sita a ochocientos metros de allí.

Un par de horas después, con los oídos zumbando todavía y la cabeza martilleándole con fuerza, Armstrong hizo un descubrimiento inquietante: el proyectil que sentenció a su tanque no provino de la artillería enemiga. Había sido disparado desde uno de los obuses de 105 mm de la 1.ª división de marines.

«Supimos que el propio general Buckner, comandante del 10.° ejército de Estados Unidos, dirigía los disparos», rememoraba Armstrong mucho después del incidente. «Tengo entendido que se disculpó ante nuestro oficial al mando, el coronel Jeb Stuart, pero eso no nos hizo sentir mucho mejor.»

Su tercer encontronazo con la muerte infundió a Armstrong un temor a los cañones. Desde siempre había oído que cada proyectil que erraba por poco te acercaba un poco más al «gran disparo». Si eso era cierto, las posibilidades eran cada vez mayores. Si la tercera vez era el amuleto, como decían, ¿qué sería la cuarta? Parte de él ansiaba volver a la acción, pero le invadió un sentimiento de alivio al enterarse de que no se dispondría inmediatamente de un tanque de sustitución. Y cuando otro comandante de carro le invitó a unirse a una misión para abastecer a una compañía de fusileros destacada en la línea del frente, Jack repuso: «Gracias, pero no».

Los tres tanques perdidos de Armstrong lucían el mismo apodo pintado a mano: *Billete a Tokio*. Junto al nombre había un llamativo círculo que gustó a la tripulación original al completo. Lo eligieron entre todos y se rieron a carcajadas la primera vez que lo vieron.

En aquellos primeros días en Okinawa, buena parte de los compañeros de Armstrong le llamaban en tono jocoso *Wheaties*, por los cereales para el desayuno que patrocinaba un popular programa radiofónico llamado *Jack Armstrong, All-American Boy.* Era algo típico de las bromas y bravuconadas que caracterizaban al 1.er batallón de tanques de los marines por aquel entonces. Antes de Okinawa, el Sherman había operado casi con impunidad a lo largo y ancho del escenario del Pacífico, donde los tanques enemigos, que parecían latas de sardinas, no estaban a su altura ni en blindaje ni en potencia de fuego. Sin embargo, ya no era así. Ahora los japoneses contaban con armas anticarro que podían dejar a un Sherman como un colador, y con frecuencia lo lograban.

Ese era uno de los motivos por los que, en las últimas semanas, el sentido del humor de Armstrong se había aletargado paulatinamente. Pocas cosas se le antojaban divertidas, y mucho menos hermosas o inteligentes. Convivir con la muerte a diario y ver a tus amigos asesinados o

lisiados podía volverte viejo y sombrío antes de tiempo, y muchos de los que bromeaban con *Wheaties* Armstrong sobre su heroico tocayo de ficción habían desaparecido. Su copiloto y amigo íntimo, el cabo Alvin Tenbarge, quedó despedazado por la explosión de la mina, y el cabo Harlan Stephan, uno de los mejores conductores del batallón, había perdido un brazo —al igual que el joven alférez— por culpa de un proyectil antiblindaje. La diferencia es que Harlan seguía vivo, según las últimas noticias que habían llegado a Armstrong.

La lista de bajas se acrecentaba a diario y ya era imposible avistar el final. Por horrendo que resultara Okinawa era un mero precalentamiento, o así lo creía todo el mundo. Se avecinaba la invasión de Japón y todos los hombres de la 1.ª división de marines que todavía eran capaces de utilizar un arma recibirían su billete de ida.

«Sufriremos un millón de bajas o tal vez más», decían los rumores. «Un ochenta por ciento de nosotros no regresaremos a Estados Unidos de una pieza. Contad un chiste sobre eso si podéis.»

Y, aun así, Armstrong sabía que si se le asignaba un cuarto tanque llevaría exactamente el mismo nombre que los tres primeros. Había muchos otros nombres, como *Sweet Mary,* por una chica a la que había conocido en Melbourne hacía una eternidad o dos, *Lone Star,* por Texas, su estado natal, o *Jap Zapper,* por ninguna razón en particular. En realidad, no existía ley alguna que dictara que un tanque no podía ser anónimo.

Lo último que deseaba Jack en aquel momento era un billete a Tokio o a cualquier otro lugar de Japón. El único pasaje que anhelaba era el que pudiera devolverle sano y salvo a una calle plácida del barrio de Oak Cliff, en Dallas. Pero dar a su próximo tanque un nombre distinto deshonraría a los hombres que habían sangrado y perecido en sus predecesores.

Casi dos meses y medio antes, justo después del desembarco, el batallón se había mostrado extremadamente confiado, incluso altanero. Pese al alboroto y a las historias terroríficas que habían circulado anteriormente, la campaña de Okinawa comenzó con tan pocos incidentes como un ejercicio de maniobras. Al margen de los kamikazes que acechaban a las embarcaciones estadounidenses, parecía que los japoneses ya no poseyeran el estómago o el corazón necesarios para librar un combate acérrimo. De hecho, al principio reinaba la sensación de que los invasores estadounidenses podrían transitar sin impedimentos los cien kilómetros de Okinawa sin tan siquiera calentar sus cañones.

Durante aquellos primeros días todo parecía un trozo de tarta. Entonces la tarta les explotó en la cara.

Okinawa fue la última batalla de la mayor guerra librada desde los albores de la civilización y la campaña de conquista más mortífera jamás emprendida por las armas estadounidenses. Bajó el telón de una etapa trascendental en la historia politico-militar de la Tierra y alzó el de una era todavía más memorable.

La batalla dio comienzo el 1 de abril de 1945 —que coincidió con el Domingo de Pascua y el Día de los Santos Inocentes—,[1] cuando decenas de miles de tropas de asalto estadounidenses desembarcaron sin oposición envueltas en un silencio sobrecogedor. Cuando terminó casi tres meses después, la batalla de Okinawa se había cobrado la vida de unos 240.000 seres humanos, según los cálculos más fiables de los que se dispone.

Okinawa enfrentó al 10.° ejército de EE.UU., integrado por 541.000 efectivos —entre ellos 183.000 soldados de combate— con 110.000 unidades del 32.° ejército japonés en una agotadora lucha de desgaste que se prolongó hasta el 21 de junio de 1945. La contienda opuso a la mayor armada estadounidense jamás reunida contra el cuerpo mejor organizado y más determinado de combatientes suicidas de la historia: los kamikazes.

Gran parte de los combates en tierra se libraron en un pintoresco terreno rural flanqueado por colinas y montañas y salpicado por cientos de granjas y montones de pequeños pueblos y ciudades en los que habitaba el grueso de la población civil de Okinawa. Tan sólo puede establecerse un cálculo aproximado del número de civiles muertos, muchos de los cuales se suicidaron, pero algunas autoridades lo cifran en 140.000, o cerca de uno de cada tres moradores de la isla en 1945.

Cuando por fin se silenciaron las armas, se contabilizaron los cuerpos de 107.539 soldados japoneses. Las pérdidas estadounidenses ascendieron a un total de 12.274 muertos y 36.707 heridos en combate. Otros 26.000 soldados estadounidenses fueron evacuados con lesiones no atribuibles a la batalla, en su mayoría trastornos neuropsiquiátricos ocasionados por un estrés incesante, la cifra más importante de cualquier enfrentamiento de la segunda guerra mundial.

En un sentido muy real, todos los supervivientes estadounidenses de Okinawa que siguen vivos todavía son portadores de cicatrices personales derivadas de aquella terrible experiencia. Ciertas cicatrices son tan obvias como la ausencia de una extremidad y otras tan discretas como un fragmento de mortero enemigo incrustado en las profundidades de la carne o los huesos. Otras cicatrices pueden existir sólo en la mente y sin embargo desvelar algunas de las heridas más dolorosas.

No obstante, de un modo un tanto perverso, los supervivientes de la batalla también saben que contrajeron una deuda de gratitud con Okinawa y con lo que allí padecieron. El precio que pagaron con sangre y sufrimiento fue el factor decisivo para convencer al presidente Harry S. Truman de que desatara el asombroso poder de la bomba atómica. Sin ella, muchas de las tropas de asalto de Estados Unidos que sobrevivieron a Okinawa habrían afrontado el horror definitivo: una invasión de Japón, meses de combates callejeros manzana a manzana en ciudades niponas, y unos pronósticos de bajas estadounidenses de un millón o más.

En los sesenta años transcurridos desde el final de la campaña de Okinawa, Estados Unidos ha librado otras muchas batallas en otros lugares del mundo, pero ninguna tan masiva, desesperada o brutal. Hoy día, unas guerras en las que sólo es preciso pulsar un botón y unas armas de un poder destructivo incalculable han convertido muchos de los conceptos y las tácticas militares empleados en Okinawa —así como las vastas legiones de hombres necesarias para activarlos— en algo tan obsoleto sobre el campo de batalla como las lanzas, las flechas y las catapultas.

En vista de ello, es dudoso que las fuerzas armadas de Estados Unidos vuelvan a entablar otra batalla como la de Okinawa con cualquier otro país. Además de ser el choque final de la segunda guerra mundial, puede que algún día se recuerde a Okinawa como la última gran contienda humana de su envergadura y alcance jamás librada sobre el planeta Tierra.

De ser así, Jack Armstrong y gran cantidad de compañeros suyos del Ejército, la Armada y el Cuerpo de marines de Estados Unidos que narran sus historias personales en las páginas siguientes tal vez representen los últimos testigos humanos de un espectáculo tan grande y estremecedor

como lo fue Okinawa en la primavera de 1945.

Ellos le dirían —a un hombre— que lo esperan fervientemente.

1

Construyendo un «iceberg»

Como sucedía con la mayoría de las islas dominadas por Japón que atacaron en su largo y brutal recorrido a través del Pacífico, casi ninguno de los soldados estadounidenses destinados a la invasión de Okinawa habían oído hablar de aquel lugar hasta unas semanas antes de desembarcar allí.

El soldado de primera clase Gene Sledge, un operario de mortero de la compañía K, perteneciente al 3.er batallón del 5.° regimiento de marines (K/3/5), vio por primera vez el nombre cuando un amigo suyo le mostró un mapa del Pacífico publicado en National Geographic y señaló una isla identificada como Okinawa Shima. La sola visión del lugar llenó a Sledge de aprensión. «Su proximidad con Japón nos aseguraba algo incuestionable», dijo. «Ocurriera lo que ocurriera, la batalla de Okinawa sería enconada y sangrienta. Los japoneses nunca vendían barata una isla, y la tónica de la guerra hasta entonces había demostrado que las batallas se volvían más encarnizadas cuanto más nos acercábamos a Japón.»

«Esperábamos lo peor en Okinawa», agregó el soldado de primera clase Bill Leyden, líder de un equipo de ataque de la 1.ª sección de fusileros de la K/3/5, quien, como Sledge, había sobrevivido al holocausto de vehículos anfibios en llamas y marines muertos y moribundos en las playas de Peleliu el mes de septiembre anterior. «Y todo lo que nos decían nuestro superiores reforzaba esa expectativa: aquello iba a ser un maldito infierno. Sería el desembarco más duro de la guerra. Cabía esperar un 70 o un 80 por 100 de bajas en la playa.»

Como un nuevo reemplazo ansioso por catar el combate, Leyden había formado parte de la primera oleada que arribó a Peleliu. Ahora, recién recuperado de una herida de metralla que a punto estuvo de costarle el ojo izquierdo —y siendo uno de los cinco veteranos con experiencia en combate de su sección— estaba bastante satisfecho de formar parte de la decimoquinta oleada en Okinawa.

«En aquel momento era mayor —tenía casi diecinueve años— y algo más inteligente, pero no necesariamente más audaz», recordaba el neoyorquino. «Después de todo, había comprendido que no era indestructible.»

Los líderes militares estadounidenses que iniciaron la planificación detallada de la invasión de Okinawa a principios de octubre de 1944 eligieron un nombre en clave aparentemente extraño para el que se convertiría en el mayor ataque por tierra, mar y aire de la historia de Estados Unidos. Por motivos que conocen mejor los propios almirantes y generales, el combate por Okinawa, una isla templada y subtropical, fue bautizado como «Operación Iceberg».

Qué motivó esta elección del nombre sigue siendo un misterio a día de hoy, incluso entre los

supervivientes de la batalla. Cabe la posibilidad de que se optara por Iceberg con la esperanza de engañar a cualquier espía enemigo que lo descubriera. En ambos bandos, casi todo el mundo creía que se avecinaba una invasión estadounidense de las tierras japonesas, y algunos estrategas nipones especulaban desde hacía tiempo que la incursión podría llegar por las islas Aleutianas y Kurile, un territorio de icebergs. De hecho, frustrar una acción estadounidense de esa índole había sido una de las principales motivaciones de la conquista japonesa de Attu y Kiska, las islas más occidentales de la cadena Aleutiana, en 1942. Por otro lado, es posible que el nombre en clave de Iceberg fuese una selección meramente aleatoria.

Sea cual fuere el criterio, el nombre resultaba particularmente incongruente al sargento Porter McLaughlin, líder de pelotón de una sección anticarro de la 7.ª división de infantería del ejército. McLaughlin y sus compañeros habían afrontado kilómetros de tundra enfangada, un frío permanente que calaba los huesos, unos vientos árticos despiadados y un enemigo fanático para recuperar Attu de sus captores japoneses en mayo de 1943.

«Un nombre como Iceberg habría venido como un guante a Attu», afirmaba McLaughlin, un militar oriundo de Oregón que más tarde resultó herido en Kwajalein y también combatió en Leyte. «Era el lugar más húmedo, frío y desolado que había visto, y centenares de nuestros hombres perdieron dedos y pies por congelación. Pero un nombre en clave más apropiado para Okinawa habría sido Operación Infierno.»

Okinawa es la isla más grande del archipiélago de Ryukyus, que se comban hacia el oeste en un arco gradual que se extiende unos 1.200 kilómetros desde el sur de Kyushu, la isla más meridional de Japón y cercana a Formosa o Taiwan. Mide 96 kilómetros de largo por 29 de ancho, pero una estrecha «cintura» de tres kilómetros —el istmo de Ishikawa— separa los dos tercios septentrionales de la isla, una zona escarpada y poco poblada, del tercio sur, donde se concentraba la gran mayoría de sus 460.000 habitantes en la primavera de 1945.

La reposada y sencilla población de Okinawa conservaba la ciudadanía japonesa y su aspecto era muy similar al de los nipones, pero con un linaje que incorporaba influencias mongolas y chinas y, por lo general, una menor estatura. Los administradores japoneses que gobernaban Okinawa solían despreciar a los nativos por considerarlos pueblerinos inferiores del campesinado. En su mayoría vivían en pequeños pueblos o en el campo, y se ganaban la vida con la agricultura y la cría de ganado. Por debajo del istmo, el paisaje suavemente ondulado de la Okinawa central estaba salpicado de prolijas explotaciones agrícolas orladas de bosques de bayán, bambú y pino y flanqueadas por crestas empinadas y profundas quebradas. En cada hectárea de terreno fértil se plantaban con profusión cultivos para uso alimentario, tales como boniatos, caña de azúcar, judías, bananas y arroz. Abundaban también los cerdos, las cabras y los pollos, como no tardaron en descubrir los marines y soldados aficionados a las barbacoas.

La capital de la isla y su única ciudad auténtica era el puerto de Naha, con una población de unos 65.000 habitantes hacia finales de 1944, antes de que las razias aéreas y los bombardeos navales de Estados Unidos destruyeran gran parte de ella y desperdigaran a sus moradores. Algunas carreteras modernas abastecían la zona de Naha, pero otras poblaciones importantes de Okinawa, entre ellas Shur, Itoman y Yonabaru, sólo estaban conectadas por caminos primitivos

sin asfaltar, más apropiados para los carros de bueyes que para los vehículos de motor, y eran prácticamente intransitables durante la temporada de lluvias.

Menos de un siglo antes de su invasión por las fuerzas estadounidenses, Okinawa había sido un territorio casi independiente que mantenía dicho estatus pagando cuantiosos tributos tanto a China como a Japón, y prácticamente no mantenía contacto alguno con el mundo exterior. Pero en 1853, el general de brigada Matthew Perry y su escuadrón de lanchas cañoneras estadounidenses hicieron escala en el puerto de Naha de camino a Yokohama para cerrar un acuerdo comercial con el emperador de Japón.

La visita de Perry y las influencias occidentales que llegaron después suscitaron cambios trascendentales entre los japoneses, incluido un agresivo apetito territorial que condujo a la anexión de Okinawa en 1879. Sin embargo, antes de la segunda guerra mundial, el estilo de vida del ciudadano medio de Okinawa se mantuvo básicamente inalterado. En el momento del ataque de Pearl Harbor, la isla más grande de las Ryukyus, conocida en la región como «la Gran Loo Choo», era prácticamente desconocida en Occidente, a excepción de algunos «geógrafos, historiadores y tal vez algún aficionado a los crucigramas», como observaba un escritor.

No obstante, mientras en 1943 se intensificaba la ofensiva estadounidense contra Japón, Okinawa empezó a despertar el interés de los líderes militares de mayor rango, entre ellos el mismísimo presidente Franklin Roosevelt. Cuando ese año Roosevelt se reunió en El Cairo con el primer ministro británico Winston Churchill y el mariscal chino Chiang Kaishek, se tomaron decisiones que convirtieron a Okinawa en un objetivo cada vez más probable en la gran estrategia aliada en el Pacífico.

Sin embargo, hasta comienzos de otoño de 1944, el plan estratégico oficial, conocido como Operación Causeway, pasaba por un ataque anfibio contra Formosa, un objetivo firmemente secundado por el almirante Ernest J. King, jefe de operaciones navales, y no contra Okinawa. La campaña de Formosa ya se había esbozado a principios de 1945 y nadie esperaba que el tenaz e inflexible King —un hombre que tenía fama de afeitarse con un soplete y de masticar clavos para desayunar— abandonara su plan.

Pero el almirante Chester W. Nimitz, comandante en jefe de las fuerzas estadounidenses en la zona del océano Pacífico (CEJZOP) se había convencido de que la Operación Causeway debía desecharse o modificarse de manera drástica. Si bien en un principio secundó una invasión de Formosa, Nimitz empezó a temer un número desastrosamente elevado de bajas: hasta 150.000 estadounidenses muertos o heridos. También creía que Okinawa constituiría un trampolín más propicio para una embestida directa contra Japón, puesto que se hallaba mucho más próximo a las islas del país que Formosa. Por último, concluyó, el control de Okinawa e Iwo Jima aislaría a los japoneses de sus principales fuentes de suministro petrolífero en Birmania, Borneo y Sumatra, lo cual ocasionaría una grave escasez de combustible a los barcos y aviones enemigos en el momento en que la guerra entrara en su fase culminante.

El enfrentamiento entre King y Nimitz se produjo durante una reunión de tres días celebrada en San Francisco a principios de octubre de 1944. En aquel momento, los jefes del estado mayor conjunto de Estados Unidos estaban muy preocupados porque la prosecución de la guerra en el Pacífico sufría una demora, y la meta de Nimitz en el encuentro era convencer a King para

emprender una estrategia modificada a fin de acelerar las cosas. La estrategia contemplaba el abandono de la invasión de Formosa, que a juicio de Nimitz contaba con una defensa demasiado férrea como para ser atacada con éxito a corto plazo. Por el contrario, Nimitz propondría que las fuerzas del general Douglas MacArthur invadieran Luzón, en Filipinas, y que otras unidades del Ejército y los marines tomaran Iwo Jima y Okinawa.

Nimitz sabía que sería difícil persuadirle, así que preparó una exposición sólida y bien documentada para sustentar su argumento y llevó consigo a varios miembros clave del estado mayor para que le apoyaran. Le acompañó el almirante Raymond A. Spruance, que compartía el mando de la Flota de Batalla del Pacífico de Estados Unidos con su homólogo William F. «Bull» Halsey y que estaba de permiso en la cercana Monterey. También asistieron el teniente general Simón Bolivar Buckner, a cuyo 10.° ejército se asignaría el ambicioso ataque anfibio de Okinawa, y el teniente general Millard F. Harmon, comandante de las unidades de las fuerzas aéreas en la zona del Pacífico.

Tanto Nimitz como Buckner pronosticaron unos índices de bajas elevados en una posible invasión de Formosa, citando como prueba los 17.000 estadounidenses muertos y heridos en el combate por Saipan, donde las fuerzas de Estados Unidos se enfrentaban a sólo 32.000 japoneses atrincherados, un pequeño porcentaje del contingente enemigo de Formosa. Basándose en estas cifras, Buckner estimó que las pérdidas estadounidenses rebasarían las 150.000 y debilitarían gravemente sus recursos en el Pacífico.

Resultó que King ya había evaluado un informe de logística preparado para los jefes del estado mayor conjunto que planteaba serios interrogantes sobre el proyecto de invasión de Formosa y, tres meses antes, Spruance había manifestado a King que apoyaba una ofensiva contra Okinawa. Aunque King formuló algunas preguntas punzantes y cuestionó ciertos elementos del plan de Nimitz, al final aceptó cancelar la operación de Formosa a favor de Luzón, Iwo Jima y Okinawa. Antes de que concluyera la reunión se había establecido el esquema global para el estadio final de la guerra del Pacífico y se fijaron fechas provisionales para los tres desembarcos: 20 de diciembre de 1944 en Luzón; 20 de enero de 1945 en Iwo Jima; y 1 de marzo de 1945 en Okinawa, a sabiendas de que podría ser necesaria una dilación en el calendario.

Al término de la reunión, Nimitz y King seguían abrigando esperanzas de que pudiera eludirse un combate en tierra por el territorio japonés y de que pudiera someterse al enemigo mediante grandes ataques aéreos sistemáticos contra sus ciudades. De lo contrario, el único objetivo que restaba después de Okinawa sería el propio Japón.

En los primeros días de la guerra, Okinawa ostentaba una posición mínima —a decir verdad, casi inexistente— en la estrategia defensiva general de Tokio. A finales de 1941, pese a que la flota japonesa utilizaba en ocasiones la bahía de Nakagusuku, situada en la zona oriental de Okinawa, como fondeadero, las únicas instalaciones defensivas de la isla consistían en una pequeña estación naval y un aeródromo cerca de Naha, en la costa oeste, y tres baterías de artillería controladas por unos seiscientos soldados.

Irónicamente, si Estados Unidos hubiese invadido a finales de 1943, Okinawa probablemente habría caído en cuestión de horas, aunque sin duda las fuerzas aéreas y navales japonesas habrían

dificultado a las fuerzas enemigas el control de la isla. Esta situación no cambió hasta la primavera de 1944, cuando el estado mayor general del imperio decidió tardíamente armar las islas Ryukyus y destacar al 32.° ejército japonés en Okinawa. En aquel momento, Tokio todavía consideraba ésta una zona «de retaguardia», valiosa principalmente para ofrecer apoyo aéreo y una base de suministros para sus fuerzas en Filipinas y las Marianas.

Incluso a estas alturas prevalecía una notable falta de apremio. Era 29 de junio de 1944, antes de que los 6.000 efectivos de la 44.ª brigada independiente, la más numerosa de las unidades del ejército japonés, alcanzaran aguas okinawenses a bordo del buque *Toyama Maru*, que sería torpedeado por el submarino estadounidense *Sturgeon*. El buque se hundió como una roca y arrastró a más del 90 por 100 de la brigada —5.600 soldados— al fondo del océano. Entonces, mientras el cuartel general imperial se afanaba en reemplazar a la brigada perdida, el cariz de la guerra del Pacífico cambió por completo. En cuestión de días, las tropas estadounidenses conquistaron Saipan tras una costosa refriega y atravesaron el perímetro defensivo exterior de Japón en las Marianas. Lejos de ser una zona relativamente segura de la retaguardia, como advertía ahora Tokio, Okinawa se hallaba justamente en la senda de la marcha incesante de Estados Unidos hacia el propio Japón.

Los japoneses enviaron apresuradamente cuatro divisiones de infantería y tres brigadas independientes a Okinawa y otras islas del archipiélago de Ryukyus. También nombraron a un nuevo y duro comandante, el teniente general Mitsuru Ushijima, para que encabezara el 32.° ejército en lugar de su homólogo Masao Watanabe, que acusaba problemas de salud y era incapaz de dirigir una campaña ahora desesperada por fortificar y defender Okinawa a toda costa. Ushijima había servido como comandante de infantería en Birmania en los primeros estadios de la guerra y más tarde fue nombrado comandante de la Academia Militar japonesa.

Tomando en consideración que Ushijima, junto con su jefe del estado mayor, el teniente general Isamu Cho, y su oficial de planificación, el coronel Hiromichi Yahara, apenas disponían de nueve meses de preparación para el que sería el mayor ataque anfibio de la historia estadounidense, los militares japoneses desempeñaron una labor extraordinaria. Aprovecharon ese lapso para organizar una fuerza de combate bien entrenada y armada, constituida por 110.000 hombres, entre ellos 20.000 reclutas de Okinawa, y para erigir uno de los sistemas más elaborados e impenetrables de defensas naturales y artificiales que jamás se hayan visto.

Mientras la Operación Iceberg tomaba forma en el bando estadounidense, los japoneses construían un auténtico «iceberg» propio a base de coral y cemento en las cordilleras que se entrecruzaban al sur de Okinawa. Como sus homólogos oceánicos, la fracción más mortífera de este iceberg se hallaba oculta muy por debajo de la superficie, como descubrirían muy pronto decenas de miles de soldados y marines estadounidenses.

En ciertos aspectos, Ushijima, Cho y Yahara constituían uno de los equipos más efectivos y tácticamente brillantes de comandantes de combate que había reunido el ejército japonés. Pero también eran un trío peculiar de antítesis que a menudo discrepaban sobre la estrategia y cuyas personalidades solían chocar violentamente.

Ushijima, con un porte, unos gestos y un bigote recortado que recordaban vagamente al

general John J. «Black Jack» Pershing, comandante de las fuerzas expedicionarias estadounidenses de la primera guerra mundial, ejemplificaba a su vez lo mejor de la tradición samurai y una cautela reposada y digna. Siempre sereno y nunca proclive a excesos, estaba por encima del toma y daca a veces acalorado que se producía a la hora de abordar cuestiones cruciales, y dejaba que los miembros de su estado mayor las despellejaran para ratificar después las decisiones que estimaba más inteligentes. Sin embargo, también contraía plena responsabilidad sobre cada orden dictada, dirigía una organización excepcionalmente disciplinada y contaba con una gran estima de sus oficiales y hombres.

Por el contrario, Cho era un extremista político impetuoso con un historial de violencia y tejemanejes. A principios de los años treinta, como miembro de un grupo de militares exaltados que se denominaban la Sociedad del Cerezo, participó en un complot para asesinar al primer ministro japonés y reemplazarle con un general de alto rango como dictador. En torno a esa misma época, también era partidario de amenazar al emperador con un puñal si era necesario para establecer un gobierno militar en Japón. De haber sido oficial del ejército de casi cualquier otro país, Cho probablemente habría sido ejecutado por traición. Pero contaba con numerosos admiradores en el ejército japonés, los suficientes para ser elegido entre varios generales más experimentados y convertirse en el segundo al mando de Ushijima. Era conocido por su afición al alcohol, un ritmo de vida derrochador y su conducción agresiva, y aunque sus motivaciones y sus métodos despertaran desconfianza en ciertos sectores, nadie cuestionaba jamás su valentía personal o su capacidad para dirigir e inspirar a sus soldados.

Yahara, sin embargo, era la pura antítesis de Cho, un intelectual curtido y reflexivo cuya naturaleza distante y su negativa a seguir las tácticas fallidas de la guerra banzaile hicieron impopular entre algunos compañeros. Con todo, incluso quienes sentían aversión por él reconocían su genialidad planificadora. Pese a la fricción que con frecuencia estallaba entre ellos, Yahara y Cho también aportaban un raro equilibrio al estado mayor de Ushijima. Como recogía una historia de la batalla de Okinawa: «Donde Cho era impulsivo, Yahara se mostraba reflexivo; donde Cho rozaba la agresividad mística a la manera de los samurais, Yahara era racional casi hasta la exasperación».

Recaería en Yahara el cometido de diseñar y poner a punto la estrategia adoptada por el 32.° ejército japonés en su defensa de Okinawa. Era una táctica que iba en contra del arraigado instinto samurai que Cho tenía en gran estima. Pero también era una estrategia que funcionó sorprendentemente bien.

Ushijima y su estado mayor dedujeron con precisión dónde se llevaría a término el desembarco estadounidense: en unas playas próximas al pueblo de Hagushi, en el sector occidental de la isla, justo por debajo del istmo de Ishikawa. Pero conforme al plan de Yahara no habría defensa japonesa en las playas invadidas, puntos de demora férreamente fortificados cerca del mar ni temerarios contraataques nocturnos contra la cabeza de playa estadounidense. Como exponía Yahara, que se tomó a pecho el fracaso de esas tácticas en Peleliu y otros lugares, en una de sus primeras directrices para el 32.° ejército: «El combate cuerpo a cuerpo con un enemigo que posee un poder armamentístico superior sería infructuoso, especialmente de noche».

No sólo se cederían al invasor las playas y varios kilómetros de campo circundante sin

resistencia, sino que los dos mejores aeródromos militares de Okinawa, Yontan (también conocido como Yomitan) y Kadena, también serían sacrificados, ya que se encontraban demasiado cerca de las playas por defender. La única concesión de Yahara fue desplegar a una gran unidad de combate entre las colinas escarpadas que se alzaban lo bastante cerca de los aeródromos como para que éstos estuviesen dentro del alcance de los morteros y la artillería japonesa.

Tres sistemas montañosos abruptos que discurrían de este a oeste por el tercio sur de Okinawa constituirían el epicentro de la defensa de Yahara, y fue en estas montañas donde se puso a trabajar al grueso del 32.° ejército para excavar intrincadas fortificaciones desde las que la artillería pesada podría atacar cualquier punto del sur de Okinawa y ampliar gran cantidad de cuevas naturales a fin de convertirlas en habitáculos subterráneos para miles de hombres. Dado que las colinas de Okinawa habían servido de centro de entrenamiento para la artillería, el terreno resultaba familiar a la mayoría de los artilleros japoneses, y los rangos y coordenadas de muchas zonas objetivo potenciales ya se habían establecido. Una red de cuevas situadas bajo el antiguo castillo de Sauri, que se hallaba en uno de los puntos más elevados de la isla, formaría el núcleo de las defensas japonesas y ofrecería a Ushijima y su estado mayor un refugio seguro que ninguna bomba o proyectil estadounidense podrían penetrar.

Cho y otros se sintieron airados por la meticulosa estrategia de Yahara, que consistía en una defensa estática en profundidad. La tildaron de derrotista y, en cierto sentido, lo era. Yahara no albergaba ilusiones sobre la capacidad de aquel ejército para defender los tres sistemas montañosos a perpetuidad, y era plenamente consciente de que los estadounidenses, mejor armados y equipados y con un mayor número de efectivos, acabarían menoscabando el leve despliegue de los defensores japoneses. Un elemento integral de su estrategia era proteger todas las líneas defensivas relevantes mientras fuera posible y efectuar después una retirada ordenada hacia la siguiente línea para repetir el proceso. Yahara sabía de sobra que el 32.° ejército acabaría por ser destruido, tal vez hasta que quedara un solo hombre, y que Okinawa caería. Pero antes de hacerlo, sus defensores harían pagar con sangre estadounidense un precio más aterrador del que podían cobrarse mil ofensivas banzai, un precio que seguramente era lo bastante elevado para impedir una invasión del territorio japonés.

Ese era, en el análisis final, el único objetivo de Yahara.

Mientras tanto, en el bando estadounidense, el almirante Nimitz había elegido a algunos de sus comandantes más capaces y avezados para que dirigieran la Operación Iceberg. Supervisaba la planificación logística a largo plazo el jefe del estado mayor de Nimitz, el almirante en la retaguardia Forrest Sherman. Su homólogo Raymond A. Spruance, cuyo 58.° destacamento había cosechado la asombrosa victoria de Midway en junio de 1942, dando la vuelta a la guerra del Pacífico a favor de Estados Unidos, fue nombrado oficial al cargo de la operación, con la responsabilidad de proteger la invasión antes y durante la batalla. Destinado al mando directo de las fuerzas anfibias se encontraba el aventurero vicealmirante Richmond Kelly Turner, cuyos gestos agresivos fueron comparados con los de un cacique celta por el historiador Samuel Eliot Morison. Aunque su naturaleza irascible irritaba a algunos de sus compañeros, Turner había servido con destreza y distinción en puestos similares en buena parte de las principales campañas

de las islas del Pacífico desde Guadalcanal.

Para encabezar a todas las fuerzas de tierra del 10.° ejército de Estados Unidos —integrado por cuatro divisiones de infantería del ejército (7.ª, 27.ª, 77.ª y 96.ª) y tres divisiones de los marines (1.ª, 2.ª y 6.ª)— se eligió al teniente general Simón Bolívar Buckner Jr., el atractivo y enérgico hijo y tocayo de un general confederado de la guerra civil.

Aunque ésta sería su primera experiencia conduciendo a todo un ejército al combate, «Buck» Buckner era conocido como un «general de soldados» que prefería pasar el tiempo en la línea del frente que en su cuartel general y era muy respetado por sus hombres. Alto y de constitución recia, con una mata de pelo nívea, también tenía el semblante de un «general de generales» y su experiencia secundaba su aspecto. Tras servir en Filipinas durante la primera guerra mundial, fue nombrado comandante en West Point, y más tarde supervisó la organización defensiva de Estados Unidos en Alaska y las islas Aleutianas. En 1942 recibió una condecoración al «servicio distinguido y meritorio» a raíz de su liderazgo en la reconquista de las islas de Attu y Kiska, que se encontraban en manos japonesas.

Al frente del contingente de los marines del 10.° ejército y sirviendo como segundo al mando de Buckner estaba el general de división Roy S. V. Geiger, comandante del III cuerpo anfibio de marines. Geiger tenía experiencia en combates feroces destruyendo cuevas, pues había dirigido la sangrienta campaña de Peleliu durante los meses de septiembre y octubre anteriores. En dicha labor había aportado una voz de prudencia y razón muy necesaria mientras otros oficiales de los marines desperdiciaban vidas en ataques frontales fútiles contra un enemigo fuertemente atrincherado. Geiger, uno de los pioneros de la aviación en los marines, también capitaneó la legendaria «Fuerza Aérea Cactus» del cuerpo en Guadalcanal.

Varios historiadores y observadores militares han cifrado el personal del 10.° ejército del que disponía el general Buckner en vísperas de la invasión de Okinawa en más de 541.000 efectivos. Pero muchos de ellos eran tropas de retaguardia que no llegarían a oír una sola bala disparada con ira durante la batalla, y mucho menos disparar una ellos mismos. El peso que conllevaba la resolución del gigantesco rompecabezas de las defensas del coronel Yahara y arrebatar los altos de Okinawa al contingente del general Ushijima recaería en una fuerza anfibia de asalto integrada por algo menos de 183.000 hombres.

Salvo la 27.ª división de infantería, que carecía de hombres suficientes tras sufrir graves pérdidas en Saipan, las demás divisiones del ejército habían pasado de unos efectivos que rondaban los 15.000 soldados a casi 22.000 cada una. Las tres divisiones reforzadas de marines contaban con unos 24.000 hombres cada una. Todos eran equipos de batalla experimentados, pero estaban poblados de nuevos reemplazos sin veteranía en combate.

La 27.ª, una antigua unidad de la Guardia Nacional de Nueva York compuesta sólo por 16.143 hombres, era desdeñada por algunos comandantes estadounidenses, que aducían, amén de su escasez de efectivos, su formación inadecuada y unos oficiales inexpertos, un rendimiento deficiente en Saipan, pese a su elevado número de bajas. El hecho de que las unidades de la Guardia Nacional rara vez fueran enviadas a combatir en el extranjero también contribuyó a la decisión de designar a la 27.ª división como «reserva flotante», cuya principal tarea prevista para la campaña sería servir como guarnición ocupante una vez finalizara el combate.

No obstante, el comandante de la 27.ª división, el general George W. Griner, sometió a sus veteranos y a 2.700 nuevos reemplazos a un duro régimen de maniobras nocturnas para que estuviesen tan listos para el combate como fuese posible antes de embarcar rumbo a Okinawa.

Casi seis meses antes de que las primeras tropas de infantería estadounidenses desembarcaran en Okinawa, la guerra se había cernido sobre la isla desde los cielos, y sus civiles habían probado un amargo anticipo de la carnicería y la destrucción que estaban destinados a soportar en los meses venideros.

A primera hora de la mañana del 10 de octubre de 1944, tan sólo una semana después del histórico encuentro entre los almirantes Nimitz y King en San Francisco, más de mil cazas Hellcat, bombarderos Helldiver y torpederos Avenger de los portaaviones del almirante Halsey asestaron el primer golpe importante a las defensas de Okinawa. Durante jornadas enteras de ataques, devastaron las instalaciones portuarias de Naha, dos aeródromos militares cruciales y otros objetivos con quinientas toneladas de bombas y miles de misiles.

Según los informes japoneses, diez barcos de transporte, treinta buques mercantes, un portahidroaviones, un destructor escolta, dos dragaminas, cuatro minisubmarinos, seis lanchas patrulleras y ocho naves antiaéreas se hundieron en el puerto, junto con incontables embarcaciones de pequeña envergadura. Unos almacenes que contenían 300.000 sacos de arroz —el suministro alimentario de un mes para el 32.° ejército—, además de cinco millones de proyectiles para rifles y ametralladoras y 10.500 de artillería de pequeño calibre, morteros y munición anticarro, fueron pasto de las llamas.

Una consecuencia igualmente importante de las razias aéreas fueron las miles de fotografías de reconocimiento que trajeron los aviones a su regreso. Estas permitieron a los cartógrafos de la Armada trazar los primeros mapas a escala razonablemente fiables de Okinawa, que resultarían útiles para las unidades de infantería y artillería una vez que se desatara la batalla sobre el terreno.

Por desgracia, la peor destrucción y el mayor número de pérdidas se infligió a los civiles de Okinawa, quienes, sin aviso previo de los ataques, ignoraban por completo cualquier peligro. Las bombas incendiarias lanzadas por las aeronaves atacantes originaron fuegos incontrolables que se propagaron por los endebles barrios residenciales de Naha, destruyeron gran parte de los edificios de la ciudad y se cobraron la vida de más de mil hombres, mujeres y niños.

Sin embargo, por aterrador que resultara este cómputo, era sólo una menudencia en la avalancha de muertes civiles que estaban por llegar.

Para el marinero de primera clase Lester Caffey, la batalla de Okinawa comenzó el 23 de marzo de 1945, ocho días antes de que las primeras tropas estadounidenses pusieran un pie en la isla. Fue entonces cuando el barco de Caffey, el crucero pesado Wichita, se convirtió en la primera gran embarcación estadounidense que llegó y recaló a escasos kilómetros de las playas de invasión situadas al oeste de Hagushi. «La Vieja Bruja», como era conocido con orgullo entre su tripulación el crucero, sólo estuvo precedida por el dragaminas *Starling*, que había abierto un camino seguro hacia el fondeadero.

El trabajo de Caffey transportando agua en una sala que albergaba una de las ocho calderas que alimentaban los motores del crucero estaba lejos de ser elegante. Pero al fornido joven de

dieciocho años procedente de Hill Country, al suroeste de Texas, no le importaba desempeñar aquella labor y se le daba bien. Caffey había obtenido una puntuación de 398 sobre 400 en la prueba de aptitud para convertirse en oficial de máquinas de la Armada, y se había ofrecido voluntario para servir en la sala de calderas.

Cuando la gran nave surcaba las aguas a velocidad de crucero, Caffey no tenía gran cosa que hacer. Pero cuando aminoraba la marcha, debía estar listo para reducir el caudal de agua que entraba en las calderas, y cuando sus motores alcanzaban su velocidad punta de 32 nudos, era responsabilidad suya verificar que la caldera generara una presión de vapor continua de 295 kilos.

Durante la primera hora de aquel primer día, Caffey estuvo más ocupado que nunca desde que entrara en la Armada hacía más de nueve meses. Uno de los vigías del Wichita había localizado el periscopio de un submarino japonés e hizo sonar la alarma. Momentos después, los altavoces tronaron por todo el barco:

«¡Emergencia! ¡Emergencia! ¡Alerta torpedo!»

Caffey corrió hacia su puesto de combate y estuvo a punto de caerse mientras el capitán del Wichita, el comandante D. A. Spencer, ordenaba que los motores fuesen a toda máquina y que el barco siguiera un curso en zigzag.

Las dotaciones de artillería del crucero, excesivamente ansiosas, abrieron fuego casi de inmediato, y alcanzaron por error a una boya, que acabó hundiéndose. Sin embargo, el submarino se escabulló tras disparar un único torpedo contra el Wichita.

«Ese torpedo pasó justo al lado de donde yo estaba», recordaba Caffey muchos años después. «No pudo errar el blanco por más de dos metros. Vi las burbujas en el agua.»

Ahora que el sol se ocultaba lentamente por el oeste y se acercaba el crepúsculo el 31 de marzo —Día D menos 1— Caffey contemplaba desde la baranda del crucero la enorme congregación de barcos, unos 1.500 en total, que se habían unido al Wichita frente a Okinawa desde esa primera jornada. La tripulación seguía alerta, con vigías apostados a proa y a popa y dotaciones de artillería preparadas. Desde el sobresalto del submarino se habían producido dos ataques kamikazes y una amenaza de incursiones nocturnas perpetradas por buzos enemigos aprestados con explosivos plásticos y cuchillos.

Los pensamientos de Caffey recorrieron medio mundo hasta la granja de su familia, en las colinas de algarrobos y cedros que se extendían al norte de Brady, una población de 5.002 habitantes. En su imaginación se veía sentado en el Chevrolet de 1940 de su padre después de asistir a la iglesia un domingo de diciembre y escuchando un programa de radio titulado The Old Fashioned Revival Hour cuando una voz estridente se superpuso a los compases de un himno: «Interrumpimos este programa para ofrecerles un boletín de noticias especial de United Press. Aviones identificados como japoneses han atacado Pearl Harbor, en las islas Hawai, provocando daños generalizados y pérdidas humanas. Permanezcan en nuestra sintonía. Les ofreceremos más detalles en cuanto dispongamos de ellos...».

Dos años y medio después, el 6 de junio de 1944 —el Día D en Normandía—, Les se había alistado en la Armada. Apenas hacía tres semanas que había terminado el instituto, y su padre, que ya tenía dos hijos en el ejército, no se alegró al descubrirlo.

—Pero si tienes una prórroga —dijo el padre de Les a su hijo menor—, y la junta de

reclutamiento me dijo que probablemente no te llamarían a filas porque tu trabajo en la granja es vital para la defensa de la nación. Además, te necesito aquí.

—Lo siento papá, pero creo que ha llegado la hora de que vaya.

Después de aquello, Caffey había recibido seis estrellas de combate y nunca lamentó su decisión. Se preguntaba si se sentiría igual al día siguiente a la misma hora.

El 26 de marzo, tres días después de la llegada del Wichita, una docena de dragaminas estadounidenses emprendieron la desquiciante misión de despejar las aguas que rodeaban Okinawa de minas japonesas y sufrieron las primeras bajas de la campaña en el proceso.

«El 24 de marzo, tres oficiales de espionaje naval ofrecieron una sesión informativa en el mar», recordaba el capitán de corbeta Lewis Lacy, segundo comandante del U.S.S. *Starling*, que pertenecía a un grupo de cuatro experimentados dragaminas que incluían al *Skylark*, el *Sheldrakey* e l *Swallow*. «Nos dijeron: "Esto puede resultar muy sencillo o muy duro. Depende de si los japoneses utilizan todos los aviones suicidas de los que disponen en Okinawa o los reservan para más tarde. Tienen 7.000 aparatos"».

Aunque el *Starling* disparó contra dos suicidas durante los días siguientes y abatió a uno que estuvo a punto de alcanzarlo, la mayor amenaza para el barco la constituían las minas que había ido a recoger. Lacy, un texano de Fort Worth que había pasado dos años y medio en el Pacífico después de graduarse por la escuela de guardiamarinas de la Northwestern University, donde compartió aula con John F. Kennedy, pronto supo lo duro que sería Okinawa.

Durante la primera mañana de actividad de los dragaminas, mientras se abrían paso hacia la costa desde una profundidad de 45 metros, con el *Skylark* a la cabeza y el *Starling* siguiéndole de cerca, el primero colisionó con dos minas en rápida sucesión.

«Después de que la segunda mina impactara en él, se hundió en ocho minutos», rememoraba Lacy. «Fue el primer barco estadounidense en irse a pique en Okinawa, pero pudimos rescatar a 88 de sus 91 tripulantes. Los otros tres se perdieron, y varios de los que rescatamos estaban heridos de gravedad.»

El 30 de marzo el *Starling* había retirado 603 minas —cada una de las cuales podía hacer pedazos una lancha de desembarco— en el bajío que deberían cruzar decenas de miles de soldados invasores de Estados Unidos dos días después.

Cuando la oscuridad se instaló sobre el mar que rodea Okinawa la noche del 31 de marzo, el soldado de primera clase Harry Bender Jr. se sentía más agitado y aprensivo que nunca en sus dieciocho años de vida. Lo más parecido, según podía recordar, fue su primer día de escuela en otoño de 1933.

«Aquella primera mañana, mi hermana me llevó hasta la entrada del colegio y salí directamente por la puerta trasera sin aminorar el paso», recordaba. «Hice lo mismo a diario durante seis semanas, y luego, al no recibir el boletín de notas porque nunca había asistido a clase, mis padres empezaron a sospechar un poco. Cuando quise darme cuenta me habían matriculado en otro colegio y me vigilaban como halcones.»

Ahora, como parte de la hornada extra de reemplazos sin experiencia que cubrían vacantes en las filas de la K/3/5 que había ocasionado el baño de sangre de Peleliu, Bender afrontaría su

primer combate a la mañana siguiente. Y durante días sólo escuchó de los veteranos de la compañía lo infernal que sería el próximo asalto.

—Dicen que será aún peor que Peleliu, y allí nos dieron una buena somanta —advertía uno de los mayores.

—Sí, he oído que los nipones nos están esperando detrás de un muro de cemento de tres metros con ametralladoras apostadas cada dos metros —intervino otro.

Según cuentan algunos, fue un pequeño milagro que Bender viviera lo suficiente para unirse al Cuerpo de marines en su decimoséptimo cumpleaños, y aún más para convertirse en el fusilero más bajo de la 1.ª sección, con sólo 1,60 metros de altura con las botas puestas.

Como podía atestiguar cualquiera que hubiese conocido a Bender de niño, cuando vivía al sur de Chicago, había sido, conforme a su propia descripción, «un auténtico quebradero de cabeza», y las únicas reglas que seguía eran las suyas. Su inclinación natural por los problemas se había prolongado hasta la adolescencia, cuando andaba con un grupo de jóvenes gallitos callejeros. De hecho, su alistamiento en los marines fue el resultado de un pacto entre las autoridades de menores de Chicago y el padre de Bender, Harry Sr., que resultaba ser el presidente de la oficina de reclutamiento local. Todo ocurrió poco después de que Harry hijo y algunos amigos suyos «tomaran prestado» un coche último modelo para dar una vuelta por el barrio de Loop.

«Me dieron a elegir», reconoció Bender muchos años después. «Podía unirme al ejército o ser conducido ante el tribunal de menores. Los marines me parecieron una opción mucho mejor que el reformatorio.»

En parte debido a su baja estatura, Bender siempre había sido un luchador, y la tradición del combate se remontaba también a varias generaciones de su familia germano-irlandesa, cuyos miembros habían luchado en todas las guerras estadounidenses desde la Revolución. Su padre, Harry Sr., un marine que había participado en la primera guerra mundial, resultó herido en Francia mientras luchaba en cinco de las seis batallas más importantes de ese conflicto en las que intervinieron las tropas de Estados Unidos.

Dado que era el único hombre de la primera sección que asistió al campo de entrenamiento de San Diego —el resto había recibido la instrucción básica en Parris Island, Carolina del Sur—, Bender recibió el apodo de «Hollywood». Y aunque realmente guardaba cierto parecido con un joven Mickey Rooney, cualquiera que mencionara su aspecto juvenil estaba clamando a gritos unos cuantos puñetazos en la cara.

Pocas cosas habían atemorizado a Harry Bender Jr. durante su corta vida, pero en aquella funesta noche hubo de reconocer que estaba tremendamente asustado, incluso más aún que aquel primer día de escuela cuando tenía seis años.

Al fin y al cabo, no habría puerta trasera por la que escapar cuando la 1.ª sección pisara la playa a la mañana siguiente.

Los últimos pensamientos del teniente Quentin «Monk» Meyer cuando estaba a punto de dormirse la noche del 31 de marzo fueron para su novia, Francie Walton, y para la carta que le había escrito unos días antes. Lamentaba no haber enviado otra antes del desembarco del día siguiente. Una de las razones por las que no lo había hecho fue la preocupación acuciante de haber

desvelado en exceso sus aprensiones a Francie.

Varios fragmentos de esa última misiva seguían clavados en su mente e inquietándole un poco: «La otra noche tuve un bonito sueño, el primer sueño hermoso en mucho tiempo. Yo llegaba a casa en un barco enorme sin nadie más a bordo. Me encontraba en un gran puerto y allí abajo estabas tú, sola...».

Ahora Meyer se preguntaba si el «bonito sueño» había sido tan bonito después de todo. Mirando atrás, le invadió un lúgubre presagio, y le turbaba no poder recordar cómo terminaba el sueño.

Como bien sabían sus familiares y amigos íntimos, la flemática e intensa personalidad de *Monk* Meyer contrastaba profundamente con el estatus de celebridad de primera línea del que gozó —o, mejor dicho, toleró— gran parte de su vida.

Merced a que llegó al mundo unos minutos antes que su hermano gemelo, Cord, el 10 de noviembre de 1920, Monk era el mayor de cuatro hijos de unos padres acaudalados que dividían su tiempo entre New Hampshire y Nueva York. Más tarde, su madre dio a luz a una segunda pareja de gemelos, Thomas y William, y cuando los cuatro hermanos acabaron en el Cuerpo de marines en 1944, la distinción les valió una cobertura de primera plana en diversos periódicos estadounidenses.

Sin embargo, por aquella época Monk ya era famoso en toda Nueva Inglaterra como *halfback* estelar del equipo de rugby de Yale en 1942 y como capitán de su equipo de hockey. Dos años más tarde, en Peleliu, como miembro de la 4.ª compañía conjunta de asalto y comunicaciones (JASCO en la jerga militar estadounidense), había protagonizado lo que la prensa describió como «la galopada más larga de su carrera».

Allí no hubo hierba verde o franjas blancas para puntuarla. La trayectoria discurrió por una zona infestada de centenares de japoneses para llegar hasta los maltrechos supervivientes de una compañía de marines que habían quedado aislados del resto de la 1.ª división, y culminó con una travesía a nado de medio kilómetro bajo un intenso fuego enemigo. Al poco, Meyer siguió la misma ruta soportando el acoso japonés para alcanzar a su unidad, y más tarde dirigió el bombardeo naval que ayudó a romper el sitio de los marines atrapados. Tras la batalla, la heroica carrera de Meyer fue merecedora de la Estrella de Plata y de una recomendación para que le impusieran la Cruz de la Armada, y su fotografía apareció de nuevo en los periódicos de todo el país.

Sin embargo, Meyer preferiría no haber recibido nada de eso, como había confiado a Francie en su carta más reciente: «No hablaré de la guerra. Pensamos en ella y la vivimos, y eso me aburre. Me interesa sólo cuánto durará y el coste de vidas jóvenes que supondrá, pero sé algo con certeza: en la próxima incursión haré todo lo que esté en mi mano para impedir la matanza de mis hombres...».

Pero entonces marró y escribió más sobre ello. Probablemente mucho más de lo que debería, pensó: «Hemos estado ocupados lustrando nuestras espadas y poniéndonos lanza en ristre, tanto física como mentalmente. ¡El Apocalipsis está en el aire!».

Mientras le vencía el sueño, Meyer aún deseaba haber sido menos franco y dramático sobre sus sentimientos. Le gustaría sobre todo haber podido retractarse de aquella socarronería del

Apocalipsis.

Lo último que pretendía era preocupar a Francie.

Al margen de unas cuantas unidades del Ejército a las que se asignó la conquista de diversos grupos de islas frente a la costa occidental de Okinawa, el resto de los 541.000 soldados de asalto y el personal de apoyo estadounidense tenían poco que hacer el 31 de marzo, salvo esperar a bordo de sus barcos de transporte y lanchas de asalto y escuchar el ruido estremecedor de la artillería. El bombardeo había comenzado casi una semana antes y continuó, con breves intervalos, desde entonces.

Con el transcurso del día la tensión se agudizó entre los soldados y marines que debían atacar las playas a la mañana siguiente. Los hombres se duchaban, consumían raciones e intercambiaban su dinero regular por «yenes de la invasión», examinaban sus armas y guardaban sus pertrechos. Recibieron las últimas órdenes de sus comandantes de unidad, que les recordaban que abandonaran las playas y avanzaran tierra adentro lo antes posible. Les advirtieron sobre el malecón de tres metros que supuestamente circundaba toda la isla. Sin embargo, la realidad era bien distinta, pues había sido pulverizado por el bombardeo previo a la invasión, aunque era un motivo de gran preocupación entre las tropas.

Como dijo el soldado de primera clase Ellis Moore, miembro del 383.° regimiento de infantería de la 96.ª división, que iba a bordo de la lancha de asalto 789: «La Armada prometió llenar el muro de agujeros durante su bombardeo preliminar, pero si no lo hacían, era fácil imaginarnos siendo liquidados uno a uno por los japoneses mientras nos encaramábamos a él».

Todo el mundo sabía que la mañana siguiente sería ardua. Según el rumor que se había filtrado entre las tropas, las unidades de asalto podían esperar el desembarco más ferozmente contendido de toda la guerra. El toque de diana llegaría a las 3.45, y todavía más temprano para quienes desearan asistir a algún oficio religioso. Al fin y al cabo, era Domingo de Pascua. También se celebraban los Santos Inocentes. En el espíritu de una u otra celebración —o tal vez ambas—, los mandamases no se referían al día siguiente como Día D. En su lugar, fue bautizado como «Día del Amor».

Se aconsejó a los hombres que se acostaran pronto después de cenar. «Necesitarán todo el descanso que puedan», les indicaron. En su mayoría lo hicieron, pero muchos acusaron problemas de insomnio.

El preludio a Okinawa había terminado. El acontecimiento decisivo acechaba llegado el próximo amanecer.

La noche del 30 de marzo —Viernes Santo y el Día del Amor menos 2—, el ayudante de artillería de tercera clase Hank Kalinofsky, capitán de una batería antiaérea doble de 40 mm a bordo de la lancha cañonera LSM(R) 198, había hecho algo que sabía que ningún buen católico debía hacer jamás: había disfrutado de una copiosa cena a base de pavo y degustado hasta el último bocado. Después tuvo la opresiva sensación de haber ofendido al Todopoderoso.

«Iré al infierno de cabeza», pensó. «¡Pero madre mía, ese pavo estaba delicioso!»

Sus intentos por racionalizar su fechoría no hicieron más que agravar sus preocupaciones. A los católicos se les prohibía comer carne incluso los viernes normales, y violar esa norma en

Viernes Santo, uno de los días más sagrados del año, sin duda debía encontrarse entre los pecados más imperdonables.

Los acontecimientos que siguieron no ayudaron a tranquilizar a Kalinofsky. El LSM(R) 198 era una de las doce lanchas cañoneras construidas especialmente para la campaña de Okinawa. Con capacidad para disparar 1.100 misiles de 13 mm en un espacio de unos cinco minutos, cada uno de los barcos poseía una potencia de fuego increíble. Habían navegado juntos desde Charleston, Carolina del Sur, para unirse a la batalla, pero el Día del Amor menos 1, uno de ellos, el LSM(R) 197, ya había sido destruido por un kamikaze, y los ataques suicidas estaban volviéndose más frecuentes.

Con buena parte de la cubierta ocupada por 110 lanzamisiles, su limitada capacidad antiaérea convertía a las lanchas cañoneras en objetivos más vulnerables para los suicidas. Como el hombre al cargo de una de las principales armas antiaéreas del 198, Kalinofsky estaba tan expuesto al peligro de los kamizakes como cualquier otro tripulante de la nave. Intentaba no pensar demasiado en ello, pero una pregunta inquietante persistía en su mente: «¿Así es como Dios decidiría tomarse Su represalia contra un pecador glotón de Viernes Santo?».

El Domingo de Pascua —el Día del Amor en Okinawa—, al marinero de veinticuatro años y oriundo de Edwardsville, Pensilvania, una ciudad dedicada a la extracción de carbón, todavía le afligían su transgresión y sus posibles consecuencias. Alguien dio a Kalinofsky un bocadillo, y recuerda que se dijo a sí mismo: «Probablemente no tenga otra oportunidad de comer en mucho tiempo. Seguramente será el desayuno, la comida y quizá también la cena».

Entonces, de súbito, los kamikazes estaban por todas partes, volando raudos a baja altura contra el cielo de la madrugada, y Kalinofsky y los demás artilleros disparaban contra ellos cientos de andanadas por minuto. Mientras trataba de sostener el bocadillo con una mano, la sacudida de su cañón de 40 mm le hizo soltarlo. En un instante, el bocadillo desapareció para siempre, probablemente hundiéndose en el mar. Kalinofsky sintió un atisbo de disgusto, seguido de un peculiar alivio.

«¿Este es mi único castigo por comer carne en Viernes Santo?», se preguntó. «¿Ya estamos en paz, Dios?»

Al no hallar respuesta a sus dudas desde lo alto, desterró cualquier pensamiento que no fueran los cañones dobles de 40 mm y el siguiente kamikaze que se aproximaba.

Pese a lo aterradores que resultaban para observadores de primera línea como Kalinofsky, los ataques suicidas de esa mañana en realidad fueron aislados y esporádicos en comparación con la arremetida kamikaze que lanzarían los japoneses unos días después.

Sería la mayor ofensiva suicida que el mundo haya presenciado. Durante varias semanas, Kalinofsky se preguntaría a diario si su «pecado» realmente había sido perdonado o si su Creador le deparaba algo mucho más terrible.

Debido a las estrictas órdenes de la Armada de mantener a todas las tropas de infantería confinadas bajo el puente con las escotillas cerradas cuando las razias aéreas fueran inminentes, el sargento mecánico de los marines Walt McNeel no avistó un solo avión kamikaze aquella mañana. Pero escuchó varios, y parecía que todos ellos se abalanzaban directamente sobre la bodega de su

buque de transporte. Aunque tras la norma de la Armada quizá hubiese un razonamiento sólido, hacía que muchos de los cautivos se sintieran más indefensos que si hubieran podido ver venir el peligro.

«Estábamos atrapados como ratas ciegas allí abajo», contaba McNeel, que dirigía una dotación de mecánicos de los Grumman F6F Hellcat, pertenecientes al escuadrón de cazas nocturnos VMF(N)-542 de los marines. «Parecía diez veces peor que estar sobre el puente y ver cómo llegaban esos aviones.»

Las únicas noticias sobre lo que ocurría afuera debían ser transmitidas por radio al personal del escuadrón por un capellán de los marines, a quien se permitía permanecer en el puente pero, normalmente, cuando el capellán ofrecía la información el peligro había pasado.

McNeel era un veterano avezado cuyo hermano mayor, Dave, un fusilero de la 1.ª división de marines, había perecido en Peleliu y recibió una Estrella de Plata a título póstumo. El propio Walt había sido blanco del fuego enemigo en más de una ocasión —y contaba con que volvería a serlo cuando el escuadrón desembarcara—, pero no recordaba nada tan pavoroso como aquello.

Lo peor, pensaba, era que los mandamases calculaban que les llevaría una semana o más dominar el aeródromo de Yontan, donde sería destinado el escuadrón. Hasta entonces, McNeel y el resto del personal de tierra permanecerían confinados en las tripas del barco, escuchando el crujir de la voz del capellán a través de la radio y esperando. Y también preguntándose: «¿Viviré para poner de nuevo un pie en tierra o moriré aquí mismo, en este ataúd de acero?».

La mañana del Día del Amor, un grupo de soldados de infantería de los marines, airados y nerviosos porque los ventiladores que hacían circular aire en la bodega de la nave se apagaron cuando se desvió la electricidad a las baterías antiaéreas, empezaron a maldecir y gritar a los marineros que controlaban las escotillas cerradas:

—¡Nos asfixiaremos en este maldito lugar! ¡Por Dios, dejadnos salir de aquí!

—Lo siento —contestaban los marineros—, tenemos órdenes de dejar esta escotilla cerrada.

El soldado de primera clase Gene Sledge, uno de los marines situados más cerca de la trampilla, se unió a la protesta, y él y algunos compañeros trataron de soltar las mordazas que la mantenían cerrada. Los marineros reforzaron inmediatamente las mordazas desde el otro lado, pero cuando más marines desesperados cooperaron en el enfrentamiento, su esfuerzo resultó ser demasiado para el personal de cubierta.

«Uno de los marineros cayó rodando por la cubierta», rememoraba Sledge. «En un momento estábamos todos fuera, respirando el aire fresco.»

El único oficial a la vista, un joven alférez de la Armada con una automática del 45 amarrada al cinturón, intentó acorralar en vano a los escapados. Cuando los marines ignoraron sus gritos exhortándoles a que regresaran a sus dependencias, el alférez empezó a amenazarles con un consejo de guerra masivo. Finalmente, un amigo de Sledge habló: «Señor, llegaremos a esa playa en breve y muchos de nosotros quizá no estemos vivos dentro de una hora. Preferimos arriesgarnos a ser alcanzados por un avión japonés que volver ahí dentro y morir de asfixia».

El alférez contempló a los hombres por un momento, dio media vuelta y se dirigió rápidamente hacia el puente. Fue la última vez que le vieron. Unos minutos después aparecieron

algunos de sus oficiales.

«Recojan sus equipos y aguarden para descender por las redes», anunciaron. «Las lanchas les esperan.» Aquello fue casi un alivio.

2

Como un paseo por el parque

«¿Dónde diablos están los japoneses?»

Esa fue una pregunta formulada en innumerables ocasiones en Okinawa a lo largo del Día del Amor. A las 8.30 del 1 de abril de 1945, en plena Semana Santa, cuando las primeras oleadas formadas por 183.000 marines y soldados del Ejército de Estados Unidos pertenecientes a las tropas de asalto llegaron a la costa, habían oído a sus oficiales y suboficiales repetir tantas advertencias funestas que todos esperaban la peor experiencia de su vida.

Pero con contadas excepciones, los hombres de la 1.ª y 6.ª divisiones de marines, que desembarcaron en las zonas más septentrionales de las playas de invasión, tomaron tierra en medio de una calma escalofriante, interrumpida sólo por algún que otro disparo de rifle o por una ráfaga de mortero. Luego iniciaron su cauteloso avance hacia el interior de la isla sin indicio alguno de resistencia enemiga organizada.

Los tripulantes de los Sherman fuertemente blindados del 1.er batallón de tanques de los marines fueron de los primeros en alcanzar la orilla y realizar el increíble descubrimiento de que su desembarco no había hallado oposición.

Cuando la lancha de desembarco que transportaba su Sherman arribó a la playa Azul Dos y el cabo Jack H. Armstrong vio por primera vez lo que sucedía en tierra —o, mejor dicho, lo que no sucedía—, su reacción fue de asombro y confusión.

«Aquí tiene que haber un error», pensó. «¿Hemos desembarcado en la isla equivocada? Si esto es Okinawa, ¿dónde están los cuerpos y los vehículos destrozados? ¿Dónde está el fuego de cañones y morteros?»

El Sherman de Armstrong —que llevaba el confiado apodo de *Billete a Tokio*— recorrió con estruendo la playa y sorteó el malecón sin dificultad u oposición. Se preguntaba si los japoneses estaban gastándoles una especie de broma artera por ser el día de los Santos Inocentes, pero como comandante de carro de combate, sabía que no tenía otra opción que seguir adelante.

—Odio parecer supersticioso —confió a su conductor, el cabo Harlan Stephan—, pero esto me asusta casi tanto como que me disparen. ¿Ves algún indicio del enemigo?

—No veo absolutamente nada —repuso Stephan.

—Yo tampoco —añadió el cabo Alvin Tenbarge, el copiloto—. Todo está tan tranquilo como una iglesia ahí fuera.

—Sí —observó Armstron— o como una tumba.

Por todo el litoral, otros Sherman del batallón experimentaban la misma ausencia de resistencia. Aun así, cuando la tripulación de Armstrong se encaramó apresuradamente por la escotilla para retirar los pontones de flotación y las tapas del motor del tanque, los hombres no

podían eludir la sensación de que alguien se aproximaba con sigilo para atacarles por la espalda. Armstrong no dejaba de mirar por encima del hombro y advirtió que otros miembros de la tripulación hacían lo propio.

—En marcha —dijo Armstrong—. Aquí me siento totalmente desnudo.

«¡El desembarco se ha realizado sin oposición! ¡Parece que los nipones han puesto pies en polvorosa!»

Las tripulaciones de los vehículos oruga anfibios y las lanchas Higgin transmitieron la noticia a las oleadas subsiguientes de tropas de asalto que se dirigían a la playa. Muchos veteranos curtidos en la batalla al principio reaccionaron con un cinismo cauteloso y después con incredulidad y asombro.

«Salimos de nuestros vehículos oruga erguidos», contaba el soldado de primera clase Bill Leyden, líder de un equipo de tiradores de la compañía K/3/5, perteneciente a la 1.ª división de marines, que unos meses antes había presenciado una horrenda matanza en la playa de Peleliu, donde docenas de lanchas de desembarco fueron destruidas antes de alcanzar la costa. «Era lo peor que habíamos visto. Nadie se lo podía creer.»

—He tenido descansos más duros que esto —observó el sargento R. V. Burgin, apoyado en la borda del vehículo anfibio que trasladaba a su pelotón de mortero de la compañía K/3/5 a la costa. Con dos grandes batallas en su haber, Burgin recordaba un agujero infecto de barro, ratas y cocos podridos de las islas Russell llamado Pavuvu, adonde se destinó a la división para que se lamiera las heridas tras un duro combate en cabo Gloucester, Nueva Bretaña.

—Si *Hillbilly* Jones estuviera aquí probablemente empezaría a cantar ahora mismo —dijo el soldado de primera clase George Sarrett, un paisano de Texas que estaba sentado junto a Burgin, en referencia a un joven teniente llamado Ed Jones, que poseía un gran talento musical y fue asesinado por un francotirador en Peleliu.

—Sí, y haría que todos los demás cantaran con él —dijo Burgin—. ¿Conocéis la letra de alguna?

—*Little Brown Jug*—respondió Sarrett—. Es casi lo único que sé cantar sin desafinar.

—Pues adelante —propuso Burgin.

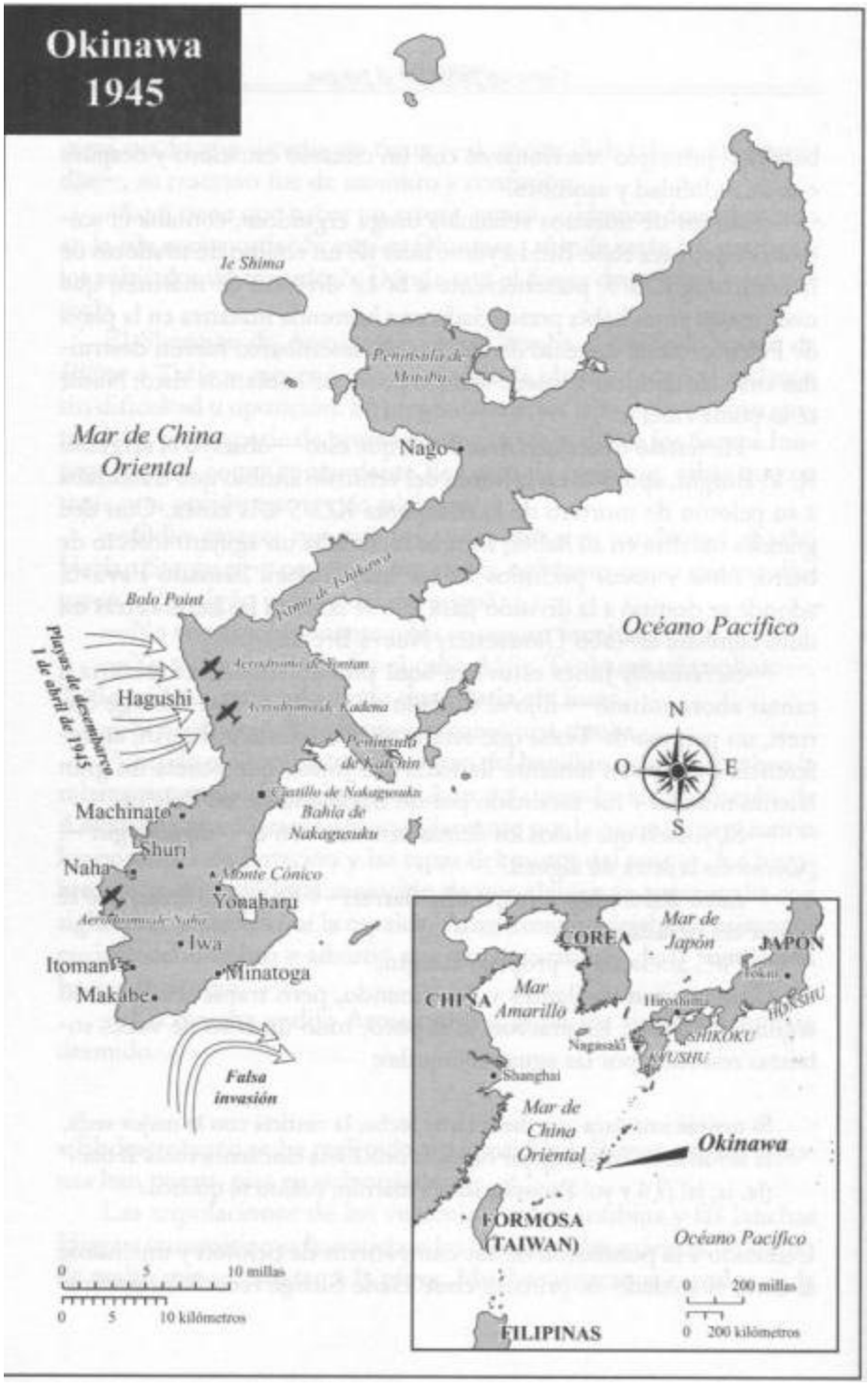
Comenzaron vacilantes y desafinando, pero transcurridos unos segundos otros se les unieron y, al poco, todo un coro de voces robustas resonaba por las aguas tranquilas:

Si tuviese una vaca que diera tanta leche, la vestiría con la mejor seda, la alimentaría con el mejor heno, la ordeñaría cincuenta veces al día. ¡Ja, ja, ja! ¡Tú y yo! Pequeña jarrita marrón, cuánto te quiero...

Cediendo a la persuasión de sus compañeros de pelotón y uniéndose al coro, el soldado de primera clase Gene Sledge recordaba gráficamente su bautismo de fuego en Peleliu el septiembre anterior y se maravillaba por lo distinto que era aquel día. Cuando el vehículo anfibio colisionó con la arena vio a miles de hombres sumidos tranquilamente en sus tareas en formaciones dispersas de combate, mientras otros tantos se aproximaban a bordo de centenares de lanchas de desembarco atestadas.

Cuando su embarcación se encontraba a unos cincuenta metros de la playa, Sledge había visto cómo estallaban dos proyectiles de mortero japoneses a su izquierda que proyectaron géiseres de agua marina pero no ocasionaron daños. Sledge estaba tenso a la espera de otras andanadas, pero aquellos fueron los únicos artefactos enemigos que vio aquella mañana.

«Seguimos observando el panorama que rodeaba nuestro vehículo anfibio sin sensación de peligro inmediato mientras salíamos del agua», rememoraba más tarde Sledge. «La puerta trasera descendió dando un golpe. Recogimos lentamente nuestros pertrechos y caminamos hacia la playa.»


Okinawa
1945
Ie Shima
Península de Motobu
Mar de China Oriental
Nago
Bolo Point
Océano Pacífico
Playas de desembarco 1 de abril de 1945
Hagushi
Península de Katchin
Castillo de Nakagusuku
Bahía de Nakagusuku
Machinato
Shuri
Naha
Monte Cónico
Yonabaru
Iwa
Itoman
Minatoga
Makabe
Falsa invasión
N
O
E
S
0 5 10 millas
0 5 10 kilómetros
COREA
Mar de Japón
JAPON
CHINA
Mar Amarillo
Hiroshima
HONSHU
SHIKOKU
KYUSHU
Nagasaki
Shanghai
Mar de China Oriental
Okinawa
FORMOSA (TAIWAN)
Océano Pacífico
FILIPINAS
0 200 millas
0 200 kilómetros

El cabo Charles «Red» Womack, un líder de pelotón al cargo de tres equipos de lanzallamas pertenecientes a la compañía de Armas del 3.er batallón del 5.° regimiento de marines, integrados por dos hombres cada uno, no podía creer lo que veían sus ojos mientras recorría la playa. «Esperábamos algo a cada paso», narraba el veterano de Peleliu, originario de McComb, Misisipí, «pero no ocurrió nada. No había rastro de japoneses».

Gran parte del temido malecón de Okinawa, que según creían las tropas estadounidenses se cobraría incontables vidas, había sido pulverizado por la artillería naval hasta que su altura no rebasaba la cintura en muchos lugares o prácticamente desapareció en otros. Los marines trepaban por él con facilidad y sin aminorar la marcha.

«En la zona de la playa en la que me encontraba no había ni rastro del muro», explicaba el cabo Sterling Mace, líder de un equipo de ataque de la 3.ª sección de la compañía K/3/5. «Nos habían dicho que tendríamos que saltar la pared utilizando escaleras, pero la habían destruido por completo.»

Como casi todos los veteranos de las primeras avanzadillas, Mace marchó a paso ligero y se mantuvo alerta. Desde que perdió a su mejor amigo bajo las balas de un francotirador en Peleliu, el soldado de veinte años procedente de Queens, Nueva York, no era ni de lejos tan agradable como antes.

«En una situación como ésta no puedes darlo todo por sentado», dijo al soldado de primera clase Bob Whitby, que vivía su primer combate pese a ser un «viejo» de veintiocho años con esposa y dos gemelas en su casa de Solón, Ohio. «Los nipones siempre urden alguna trampa, y puedes estar seguro de que guardan algún as bajo la manga.»

Sin embargo, el único indicio del enemigo que vieron aquella mañana fueron los espeluznantes restos de una brigada de soldados japoneses esparcidos por un enorme cráter que había abierto un proyectil de 350 mm lanzado desde un acorazado estadounidense.

«El agujero debía de tener seis metros de diámetro», dijo Mace recordando aquella imagen muchos años después, «y los cuerpos estaban desperdigados por todas partes. Empecé a mirar sus armas y, por un segundo, me invadió una sensación de alivio».

«Mira qué porquería de rifles llevan», pensó. «¡Dios, parecen despojos de la guerra civil!»

Entonces Mace se percató de lo ocurrido. «No se trataba de rifles anticuados de cañón largo», dijo. «Eran armas corrientes, excepto por una cosa: todas las culatas de madera habían sido arrancadas de cuajo por la fuerza de la explosión.»

Mientras la sección marchaba con cautela rumbo hacia el este, dejando atrás la playa y los cuerpos, la escaramuza con la que habían iniciado su avance parecía innecesaria, y formaron una columna de a cinco para acelerar el paso. Por delante de ellos se extendían campos verdes, huertas con exuberantes cosechas y algunas casas con tejados de losa sin rastro alguno de japoneses.

«Éste es un país hermoso», pensó Mace. «No se parece en nada a Peleliu». Aunque no era su intención, se relajó un poco.

El soldado de primera clase Harry Bender, que pisaba terreno enemigo por primera vez, se sintió consternado a la vez que animado por la ausencia casi total de resistencia japonesa. Otros reemplazos empezaron a bromear sobre lo fácil que había sido el desembarco.

—¿Qué tiene esto de duro? —oyó Bender resoplar a uno de ellos—. Hasta ahora ha sido como un paseo por el parque.

—Manténgase alerta y no sean presuntuosos —advirtió el sargento Leonard «Hook» Ahner, líder del pelotón de Bender—. No querrán morir riéndose.

La frivolidad se desvaneció de súbito. Todos los miembros de la 1.ª sección admiraban a Ahner y tenían al desgarbado y lacónico militar de Huntington, Indiana, en la más alta estima. Bender, por su parte, no estaba en absoluto dispuesto a tomarse las cosas a la ligera.

—¿Qué crees que significa esto —preguntó Bender a Leyden mientras avanzaban hacia un cuadro vivo pastoral de colinas ondulantes, tierras de cultivo y pinares. La escena que tenían ante sí era tan plácida que recordaba más a un decorado de película que a una zona de combate real—. ¿Qué se traen entre manos los japoneses?

—¿Quién sabe? —contestó Leyden—. Pero me trae a la memoria algo que nuestro instructor machacaba continuamente en el campo de entrenamiento.

—¿Y qué era? —preguntó Bender.

—Siempre que un ataque vaya demasiado bien, vigila tu trasero. Es probable que te dirijas a una emboscada.

Irónicamente, aunque gran parte de la cabeza de playa era un remanso de paz, la mañana del Día del Amor fue una historia bien distinta para unos seiscientos soldados que operaban la artillería pesada a trece kilómetros de distancia, en Keise Shima, una formación de cuatro diminutos islotes de coral situada frente a la costa de Okinawa.

Dos batallones del 532.° regimiento de artillería habían arriesgado su vida cinco días antes para desplegar veinticuatro cañones de 155 mm en Keise Shima como apoyo al desembarco estadounidense. El primer tramo de la mañana transcurrió sin incidentes, pero cuando resultó obvio que el desembarco no hallaría oposición, se asignó a los grandes cañones del 532.° nuevos objetivos.

«Disparamos entre trescientos y cuatrocientos proyectiles el Día D», explicaba el soldado de primera clase Ed K. Austin, «y gran parte del tiempo también fuimos objeto de la respuesta armamentística de los japoneses».

El 28 de marzo, el día en que Austin y sus compañeros habían tomado tierra en Keise Shima, se toparon con graves problemas de buen comienzo. Varias unidades de infantería de la 77.ª división habían escudriñado los cuatro islotes el día anterior y descubrieron que estaban desguarnecidos y aparentemente abandonados por los japoneses. Sin embargo, unas 36 horas después, el enemigo había cambiado repentinamente de opinión. En aquel momento, la infantería se había marchado y los artilleros —con una experiencia limitada en el combate cuerpo a cuerpo — se encontraban solos.

Los cañones largos del 532.° regimiento eran las armas terrestres de mayor calibre del arsenal del Ejército, y Keise Shima contaba con una ubicación idónea para rociar con su fuego las defensas del enemigo desplegadas en las playas. No obstante, antes de que las dotaciones de los cañones y los equipos arribaran a la orilla, su lancha de desembarco quedó irremediablemente encallada en un arrecife de coral a cincuenta metros de la costa, lo cual los dejó varados en una

posición muy vulnerable.

«Allí estábamos», recuerda Austin, «con una carga de proyectiles y pólvora y sin manera de llevarla a tierra. Permanecimos embarrancados seis o siete horas, pero por suerte los japoneses no lanzaron un solo disparo contra nosotros en ese tiempo».

Los cañones se amarraron a pequeñas barcazas que eran remolcadas por las lanchas de desembarco y, en palabras de Austin, dichas barcazas «quedaron todas atrapadas» cuando golpearon el coral, lo cual imposibilitó la descarga. Desesperados, Austin y sus compañeros acabaron resolviendo el problema perforando las barcazas con metralletas Thompson y hundiéndolas en aguas poco profundas, estabilizándolas de este modo lo suficiente para trasladar a pulso los cañones hasta la orilla.

Sin embargo, los problemas no habían hecho más que empezar para el 532.°, un regimiento «flotante» y especializado independiente de las divisiones del Ejército o los marines que participaban en la campaña. La noche del 29 de marzo, los japoneses —que reconsideraron tardíamente su decisión de renunciar a Keise Shima sin luchar— utilizaron un escuadrón de pequeñas embarcaciones para lanzar un fiero contraataque.

«No estábamos muy preparados para actuar como infantería», rememoraba Austin, un fornido joven del altiplano del oeste de Texas.

«Teníamos cuatro ametralladoras del calibre 50 y una ametralladora de cuatro cañones empleada mayoritariamente contra la aviación. Pero los japoneses destruyeron esta última y acabaron con la vida de uno de los cuatro hombres. Por suerte, otro pudo pasar el cañón a disparo único antes de verse obligado a salir de allí arrastrándose. Ello suponía que sólo podría disparar un proyectil cada vez en lugar de una andanada continua. Si los japoneses hubiesen sabido arreglarlo, podrían habernos aniquilado.»

Salvo las ametralladoras, las únicas armas utilizables de las que disponían los defensores estadounidenses eran carabinas Browning del calibre 30, conocidas burlonamente como «lanzaguisantes» por su inferioridad con respecto al rifle M-1. Las carabinas ligeras solían repartirse entre los miembros de las unidades de artillería y las brigadas de mortero —que rara vez tenían ocasión de dispararlas en combate—, ya que eran más fáciles de transportar para unos hombres que iban cargados con munición pesada y otros pertrechos que la M-1, una automática de precisión mortífera.

«Con la ayuda de la Armada, que disparaba granadas iluminadoras, mantuvimos nuestras posiciones toda la noche», contaba Austin. «Al alba, los japoneses volvieron a subirse a sus pequeñas barcas y se retiraron. Luego la Armada les dio su merecido. Dudo que ninguno de ellos escapara.»

Sin embargo, antes de partir, los japoneses infligieron numerosas bajas, y el Día del Amor trajo unas pérdidas aún mayores.

«Se nos asignó la destrucción de una torre de comunicaciones en la ciudad de Naha», dijo Austin, «y cuando abrimos fuego contra ella, los japoneses empezaron a contraatacar. Ya tenían en el punto de mira nuestras posiciones y conocían todas las coordenadas, así que durante un rato fue bastante duro».

Una andanada de la artillería pesada japonesa estalló en un nido de ametralladora que cobijaba

a la 532.ª compañía del cuartel general y perecieron todos, incluidos numerosos oficiales. Otro proyectil aterrizó justo en medio del nido que guarecía a la dotación de ametralladoras de Austin, pero no hizo explosión.

«Las baterías antiaéreas japonesas también nos disparaban», recordaba Austin, «pero eran más que nada un incordio, y seguimos abriendo fuego. Muchas veces no sabíamos a qué disparábamos. Nos limitábamos a no dejar de lanzar proyectiles».

La vanguardia de asalto de la curtida 1.ª división de marines, que había iniciado la marcha ofensiva de Estados Unidos a través del Pacífico en Guadalcanal en agosto de 1942, llegó intacta a la costa en menos de diez minutos. A las 9.30 del Día del Amor, una hora después de que los vehículos anfibios surcaran las playas Azul y Amarilla, elementos de los regimientos 7.° y 5.° de marines de la división habían cruzado sin esfuerzo el pueblo desierto de Sobe que, según se esperaba, debía ser un punto conflictivo de la resistencia japonesa, sin avistar a un solo soldado enemigo. El otro regimiento de infantería de la división, el 1.° de marines, se mantuvo en la reserva.

«Avanzamos tierra adentro y no oímos ni vimos fuego japonés dirigido a nosotros», recordaba el soldado de primera clase Gene Sledge. «Mientras recorríamos pequeños campos y huertos hacia montes más altos pude ver a las tropas de la 6.ª división de marines que se dirigían hacia el gran aeródromo de Yontan, situado a nuestra izquierda.»

Después de fortificar rápidamente las playas Verde y Roja en el extremo norte de la cabeza de playa, la 6.ª división de marines ocupó Yontan —una de las dos bases aéreas militares más valiosas de Okinawa— sin disparar un solo tiro. En aquel momento, incluso los cínicos veteranos de Peleliu empezaban a sentirse más cómodos.

—Tío, mira esos cerdos —dijo el sargento Hook Ahner, codeando ligeramente al soldado de primera clase Bill Leyden en las costillas y señalando a una cuadra de cerdos en un establo abandonado—. Si las cosas están tranquilas quizá podamos comer un poco de cerdo asado.

Leyden, nacido y criado en Brooklyn, frunció el ceño, y luego sonrió vacilante a su amigo y líder de brigada. Como un chico de ciudad empedernido, le costaba relacionar a aquel animal sucio de la cuadra con una bandeja de cerdo picado. Dijo:

—Estoy seguro de que es mejor que las raciones de campaña.

—Eh, escucha —dijo el sargento Ted «Text» Barrow, un corpulento veterano de algún lugar al este de Dallas—, el cerdo asado es de la mejor comida que encontrarás en cualquier lugar.

—Estáis consiguiendo que me entre hambre —dijo Leyden. Se descolgó la mochila y buscó en su interior uno de los bocadillos de bisté y huevo que se había preparado aquella mañana con los desayunos que los reemplazos mareados habían dejado intactos sobre la mesa de la embarcación.

Bisté y huevos era la «comida tradicional» del guerrero que servían a las tropas de asalto de los marines los cocineros de la Armada antes de cada desembarco anfibio, pero muchos hombres que afrontaban su primer combate apenas podían deglutir unos sorbos de café, y mucho menos alimento sólido. Así que después de rebañar su plato y hacerse con una ración de pan, el emprendedor Leyden hizo la ronda de recién llegados a la 1.ª sección repitiendo la misma pregunta: «¿Te vas a comer eso?».

La mayoría agitaba la cabeza o farfullaba que no tenía demasiado apetito.

«Bueno, entonces echadlo aquí», les decía Leyden. «¡Antes de que termine esta función aprenderéis a apreciar la carne fresca y los huevos de verdad!»

Cerca del centro de la cabeza de playa y unos cien metros a la derecha de donde habían desembarcado el soldado de primera clase Gene Sledge, el sargento R. V. Burgin y el resto de los cantantes de la sección de mortero de la K/3/5, un pequeño río desembocaba en el mar. Identificado en los mapas militares como el Bishi Gawa, el río constituía la línea divisoria entre las playas septentrionales ocupadas por las dos divisiones de marines y la mitad sur de la cabecera, donde las tropas de la 7.ª y la 96.ª divisiones desembarcaban simultáneamente.

Como los marines destacados al norte, los soldados hallaron prácticamente una resistencia nula en las playas Púrpura, Naranja, Blanca y Marrón. Alrededor de las 8.30 del Día del Amor, tanques anfibios de la 96.ª división Deadeye recorrieron con gran estruendo las enormes cavidades abiertas por los cañones de la Armada en el tramo de malecón paralelo a la playa Blanca Uno. Momentos después, soldados de infantería de los regimientos 381.° y 383.° de la división saltaron de sus vehículos anfibios y les siguieron.

Cuando al poco se les unieron las reservas del 382.° regimiento, la cabeza de playa era un hervidero de actividad. El cabo Don Dencker, de la compañía L, un líder de pelotón de morteros procedente de Minneapolis, describió la escena que presenció al desembarcar: «Los vehículos anfibios [conocidos como Ducks o DUKWs] traían suministros, y varias unidades de tanques y artillería ya se encontraban en la costa prestando apoyo al 381.° regimiento de infantería. El grupo del Cuerpo de Ingenieros descargaba los pertrechos que llegaban y mantenía el orden en la zona del litoral, que se adentraba quinientos metros o más en la isla».

A Dencker le preocupaba el viaje de llegada a bordo del vehículo anfibio porque su unidad carecía de efectivos suficientes, con sólo 168 hombres en lugar de los 193 especificados para una compañía de fusileros del Ejército. La escasez de personal obedecía al desvío hacia Europa de los nuevos reemplazos que se habían prometido para cubrir el vacío que dejaron las cuantiosas bajas de la batalla de las Ardenas.

Sin embargo, cuando Dencker y sus compañeros de pelotón vieron lo que ocurría en la costa, se sintieron sorprendidos y aliviados. El bombardeo de la Armada previo a la invasión había dejado numerosos cráteres de proyectil pero, por lo demás, la concurrida cabeza de playa no mostraba indicios de una guerra violenta. Tras vivir semanas de duras refriegas con la división Deadeye en Filipinas, Dencker no era ajeno al combate, pero nunca se había encontrado en una situación comparable.

«Podíamos oír unas pocas armas ligeras disparando a cierta distancia, tierra adentro», relataba, «pero en el cielo no había más que algunos aviones nuestros ofreciendo protección».

Algunos de esos disparos seguramente provenían de la compañía de fusileros Deadeye, encabezada por el capitán Alvin E. von Hollé, de Cincinnati, que se encontraba entre las primeras unidades estadounidenses que descubrieron que Okinawa no era un mero paseo después de todo. La compañía se había acercado al pie de unas montañas que se elevaban unos tres kilómetros tierra adentro cuando francotiradores enemigos abrieron fuego desde una pequeña cueva. Varios

hombres de Von Hollé resultaron heridos y el resto gatearon en busca de cobijo. Al hacerlo, advirtieron una bandera blanca que ondeaba desde un trípode clavado en un punto elevado del risco. Al parecer, la bandera indicaba un puesto de mando enemigo que había sido abandonado y que los francotiradores utilizaban ahora como escondite.

Los soldados estadounidenses respondieron a los disparos con rifles automáticos Browning, metralletas y M-1, y no tardaron en silenciar a los francotiradores. Von Hollé contempló de cerca los primeros cuerpos enemigos que había visto desde Leyte. Entonces volvió la mirada hacia el asta de bambú de nueve metros de altura clavada sobre el risco y pensó en la bandera estadounidense doblada de 1 x 1,5 metros que había llevado encima durante más de dos años. Había dejado pasar varias oportunidades de izarla, pero esta ocasión parecía demasiado perfecta como para ignorarla.

Von Hollé sacó la bandera de debajo de su camisa y con la ayuda de tres de sus hombres, el teniente James Redden, el sargento Albert Janick y el soldado de primera clase George Churchill rasgó la bandera japonesa y la sustituyó por las barras y estrellas. Al terminar de izarla a lo más alto del poste, el corresponsal informativo civil Bill Land se personó allí a fin de documentar el acontecimiento para la posteridad.

«Media hora después», escribió Land, «los hombres de la compañía estaban en camino... y dejaron la primera bandera estadounidense ondeando sobre Okinawa».

Si fue en realidad la primera podría ser objeto de debate, pero sin duda no sería la última.

Unos dos kilómetros al norte del lugar en el que izaron la enseña, los soldados de la 7.ª división de infantería Hourglass desembarcaban en las playas Púrpura y Naranja, de nuevo sin incidentes. A las 9.30 habían llegado hasta una línea ferroviaria situada más o menos a medio camino entre las playas y el aeródromo de Kadena, y sus tanques estaban cruzando el malecón y avanzando a ritmo constante hacia el interior.

Al igual que sus compañeros marines, los soldados de la división Hourglass sonreían y se sentían eufóricos por aquella buena suerte inesperada. Como lo expresó un aliviado fusilero de la 7.ª división al coronar la cima de una pequeña colina: «Ya he vivido más de lo que esperaba».

Sin embargo, él y sus camaradas no podían evitar formularse una misma pregunta acuciante: «¿Dónde están los japoneses?». En aquel momento, nadie conocía la respuesta.

Seis días antes, el soldado de primera clase William Kottas y los otros treinta miembros de su sección de fusileros no tenían razón alguna para plantear ese interrogante. Se habían topado con japoneses más que suficientes cuando desembarcaron en un escarpado tramo de tierra en el Mar de China Oriental y dispararon las primeras balas de la última y más grande operación militar de la segunda guerra mundial.

A las 8.30 del 26 de marzo, mientras la mayoría de las tropas de asalto anfibias de Estados Unidos seguían languideciendo en sus embarcaciones, Kottas y sus compañeros del 306.° regimiento de infantería de la 77.ª división habían fondeado sus barcas en una isla situada unos veinticinco kilómetros al oeste de Okinawa. Su objetivo era una de las nueve islas de un archipiélago conocido colectivamente como Kerama Retto. Ninguno de los soldados conocía el

nombre de la isla en aquel momento, pero al avanzar tierra adentro desde una playa tranquila no tardaron en descubrir dónde estaban los japoneses: a su alrededor.

Desde el amanecer, los proyectiles de 30 mm del acorazado Arkansas, de 1912, azotaron incesantemente las Kerama, y otros barcos de la Armada y aeronaves de los portaaviones se habían unido al bombardeo de «ablandamiento». Ante el sonido y la furia de las andanadas, Kottas se sorprendió pensando que cualquier soldado japonés destacado en la isla debía de estar escondido por el terror o muerto.

Entonces escuchó un crujido en el matorral que había frente a él y el ex granjero de veinticuatro años originario de Nebraska se detuvo en seco, con el rifle preparado y la bayoneta calzada.

—¿Qué pasa? —susurró el soldado de primera clase Shorty Detore, compañero del equipo de ataque de Kottas, sentado en cuclillas detrás de él.

—Hay algo en el matorral —respondió Kottas—. ¿No lo has oído?

Detore, un chico italiano de Nueva York que apenas era más alto que el rifle automático Browning que sostenía, hizo un ademán negativo con la cabeza.

En un abrir y cerrar de ojos, tres soldados japoneses aparecieron de un brinco entre la maleza. Detore levantó su rifle automático Browning y disparó dos breves ráfagas sobre la cabeza de Kottas mientras dos de los soldados corrían hacia ellos. El tercer japonés estaba encima de Kottas antes de que éste pudiera nivelar su M-1, así que utilizó la bayoneta.

Supuestamente, los japoneses eran excelentes luchadores con la bayoneta, y Kottas había sido testigo de su mortífera destreza durante el combate en Leyte, en Filipinas. Pero en esta ocasión el enjuto soldado de Nebraska embistió primero, hundiendo la cuchilla hasta la empuñadura en el abdomen del enemigo, justo por debajo de la caja torácica, y desgarrando luego hacia arriba con toda la fuerza que pudo reunir.

El japonés cayó a plomo con un grito sordo, y la sangre salía a borbotones mientras Kottas trataba de extraer la bayoneta del cuerpo del soldado enemigo. Cuando comprobó que la bayoneta se le resistía, la soltó del cañón del rifle y la dejó donde estaba. El japonés intentó agarrarse espasmódicamente a la cuchilla y emitió sonidos ahogados durante un segundo o dos. Entonces dejó de moverse.

Kottas oyó a Detore darle palmadas en el hombro.

—¿Estás bien?

—Creo que sí —dijo Kottas. Miró por un momento al hombre al que acababa de asesinar y después a los cuerpos cosidos a balazos de los otros dos japoneses. Al cabo de un minuto, no más, cuando su descarga de adrenalina aminoró, empezó a temblar incontroladamente.

A media tarde, la pequeña isla —Kottas no consiguió aprender nunca su nombre— había sido fortificada. Entretanto, otras unidades de los regimientos 305.° y 306.° de infantería se topaban con una resistencia más férrea en otras islas de las Kerama Retto. Unos cuatrocientos soldados japoneses estaban desplegados en la isla de Zamami; otros doscientos ocupaban la isla de Aka, y unos 75 defendían Geruma. Muchos eran miembros de escuadrones marítimos de asalto, con la misión de atacar a los buques estadounidenses con cientos de pequeñas embarcaciones ocultas en

torno a las islas.

Varias compañías del 305.° regimiento de infantería atracaron en Aka y avanzaron rápidamente por la isla, utilizando granadas y cargas concentradas para arrancar a los defensores japoneses de sus trincheras desperdigadas. A las cinco de la tarde del 26 de marzo, contabilizaron 58 bajas enemigas y habían fortificado dos tercios de la isla.

El avance fue más duro en Zamami, donde la guarnición nipona permaneció oculta todo el día y atacó repetidamente a la compañía C del 305.° regimiento entre la medianoche y el amanecer del 27 de marzo. Con la ayuda de dos compañeros heridos que le pasaban munición, el soldado de primera clase John D. Word utilizó el rifle automático Browning de un camarada muerto para contener él solo tres ataques enemigos. Cerca de allí, los sargentos John Galinsky y Patrick Gavin encabezaron a un puñado de soldados para recuperar una ametralladora que les fue arrebatada y asesinar a media docena de enemigos que trataban de apuntar el arma hacia las posiciones estadounidenses. Al amanecer, los atacantes japoneses que habían sobrevivido se disiparon y dejaron veintisiete cadáveres a sus espaldas.

Alrededor de las nueve de esa misma mañana, la sección de William Kottas y el resto del 1.° y el 2.° batallones del 306.° regimiento de infantería llegaron a una segunda isla objetivo sita justo al este. Se trataba de Tokashiki, la masa de tierra más extensa de las Kerama. También fue donde la suerte de Kottas se agotó temporalmente.

Hasta el 30 de marzo no se completó la conquista de Tokashiki ni se disgregó a los miembros supervivientes de su guarnición, integrada por quinientos hombres, en su mayoría reclutas coreanos, por sus colinas cubiertas de maleza.

La resistencia enemiga adoptó fundamentalmente la forma de algún que otro disparo de mortero que provocó sólo algunas bajas estadounidenses. Sin embargo, entre ellas figuraba Kottas, que recibió el impacto de un fragmento de metralla en la cadera y otro en el tabique nasal cuando un proyectil de mortero hizo explosión a escasos metros de distancia.

Mientras yacía en un puesto de socorro aguardando la evacuación al buque hospital Solace, Kottas se sentía más aturdido y asqueado por la carnicería que había presenciado entre algunos de los 6.000 habitantes civiles de las Kerama que por sus propias heridas.

«Los japoneses habían dicho a los civiles de aquellas islas que desollaríamos vivos a los hombres, que masacraríamos a los bebés y violaríamos a las mujeres», evocaba Kottas muchos años después, «y, Dios les asista, se lo creyeron. Se suicidaron a centenares».

El 30 de marzo al anochecer faltaban todavía 36 horas para el Día D de la mayor operación militar por aire, mar y tierra jamás acometida por el Ejército de Estados Unidos, pero en un sentido muy real, la batalla de Okinawa ya había comenzado.

En contraste con la despiadada liza entablada en las Kerama, el primer día en Okinawa prácticamente no se acusaron bajas en muchas unidades, y el recuento en general fue increíblemente bajo, teniendo en cuenta que el 1 de abril al anochecer, unas 60.000 tropas estadounidenses controlaban sin sobresaltos todas las playas del extremo occidental y dos importantes aeródromos. Algunas unidades habían penetrado hasta cinco y siete kilómetros. El informe definitivo de bajas del día mostraba veintiocho hombres muertos, ciento cuatro heridos y

veintisiete desaparecidos, y muchas de esas pérdidas respondían a accidentes, al denominado «fuego amigo» o a heridas autoinfligidas de manera intencionada, y no a acciones hostiles.

Antes del ataque, se advirtió repetidamente a los médicos del Ejército y la Armada que les atendieron que estuvieran preparados para tratar al mayor número de estadounidenses moribundos y heridos de gravedad que se había visto hasta la fecha en todas las batallas del Pacífico. Para lidiar con tan sangrienta tarea, se habían designado varias lanchas de desembarco —grandes naves que podían transportar carros de combate y demás equipos mecanizados y también a hombres— como hospitales flotantes provisionales. En cuanto estas lanchas liberaran su cargamento de tanques y vehículos anfibios, debía despejarse el puente, limpiarse y equiparse con instrumental médico y camas. Transcurridos unos minutos desde el desembarco de las tropas de asalto, unas pequeñas embarcaciones empezarían a trasladar a los heridos de vuelta a las lanchas y se amarrarían a unos embarcaderos sostenidos sobre pontones justo enfrente de la puerta de proa. Pero pasó una hora, y luego otra, y sólo apareció un reducido goteo de heridos. Algunos de los buques improvisados no tenían nadie a quien atender.

En *The Old Breed*, su historia clásica de la 1.ª división de marines, el escritor George McMillan cita el caso de un cirujano que esperaba ansioso y cuyo único paciente durante la mañana del Día del Amor fue un joven marine a quien sangraba un dedo profusamente.

—Un compañero disparó y me arrancó la punta del dedo —dijo el marine.

Aguardando aún un intenso flujo de heridas más graves, el cirujano indicó a un ayudante que vendara el dedo al marine y se fue a comer. Más tarde, el médico regresó al muelle en el que todavía permanecía el marine solitario. Una vez más, dirigió la mirada hacia la costa, pero no había vislumbres de más heridos.

—Venga —dijo finalmente al hombre con el meñique dañado—, vamos a prepararte un dedo nuevo. Tienes suerte de que tenga tiempo para hacerlo.

Sin embargo, no todas las bajas se produjeron de forma accidental.

Poco después de que el sargento mecánico Porter McLaughlin condujera a su sección anticarro de la 7.ª división a tierra firme, escuchó claramente dos disparos de rifle. Cuando corrió a investigar, descubrió a dos hombres de la compañía del Cuartel General, perteneciente al 2.° batallón del 32.° regimiento de infantería, retorciéndose de dolor en el suelo.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó McLaughlin.

—Estos malditos imbéciles se han disparado uno a otro —replicó el sargento George Murphy, el mejor amigo de McLaughlin y uno de sus líderes de pelotón—. Juro por Dios que se han puesto en guardia y se han disparado deliberadamente en la pierna.

McLaughlin, que en su día fue un musculoso luchador aficionado que trabajó como pescador comercial antes de la guerra, reconoció de inmediato a uno de los hombres como un alborotador habitual con el que se había visto implicado varias veces en el pasado. Se le había sometido a un consejo de guerra al menos en dos ocasiones, una vez por emprenderla a golpes con un suboficial y otra por haber violado presuntamente a una niña filipina. Una noche amenazó con matar a McLaughlin, hasta que el sargento de sección le hundió una pistola del 45 en la barriga y le hizo pensárselo dos veces.

Mientras acostaban a los dos heridos en una camilla, el teniente John J. McQuillan, comandante de la compañía E, a la que había sido agregada la sección de tanques de McLaughlin, llegó a la escena y preguntó qué sucedía.

—Debían estar ansiosos por escaquearse de la guerra —respondió Murphy.

—Según he oído, se dispararon el uno al otro deliberadamente. McQuillan miró a los dos heridos e hizo un ademán negativo con la cabeza.

—Cuando pienso en todos los hombres buenos que he perdido con este uniforme... Estos imbéciles me ponen enfermo —espetó—. Lleváoslos de aquí. No soporto tenerlos delante.

El 1.er batallón de tanques de los marines consistía en tres compañías, cada una de ellas integrada por quince tanques Sherman M4A2 y M4A1, quince dotaciones de cinco hombres, varias docenas de reservistas, secciones mecánicas y de suministros, y una compañía encabezada por el teniente coronel A. J. «Jeb» Stuart, el comandante de batallón.

En el desembarco de Okinawa, los tanques del batallón, con un peso de treinta toneladas, y sus tripulaciones se distribuyeron por una extensión de playa de un kilómetro y medio o más, y en ciertos puntos a lo largo de dicha extensión acechaban peligros desconocidos. A consecuencia de ello, incluso mientras el *Billete a Tokio* del comandante de carro Jack Armstrong avanzaba sin cortapisas tierra adentro acompañado por un equipo de ataque de marines de infantería, algunos de sus compañeros se topaban con el desastre y la muerte a corta distancia de la costa, en otra zona de la playa Azul Dos.

Irónicamente, el villano no era la clase de embate enemigo repentino que temía Armstrong, sino una peculiar singularidad de la naturaleza: una serie de agujeros enormes ocultos bajo las olas que engulleron literalmente tres tanques de los marines y a sus tripulantes cuando se encontraban a escasos metros de tierra firme.

Durante un infrecuente momento de solemnidad muchos años después, el mortífero incidente fue descrito con detalle por el marine Howard O. Towry, un flacucho soldado y conductor de tanques de la reserva originario de Carrollton, Texas, que había abandonado la escuela en octavo curso. El carácter bromista de Towry y su asombroso talento para meterse en líos se remontaban al campamento de instrucción y le habían valido la reputación permanente de ser el mayor inútil del batallón. Pero la tragedia que acaeció aquel día en la playa no fue una broma para él.

«El Ejército, que tenía mucha más experiencia con los carros de combate que el Cuerpo de marines, nos enseñó a instalar pontones en nuestros tanques, lo cual les permitía moverse en aguas tan profundas como el propio vehículo siempre y cuando las escotillas estuviesen cerradas herméticamente», recordaba Towry. «Pero aquellos agujeros eran tan grandes que hundieron los tanques cinco o seis metros por debajo de la superficie, y sus ocupantes —en especial los que se encontraban en lo más profundo del carro de combate— no podían salir. Aquel día no perdimos a nadie por causa del fuego enemigo, pero sí los tres tanques, y seis de nuestros hombres se ahogaron. Esas fueron las únicas bajas que sufrimos.»

El soldado de primera clase Lloyd Binyarde, otro texano de McAllen, una población localizada en el valle del Río Grande, fue el único que logró escapar con vida de uno de los tres tanques, según Towry. «Se estiró boca arriba y consiguió abrir la escotilla a patadas», contaba Towry. «Los

otros cuatro tripulantes no lo lograron.»

Aquellas extrañas muertes dejaron una honda y punzante impresión en Towry, cuya reacción fue adoptar una actitud todavía más despreocupada que antes. Esa actitud se agudizó a medida que se desarrollaba la batalla y contribuyó poderosamente a su condición, según su propia descripción, de «cabrón majareta y endemoniado».

«Bajo mi punto de vista», decía Towry, «se agotaban mis posibilidades, igual que había ocurrido a los que se ahogaron, y como no esperaba regresar a casa con vida, decidí que lo pasaría tan bien como pudiera antes de que la maldita guerra acabara conmigo».

En las semanas que estaban por venir, eso es precisamente lo que hizo el soldado Towry.

Una faceta integral de la Operación Iceberg —que pudo contribuir a la ausencia de respuesta enemiga a lo largo de las playas de invasión que se extendían al oeste de Okinawa— fue una elaborada maniobra ficticia de las tropas de la 2.ª división de marines. Esta «falsa invasión» iba dirigida a las playas del flanco sureste de la isla, cerca del pueblo de Minatoga, y debía coincidir exactamente con el ataque real. No cabe duda de que atrajo la atención de los japoneses, que hasta el último minuto creyeron que era auténtica, aunque no la precedió ningún bombardeo naval.

Los marines se embarcaron en siete oleadas de veinticuatro lanchas de desembarco para el transporte de vehículos y personal, y las primeras comenzaron a cernirse sobre las playas de Minatoga a las ocho de la mañana. Pero media hora después, cuando cuatro avanzadillas habían rebasado con mucho la línea de partida, todas las lanchas de desembarco describieron un rápido cambio de sentido, penetraron en una cortina de humo y aceleraron en dirección a sus barcos.

Los observadores estadounidenses sólo avistaron cuatro proyectiles de artillería japoneses que se habían disparado contra las lanchas, y todos ellos cayeron sin ocasionar desperfectos en aguas abiertas. Los defensores enemigos habían recibido órdenes de no disparar hasta que las lanchas de desembarco hubiesen llegado a la costa, pero al parecer muchos creyeron haber repelido un verdadero ataque anfibio.

Para mantener la confusión y el desequilibrio entre los japoneses, los marines subieron de nuevo a bordo de sus lanchas y se prepararon para repetir la estratagema al día siguiente. Según indicaba todo, esta segunda «demostración», como fue denominada, tuvo un éxito similar, pues logró que dos divisiones completas y una brigada de las tropas enemigas permanecieran apartadas de la acción real.

El Día del Amor más 1 por la tarde, el general Ushijima, comandante supremo de las fuerzas niponas en Okinawa, dictó una orden que advertía: «En el frente de Minatoga los planes del enemigo no pueden ignorarse. El Ejército recurrirá a la 62.ª división para defender la línea principal de posicionamiento durante un largo período; utilizará sus efectivos básicos para aniquilar al enemigo, que planea nuevos desembarcos».

La amenaza más grave para la maniobra ficticia de Minatoga radicaba en los «pájaros del infierno» kamikazes que despegaban desde la isla japonesa de Kyushu, pero las intensas razias aéreas de Estados Unidos habían reducido enormemente el número de aviones enemigos que podían emprender dichas misiones en aquel momento. El peor ataque se produjo el Día del Amor al rayar el alba, frente a las playas de Minatoga, cuando un piloto suicida estrelló su avión contra

la sección de babor del LST884, lo cual desencadenó un fuego arrasador y la explosión de las reservas de munición justo cuando las tropas estaban embarcando. Otro suicida alcanzó al buque de transporte U.S.S *Hinsdale* más o menos a la misma hora.

Irónicamente, estos ataques kamikazes contra las fuerzas de demostración representaron un elevado porcentaje de las bajas contabilizadas el Día del Amor. Dieciséis marines fueron declarados muertos o desaparecidos, y 37 figuraban como heridos.

La embarcación de transporte y la lancha de desembarco que habían sido víctimas de la embestida permanecieron a flote pero inmovilizadas. Estuvieron entre las primeras naves estadounidenses que serían remolcadas a un «cementerio de barcos» en las Kerama Retto, un lugar que pronto se hallaría abarrotado.

El cabo Dan Lawler se encontraba tenso e inquieto, y a pesar del frescor agradable que reinaba el Día del Amor por la tarde, perlas de sudor salpicaban su frente mientras atravesaba el gigantesco aeródromo de Yontan con otros diecinueve marines de la sección de ametralladoras del calibre 30, que formaba parte de la compañía K/3/5.

Los japoneses no habían realizado ningún intento serio de defender Yontan, su mayor base aérea en Okinawa, del rápido avance estadounidense y, de hecho, Lawler no había visto ni oído ningún atisbo del enemigo desde que desembarcó aquella mañana. Pero no podía evitar recordar otra tarde, siete meses y medio antes, cuando se adentró en otro aeródromo japonés en Peleliu y no alcanzó el otro extremo.

Como encargado de munición de diecinueve años procedente de Hudson Falls, Nueva York, Lawler formó parte de la primera oleada que alcanzó las playas de Peleliu, donde el escenario parecía salido del mismísimo infierno. No veía ni oía más que explosiones atronadoras y gritos, heridos y hombres moribundos. Pero la tarde siguiente fue incluso peor. Fue entonces cuando se instó al 5.° regimiento y a la 1.ª división de marines al completo a irrumpir despiadadamente entre el fuego enemigo para adueñarse del aeródromo de Peleliu.

Aquel día hubo muchos motivos para sudar. La temperatura rondaba los 43 grados centígrados cuando se inició la carga a la una del mediodía, y habían de recorrer casi ochocientos metros de aeródromo sin cobertura de ninguna clase.

«Agáchense cuanto puedan, no se amontonen y corran como alma que lleva el diablo», aconsejó un suboficial. «Con suerte, la mayoría de ustedes probablemente lo conseguirán.»

Lawler había intentado hacer exactamente lo que le habían indicado, pero con dos cajas de munición del calibre 30 a cuestas era difícil avanzar. Había recorrido la mitad de la distancia cuando oyó cómo se aproximaba un proyectil de la artillería enemiga, que impactó a escasos metros de él y le derribó, dejándole con un brazo y tres dedos rotos y heridas de metralla en la espalda. El combate por Peleliu había comenzado menos de treinta horas antes, pero para Lawler la batalla había terminado. Había pasado varias semanas en un hospital de Guadalcanal antes de poder reincorporarse a su unidad, justo a tiempo para el viaje a Okinawa.

Ahora Lawler se agitaba, secándose el rostro con la manga de la camisa y tratando de desterrar las imágenes de Peleliu de su mente. Mientras contemplaba la marcha de sus compañeros, su mirada se cruzó con la del sargento Alex «Hurricane» Henson, un líder de pelotón de Kentucky y

marine desde diciembre de 1940 que había recibido su apodo cuando era miembro del equipo de boxeo de la compañía.

—Estás pálido, colega —le dijo Henson—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien —repuso Lawler—. Pensaba en lo distinto que es esto de la última vez que atravesé un aeródromo japonés.

—Lo sé —agregó Henson—. Yo estaba allí, ¿recuerdas?

—Esta vez es tan sencillo que me pone nervioso —dijo Lawler.

—Quizá sea bueno estar un poco nervioso —observó Henson—. Tenga la pinta que tenga esto, todavía no ha terminado ni por asomo.

Aquella tarde, rayando el crepúsculo, Seabees [2] con excavadoras retiraban los aviones enemigos destruidos de las pistas de estacionamiento y rodaje de Yontan, así como un escuadrón de maniquíes de tela y madera construido por los japoneses. Los marines que vivaqueaban junto al aeródromo estaban calentando sus raciones en pequeñas fogatas cuando escucharon el rumor de un motor, y les sorprendió avistar una aeronave solitaria que volaba a baja altura para acometer un aterrizaje.

Se sintieron todavía más desconcertados cuando vieron las «albóndigas» rojo oscuro pintadas en las alas y se percataron de que era un Zero japonés.

Los marines echaron mano de las armas mientras el avión ejecutaba un aterrizaje impecable. El piloto se detuvo, se quitó el paracaídas sin apremio, salió de la cabina y saltó a la pista. Manifiestamente ajeno al hecho de que había tomado tierra en territorio enemigo, empezó a caminar con aire despreocupado hacia los marines. Entonces se paró en seco e instintivamente extendió la mano para desenfundar su pistola.

El aviador japonés se encontraba demasiado lejos —y estaba demasiado oscuro— para que nadie distinguiese su expresión mientras una lluvia procedente de varios rifles estadounidenses acababa con su vida. Pero desde que se percató de lo que había hecho hasta el momento de su muerte hubo de recorrer su rostro una mirada de absoluta consternación.

«No falla», ironizó un marine mientras él y varios de sus compañeros armados se apiñaban en torno al cuerpo del piloto. «Siempre hay algún pobre bastardo que no recibe el mensaje».

Cuando la oscuridad se impuso el Día del Amor, un pequeño grupo de marines y marineros de la 4.ª compañía conjunta de asalto y comunicaciones (CCAC), liderada por el teniente Quentin «Monk» Meyer, se encontró solo —y aparentemente olvidado— en un mar oscuro como la boca del lobo y plagado de peligros ocultos. Luego de abandonar su lancha aquella mañana, se les indicó que esperaran órdenes de desembarco. Pero de eso hacía casi doce horas y seguían aislados a bordo de su barca Higgins a unos dos kilómetros de la costa.

La función de las unidades de la CCAC, que habían entrado en servicio por primera vez a mediados de 1944, era operar muy cerca de las líneas enemigas, localizar concentraciones de tropas japonesas y posiciones de artillería y mortero para informar de su ubicación a los artilleros de los barcos de la Armada. Era una labor peligrosa que había supuesto a Meyer una Estrella de Plata en Peleliu por ayudar a romper un bloqueo japonés sobre una compañía de marines que se hallaba sitiada. Pero aquella misión de alto riesgo no había sido tan desquiciante para Meyer que aguardar en la pequeña embarcación toda la noche y las interminables horas de la mañana

siguiente al Día del Amor los ataques sorpresa de los hombres rana y las embarcaciones suicida japonesas.

«Se suponía que debíamos desembarcar con el 3.er batallón de la 1.ª división de marines», recordaba el soldado Gil Quintanilla, uno de los nueve fusileros-escolta armados con metralletas y destinados a proteger a los operadores de radio de la CCAC. «Pero después de subirnos a la lancha Higgins, creo que algo fue mal y el cuartel general del batallón nos perdió la pista.»

Fue un ejemplo de los problemas logísticos que emergían inevitablemente cuando debían transportarse 60.000 hombres y miles de toneladas de pertrechos desde los barcos a unas costas hostiles en un solo día y en condiciones de combate. Con toda probabilidad, dado que los desembarcos apenas suscitaron respuesta del enemigo y la localización de las grandes concentraciones rivales era desconocida, las unidades de la CCAC tenían poco que hacer en tierra firme.

Dadas las circunstancias, probablemente pareció razonable demorar el desembarco de la unidad hasta que pudiera asignársele una misión. Pero en lugar de devolverlos a la lancha de desembarco a esperar acontecimientos, dejaron a Meyer y sus hombres cabeceando en el Mar de China Oriental —y vigilando posibles tiburones humanos— desde las ocho de la mañana del Día del Amor hasta pasadas las nueve de la mañana siguiente.

«No hacía un frío glacial, pero por la noche la temperatura descendió unos diez grados y estábamos todos calados hasta los huesos», explicaba Quintanilla. «Tampoco pudimos dormir, porque debíamos permanecer en alerta constante por si aparecían buceadores japoneses con cargas concentradas y cuchillos entre los dientes.»

Temblando en la oscuridad, Meyer y Quintanilla trataron de mantener una conversación informal para seguir en guardia.

—¿Sabes, Quint? —mencionó Meyer en un momento dado—, soy de New Hampshire, donde cada invierno hay al menos tres metros de nieve, pero no recuerdo haber pasado tanto frío en la vida.

—Pues si *tú tienes frío*, figúrate cómo estoy yo —farfulló Quintanilla con los dientes castañeándole—. Vengo de Tucson, Arizona, donde ni siquiera saben qué aspecto tiene la nieve.

Los hombres de la 4.ª CCAC jamás habían recibido un amanecer con tanto agradecimiento como el que iluminó el cielo del este que coronaba Okinawa la mañana del 2 de abril de 1945.

Para el cabo Elliot Burnett, nacido en Dallas y miembro veterano de la compañía del Cuartel General del 11.° regimiento de marines, el único momento de emoción del Día del Amor llegó cuando él y un compañero se vieron asediados por un Zero japonés mientras arrastraban un carro de avituallamientos destinado al puesto de mando del regimiento de artillería. El resto del día había transcurrido sin incidentes y, al anochecer, Burnett todavía no había visto ni rastro del enemigo sobre el terreno.

«Nuestra zona estuvo tan tranquila aquella primera noche que uno de nuestros mandos del estado mayor, un capitán, decidió colgar su hamaca entre dos árboles y dormir al aire libre», recordaba Burnett. «Pero en un momento dado, un soldado enemigo solitario deambulaba por la zona y se dio de bruces con la hamaca del capitán. De repente, escuchamos un grito estremecedor,

seguido por el sonido de pasos que se alejaban rápidamente. Cogimos nuestras armas, pero no se disparó un solo tiro. Para entonces, el japonés se había desvanecido.»

En general, el Día del Amor había estado a la altura de su nombre para la mayoría de los soldados estadounidenses que ahora controlaban una cabeza de playa que en algunos puntos tenía una longitud de trece kilómetros y se internaba casi hasta medio camino del centro de Okinawa. El tiempo estaba despejado, la temperatura era moderada y el campo hermoso y plácido. El terreno arenoso permitía excavar con facilidad hoyos y nidos de ametralladora. Era notable la ausencia del follaje de la jungla y las lianas retorcidas de los trópicos, sustituidos por fragantes pinares que adornaban unas suaves colinas. Muchos hombres se servían frutas y verduras frescas que crecían a lo largo de su línea de marcha. Aquel domingo, el soldado de primera clase Gene Sledge y sus compañeros de las dotaciones de mortero de los marines llegaron a ver lirios de Pascua en plena floración.

De los pocos enemigos con los que se toparon las tropas de asalto del Ejército de Estados Unidos y los marines el primer día, casi todos eran reclutas adolescentes de Okinawa que se habían quedado atrás para defender los aeródromos de Yontan y Kadena, mientras el resto del 32.° ejército japonés se retiraba para establecer posiciones defensivas en las montañas. Estos jóvenes apenas entrenados, que a lo sumo eran combatientes reacios, solían huir ante el primer sonido de un disparo estadounidense.

El segundo día prosiguió aquel «paseo por el parque», y el comandante Pedro del Valle, de la 1.ª división de marines, se mostró claramente confuso al dirigirse a varios representantes de los medios de comunicación estadounidenses durante una rueda de prensa: «No sé dónde están los japoneses, y no puedo darles una razón convincente que explique por qué nos han permitido desembarcar tan fácilmente», aseguró. «Estamos avanzando por la isla tan rápido como podemos mover a los hombres y el equipamiento.»

No obstante, Lemel Shepherd, homólogo de Del Valle en la 6.ª división de marines, reconoció que su perplejidad se vio atenuada por cierto alivio. «Hubo mucha gloria en Iwo», comentaba Shepherd después de trasladar su puesto de mando de una playa tranquila al interior de la isla, «pero prefiero esto».

El general Roy Geiger, comandante del III cuerpo anfibio de los marines, se sentía eufórico y confuso a partes iguales. «No me pregunten por qué no hemos encontrado más oposición», declaró a un corresponsal de *The New York Times*. «No lo entiendo... pero ahora estamos en posición de arrasar con las fuerzas japonesas con un mínimo de bajas en nuestras filas.»

Entretanto, el vicealmirante Richmond Kelley Turner, comandante de la numerosa flota que había llevado al 10.° ejército hasta Okinawa, confiaba a su superior, el almirante Chester Nimitz: «Quizá esté loco, pero parece que los japoneses han abandonado la guerra, al menos en este sector».

La respuesta desde el cuartel general de la Flota del Pacífico en Hawai fue sucinta, sarcástica y extremadamente profética: «Bórrelo todo a partir de "loco"».

3

Juegos de niños, paseos en poni y barbacoa

Mientras un enemigo invisible aguardaba pacientemente en su intrincada guarida de cuevas y túneles, el paseo por el parque del Día del Amor devino en un retozante relajo para numerosos estadounidenses durante los días siguientes.

Con la cabeza de playa fortificada, los varios integrantes de la fuerza de asalto del 10.° ejército de Estados Unidos avanzaban en direcciones divergentes. La 1.ª división de marines puso rumbo a la costa este de Okinawa, mientras que la 6.ª división de marines se preparaba para una incursión en la mitad norte de la isla, prácticamente deshabitada. La divisiones 7.ª y 96.ª de infantería también marcharon hacia el este por una ruta que las mantenía al sur de la 1.ª división de marines al tiempo que las unidades del Ejército se disponían a realizar un abrupto giro a la derecha hacia unas presuntas posiciones enemigas desperdigadas por los riscos meridionales.

Entretanto, los soldados de la 77.ª división de infantería ocupaban todavía las Kerama Retto y otras islas del oeste conquistadas antes de la invasión principal. La 2.ª división de marines se encontraba en la reserva tras su maniobra de despiste del Día del Amor en las playas del sur de Okinawa, y la 27.ª división de infantería permanecía a bordo de los buques frente a la costa, también en la reserva.

A medida que llegaban cada vez más tropas de la retaguardia a la bulliciosa cabeza de playa, la búsqueda de souvenirs, las excursiones no autorizadas al exuberante campo, los pequeños hurtos y la estupidez absoluta alcanzaron proporciones epidémicas.

«Nos divertimos de lo lindo los primeros treinta días», recordaba el soldado Howard Towry, el «mayor inútil» confeso del 1.er batallón de tanques de los marines. «La 1.ª y la 6.ª divisiones de marines salieron a buscar oponentes al norte y al este, pero no encontraron muchos que digamos. Mientras tanto, algunos estábamos de vuelta en la playa, paseándonos y haciendo el payaso. Buscábamos recuerdos, matábamos pollos, disparábamos a los cerdos y lo pasábamos bien.»

La situación era que ni pintada para que Towry alimentara su nada envidiable fama de conflictivo, y no perdió el tiempo a la hora de aprovecharla al máximo. El y dos compañeros suyos, los soldados George Ziperski, de Milwaukee, y Floyd Ramsey, de Pinkneyville, Illinois, se hicieron con tres briosos ponis de Okinawa y echaron carreras por el campo, asaltando sobre la marcha gallineros y chiqueros abandonados. «Disparábamos a un pollo o dos, y quizá a algún cerdo también, y los llevábamos al campamento para cocinarlos a la barbacoa», explicó Towry. «Comimos de maravilla durante unos días.»

Por desgracia para Towry y sus compañeros, el teniente coronel Austin C. Shofner, jefe de la policía militar de la 1.ª división de marines, también quedó prendado de los ponis y decidió que

eran más adecuados para la policía militar y para los oficiales que para unos soldados rasos holgazanes. «Dijo que todo apuntaba a que no lucharíamos por un tiempo, así que iba a organizar un establo para los oficiales», contaba Towry.

«Se ordena a todos los reclutas que entreguen de inmediato cualquier caballo que esté en su posesión», decretaba la directriz anunciada. «Ya no se permitirá a los reclutas tener caballos o montarlos.»

«Al diablo con eso», pensó Towry. «Me he agenciado un caballo precioso y no pienso deshacerme de él.»

Towry, Ziperski y Ramsey lograron ocultar sus ponis por la noche, y a la mañana siguiente se embarcaron en otra expedición.

Unas horas después galopaban por una carretera sin asfaltar, portando una bolsa de pollos y otra de huevos, cuando se les acercó un jeep. Su asiento trasero lo ocupaba nada más y nada menos que el mismísimo coronel Shofner.

Towry se apocó al notar cómo le atravesaba la mirada del oficial cuando el jeep pasó junto a ellos y se detuvo en un control de la policía militar unos doscientos metros carretera arriba.

«Oh, oh», pensó. «¡Ahora sí que estamos en un buen lío.»

Después de esconder apresuradamente sus pollos y huevos de contrabando en una acequia junto a la carretera, los tres bellacos se dirigieron hacia el control, donde Towry ofreció una pobre excusa con la esperanza de salir airoso.

—Simplemente intentábamos conseguir algo de comida antes de entregar nuestros caballos, coronel —dijo.

Al pétreo Shofner, ex comandante de batallón conocido en toda la división como «Shifty» y célebre por haber escapado de la ocupación japonesa de Filipinas a tiempo para capitanear un batallón de la 5.ª división de marines en Peleliu y resultar herido allí, no le convenció.

—Cállense y desmonten —exhortó—. No hablen hasta que nos dirijamos a ustedes. Lo único que quiero es nombre, rango y número de identificación.

Towry y compañía obedecieron dócilmente y vieron cómo se llevaban a sus caballos. Tras una reprimenda del coronel, se les permitió regresar con su unidad, pero a la mañana siguiente les recogió una brigada de policías militares, que les condujo a una prisión militar improvisada.

«No era más que un gran huerto de boniatos rodeado de alambre de espino, sin tiendas de campaña ni trincheras ni nada», evocaba Towry. «Aquella tarde llegaron algunos aviones japoneses para bombardear la playa y el aeródromo, y allí estábamos nosotros, entre las balas que hacían saltar chispas de la alambrada y sin espacio para correr o lugar donde escondernos.»

Cuando las aeronaves volvieron al día siguiente, se permitió a los prisioneros cobijarse en un refugio subterráneo situado junto al cercado. El resto del tiempo, Towry mataba las horas desenterrando boniatos con las manos. Se comió algunos crudos y arrojó otros a los civiles locales que pasaban por allí y se detenían a mirar, señalar y de vez en cuando reírse de los marines encarcelados.

Al cabo de tres días, Towry y sus colegas fueron reclamados ante un tribunal de oficiales para escuchar los cargos que se les imputaban. Por suerte, el coronel al cargo de la vista no era Shofner, pero también era un tipo duro y firme. Los tres marines errantes afrontaban siete cargos en total,

incluido, en palabras de Towry, «encontrarse fuera de la zona asignada sin autorización, llevar uniformes inapropiados, no llevar casco de acero ni máscaras de gas, montar un caballo prohibido y otros».

—¿Por qué iban a lomos de los caballos cuando se les ordenó que no lo hicieran? —demandó el coronel.

Zipersky y Ramsey no mediaron palabra, pero Towry respondió. No fue su decisión más inteligente.

—Bueno, señor, yo soy de Texas —dijo con una sonrisa encantadora— y reconozco que me encantan los caballos.

El coronel le miró por unos momentos y entonces meneó la cabeza. «De acuerdo, texano, le dejaré marchar», declaró, «pero quiero decirle algo, y por su bien será mejor que atienda».

—Sí señor, le escucho, señor.

—¡Si alguna vez, repito, si alguna vez, le descubro causando problemas, devolveré su culo a ese huerto de boniatos hasta que la maldita guerra haya terminado y todos los demás se hayan marchado a casa! ¿Está claro?

Menos de una hora después, un Towry escarmentado se dirigía hacia el vivaque de su batallón —a pie, por supuesto—, cuando un Zero nipón sobrevoló a baja altura la playa descargando proyectiles. Como todos los que le rodeaban, Towry se echó cuerpo a tierra mientras las balas de ametralladora salpicaban la arena cercana, y vio cómo el avión ascendía y viraba para realizar otra pasada.

Towry nunca había vivido una razia aérea, y no comprendía por qué ninguno de los hombres que estaban a su alrededor disparaban al Zero, que se encontraba a menos de quince metros del suelo.

«Maldita sea», se dijo a sí mismo, «si nadie más piensa disparar a ese hijo de puta lo haré yo. La próxima vez que pase voy a cargarme ese avión».

Towry se colocó boca arriba, levantó su M-1 y esperó hasta que el Zero se encontró justo encima de él. Entonces vació un cargador de ocho balas sobre el aparato atacante.

«Disparé muy desviado, y debí de fallar por ochocientos metros», recordaba Towry muchos años después. «Cuando me quise dar cuenta, tenía a un voluminoso sargento agarrándome por la solapa, levantándome en el aire y meneándome como si fuera una muñeca de trapo.»

—¿Qué diablos crees que estás haciendo, chico? —gritó el sargento.

—¿A usted qué le parece? —replicó Towry—. Intento abatir a ese avión japonés.

—Maldito imbécil —le dijo el sargento—, ¿no sabe lo que es el Control Rojo?

—No, jamás he oído hablar de él.

—Significa que no puede derribar ese maldito avión con un rifle, y se supone que no debe intentarlo —afirmó el sargento—. Ahí arriba hay un Corsair que se ocupará del Zero y no precisa su ayuda. Me dan ganas de enviarle al coronel y decirle que le meta en el calabozo.

«¡No!», pensó Towry. «¡Otra vez no!».

Towry no era el único amante de los caballos entre los estadounidenses desplegados en Okinawa —aunque desde luego era uno de los más desafortunados—, y había muchos caballos que

amar.

Además de caballos de tiro utilizados para la labranza, también abundaban los ejemplares de caballería en la isla, emplazamiento de un importante centro de instrucción para las unidades montadas del Ejército japonés antes de la guerra. Muchos eran corceles hermosos y enérgicos, y uno en particular no tardó en cautivar al sargento de los marines Alex Henson, líder de pelotón de la sección de ametralladoras de la K/3/5, que se había criado en el corazón del campo, al sur de Lexington, Kentucky.

«Poco después de desembarcar, divisé en la playa uno de los caballos más bonitos que había visto en mi vida», dijo Henson. «Era totalmente blanco y llevaba una silla de madera. Tenía una pequeña herida en la cadera. Me acerqué, lo atrapé sin problemas y le curé la herida. Después pasé el resto del día montándolo por la playa. Disfruté mucho.»

Aquella noche, Henson amarró el caballo a una valla de alambre de espino por seguridad. Pero cuando regresó a la mañana siguiente, el animal trató de morderle. «Supuse que le dolía la cadera, así que lo dejé marchar», relataba Henson. «No volví a verlo, pero a menudo me pregunto qué sería de él. Era un animal hermoso.»

El marine Orlie Uhls, un joven de ascendencia alemana, había crecido en una extensa granja al sur de Illinois y conocía bien los caballos y casi todas las demás variedades de ganado. También era uno de los pocos hombres de la 3.ª sección de fusileros de la compañía K/3/5 con un conocimiento profundo de cómo matar, carnear y preparar un cerdo.

Después de apropiarse de un buen caballo, Uhls apresó otro para su amigo, el cabo Sterling Mace, el bromista neoyorquino de veinte años que lo más parecido a una matanza del cerdo que había visto era una loncha de panceta en el mercado de la carne de su Queens natal.

—Eh, Mace, vamos a cazar verracos —propuso Uhls la mañana del Día del Amor más 2.

Mace frunció el ceño a su compañero.

—Estás de broma —repuso—. ¿Cómo vamos a hacer eso?

—Fácil —dijo Uhls—. Cabalgamos hasta que encontremos un cerdo de buen tamaño y disparamos a ese cabrón. Yo me encargaré del resto.

Uhls cumplió su palabra. Al cabo de una hora, él, Mace y el sargento Ted «Tex» Barrow, un veterano matador de cerdos del Texas rural que se ofreció voluntario para acompañarles, arrastraron a un cerdo negro, de mirada fiera pero inerte, hasta el campamento.

Una vez carneado el animal, a Mace no le pareció ni mucho menos tan grande como cuando estaba vivo. Tampoco resultaba apetitoso en absoluto. Uhls lo troceó como si lo hubiera hecho cien veces, cortándolo con destreza en pedazos lo bastante pequeños como para asarlos en una hoguera al aire libre. Mientras la carne crepitaba sobre las llamas, unos doce marines se sintieron atraídos por el olor.

«Al cabo de una hora más o menos no quedaba de aquel cerdo más que algunos huesos bien roídos», recordaba Mace más tarde. «Sólo comí una asquerosa costilla.»

El sargento Leonard «Hook»[3] Ahner, cuyo apodo respondía a su nariz aguileña, había tenido en mente un asado de cerdo desde su primera tarde en tierra firme, y cuanto más pensaba en él, más se le hacía la boca agua. Cuando se enteró por su amigo Tex Barrow de que los soldados de la

3.ª sección de la K/3/5 acababan de cocinar un verraco adulto a la barbacoa —y que se lo habían comido todo sin que él se enterara—, el veterano líder de pelotón de la 1.ª sección se puso hecho una furia.

«¡De acuerdo, se acabó!», dijo Ahner a sus compañeros, los soldados de primera clase Bill Leyden y Pete Fouts. «No me puedo creer que esos tipos hayan preparado esa carne con palos sobre una hoguera como si se tratara de un maldito asado. Mañana por la mañana saldremos a buscar un cerdo para nosotros y entonces os enseñaré a qué sabe el asado de cerdo *auténtico*.»

Ahner también fue fiel a su palabra. Tras una hora de búsqueda, él, Leyden y Fouts localizaron a un cerdo joven y cebado —considerablemente más grande que el que había cazado Uhls— en una granja por lo demás desierta. Ahner despachó al animal con un solo disparo de su pistola del calibre 45 y los tres lo colgaron de un palo macizo y lo llevaron de vuelta al campamento. Allí destriparon al cerdo, lo escaldaron y lo trocearon conforme a las directrices de Ahner. Después lo envolvieron en arpillera húmeda y lo cocinaron durante varias horas en un hoyo lleno de carbón.

Aquella noche, pocos fusileros de la 1.ª sección se molestaron en abrir sus raciones de campaña. Todos fueron invitados a unirse a Ahner y sus cómplices para hincharse a cerdo.

Incluso Leyden, el amigo de Mace, tuvo que reconocer que rara vez había olido algo más delicioso que el cerdo cuando fue retirado del hoyo y desenvuelto. Pese a sus dudas iniciales, comió cuanto pudo y, en los años venideros, recordaría aquella noche como uno de los interludios más disfrutables que pasó en el que supuestamente era un campo de batalla. Pero la ocasión también quedaría grabada a fuego en su memoria como un augurio del horror y la tragedia que les aguardaban.

A primera hora de la mañana siguiente, el Día del Amor más 4, se ordenó a la compañía K/3/5 que se retirara, pero todavía quedaba mucha carne y Ahner no tenía ninguna intención de dejarla allí. «Ideemos algún sistema para transportarla y nos la acabamos esta noche», dijo. «Está demasiado buena como para desperdiciarla.»

Un marine dio con una olla suficientemente grande para el alijo de cerdo, y otros fabricaron un palo que permitía a dos hombres acarrearla al hombro. El propio Ahner se ocupó de la parte frontal del palo mientras otro agarraba el extremo opuesto. Luego, la sección emprendió su camino por una estrecha carretera sin asfaltar, bromeando sobre la marcha.

«Varios de los chicos se turnaron para cargar con el extremo posterior del palo», contaba Leyden, «pero Hook no permitió que nadie le relevara delante. El era así».

Había sido Ahner quien había calmado a un crispado Leyden de camino a la playa con la primera oleada de Peleliu, cuando los proyectiles estallaban alrededor de su vehículo anfibio y Leyden, de diecisiete años, temía que le abandonara su valor. Ambos habían sido heridos en Peleliu y pasaron algún tiempo en el mismo hospital de la Armada en Nueva Caledonia, y el sardónico humor de Ahner, su templado sentido común y su coraje discreto habían sostenido a Leyden más veces de las que podía contar durante el año que habían pasado juntos.

«Nunca parecía cansado o abatido», aseguraba Leyden. «Siempre se mostraba animado y optimista, siempre hacía más de lo que le tocaba. Era mi ídolo, mi mentor y el mejor amigo que había tenido jamás.»

La sección había recorrido unos tres kilómetros de carretera cuando un «clic» abrupto y

monótono resonó entre los soldados. Todos los marines que se encontraban lo bastante cerca, ya fueran veteranos o novatos, lo reconocieron al instante como el sonido nada halagüeño de una granada de mano sin la anilla.

Al principio nadie sabía de dónde provenía el ruido, pero el significado estaba claro: transcurridos cinco segundos o menos, la granada haría explosión:

—¡Granada! —gritó alguien—. ¡Al suelo!

Por una leve fracción de segundo, Leyden cruzó su mirada con la de Ahner, y el primero supo con terrible claridad lo que estaba a punto de acontecer. La granada errante —una de las dos que llevaban todos los fusileros al combate— se hallaba en una bolsa que llevaba Ahner colgada de la cadera izquierda.

Leyden supo por la expresión de Hook que éste también se había dado cuenta. Mientras los soldados que le rodeaban buscaban cobijo, Ahner soltó el palo y se alejó rápidamente de ellos. Se arrojó a la cuneta, colocando su cuerpo de modo que atenuara los efectos de la granada y protegiera a sus compañeros de la onda expansiva.

Todo apunta a que Ahner pereció en el acto. Otros dos marines sufrieron laceraciones superficiales provocadas por los fragmentos de granada, pero de no ser por la rápida reacción de Ahner y su acto final de abnegación, podrían haber muerto hasta seis hombres. Heroísmos similares habían sido reconocidos con medallas de honor póstumas cuando los marines saltaban sobre granadas lanzadas por soldados enemigos, pero el sacrificio de Ahner se calificaría oficialmente de accidente.

La sección al completo se encontraba aturdida cuando el teniente Tom «Stumpy» Stanley, comandante de la compañía, se arrodilló junto al cadáver humeante de Ahner e hizo un ademán negativo. Muchos hombres lloraban. Algunos se alejaron solos, tratando de recobrar la calma. Varios sacaron sus granadas y las tiraron profiriendo juramentos. Nadie sabía con certeza qué había arrancado la anilla, pero todos los allí presentes sabían que les podría haber sucedido perfectamente a ellos.

«También sabíamos que el primer instinto de un hombre sería desabrocharse el cinturón y arrojarlo lejos para salvarse», dijo Leyden. «Pero como era habitual en Hook, pensó primero en los demás.»

Llegaron unos camilleros y se llevaron el cuerpo. «Prepárense para reanudar la marcha», dijo tranquilamente el teniente Stanley.

Mientras se limpiaba la cara con la manga de la camisa y se volvía a unir a la sección, Leyden se agachó para recoger la metralleta Thompson que Ahner soltó justo antes de la explosión. Le quitó el polvo, la apretó contra su pecho y siguió al resto de los soldados por la carretera.

Hasta mucho más tarde nadie pensó en la olla de comida que había caído al suelo durante los segundos frenéticos posteriores al estallido de la granada y que quedó en la cuneta. No importaba. A ningún miembro de la sección le apetecía ya el asado de cerdo.

La variedad de reacciones de las gentes de Okinawa a los estadounidenses representaba una peculiar paradoja. Algunos, como los que se encontraron en un principio las tropas de la 77.ª división de infantería en las Kerama Retto, se sentían aterrados hasta el punto de quitarse la vida y

las de sus familias por temor a las atrocidades indecibles que los invasores cometerían contra ellos. En el extremo opuesto, muchos otros estaban ansiosos por trabar amistad con los estadounidenses.

Como recordaba el sargento Alex Henson, de la sección de ametralladoras de la compañía K/3/5: «Los civiles a los que vimos en aquellos primeros días normalmente se mostraban tímidos al principio, pero en su mayoría eran amigables y serviciales. Aunque estábamos perturbando su vida, daban la impresión de no lamentar que estuviéramos allí».

El motivo de esta reacción fue desvelándose paulatinamente a los marines y soldados cuando se percataron de que los únicos civiles con los que se topaban eran mujeres, niños y ancianos. Todos los jóvenes varones de Okinawa capacitados habían sido reclutados por los japoneses para que sirvieran —a menudo con gran renuencia— como mano de obra o como soldados.

Henson y sus compañeros conocieron a una familia en particular —un hombre mayor con dos hijas de veintipocos años— que residía en una granja situada a algo menos de dos kilómetros de las líneas estadounidenses y se tomó la molestia de dar la bienvenida a los marines.

«La primera vez que fuimos allí andábamos buscando algo para comer y aquel hombre nos trajo unos huevos», explicaba Henson.

«Mientras estuvimos en aquella zona, una semana y media, más o menos, acudimos a su casa con bastante frecuencia y siempre nos trataron realmente bien. Habríamos ido más a menudo, pero las granjas de Okinawa estaban atestadas de pulgas. Algunos edificios anexos eran negros.»

Mientras sus convidados estadounidenses, que llegaron sin invitación, saqueaban sus huertos de verduras, robaban sus pollos, sacrificaban a sus cerdos y se marchaban al trote a lomos de sus caballos, un elevado porcentaje de los civiles se refugiaron en los centenares de tumbas ancestrales que constituían rasgos prominentes y únicos del paisaje insular.

Hasta que eran persuadidas u obligadas a salir por los marines y los soldados, innumerables familias civiles se escondían en el interior de estas espaciosas sepulturas subterráneas. Las catacumbas más antiguas eran cuevas naturales, pero las más recientes eran resistentes estructuras superficiales de piedra y cemento esculpidas en las laderas de las montañas. Por lo común, adoptaban la forma de pequeñas casas o de caparazones de tortuga redondeados. Incluso las familias de labriegos más pobres construían las mejores tumbas que podían permitirse, las atendían con sumo esmero y no sólo las utilizaban como lugares destinados a sepelios y ceremonias en honor a los muertos, sino también como núcleos de la vida familiar, centros vacacionales e incluso almuerzos campestres.

En el sencillo mundo insular de los campesinos okinawenses se profesaba a los difuntos una gran reverencia y se sometía a sus cuerpos a una serie de rituales que tenían sus orígenes en la antigüedad. Tres años después del deceso, se limpiaban cuidadosamente los huesos de los muertos y se guardaban en urnas de cerámica dentro de la tumba durante 33 años más, momento en el cual se celebraba un oficio conmemorativo para liberar simbólicamente sus espíritus. La cultura rural de Okinawa nunca glorificó a los muertos o el sacrificio de la vida humana por parte de los guerreros por causas nacionalistas, como sí ocurría entre los japoneses.

La delicada belleza de las tumbas y la actitud que subyacía en ellas por lo general fue ignorada

por el 32.° ejército japonés, pero sus tropas reconocieron rápidamente el valor de los panteones como fortificaciones subterráneas. Asimismo, marines y soldados avezados en la batalla pronto aprendieron a no sortear las tumbas sin asegurarse de que no estaban ocupadas por soldados enemigos.

Mientras caminaba por una ondulante colina por delante de sus hombres, el sargento de sección Porter McLaughlin se detuvo a sólo unos pasos de una tumba junto a la carretera surcada que seguían. Alzó la mano e indicó a la unidad que hiciera un alto.

—¿Alguien ha registrado eso? —preguntó al sargento George Murphy, señalando la tumba con el dedo.

Murphy se encogió de hombros.

—Parte de nuestra infantería ha pasado por aquí, pero no estoy seguro.

—Me ha parecido oír a alguien hablar ahí dentro —añadió McLaughlin—. Echemos un vistazo.

El y Murphy se aproximaron a la entrada de la tumba, que estaba parcialmente bloqueada por una gran roca, y escucharon atentamente durante unos momentos. Sin duda, McLaughlin oía unas voces suaves pero nítidas que llegaban desde el oscuro interior del sepulcro.

—Parece un niño pequeño —susurró—, pero cúbreme de todos modos. —Entonces ahuecó las manos alrededor de su boca y gritó: — ¡Quienquiera que esté ahí dentro, que salga! No queremos hacerte daño. Todo está bien.

McLaughlin se relajó un poco cuando vio aparecer el rostro de un niño por detrás de la roca. El pequeño se escondió rápidamente y reapareció con igual celeridad, como dictaba el intemporal juego infantil del cucú. Parecía tener ocho o nueve años.

McLaughlin rebuscó en su bolsillo una golosina en barra de su ración de campaña y se la mostró al niño. «Si sales te doy esto, ¿vale?»

McLaughlin oyó movimientos detrás del niño mientras éste salía a la luz en busca del caramelo. Entonces, otras caras —multitud de ellas— empezaron a materializarse a la entrada de la tumba.

Se acercaron con desconfianza, una a una. Eran unas doce personas en total. En su mayoría eran mujeres, algunas con bebés en los brazos, y algunos niños, pero había también tres o cuatro ancianos. Cuando los lugareños se dieron cuenta de que los soldados no pensaban dispararles ni atacarles con sus bayonetas, muchos empezaron a sonreír, hacer reverencias y charlar.

Una vez hubieron salido todos los civiles, el cabo Lloyd Scoles, artillero de una de las armas de 37 mm de la sección, se adentró con su carabina en la tumba para asegurarse de que estaba vacía. El soldado salió a todo correr, abriéndose paso y dándose manotadas.

—Madre mía, ese lugar está infestado de pulgas —exclamó—. Debe de haber un millón. ¿Cómo diablos podía soportarlo esta gente?

—Dios sabe —respondió McLaughlin—. Veamos si podemos reunir más raciones. Esos niños parecen hambrientos.

Dado que la 1.ª división de marines ya había soportado el combate más duro y las bajas más ingentes de la guerra del Pacífico, se le confió una misión relativamente sencilla en los primeros

estadios de la campaña de Okinawa. Como primer objetivo, la Old Breed debía avanzar por el estrecho centro de la isla hasta su costa oriental y llevar a cabo operaciones generales de aniquilación de la resistencia en Okinawa central. A continuación, la 1.ª división fortificaría las islas orientales, en el extremo opuesto de la bahía de Chimu Wan, para impedir que los japoneses intentaran desplegar tropas que pudieran amenazar a las fuerzas de Estados Unidos por la retaguardia.

Los planificadores preveían que la 1.ª división tardaría unas dos semanas en abrirse camino hasta la costa este de Okinawa, barriendo cualquier reducto de resistencia enemiga en el trayecto. Pero debido a que el avance no halló ninguna oposición —no había nada que aniquilar—, la división, prácticamente indemne, cruzó la isla en sólo cuatro días con sólo algún contacto ocasional con el enemigo.

Una excepción a la calma generalizada que reinó durante las operaciones de la 1.ª división de marines tuvo lugar en la zona en la que su 7.° regimiento se unió a una línea formada por el 4.° regimiento de la 6.ª división. La noche del 2 de abril aparecieron varios centenares de infiltrados japoneses, atacando con especial vehemencia el tramo defendido por la compañía E del 2.° batallón.

«Los japoneses se filtraron entre nuestros dos perímetros defensivos y lograron que nuestros hombres se dispararan entre sí en medio de la confusión», recordaba el cabo Melvin Grant, un operador de lanzallamas de veinte años adscrito a la compañía E.

El 2 de abril al anochecer, se indicó a la compañía que se atrincherara y Melvin, cuyo hermano menor, el soldado de primera clase Scott Grant, también se encontraba en Okinawa con la 6.ª división de marines, descubrió una pequeña acequia lo bastante profunda para su lanzallamas. Pero justo cuando se apostaba, se aproximó un sargento y le dijo que tendría que adelantarse unos cincuenta metros. Grant, quien era el noveno de dieciséis hermanos nacidos en la humilde granja que tenían sus padres en Oklahoma, estaba acostumbrado a que lo desplazaran de un sitio a otro, así que se tomó las molestias con calma. Más tarde, tendría motivos para estar eternamente agradecido por su desalojo.

«Dos cocineros de la compañía que ocuparon mi pequeña zanja murieron apuñalados por unos infiltrados aquella misma noche», relató Grant, «y también asesinaron a otros dos marines de nuestra compañía. Los japoneses intentaban engañar a nuestros soldados hablando en inglés, y a veces funcionaba, sobre todo con los hombres que nunca antes habían combatido».

Alrededor de una hora después de la medianoche y a escasa distancia del hoyo de Grant, un sargento escuchó una voz en la oscuridad, a pocos metros de allí.

—¿Cómo va eso, Joe? —preguntó en voz baja.

El inglés era perfecto, pero el acento no. El sargento levantó su 45 y disparó cinco veces, acribillando a un infiltrado japonés que sostenía una bayoneta.

—Todo bien, bastardo —dijo el tirador con temple.

Cuando salió el sol al día siguiente, reveló 71 muertos japoneses. Las bajas de la compañía E fueron cuatro muertos y doce heridos.

El 5 de abril (Día del Amor más 4), los cuatro regimientos de infantería de la 1.ª división de

marines tenían unidades cómodamente vivaqueadas en tiendas de campaña para dos personas cerca de la costa de la bahía de Chimu Wan, donde sus tropas, aunque un poco hartas de escalar montañas, seguían en gran medida relajadas. Hasta finales de abril, buena parte de la Old Breed continuaría disfrutando lo que a efectos prácticos constituía un mes de vacaciones.

«Se asemejaba más a unas maniobras que al combate», dijo el soldado de primera clase Gene Sledge, cuyo pelotón de mortero tenía guardadas sus ametralladoras en lugar de montarlas innecesariamente. «Ni siquiera cavamos trincheras.»

«Si los japoneses hubiesen estado lo bastante cerca para ver cómo actuamos esos primeros días», añadió el cabo Sterling Mace, compañero de Sledge en la compañía K/3/5, «podrían habernos devuelto al mar con una contraofensiva bien calibrada».

Entretanto, la recién constituida 6.ª división de marines —conocida en ocasiones como «New Breed»— conocía su primera acción como unidad, aunque incorporaba a cientos de veteranos curtidos en la batalla transferidos de otras divisiones. A la 6.ª división se le había encomendado la compleja tarea de exterminar a las fuerzas enemigas desperdigadas por el norte de Okinawa. Al finalizar el trabajo, sus hombres avanzarían más, se encontrarían con una resistencia más férrea y absorberían un número de bajas considerablemente mayor que sus compañeros de la 1.ª división, sobre todo durante una costosa refriega de una semana contra enemigos afianzados en las montañas de la península de Motobu. Sin embargo, en general, incluso para la 6.ª división, abril supondría un verdadero paseo en comparación con lo que habían afrontado otros marines en Guadalcanal, Tarawa, Peleliu e Iwo Jima.

Sin embargo, para los soldados de la 96.ª y la 7.ª divisiones, el período de ocio juguetón, quehaceres sencillos y casi ningún contacto con el enemigo iba a prolongarse sólo unos días, poco más de un fin de semana, en realidad. Las dos divisiones cumplieron todos sus objetivos asignados para los diez primeros días en sólo 72 horas. Recorrieron la isla a galope tendido con la 7.ª división Hourglass fortificando el sector izquierdo (norte) del avance, y los Deadeye de la 96.ª encabezando el izquierdo (sur).

Cuando estos movimientos coordinados de efectivos se completaron sin rastro de oposición organizada, proliferaron las especulaciones entre los soldados sobre dónde —y por qué— se escondían los japoneses. También se mantenía un acalorado debate sobre si lucharían cuando dieran con ellos.

«Estoy convencido de que en aquel momento el espionaje sabía que los defensores enemigos estaban concentrados en el extremo sur de la isla», afirmaba el cabo Don Dencker, de la 96.ª división, «pero a nuestro nivel íbamos totalmente a ciegas. Más tarde, resultó obvio que los japoneses destacados en las montañas del sur observaban cada uno de nuestros movimientos y esperaban pacientemente a que avanzáramos hacia sus posiciones, que estaban muy bien preparadas».

A última hora de la tarde del 3 de abril, el general de división John R. Hodge, comandante del 24.° cuerpo de ejército, dictó órdenes de emprender un avance a plena escala en dirección sur. Asignó a los Deadeye de la 96.ª división la misión de conquistar una franja dominante de las montañas que se alzaban al oeste de la línea y que se identificaban en los mapas como la

escarpadura de Urasoe-Mura. La misión de 7.ª división Hourglass consistía en ocupar una masa igualmente elevada llamada monte 178, al este de la línea.

Nadie desde Hodge hasta el soldado más raso podía prever lo que les deparaba el futuro: ambas divisiones se verían frenadas antes de alcanzar su objetivo y repelidas con unas bajas asombrosas.

Tal como había conjeturado Dencker, el espionaje militar y el comandante del 10.° ejército de Estados Unidos sabían con bastante certeza dónde se hallaban concentrados los japoneses. El problema era que nadie en el bando estadounidense había adivinado todavía las intenciones del enemigo o cuál era su capacidad, y mucho menos el alcance y la complejidad de la gigantesca defensa concebida por el general Ushijima y su artífice, el coronel Yahara.

El propio Hodge era totalmente ajeno al hecho de que enviaba a sus regimientos de infantería más experimentados hacia el perímetro exterior de la principal línea de defensa de Ushijima, que discurría por los riscos que rodeaban el castillo de Shuri. Hodge se sentía tan eufórico por el ritmo de avance de sus tropas hasta el momento que abrigaba grandes esperanzas de que cruzaran rápidamente las montañas, conquistaran el puerto de Naha y finiquitaran la campaña de Okinawa en breve.

El 4 de abril, con un optimismo equiparable al de su general al mando, las divisiones 7.ª y 96.ª pusieron rumbo al sur, hacia la más cercana de las cordilleras escarpadas que entrecruzaban el sur de Okinawa.

El idílico interludio que había comenzado el Día del Amor con los exultantes Deadeye recogiendo y comiendo tomates maduros durante su marcha estaba a punto de terminar con una furia repentina y salvaje.

El principio del fin llegó el 4 y el 5 de abril, al aproximarse sin saberlo a una de las piedras angulares más formidables de la línea de Naha-Shuri-Yonabaru del general Ushijima, un pedazo de roca de aspecto bastante ordinario conocido como cordillera de Kakazu.

Como recogería más tarde la historia oficial de la 96.ª división: «La luna de miel había tocado a su fin».

4

Una sorpresa desagradable de camino hacia el sur

La mañana del 4 de abril (Día del Amor más 3), la 3.ª sección de la 96.ª tropa de reconocimiento, una unidad mecanizada de caballería y rastreo, estaba en marcha antes del alba. Su misión era llevar a cabo un reconocimiento de las condiciones de la carretera y la disposición de los soldados enemigos al frente del 3.er batallón del 383.° regimiento de infantería, notificando por radio al espionaje de la 96.ª división cualquier actividad japonesa, estado peligroso de las vías u otros obstáculos que se encontraran en el trayecto.

Algunos de los 36 altos mandos y soldados de la sección bostezaban mientras se agolpaban en vehículos protegidos con sacos terreros contra las minas y repletos de armamento. Después, silenciosos y vigilantes, se dirigieron hacia el sur, más allá del pueblo de Chatan. El cuartel general de la división quería que ésta sacara una ventaja de una hora al 383.° regimiento cuando los soldados de infantería partieran a las seis de la mañana, dándoles tiempo suficiente para impedir que la fuerza principal se encontrara con problemas inadvertidamente.

Conocida como «los ojos y los oídos» de la 96.ª división, la tropa de reconocimiento apenas contaba con la mitad de los efectivos de una compañía de fusileros regular, y había unos 110 reclutas en sus filas. Sus tres secciones, con unos treinta hombres cada una, a menudo eran destinadas a zonas diferentes en las que su movilidad, sus capacidades de observación y sus conocimientos en materia de comunicaciones eran especialmente necesarios. No habían visto demasiada acción desde su desembarco, pero eso estaba a punto de cambiar.

El convoy, que recorría pausadamente la 1.ª ruta de Okinawa con las luces apagadas en medio de la oscuridad que precedía al amanecer, iba encabezado por dos veteranos expertos en reconocimiento, los cabos LaMont Clark y Eric Lañe, que se adelantaban a los vehículos a pie para escudriñar la carretera en busca de minas. El resto de los hombres se apiñaban en cuatro jeeps, dos vehículos semioruga y un M-8 blindado apodado *Reluctant Virgen*.[4] En su mayoría habían participado en misiones similares en el pasado y no esperaban que ésta fuese muy distinta de las demás.

Se equivocaban. Antes de media mañana, aquella patrulla les depararía lo más parecido al infierno en la Tierra.

Sobre las cinco de la mañana, la pequeña caravana llegó a la localidad de Mashiki, donde la carretera se bifurcaba, y el capitán Robert O'Neill, oficial de grado superior de la tropa, dio el alto para consultar sus esquemáticos mapas.

A la izquierda, aunque escaseaba demasiado la luz para verlo con claridad, una franja de terreno elevado conocida como monte Cactus serpenteaba hacia la masa principal de Kakazu y el profundo desfiladero que se abría frente a él. A la derecha, a tiro de piedra de la patrulla se extendían la llanura costera y la orilla occidental de Okinawa. En el flanco izquierdo se encontraba una escabrosa carretera secundaria llena de curvas que parecía seguir una cadena montañosa que iba de norte a sur en dirección a Uchitomari, a menos de ochocientos metros de distancia, según los mapas. La cuestión era si debían ceñirse a la ruta principal, una de las mejores vías de la isla, o aventurarse por aquel camino poco halagüeño.

Además del capitán O'Neill, acompañaban a la patrulla otros oficiales, entre ellos los tenientes William Kramer, Fred Messer y Ralph Watt, y el suboficial de primer grado en aquel viaje era el sargento del estado mayor Leonard Hawks. Al volante del coche blindado iba el soldado de primera clase Rudolph Pizio, un musculoso italiano de Havertown, Pensilvania. Junto a él iba sentado el comandante del M-8, el cabo John M. Cain, un joven desgarbado con gafas natural de Wisconsin, cuyo aire de intelectual no dejaba traslucir una dureza que se había ganado en las junglas de Filipinas.

O'Neill decidió que debían inspeccionar la carretera secundaria, que era poco más que un camino de vacas, y los oficiales bajaron de sus jeeps para esperar mientras Cain y Pizio seguían adelante. Sin embargo, dos muros bajos de piedra pronto acotaron la carretera a tal extremo que el *Reluctant Virgin* no cabía entre ellos. El M-8 era un voluminoso vehículo de seis ruedas y el único del grupo que incorporaba un arma anticarro de 37 mm, además de ametralladoras de los calibres 30 y 50. Ambos semiorugas poseían dos ametralladoras cada uno pero ningún cañón, y los jeeps llevaban montada una única ametralladora del calibre 30 entre los asientos delanteros, posicionada para disparar por encima del parabrisas.

—Da media vuelta y vuelve al pueblo —dijo Cain a Pizio—. Yo iré caminando hasta la cima de la montaña y echaré un vistazo.

Al iniciar su escalada, Cain percibió un frío persistente en el aire matinal, nada que ver con el calor bochornoso de Leyte, donde un hombre sudaba con sólo respirar. En un minuto o dos coronó la cima de la montaña y se abrió paso entre unos densos matorrales. Cain se había criado en los bosques del norte de Wisconsin y se encontraba perfectamente a gusto en parajes agrestes, pero cuando miró con cautela al otro lado de la montaña, notó cómo se le constreñía la garganta.

Abajo vio docenas de soldados enemigos moviéndose bajo una luz cada vez más intensa. Cargaban con equipos y suministros, montando ametralladoras y charlando entre ellos. Durante unos segundos de pánico, Cain imaginó que todos ellos le miraban fijamente, pero entonces reparó en que todavía no le habían descubierto.

Retirándose con rapidez hacia donde Pizio todavía intentaba —sin éxito— virar el coche blindado en aquella carretera intransitable, Cain anunció su descubrimiento entre jadeos:

—¡El otro lado de la montaña está lleno de japoneses! Baja la colina marcha atrás y sal de aquí, pero haz el menor ruido posible.

Cain bordeó el vehículo blindado y llegó corriendo al pueblo, mucho antes que Pizio. El capitán O'Neill y los tenientes Kramer, Messer y Watt, así como la tripulación de los dos semiorugas y un cuarto teniente cuyo nombre Cain no recordaba y que se había incorporado

recientemente a la tropa como reemplazo, se encontraban tranquilamente junto a la carretera.

Cain se acercó de inmediato a O'Neill.

—Parece que hoy los problemas empiezan aquí, capitán —dijo resollando.

O'Neill frunció el ceño:

—¿A qué te refieres? ¿Qué problemas?

—Puedo asegurarle que hay al menos 150 japoneses observándonos desde esa montaña —dijo Cain—. Están a punto de inundar este lugar. Supongo que establecerán su principal línea defensiva aquí, porque la cadena montañosa llega hasta el océano a este lado y, según parece, recorre casi toda la isla al otro.

—Maldita sea —respondió el teniente recién llegado—, suban con su M-8 y los semiorugas hasta allí y abran fuego sobre esos bastardos antes de que se atrincheren.

Cain se quedó mirando al teniente desconocido un momento y meneó la cabeza. Sabía que podían someterle a un consejo de guerra por desobedecer la orden directa de un mando superior, pero en aquel momento le acuciaban muchas otras preocupaciones.

—Creo que muchos de ellos ya se han atrincherado y de ninguna manera pondré mi M-8 al frente —aseguró—. Sufriremos muchas bajas si conducimos nuestros vehículos hasta allí. Mi intención es llevar a toda mi avanzadilla a pie hasta la montaña. Si entonces abrimos fuego, se desperdigarán y tendremos alguna posibilidad. Llevaremos las radios con nosotros y, una vez que localicemos las posiciones japonesas, podremos facilitar la información al personal de espionaje de la división. De lo contrario, la infantería que suba detrás de nosotros se encontrará con una sorpresa desagradable.

—Maldita sea, cabo —repuso el teniente enojado—. Esto es una orden.

Tratando de contener su enfado con todas sus fuerzas, Cain se volvió hacia el teniente Messer, un respetado veterano de Texas que había tomado parte en la campaña del norte de África antes de unirse a la 96.ª división y había obtenido el grado de oficial de batalla por su actuación en Leyte.

—¿Usted qué opina, señor? —preguntó a Messer—. ¿Qué haría usted si estuviese en mi lugar?

—Haría exactamente lo mismo que usted, hijo —respondió Messer, dedicando al otro teniente una mirada fulminante.

—De acuerdo, entonces, dejémoslo ya y manos a la obra —dijo el capitán O'Neill—. Estamos perdiendo el tiempo. —Entonces miró al cabo August Ward—: Usted irá a la cabeza con su semioruga, Ward. Cain, usted le sigue con el M-8 y el otro semioruga irá detrás.

Cain no tenía otra opción que obedecer la orden de su capitán, pero se le revolvió el estómago cuando él y Ward se dirigían de nuevo a sus vehículos. Ward era uno de sus mejores amigos en el equipo, y lo único peor que la misión que acababan de encomendarles habría sido que el capitán les hubiese dicho que se encaramaran a la cima y lanzaran piedras a los japoneses. Se preguntaba si ambos volverían a verse después del trayecto que se disponían a emprender.

—Escucha, Augie —dijo Cain—. Quiero darte un pequeño consejo. Tú y yo sabemos que tu semioruga probablemente será alcanzado ahí fuera. Cuando ocurra, saca a tus hombres de allí cuanto antes, ¿me oyes? Salid por un lateral y apartaos del maldito cacharro. De lo contrario, sois hombres muertos.

Ward, un fornido y rubio joven de Virginia, esbozó una sonrisa forzada.

—Intentaré recordarlo —contestó. Cain sacó sus prismáticos y se los entregó a su amigo.

—Aquí tienes, puede que los necesites —le dijo. Entonces dio media vuelta y corrió hacia el M-8, donde le esperaba su tripulación, los soldados de primera clase Pizio, Charlie Kubitz y John Shutes. Kubitz ya estaba en la torreta.

—Póngame con el personal de espionaje de la división —indicó Cain a Shutes, el operador de radio—. Dígales que se mantengan en estado de alerta y estén preparados. Puede que no tengamos la oportunidad de decirles nada dos veces.

El semioruga de Ward avanzaba dando bandazos, y Cain le seguía a unos veinticinco metros de distancia. Bajaron por una cuesta poco pronunciada, rodeando los muros que habían frenado antes al M-8, y luego siguieron la carretera sin asfaltar de un solo carril hasta la cima de la montaña. Cain contuvo la respiración mientras iniciaron el descenso al otro flanco. No había señales de actividad enemiga mientras observaba al semioruga que iba en cabeza llegar a terreno llano —y alarmantemente abierto— más abajo. A su izquierda divisó un montículo que le infundió un desasosiego inmediato.

«Si han de dispararnos con cañones anticarro o algo similar, vendrá justamente de ahí», pensó, «y si hay algún lugar donde refugiarse por aquí, yo no lo veo».

Cain empezaba a notarse mareado, pues trataba de fijar su ojo derecho en el semioruga de Ward y el izquierdo en la base de la loma. Entonces vio un montón de tierra con hierbas altas parecidas al trigo que crecían en la parte superior. Junto a él se abría un foso de unos dos metros de profundidad. Aquella imagen le colmó de alivio.

«Si tenemos que buscar cobijo», se dijo a sí mismo, «ése es el mejor lugar que encontraremos».

Aquella idea apenas se había formado en su cabeza, y se encontraba a tan sólo diez metros de la fosa, cuando vio un fogonazo y unas volutas de humo. Un nanosegundo después, un proyectil antiblindaje horadaba los bajos del semioruga de Ward.

En el instante de silencio y zumbidos que siguió, mientras el vehículo se detenía pesadamente, Cain gritó a Pizio:

—¡Corre hacia la fosa, Rudy! ¡Métete en la maldita fosa! —Luego se dirigió a Ward:— ¡Sal de aquí, Augie! ¡Saca a todo el mundo de aquí!

Mientras chillaba, Cain cogió un proyectil de 37 mm y lo introdujo en la recámara del cañón del M-8, sin saber dónde disparar pero decidido a estar listo si se presentaba algún objetivo. Sabía que tenía que haber algún fortín en los alrededores.

El silencio se vio interrumpido por el rugir de los proyectiles anticarro, morteros, ametralladoras y francotiradores que parecía brotar de todas partes a la vez. Los japoneses habían planeado y ejecutado bien su ataque coordinado, posicionando sus potentes cañones antitanques de 47 mm —que podían penetrar el blindaje de un M-8 o un Sherman desde cuatrocientos metros— de modo que dominaran todo el valle. Luego habían aguardado a disparar hasta que la patrulla estadounidense estuviese inerme por ambos flancos.

Justo cuando el semioruga inmovilizado de Ward recibía un segundo impacto, Cain se dio cuenta de que el proyectil provenía de un fortín camuflado en el montículo, por encima del M-8. Pero cuando Kubitz, el artillero, intentó abrir fuego, fue incapaz de divisar el fortín, ya que las

hierbas altas que lo cercaban bloqueaban su campo de visión.

Cuando el tercer proyectil alcanzó al semioruga, envolviendo al momento la plataforma del vehículo en llamas, Cain vio cómo salían despedidos de él dos cuerpos humanos. Volaron por los aires varios metros y cayeron sobre la parte trasera del semioruga. Cain creía que uno de ellos era el soldado de primera clase Gen Pisarski, y estaba convencido de que el otro era Augie Ward.

—¡Izquierda, izquierda! —gritó Cain a Kubitz, que era algo duro de oído—. Izquierda y abajo! ¡Ya lo tienes! ¡Ahora!

El retroceso del cañón de 37 mm sacudió el vehículo blindado y se alzó una nube de humo y polvo en el fortín. Ahora que Kubitz tenía el radio de alcance, disparó una serie de proyectiles de gran potencia contra las posiciones enemigas, y Cain saltó a la ametralladora del calibre 30.

—Voy a abrir fuego con la ametralladora —chilló—. ¡Observa mis balas trazadoras y apunta en la misma dirección!

Silenciado por el tableteo de la ametralladora, Cain se maldijo a sí mismo por haber dado a Ward sus prismáticos. Ahora Ward se encontraba inhabilitado y herido de gravedad. Su cuerpo yacía a cinco metros de Cain, justo detrás del semioruga despedazado y necesitaba desesperadamente los prismáticos. Con ellos podría haber localizado la abertura lateral del fortín y dirigido el fuego de Kubitz directamente hacia ella.

Entonces, para consternación de Cain, vio que el semioruga, todavía en llamas, echaba a andar. Sacudido por repetidos impactos directos, empezó a rodar lentamente por la cuesta que había subido momentos antes. Al pasar a escasos metros de él, Cain vio que literalmente manaba sangre del vehículo. El cuerpo del soldado de primera clase Kyle C. Riley, su operador de radio, colgaba por un costado con la cavidad pectoral abierta, y el brillo rojo de su corazón y sus pulmones desgarrados contrastaba con el metal verde oliva.

Cain observó con horror e impotencia cómo la cadena trasera izquierda del vehículo arrollaba directamente el cuerpo de Ward. Cain cerró los ojos y se mordió la lengua para evitar gritar.

Después de pasar por encima de Ward, el vehículo desbocado continuó ganando velocidad hasta que llegó al final de la pendiente, donde, increíblemente, su impulso lo propulsó hacia la otra ladera. Desde el blindado, Cain pudo ver al capitán O'Neill y a los tenientes Kramer y Messer dirigirse hacia el semioruga como si fueran a recibirlo. Un par de hombres heridos salieron arrastrándose del vehículo segundos antes de que un cuarto proyectil acertara su diana e hiciera saltar por los aires gran parte de la trasera, deteniéndolo con un zarandeo. Los tres oficiales se echaron al suelo cuando se produjo la explosión, y no había forma de saber si estaban vivos o muertos.

Entretanto, el segundo semioruga realizaba un intento desesperado por poner rumbo al norte y apartarse del peligro. Justo cuando daba media vuelta en la carretera, un proyectil japonés colisionó contra él y el conductor salió con gran esfuerzo, se tambaleó unos metros y cayó al suelo.

Mientras las ametralladoras y las armas ligeras traqueteaban cual granizo contra el refugio blindado del *Reluctant Virgin,* no había rastro de los cuatro jeeps y sus ocupantes. Su velocidad y maniobrabilidad tal vez les permitieron escapar, pero Cain tenía sus dudas.

Un grito de Kubitz irrumpió en los pensamientos aturdidos de Cain.

—Nos hemos quedado sin munición de alta potencia para la ametralladora del 37.

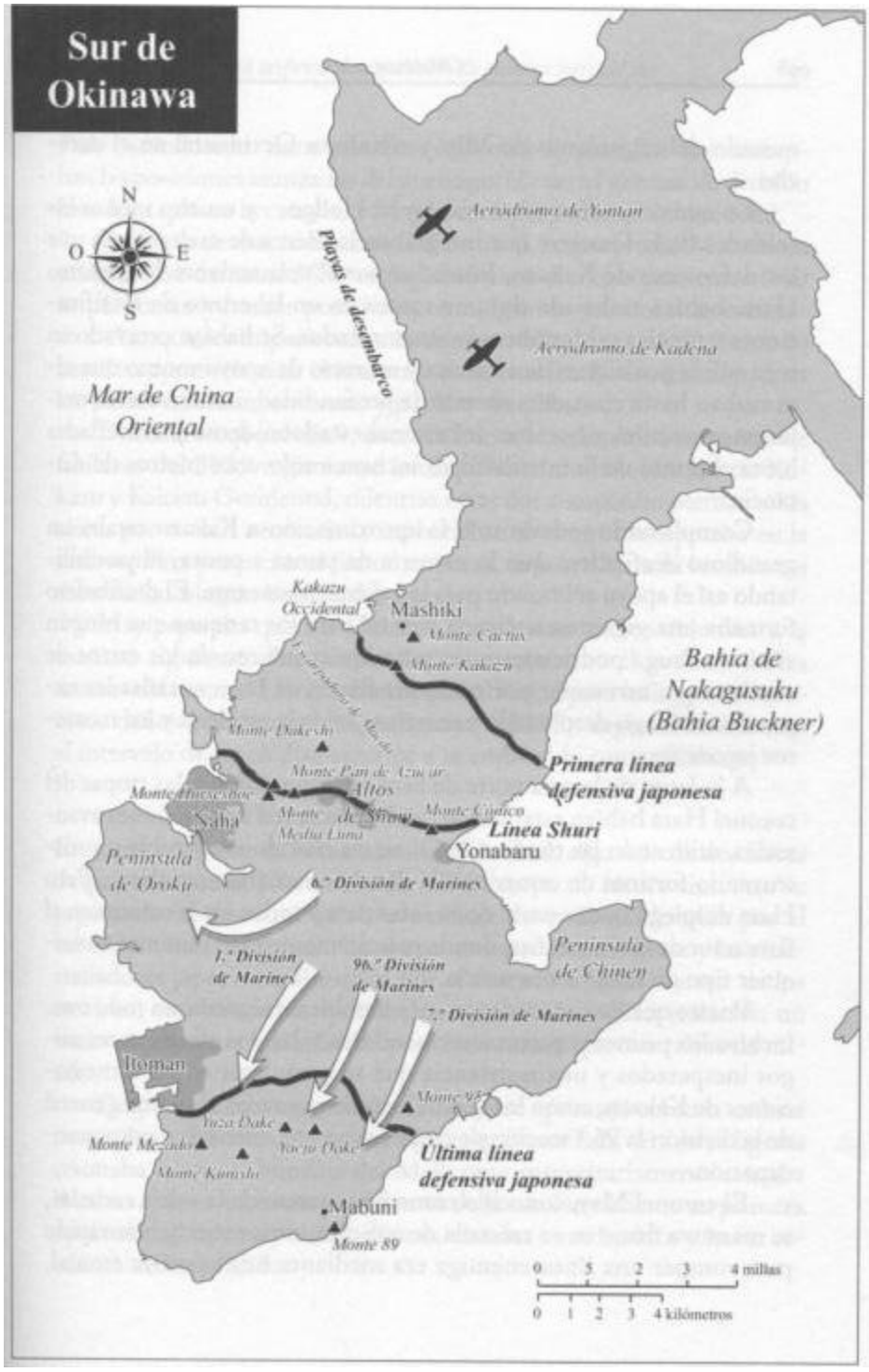
—Hay algún cargador abajo —repuso Cain—. Utilízalo y apunta algo más alto. —Entonces gritó a Pizio—: Eh, Rudy, ponme inmediatamente con espionaje.

—Roger. —dijo Rudy. Segundos más tarde, pasó el micrófono a Cain.

—Nos han tendido una emboscada aquí abajo —dijo Cain—. Esta gran colina que tenemos enfrente está muy fortificada, y la de la izquierda está plagada de soldados japoneses y sabe Dios cuántos cañones anticarro. Hemos perdido dos semiorugas y tengo al menos cinco o seis bajas. Necesitamos artillería rápidamente y cualquier ayuda que podamos conseguir.

—Le paso con artillería para que pueda facilitarles sus coordenadas —respondió el soldado de espionaje—. Creo que tenemos algunos tanques en la zona y veré si puedo conseguirle apoyo aéreo también.

Cain se estremeció cuando unas ráfagas de armas ligeras salpicaron el vehículo blindado. Miró su reloj. No eran ni las ocho de la mañana, pero ya parecía medianoche.


Sur de Okinawa
N
O
E
S
Aeródromo de Yontan
Aeródromo de Kadena
Playas de desembarco
Mar de China Oriental
Kakazu Occidental
Mashiki
Monte Cactus
Monte Kakazu
Bahía de Nakagusuku (Bahía Buckner)
Monte Dakeshi
Monte Pan de Azúcar
Primera línea defensiva japonesa
Monte Ducksbill
Altos de Shuri
Monte Cúpula
Monte Media Luna
Línea Shuri
Saha
Yonabaru
Península de Oroku
6.ª División de Marines
Península de Chinen
1.ª División de Marines
96.ª División de Marines
7.ª División de Marines
Roman
Monte 95
Yaza Dake
Monte Mezado
Yoza Dake
Monte Kunishi
Última línea defensiva japonesa
Mabuni
Monte 89
0 5 2 3 4 millas
0 1 2 3 4 kilómetros

Desde el cuartel general de su regimiento, a varios kilómetros de distancia, el coronel Edwin T. May, comandante del 383.° regimiento de infantería, había pasado un tiempo considerable estudiando la cordillera de Kakazu con sus prismáticos y sobre los mapas, y había llegado a la conclusión de que no parecía tan complicada. La escarpadura de Urasoe-Mura, un kilómetro más al sur, parecía constituir una barrera natural mucho más imponente y era más probable que los japoneses concentraran allí sus principales defensas y no en Kakazu.

La conquista de Kakazu, a juicio de May, sería un mero preliminar a un ataque sobre los montes de Urasoe-Mura, y el general John Hodge, comandante del XXIV.° cuerpo, parecía coincidir.

Era una conclusión comprensible, ya que ninguno de los dos comandantes se percató en aquel momento de que los mapas que la respaldaban eran inadecuados y carentes de detalles. Pero para los soldados de infantería del regimiento de May, constataría un grave error. May ignoraba por completo que se disponía a atacar las posiciones defensivas japonesas más férreas de Okinawa.

Como había observado el cabo Cain, todo un sistema de montes formaba una barrera arriscada que iba desde Kakazu, con un kilómetro de longitud, hasta la llanura costera que se extendía al oeste de la isla, donde estaban jalonados por dos colinas más pequeñas conocidas como Kakazu Occidental. La línea de ataque prevista para el 383.° regimiento ubicaba a la cordillera de Kakazu en el flanco izquierdo del regimiento de May y a Kakazu Occidental en el derecho.

Lo que no podían saber ni May ni Hodge —y mucho menos los soldados de la Deadeye que integraban la fuerza de asalto— era que los defensores de Kakazu, liderados por el comandante Munetatsu Hará, habían trabajado durante meses en un laberinto de fortificaciones y túneles subterráneos interconectados. Se habían excavado en roca sólida posiciones de artillería y mortero de apoyo mutuo que alcanzaban hasta cincuenta metros de profundidad, inmunes a los mayores proyectiles y bombas del arsenal estadounidense y camufladas hasta el punto de la invisibilidad, incluso a sólo unos metros de distancia.

Complicando todavía más la aproximación a Kakazu estaba un grandioso desfiladero que lo recorría de punta a punta, imposibilitando así el apoyo acorazado para la infantería atacante. El desfiladero formaba una gigantesca trampa natural para los tanques que ningún vehículo oruga podría atravesar, y cualquier intento de los carros de combate por arremeter por cualquier flanco de las montañas les expondría al fuego despiadado y entrelazado de la artillería y los morteros japoneses.

A lo largo de la cara norte de la cadena montañosa, las tropas del coronel Hará habían establecido también una red de posiciones avanzadas, utilizando las tumbas de Okinawa cuando era posible y construyendo fortines de cemento allá donde no existían sepulcros. Pero Hará desplegó buena parte de su infantería y todos sus morteros en el flanco sur de las montañas, donde prácticamente eran inmunes a cualquier tipo de fuego a discreción.

Puesto que los comandantes estadounidenses ignoraban todo esto, incluso los primeros partes aleccionadores sobre los efectivos enemigos inesperados y una resistencia que se recrudecía en las inmediaciones de Kakazu, como los que transmitió por radio al cuartel general de la división la 96.ª sección de reconocimiento, suscitaron poca preocupación.

El coronel May, conocido como un guerrero de la «vieja escuela», se mantuvo firme en su creencia de que el sistema mejor y más rápido para romper una línea enemiga era mediante una ofensiva frontal.

Pero basándose en unos primeros informes de patrullas que rastreaban las posiciones avanzadas del enemigo, el cuartel general de división hizo hincapié en la cautela, y May aceptó posponer su ataque total.

En lugar de atacar Kakazu el 5 de abril, como previó May en un principio, se darían al 383.° regimiento unos días más para consolidar su perímetro y buscar posiciones enemigas de manera más exhaustiva. Aunque les impacientaba la demora, May y sus compañeros de batallón aprovecharían el intervalo para estudiar la situación, evaluar los partes de reconocimiento y perfilar sus planes.

Decidieron que el día 9, antes del amanecer, cuatro compañías de fusileros del 383.° regimiento irrumpirían simultáneamente en Kakazu y Kakazu Occidental, mientras otras dos compañías permanecían alerta por si eran necesarias y un batallón al completo esperaba en la reserva. Para potenciar el factor sorpresa, ni la artillería ni los aviones efectuarían ningún bombardeo previo.

May esperaba que sus Deadeye fortificaran ambos objetivos a la mañana siguiente. Pero subestimó enormemente el poderío de las fuerzas del coronel Hará, así como su habilidad para infligir unos costosos daños a las tropas desperdigadas del 383.° regimiento durante el intervalo de cinco días anterior a la embestida contra Kakazu.

En torno a las diez de la mañana del 4 de abril, algo más de dos horas después de que la 3.ª sección de la 96.ª tropa de reconocimiento se topara con el desastre, una breve ráfaga de artillería dirigida por el cabo Cain había silenciado las armas anticarro, los morteros y las ametralladoras japoneses, al menos por el momento. Dos Corsair de los marines, con base en un portaaviones, también habían realizado un vuelo rasante para acribillar las posiciones enemigas con salvas de misiles.

Después de eso, un período de calma se aposentó sobre la cadena montañosa. De vez en cuando, alguna que otra bala de armas ligeras resonaba contra el blindaje del M-8, pero mayoritariamente reinaba la calma, y los ojerosos supervivientes de la sección tuvieron su primera oportunidad de recuperar el aliento, atender a sus heridos y hacer recuento de las pérdidas.

Mientras Cain seguía manteniendo contacto radiofónico con la división, solicitando más artillería y apoyo aéreo, Kubitz, Pizio y Shutes —junto con el cabo Clark y otros— se apresuraban a comprobar el estado de sus compañeros heridos e intentaban trasladarlos a la relativa seguridad del barranco en el que reposaba el *Reluctant Virgin.*

—Echad un vistazo a Augie Ward y ved si podéis hacer algo por él —dijo Cain con gravedad a su tripulación mientras ésta salía del M-8—. Si todavía respira, intentad que se sienta lo más cómodo posible.

En las profundidades del vehículo, Cain no dudaba de que Ward —que ya se encontraba herido e inmóvil antes de que su semioruga diera marcha atrás y le arrollara— estaría muerto o

moribundo. A muy pocos metros de distancia, Cain había visto la cadena posterior izquierda y la rueda frontal izquierda del vehículo de diez toneladas pasar directamente sobre el abdomen de Ward. Su sentido común le indicaba que nadie podía sobrevivir a aquello, pero Cain no podía soportarlo hasta que lo supiera con certeza.

Iban desgranándose los minutos mientras él continuaba allí sentado, sosteniendo la radio y sumiéndose en lo que probablemente era un estado leve de conmoción. Cuando el cabo LaMont Clark apareció junto a él, Cain apenas notó su presencia. Más tarde recordó que estuvo preguntándose de dónde venía Clark, ya que al parecer había olvidado que estuvo rastreando la carretera a pie desde Chatan.

—Mirad si encontráis algún médico y enviadlo aquí —farfulló Cain—. Nos han acribillado y nuestro estado es pésimo aquí abajo.

Lo siguiente que recuerda con cierta claridad es cuando Rudy Pizio se descolgó por la escotilla con una sonrisa en la cara.

—Todavía no me lo creo, pero Augie está vivo —anunció—. Creo que ni siquiera está herido de gravedad.

Cain frunció el ceño.

—¿Me tomas el pelo?

—Lo digo en serio —repuso Rudy—. Llevaba dos cantimploras a la cintura, una a cada lado, y reposaba sobre barro blando. De alguna manera, las cantimploras contuvieron las cadenas y la rueda y lo hundieron en el fango en lugar de partirlo por la mitad.

El cabo Clark, amigo íntimo y frecuente *sparring* de Ward en tiempos más felices, fue uno de los primeros que llegaron hasta el herido, y quedó totalmente asombrado ante la falta de lesiones en los órganos vitales de Ward. «Estaba despellejado y bastante magullado», rememoraba Clark más adelante, «pero por lo demás se encontraba bien. Para mí fue un milagro absoluto».

Aquello supuso también una nota esperanzadora en medio de una montaña de desastres. Dos miembros de la sección —los soldados de primera clase Riley y James Crouch— habían perecido, y al menos otros cinco sufrían heridas de gravedad, incluidos los tenientes Messer y Kramer. Los dos semiorugas estaban completamente destrozados, al igual que tres de los cuatro jeeps.

Uno de los todoterrenos, conducido por el soldado de primera clase Alfred E. Henderson, un joven alto y delgado de Pine Bluff, Arkansas, había sido alcanzado en la parte posterior por un proyectil de mortero, que provocó la explosión del depósito de gasolina. Henderson había logrado saltar del vehículo prácticamente ileso, pero el artillero que iba en el asiento de atrás había resultado herido de gravedad.

Y lo que es peor, los restos de la patrulla se encontraban encallados en territorio enemigo con un apoyo infrecuente de la artillería y algún que otro Corsair para mantener a raya a los japoneses.

Momentos después de que Kubitz y Shutes regresaran al M-8 tras atender a los heridos y de que el primero retomara su posición en la torreta de la ametralladora, una feroz andanada de armas automáticas japonesas rebotó contra el vehículo blindado. Varios proyectiles perforaron una lata de cinco kilos de café que alguien había amarrado a la parte superior de la torreta. Salieron despedidos posos de café en todas las direcciones y se filtraron en pequeños chorros por la cabeza y los hombros de Kubitz.

El artillero se agachó y se cubrió la cabeza hasta que cesaron los disparos. Entonces extendió la mano y se limpió los chorros que le caían por el casco.

—¿A alguien le apetece un café? —preguntó.

Por un momento, la tensión se disipó y todos se echaron a reír.

Era cerca del mediodía cuando los supervivientes inmovilizados de la tropa de reconocimiento divisaron a las primeras unidades de infantería del 383.° regimiento entrando en el pueblo de Mashiki. Al principio fue un motivo de alegría, ya que significaba que la ayuda por fin andaba cerca, sobre todo para media docena de heridos que yacían desde hacía horas sin atención médica.

Sin embargo, se desató un intercambio de disparos casi de inmediato, y los soldados de infantería estadounidenses se cobijaron en el pueblo, todavía demasiado lejos para prestar auxilio a Cain y sus compañeros.

En aquel momento, el bombardeo continuo del enemigo había multiplicado el número de bajas de la sección. Los artilleros japoneses habían concentrado sus ráfagas en los dos semiorugas inutilizados hasta que consiguieron acertar en sus depósitos de gasolina, haciendo que estallaran en una gran explosión de bolas de fuego e hiriendo a varios hombres más.

Mientras la tripulación del *Reluctant Virgin* observaba desde el barranco, tres Sherman, que formaban parte de la compañía C del 763.° batallón de tanques, abandonaron el pueblo. Ajenos a los cañones anticarro de 47 mm que acechaban más adelante, emprendieron el mismo camino que había recorrido aquella mañana la patrulla de reconocimiento, y pasaron a escasos metros de los dos semiorugas carbonizados. Los dos primeros tanques estaban cerrados, pero el tercero tenía la escotilla completamente abierta, y su comandante inspeccionaba la carretera. Siguiendo aquella ruta pasarían a tres metros del M-8, si es que llegaban hasta allí.

«¿Qué demonios creéis que estáis haciendo», pensó Cain. «Vais directos a una trampa.»

Cain echó mano de la radio, pero cuando consiguió establecer contacto con el personal de espionaje de la división, los dos tanques cerrados ya habían sido detenidos por varios impactos. El tercer Sherman se encontraba prácticamente en paralelo al M-8 y el comandante acababa de cerrar la escotilla cuando fue alcanzado de lleno por un proyectil de alto poder explosivo.

«Se produjo un estallido considerable en el interior del tanque», recordaba Cain al cabo del tiempo, «y las escotillas se abrieron al momento escupiendo llamas. Ese tanque estaba condenado».

El operador de radio y otros dos tripulantes saltaron del Sherman por una de las escotillas superiores. Entonces el operador volvió corriendo hacia el vehículo, abrió la otra escotilla superior y sacó a rastras al comandante, que había sufrido quemaduras graves, del infierno que se había desatado dentro.

—Estoy viendo cómo son destruidos tres tanques —gritó Cain al micrófono—, y en uno de ellos probablemente haya víctimas mortales. Estos fortines siguen destrozándonos. Necesitamos más artillería.

Aunque habían sido alcanzados, los dos primeros tanques lograron continuar por la carretera en dirección a Uchitomari. Cain pudo avistarlos con claridad hasta que llegaron a las afueras del pueblo, donde obuses japoneses de 155 mm los destruyeron a ambos.

Arrojando el micrófono, Cain salió del M-8 y corrió entre el fuego de los rifles enemigos para ayudar a los tripulantes heridos del tercer tanque. Cuando llegó al lugar en el que el operador de radio del Sherman yacía tendido junto al comandante de tanque, la desesperación de Cain no hizo sino agudizarse. Las quemaduras del operador no parecían demasiado serias, pero el comandante —a quien Cain reconoció como un hombre con el que se había detenido a hablar en la carretera el día anterior— había sido asado vivo literalmente.

«La única piel que no se había quemado era la de sus zapatos», contaba Cain, «y tenía pegotes de carne colgándole por todo el cuerpo. Me quité la camisa y le cubrí con ella. Lo sostuve en mis brazos durante una hora más o menos. No pude hacer más».

Sorprendentemente, el joven tanquista seguía consciente y hablaba.

—No soportaría que mis compañeros tuvieran que verme de esta manera —jadeó—. Estoy tan destrozado que no creo que pudieran resistirlo.

—Les gustaría verte igualmente —repuso Cain.

—Sí, tal vez sí —respondió el tanquista en voz baja—, pero sería demasiado duro para ellos. Les haría demasiado daño. Creo que es mejor que me muera.

Cain trató de pensar en algo reconfortante, pero no pudo. Al poco, el hombre quemado entró en estado de conmoción. Después, no volvió a hablar.

En ese mismo momento, el cabo Clark, que se encontraba a corta distancia de los otros dos tanques cuando recibieron el impacto y era el soldado de infantería más próximo a la escena, se arrastró bajo los Sherman en llamas para escarbar el barro que bloqueaba sus escotillas de emergencia y liberar a las tripulaciones atrapadas.

«Conseguí sacar a seis hombres, pero, Dios mío, todos sufrían quemaduras horribles y gritaban de dolor y no tenía absolutamente nada que darles», contaba Clark. «Así que regresé [a las líneas del 383.° regimiento] en busca de un médico, pero los habían tiroteado a todos y no pudo acompañarme ninguno. Sin embargo, uno de ellos me dio su maletín y administré algunas inyecciones de morfina a los quemados.»

No fue hasta pasado un rato cuando Clark advirtió que le sangraba el brazo derecho por causa de unos fragmentos de proyectil sumamente incrustados.

A escasa distancia en dirección este desde el lugar en el que Clark y Cain se apiñaban junto a los heridos, cerca de la costa oeste de Okinawa, soldados de la 7.° división Hourglass de infantería avanzaban en una línea paralela a la 96.ª. De hecho, ambas divisiones guardaban tan poca distancia entre sí que algunas unidades de los regimientos 32.° y 184.° de la 7.ª se cruzaron con elementos de la 96.ª división. Sin embargo, hasta el momento la 7.ª división sólo había suscitado una oposición simbólica en su trayecto hacia el sur mientras la 96.ª atravesaba un infierno.

El optimismo fue notable entre los soldados de la división Hourglass hasta el 4 de abril a mediodía, cuando el 2.° batallón del 184.° regimiento se vio frenado por una intensa lluvia de fuego de rifles y armas automáticas, proveniente del monte del Castillo, bautizado así por las ruinas de un antiguo castillo que lo coronaban. Cuando el teniente coronel Delbert Bjork, el comandante del batallón, ordenó a su compañía E que atacara el monte, fue recibida cerca de la cumbre por ráfagas de armamento ligero y tuvo que recular. El comandante de la compañía, el

capitán Wilburt Byrne, y su oficial al mando, perdieron la vida.

Como recogía la historia oficial de la 7.° división: «Por primera vez, la fuerza opositora del enemigo suponía algo más que un incordio». Seguiría haciéndolo durante los dos meses y medio siguientes. Tanto para los hombres de la 7.ª división como para sus compañeros de la 96.ª, la luna de miel sin duda había terminado.

Aquella noche, bajo el fuego ocasional de francotiradores, morteros y artillería, la unidad de carros de combate del sargento de sección Porter McLaughlin, junto con el resto del 2.° batallón del 32.° regimiento de infantería, estableció su primer perímetro defensivo «serio» de la campaña al norte de Ouki.

En contraste con sus compañeros del 184.° regimiento, los hombres del 32.ª, a las órdenes del coronel Mickey Finn, habían avanzado con brío por las llanuras de la costa este, sin enfrentarse a ninguna montaña fortificada y topándose sólo con una resistencia diseminada. Sólo las órdenes provenientes del cuartel general de la división que les instaban a mantener su flanco derecho enlazado con la línea del 184.° regimiento les impidieron cubrir más terreno. Pero después de acarrear sus cañones antitanque de 37 mm a lo largo de varios kilómetros a través de la isla, y después en dirección al sur (se suponía que debían disponer de jeeps para trayectos de semejante envergadura, pero rara vez era así), los hombres estaban cansados y tensos mientras engullían sus raciones de campaña y se atrincheraban para pasar la noche.

Los tres cañones de 37 mm de la sección estaban situados en el perímetro, cargados con proyectiles antipersona, y apuntaban hacia el sur. Si los japoneses habían de iniciar una acometida banzai como las que habían resistido los veteranos de la sección en Aru y Kwajalein, los «lanzaguisantes» estarían preparados. McLaughlin y sus líderes de pelotón, los sargentos George Murphy, John Knorr y Louie Vissio, se acostaron a unos pocos metros de uno de los cañones, con la intención de estar preparados ellos también.

En su marcha a través del Pacífico, la sección había visto cómo varios de sus cañones de 37 mm eran destrozados o saltaban por los aires, pero esta arma en particular había viajado miles de kilómetros y vivido tres grandes batallas con sólo uno o dos rasguños. McLaughlin lo había bautizado «Galloping Gertie» en honor a su tía, Gertrude LaWear, que había criado a Porter desde que falleció su madre cuando él tenía tres años. Todavía escribía a la tía Gertie al menos una vez por semana, y a ella le encantó saber cómo habían denominado al cañón.

—Parece que el 184.° regimiento ha dado con los nipones —dijo Murphy—. Me pregunto si tienen algo planeado para esta noche.

Knorr meneó la cabeza.

—Es su artillería lo que me preocupa. Tienen mucha y saben utilizarla. Nada asusta tanto a los nuevos como su primera lluvia de artillería. Siempre te preguntas: «Cuando llegue la próxima ráfaga, ¿hacia qué lado salto para que no me alcance? ¿O me limito a agacharme y no me muevo?». Los nuevos todavía no conocen la respuesta.

—Sí, y algunos nunca tienen la oportunidad de aprender —añadió «Pruneface»[5] Vissio, apodado así por sus compañeros no porque tuviese la cara arrugada y de color morado, sino porque su familia tenía una granja de pasas en California.

—El ataque de la artillería aterra a todo el mundo, no sólo a los nuevos —precisó McLaughlin

—. A mi me, aterra, por Dios, y llevan dos años disparándome. Dicen que cada vez que un proyectil aterriza cerca de ti aumentan las posibilidades de que el siguiente te alcance. Yo prefiero de calle un enemigo al que pueda ver que un gilipollas intentando acabar conmigo a dos o tres kilómetros de distancia.

Murphy vio varios tanques Sherman estacionados junto al *Galloping Gertie,* con sus ametralladoras y sus obuses de 75 mm apuntando al sur, hacia el crepúsculo que iba imponiéndose.

—Os diré algo —agregó en tono suave—. Esta noche lamentaría ser un japonés que intenta penetrar en estas líneas.

Varias horas después, un joven e inquieto artillero que iba a bordo de uno de los Sherman que custodiaban el perímetro del 32.° regimiento de infantería oyó ruidos sospechosos en la oscuridad, más allá del tubo de su cañón. Dudó por un momento, aguantando la respiración, y entonces abrió fuego con su arma del calibre 30.

En medio del silencio que sobrevino, el artillero pronto detectó otro sonido apenas perceptible. A veces se iba consumiendo hasta desaparecer y regresaba con más fuerza tras un breve intervalo. Cuando el artillero cayó en la cuenta de lo que era, un escalofrío agonizante recorrió todo su cuerpo, desde las uñas de los pies hasta las raíces del pelo.

Era el sonido de un bebé llorando.

Cuando clareó lo suficiente para ver, el sonido seguía siendo audible en ocasiones, y algunos de los hombres, Porter McLaughlin entre ellos, salieron en su busca. Hallaron a dos mujeres jóvenes y un niño pequeño, todos muertos por múltiples heridas de bala. Cerca de allí se encontraba una niña pequeña de unos dos años, que había recibido un disparo en la ingle pero seguía viva.

«Era uno de los niños más hermosos que he visto jamás», recordaba McLaughlin unos sesenta años después. «La llevamos a un puesto de socorro, donde un médico la examinó y nos dijo que no sobreviviría. Le administró una inyección de morfina para aliviar su sufrimiento y murió minutos después. Estuve destrozado varias semanas. De vez en cuando todavía me ocurre.»

El 5 de abril al amanecer, los japoneses habían abandonado sus posiciones en el monte del Castillo, pero simplemente se habían retirado a un sistema de fortificaciones mucho más recio a corta distancia de allí, donde cuatro montañas convergían desde sendas direcciones distintas y creaban una voluminosa colina en forma de túmulo. Esa masa central de terreno elevado se alzaba 145 metros sobre el nivel del mar y culminaba en un asta de coral de doce metros de alto conocida simplemente como «el Pináculo».

Como los demás grandes reductos de las montañas, el Pináculo estaba defendido por una extensa red de cuevas, fortines, nidos de ametralladora y pozos de tirador, algunos esculpidos en las profundidades de la montaña y otros dispuestos en estratos entre las cuestas que quedaban por debajo. Todos estaban bien camuflados desde el exterior y conectados por túneles a un centro de mando subterráneo, oculto entre dos afloramientos de coral menos prominentes justo al oeste. El punto flaco del Pináculo es que se encontraba aislado de otros altos fortificados, lo cual significaba que sus defensores no podían contar con ninguna ayuda exterior en caso de un ataque

frontal.

Desde primera hora del 5 de abril (Día del Amor más 4), el general de división Archibald Arnold, comandante de la 7.ª división, ordenó una serie de ofensivas contra el Pináculo, que acometerían diversos batallones de los regimientos 184.° y 32.° de infantería.

El avance proseguiría, pero a partir de entonces, cada metro ganado se pagaría con la sangre de los soldados de la división Hourglass.

El cabo Don Dencker y sus compañeros de la compañía L, 3.er batallón del 381.° regimiento de infantería, perteneciente a la Deadeye, habían sido enviados a la reserva para la embestida de la división hacia el sur. En consecuencia, su luna de miel duró más de un día después de que comenzara la pesadilla de la sección de la 96.ª tropa de reconocimiento cerca de Uchitomari. Pero terminó exactamente a la una del mediodía del 5 de abril, cuando empezaron a rugir los primeros proyectiles japoneses.

Por delante de la unidad de Dencker, el 1.er batallón del 381.° regimiento ya había sufrido el fuego enemigo durante algún tiempo y se encontraba varado a los pies de una pequeña colina llamada monte de Arcilla. Pero la compañía L, que encabezaba el avance del 3.er batallón, llegó a quinientos metros de la línea del frente sin llamar la atención de los artilleros japoneses ocultos en las montañas. Cuando se dictaron órdenes de establecer un perímetro defensivo, la proximidad de los proyectiles motivó a Dencker y su compañero de trinchera, el soldado de primera clase Ernie Zimmer, para cavar lo más rápido y profundo posible en el tiempo que les habían adjudicado.

Ahora que azotaba la zona de la compañía una andanada tras otra de los obuses enemigos de 75 mm, se agazapaban tanto como podían en su agujero, deseando haber cavado incluso más. La tierra y las piedras que despedían las explosiones caían sobre ellos mientras aguantaban la respiración y se estremecían ante el aullido de la artillería atacante, intercalado con los gritos de los heridos y los frenéticos chillidos que pedían un médico.

Cuando el bombardeo aminoró unos quince minutos después, Dencker miró cautelosamente por encima del resalte de su agujero. Lo primero que vio fue el cuerpo destrozado de su amigo, el soldado de primera clase Tony Sak, que a menudo compartió trinchera con Dencker durante los combates en Leyte. Sak se vio atrapado en campo abierto cuando comenzó la descarga y un proyectil cayó a pocos metros de él. Era una masa de carne hecha trizas y huesos rotos, y una sola mirada indicó a Dencker que su amigo estaba herido de muerte, pero Sak seguía gritando de agonía:

—Dios mío, ayúdame —gemía—. Que alguien me ayude.

Los médicos estaban ocupados con otros heridos graves, entre ellos el capitán James A. Fitzpatrick, comandante de la compañía, que sería evacuado momentos después. Pero el cabo Earl Sonnenberg, uno de los cocineros de la compañía, echó a correr mientras los proyectiles seguían explotando a tan sólo unos metros de allí y arrastró a Sak de vuelta a su trinchera. Fue un gesto valiente pero inútil. El herido había perecido cuando Sonnenberg lo puso a cubierto.

—¿Por qué demonios has hecho eso, Earl? —preguntó alguien—. Tony estaba sentenciado y casi consigues que te maten a ti también.

—Tenía que hacerlo, tío —replicó Sonnenberg—. Era de Wisconsin, como yo.

Algo en el tono de Sonnenberg hizo que su explicación resultara perfectamente lógica.

La mañana del 6 de abril (Día del Amor más 5) encontró a tres regimientos de infantería paralizados bastante lejos de la línea principal de las cordilleras de Kakazu y Kakazu Occidental. En la zona de la 96.ª división, el 383.° regimiento de infantería todavía trataba de hacerse con el control del monte Cactus, la misma colina larga y de escasa altura en la que la 3.ª sección de la 96.ª tropa de reconocimiento casi resulta aniquilada.

El monte Cactus se hallaba más o menos a un kilómetro de Kakazu, y su conquista era esencial si debía continuar el avance hacia el sur. Pero después de ocupar brevemente la cresta del Cactus la tarde anterior, los soldados del 383.° regimiento habían tenido que replegarse por las laderas y ahora se encontraban empantanados en el mismo punto en que los supervivientes de la 96.ª tropa de reconocimiento finalmente fueron liberados dos días antes.

Entretanto, al este del sector de la 7.ª división, el 1.er batallón del 184.° regimiento de infantería del coronel Bernard W. Green seguía intentando conquistar dos puntos clave del terreno elevado. Si bien los japoneses habían abandonado el monte del Castillo, las ruinas medievales del castillo medieval de Nakagusuku, en la cima, seguían defendidas por tropas apostadas en pendientes cercanas, por detrás de los muros escalonados de seis metros de grosor. El Pináculo, con doce metros de altura, era defendido por unos cien efectivos japoneses bien atrincherados y armados con diez ametralladoras y morteros de patrulla de 50 mm. El comandante japonés del Pináculo, el teniente Senji Tanigawa, cumplía órdenes de no retirarse.

Identificado por algunos historiadores como el promontorio en el que la expedición del comodoro Perry había plantado la bandera estadounidense en 1853, el Pináculo suponía una amenaza significativa para los movimientos de tropas y pertrechos de Estados Unidos a lo largo de la 13.ª ruta de Okinawa. Además, dominaba una vasta extensión de planicies costeras en el extremo oriental de la isla.

Entre ellos, el Pináculo y el monte del Castillo ofrecían una panorámica imponente de este a oeste de Okinawa, y otorgaban al enemigo una visibilidad que alcanzaba hasta el aeródromo de Yontan al norte y los confines de la isla al sur. Antes de que los estadounidenses pudieran aproximarse o atacar directamente la línea principal de Kakazu-Kakazu Occidental —o bien aprovechar la excelente visibilidad—, estos dos altos, como el monte Cactus, debían ser invadidos.

De los cuatro regimientos del Ejército que encabezaban la marcha hacia el sur, sólo el 32.° regimiento de infantería pudo ganar un terreno considerable en su avance por la costa este de Okinawa durante el período del 4 al 7 de abril. Pero la resistencia se recrudeció paulatinamente allí también, y hasta que el 184.° regimiento pudiera penetrar en las líneas enemigas, el 32.ª habría de quedarse atrás a fin de proteger el flanco del otro regimiento.

La ruptura de las líneas llegó entre el 6 y el 7 de abril, cuando, después de diversas acometidas, fracasos repetidos y unas bajas estadounidenses desmesuradas, habida cuenta de la envergadura de estos pequeños bastiones, por fin cayeron el Pináculo y el monte del Castillo.

La mañana del 6 de abril, las tropas del 1.er batallón del 184.° regimiento de infantería, lideradas por el coronel Daniel C. Maybury, finalmente pusieron en fuga a los japoneses de su

maraña de cuevas y madrigueras del Pináculo y aniquilaron a unos veinte defensores.

La noche antes, el coronel Yukio Uchiyama, que capitaneaba a las fuerzas japonesas que defendían el castillo de Nakagusuku, optó por retirar a sus soldados. Pero fusileros y artilleros enemigos mantenían el monte del Castillo en su campo de visión desde terrenos elevados colindantes, impidiendo así que los estadounidenses fortificaran la colina hasta al cabo de 48 horas.

El monte Cactus, donde confluyó por primera vez la batalla de Okinawa el 4 de abril, resultó ser un hueso mucho más duro de roer, sobre todo porque, como las cordilleras de Kakazu y Kakazu Occidental, formaba parte de todo un sistema montañoso y era imposible flanquearlo. Una serie de barreras artificiales, incluidas minas, una zanja antitanques y alambradas de espino, también protegían sus quinientos metros de longitud.

Un diluvio de proyectiles de mortero enemigos y fuego de ametralladoras hacía que llegar a una distancia efectiva de la montaña supusiera un gran desafío para los fusileros del 2.° batallón del 383.° regimiento, liderados por el comandante Prosser Clark. Les llevó casi un día entero llegar allí, pero lo lograron. Entonces, la mañana del 6 de abril, dos compañías de fusileros al completo cargaron contra la cresta, al estilo de la primera guerra mundial, para finiquitar el trabajo.

«Nos levantamos en oleadas, disparando todo lo que teníamos y lanzando granadas a docenas», relata el sargento del estado mayor Francis Rail, de la compañía E. «Imagino que fue demasiado para los nipones.»

El batallón de Clark acabó con 150 soldados enemigos y derrocó al menos quince fortines y numerosas posiciones de mortero, las mismas que habían causado estragos entre los tanques y los semiorugas blindados estadounidenses dos días antes. Y cuando los defensores japoneses intentaron contraatacar aquella noche, fueron contenidos, con la pérdida de otros 58 soldados.

La artillería japonesa machacó el monte Cactus durante el resto de la noche, y proseguirían los enfrentamientos en la zona hasta mediados de abril, gran parte de ellos a sólo unos metros de la línea formada por el 383.° regimiento el día en que la sección de John Cain sufrió una emboscada cerca de allí. Pero el 7 de abril, la cima de la montaña se encontraba en manos estadounidenses, y el coronel May consideró que era un lugar seguro para trasladar allí su cuartel general.

Cain, por su parte, había regresado a su zona de vivaque la noche del 4 de abril, esperando hacer frente a un consejo de guerra por unas duras palabras que había intercambiado con el capitán O'Neill después de sacar por fin el *Reluctant Virgin* del lugar de la emboscada. Por el contrario, recibió las disculpas de un contrito O'Neill, un ascenso a sargento y una recomendación para la Estrella de Plata.

«Me siento mal por lo ocurrido», dijo el capitán a Cain. «Deberíamos haberle escuchado cuando dijo que había una manera mejor de abordar la situación. De haberlo hecho, probablemente no habríamos sufrido tantas bajas, tantas vidas perdidas.»

El 6 de mayo de 1945, mientras los combates más cruentos de la campaña de Okinawa se libraban a escasa distancia, la medalla era prendida a la embarrada camisa de Cain por el general James Bradley, comandante de la 96.ª división de infantería.

«Me alegré de que pudiéramos avisar a la infantería que se dirigía a aquella zona, en particular

al 383.° regimiento», decía Cain más tarde. «Tenía muchos amigos en aquellas compañías.»

En testimonio a los caprichos de la guerra, el cabo Clark recibió un escaso reconocimiento por sus acciones heroicas durante la emboscada. Aunque se le concedió una Estrella de Bronce por su valor bajo el fuego, el compañero de Cain, oriundo de Wisconsin, jamás recibió la condecoración. A comienzos de 2006, también esperaba su prometido Corazón Púrpura, un recuerdo a la herida de metralla que sufrió en el brazo derecho, donde siguen alojados varios pedazos de un proyectil japonés.

La noche del 8 de abril, el coronel Eddy May departió por última vez con el general Hodge, comandante del 24.° cuerpo del Ejército, acerca de los ataques planeados para la mañana siguiente. El puesto de mando de May, recientemente establecido en el monte Cactus, donde tuvo lugar el encuentro, estaba a sólo ochocientos metros del objetivo principal del regimiento de May: la cordillera de Kakazu.

Las escaramuzas preliminares habían terminado. La ofensiva principal arrancaría el 9 de abril, antes del alba. Duraría más de lo que May había imaginado, y antes de terminar, esos ochocientos metros parecerían ochocientos kilómetros.

5

Un viento divino y mortífero

Antes de finales de 1944, pocos occidentales habían oído mencionar la palabra «kamikaze», y todavía menos conocían su significado original. Traducido de manera literal del japonés, el término significa «viento divino», y ocupa un lugar reverenciado en la historia japonesa y el folclore espiritual. Sus orígenes se remontan a 1281, cuando el emperador chino Kublai Jan, hijo del conquistador mongol Genghis Jan, envió una poderosa armada a invadir y conquistar las islas japonesas.

Ninguna fuerza creada por el hombre que Japón tuviera en su haber por aquel entonces podría haber frustrado a Jan, cuya victoria parecía garantizada hasta que un monstruoso tifón destruyó muchos de sus barcos y dispersó a los demás frente a las costas niponas. El pueblo de Japón interpretó la gran tormenta como una prueba de protección celestial y atribuyó su salvación a su Viento Divino.

Seis siglos y medio después, en los días finales de la segunda guerra mundial, con la derrota total cerniéndose sobre el Ejército japonés, algunos de sus líderes se aferraron a la creencia de que la historia podía repetirse. En un esfuerzo desesperado por contener otra invasión extranjera, concibieron una versión moderna del Viento Divino, alimentado no por los dioses de la naturaleza, sino por miles de jóvenes fanáticos ansiosos por sacrificarse por su emperador.

El resultado fue la mayor operación suicida coordinada que el mundo haya presenciado. El Viento Divino, que cobró su máxima furia en Okinawa, no sólo se encuentra entre las ofensivas aéreas más implacables de la historia bélica, sino que constituye la mayor operación masiva de la historia en la que no se esperaba que ningún avión o piloto atacante regresaran de una misión.

Por ello, mientras dos divisiones del Ejército de Estados Unidos recibían su bautismo de fuego en su descenso hacia el sur de Okinawa y dos divisiones de los marines rastreaban el resto de la isla con poco o ningún contacto con el enemigo, las embarcaciones que respaldaban la campaña de tierra y el 58.° grupo de operaciones de la Armada soportaban dosis diarias de caos llegado desde las alturas.

Para las decenas de miles de marineros estadounidenses que hicieron frente a la arremetida aérea de los kamikazes —así como para miles de tropas de los marines y el Ejército que se encontraban confinadas a bordo de embarcaciones de transporte y lanchas de desembarco y que constituyeron una presa fácil durante los primeros estadios de la batalla—, todo aquello supuso un terror y una tragedia continuados. En cuanto a la flota estadounidense en el Pacífico y sus comandantes, entrañó la mayor amenaza —y provocó los daños más cuantiosos y el mayor número de bajas para el personal de la Armada— desde el ataque contra Pearl Harbor.

Casi todo el mundo veía la campaña suicida de Japón como el ejemplo último de las tácticas

militares inhumanas en una guerra, pero para el alto mando nipón, fue la más noble y sagrada de las cruzadas. La última esperanza que abrigaba Tokio de garantizar una paz negociada con Estados Unidos y sus aliados, y de librar a sus gentes de un combate a muerte en su propio territorio, cabalgaba a lomos del Viento Divino.

El primer ataque kamikaze documentado contra un gran acorazado estadounidense se perpetró en Filipinas cinco meses y medio antes de la invasión de Okinawa. El 15 de octubre de 1944, frente a Leyte, el almirante japonés de retaguardia Masafumi Arima intentó estrellar su aparato contra el portaaviones *Franklin*, pero fue abatido antes de alcanzar su objetivo por cazas de la Armada. Sin embargo, este acto de sacrificio por parte de un oficial de alto rango de la Armada Imperial gozó de una enorme publicidad en Japón, donde se publicó falsamente que Arima había conseguido hacer diana. El incidente —y los bulos que lo rodearon— sirvió para prender la mecha del compromiso pleno e inquebrantable de Japón con la guerra suicida.

Tan sólo diez días después de que Arima tratara de hundir el *Franklin*, la primera unidad operativa de kamikazes —pese a su limitada envergadura— arrostraba misiones sin retorno contra otros barcos estadounidenses en Filipinas. Durante las semanas siguientes, cientos de jóvenes pilotos japoneses, henchidos de un patriotismo fanático, acudían en tropel para convertirse en pilotos kamikaze.

Uno de los primeros voluntarios para las misiones suicidas expresaba sus sentimientos acerca de su destino en una carta de despedida a sus padres, dictada a un amigo que sostenía el papel contra el fuselaje del avión del piloto, de veintitrés años, mientras éste se preparaba para su último despegue:

Las palabras no pueden expresar mi gratitud hacia vosotros. Espero que este último acto, con el que asestaré un golpe al enemigo, sirva para corresponder en pequeña medida a las cosas maravillosas que habéis hecho por mí... No me importa que lloréis... pero, por favor, daos cuenta de que mi muerte es para bien y no sintáis amargura por ello...

Éste es mi último día: el destino de nuestra patria depende de la batalla decisiva en los mares del sur, donde caeré como una flor de un radiante cerezo...

Las semillas de las que pronto brotó una campaña kamikaze sumamente organizada se sembraron el 19 de octubre de 1944 en la polvorienta ciudad filipina de Mabalacat. En una reunión celebrada ese día entre el vicealmirante Takijiro Ohnishi, comandante recién designado de las fuerzas aéreas japonesas en Filipinas, y varios oficiales del 201.° grupo del aire japonés, el concepto de los bombardeos suicidas masivos se aprobó en un principio como una herramienta necesaria para la victoria.

El almirante Ohnishi lucía un semblante adusto al comienzo de la reunión.

—Como saben, la situación de la guerra es grave —dijo—. La aparición de potentes fuerzas estadounidenses en el golfo de Leyte se ha confirmado. El destino del imperio depende del desenlace de la Operación Sho.

El almirante se refería a un plan maestro ofensivo-defensivo, completado el mes de julio anterior después de que la principal línea de defensa japonesa en el Pacífico fuera hendida por las

fuerzas de Estados Unidos. Conforme al plan Sho, el objetivo de la siguiente ofensiva estadounidense —independientemente de dónde proviniera— se designaría como el «escenario de la batalla decisiva», y se destinaría allí a todas las fuerzas japonesas disponibles para frenar al enemigo a toda costa. El plan se había activado el día anterior, 18 de octubre, y Filipinas fue declarada zona de la «batalla decisiva».

Escuchaba al almirante el comandante Rikihei Inoguchi, oficial del estado mayor de la 1.ª flota aérea, enviado recientemente desde Manila para asesorar al 201.° grupo del aire. Inoguchi era plenamente consciente de que restaban menos de cien aviones de combate japoneses operativos en la zona de Filipinas. El resto habían sido destruidos o inhabilitados por implacables ataques estadounidenses, y los demás se encontraban en Formosa, así que el interrogante que rondaba por la cabeza de Inoguchi era obvio: ¿qué podían hacer él y sus compañeros pilotos para contener la ofensiva enemiga con unos recursos tan inadecuados?

Las palabras que salieron a continuación de boca de Ohnishi llevaron a Inoguchi a preguntarse si el almirante le había leído la mente.

—En mi opinión —declaró Ohnishi—, sólo hay una manera de asegurarnos de que nuestros precarios efectivos sean efectivos al máximo: organizar unidades de ataque suicida compuestas por cazas Zero armados con bombas de 250 kilos y que cada aparato se estrelle contra un portaaviones enemigo —Ohnishi hizo una pausa y estudió a los hombres que le rodeaban—. ¿Ustedes qué opinan?

Después se impuso un prolongado silencio. La mayoría de los oficiales sabían que la práctica de la colisión ya había sido empleada por pilotos de cazas japoneses durante combates aéreos con bombarderos estadounidenses, y que bastantes pilotos habían alentado a utilizar esas mismas tácticas contra los portaaviones de Estados Unidos.

Como explicaba más tarde Inoguchi en calidad de coautor de *El viento divino*, un libro editado durante la posguerra en Estados Unidos, el concepto de kamikaze resultaba más comprensible en vista de las duras circunstancias que afrontaban los pilotos japoneses en 1944. Sus posibilidades de regresar con vida de una misión de combate contra los portaaviones estadounidenses, escribía, «eran muy escasas, sin atender al método de ataque empleado», y las tácticas kamikazes multiplicaban las probabilidades de infligir un dolor máximo al enemigo.

El amigo de Inoguchi, el comandante Asaichi Tamai, oficial al mando del 201.° grupo del aire, finalmente rompió el silencio.

—¿Hasta qué punto sería efectivo —preguntó Tamai a otro oficial del estado mayor— que un avión que transporta una bomba de 250 kilos impacte de lleno contra la cubierta de un portaaviones?

—Las posibilidades de una colisión directa serían mucho mayores que las de un bombardeo convencional —repuso el otro alto mando—. Probablemente les llevaría varios días reparar los daños causados a la cubierta de vuelo.

Tras una breve discusión y otra pausa prolongada, Tamai solicitó unos minutos para sopesar la cuestión y abandonó la sala con un edecán.

—Comparto absolutamente las opiniones expresadas por el almirante —dijo Tamai a su regreso—. El 201.° grupo del aire llevará a cabo su propuesta. ¿Puedo pedirles que nos dejen a

nosotros la organización de nuestra unidad de aviones suicida?

El almirante Ohnishi asintió sin mediar palabra, pero su expresión denotaba claramente sus sentimientos. Como lo describía Inoguchi: «Su rostro mostraba una mirada de alivio, sumada a una sombra de tristeza».

Unas horas después de que concluyera la histórica reunión en Mabalacat, se produjo la creación en el seno del 201.° grupo del aire de un cuerpo especial de ataque integrado por veintiséis cazas y pilotos. Para capitanear la unidad, Tamai eligió al teniente Yukio Seki, un joven licenciado por la Academia Naval de Japón que se había casado recientemente y había sobrevivido a numerosas misiones de combate en las Marianas. A sugerencia de Seki y con la aprobación de Tamai, se la conocería como Unidad de Ataque Shimpu («shimpu» es otra forma de leer los caracteres japoneses de «kamikaze»).

La mañana del 20 de octubre de 1944, poco después de que el almirante Ohnishi diera su aprobación, una nota dictada por Tamai anunciaba la creación de la unidad y, en términos inequívocos, sus objetivos y su finalidad: «El 201.° grupo del aire organizará un cuerpo especial de ataque y destruirá o inhabilitará, si es posible de cara al 25 de octubre, los portaaviones que surcan las aguas del este de Filipinas...».

El anuncio resultó ser escalofriantemente profético. El 25 de octubre, a las 10.45, el portaaviones de escolta estadounidense *St Lo,* que navegaba al este de Leyte, fue atacado y hundido por un piloto japonés que estrelló deliberadamente su aparato contra la embarcación. Unas horas después, el Cuartel General Imperial de Tokio anunciaba de manera oficial la formación del Cuerpo de Ataque Especial Kamikaze.

El mismo día en que naufragaba el *St Lo* se emprendieron varios centenares de ataques suicidas contra los barcos estadounidenses. Aunque sólo una cuarta parte alcanzó su blanco, sobre todo embarcaciones más pequeñas con un armamento antiaéreo inadecuado, los ataques desconcertaron a los marineros estadounidenses e inspiraron al alto mando japonés a convertir las misiones suicidas en un elemento integral de la estrategia Sho de Tokio.

En total, 1.228 aviones suicidas japoneses, casi todos transportados desde zonas desperdigadas por todo el imperio, atacaron barcos estadounidenses durante la campaña de Filipinas, y hundieron 34 embarcaciones y dañaron 288, con un gran número de muertos. Pero ello supuso sólo un precalentamiento para el caos que sembrarían los kamikazes cuando Okinawa se convirtió en el siguiente «escenario de la batalla decisiva» de la Operación Sho.

Desde el momento en que la armada invasora de Estados Unidos empezó a congregarse en el archipiélago de Ryukyus durante las dos últimas semanas de marzo, los kamikazes sobrevolaron a menudo las aguas que rodean Okinawa. Irónicamente, una de las primeras naves estadounidenses destinadas a Okinawa que sintieron el aguijón de las bombas japonesas —aunque fueron lanzadas por un bombardero, y no por kamikazes— fue el mismo portaaviones *Franklin* que había sido objetivo inicial del almirante Arima cinco meses antes.

Poco después de las siete de la mañana del 19 de marzo (Día del Amor menos 12), un bombardero Judy japonés, que despegó de la isla meridional de Kyushu, apareció entre unas nubes bajas y lanzó dos bombas de 250 kilos apenas treinta metros por encima del *Franklin.* Ambas

penetraron en la cubierta de vuelo del portaaviones y acabaron con la vida de docenas de marineros y pilotos a causa del impacto, además de desatar incendios desastrosos en el hangar de la cubierta, donde se estaba abasteciendo a veinticuatro aviones de combustible, bombas, misiles y munición.

La onda expansiva lanzó a Leslie Gehres, capitán del *Franklin*, a la cubierta del puente de navegación. Cuando consiguió ponerse en pie, vio cómo se alzaba en la cubierta de vuelo una violenta «cortina de llamas», que engulló las baterías de estribor y se propagó rápidamente a popa.

Al mismo tiempo, una enorme columna de fuego y humo negro emanaba del hueco del elevador delantero del portaaviones, y para intentar despejarlo, Gehres ordenó a su timonel que virara a la derecha. Sin embargo, al hacerlo, el grueso humo oleaginoso que despedían las llamas envolvió toda la superestructura del barco. Al darse cuenta de que una segunda bomba había impactado en el *Franklin*, Gehres ordenó otro giro a la izquierda, que despejó el humo, pero el portaaviones seguía teniendo graves problemas.

A medida que fue aumentando el calor en el puente del hangar, docenas de bombas y misiles «Tiny Tim» de 30 mm cargados en los aviones en llamas empezaron a detonar, provocando decenas de explosiones secundarias que hicieron zozobrar el barco y escupieron artefactos en todas direcciones. «Algunos pasaron silbando por el puente hacia estribor, algunos hacia babor y otros directamente por la cubierta de vuelo», recordaba el comandante Joe Taylor, oficial al mando del *Franklin*, que se vio atrapado en medio de la conflagración. «Cada vez que estallaba uno, las dotaciones de extinción de incendios se echaban a tierra.» Muchos bomberos murieron y salieron heridos, y el propio Taylor escapó por muy poco arrastrándose por la fragmentada pista hasta el puente.

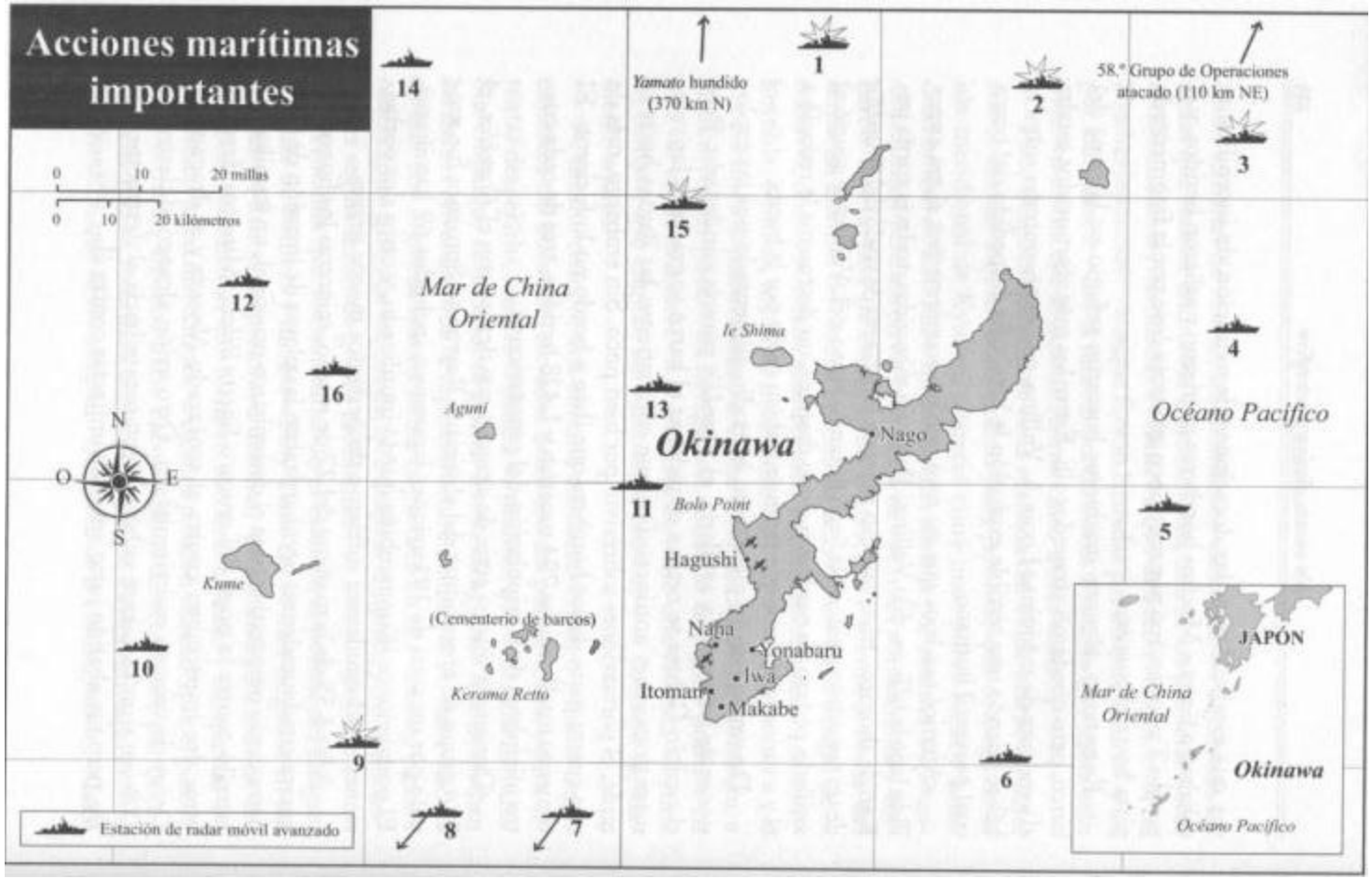
Entretanto, algunos marineros buscaron refugio en la popa del barco, pero quedaron atrapados allí. Entre los más afortunados estaba el ayudante de máquinas Louis A. Vallina, que se encontraba sobre la hélice cuando una terrible explosión le hizo salir despedido del barco cual proyectil humano.

«Aterricé tan lejos que no tuve que preocuparme por si era engullido bajo la hélice», dijo Vallina. Pero, sin salvavidas, todavía corría peligro de ahogarse, hasta que una pieza de la cubierta de vuelo del *Franklin* de un tamaño considerable llegó flotando junto a él. Vallina se agarró al astillado pedazo de madera y, poco después, un destructor le recogió a él y a varios marineros que también habían caído por la borda.

Devorado por un gigantesco incendio alimentado por las explosiones de aeronaves y artillería, el *Franklin* parecía condenado. Pero el capitán Gehres se negó a abandonar el barco y, gracias a las valerosas dotaciones antiincendios que combatieron las llamas hasta la tarde, el portaaviones sobrevivió por bien poco. Sin embargo, más de una cuarta parte de los hombres que iban a bordo no lo hicieron. El recuento total arrojaba 724 muertos y 1.428 heridos, tres de cada cuatro miembros de la tripulación del portaaviones.

Durante la misma serie de ataques que devastaron el *Franklin*, el 58.° grupo de operaciones del almirante Raymond Spruance fue azotado por un total de 193 aviones japoneses, incluidos 69 kamikazes. El portaaviones *Wasp* también quedó inutilizado, y otros dos portaaviones estadounidenses sufrieron desperfectos menos graves.

A las 6.55 de la mañana del 27 de marzo, mientras los buques de guerra estadounidenses bombardeaban las playas de invasión de Okinawa como preparativo para el desembarco principal, un kamikaze se estrelló contra la popa del crucero ligero *Biloxi*. Minutos después, otros dos impactaban contra el acorazado *Nevada* y el dragaminas *Dorsey* de manera casi simultánea. Otro avión alcanzó al destructor *OBrien*, y un kamikaze volaba directamente hacia el destructor *Laffey*, pero fue abatido justo antes de impactar contra él.


Acciones marítimas importantes
0 10 20 millas
0 10 20 kilómetros
Yamato hundido (370 km N)
58.° Grupo de Operaciones atacado (110 km NE)
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
Mar de China Oriental
Océano Pacífico
Ie Shima
Aguni
Okinawa
Nago
Bolo Point
Hagushi
Kume
(Cementerio de barcos)
Kerama Retto
Naha
Yonabaru
Iwa
Itoman
Makabe
N
O
E
S
Estación de radar móvil avanzado
JAPÓN
Mar de China Oriental
Okinawa
Océano Pacífico

Al día siguiente, una lancha de desembarco («objetivo largo y lento» en la jerga de la Armada) [6] también fue alcanzada por un bombardero suicida. Y el 31 de marzo, cuatro kamikazes descendieron sobre el crucero pesado *Indianapolis*, el buque insignia del almirante Spruance. Uno de ellos consiguió rozar el crucero con el ala y lanzar una bomba en un depósito de combustible antes de ser derribado. Murieron nueve marineros, veinte resultaron heridos, y Spruance se vio obligado a trasladar su cuartel general al acorazado *New México.*

El recuento de víctimas convenció al almirante Matóme Ugaki, comandante de la 5.ª flota aérea japonesa, y a su jefe del estado mayor, el almirante de retaguardia Toshiyuki Yokoi, de que las razias suicidas concentradas contra el 58.° grupo de operaciones podrían demorar e incluso impedir el desembarco en Okinawa. Con ese fin, Yokoi, que tenía libertad absoluta para orquestar aquella fase de los ataques contra la Armada como juzgara más apropiado, decidió intensificar el papel de los kamikazes hasta un extremo que la Armada estadounidense no hubiera visto jamás.

La fecha inicial de la fase más intensiva de la campaña kamikaze, bautizada con el nombre en clave de TEN-Go, se fijó para el 6 de abril. (Sin duda, habría sido mejor que TEN-Go comenzara antes o durante el desembarco estadounidense, pero acumular los aviones necesarios era un proceso lento.) Así las cosas, la operación incorporaría todos los aparatos de los que el Ejército japonés pudiera hacer acopio, pero los duros ataques estadounidenses contra los aeródromos enemigos lograron que la cifra estuviera muy por debajo de las 4.085 aeronaves especificadas originalmente para la operación suicida en un acuerdo conjunto del Ejército y la Armada.

El plan del almirante Yokoi consistía en inmovilizar los barcos del 58.° grupo de operaciones de Spruance con una serie de ataques mientras la principal fuerza kamikaze arremetía contra la cabeza de playa. Yokoi retrasó intencionadamente el despegue de sus aviones hasta mediodía o más tarde, con la esperanza de sorprender a numerosas patrullas de cazas enemigos repostando en los portaaviones o los aeródromos de Kadena y Yontan.

El plan parecía bueno sobre el papel, pero el grupo de operaciones de Spruance había instituido mucho antes una política de patrullas aéreas continuadas desde el alba hasta el anochecer, así que no había posibilidad de que los suicidas se escabulleran impunemente. Asimismo, los códigos japoneses descifrados ya habían advertido al espionaje estadounidense sobre una carga kamikaze a gran escala en cuanto el enemigo pudiese reunir aviones suficientes.

En la imaginativa fraseología de los japoneses, unos grandes amantes de las plantas, la campaña de bombardeos suicidas totales se había bautizado como «Kikusui Número Uno». Traducido al español, *kikusui* significa «crisantemo flotante». El número agregado simplemente indicaba que cabía esperar fases de ataque posteriores, a menos que Kikusui Número Uno lograra devastar a la fuerza naval de Estados Unidos en Okinawa y obligarla a retirarse.

El Viento Divino en su versión del siglo XX estaba a punto de cobrar una fuerza huracanada.

El 6 de abril al amanecer, el cielo sobre Okinawa estaba cubierto, y un gélido viento del noreste levantaba olas frente a la costa. Una falange de destructores estadounidenses seguía protegiendo a los buques de guerra y los cruceros del grupo de bombardeo mientras avanzaban lentamente a ambos lados de la isla, aguardando la asignación de objetivos.

Era el momento del día en que solían aparecer los kamikazes, pero aquella mañana en

particular, los cielos cubiertos de nubes parecían extrañamente tranquilos. El único ataque previsto por el almirante Yokoi para primera hora de la mañana era una amalgama de veintinueve aviones de la Armada que atacarían a las embarcaciones enemigas desplegadas en las playas de Hagushi, que se extendían en el extremo occidental. Pero los atacantes se vieron obstaculizados por el mal tiempo y no consiguieron nada relevante. A medida que el sol fue elevándose, la tensión creció entre las dotaciones de artillería de la Armada, que se encontraban en permanente estado de máxima alerta, pero la actividad aérea enemiga siguió brillando por su ausencia.

«Teniendo en cuenta dónde estábamos, había sido un día bastante rutinario», recordaría más tarde el comandante Julián Becton, capitán del destructor *Lajfey.* «Aquella situación se prolongó hasta la hora de la comida y por la tarde, pero entonces se desató el infierno.»

A las 12.15, cuando el portaaviones *Bennington* iniciaba su sexta operación patrullera del día, el primer avión suicida del almirante Ugaki fue detectado por los vigías.

«¡Alerta roja! ¡Alerta roja!», bramaron los altavoces del portaaviones. «¡Avión enemigo aproximándose! ¡Ataque aéreo inminente!»

Inmediatamente, un destructor situado a babor del *Bennington* abrió fuego con sus baterías de 127 mm y todos los proyectiles antiaéreos de 20 y 40 mm que pudo lanzar. Pronto, las armas de media docena de embarcaciones que formaban un anillo protector en torno al portaaviones escupían artillería con un estruendo permanente.

Entretanto, a las 12.20, el *Hornet,* portaaviones hermano del *Bennington,* lanzaba apresuradamente ocho aparatos Grumman Hellcat, que surcaron el cielo rumbo al sur para interceptar y destruir dos bombarderos Judy y tres cazas Zero. Los Hellcat del *Bennington* también salieron en su defensa y abatieron al menos veinticinco aviones, y se atribuyeron seis derribos a un solo piloto del portaaviones ligero *Belleau Wood,* el alférez Cari Foster.

La embestida más certera contra el *Bennington* llegó alrededor de la una del mediodía, cuando un determinado piloto suicida enfiló su bombardero Judy hacia la cubierta de vuelo del portaaviones desde popa. El avión estalló en una bola de fuego a escasos veinte metros del barco y salpicó la hélice con sus fragmentos, inhabilitando temporalmente el timón. Fue un ataque fallido que a punto estuvo de satisfacer la ferviente esperanza del almirante Ugaki de inutilizar un portaaviones estadounidense, pero los desperfectos se repararon con presteza y el *Bennington* continuó plenamente operativo.

El ayudante de artillería Hank Kalinofsky llevaba días preocupado por su «pecado imperdonable» de haber cenado pavo el día de Viernes Santo, la jornada más sagrada de ayuno para la Iglesia católica. Sin embargo, el lúgubre estado de ánimo que le invadió tras el episodio del pavo respondía a algo más que un vago temor a un castigo divino. Le acosaba también el sentimiento de que su suerte estaba decayendo o tal vez agotándose del todo.

Después de pasar sus dos primeros años de servicio esquivando submarinos y bombarderos nazis en el Atlántico a bordo del destructor de escolta *McNulty,* Kalinofsky no rebosaba precisamente alegría cuando se encontró en Okinawa como artillero de cañones de 20 mm en la lancha cañonera LSM(R) 198, una nave demasiado pequeña para tener nombre propio (aunque poseía una potencia de fuego tremenda para su envergadura). Y los combates en Europa ya habían

terminado, al menos en lo que a la Armada concernía, mientras la mayor batalla de la guerra del Pacífico estallaba alrededor de Kalinofsky y la 198.

A su malestar se sumaba la pérdida de una cañonera hermana, la LSM(R) 197, hundida por un kamikaze el 26 de marzo, mucho antes de la oleada más reciente de ataques. Pero varios días antes, cuando supo que el *McNulty* también se hallaba en Okinawa y que uno de sus artilleros había muerto en acción, su humor y su actitud habían empezado a cambiar.

El fallecido era un marinero del mismo rango que Hank al que habían asignado el cañón de 20 mm que otrora operó él mismo en el *McNulty.* Cuanto más pensaba Kalinofsky en la ironía de la situación, más ponderaba su significado:

«¿Será el mismo que me reemplazó? ¿Qué habría ocurrido si hubiese sido yo quien estaba detrás de ese cañón cuando estalló la bomba? ¿Ha sido el destino, la voluntad de Dios o qué?»

Desde entonces, Kalinofsky había pasado más tiempo dando gracias por lo que tenía que maldiciendo su mala suerte. Decidió que en realidad era afortunado de encontrarse en uno de los «alevines» discretos de la Armada y no en uno de los barcos más grandes a los que los pilotos japoneses siempre otorgaban prioridad. Puede que la lancha 197 no anduviera sobrada de respeto y servicios, pero uno de sus mayores atractivos era que podía perderse entre los portaaviones, cruceros y destructores que la sobrepasaban en altura cuando los kamikazes iniciaban el descenso en picado.

De manera paulatina, una misteriosa sensación de calma se apoderó de la conciencia de Kalinofsky. A veces casi podía imaginar un escudo protector invisible que le cubría. Otras, recurría al fatalismo puro para mantener los nervios bajo control durante las ofensivas suicidas.

«Seguirán yendo a por nosotros hasta que ocurra una de estas dos cosas», se decía a sí mismo con convicción. «O los hacemos saltar por los aires o no pararán hasta que nos den caza, es así de simple.»

Ese mismo pensamiento pasó fugazmente por la mente de Kalinofsky la tarde del 6 de abril, cuando miró hacia arriba y vio la bomba Baka que iba directa hacia él.

El soldado se armó de valor y trató de mantener aquel aparato en el punto de mira de su cañón, pero no había tiempo para disparar. El Baka —un planeador cargado de dinamita cuya condena estaba asegurada en el mismo instante en que despegaba y cuyo único objetivo era arrastrar consigo a tantos estadounidenses como fuera posible— estaba demasiado cerca. Se encontraba lo bastante próximo para que Hank distinguiera todos los rasgos faciales del piloto japonés que iba sentado a horcajadas sobre la bomba voladora, guiándola hacia la destrucción con una especie de palanca de mando rudimentaria.

Kalinofsky aguantó la respiración y vio cómo el Baka se estrellaba en el agua a menos de veinte metros de la proa del barco. La bomba había errado su objetivo porque la lancha, siguiendo el rumbo estándar en zigzag que se recomendó antes de los ataques, había virado justo en el momento adecuado y, por supuesto, porque se trataba de una diana muy reducida.

Cuando la bomba desapareció bajo las olas junto a su pasajero, despidió un geiser de agua a gran altura y un par de litros salpicaron la cabeza de Hank, le cayeron por el rostro y empaparon su uniforme. Así de cerca estuvo.

«Dios debe de haberme perdonado lo del pavo», pensó. «Si se suponía que debía morir aquí,

estoy bastante seguro de que ya habría ocurrido.»

A día de hoy, la cifra precisa de aviones japoneses que participaron es incierta, pero la sucesión de ataques suicidas de Kikusui Número Uno, que se prolongó durante todo el 6 de abril, se concentró en tres regiones principales.

Reunidos en varios aeródromos de la isla japonesa más próxima, Kyushu, 120 aviones enemigos, en torno a la mitad de ellos suicidas, recibieron la misión de atacar a dos unidades del 58.° grupo de operaciones, que operaban unos 160 kilómetros al noreste de Okinawa. Sin embargo, la mitad de los aparatos japoneses no pudieron localizar a sus objetivos, así que prosiguieron hasta Okinawa para atacar presas al azar. Entre los que sí dieron con el grupo de operaciones estadounidense estaban los aviones que atacaron al portaaviones *Bennington* a última hora de aquella mañana. En su mayoría fueron derribados por cazas de la Armada antes de poder infligir algún daño.

Otro de los principales objetivos remotos fueron los destructores estadounidenses *Bush*, *Colhoun* y *Cassin Young*, asignados respectivamente a las estaciones de radar móvil Uno, Dos y Tres, ubicadas en un arco unos 65 kilómetros al norte de Okinawa como parte de una red de radares de detección temprana que rastreaban los cielos en busca de aviones japoneses. Estos ataques fueron dirigidos por 104 cazas Zero último modelo gobernados por algunos de los mejores pilotos supervivientes de la Armada, cuya misión era entablar combate con los aparatos estadounidenses el tiempo suficiente para que los bombarderos convencionales y suicidas alcanzaran su objetivo.

Los propios bombarderos eran una amalgama de unos 230 aparatos grandes y pequeños, viejos y nuevos. Alrededor de una cuarta parte de ellos se veían obligados a abortar la misión poco después de despegar de las bases enemigas diseminadas debido a problemas mecánicos. Pero el resto, incluidos 180 kamizakes, representaban lo máximo con lo que podían lidiar los destructores estadounidenses; y más.

El *Bush*, que dirigía la estación de radar móvil Uno, fue el primero en sentir la ira de los suicidas. A las 14.55, un bombardero Judy hendió el cielo y voló a baja altura a través de una lluvia de fuego proveniente de los cinco cañones de 12, 20 y 40 mm del destructor, e impactó de lleno en el costado de la embarcación. De manera simultánea, la bomba que llevaba explotó sobre el puente, causó enormes daños en la parte superior, destruyó la sala de máquinas delantera que quedaba debajo y las dos calderas y dejó al *Bush* inmovilizado en el agua.

«¡Ayuda, ayuda! ¡Alguien en esta frecuencia, ayuda!», gritaba el operador de radio del *Bush* a su transmisor.

Un escuadrón de cazas de la Armada respondió con celeridad y repelió temporalmente a los demás kamikazes; pero los rescatadores pronto se vieron obligados a regresar a su portaaviones para abastecerse de combustible y munición. Para entonces se habían declarado numerosos incendios a bordo del *Bush*, y su capitán, el comandante Rollin Westholm, tenía a todas sus dotaciones de bomberos tratando de sofocarlos. Sin aumentación de ningún tipo, el *Bush* se bamboleaba impotente en medio del mar, mientras más de una docena de Val y Zero describían círculos cual buitres fuera del alcance de los cañones del destructor en llamas.

Mientras tanto, otros doce aviones enemigos se elevaron velozmente rumbo hacia el este para atacar al *Cassin Young* en la estación Tres, obviando inexplicablemente al *Colhoun*, en la estación Dos, en su trayecto, aunque el cielo se había despejado y la visibilidad se calificó de ilimitada aquella tarde. Sin acciones defensivas necesarias para la protección del *Colhoun*, el comandante George R. Wilson puso rumbo al oeste en respuesta a las llamadas de socorro del *Bush.*

Cuando Wilson llegó a la estación Uno sobre las 16.30, encontró a dos pequeñas lanchas cañoneras protegiendo al inutilizado *Bush* mientras sus dotaciones de artillería vigilaban cautelosas a los aviones enemigos que volaban cerca de allí. Entonces, mientras Wilson trataba de fondear su barco entre el *Bush* y sus atacantes, aparecieron cuatro Zero por detrás del *Colhoun.*

El primer piloto lanzó una bomba que erró el blanco y después estrelló su avión entre los dos destructores, pero los otros tres Zero se abalanzaron a un tiempo para acorralar al *Colhoun* a proa y a popa. La precisión de los artilleros de Wilson, así como la destreza del capitán a la hora de maniobrar su embarcación, evitaron a dos de los aviones, pero el tercero resultó mortífero. Topó contra la popa del *Colhoun* y aniquiló dos cañones de 40 mm y a sus dotaciones, y su bomba y el motor atravesaron el puente y penetraron en la sala de máquinas, lo cual hizo estallar las calderas y acabó con la vida de quienes se encontraban a su alrededor.

Los bomberos se dispusieron a combatir los fuegos y, a diferencia del *Bush*, el barco de Wilson todavía logró avanzar a quince nudos con un solo motor. Sin embargo, los aguerridos suicidas todavía no habían terminado. Casi de inmediato, dos bombarderos Val y un Zero descendieron en picado utilizando el mismo estilo de ataque coordinado que los tres primeros kamikazes, y con un éxito equiparable.

Los cañones de 13 mm y las baterías antiaéreas de los dos destructores hundieron a ambos Val en el mar sin que lograran ocasionar daños, pero el Zero, un modelo más veloz, eludió el fuego el tiempo suficiente para estrellarse contra la sala de calderas delantera del *Colhoun*, arrasar el otro motor y dejar el destructor de Wilson en igual situación de apremio que el barco al que había intentado salvar.

Quince minutos después, un tercer trío de aviones enemigos hizo aparición para terminar el trabajo. De nuevo, dos viejos y pesados Val iban a la zaga de un Zero, pero esta vez fue este último el que resultó abatido y los Val los que causaron estragos, pues impactaron contra los destructores deteriorados. Uno de ellos rozó la maquinaria superior del *Colhoun*, y a continuación arrojó una bomba que abrió una hendidura de un metro en el casco del barco, por debajo de la línea de flotación. El otro se precipitó contra la sección central del barco y a punto estuvo de partirlo por la mitad.

Tras una breve tregua, tres bombarderos Kate impusieron todavía más tormento a los restos en llamas de los dos destructores, que se iban a pique. Uno colisionó con la sala de oficiales del *Bush*, en la que yacía una veintena de marineros heridos o más, agravando la que ya era una temible pérdida de vidas.

El alférez F. R. Chapman, que pilotaba un Hellcat del *Hornet*, apareció en escena a tiempo de enviar a los otros dos Kate al Mar de China Oriental envueltos en llamas. Pero el heroísmo de Chapman llegaba demasiado tarde para salvar al *Bush* y al *Colhoun.*

El *Bush* se hundió primero, a las 18.30, y el capitán y sus tripulantes supervivientes se

aferraban a balsas y redes flotadoras cerca de allí. El *Colhoun* le siguió aquella misma noche, unas dos horas después de que el comandante Wilson ordenara a los últimos miembros de una dotación de salvamento que abandonaran el barco.

Noventa y cuatro oficiales y hombres perecieron a bordo del *Bush.* El recuento de muertos en el *Colhoun* se cifró en 35.

La fase más prolongada y peligrosa de Kikusui Número Uno llegó a última hora del 6 de abril, justo cuando el alférez Ben McDonald, un oficial de artillería destacado en el crucero pesado *Wichita,* se concedía cierta relajación.

Desde su puesto de combate en proa, McDonald había pasado toda la tarde contemplando las pirotecnias aéreas desde la distancia, mientras veintenas de kamikazes se abalanzaban sobre el 58.° grupo de operaciones para ser recibidos por el fuego abrasador de cientos de barcos y aviones estadounidenses.

A sus diecinueve años, McDonald era el alférez más joven —y, conforme a su propia descripción, el más «verde»— del *Wichita,* donde fue destinado en febrero de 1945, unos meses después de abandonar la Universidad de Texas en Austin.

Todavía se le escapaba una sonrisa al recordar su primer encuentro con J. J. Mahoney, capitán del *Wichita,* poco después de que McDonald ascendiera por una escalerilla desde un ballenero y pisara por primera vez aquel venerable crucero.

—Bienvenido a bordo, señor McDonald —le dijo el capitán—. Después de lo que hemos pasado, necesitamos savia nueva. ¿Cuál es su especialidad, hijo?

—Bueno, señor —respondió McDonald—, en la academia de cadetes me formé como operador de comunicaciones.

La respuesta del capitán hizo que el alférez novato palideciera levemente.

—Bien —dijo Mahoney—, sería usted un buen oficial de artillería. Le pondré al mando de todos nuestros cañones de 40 y 20 mm en popa, así como de las ametralladoras. Será usted un joven muy ocupado. Adelante.

McDonald había estado ocupado, desde luego. En su nuevo trabajo, era responsable de cuatro cañones de 40 mm, cuatro baterías antiaéreas de 20 mm y media docena de ametralladoras del calibre 50, todos ellos en la popa de la Vieja Bruja. Estas armas formaban parte de la línea principal de defensa del crucero contra las razias aéreas, y desde su llegada a aguas de Okinawa, debían ser utilizadas constantemente hasta 72 horas seguidas. «Ocupado» era un burdo eufemismo.

Hasta el momento, buena parte de la acción del día se había desarrollado bien lejos del *Wichita,* y McDonald estaba agradecido por haber superado la mañana y casi toda la tarde sin percance alguno. Pero la *Bruja* ya había sobrevivido a más de un encontronazo con aviones y barcos suicida —e incluso con buceadores kamikaze— y no cabía duda de que el futuro les deparaba otros.

McDonald sabía que cuando llegaran los ataques, él y sus dotaciones de artilleros se hallarían en medio del tumulto y justo en la senda del peligro. No había blanco más atractivo que la hélice de una embarcación de gran envergadura, y «velar por el monumental trasero de la *Bruja»* era la

única razón por la que estaban allí.

Aun así, cuando transcurrió la tarde y el sol empezó a ocultarse tras las nubes de poniente, incluso los hombres apostados junto a sus cañones de 20 mm, donde habían pasado gran parte del día, se permitieron cierta tranquilidad.

«En media hora más o menos», se dijo McDonald a sí mismo, «estará demasiado oscuro para que un kamikaze divise un objetivo, incluso de las dimensiones de la Bruja».

No tenía ni idea de lo cerca que estarían él y sus hombres de la muerte en ese breve lapso de tiempo.

El decrépito Zeke salió de la nada, desde un resquicio que se abría entre las nubes por encima de la sección de babor del *Wichita* y se abalanzó sobre el crucero antes de que nadie lo avistara. En el momento en que McDonald lo vio por primera vez, el avión planeaba hacia el puente a una altura de menos de treinta metros.

—¡Avión a babor! —gritó por el intercomunicador—. ¡Disparen! ¡Disparen!

Las baterías y las ametralladoras situadas en popa abrieron fuego a un tiempo, pero el Zeke estaba tan cerca que, según el marinero de primera clase Les Caffey, un observador involuntario desde popa, «parecía que fuese a atravesarnos la garganta».

El caos se apoderó de la cubierta posterior cuando docenas de marineros sorprendidos, entre ellos Caffey y varios compañeros suyos de la sala de calderas que estaban tomándose un descanso, se pusieron a cubierto y echaron a correr hacia sus puestos de combate.

«Estábamos sentados en popa jugando al pináculo», recordaba Caffey, «cuando miramos hacia arriba y allí estaba. Entonces escuchamos una explosión espantosa y creímos que éramos hombres muertos, pero era sólo uno de nuestros cañones de 12 mm disparando».

El Zeke se encontraba a unos cien metros del barco cuando la andanada de uno de los cañones de 20 mm de McDonald le arrancó parte de la cola, lo cual hizo que el aparato se desviara de su rumbo mientras su piloto arrojaba una bomba de 225 kilos. El proyectil no alcanzó al *Wichita* por unos quince metros, calculó McDonald, y el Zeke se estrelló en el mar. Pero al zambullirse por última vez, una de las alas del avión golpeó de soslayo la cubierta del crucero no muy lejos de donde Caffey y sus compañeros habían estado jugando a cartas momentos antes.

Once marineros resultaron heridos, pero todos sobrevivieron. La *Vieja Bruja* apenas sufrió unos rasguños.

El crepúsculo acabó por fin con la carnicería y dio a las unidades navales de Estados Unidos, que se encontraban muy diseminadas, la posibilidad de evaluar daños y saber qué había sido de sus compañeros en otros lugares.

El primer día de Kikusui Número Uno, el *Bush* y el *Colhoun* fueron dos de los tres destructores hundidos, y otros ocho quedaron inutilizados para la guerra con unos daños considerables. El *Emmons*, un destructor-dragaminas, también se perdió, y su hermano, el *Rodman*, sobrevivió por los pelos. Otros destructores maltrechos, como el *Hyman*, el *Morris*, el *Mullany*, el *Leutze y* el *Newcomb*, fueron remolcados hasta un cementerio de embarcaciones cada vez más repleto en las Kerama Retto y no volvieron a la campaña.

Los barcos de apoyo perdidos frente a las playas de Hagushi, en Okinawa, incluían al LST 447

y dos transportes cargados de munición, el *Hobbs Victory* y el *Logan Victory*.

El balance de pérdidas materiales y personales de la Armada estadounidense era lo bastante desastroso como para no precisar exageraciones, pero los japoneses, como de costumbre, hincharon las cifras descaradamente. El cuartel general del almirante Ugaki primero reivindicaba el hundimiento de dos acorazados, siete buques de guerra y cinco embarcaciones de transporte, y añadía más tarde tres cruceros y ocho destructores al total.

El 6 de abril había sido una jornada costosa y terrible para la flota del Pacífico, y la tregua que brindaba la oscuridad sería breve e intermitente. Más oleadas de bombarderos suicidas traerían más de lo mismo al día siguiente, pues Kikusui Número Uno seguiría adelante con todo su envite.

Pese a su monstruosidad, las pérdidas de personal y embarcaciones sufridas por la Armada entre el 6 y el 7 de abril podrían haber sido mucho mayores de no ser por una serie de acontecimientos poco conocidos que comenzaron casi dos semanas antes en las Kerama Retto, cuando las fuerzas estadounidenses contuvieron una importante amenaza japonesa para los 1.500 barcos que respaldaban la invasión. Las islas situadas frente a la costa oeste de Okinawa estaban salpicadas por docenas de cuevas naturales en las que los japoneses habían ocultado cientos de pequeñas lanchas motoras de contrachapado destinadas a misiones suicidas contra la flota estadounidense.

El terreno de las Kerama, caracterizado por acantilados que se erguían abruptamente hasta 180 metros por encima de sus numerosas ensenadas, hacía prácticamente imposible un ataque efectivo desde el aire contra las lanchas o sus escondites. De ahí que la tarea de encontrar y destruir las embarcaciones recayera en unidades de la 77.ª división de infantería del Ejército y en naves de calado reducido fuertemente armadas y capaces de aproximarse a la costa para dirigir el fuego de sus cañones contra las lanchas.

La amenaza que suponían estas lanchas japonesas «de incógnito» era primitiva para los parámetros de la guerra moderna, pero era extremadamente real y podría haber pasado desapercibida mucho tiempo más si no fuera por los pilotos de dos Piper Cub de reconocímiento. Durante un vuelo rasante sobre las islas efectuado el 26 de mayo, habían localizado numerosas estructuras peculiares que levantaron sospechas.

«Todas las islas tenían vías de ferrocarril que iban desde el agua hasta las cuevas», dijo el teniente John Kriegsman, uno de los pilotos. «Había docenas de ellas pero no se divisaba nada más. No entendimos qué significaba aquello.»

Poco después de que Kriegsman comunicara por radio sus hallazgos al cuartel general de la división, varios barcos de la Armada hundieron tres lanchas que andaban merodeando la zona e interceptaron una cuarta, y el mando estadounidense no tardó en unir las piezas del rompecabezas: las cuevas eran santuarios para las lanchas y las vías de tren sus rampas de lanzamiento.

Cada lancha podía transportar una carga de profundidad de 120 kilos, programadas para que estallaran cinco segundos después de ser arrojadas por la borda junto a un barco estadounidense. Debido a que las lanchas eran lentas, iban desarmadas y estaban construidas con gran tosquedad, su tripulación tenía muchas posibilidades de morir durante una misión, ya fuera a causa de sus propios explosivos o bajo el fuego estadounidense. Sin embargo, contaban con una probabilidad

matemática de supervivencia ligeramente más alta que los pilotos que gobernaban aviones kamikazes.

Merced al descubrimiento de los dos pilotos de la Armada y a la rápida actuación de las unidades navales de la 77.ª división de infantería, casi ninguna de las lanchas suicidas alcanzaron sus objetivos previstos. Las unidades de infantería de la Armada detectaron y hundieron muchas embarcaciones, y un escuadrón de lanchas de desembarco, convertidas en cañoneras equipadas con morteros de la Armada, ametralladoras del calibre 50 y cañones de 20 y 40 mm, hicieron trizas centenares de ellas.

El ayudante de artillería Don Brockman, oriundo de Saint Louis, que había interrumpido su primer curso en la Universidad de Misuri para unirse a la Armada en febrero de 1944, operaba una de las dos ametralladoras del calibre 50 a bordo del LCI(M) 660 y desempeñó un papel activo en la destrucción.

«Llegamos a las Kerama una semana antes de la invasión y arrasamos con aquellas barcas suicidas», rememoraba Brockman después.

«Teníamos cuatro cañones de 20 mm que eran especialmente efectivos contra ellas. Daba la impresión de que los japoneses tuvieran mil barcas allí escondidas, y hundimos todas las que vimos, excepto una, que subimos a bordo y utilizamos después para repartir el correo.»

Al final de su campaña en las Kerama, la 77.ª división había contabilizado 291 lanchas destruidas por sus tropas. En total, sólo escaparon unas cuantas, y no tendrían un efecto apreciable en la batalla que se avecinaba.

Una faceta de la campaña más prolongada y obstinada de la guerra suicida en los anales del conflicto humano se había eliminado con eficacia. Pero si las lanchas suicidas hubiesen estado disponibles el 6 de abril, la Armada habría afrontado una amenaza desde el mar equiparable a la aérea, sobre todo durante la noche.

Sin embargo, para la Armada estadounidense, hacerse con el control de las Kerama era mucho más relevante que aniquilar la amenaza de las lanchas. Igualmente importante durante las semanas venideras sería el excelente fondeadero de aguas profundas que ofrecían las islas. Durante los tres próximos meses, veintenas de barcos de la Armada llegarían a las Kerama Retto para ser reparados, reacondicionados o abandonados después de sufrir daños en las razias aéreas de los kamikazes.

Algunos de los primeros barcos inhabilitados fueron el trágico producto de Kikusui Número Uno. Pero los atacantes suicidas hubieran podido cobrarse docenas de barcos y cientos de bajas humanas más si las lanchas hubiesen permanecido operativas.

El mayor y más auspicioso de los «crisantemos flotantes» japoneses que se dirigían a Okinawa a comienzos de abril no llegó por aire, sino por mar. Este kamikaze de 265 metros de eslora pesaba 69.000 toneladas y se llamaba *Yamato*, una palabra antigua que significa literalmente «Japón». Era el mayor acorazado jamás construido, y su viaje de ida hacia una destrucción segura fue el gesto sacrificial más grandilocuente realizado por los japoneses durante la guerra.

En Tokio se esperaba que el viaje del *Yamato* cumpliera dos propósitos: desviar a tantos cazas estadounidenses de los kamikazes aéreos como fuera posible, permitiendo que más aviones

suicidas alcanzaran sus objetivos en Okinawa, y brindar al acorazado más poderoso del mundo una última oportunidad de enfrentarse a unos barcos enemigos que no podían igualar su asombrosa potencia de fuego.

El *Yamato* llevaba nueve monstruosos cañones de 460 mm en tres torretas triples. Eran las armas de mayores dimensiones jamás transportadas por un barco. Cada una de ellas podía lanzar un proyectil de 1.460 kilos a una distancia de casi cincuenta kilómetros. Los buques de guerra estadounidenses no contaban con cañones mayores de 406 mm, con un alcance de tan sólo 32 kilómetros, y algunos de los acorazados más viejos estaban limitados a proyectiles de 304 mm. Las cien baterías antiaéreas del *Yamato*, cuyos cañones tenían un alcance de ocho kilómetros, ofrecían una defensa aérea formidable.

Pese a su revestimiento blindado de cuatrocientos milímetros de grosor, el *Yamato* era grácil y poderoso a partes iguales, y sus compartimentos estancos de diseño único lo convertían en la embarcación más difícil de hundir. Su amplia cubierta de proa, su chimenea inclinada hacia atrás y su casco bien modelado le conferían un perfil de líneas elegantes que contrastaba con su tamaño y no guardaban ninguna semblanza con el voluminoso «aspecto de pagoda» que caracterizaba a la mayoría de los estupendos barcos japoneses. Samuel Eliot Morison lo tildó de «singularmente hermoso», mientras que el Instituto Naval de Estados Unidos lo describía como «la máquina de destrucción más potente que se mantiene a flote». Ambos estaban en lo cierto, pero el *Yamato* era algo más. Era un motivo simbólico de orgullo para la Armada japonesa y para todo el país.

Sin embargo, después de tres días jugando al escondite con la flota estadounidense en el Pacífico, el *Yamato* había realizado escasas contribuciones directas a la campaña bélica japonesa. Aunque estuvo presente en Midway y otras grandes batallas, rara vez había disparado sus enormes cañones contra un blanco enemigo. Quizá ahora su canto de cisne le brindaría esa oportunidad, si no para dar muerte a los inferiores buques de guerra estadounidenses, sí al menos para fondear en Okinawa y utilizar sus largos cañones para pulverizar la cabeza de playa enemiga y los aeródromos de Kadena y Yontan.

Los oficiales y hombres a bordo del *Yamato* y sus escoltas no abrigaban ilusiones de regresar con vida de la misión. Poco después de zarpar, Tameichi Hará, capitán del crucero ligero *Yahagi*, parte del destacamento especial que protegía al *Yamato*, se dirigió a su tripulación:

Como ustedes sabrán, cientos de compañeros suyos han pilotado aviones cargados de bombas en misiones sin retorno contra el enemigo. Miles más... se encuentran en todos los aeródromos. Centenares... están preparados para lanzar torpedos desde sus submarinos. Otros miles pilotarán torpederos o se sumergirán en el fondo del mar para adherir cargas explosivas a los barcos enemigos. Nuestra tarea en esta misión sigue ese mismo patrón. Parece suicida, y lo es. Pero me gustaría subrayar que el suicidio no es el objetivo. El objetivo es la victoria.

Cuando el *Yamato* zarpó de su embarcadero en la bahía de Tokuyama, al oeste de Kyushu, eran ya las 15.20 del 6 de abril, y la majestuosa nave navegaba con muchas horas de retraso para cubrir el primer tramo de su misión. Si había de impedir que los aviones enemigos interceptaran a los aparatos suicidas japoneses, tendrían que ser los pilotos kamikazes del segundo día quienes se beneficiaran de ello, ya que todos los vuelos de la jornada ya iban de camino hacia sus objetivos y

eran visibles en las pantallas de radar estadounidenses.

En realidad no importaba. Los expertos navales de Pearl Harbor, que trabajaban con mensajes codificados que enviaban los japoneses por radio, conocieron con varios días de antelación los extraños planes de Tokio para el *Yamato*. A las ocho de la tarde del 6 de abril, cuando el superacorazado, acompañado por el *Yahagi* y ocho destructores, pasó por el estrecho de Bungo rumbo al Pacífico, los submarinos estadounidenses *Threadfin* y *Hackleback* se encontraban allí, vigilando e informando sobre la travesía al 58.° grupo de operaciones.

Alertado por los submarinos, el vicealmirante Marc Mitscher, que estaba al mando del grupo de portaaviones del 58.° grupo de operaciones, envió ocho portaaviones grandes y cuatro ligeros al norte para desplegar dos sólidas fuerzas de ataque —386 aviones en total— el 7 de abril al amanecer. El primer grupo, que incluía a la mayoría de los cazas Hellcat que Mitscher tenía a su disposición, había de interceptar a los aviones suicidas japoneses destinados a Okinawa.

La misión del otro grupo, integrado principalmente por cazas Helldiver y torpederos Avenger, con una docena de Hellcat cubriéndolos, debían localizar y hundir el *Yamato* mientras se encontrara a más de 320 kilómetros de la cabeza de playa de Hagushi.

El 7 de abril a las 10.30, un escuadrón que, con once Helldiver, carecía de efectivos suficientes —normalmente eran dotaciones de quince aparatos— partió de la cubierta de vuelo del portaaviones *Benningtony* puso rumbo al norte, hacia un punto situado al suroeste de Kyushu, pese a las inclemencias del tiempo. Cada uno de los aviones del escuadrón liderado por el comandante Hugh Wood, todos ellos en busca del *Yamato,* transportaba dos bombas de 450 kilos, ocho misiles de 127 mm, y una reserva completa de municiones para sus dos cañones de 20 mm montados sobre el ala.

A los controles de uno de los Helldiver iba el teniente Francis Ferry, un líder de sección y veterano con más de treinta misiones de combate en su haber, entre ellas el primer ataque masivo sobre Tokio, perpetrado por 1.200 aviones estadounidenses el mes de febrero anterior. Pero pese a su experiencia, Ferry tenía un motivo especial para sudar de emoción ante la perspectiva de dar caza al *Yamato*. El 19 de marzo, menos de tres semanas antes, estaba entre los ocho pilotos de la Armada que intentaron atrapar al gigantesco acorazado mientras permanecía anclado en el puerto de Kuri, frente a la isla japonesa de Honshu, pero regresaron con las manos vacías. Un Helldiver y sus dos tripulantes se perdieron en el ataque, y el propio Ferry estuvo de suerte al conseguir que su avión, gravemente dañado, aterrizara de nuevo en el *Bennington*.

Ahora, Ferry, nacido en Nebraska, tenía una segunda oportunidad de dar caza al mismo objetivo, y en esta ocasión estaba decidido a aprovecharla al máximo.

Sin embargo, el clima desfavorable y unas condiciones de vuelo por lo general dificultosas parecían jugar a favor del *Yamato* aquella mañana. Los últimos seguimientos de los radares ubicaban al acorazado unos 190 kilómetros al suroeste del extremo meridional de Kyushu, pero la visibilidad se reducía a ocho kilómetros, y la confluencia del Mar de China Oriental con el océano Pacífico occidental era un lugar extenso. Al abrigo de un cielo encapotado, el *Yamato* y su comitiva podían resultar difíciles de localizar.

Wood, el líder de escuadrón, dijo a sus pilotos que probablemente avistarían el objetivo en

torno a mediodía, pero las condiciones seguían empeorando a medida que el grupo se aproximaba al norte. Chaparrones intermitentes salpicaban los parabrisas de los aviones, y varios se extraviaron o se vieron obligados a desviarse. Sólo cuatro de los once Helldiver que despegaron del *Bennington* lograron llegar a la zona objetivo. Mala señal, pensó Ferry, cuando te dirigías hacia la mayor concentración de fuego antiaéreo del mar.

Por suerte, el escuadrón de Ferry disponía de mucha ayuda. Un total de unos 280 aviones estadounidenses convergían ahora sobre el *Yamato,* e hidroaviones de la Armada seguían de cerca a la presa y guiaban a los atacantes hacia su objetivo. Los pilotos del portaaviones se sintieron alentados cuando, a unos 120 kilómetros de su meta, las persistentes nubes empezaron a disiparse y los cielos se despejaron.

Los cuatro aviones del grupo de Ferry volaban a unos 1.800 metros de altitud, y la tripulación tenía su mirada fija en el mar que se abría debajo, cuando el operador de radio de Wood rompió el silencio:

—Contacto establecido, señor. Cuarenta kilómetros.

—Estableceré contacto e investigaré —dijo Wood al *Bennington,* iniciando el descenso.

Ferry y su artillero y operador de radio, el aviador de segunda clase Fred Warner, de diecinueve años, divisaron por primera vez al *Yamato* y compañía casi en el mismo instante.

—Ahí está, señor —indicó Warner—. Lo veo claro como el día.

—También hemos establecido contacto, Woody —respondió Ferry a Wood.

Ahora la radio crepitaba con otros mensajes que confirmaban el contacto y las respuestas entrecortadas de los portaaviones.

—¡A por el grandullón! —ordenó el comandante E. G. Konrad, jefe de ofensivas a bordo del *Bennington.*

—Bombarderos, encarguense del acorazado —repitió el comandante del aire desde el *Hornet*—. ¡Atrapemos a ese bastardo!

—Inicien el descenso en ángulo de planeo —indicó Wood a los tres pilotos que quedaban—, ¡y síganme!

Los cuatro aviones se abalanzaron sobre el *Yamato* desde una altitud de novecientos metros con Wood a la cabeza, Ferry justo detrás de él, y el flanco de Ferry, el teniente subalterno Edward Sieber, siguiéndoles. El cuarto piloto, el teniente subalterno Richard Cory, fue incapaz de mantenerse en formación cuando los aviones efectuaron el abrupto viraje entre las nubes para atacar el *Yamato,* así que decidió poner rumbo al crucero.

Cuando se encontraba a unos 150 metros de altitud, Ferry soltó las bombas y disparó todos sus misiles a la vez. Al hacerlo, obtuvo una clara panorámica caleidoscópica del *Yamato* y de la acción que lo envolvía de súbito.

Vio cómo el grácil acorazado trataba de ocultarse bajo una nube de lluvia y cómo avanzaba muy lentamente en comparación con la velocidad trepidante del Helldiver... después, cómo estallaba una de sus bombas de 450 kilos en una bola de fuego justo a proa de la isleta del *Yamato* y cerca de la tercera torreta de un cañón de 460 mm... las bombas lanzadas por el teniente Harry McCrae, del *Bennington,* cayendo al mar, muy próximas al acorazado... el avión de Sieber elevándose tras su zambullida rodeado de una humareda púrpura... una cadena aparentemente

interminable de aviones estadounidenses que giraban y se abatían sobre la flotilla japonesa...

«Llevaba una cámara montada en mi avión, así que di vueltas alrededor del acorazado y tomé algunas fotos», recordaba Ferry. «Creo que vi tres bombas alcanzar el *Yamato*, una de las cuales penetró en una santabárbara y desató un gran incendio. A los tres [Wood, Sieber y Ferry] se nos adjudicaron impactos, y Wood obtuvo la Cruz de la Armada por capitanear el ataque.»

Fueron precisas tres oleadas de bombarderos y torpederos estadounidenses, con unas razias que se prolongaron durante más de una hora, para hundir el poderoso *Yamato*. Además de un mínimo de tres bombas que dieron en el blanco, el mastodonte se vio azotado por al menos once torpedos.

«Docenas de pilotos de la Armada merecen parte del mérito por haber hundido el *Yamato*», observaba Ferry décadas después de los hechos. «Fue un esfuerzo de grupo, si es que alguna vez lo hubo, y hay muchas historias válidas que contar además de la mía.»

Una segunda oleada de aviones del *Bunker Hill*, el *Essex* y el *Bataan* siguieron de inmediato a la primera, infligiendo múltiples impactos de torpedo que dejaron al *Yamato* peligrosamente escorado a babor y empezando a anegarse. Cuando llegó la tercera y última oleada a las dos del mediodía, muchos de los cañones del acorazado habían sido silenciados, lo cual permitió a los atacantes castigar su devastada sección de babor con escasa respuesta armamentística.

El ladeamiento empeoró rápidamente. Hombres y armas caían al mar deslizándose por las cubiertas inclinadas. El almirante Seiichi Ito, consciente de que su embarcación estaba a punto de volcar, abandonó el puente y fue a su camarote a esperar el final.

A las 14.20, a unas 240 millas náuticas de las playas de Hagushi que constituían su objetivo, el *Yamato* volcó y desapareció bajo las olas. Incluso después de desvanecerse, las explosiones de munición seguían sacudiendo sus entrañas de acero y vomitaban llamas por encima de su tumba.

El crucero *Yahagi* y cuatro destructores de la fuerza de protección del *Yamato* también se fueron a pique. Los otros cuatro destructores, dos de ellos gravemente dañados, consiguieron rescatar a unos cuantos supervivientes del agua antes de escabullirse. A su espalda dejaron entre 3.700 y 4.250 marineros japoneses muertos, casi 3.000 de ellos en el *Yamato*.

Las pérdidas estadounidenses ascendieron a un total de doce aviadores muertos o desaparecidos y diez aviones derribados.

La grotesca misión del *Yamato* había terminado en desastre absoluto, pero hizo poco o nada por aplacar el compromiso de Japón con la guerra suicida. Al cabo de unas horas, el cuartel general de la Flota Combinada ordenaba prepararse para la Operación Kikusui Número Dos.

6

Muerte en las montañas, muerte en casa

Cuando la campaña de Okinawa entraba en su segunda semana, el terror que habían soportado los marineros frente a la costa y las divisiones 7.ª y 96.ª de infantería del Ejército en tierra firme contrastaba enormemente con la tregua continuada que disfrutaban muchos marines en la isla.

Entre el 7 y el 10 de abril, mientras la Armada batallaba con el Viento Divino y los soldados de infantería realizaban sus primeras incursiones en la pesadilla que personificaba la cordillera de Kakazu, la 1.°ª división de marines gozaba de lo que prácticamente constituía un permiso de tierra a pocos kilómetros de allí.

Después de atravesar la isla y fortificar la costa este de Okinawa sin disparar una sola bala con ira, los hombres de la compañía K, perteneciente al 3.er batallón del 5.° regimiento de marines (K/3/5) pasaba los días patrullando la zona y charlando con incredulidad sobre la falta de enfrentamientos. No hallaron más rastro del enemigo que algún que otro cadáver japonés, y lo más amenazador que se combatía por la noche era el aburrimiento.

«Pasábamos mucho tiempo holgazaneando y preparando "zumo de la jungla" con pasas y alcohol de grano que nos proporcionaban los médicos», recordaba el sargento R. V. Burgin. «Algunas noches cantábamos todos a coro, como solíamos hacer en Pavuvu con nuestro compañero desaparecido, el teniente *Hillbilly* Jones.»

Dos o tres marines se habían agenciado algunos instrumentos de cuerda en tierra, y aunque no figuraban entre los músicos más consumados del mundo, lograban hacer bastante ruido cuando iban bien provistos de zumo de la jungla. Las canciones que tocaban y cantaban iban desde himnos solemnes como *The Old Rugged Cross* a baladas tan bulliciosas como *Take Me Back to Tulsa* o favoritos del folk como *Birmingham Jail* y *Wabash Cannonball*, y el zumo de la jungla a veces corría hasta bien entrada la noche. George McMülan, autor de *The Old Breed*, relataba una de esas sesiones, que tocaba a su fin cuando uno de sus participantes, a punto de perder el conocimiento después de beberse casi una cantimplora llena del potente brebaje, seguía rogando:

—¡Tocad otra! ¡Tocad otra!

—Ya no puedo tocar, tío —respondía el guitarrista, igualmente ebrio—. ¡Sólo me quedan dos cuerdas!

También contribuían a la diversión numerosos niños de Okinawa, cuya timidez inocente se veía rápidamente superada por las sonrisas y las tabletas de chocolate de las raciones de campaña de los marines.

Cuando se ordenó a la compañía K/3/5 que desembarcara en una de las islas frente a la costa este de Okinawa para cerciorarse de que no merodeaban por allí tropas enemigas, no hallaron soldados japoneses, sino unos cien civiles.

«Al principio subieron a las montañas y se escondieron de nosotros», dijo el soldado de primera clase Harry Bender, «pero poco a poco fueron saliendo e hicieron amigos, sobre todo los más jóvenes».

Mientras el soldado de primera clase Bill Leyden trataba de olvidar el reciente accidente con una granada que se había cobrado la vida de su amigo y líder de brigada, el sargento Leonard Ahner, pasó varios días actuando como instructor para un grupo de niños armados con palos. «Les mostraba cómo ponerse firmes, y los que lo hacían bien se llevaban un caramelo», recordaba Leyden.

«Hizo un buen trabajo, teniendo en cuenta que la única manera que tenía de comunicarse con los niños era mediante gestos», apostillaba Bender. «Antes de acabar, consiguió que cumplieran órdenes con rapidez y desfilaran tan bien como yo.»

Leyden y otros marines cordiales se granjearon el cariño de los niños a tal extremo que muchos llevaban caras largas cuando la K/3/5 partió. «Estaban en la playa despidiéndonos con la mano mientras desatracábamos», contaba Bender. «Se te hacía un nudo en la garganta y tenías la esperanza de que la guerra eludiera de algún modo a aquellos niños.»

Aun así, no todos los esfuerzos por combatir el aburrimiento fueron tan constructivos o bien recibidos. Un marine de la K/3/5 se aplicó a fondo para extraer la pólvora de una granada con la intención de gastar una broma lanzándola en medio de un grupo de compañeros, ajeno tal vez a lo mucho que afectó a algunos la muerte de Ahner. Pero, sin quererlo, el bromista dejó suficiente pólvora para causar un sonoro estruendo cuando la granada hizo explosión. «Nadie resultó herido», relataba Bender, «pero, por así decirlo, aquel tipo no fue demasiado popular a partir de entonces».

Incluso en la plácida tierra de nunca jamás a la que arribó la compañía K/3/5 había desagradables recordatorios ocasionales de que los estadounidenses estaban pereciendo a tan corta distancia como el alcance de un rifle. Uno de esos recordatorios llegó en un parte, según el cual, la homologa de la unidad en otro regimiento —la compañía K del 3.er batallón de la 7.ª división de marines— había sufrido las primeras pérdidas graves en una emboscada japonesa. El enemigo había abierto fuego desde ambos flancos mientras la K/3/7 marchaba por un sendero a través de un bosque tupido, y asesinó a tres marines e hirió a 27.

Unos días después, se asignó a la K/3/5 el reconocimiento de la misma zona en la que se produjo la emboscada, y la escena del combate, plagada de cadáveres enemigos y equipos y uniformes estadounidenses manchados de sangre, causó una profunda impresión al soldado de primera clase Gene Sledge.

«La escena era como... una página de un libro de historia», escribiría más tarde Sledge. «Los marines habían sufrido pérdidas, pero habían infligido unas mucho peores a los atacantes japoneses. No vimos ningún marine muerto; todos habían sido retirados cuando llegaron las tropas de relevo y ayudaron a la K/3/7 a retirarse.»

Pero Sledge, el sargento Burgin y otros miembros de su sección de mortero sí descubrieron mucho de lo que Sledge denominaba «los desechos de la batalla»: cajas vacías de munición para ametralladoras, cargadores de rifles M-1, casquillos de carabina, chaquetas y leotardos

desechados, vendajes ensangrentados y grandes manchas marrón rojizo en las que la sangre seca de los marines cubría el terreno. A ambos lados del camino yacían unos veinte japoneses muertos.

«Sabíamos que aquella sangre podría haber sido nuestra perfectamente», dijo Burgin. «Verla nos puso nuevamente los pies en la tierra, te lo aseguro.»

Entretanto, el avance de la 6.ª división de marines por el istmo de Ishikawa hacia el norte de Okinawa, escasamente poblado, se había topado con algo más de resistencia que la marcha de la Old Breed hacia la costa este.

Al igual que sus compañeros de la 1.ª división, los hombres de la 6.ª habían ganado terreno a un ritmo mucho más rápido de lo que esperaban el comandante de división Lemuel Shepherd o el comandante Roy Geiger, general del III cuerpo anfibio de marines. El 5 de abril al caer la noche, todos sus objetivos del Día del Amor más 15 se habían cubierto en un tercio del tiempo previsto originalmente.

Al principio, el terreno era una zona ondulante y cubierta de hierba con árboles desperdigados, y las montañas escarpadas que se erigían más al norte formaban un telón de fondo distante. Buena parte de las casas y granjas que jalonaban el camino estaban desiertas, y dos de los tres regimientos de asalto de la división —el 22.° y el 29.° de los marines— se toparon sólo con algún grupo reducido de soldados japoneses, que ofrecían una resistencia simbólica antes de esfumarse.

Sin embargo, el otro regimiento, el 4.° de marines, integrado principalmente por ex asaltantes, comandos de élite con una dilatada experiencia en combate que fueron incorporados a regimientos regulares, vivió una carnicería prematura. En su segundo día en tierra firme, la compañía L del 3.er batallón se vio atrapada en un tiroteo que le costó doce muertos y heridos en una sección de fusileros y dejó 150 muertos en las filas enemigas. El 1.er batallón del regimiento aseguró haber acabado con la vida de otros 250 japoneses mientras se adentraba en Ishikawa, en la costa este.

Por lo demás, fue un trayecto en su mayor parte tranquilo y ágil para la división. De hecho, uno de los mayores problemas que afrontó la 6.ª división en un principio fue intentar trasladar a sus tropas tan rápido como permitiera la ausencia de oposición. Todos los equipos mecanizados disponibles se consagraron al transporte de infantería, pero los vehículos con frecuencia se veían forzados a esperar mientras el 6.° batallón de ingenieros reconstruía puentes clave que habían destruido los japoneses.

Al principio, la exigua resistencia llevó al general Shepherd a la conclusión de que el enemigo no contaba con posiciones sólidamente fortificadas al norte. Si ése era el caso, aventuró, un solo regimiento de infantería —el 29.° de marines— podría invadir la salvaje y montañosa península de Motobu sin ayuda.

Pero los informes del personal de espionaje y las unidades de reconocimiento de la división indicaban que la mayoría de los japoneses destacados al norte del istmo se habían desplazado a las montañas de Motobu, cuyo sector occidental se adentraba unos veinte kilómetros en el Mar de China Oriental, y estas advertencias no tardaron en cambiar la percepción de Shepherd. El punto más ventajoso para una defensa en profundidad era el monte Yaetake, un pico de 365 metros de altura próximo al centro de la península, que es precisamente donde más de 2.000 soldados japoneses a las órdenes del coronel Takehido Udo habían tomado posiciones en un laberinto de

riscos y cuevas.

El contingente de Udo incluía dos batallones completos de infantería bien entrenados, una unidad de artillería con armas de 150 y 75 mm, una unidad naval con dos cañones mar-tierra de 155 mm con un alcance de hasta dieciséis kilómetros, además de 150 miembros de la Armada y dos compañías de reclutas de Okinawa. Contaba además con amplios suministros de morteros, ametralladoras ligeras y pesadas y armas antiaéreas de 20 y 25 mm modificadas para la guerra en tierra firme. En una zona en la que prácticamente no existían carreteras que merecieran ese apelativo, los japoneses tenían otro activo importante: una numerosa manada de caballos para trasladar equipos y suministros.

El general Shepherd no conocía estos datos concretos, sólo que una fuerza enemiga de cierta envergadura (Shepherd la subestimó en unas dos compañías) se ocultaba en algún lugar de los bosques enmarañados y montañosos de Motobu. Pero el 7 de abril, los informes de espionaje y reconocimiento le convencieron para que efectuara un acercamiento mucho más deliberado de lo planeado en un principio. Fue una decisión que bien pudo salvar al 29.° regimiento de marines de la aniquilación.

La mañana del 8 de abril (Día del Amor más 7), el plan de ataque revisado de Shepherd rezaba así: el 22.° regimiento de marines estaba desplegado por todo el territorio principal de Okinawa, aislando el resto de la desolada franja septentrional ante cualquier incursión japonesa proveniente de esa dirección. El 22.° regimiento también cubría la retaguardia del 29.°, que permanecía al frente de la incursión en la península, destacado a un tercio de la franja norte de la isla. Mientras tanto, la mayoría de los integrantes del 4.° regimiento de marines estaba en la reserva cerca del pueblo de Ora, salvo unas pocas compañías que se habían incorporado a las unidades del 22.° regimiento para sondear las fuerzas japonesas en Motobu.

Las cosas fueron bastante bien al principio. El 8 de abril, antes de mediodía, el 2.° batallón del 29.° regimiento conquistó sin oposición una base abandonada de torpederos y minisubmarinos japoneses en la costa peninsular. Pero aquella misma tarde, el 1.er batallón se topó con un intenso fuego enemigo cerca de la ciudad de Itomi y se vio obligado a atrincherarse. Al día siguiente, el 2.° batallón también sufrió un ataque mientras avanzaba por una carretera del interior entre Itomi y un pueblo llamado Togushi.

Las patrullas y los exploradores enviados durante los dos días siguientes por los tres batallones del 29.° regimiento se toparon con una firme resistencia, lo cual demostró de una vez por todas a Shepherd y al comandante del regimiento, el coronel Víctor Bleasdale, de origen neozelandés, que la cresta del monte Yaetake estaba tomada por una fuerza enemiga formidable. Si los defensores del coronel Udo habían de ser expulsados de sus refugios en las montañas, el 29.° regimiento necesitaría ayuda considerable del resto de la división. También estaba claro que Motobu nunca podría conquistarse mientras el enemigo ocupara el pico.

Si hubo una buena noticia para la 6.ª división de marines fue que, a diferencia de la cordillera de Kakazu, al sur, donde la configuración de las defensas enemigas desafiaba cualquier intento por flanquearlas, la fuerza de Udo, más reducida, en el monte Yaetake podía ser flanqueada. La mala noticia era que se precisaría el esfuerzo conjunto de los tres regimientos de infantería de la división para el trabajo, y las pérdidas podían ser elevadas.

Mientras Shepherd ideaba un movimiento de pinzas en dos flancos diseñado para someter a las posiciones japonesas a una intensa presión desde dos direcciones, se hizo intervenir a los aviones y la artillería estadounidenses para que hostigaran la cima durante un par de días.

El 14 de abril a las ocho de la mañana, los marines irrumpieron en el monte Yaetake simultáneamente desde el este y el oeste. Dos batallones del 4.° regimiento de marines y otro del 29.° formaban la fuerza de asalto al oeste, mientras que los otros dos batallones del 29.° regimiento atacaban la base de la montaña, densamente arbolada, desde el flanco opuesto. Los marines desplegados al oeste lograron alcanzar la cresta de un monte de 210 metros colindante al macizo principal del Yaetake, pero la ofensiva por el flanco oriental trampeó desde el comienzo y no tardó en estancarse, y el intenso fuego japonés mantuvo a los atacantes empantanados durante los dos días siguientes.

Incluso en el margen derecho del ataque el avance era tremendamente lento y se veía asediado de manera continua por pequeños equipos de japoneses armados con ametralladoras ligeras Nambu que se ocultaban en el espeso sotobosque hasta que pasaban los marines, y entonces atacaban por la espalda en escaramuzas relámpago. Después de que una corta ráfaga proveniente de una ametralladora invisible segara la vida de Bernard W. Green, comandante del 1.er batallón del 4.° regimiento de marines, uno de sus oficiales del estado mayor describió a los japoneses como «un enemigo fantasma».

«Dios, todos tienen Nambus», dijo un marine, agazapado entre los arbustos y buscando en vano algo a lo que disparar, «¿pero dónde demonios están?».

Sólo alguna mancha de sangre ocasional en el suelo o en el follaje evidenciaban que parte del contraataque de los marines estaba dando en el blanco. Al parecer, los japoneses estaban llevándose sus cadáveres consigo, algo inusitado, pues sólo se halló un puñado de cuerpos enemigos.

Al final de un día angustioso, las unidades que avanzaban desde el oeste se atrincheraron frente a dos riscos bien fortificados, designados como monte 200 y monte Verde, que deberían ser tomados antes de que los marines pudieran atacar la cara occidental del propio monte Yaetake.

El 15 de abril a mediodía, la táctica relámpago de los japoneses se amplió con un cañón oculto de 75 mm que disparaba desde la boca de una gran cueva. El cañón parecía inmune a los proyectiles de la Armada, la artillería de los marines, las bombas aéreas de 225 kilos y los botes de napalm, ya que los soldados ocultaban el arma en las profundidades de la cueva tras disparar varios proyectiles, y luego volvían a sacarla para atacar de nuevo.

A la mañana siguiente, la compañía C del 4.° regimiento de marines, liderada por el teniente William H. Carson, sufrió más de cincuenta bajas en su avance hacia la cima de la montaña antes de que el cañón fuera silenciado al fin, pero alcanzaron la cresta y la fortificaron pese a sus escasos efectivos y la falta de munición.

El cabo Richard E. «Dick» Bush, un líder de pelotón de fusileros de Waukegan, Illinois, se encontraba a la vanguardia del ataque, dirigiendo a sus hombres por la ladera del Yaetake bajo un aluvión de fuego enemigo. El pelotón de Bush fue el primero en romper el perímetro exterior del enemigo, coronar la cima de la montaña y penetrar en el corazón de las defensas japonesas.

—¡Ya son nuestros! —gritó Bush, concentrando a sus hombres mientras sacaban a los

defensores enemigos de sus posiciones atrincheradas—. ¡No abandonéis ahora!

En ese instante abrió fuego una ametralladora enemiga, que cercenó las piernas a Bush. El cabo cayó sobre el coral, sangrando profusamente por las heridas que sufrió en ambos muslos e incapaz de moverse.

—¡Médico! ¡Médico! —oyó Bush gritar a alguien antes de perder el conocimiento.

Poco después, mientras yacía semiconsciente en un puesto de socorro con otros cuatro hombres de su compañía, todos ellos heridos de gravedad, Bush oyó algo pequeño y duro golpear el suelo junto a él. El cabo logró incorporarse lo suficiente para mirar hacia donde provenía el sonido y vio una granada japonesa a sólo unos centímetros de su mano derecha.

Instintivamente, cogió la granada, rodó hacia ella y la presionó contra su cuerpo cuando hizo explosión.

Mucho tiempo después, Bush no recordaba nada más, pero sobrevivió milagrosamente y se le concedió la Medalla de Honor por salvar la vida a sus cuatro compañeros heridos.

A sus quince años, el soldado de primera clase Paulie de Meis quizá fuera el marine más joven del cuerpo cuando, en la primavera de 1943, mintió acerca de su edad para alistarse. Ansioso por evitar un encuentro con las autoridades de menores de su Brooklyn natal, donde tenía problemas importantes a causa de la lotería clandestina y las apuestas hípicas, Paulie ya había intentado, sin éxito, entrar en los Guardacostas, la Armada y el Ejército. Los marines eran su último recurso.

«No había cola para alistarse en los marines, como sí ocurría en las demás oficinas de reclutamiento», recordaba De Meis. «Descubrí por qué bastante rápido.»

Mientras servía en la 1.ª brigada de asalto de los marines en Guam, donde sufrió un bayonetazo en las tripas a manos de un soldado japonés y pasó toda la noche debajo de él después de matarlo con una pistola del 45, Pauline había elegido el apodo de «Bazooka Kid», ya que era un niño y llevaba un bazuca. Pero la mañana del 16 de abril de 1945 era un «viejo» de diecisiete años cuando irrumpió en el monte Yaetake con la compañía K del 4.° regimiento de marines.

A poco más de medio camino, el bazuca le fue arrancado de las manos por una explosión de mortero que también le abrió dos alarmantes agujeros en la barriga, cerca de donde fue ensartado por la bayoneta.

«Sabía que las dotaciones de lanzallamas y bazucas tenían los índices de mortalidad más elevados del cuerpo», recordaba después De Meis, «así que no me sorprendió mucho ser alcanzado, pero me pareció raro que volviera ser en la barriga».

Tumbado junto a su arma destrozada, agarrándose el estómago con ambas manos y viendo cómo la sangre chorreaba entre sus dedos, no dejaban de venirle a la mente dos preguntas desconcertantes: «¿Estaría mejor en la cárcel de Brooklyn? ¿Y quién demonios dice que el relámpago no cae nunca dos veces en el mismo sitio?».

El 16 de abril, antes de anochecer, mientras Paulie de Meis y Dick Bush se encontraban a escasos metros uno de otro en el mismo hospital de campaña, otras dos compañías del 4.° regimiento de marines —E y F— se atrincheraban cerca de la cumbre del monte Verde, tras ganar novecientos metros bajo un fuego mortífero.

Decidido a mantener la presión sobre el enemigo, el general Shepherd ordenó un último ataque

de sus fuerzas desplegadas al oeste para la mañana siguiente. Pero dado que muchos hombres del 4.° y el 29.° regimientos de marines se sentían agotados, conminó a las unidades del 22.° regimiento de marines a avanzar desde el sur y reforzar el ataque hostigando el flanco del coronel Udo.

El 17 de abril, transcurrida casi una semana de combates permanentes que culminó en un fiero enfrentamiento mano a mano entre los marines y veintenas de japoneses armados con bayonetas, los hombres de Shepherd conquistaron la cresta del monte Yaetake, además de los montes 200 y Verde. Descubrieron 347 cuerpos japoneses que cubrían la cima y docenas más en trincheras y refugios subterráneos. Al menos cien defensores murieron bajo los proyectiles de 355 mm del acorazado *Tennessee*.

Los combates esporádicos y aislados se prolongaron hasta el 19 de abril, cuando los marines contabilizaron más de 2.000 cuerpos enemigos, casi todos pertenecientes al contingente del coronel Udo. Algunos soldados japoneses, junto con el propio Udo, lograron huir de la península y adentrarse en los bosques del norte de Okinawa, pero el monte Yaetake y el resto de Motobu se hallaban ineludiblemente en manos estadounidenses. Sin embargo, la victoria supuso un precio tremendo para la 6.° división de marines, que contó 213 hombres muertos o desaparecidos y 757 heridos.

«No concibo una operación más complicada», dijo el coronel Alan Shapley, comandante del 4.° regimiento de marines, que también había liderado el destacamento de marines del desventurado acorazado *Arizona* en Pearl Harbor, donde se ganó una Estrella de Plata al heroísmo. «Fue un combate arduo en todo momento.»

Desde luego, la batalla del monte Yaetake había sido cualquier cosa menos un almuerzo campestre. Aun así, los soldados de las divisiones 96.ª y 7.ª de infantería, ahora estancados y sufriendo varios kilómetros más al sur a lo largo de la cordillera de Kakazu, bien podrían haber discrepado del comentario de Shapley si lo hubieran escuchado.

Con considerable renuencia, el coronel Eddy May, comandante del 383.° regimiento de la 96.ª división, pospuso el ataque total de su regimiento contra Kakazu y Kakazu Occidental hasta la mañana del 9 de abril. Pero mientras contaba sus 326 muertos y heridos tras el fracaso del ataque, May indudablemente tenía razones de sobra para desear haberlo cancelado.

La ofensiva sobre las dos cadenas montañosas arrancó con un optimismo considerable en la oscuridad que precedía al alba. May contuvo el fuego de la artillería para lograr un efecto sorpresa. Al rayar el alba, las secciones de vanguardia de tres de las cuatro compañías había llegado casi hasta la cima de los dos picos después de toparse con escasos piquetes enemigos, que cayeron bajo sus bayonetas. Los defensores del coronel Hará parecían ajenos al ataque, pero la situación era demasiado buena para ser real.

Una hora después del desembarco, cuando el sargento Alvin Becker, de la compañía L, llegó a la cresta del más septentrional de los dos montículos situados en lo alto de Kakazu Occidental, vio a un soldado japonés en la otra loma. Becker le saludó de modo tranquilizador, y el soldado le correspondió. Entonces Becker le acribilló con su rifle automático Browning, y en palabras del sargento, «sobrevino el infierno».

Fue entonces cuando los Deadeye se percataron de que la cara opuesta de Kakazu Occidental era un laberinto de fortificaciones japonesas que nadie había descubierto hasta entonces.

Aunque la verdad tardó en penetrar en la estructura de mando de la división, los soldados de infantería de May nunca tuvieron oportunidades reales de dominar ninguno de los dos altos. Sólo se envió a dos compañías de fusileros (con una tercera en la reserva) a los montes, donde fueron recibidos y repelidos por un arrollador fuego de los japoneses, fuertemente atrincherados en las caras opuestas.

Consciente de que el contingente estadounidense al que se enfrentaban era demasiado reducido para conquistar la montaña, Hará, el comandante japonés, organizó cuatro furiosos contraataques en los dos altos disputados. Las tropas de Hará sufrieron cuantiosas bajas —algunas de ellas infligidas mientras avanzaban bajo su propio fuego de mortero—, pero consiguieron frenar a los estadounidenses y estuvieron a punto de sobrepasar las líneas de los Deadeye.

Sólo la compañía L del 383.° regimiento logró coronar Kakazu Occidental, mientras que la 1.ª compañía, la otra unidad atacante, fue inmovilizada cerca de la base de la cara norte. Encabezó el ascenso a la cima el oficial al mando de la compañía L, el teniente Willard F. «Hoss» Mitchell, una fornida ex extrella de rugby en la Mississippi State University.

Los Deadeye de Mitchell adoraban a su comandante, y luchaban fervientemente por el «capitán Hoss», pero pronto se vieron obligados a replegarse a un perímetro defensivo en un suave collado que se abría entre los dos puntos más elevados de Kakazu Occidental. Con granadas, proyectiles de mortero y cargas de TNT estallando a su alrededor, sabían que no podían contar con otra ayuda que la de la compañía L. También estaba claro que las ametralladoras enemigas que cubrían las pendientes abiertas que tenían por debajo convertían la retirada en una opción tan peligrosa como quedarse donde estaban.

El collado apenas tenía profundidad suficiente para cobijar a Mitchell y sus hombres, siempre que permanecieran boca abajo, pegados a su terreno coralino. No obstante, si lograban armarse de paciencia, reflexionó Mitchell, podrían vapulear considerablemente a los japoneses si éstos intentaban atacar el collado y quedaban expuestos al fuego. Cuando los nipones hicieron justamente eso, los fusileros de la compañía L estaban preparados y a la espera.

«Los atacantes japoneses se acercaron a un metro de nosotros y arrojaron cargas concentradas que parecían tan grandes como cajas de manzanas», rememoraba el sargento Marshall W. Weaver años después, todavía asombrado de haber salido con vida.

—¡Vamos, ratas!—gritó Mitchell, utilizando su sobrenombre para dirigirse a los fusileros mientras lanzaba granadas arrancando la anilla tan rápido como podía—. ¡Recordad que estáis con Hoss, y Hoss tiene a Dios de su parte! ¡Ahora vamos a por esos hijos de puta!

Después de localizar a corta distancia de allí un mortero de espiga japonés de 320 mm que era capaz de pulverizar a toda la compañía con uno de sus enormes proyectiles, el soldado de primera clase Joseph Solch tomó la palabra a su oficial al mando. El, Mitchell y varios soldados atacaron la posición de mortero y asesinaron a los nueve miembros de su dotación. Momentos después, Solch, en posición flexionada, vació tres cargadores de su Browning sobre los soldados enemigos, enviando a toda una compañía de japoneses en busca de refugio.

Pero cerca de las cuatro de la tarde, la mayoría de los hombres de Mitchell estaban heridos, y

con el collado sometido a un fuego abrasador desde tres direcciones, la situación se tornaba más desesperada a cada minuto que pasaba.

—No tenemos munición de ametralladora y no sé si podremos resistir otra ofensiva, ni siquiera con la ayuda de Dios —confió Mitchell al teniente Bill Curran—. Será mejor que lancemos unos botes de humo y nos larguemos de aquí.

Cuando finalizó la retirada monte abajo, parapetada por una cortina de humo, diecisiete hombres de Mitchell habían perecido o desaparecido. Otros 37 presentaban heridas graves y tuvieron que ser evacuados de la montaña, y entre los supervivientes sólo tres escaparon sin heridas de alguna clase. Pero la compañía L también había hecho pagar un alto precio a los japoneses, que apilaron 165 cuerpos enmarañados en el collado. En reconocimiento a la aguerrida resistencia del capitán Hoss y sus ratas, la compañía recibiría la primera Mención Presidencial a una unidad concedida en Okinawa.

Aquella tarde también se libró un feroz combate en la cordillera de Kakazu, donde la compañía A del capitán Jack Royster y la compañía C del teniente Dave Belman hubieron de retirarse de la cima tras sufrir unas bajas que rondaban el 50 por 100 de sus efectivos. La compañía B del capitán John van Vulpen fue enviada al rescate, pero sólo había llegado a un profundo desfiladero situado a los pies de la cara norte cuando también se vio inmovilizada.

En ese momento, el teniente coronel Byron F. King, al frente del 1.er batallón del 383.° regimiento, rogaba al coronel May que autorizara el repliegue de sus compañías A y C, que se encontraban sitiadas.

—Estamos en un grave apuro —comunicó por radio a May—. Sólo quedan cincuenta hombres en el monte y más o menos un batallón de japoneses avanza para iniciar el contraataque.

Pero May no se inmutó y se mostró categórico.

—Le enviaré a la compañía G como refuerzo —dijo a King;—. Defiendan el monte a toda costa. Si intenta retirarse perderá el mismo número de hombres, y también el terreno elevado. Si está nervioso, ponga al mando al segundo comandante.

Pero el capitán Royster, aquejado de un tremendo dolor por unas heridas de metralla que había sufrido en el rostro, todavía podía ver con mucha más claridad que King o May que sus hombres estaban «entre la espada y la pared». Otro contraataque enemigo aniquilaría su posición casi con total seguridad y, sin embargo, retirarse por la desprotegida ladera de Kakazu bajo el fuego de mortero y artillería equivaldría a un suicidio. Sin molestarse en contactar con May o King, se comunicó por radio con el 88.° batallón de morteros químico y, como Hoss Mitchell, solicitó botes de humo.

Después de aguardar durante más de una hora debido al intenso viento que empujaba la humareda hacia ellos, los Deadeye atrapados en la cima reptaron montaña abajo a través de otra cortina de humo, arrastrando y cargando con todos los heridos que pudieron.

El soldado de primera clase Edward Moskala, un fusilero de Chicago que ya había destruido dos ametralladoras enemigas con granadas y un arma automática, se ofreció voluntario para cubrir el repliegue desde la retaguardia. Fue el último hombre sano en llegar a un lugar seguro a los pies de la montaña, pero cuando supo que un compañero herido seguía arriba, Moskala volvió a por él. Después hizo un segundo viaje para tratar de recoger a otro herido, y esta vez no regresó.

Según sus compañeros supervivientes, Moskala acabó él solo con al menos veinticinco japoneses durante sus dos misiones de rescate. Por su sacrificado coraje, se le concedió la Medalla de Honor a título póstumo.

Los hombres del coronel May habían sido repelidos contundentemente, pero su derrota en realidad resultó mucho menos desastrosa de lo que podría haber sido. Mientras las bajas del 383.° regimiento ascendían a 70 muertos y 256 heridos, unas estimaciones razonables situaban las pérdidas enemigas en cerca de seiscientas, un número considerable habida cuenta de que los japoneses combatían desde unas formidables posiciones fijas contra unos soldados que atravesaban terreno abierto. Al final, las contraofensivas ordenadas por el coronel Hará resultaron más perjudiciales para sus propios soldados que para los estadounidenses.

Sin embargo, por desgracia para los Deadeye, el general de brigada Claudius Easley, un duro e impetuoso militar de Waco, licenciado por la Texas A amp;M University, que servía como comandante adjunto de la división, no esperó a conocer el alcance definitivo de la derrota del 383. ° regimiento antes de organizar personalmente una segunda ofensiva contra Kakazu, en esta ocasión mucho mayor.

Descrito por Easley como un ataque «arrollador» sin intención alguna de coger al enemigo por sorpresa, esta incursión fue encabezada por cuatro batallones de infantería —unos 3.000 hombres —, respaldados por buena parte de la artillería de 105 y 155 mm de la división, así como razias aéreas coordinadas y bombardeos navales del acorazado *New York.* El enorme desfiladero que se abría en la base de las montañas descartaba el uso de tanques, así que la infantería no contaría con la protección de los blindados.

Cuando dio comienzo el ataque el 10 de abril a las 7.15, los defensores del coronel Hará, seguros e invisibles en sus fortificaciones subterráneas reforzadas con acero —y absolutamente indemnes a la lluvia de bombas y proyectiles estadounidenses que precedieron al ataque—, esperaban con rifles, granadas, ametralladoras, morteros y obuses.

En esta ocasión, serían el 2.° y 3.° batallón del 383.° regimiento los que liderarían el ataque contra el alto principal a través del desfiladero. (En aquel momento, un airado May había relevado al coronel King del mando del desvencijado 1.er batallón, que se hallaba tan mermado que se consideró inadecuado para participar en un combate inmediato.) Entretanto, nuevas tropas de los batallones 1.° y 2.° del 381.° regimiento del coronel Michael E. Halloran fueron destinados a Kakazu Occidental.

El desenlace de este segundo ataque puede resumirse en unas pocas palabras desdichadas: más hombres. Distinta alineación. El mismo resultado descorazonados

Durante dos días, los Deadeye del general Easley se lanzaron a la cadena montañosa de Kakazu. El 10 de abril, justo después de las ocho de la mañana, dos compañías del 2.° batallón del general Russell Graybill, perteneciente al 381.° regimiento, recorrió el desfiladero hasta la cara norte de Kakazu Occidental mientras su línea de escaramuzas era presa de una feroz ráfaga de mortero enemigo y de un par de ametralladoras pesadas.

Los sargentos del estado mayor Arvil Brewer y Robert Kulp dirigieron una incursión con cinco hombres que destruyeron las dos ametralladoras con granadas y mataron a sus dotaciones. A las

9.30, las compañías E y F del 383.° regimiento tomaron de nuevo el collado que el teniente Hoss Mitchell y sus ratas habían utilizado como base el día anterior, y se encontraron en una situación muy similar hasta que Graybill envió a la compañía G a modo de refuerzo, lo cual les permitió resistir.

Mientras, los batallones 2.° y 3.° del 383.° regimiento se vieron sumidos en una funesta repetición de lo acaecido al 1.er batallón del coronel May en Kakazu veinticuatro hora antes. En esta ocasión, el 2.° batallón ni siquiera llegó al monte, ya que fue obstaculizado en su travesía del desfiladero por una lluvia de mortero que en algunos momentos llegó a los sesenta proyectiles por minuto. El 3.er batallón alcanzó el pico principal, pero sufrió grandes pérdidas y, pasada la una del mediodía, el teniente coronel Edward Stare, comandante del batallón, comunicó por radio su falta de efectivos y que los japoneses estaban contraatacando.

Para complicar más las cosas, a mediodía empezó a llover y las precipitaciones duraron varias horas. Aquella noche, los hombres de Stare se encontraban empantanados bajo la cresta de Kakazu, mientras los otros dos batallones destacados en Kakazu Occidental se hacinaban en sus agujeros bajo unas tiendas de lona, machacados por el intenso fuego de artillería japonés proveniente de las cumbres de Shuri, a varios kilómetros de distancia. Los nipones también pusieron en marcha sus enormes morteros de espiga y, aunque fueron deplorablemente imprecisos, hicieron estragos. Cuando un proyectil errante de 305 kilos impactó contra una colina no ocupada, provocó un corrimiento de tierras que cayó sobre una cueva que albergaba un puesto de socorro del 381.° regimiento y acabó con la vida de trece hombres e hirió a nueve.

Pasaron dos días más de *impasse* desesperado hasta que el general Easley concluyó finalmente que Kakazu era un hueso demasiado de roer para la 96.ª división por sí sola.

La mañana del 12 de abril, tras otra ronda de ataques aéreos intensos pero ineficaces, Easley ordenó un asalto final a la cordillera de Kakazu por parte del 1.er batallón del teniente coronel John Cassidy, perteneciente al 381.° regimiento. Como todos los demás, el ataque fue repelido con una pérdida de otros 45 Deadeye.

Al este de Kakazu, el 382.° regimiento de infantería vivía un fracaso similar contra otro risco pertinaz llamado monte Tombstone. Cuando el avance del regimiento se detuvo en seco, sus hombres se vieron forzados a establecer un perímetro defensivo para consolidar su posición y defenderse de los ataques japoneses por la retaguardia. Como las de la cara opuesta de Kakazu y Kakazu Occidental, las defensas entrecruzadas del monte Tombstone eran demasiado sólidas.

El único avance significativo del Ejército de Estados Unidos entre el 9 y el 12 de abril lo protagonizaron soldados de la 7.ª división de infantería, que llegaron a recorrer un kilómetro hasta que quedaron empantanados al norte del monte 178, un pico utilizado como punto de observación clave por la artillería japonesa.

«Machacamos aquel lugar antes de subir, pero no sirvió de mucho», dijo el soldado de primera clase Francis Lambert, originario de Chicago, que ya había participado en diversas batallas en Attu y Kwajalein. «Irrumpimos en el monte al alba, pero fuimos repelidos. Luego trajeron un tanque de apoyo, pero los japoneses lo destruyeron y volvieron a echarnos colina abajo. Lo único que recuerdo es fuego enemigo llegando de todas direcciones a la vez.»

El número total de bajas de las divisiones 96.ª y 7.ª durante los tres días de ataques fue de 2.880, entre ellas casi setecientos muertos o desaparecidos. El cálculo oficial de pérdidas enemigas se estableció en 5.750, pero ese número probablemente se exageró en un tercio.

La sangrienta futilidad de la batalla dejó al general de división James «Jim» Bradley, comandante de la 96.ª división, profundamente abatido. A medida que aumentaba el recuento de bajas, se sintió alarmado por el declive de la potencia combativa de su unidad pero, por el momento, no tenía otra opción que dejar a su infantería posicionada a lo largo de la cordillera de Kakazu, soportando lo que quisieran lanzar los japoneses a continuación.

Y, aunque casi todos los Deadeye de los tres regimientos de infantería de la división extrañaban a un compañero herido o lloraban a un camarada muerto, estaban a punto de saber que su país también había perdido a su comandante en jefe.

Franklin D. Roosevelt, el único presidente que habían conocido la mayoría de los jóvenes destinados a Okinawa, había fallecido.

Agitados por varios días de ataques kamikazes, muchos hombres que viajaban a bordo de los barcos de la Armada estaban desayunando la mañana del 13 de abril cuando los altavoces empezaron a anunciar a todo volumen la triste noticia: «¡Atención todos! ¡El presidente Roosevelt ha muerto! ¡Repito, nuestro comandante supremo, el presidente Roosevelt, ha muerto!».

Entre los miles de marineros, soldados y marines destinados a Okinawa —así como la ciudadanía de Estados Unidos—, el anuncio cayó como una bomba. Aunque su salud se había deteriorado durante meses, los protectores medios de comunicación nacionales habían ocultado el declive físico de Roosevelt, lo mismo que sus piernas, totalmente paralizadas, habían sido un secreto guardado celosamente durante más de doce años. Así, cuando «el Jefe» sufrió un derrame cerebral mortal en Warm Springs, Georgia, el 12 de abril, mientras la destacada artista Elizabeth Shoumatoff le pintaba un retrato, la información de última hora asombró al mundo.

Con la posible salvedad de Abraham Lincoln, en toda la historia de Estados Unidos ningún presidente en tiempos de guerra había sido tan apreciado por los soldados rasos de sus fuerzas armadas o identificado más íntimamente con la campaña bélica. Aunque tenía sus enemigos políticos, Roosevelt se había convertido en una figura paternal inspiradora para millones de jóvenes estadounidenses, en especial aquellos que servían a su país en lugares remotos.

«Uno de nuestros días más tristes en Okinawa fue cuando nos enteramos de la muerte de Roosevelt», afirmaba el cabo Jack Armstrong, el comandante de carro de los marines. «Vi a hombres hechos y derechos llorar sin reparos, porque queríamos al viejo.»

Una primera reacción habitual, antes de que se instalaran la tristeza y la realidad, fue la incredulidad. «Creí que el parte era propaganda japonesa», decía el brigada Walter L. Snyder, de la 1.ª división de marines. Muchos otros también se mostraron escépticos hasta que el almirante Richmond Kelly Turner confirmó la noticia en un mensaje especial al personal de la Armada. Entonces el pesar se propagó e intensificó, subrayado por el temor y la incertidumbre sobre lo que ocurriría a partir de entonces.

«Aunque no nos interesaba en absoluto la política mientras luchábamos por nuestra vida, estábamos tristes», decía el operario de mortero de los marines Gene Sledge. «También sentíamos

curiosidad y cierta aprensión por cómo gestionaría la guerra el sucesor de Roosevelt, Harry S. Truman. No queríamos a alguien en la Casa Blanca que la prolongara un día más de lo necesario.»

Sin embargo, algunos compañeros de Sledge en la compañía K/3/5 no se sintieron tan conmovidos. «No tenía tiempo para preocuparme por un político de Washington», espetaba el soldado de primera clase Bill Leyden. «Lo único que me preocupaba eran los que me rodeaban, los compañeros de los que dependía. Eran lo único que importaba».

Muchas unidades de tierra en toda Okinawa, en especial las de las zonas de retaguardia, y la mayoría de los barcos fondeados frente a la costa celebraron oficios conmemorativos que en general contaron con una abultada asistencia. Incluso muchos soldados desplegados en la línea del frente, con proyectiles de artillería silbando sobre sus cabezas, se detuvieron unos momentos para ofrecer un tributo silencioso. El boletín de la 96.ª división, *The Deadeye Dispatch*, expresaba los sentimientos de muchos en una edición especial: «Hemos perdido... a un hombre al que todo soldado consideraba su amigo —un amigo personal—, que se ha preocupado de las necesidades de los soldados y protegido su futuro».

No todos los hombres de la 96.ª división compartían esos sentimientos, por supuesto. Cuando el soldado de primera clase Don Dencker, de la compañía L del 382.° regimiento de infantería, evocaba el 13 de abril de 1945 casi sesenta años después, sus recuerdos más perturbadores no tenían nada que ver con la desaparición de Roosevelt, sino con la larga lista de bajas sufridas por la compañía aquella jornada.

«Fue un mal día por culpa de los bombardeos japoneses», decía Dencker. «El soldado Oscar Jenkins, de la 3.ª sección, murió, y otros diez hombres de la compañía fueron evacuados con heridas. Como estábamos participando en una lucha mortífera y nuestras preocupaciones inmediatas ensombrecieron un acontecimiento trágico para nuestro país, sólo escuché algunas expresiones de pesar. Desde luego, pensé que la muerte de Roosevelt era triste y prematura, pero también me pareció que no tenía efecto alguno en mi situación.»

No obstante, incluso los japoneses se sintieron movidos a ofrecer una especie de tributo en un folleto propagandístico lanzado sobre posiciones estadounidenses apostadas frente la cordillera de Kakazu.

«Debemos expresar nuestro hondo pesar por el fallecimiento del presidente Roosevelt», rezaba. «Ahora la "Tragedia Estadounidense" se agranda en Okinawa con su muerte».

Obviamente, los japoneses pretendían exacerbar esa tragedia si podían. Incluso antes de que el anuncio de la muerte de Roosevelt llegara a Okinawa, los soldados del general Ushijima habían lanzado una serie de duros contraataques con la esperanza de disgregar las tenues filas estadounidenses desplegadas frente a Kakazu y diezmar a la 96.ª división, agotada de la batalla.

Durante doce días, Ushijima se había aferrado firmemente a la estrategia de forzar a los estadounidenses a dirigirse hacia él, y había proporcionado pingues dividendos. Sus tropas habían infligido grandes pérdidas al enemigo a la vez que sufrían pocos daños en su propio perímetro defensivo. Pero para el general Cho, el exaltado jefe del estado mayor de Ushijima, la estrategia pasiva resultaba casi insoportable. Ahora, con el ataque estadounidense empantanado en las montañas y las fuerzas enemigas gravemente debilitadas, Cho convenció a Ushijima de que era el momento propicio para una contraofensiva japonesa.

Fue el bombardeo previo a la ofensiva perpetrado por la artillería y los morteros de Ushijima lo que sembró el sufrimiento entre la compañía de Don Dencker, perteneciente al 383.° regimiento de infantería, la noche del 12 de abril y la mañana del día siguiente. La andanada que azotó el sector de la 96.ª división fue la más intensa lanzada por los japoneses en la guerra del Pacífico, con más de mil proyectiles cayendo sobre el 381.° regimiento de infantería, 1.200 sobre el desmoronado 383.°, y una cifra comparable sobre el 382.°.

Según el plan de Cho, seis batallones de soldados japoneses se filtrarían a través de las líneas estadounidenses en buena parte del frente. Tres batallones atacarían a la 7.ª división por el este, y tres más arremeterían contra la 96.ª por el oeste. Cho preveía que sus tropas atravesaran el magro frente estadounidense y penetraran en zonas de la retaguardia hasta llegar a una distancia de seis kilómetros del aeródromo de Kadena, donde se refugiarían en tumbas y saldrían durante el día para aplastar a las unidades estadounidenses atrasadas. Cho conjeturó que la artillería y los aviones estadounidenses no podrían hacer nada en medio del caos resultante, en el cual las tropas se enfrentarían cuerpo a cuerpo, y las dos divisiones estadounidenses avanzadas se verían obligadas a efectuar una retirada sin orden ni concierto.

Gracias a una tenaz respuesta estadounidense y a incontables actos individuales de heroísmo por parte de los soldados de las divisiones Deadeye y Hourglass, no ocurrió así. En esta ocasión eran las tropas japonesas las que cargaban contra unas fortificaciones enemigas bien defendidas y sufrieron unas bajas ruinosas.

Los soldados de infantería de la compañía A, perteneciente al 381.° regimiento y liderada por el teniente Julius Anderson, se asían desesperadamente a Kakazu, justo por debajo de la cima, pero repelieron dos enérgicos contraataques japoneses gracias al coraje y la fortaleza del sargento mecánico Alfred C. «Chief» Robertson, un indio con sangre sioux.

Utilizando todas las armas de las que disponía —entre ellas un rifle automático Browning, un M-1, granadas, una bayoneta y un cuchillo de campaña—, Robertson destruyó él solo dos ametralladoras japonesas y acabó con la vida de veintiocho soldados enemigos. Después, arrastrándose hasta la cumbre de la montaña con una radio, dirigió un fuego de mortero que aniquiló varias posiciones enemigas próximas.

Entretanto, una sección de mortero del 381.° regimiento liderada por el sargento del estado mayor Beauford T. «Snuffy» Anderson, de Beloit, Wisconsin, se había refugiado en una tumba situada cerca del extremo noroeste de la quebrada entre Kakazu y Kakazu Occidental. Cuando Anderson oyó a los atacantes japoneses acercarse, ordenó a la sección que se apiñara al fondo del sepulcro. Entonces se asomó a un saliente rocoso situado por encima de los soldados enemigos y los bombardeó con todas las granadas que pudo encontrar. Después de vaciar también su carabina, regresó a las profundidades de la tumba y empezó a recoger proyectiles de mortero, las únicas armas que quedaban.

Girando los proyectiles para extraerlos del tubo, retirando las anillas de seguridad y golpeándolos contra una roca para activar el mecanismo de explosión, Anderson arrojó quince de los misiles a la quebrada como si fueran pelotas de rugby, mientras los gritos de los soldados enemigos iban apagándose hasta quedar reducidos a gemidos apenas perceptibles. Al salir el sol, los cuerpos de veinticinco japoneses muertos cubrían el desfiladero, además de siete morteros de

patrulla y cuatro ametralladoras que los atacantes no tuvieron oportunidad de utilizar. La improvisada andanada en solitario de Anderson le valió una Medalla de Honor.

Estos e innumerables episodios de heroísmo personal condujeron al plan del general Cho a un fracaso estrepitoso. La mañana del 14 de abril, la contraofensiva japonesa se había desvanecido, pero las fuerzas estadounidenses se encontraban demasiado agotadas y machacadas como para aprovechar la situación, así que el pulso a lo largo de la cadena montañosa de Kakazu prosiguió sin demasiados cambios.

Mucho después de que la tristeza y la distracción ligadas a la muerte del presidente Roosevelt se hubieran disipado, la debilitadora lucha por Kakazu continuaría. Sin embargo, se sucedieron varios días prácticamente sin movimientos discernibles, excepto por el reemplazo de las unidades estadounidenses diezmadas por otras descansadas e ilesas.

El 14 de abril, el maltrecho 383.° regimiento de infantería, que había sufrido el castigo de los ataques infructuosos del 9 y el 10 de abril y el malhadado contragolpe japonés, fue relevado por soldados de la 27.ª división de infantería. Por lo demás, cada día transcurrido parecía un calco del anterior. Las líneas estadounidenses permanecían en las mismas posiciones, azotadas por la misma artillería e incapaces de desplazar a las férreas posiciones japonesas de las laderas opuestas de las montañas.

Mientras se perpetuaba el sangriento punto muerto en Kakazu, las tropas del 7.° regimiento de la 1.ª división de marines se topaban con más problemas inesperados en una zona supuestamente pacífica situada al norte. El 14 de abril, poco más de una semana después de que la compañía K hubiese sufrido numerosas pérdidas en una emboscada que llevó a cabo una patrulla japonesa, le aguardaba un destino similar a otra compañía del 7.° regimiento de marines, la E/2/7.

En media hora, la compañía sufrió veintinueve bajas entre muertos y heridos, un índice de casi una por minuto. Uno de los primeros que cayeron fue el soldado de primera clase Americo «Moe» Milonni, un adolescente italiano de Rochester, Nueva York, que recordaba gráficamente el ataque 61 años después. Se producía exactamente un año y dos días después de que Milonni se alistara en el Cuerpo de marines.

«Avanzábamos por un sendero que recorría la ladera de una montaña, y mi teniente me dijo que vigilara el camino porque alguien había visto japoneses acercándose a nosotros», narraba Milonni. «Mientras estaba allí sentado haciendo guardia, vi a dos japoneses viniendo hacia mí. Disparé a uno de ellos, pero caminaban entre hierbas altas y no alcancé al segundo. Sabía que intentaba dar un rodeo y situarse detrás de mí, pero no le veía por culpa de la hierba.»

A su espalda, Milonni oyó a uno de sus compañeros chillar: «¡Cuidado! ¡Están subiendo por el camino!».

Casi en ese preciso instante, Milonni sintió que una bala de rifle le perforaba el pecho y le lanzaba despedido unos cinco metros hacia atrás. «Lo único que sabía es que no podía respirar», contaba. «No sabía que la bala me había atravesado el pulmón y que sufría una hemorragia interna. Por suerte, un par de compañeros llegaron rápidamente y me ayudaron. Me echaron polvos de sulfamida en la herida y me incorporaron para que pudiera respirar mejor. Me hicieron compañía y me dijeron que me pondría bien.»

Uno de esos compañeros era el soldado de primera clase Melvin Grant, que recordaba que Milonni, pese a estar «ahogándose literalmente en su propia sangre», trataba de ayudar a su vez a un sargento herido.

En medio de un feroz fuego cruzado, dos camilleros recogieron a Milonni e intentaron trasladarlo a un puesto de socorro. Pero al cabo de unos metros, uno de ellos fue alcanzado por las balas enemigas y Milonni recibió otro disparo, esta vez en el trasero.

Unas dos horas después, cuando el tiroteo amainó, Milonni recibió por fin tratamiento en un puesto de socorro del batallón y, al final del día, se encontraba en un hospital de la Armada en Saipan.

«Tuvieron que clavarme una aguja en la cavidad torácica para extraer la sangre», recordaba, «pero intenté tratar yo mismo la herida del trasero, porque me daba vergüenza que las enfermeras me vieran el culo. ¡Era sólo un estúpido chaval de dieciocho años!».

El general Hodge, comandante del 24.° cuerpo de Estados Unidos, estaba convencido de que uno de los principales motivos que explicaban la falta de progreso de sus tropas en Kakazu era la carencia de munición para su artillería pesada, un resultado directo de los ataques kamikazes que habían hundido dos transportes cargados de munición frente a las playas de Hagushi.

Pese al estancamiento en Kakazu y las numerosas pérdidas de la 96.ª y la 7.ª divisiones, el general Buckner, comandante del 10.° ejército y superior inmediato de Hodge, en general se mostraba satisfecho con el devenir de la campaña hasta el momento. Le consolaba el hecho de que la 6.ª división de marines controlara casi por completo los dos tercios septentrionales de Okinawa, y la 77.ª división del Ejército estaba aplastando rápidamente la resistencia enemiga que perduraba en la estratégica isla de le Shima, unos seis kilómetros al oeste de la península de Motobu, en el Mar de China Oriental.

Con estos aspectos positivos en mente, Buckner también creía que los ataques masivos de la artillería podían constituir el factor clave para la victoria en el sur, y estaba dispuesto a aguardar hasta que hubiese suficiente artillería para respaldar una ofensiva «gigantesca» como nunca antes se había visto en el Pacífico.

Se enviaron reemplazos apresuradamente para cubrir las bajas de la 7.ª y la 96.ª divisiones, y una vez se completara la conquista de le Shima, Buckner planeaba trasladar a la 77.ª división en pleno a la isla principal en calidad de reserva capaz de tomar posiciones en la línea del frente en seis horas o menos.

El 18 de abril llegó la munición necesaria y, en previsión del próximo ataque, fijado para la mañana siguiente, Buckner trasladó su cuartel general del crucero *Eldorado* a un lugar próximo al pueblo de Uchi, unos tres kilómetros al suroeste del aeródromo de Kadena.

Hodge no ocultaba la dificultad de la tarea que les aguardaba. «Será realmente duro», declaró a docenas de periodistas en una rueda de prensa. «Hay entre 65.000 y 70.000 japoneses atrincherados... y no veo otra manera de sacarlos de allí, aparte de acribillarlos metro a metro.»

Gran parte de aquella ofensiva, esperaba Hodge, estaría en manos de la artillería masiva, que cobraría tal intensidad que, en palabras de uno de los artilleros, una vez hubieran terminado podrían entrar caminando en Shuri.

A las seis de la mañana del 19 de abril, veintisiete batallones de artillería del Ejército y los marines, que contaban con armas que iban desde cañones de 105 mm a enormes obuses de 200 mm, abrieron fuego contra las posiciones japonesas apostadas en la cordillera de Kakazu y la escarpadura de Urasoe-Mura. Durante los veinte minutos siguientes llovieron miles de proyectiles sobre la zona enemiga en el bombardeo de mayores dimensiones de la guerra del Pacífico. Entonces, la andanada avanzó quinientos metros durante diez minutos, mientras la infantería amagaba un ataque y retomaba su posición anterior con proyectiles programados para estallar cuando estuvieran a punto de tocar tierra, de modo que se infligiera el máximo daño posible a las tropas enemigas desplegadas en terreno abierto.

El sonido y la furia del bombardeo resultaron atronadores, pero su efecto en los japoneses fue a lo sumo mínimo. Más tarde, el general de brigada Josef Sheetz, que lideraba la artillería, no estaba seguro de que los cañones hubieran ehminado a un soldado enemigo por cada cien proyectiles de los 19.000 disparados aquella mañana.

Ninguno de los comandantes del Ejército se apercibió en aquel momento, pero debido a la ineficacia de la artillería, los masivos ataques de la infantería que se efectuaron después estuvieron condenados al fracaso desde el principio. Cuando las tropas de la 7.ª división asaltaron dos afloramientos llamados monte Skyline y Ouki, dos batallones del 32.° regimiento de infantería del coronel Mickey Finn avanzaron rápidamente unos quinientos metros hasta que fueron vapuleados y frenados por los morteros, las ametralladoras y la artillería enemigos.

El sargento mecánico Porter McLaughlin, cuya sección antitanques disparaba proyectiles antiblindaje a las cuevas japonesas en apoyo a uno de los batallones de Finn, contempló la derrota aplastante desde una distancia de cuatrocientos metros.

«Por primera vez en el transcurso de la guerra, aquella mañana nuestra infantería dispuso de lanzallamas montados en los tanques», recordaba McLaughlin, «pero, aun así, nuestros chicos no lograron avanzar».

McLaughlin y sus hombres estaban más abajo, viendo cómo la compañía A intentaba ascender la ladera de la yerma colina. Los estadounidenses se encontraban casi en la cima cuando los japoneses treparon la escarpadura y los hicieron retroceder. «Más tarde averiguamos que los japoneses utilizaron uno de nuestros lanzallamas contra algunos de nuestros heridos», relataba McLaughlin. «Nos produjo una sensación terrible de asco y desesperanza.»

En la zona de la 96.ª división, donde los objetivos incluían monte Tombstone y otras colinas de la cadena de Tanabaru-Nishibaru, la situación era muy similar. La compañía L, parte del 3.er batallón del 382.° regimiento de infantería y capitaneada por el cabo Don Dencker, sufrió un intenso fuego de artillería mientras respaldaba al l.er batallón en lo que el operario de mortero Dencker denominó «una desagradable sinfonía de ruido» de los cañones japoneses de 150 mm.

«A primera hora de la tarde, el 1.er batallón se detuvo después de tomar la mitad norte de Tombstone», recordaba Dencker. «Nuestra compañía avanzó con cautela por el flanco este, más allá del 1.er batallón, y alrededor de las 14.30, nuestra 2.ª sección tropezó con un nido de ametralladora enemigo en el extremo oriental de nuestro avance.»

El nido fue destruido y su ametralladora silenciada, pero no antes de que el sargento de sección Tom Loter y el soldado de primera clase Robert Hake murieran y otros dos miembros de

la sección resultaran heridos de muerte.

Esas escenas trágicas se repitieron por todo el sector de la 96.ª división mientras los Deadeye cosechaban unos avances insignificantes pero sufrían más bajas que en cualquier otro día de la campaña. Mientras tanto, la recién incorporada 27.ª división no corría mejor suerte en su sector, al otro lado de la cordillera de Kakazu, que los Deadeye diez días antes, aunque contaba con el apoyo de treinta Sherman del 164.° batallón de tanques. Veintidós de los tanques fueron destruidos o inutilizados por los cañones de 47 mm y los pelotones suicidas japoneses armados con cargas explosivas concentradas. Fue la jornada en que Estados Unidos perdió más blindados en toda la campaña de Okinawa.

«Podíamos oír los mensajes por radio de los tanques del 164.° batallón mientras eran diezmados», dijo el teniente Bob Green, un tanquista adscrito a la 96.ª división. «Era desgarrador escuchar sus súplicas de ayuda cuando se veían sitiados, aislados y bajo ataques constantes.»

El 20 de abril fue otro día funesto para las fuerzas estadounidenses. La compañía L de Don Dencker se vio especialmente azotada y sufrió 35 bajas en combate, incluidos diez hombres muertos en acción o fallecidos a causa de sus heridas. Entre los muertos en combate estaban dos de los mejores amigos de Dencker, el sargento del estado mayor Alvin Engan y el sargento Bob Heuer. El teniente Bob Glassman, líder de la sección armamentística de la compañía y comandante del pelotón de mortero de Dencker, fue herido de consideración.

«Al acabar el día, nuestros efectivos habían quedado reducidos a 101 hombres de los 168 que desembarcaron el 1 de abril», recordaba Dencker.

El 21, 22 y 23 de abril continuaron los ataques y se registraron algunas victorias. El 32.° regimiento de infantería del coronel Finn logró despejar el monte Skyline, gracias en buena medida al heroísmo del sargento Theodore McDonald, que dominó y mató él solo a una dotación de ametralladora enemiga y después lanzó su arma y un mortero de patrulla a un grupo de soldados apostados en una trinchera detrás de él. Las tropas del 32.° regimiento acabaron por arrebatar el monte 178 a los japoneses, que dejaron a su espalda cuevas ocupadas por unos cuatrocientos cadáveres.

Dirigidas por el indómito teniente Hoss Mitchell y las ratas de su compañía L, ahora reforzada por una numerosa tanda de reemplazos, las tropas de la 96.ª división también conquistaron y fortificaron gran parte de los montes Tanabaru y Nishibaru después de un festival de tiroteos con los japoneses en las laderas opuestas. No obstante, las pérdidas estadounidenses fueron asombrosas: 118 muertos o desaparecidos y 660 heridos.

La mañana del 24 de abril, elementos de las tres divisiones del Ejército que se enfrentaban a Kakazu se disponían a lanzar el que supuestamente había de ser un último ataque coordinado contra la cordillera que les había frustrado durante quince días seguidos. Pero el general Ushijima, sabedor de que su posición era ya insostenible, tenía un último as bajo la manga. La noche antes, al abrigo de la oscuridad, las fuerzas de Ushijima habían renunciado calladamente a sus posiciones en Kakazu y Kakazu Occidental como parte de una retirada general ordenada hacia su próximo sistema principal de fortificaciones defensivas: la línea de Naha-Shuri-Yonabaru.

La batalla por la cordillera de Kakazu representaba una victoria estadounidense indiscutible, pues, con su retirada, los japoneses cedieron un terreno considerable. Pero el precio al que se

había comprado ese terreno fue elevado y devastador, y la retirada se llevó a cabo precisamente como el coronel Hará, maestro estratega de Ushijima, había planificado. El laberinto de profundas posiciones defensivas al que hacían frente las tropas estadounidenses en los altos que rodeaban el castillo de Shuri, que se encontraba en manos enemigas, convertirían la cordillera de Kakazu en un hormiguero.

Aun así, los atribulados y exhaustos soldados estaban más que dispuestos a aceptar cualquier pequeño favor que el artero comandante japonés les ofreciera. Como señalaría más tarde la historia oficial de la 96.ª división, la retirada de Ushijima en Kakazu fue recibida por los Deadeye como «maná del cielo».

7

Un muro de piedra y fuego

Cuando miles de hombres armados y desesperados pasan hora tras hora y día tras día asesinándose y mutilándose unos a otros en combates que se prolongan durante semanas, el pensamiento lógico y racional —y la cordura misma— frecuentemente se encuentran entre las bajas. La incongruencia tiende a convertirse en el procedimiento habitual. Lo extraño pasa a ser cada vez más cotidiano. Las imágenes y los sonidos más grotescos se disfrazan de aspectos naturales de la vida. Los hombres hacen y soportan cosas de manera rutinaria que considerarían intolerables en circunstancias normales.

Así fue en la primavera de 1945 en los montes del sur de Okinawa.

En una despejada mañana de domingo a finales de abril, el sargento mecánico Porter McLaughlin intentaba redactar una carta para su tía Gertrude, pero su mente no dejaba de divagar y le resultaba difícil concentrarse. Cada minuto o dos silbaba sobre su cabeza un proyectil de la artillería enemiga e, inevitablemente, Porter hacía una pausa para escucharlo hasta que estaba seguro de que no aterrizaría cerca de allí. Entonces volvía su mirada hacia lo que había escrito e intentaba centrarse de nuevo: «Estimada Gert, hace un hermoso día, con un cielo azul y sólo algunas nubes, y cuesta imaginar que está librándose una guerra hasta que escuchas el rugir de los cañones...».

Después de doce días de combate ininterrumpido con el 32.° regimiento de la 7.ª división, ahora estancado en un lugar llamado monte Cónico, la sección anticarro de McLaughlin —que últimamente utilizaba mucho más los lanzallamas que sus habituales cañones de 37 mm— por fin había sido retirada de la línea del frente para descansar un poco. Pero incluso en zonas de retaguardia como aquella, rara vez pasaba una noche sin que aparecieran los infiltrados japoneses.

La noche anterior había sido típica. Tres horas antes de amanecer, el soldado de primera clase Christian Rupp, agazapado en un pozo de tirador detrás de uno de los cañones de 37 mm y a unos seis metros de McLaughlin, oyó un ruido en la oscuridad.

—Creo que hay alguien ahí —susurró Rupp a su compañero de pozo, pero éste dormía profundamente.

Esta vez, Rupp, que era el blanco de alguna que otra pulla de sus compañeros, que le tenían por una persona «algo lenta», no dudó en tomar una rápida decisión y pasar a la acción con presteza. Saltó hacia adelante y asió la cuerda del cañón, que estaba cebado y cargado. Esperó unos cinco segundos, mirando hacia la cortina de oscuridad sin ver nada. Entonces oyó de nuevo el sonido y disparó.

El infiltrado japonés se hallaba a sólo unos centímetros de la boca del cañón cuando el

proyectil de Rupp le partió literalmente por la mitad. El recuerdo de aquel incidente no dejaba de distraer a McLaughlin de su misiva, pero entonces lo borraba de su mente y lo intentaba de nuevo: «¿Sabe, Gert? Es extraño lo que a veces piensa un hombre aquí. Ahora mismo, daría lo que fuera por un poco de atún con mayonesa como el que usted solía preparar. Curioso, ¿verdad? ¿Cree que podría enviarme un poco por correo?».

McLaughlin había terminado la carta y se acostó al sol, comiendo un trozo de pan recién hecho que les habían servido hacía poco, el primero que había catado en al menos dos semanas, cuando se acercó un jeep y salió de él un joven oficial de la Armada con unos pantalones caqui recién planchados.

El oficial pasó con cuidado junto al cuerpo retorcido del infiltrado japonés, que aún yacía donde el disparo de Rupp le había abatido.

—¿Llegan así de cerca muy a menudo? —preguntó el oficial, con los ojos abiertos como platos al señalar el cadáver.

—A veces —repuso McLaughlin—. Este se acercó demasiado.

—¿Es usted Porter McLaughlin?

Porter frunció el ceño, convencido de que no había visto jamás a aquel hombre y preguntándose cómo sabía su nombre.

—Eso es. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Soy el teniente R. E. Harris, y soy su tío político —anunció el visitante—. Estoy en el barco de transporte de tropas U.S.S. *Bingham,* y tenía la oportunidad de venir a tierra, así que pasaba por aquí a saludar. Por cierto, ¿no sabrá dónde encontrar uno de esos artículos lacados de Okinawa de los que habla todo el mundo? Me gustaría comprar alguno de recuerdo.

Cuando McLaughlin asimiló la trivialidad del momento, casi se echa a reír a carcajadas. Costaba creer que él y su «tío» —que no estaba casado con Gert, sino con Ysleta, otra tía de Porter a la que no había visto en años— formaran parte de la misma y grandiosa operación militar. Casi parecían dos criaturas procedentes de planetas distintos. Finalmente, esbozó una sonrisa y asintió.

—Sí, a los pies de esta colina quedan los restos de un pueblo. Quizá encuentre algunas piezas que no estén rotas. —Buscar lacados en tumbas profanadas y casas bombardeadas no era exactamente la idea que tenía Porter de diversión, pero desde luego no era lo más desagradable que había hecho en los últimos tiempos.

—Venga, se lo mostraré.

Cuando McLaughlin y Harris regresaron del pueblo con tres objetos lacados intactos, la sección recibía correo por primera vez desde su avance hacia el sur. Entre el montón de cartas que recibió Porter había una del estado de California, que le amenazaba con una detención inmediata por varias multas de tráfico impagadas.

—Recibo muchas como ésta —dijo, enseñando la carta al capitán John McQuillan, oficial al mando de la compañía E—. Parece que ahora estoy en un buen lío.

—Déme eso —dijo McQuillan, que cogió la carta, garrapateó «Fallecido» en la parte frontal del sobre y se la devolvió a Porter—. Que el cartero se la mande al remitente —le indicó el capitán—. Le garantizo que no volverán a molestarle.

Mientras las divisiones 7.ª y 96.ª arrojaban a sus regimientos de infantería a una carnicería en

torno a la cordillera de Kakazu, la 77.ª división del Ejército libraba un combate poco conocido contra las fuerzas japonesas en la isla de le Shima, frente a la costa noroccidental de Okinawa. En una de las peculiaridades de las campañas largas y complejas, el corresponsal más célebre de la segunda guerra mundial había optado por cubrir la oscura acción que se desarrollaba en le Shima en lugar del sangriento tormento de Kakazu.

La cobertura veraz desde las trincheras había convertido a Ernie Pyle en una celebridad por derecho propio, en un nombre famoso en todo el país y en un héroe para muchos de los hombres sobre los que escribía. Como autor de dos arrolladores *best-sellers* sobre la guerra en Europa y como el columnista más leído de Estados Unidos, hombres de todos los rangos y ramas del servicio le profesaban una gran estima. A diferencia de algunos corresponsales de guerra que preferían codearse con generales y almirantes, para narrar sus historias Pyle no mostraba reparos en bañarse en el polvo, el sudor y la sangre en los que vivían los alistados, y ellos le respetaban por esa razón. De hecho, fue una insinuación vertida en una columna de Pyle lo que convenció al Congreso de que aprobara una legislación en mayo de 1944 —apodada «Ley Ernie Pyle»— que aprobaba un incremento salarial del 50 por 100 para los militares en combate en relación con los que trabajaban de oficinistas y vivían «cómodamente en un hotel de Río de Janeiro».

Los subalternos también soban recordar cualquier encuentro casual con el hombre al que llamaban «el amigo de los soldados». Sesenta y un años después de aquellos hechos, el soldado de primera clase Melvin Grant todavía guardaba gratos recuerdos de un contacto momentáneo con Pyle que se produjo el Día del Amor en la cabeza de playa de Hagushi.

«¡Eh, lanzallamas, mira aquí!, gritó Pyle, y cuando me volví, él o alguien que le acompañaba me hicieron una foto», recordaba Grant. «Supe que era él porque había visto fotos suyas antes.»

Por otro lado, el adolescente Dan Lawler, artillero de la compañía K/3/5, al principio se sintió confundido cuando vio a Pyle garabateando notas con diligencia en un bloc durante una visita a la zona de la 1.ª división de marines.

—¿Qué está haciendo, viejo, escribiendo un libro? —protestó Lawler al pasar junto a él.

—Pues la verdad es que sí —replicó Pyle—. ¿Quieres aparecer en él?

Cuando el joven marine cayó en la cuenta de quién era el escritor, sonrió y se sonrojó.

—Desde luego, sería un honor —dijo, estrechando la mano a Pyle.

«Se quedó con nosotros varios días y era un tipo genial», evocaba Lawler décadas después. «Nunca le olvidaré.»

La legendaria llegada del periodista a le Shima el 17 de abril (Día del Amor más 16), después de pasar algún tiempo con la 1.ª y la 6.ª divisiones de marines, fue un motivo de alegría para los soldados de la 77.ª. Llevaban toda la campaña aniquilando a la resistencia enemiga en pequeñas extensiones de tierra al oeste de la isla principal y todavía no habían puesto un pie en Okinawa. Pero por fin llegaba alguien importante a su aislado rincón de la guerra, y apreciaron todavía más a Pyle cuando corrió el rumor de que había abandonado su lecho de enfermo en un barco de la Armada para viajar a le Shima. Tal vez la prensa estadounidense al final prestaría cierta atención a un combate que estaba resultando mucho más duro de lo esperado.

Al comienzo de la campaña, el general Buckner planeó eludir le Shima hasta que su 10.° ejército dominara firmemente la propia Okinawa. Pero al ver que los japoneses no organizaban

una defensa seria al norte, Buckner avanzó el desembarco de le Shima y asignó la misión a la 77.ª división del general Andrew Bruce.

Masashi Igawa, el comandante enemigo en le Shima, sólo tenía a su disposición un batallón de regulares —930 hombres— de la 44.ª brigada japonesa, pero realizó un trabajo increíble al complementar esta pequeña fuerza con personal de apoyo perteneciente a unidades no destinadas al combate, reclutas de Okinawa, e incluso civiles. Igawa también utilizó armas de todos los tamaños y formas en le Shima, desde obuses de 75 mm y ametralladoras recuperadas de aviones destruidos hasta afiladas lanzas de bambú, lo cual aseguraba que los 3.500 miembros de su guarnición estuviesen armados con algo.

Al igual que otros comandantes japoneses en la campaña de Okinawa, Igawa concentró a sus fuerzas en posiciones bien atrincheradas en el terreno más elevado que encontró —el Iegusugu Yama, una colina de 175 metros de altura sita en el extremo oriental de la isla— y en fortines de cemento enterrados bajo las casas en la población adyacente de le.

Tres días enteros de intensos bombardeos navales, liderados por las baterías de 350 mm del acorazado *Texas*, precedieron al desembarco matinal del 16 de abril, emprendido por dos regimientos de la 77.ª división, el 305.° regimiento del coronel Joseph Coolidge y el 306.° regimiento de su homólogo Aubrey Smith.

Durante buena parte del día el avance fue bien, con pocas bajas registradas, y el 306.° regimiento no tuvo demasiados problemas para conquistar el único aeródromo de la isla. Pero al caer la noche, las tropas del comandante Igawa lanzaron un sanguinario contraataque en el que kamikazes humanos armados con proyectiles de mortero corrieron hacia las líneas estadounidenses y se hicieron estallar. Un soldado sufrió una fractura de brazo cuando fue golpeado por la pierna de un suicida que salió despedida.

El 17 de abril, el día en que llegó Ernie Pyle, la resistencia japonesa se endureció tremendamente y se libró un duro combate que se prolongó hasta la noche desde le y la playa y a lo largo de una franja de terreno elevado que se daría a conocer como monte Sangriento. En su calidad de estrella de Scripps-Howard News Service y United Features Syndicate, el periodista de cuarenta y cinco años ya había presenciado a estas alturas más enfrentamientos en la línea del frente que la mayoría de los soldados de infantería a los que se unió. Había cubierto las invasiones del norte de África, Sicilia, Italia y, por último, Normandía. Ahora que la guerra estaba a punto de finalizar en Europa, había recorrido medio mundo hasta llegar al Pacífico, ya que, como decía el propio Pyle, «se está librando una guerra y yo formo parte de ella».

Aquella tarde, Pyle obtuvo una panorámica de primera de la acción desde un puesto de observación situado cerca del frente, donde soportó un breve aluvión de mortero que incitó a varios periodistas a salir disparados hacia la retaguardia. El 18 de abril a primera hora de la mañana, Pyle firmó autógrafos a un grupo de soldados que hacían cola frente al puesto de mando del 305.° regimiento y charló un rato con el general Bruce. Pero el periodista estaba ansioso por llegar al frente, y el coronel Coolidge le ofreció dar un paseo en su jeep, acompañados por dos miembros del estado mayor del regimiento y el conductor. El jeep echó a andar detrás de tres camiones y un todoterreno de la policía militar, y luego atravesó un vivaque en el que dos batallones de infantería terminaban de desayunar y recogían sus pertrechos para dirigirse hacia el

frente.

Cuando el pequeño convoy se aproximó a un cruce, una ametralladora enemiga tableteó desde algún lugar. El jeep giró bruscamente al reventar dos de sus ruedas, y el radiador escupía vapor por otro agujero de bala. Cuando el vehículo se detuvo, sus cinco ocupantes saltaron y buscaron refugio en las cunetas que surcaban ambos lados de la carretera.

«Ernie y yo, que íbamos en el lado derecho del jeep, acabamos en la cuneta más alejada de la línea de fuego», recordaba después Coolidge. «Esperábamos que los demás hubieran encontrado cobijo en el margen izquierdo de la carretera. Había visto a Barnes, nuestro conductor, saltar a la izquierda. Ernie y yo estábamos bastante a salvo; la zanja tenía una profundidad de un metro.»

Después de que Pyle asegurara al coronel que estaba bien, Coolidge le aconsejó que permaneciera agachado mientras llamaba a los demás miembros del destacamento para determinar su estado. Todos dijeron estar a salvo.

Entonces llegó otra breve ráfaga de ametralladora, y Coolidge se agachó de nuevo mientras un proyectil le arrojaba tierra a la cara y rebotaba sobre su cabeza. Cuando Coolidge se volvió para mirar, Pyle yacía boca arriba con las manos sobre el pecho, sosteniendo un gorro de lana que siempre llevaba con él. El coronel no vio sangre y hasta que no advirtió un agujero limpio y circular en la sien izquierda de Pyle no se dio cuenta de que el escritor había sido herido mortalmente.

Pyle fue enterrado en el cementerio de la 77.ª división en le Shima, en un ataúd construido apresuradamente con jaulas de embalaje. Cuando se celebró el modesto funeral, el francotirador japonés responsable de la muerte de Pyle había sido descubierto y asesinado con granadas por una patrulla de infantería perteneciente al 305.° regimiento.

En el lugar de su muerte, algunos soldados de la división plantaron un indicador de madera que decía: «Aquí, la 77.ª división perdió a un compañero, Ernie Pyle, el 18 de abril de 1945». Más tarde fue reemplazado por un monumento de cemento en forma de pirámide con una placa de bronce que incluía la misma inscripción.

Al día siguiente, debido a la muerte de su conocido visitante, la lucha prácticamente ignorada de la 77.ª división en le Shima ocupó la primera plana en todo Estados Unidos. El presidente Harry Truman, que llevaba menos de una semana en la Casa Blanca, propuso acuñar una Medalla de Honor especial del Congreso en tributo a Pyle. Hollywood se unió sin reservas al duelo, sobre todo para promocionar el estreno de *Ernie Pyle's Story of GI Joe,* un taquillera largometraje basado en los escritos y las experiencias de Pyle en tiempos de guerra.

En el cuerpo de Pyle se halló —probablemente fue lo último que escribió antes de morir— un borrador de una columna que en principio debía publicarse cuando hubiera terminado la guerra en Europa. En parte decía así:

Muchos de los vivos han grabado a fuego en su mente la imagen poco natural de hombres muertos esparcidos por las laderas y las cunetas, a lo largo de las largas hileras de setos de todo el mundo.

Hombres muertos en producción masiva —en un país tras otro—, mes tras mes y año tras año. Hombres muertos en invierno y hombres muertos en verano.

Hombres muertos en una promiscuidad tan corriente que se tornan monótonos. Hombres muertos en una infinidad tan monstruosa que casi llegas a odiarlos...

Ahora, el propio Ernie Pyle se había unido a aquellos hombres sobre los que escribía.

Más al sur, en la propia Okinawa, durante los días inmediatamente posteriores a la retirada enemiga de Kakazu y Kakazu Occidental, hubo poco tiempo de regocijo para los «victoriosos» soldados. Aunque no hubiera sido así, pocos tenían fuerzas o motivación para celebrar gran cosa.

El 24 de abril, liberadas de la onerosa tarea de organizar otro asalto a la cordillera que se había convertido en su némesis durante tanto tiempo, los soldados de las divisiones 7.ª y 96.ª reunieron fuerzas para avanzar hasta mil metros al final de la jornada. En el flanco izquierdo del avance, la 7.ª división partió de los montes Skyline y 178 y puso rumbo al sur hacia un nuevo objetivo, una prominente formación rocosa conocida como monte Cónico. En el centro, la 96.ª división marchaba cerca de la escarpadura de Urasoe-Mura sin distanciarse del flanco occidental de la 7.ª.

Sólo la 27.ª división, menos experimentada, vio frenado su avance por una tenaz bolsa de resistencia y el hecho de que el extremo occidental de sus líneas se encontraba a corta distancia del nuevo perímetro defensivo japonés establecido en la escarpadura.

Sin embargo, entre el 25 y el 26 de abril, el 24.° cuerpo al completo llegó a un nuevo punto muerto cuando el gigantesco afloramiento del Urasoe-Mura les mostró las garras a escasos metros de distancia. Mientras se libró la batalla por conquistarla, esta escarpada extensión montañosa era más conocida entre los comandantes estadounidenses como escarpadura de Maeda, por la cercana población de Maeda, y los soldados rasos le dieron varios nombres, entre ellos monte Sierra, monte Dientes de Sierra y, simplemente, «ese gran hijo de puta». Sin embargo, cualquiera que fuese su apelativo, la escarpadura representó la pesadilla logística más intrincada jamás concebida por los planificadores militares.

La meseta de 150 metros de altura constituía una barrera formidable vista sólo desde el exterior. Se extendía unos cuatro kilómetros de este a oeste, y los últimos quince o veinte metros antes de llegar a la cima consistían en una pared vertical de roca que sólo podía salvarse con escaleras u otro equipamiento especial. La propia cresta era una franja estrecha e irregular de roca, con una anchura que oscilaba entre sólo veinte metros y unos cincuenta, y recorría toda su envergadura zigzagueando por terreno enemigo.

El extremo oriental de la escarpadura culminaba en el monte Cónico, el monte Kochi y un chapitel prominente llamado Roca de la Aguja, que lo dominaba todo. Flanqueando el extremo occidental se encontraba una zona de defensa japonesa diseñada con suma inteligencia que albergaba gran cantidad de pequeñas posiciones incrustadas en un laberinto de coral bajo y montes de piedra caliza conocidos entre los cartógrafos estadounidenses como «Item Pocket». En términos generales era, como lo expresaba la historia oficial de la 96.ª división, «un obstáculo calculado para helar la sangre de los soldados de infantería más curtidos en el combate».

Pese a la apariencia intimidatoria de la escarpadura desde el exterior, el meollo de la pesadilla se hallaba oculto tras sus impenetrables muros. Allí, miles de soldados japoneses ocupaban lo que constituía una gigantesca fortaleza enterrada, comparada por algunos historiadores con «un

acorazado subterráneo».

En el monte se había excavado un vasto sistema de cuevas, muchas de ellas lo bastante grandes como para albergar a compañías enteras, y comunicadas unas con otras mediante una red de túneles. Los pasadizos más pequeños conducían a aberturas para los cañones a ambos lados de la cordillera. Justo por detrás de la montaña se encontraba el pueblo de Maeda, donde los japoneses habían convertido un complejo de edificios escolares de cemento en blocaos fortificados. Las colinas más bajas del sur también estaban salpicadas de emplazamientos enemigos de artillería, morteros y ametralladoras, con los cañones apuntando a las pendientes superiores y frontales de la escarpadura.

A pesar de sus amargas experiencias en Kakazu, muchos comandantes de campo estadounidenses no comprendieron la envergadura, la complejidad y la sofisticación de las defensas japonesas a las que se enfrentaban. El 25 de abril, el general Easley, comandante adjunto de la 96.ª división, se personó en el puesto de mando de un regimiento, instalado cerca de la línea del frente de los Deadeye, para estudiar el extremo este de los montes con sus prismáticos. Su conclusión básica fue que se precisaría mucha artillería.

Sin embargo, ahora existían indicios abrumadores de que la artillería era prácticamente impotente contra esta clase de defensa. Sólo unos días antes, la lluvia de artillería más prominente nunca vista en el Pacífico no había conseguido hacer mella en las defensas de Kakazu, y los bastiones fortificados de la escarpadura de Maeda eran incluso más profundos y casi inexpugnables. El 26 de abril, tras el habitual bombardeo de los cañones y la artillería de la Armada y las razias aéreas, los fusileros de la Deadeye ocuparon brevemente la cima de la montaña, pero el mortífero fuego de las tropas y las armas enemigas, incólume a las bombas y los proyectiles estadounidenses, hizo retroceder a los soldados por la cara norte.

Al día siguiente, el 27 de abril, una misión exploratoria de alto riesgo efectuada por el capitán Louis Reuter Jr., comandante de compañía del 381.° regimiento de infantería, propició un descubrimiento sorprendente. Reuter y dos reclutas que le acompañaban demostraron de una vez por todas lo extensas y complejas que eran en realidad las posiciones defensivas japonesas. Cuando el trío encontró una cueva que se abría en la cara norte de la montaña, se aventuraron cautelosamente en su interior y anduvieron a tientas hasta que vieron un haz de luz que provenía de una oquedad situada a gran altura.

La luz reveló al menos tres niveles por debajo de la posición estratégica de los estadounidenses, y Reuter oyó voces hablando en japonés. Cuando el grupo regresaba trabajosamente a la entrada de la cueva, encontró otro túnel que se desviaba hacia su derecha, y al arrastrarse una corta distancia en esa dirección, llegaron a una sala con una ranura de observación horadada en la roca que daba al exterior. Cerca de allí, en el suelo, había unos prismáticos y un telescopio. Cuando Reuter miró por la hendidura, pudo divisar todas las carreteras utilizadas por las tropas de la 96.ª división, y su campo de visión se extendía hasta las playas de Hagushi, al norte.

El interior del monte, infirió el capitán, era literalmente un corredor de fortificaciones defensivas y puestos de observación, desde los cuales el enemigo podía ver cada movimiento que realizaran los estadounidenses a varios kilómetros de distancia y que ningún bombardeo, por

intenso que fuese, podría destruir o dañar seriamente.

Ahora, las tres divisiones del Ejército que se enfrentaban a la escarpadura al menos sabían qué tenían ante sí. Como dijo un Deadeye del 381.° regimiento de infantería tras ser repelido de la cima junto con otros 35 supervivientes de una compañía de 160 hombres: «Estuvimos acampando justo al borde de una gran fortaleza y no lo sabíamos».

Entretanto, el espionaje militar empezaba a hablar de «círculos defensivos» enemigos. Aunque los círculos no eran ni mucho menos concéntricos, cada uno de ellos representaba una línea de fortificaciones sólida y concebida con ingenio. El primer círculo estaba enmarcado por las cordilleras de Kakazu y Kakazu Occidental. La escarpadura de Maeda, que parecía un muro y ahora bloqueaba el avance de los estadounidenses, respaldada por la pesada artillería concentrada en el refugio montañoso de la denominada Zona Defensiva de Shuri, era el eje del segundo círculo.

En aquel momento no resultaba tan obvio que se hubiese preparado un tercer círculo defensivo para una última acción de resistencia de las fuerzas del general Ushijima en un sistema montañoso situado cerca del extremo meridional de Okinawa, enmarcado por la cordillera de Kunishi. El general Buckner y su estado mayor todavía creían que, una vez que la escarpadura y los altos de Shuri fuesen conquistados, la resistencia japonesa se desmoronaría y la batalla habría terminado.

En un sentido psicológico, fue conveniente para los marines y los soldados de la línea del frente que sus comandantes todavía no conocieran la verdad.

En las más de tres semanas transcurridas desde que la 96.ª tropa de reconocimiento se convirtió en una de las primeras unidades estadounidenses en ser masacrada por el enemigo, sus hombres rara vez habían dormido, descansado o disfrutado de un respiro de la batalla. Los blindados mecanizados de la tropa no eran demasiado útiles contra las posiciones japonesas sólidamente atrincheradas alrededor de Kakazu, y las pequeñas patrullas que había utilizado para tantear al enemigo en Leyte no eran factibles. Pero sus tres secciones habían participado en numerosas acciones, y a menudo se habían dividido y tomado tres direcciones distintas para servir de fusileros y exploradores para varios regimientos de infantería, y en ocasiones incluso para otras divisiones.

Sin embargo, el 26 de abril, se encomendó a las tres secciones la misma misión desagradable: relevar a la tropa de reconocimiento de la 7.ª división y llenar un hueco esencial en la línea a lo largo de la escarpadura de Maeda, entre el 3er batallón del 383.° regimiento de infantería al este y las unidades de la 7.ª división al oeste.

Los hombres dejaron sus vehículos en la retaguardia, a lo que consideraron que era una distancia segura, antes de tomar posiciones defensivas justo debajo de la cima de una colina de escasa altura. La zona se consideraba un punto clave, un objetivo predilecto para la artillería y los morteros japoneses, pero presentaba una ventaja salvadora: una abertura en el monte creaba un ligero desfiladero que ofrecía cierta protección a los pozos de las tropas, con espacio para dos hombres cada uno.

«Nos bombardearon sin piedad cuatro noches seguidas», dijo Bill Strain, oriundo de Oklahoma y encargado de los fusiles automáticos Browning en la 2.ª sección. «Gracias a Dios que estábamos

en la parte opuesta de la cima, donde el escarpe caía medio metro o un metro más, lo cual nos exponía menos al infernal fuego enemigo.»

Después de casi un mes cargando con su rifle automático de siete kilos allá donde fuera, a Strain le daba la sensación de que sus brazos debían de haber crecido al menos dos centímetros desde el Día del Amor. Para librarse de la pesada arma por la noche, había adoptado la rutina de dejarla al borde del pozo de tirador con el cargador mirando hacia él y el cañón hacia fuera. De ese modo, podía cogerla y disparar casi al instante si aparecían infiltrados japoneses, como sucedía a menudo.

«La artillería japonesa no disparaba mucho durante el día», dijo Strain. «Temían que, al hacerlo, nuestros aviones de observación detectaran sus posiciones, pero nos acribillaban por la noche.»

La segunda noche, la del 27 al 28 de abril, más de cien proyectiles de 150 mm sacudieron la zona de la 2.ª sección y dañaron gravemente dos de sus camiones, que supuestamente estaban a buen recaudo, aunque por fortuna no causaron bajas. Sin embargo, durante la andanada, un pedazo de metralla golpeó el rifle de Strain y casi parte en dos el cargador, junto con las balas que contenía. Otros fragmentos de proyectil cayeron en el pozo de tirador, alcanzaron el cinturón de balas de Strain e hicieron estallar la munición. El cinturón estaba a sólo unos centímetros de Strain, pero logró salir indemne.

Los bombardeos nocturnos era frustrantes y aterradores a partes iguales, ya que no había forma de responder a la artillería enemiga. Pero cuando amainaban, los soldados enemigos a menudo se aproximaban para intentar aniquilar las posiciones de los Deadeye. La tercera noche, Strain y su compañero de pozo, el soldado de primera clase George «Bill» Alien, tuvieron la oportunidad de contraatacar cuando unos infiltrados embistieron con granadas.

«El problema era que, con mi rifle automático Browning destrozado, sólo disponía de una pistola automática del 45 que me había enviado mi padre», comentaba Strain. «Aquella noche le di un buen trajín.»

Los atacantes japoneses también acusaban un problema que, sin duda, salvó muchas vidas estadounidenses en el curso de la guerra del Pacífico. A diferencia de las granadas estadounidenses, las versiones japonesas no incluían un mecanismo de anilla para activarlas. Antes de poder estallar, la granada enemiga debía activarse con un golpe seco, por lo general contra el casco del soldado que la llevaba, pero frecuentemente no se conseguía en un primer intento.

«Alien y yo podíamos oír el sonido de aquellas granadas chocando contra los cascos de los japoneses y después un montón de improperios en su idioma», explicaba Strain, «así que disparábamos orientándonos por el sonido de los juramentos, y funcionó bastante bien. Comprendíamos su enojo, pero no sentíamos la más mínima simpatía por ellos».

Finalmente, la mañana del 30 de abril, las tres secciones de la 96.ª tropa de reconocimiento fueron retiradas del «campo de tiro» en el que habían resistido todo lo que pudieron lanzarles los japoneses durante casi cien horas. Strain y sus compañeros fueron trasladados a la retaguardia para un descanso de diez días. Por su papel en aquel suplicio, a Strain se le concedió una Estrella de Bronce.

Ahora que había transcurrido prácticamente un mes de campaña en Okinawa, en toda la estructura de mando estadounidense se intensificaba la presión para acelerar los progresos. Esa presión nacía en las más altas esferas con el almirante Nimitz, que estaba impaciente por liquidar la campaña para que toda la isla pudiera utilizarse como base para el ataque total contra Japón. Nimitz también se sentía inquieto por el gran número de bajas que se estaban cobrando los kamikazes en los barcos de la Armada, hasta el punto de desplazarse personalmente a Okinawa con su estado mayor para advertir al general Buckner que el ritmo actual de la campaña era inaceptable.

El mensaje de Nimitz fue expuesto con claridad al almirante Turner, comandante de las fuerzas anfibias de Estados Unidos, que a su vez aguijoneo a Buckner para que avivara el paso de su 10.° ejército o cediera el mando a alguien que pudiera hacerlo. El ultimátum llevó a Buckner a transmitir la presión a sus comandantes de división y regimiento.

«El general de brigada Easley se convirtió en el hombre encargado de que los elementos de la 96.ª división avanzaran y mantuvieran el ritmo», recordaba el teniente Bob Green, cuyo 763.° batallón de tanques veía cómo sus Sherman, otrora invisibles, eran desgarrados cual papel de estaño por los cañones japoneses de 47 mm. «Buena parte de la escarpadura de Maeda se encontraba en el sector de la 96.ª división, y era el problema inmediato que frenaba el avance de nuestras tropas de tierra.»

Según Green, Easley se obsesionó con idear un plan para flanquear las posiciones enemigas en las caras opuestas de la montaña. Muchos soldados de infantería no eran conscientes de la presión a la que estaba sometido Easley para lograr un avance en la línea del frente, señalaba Green. «Ellos creían que estaba intentando que los mataran a todos, y llegó un punto en que odiaban verle aparecer.»

Sin embargo, no toda la presión ejercida sobre Buckner provenía de arriba. Muchos de sus subordinados discrepaban radicalmente con el comandante del 10.° ejército sobre cómo se estaba gestionando la campaña, y varios propusieron cambios estratégicos y tácticos generalizados para romper el estancamiento en el sur.

A su vez, Buckner hacía frente a lo que él tildaba de problemas graves de personal. Los efectivos del 24.° Cuerpo del general Hodge se habían visto diezmados drásticamente por las bajas y, aunque los reemplazos estaban en camino, tardaban en llegar. Asimismo, el suministro de munición para la artillería era menos abundante después del hundimiento de los dos barcos de municiones a manos de los kamikazes.

A día de hoy se sigue especulando sobre la aparente renuencia de Buckner a poner en acción a la 1.ª y la 6.ª divisiones de marines, todavía inmóviles pero situadas a pocos kilómetros de la zona principal de combate, mucho antes de lo que lo hizo. Algunos observadores atribuyen la demora al deseo de Buckner de ver cómo sus tropas del Ejército se llevaban los laureles por la victoria en Okinawa, y es muy posible que ello influyera.

El 25 de abril, la 77.ª división de infantería había fortificado le Shima, y no puede recriminarse a Buckner que la trasladara al sur de Okinawa lo antes posible para relevar a los regimientos 381.° y 383.° de la 96.ª división, que se hallaban considerablemente maltrechos y cuyos hombres habían sufrido más bajas y participado en más combates en el frente que los

demás. Los Deadeye habían asesinado a unos 2.500 japoneses desde el inicio de la nueva ofensiva contra la escarpadura de Maeda, pero sus pérdidas habían sido enormes y no habían ganado demasiado terreno en ningún punto de su zona. El 29 de abril, el 307.° regimiento de la 77.ª división relevó al 381.°, y el 383.° fue retirado del frente al día siguiente.

Mientras tanto, la 1.ª división de marines, probablemente la unidad de combate más experimentada de las fuerzas armadas estadounidenses —y sin duda una de las más descansadas en aquel momento—, comenzó el relevo de la vapuleada 27.ª división entre el 30 de abril y el 1 de mayo. Pero la 6.ª división de marines —un 70 por 100 de cuyas tropas eran avezados veteranos de combate— permanecería a la espera hasta el 7 de mayo, cuando por fin se dirigió hacia la línea del frente para tomar el extremo del flanco occidental.

Para complicar más las cosas, varios comandantes de división de Buckner secundaban abiertamente un segundo desembarco por detrás de la línea de Shuri, al sur de Okinawa, para flanquear el bastión defensivo del general Ushijima. El 22 de abril, el general Andrew Bruce, comandante de la 77.ª división, alentaba a Buckner a que permitiera que su unidad desembarcara en la costa meridional cerca de Minatoga y estableciera una segunda cabeza de playa. La división de Bruce había ejecutado con éxito una maniobra similar en Leyte, y estaba convencido de que podría repetir ese triunfo en Okinawa. Buckner rehusó la idea, aduciendo las difíciles condiciones del coral en Minatoga, unas playas inadecuadas y problemas logísticos diversos, incluida la carencia permanente de munición.

Los estudiantes de tácticas militares todavía debaten los méritos de la estrategia de Bruce, pero tanto el general Pedro del Valle, comandante de la 1.ª división de marines, como su homólogo Lemuel Shepherd, que lideraba la 6.ª división de marines, supuestamente respaldaron la idea de un segundo desembarco. Shepherd en particular aseguraba después de la guerra que en repetidas ocasiones instó a Buckner a utilizar la 2.ª división de marines, acomodada en la reserva y completamente ociosa, para dicho desembarco. No obstante, a finales de abril, ahora que habían concluido las tácticas de distracción para las que se había traído a la 2.ª división de marines a Okinawa, el destacamento había regresado a Saipan, y trasladarla de nuevo habría conllevado un esfuerzo, unos gastos y un retraso enormes.

A la postre, Buckner rechazó todos los planes para un segundo ataque anfibio. Con razón o sin ella, estaba convencido de que un desembarco en la costa sureste sería extremadamente costoso para sus fuerzas; en sus propias palabras, «otro Anzio [en referencia al sangriento desembarco estadounidense efectuado en Italia en 1943], pero peor».

Ajuicio de Buckner, era mucho más vital relevar a sus abatidas divisiones de infantería con tropas nuevas, de modo que el 10.° ejército pudiera continuar ejerciendo una presión máxima contra la principal línea defensiva japonesa.

Aunque el papel previsto originalmente para la 27.ª división era el de fuerza de ocupación posterior a la batalla en Okinawa y no el de unidad de combate en el frente, se había desenvuelto bien. El general George W. Griner, comandante de la división de la Guardia Nacional de Nueva York, había entrenado a sus tropas con dureza, pero tras una fatigosa acción en Makin, Eniwetok y Saipan, llegaron a Okinawa faltas de personal, con sólo unos 16.000 hombres, en comparación con

los 22.000 o 24.000 efectivos de las demás divisiones estadounidenses que participaban en la campaña.

La prolongada refriega por *Item Pocket*, que prácticamente había terminado el 27 de abril, había consumido de tal manera a la división, ya de por sí diezmada, que poco pudo hacer sino aferrarse a un perímetro defensivo durante los últimos días del mes. Cuando el 1 de mayo varias unidades de la 1.ª división de marines se dispusieron a relevar en el frente a la 27.ª división, los soldados formaban un grupo exhausto y ojeroso al pasar junto a los marines.

«Al cabo de un rato, una columna de hombres se acercó a nosotros desde el otro lado de la carretera», recordaba el soldado de primera clase Gene Sledge, de la compañía K/3/5. «Sus expresiones trágicas revelaban dónde habían estado. Estaban machacados y sucios, era espeluznante... No había visto esas caras desde Peleliu.»

Salvo por algún que otro gesto de cabeza o un gruñido aislado, hubo pocos intentos de comunicación entre los soldados del Ejército y los marines cuando ambas columnas se cruzaron.

«Los chicos del Ejército estaban tan abatidos y hechos polvo que no sé si tenían fuerzas para hablar», decía el cabo Sterling Mace, de la 3.ª sección de la K/3/5. «Y, desde luego, ninguno de los que íbamos a reemplazarles pensábamos decir: "Bueno, hasta la vista, muchachos. Que os vaya bien la vida", sabiendo que se dirigían a la misma mierda que dejaban atrás.»

Con todo, de vez en cuando se cruzaban dos miradas y un hombre sentía el impulso de hablar con otro.

—Es un infierno ahí arriba, marine —masculló un soldado con expresión tensa al pasar junto a Sledge arrastrando los pies.

—Lo sé —respondió Sledge, un tanto molesto por la posibilidad de que el soldado le tuviera por un novato en formación básica—. Estuve en Peleliu.

El soldado le miró fijamente y tropezó.

—¡Mantengan la distancia de cinco pasos! —advirtió un oficial a los marines—. ¡Salgan de la carretera, mantengan orden disperso y no se amontonen!

Cuando la compañía inició la marcha a paso ligero a través de un campo abierto, la artillería y los morteros japoneses abrieron fuego como si esperaran el momento oportuno. El estruendo de las explosiones hizo temblar el terreno y afloraron cráteres por todas partes, vomitando geiseres de tierra y roca. De repente, todo el mundo corría y se escondía, los marines en una dirección y los soldados de la 27.ª división en otra.

Los estallidos, el tableteo de los rifles enemigos y el fuego de las ametralladoras se unieron al estrépito de los proyectiles más grandes.

Con su sonido metálico, los morteros de patrulla de 50 mm hacían brotar columnas de humo como si se tratara de sucias flores de color gris. Las cargas disparadas por las armas anticarro de 47 mm, diseñadas para hacer trizas a un hombre, aullaban por todo el campo. Los proyectiles de los obuses de 150 mm retumbaban en el cielo y abrían cráteres de tres metros de ancho.

—¡Médico! ¡Médico! —decían los gritos angustiados—. ¡Camillero!

—¡Utilicen las granadas de humo! —chilló alguien desde la retaguardia—. ¡Por Dios, generen humo antes de que nos hagan pedazos!

Mientras Sledge corría por la suave pendiente de la montaña, vio conmoción y un horror

patente en el rostro de quienes le rodeaban. Por una vez, su amigo y compañero de pelotón, el siempre hablador cabo Merriel «Snafu» Shelton, estaba demasiado ocupado corriendo como para articular palabra. Incluso el malhumorado sargento R. V. Burgin, un veterano de tres campañas y suboficial de la sección de mortero de la K/3/5, lucía un semblante de aturdimiento y consternación.

—¡Al suelo y agachaos, maldita sea, agachaos! —gritó Burgin mientras se echaban cuerpo a tierra.

Sledge describió la escena como «un caos atroz» y un «disparate de confusión». Empeoró enormemente el bombardeo el abrupto salto que supuso abandonar la tranquilidad vivida el mes anterior en el campo para sumirse en sólo unos momentos en la tormenta de fuego y acero más mortífera que habían presenciado los hombres de la K/3/5.

Mientras él y Snafu Shelton cavaban apresuradamente un foso para su mortero de 60 mm, Sledge se preguntaba qué habría sido del demacrado soldado de la 27.ª división que le había hablado al pasar. Sledge todavía podía oír las quejumbrosas palabras de aquel hombre. Las recordaría el resto de su vida: «Es un infierno ahí arriba, marine».

La advertencia del soldado había resultado profética. Segundos después, el mismísimo infierno del que hablaba había estallado de nuevo, y Sledge y sus compañeros se habían visto atrapados en su epicentro junto con la compañía K/3/5. Pese a lo preocupado que estaba por sí mismo, Sledge no pudo evitar sentir lástima por los extenuados soldados de la 27.ª división, cuyo único deseo era evitar ser asesinados durante los últimos momentos decisivos antes de llegar a un lugar seguro.

Si ese soldado en particular había salido con vida, pensaba Sledge, el infierno posiblemente habría terminado para él. Corría el rumor de que la 27.ª división sería enviada a una zona tranquila de la costa occidental, al norte de Okinawa, para descansar, recuperarse y controlar la improbable posibilidad de un desembarco enemigo. En otras palabras, el soldado y sus compañeros pronto experimentarían la vida fácil y plácida que la 1.ª división de marines había disfrutado el mes anterior.

Sin embargo, para Sledge, Shelton, Burgin, Mace y otros miembros de la compañía K/3/5, lo peor del infierno de Okinawa no había hecho más que empezar.

8

Barro, sangre y confusión

El 1 de mayo (Día del Amor más 30), los agotados soldados de los tres regimientos de infantería de la 7.ª división habían combatido sin pausa durante casi cuatro semanas. Pero, a diferencia de sus compañeros igualmente exhaustos de las divisiones 27.ª y 96.ª, que habían sido retirados del frente a finales de abril y enviados a zonas de la retaguardia para reposar y recuperarse, los hombres de la 7.ª división permanecían en la línea del frente sin notificación en firme sobre cuándo cabía esperar un relevo.

Ya fuera avanzando, replegándose o mientras permanecían agazapados en sus pozos de tirador, eran vapuleados día y noche por el fuego de la artillería y los morteros japoneses. De vez en cuando gozaban de una breve tregua, y durante intervalos prolongados los bombardeos eran esporádicos. Pero era imposible relajarse, ya que todos sabían que la próxima ráfaga enemiga que sobrevolara sus cabezas podía ser «la grande».

Sólo el cansancio abrumador les dejaba dormir, y los infiltrados enemigos rondaban de noche. Las comidas consistían casi siempre en raciones de campaña, engullidas entre tiroteo y tiroteo y durante los bombardeos. Los uniformes, que los soldados no se habían cambiado hacía casi un mes, estaban rígidos por el sudor y el polvo, mezclados frecuentemente con sangre, orina y heces. Para los hombres sometídos al fuego, las prácticas de la higiene civilizada eran de escasa prioridad. Los hombres veían cada día a sus compañeros acribillados por las balas y hechos pedazos por el estallido de los proyectiles. Así pues, ¿por qué iba a preocuparles si alguien les veía manchar o mojar los pantalones?

Cuando el sufrimiento implacable y el estrés se prolongan día tras día y sin final en el horizonte, cada hora desgranada acerca más a un hombre a su límite. Sumemos unas lluvias torrenciales y un barro perenne a este entorno maligno, como ocurrió con la llegada de mayo, y las cargas psicológicas pesan todavía más.

En condiciones tan opresivas, incluso los buenos soldados pueden venirse abajo, y muchos de ellos lo hicieron en mayo de 1945 en los montes del sur de Okinawa.

Después de casi un mes en marcha, la sección antitanques del sargento mecánico del Ejército Porter McLaughlin había estacionado dos de sus cañones de 37 mm, pero mantenía un tercero a mano para utilizarlo como una especie de rifle de francotirador gigante. No había tanques japoneses a la vista, y el corto alcance de los cañones de 37 mm los convertía en armas inútiles contra objetivos situados a unos centenares de metros de distancia, pero ofrecían una respuesta efectiva a las posiciones de ametralladoras y armas ligeras.

Desde mediados de abril, la unidad de McLaughlin había actuado mayoritariamente como

sección regular de fusileros en el 32.° regimiento, perteneciente al 2.° batallón de la 7.ª división. Junto con los lanzallamas, los rifles Browning, los M-1 y las granadas, el cañón anticarro que quedaba había vivido numerosos combates durante las operaciones para reducir las cuevas japonesas.

«Estábamos sufriendo un intenso fuego de artillería allá donde fuéramos», afirmaba McLaughlin. «Los japoneses conocían el lugar como la palma de su mano, y apuntaban con sus armas a todos los cruces de carreteras y arboledas.»

En aquel momento, a muchos hombres les invadía la inquietante sensación de que los artilleros enemigos les vigilaban a cada segundo. Como confesó un miembro de la sección a McLaughlin: «Empiezo a creer que esos malditos japoneses tienen un proyectil con el nombre de cada uno de nosotros grabado encima».

De ser cierto, el misil enemigo que llevaba el nombre del soldado de primera clase Adrián Henry, un atractivo veinteañero de pelo rojizo procedente de Niágara Falls, Nueva York, llegó aullando justo cuando McLaughlin conducía a la sección a un pequeño pueblo arrasado por las bombas. El avezado oído de McLaughlin oyó llegar el proyectil unos segundos antes de que impactara.

—¡Correo entrante! —gritó—. ¡A cubierto!

Poco antes había caído una lluvia torrencial que dejó a los soldados un barro resbaladizo que les llegaba hasta los tobillos y unos uniformes empapados. McLaughlin se echó al suelo cenagoso y se deslizó panza abajo por el lodo. Entonces vio, como a cámara lenta, a Henry agachado detrás de un muro —los únicos vestigios de una granja bombardeada— mientras otro soldado saltaba al barro al otro lado de la pared.

Un instante después, el proyectil caía del lado de la barrera en el que se encontraba Henry, demolía lo que quedaba del muro y acababa con la vida del joven soldado en el acto. McLaughlin vio cómo su cuerpo volaba por los aires por la fuerza de la explosión y volvía a caer al fango como si de una muñeca de trapo raída se tratara.

Cerca de allí, el segundo soldado —Porter no recordaba su nombre, pero la mayoría de los hombres del grupo le llamaban *El Indio*, porque corría por sus venas sangre navaja— salió como pudo de una montaña de escombros y se puso en pie. Agitando la cabeza pero aparentemente ileso, se acercó tambaleándose al cuerpo de Henry, se agachó junto a él y sacó cuidadosamente una pistola automática del 45 del cinturón del fallecido.

Aunque estaba confuso por la explosión, McLaughlin reconoció de inmediato la pistola cuando *El Indio* la embutió en su cinturón y se alejó dando bandazos. Los soldados de primera clase no solían llevar pistolas del 45, pero aquella era la posesión más preciada de Henry, un regalo de su padre, que había llevado la pistola por toda Francia durante la primera guerra mundial.

—Eh, ¿qué estás haciendo? —chilló McLaughlin con voz quebrada.

El Indio no pareció oírle. Volvió sobre sus pasos, lanzó una mirada agresiva a McLaughlin y corrió por el fango en la dirección de la que había venido la sección.

McLaughlin siempre había respetado al *Indio*, a quien consideraba un buen hombre y un soldado digno de confianza —no era el tipo de persona que roba la pistola a un compañero muerto y sale por piernas con ella— y no comprendía lo que estaba viendo.

Entonces McLaughlin oyó otro proyectil que venía hacia ellos e intuyó que impactaría igual de cerca que el otro. Se echó de nuevo al barro y se cubrió la cabeza con ambos brazos. Cuando el proyectil estalló a doce metros de distancia, algo caliente y pesado le golpeó en la espalda y le cortó la respiración.

Por un segundo, McLaughlin pensó que el proyectil llevaba su nombre grabado, pero cuando consiguió incorporarse, se dio cuenta de que simplemente había sido golpeado por un pedazo de barro humeante del tamaño de una pelota de baloncesto. La fuerza de la explosión lo había arrancado del suelo y había acertado de lleno entre sus omóplatos. A pocos metros vio un pie humano cercenado que descansaba sobre el barro al alcance de su mano. Otros dos proyectiles explotaron cerca de allí en rápida sucesión.

—¿Estás bien, Mac? —oyó preguntar a su amigo, el sargento John Knorr.

—Sí, salgamos de aquí —respondió McLaughlin con voz ronca, esforzándose por ponerse en pie—. Desde luego, los japoneses nos tienen en su radio de alcance.

Al dirigirse hacia los límites del pueblo, buscó al soldado que se había llevado la pistola de Henry, pero *El Indio* había desaparecido. Porter no volvió a verlos a él o a la pistola nunca más, pero más tarde, en el cuartel general del batallón, se enteró de que al fugitivo se le había diagnosticado fatiga de batalla y había sido ingresado en un centro psiquiátrico.

«El oficial al mando del batallón quería someterle a un consejo de guerra», dijo McLaughlin, «pero los médicos determinaron que había sufrido una conmoción por un proyectil y que ni siquiera sabía dónde estaba. Estaba totalmente fuera de sí».

Antes de que terminara la primera quincena de mayo, la enfermedad del *Indio* se convertiría en una epidemia.

Un número indeterminado de historiadores, periodistas y observadores militares —por no hablar de los miles de reclutas que lo padecieron— han intentado describir las condiciones y los acontecimientos que prevalecieron al sur de Okinawa en mayo de 1945. Pero ninguno ha logrado reflejar el horror absoluto de aquellos días y aquel lugar, un horror que no sólo desafía las capacidades verbales del ser humano, sino también su imaginación.

Las palabras, por gráficas que sean, se quedan cortas. Ni siquiera las lágrimas, las maldiciones y otras manifestaciones emocionales pueden reproducir el impacto total de lo acaecido allí. Quizá por ello muchos ex combatientes de Okinawa han optado por llevarse los recuerdos de aquel mes terrible a la tumba en lugar de intentar compartir el horror con amigos y familiares.

Irónicamente, al otro extremo del mundo, en el escenario europeo de operaciones, el momento era inmejorable. El 8 de mayo, después de casi seis años, de millones de muertes y de una destrucción incalculable, la guerra en Europa había terminado. La Alemania nazi capituló. Adolf Hitler se quitó la vida. En Estados Unidos, millones de estadounidenses invadían las calles para celebrar el Día de la Victoria en Europa. Y desde París a Panamá, pasando por Londres y Luzón, la mayoría de los ocho millones de hombres y mujeres pertenecientes a las fuerzas armadas de Estados Unidos se unieron al jolgorio. Los buques de la Armada fondeados frente a la cabeza de playa de Hagushi dispararon miles de proyectiles para conmemorar aquel acontecimiento, y crearon tal estruendo que muchos soldados de tierra creyeron que los japoneses estaban lanzando una contrainvasión.

Pero para las fuerzas estadounidenses desplegadas en Okinawa, era sin duda un momento nefasto. El duelo, el sufrimiento y el terror estaban a la orden del día. Mayo de 1945 sería uno de los meses más mortíferos de la historia del Ejército estadounidense, y cuanto más ascendía el recuento de víctimas, más sonaban a fantasía burlona las noticias sobre la paz en Europa.

Como lo expresaba el soldado de primera clase Gene Sledge, de la compañía K/3/5: «Nos habíamos resignado al hecho de que los japoneses lucharían hasta la aniquilación total de Okinawa, como habían hecho en otros lugares, y que Japón debería ser invadido con las mismas perspectivas horripilantes. Para nosotros, la Alemania nazi bien podría haber estado en la Luna».

El 29 de abril se celebraba el cumpleaños del emperador Hirohito y la festividad más destacada del calendario japonés. Aquella anoche, el general Ushijima congregó a su estado mayor en la espaciosa cueva situada treinta metros por debajo del castillo de Shuri, que albergaba el cuartel general del 32.° ejército japonés.

El propio Ushijima no participó en la acalorada discusión que dominó el encuentro, y prefirió dejar que cada alto mando del estado mayor vertiera su parecer sobre la situación actual del combate. El general Cho, el exaltado —y cada vez más impaciente— jefe del estado mayor de Ushijima, habló casi todo el tiempo. «¡Debemos organizar un contraataque masivo mientras todavía dispongamos de efectivos!», vociferó Cho. «En unas semanas, el desgaste habrá consumido a nuestras tropas y estaremos demasiado débiles para emprender la ofensiva. Tenemos que atacar ahora y destruir a los estadounidenses, aun a riesgo de perder todo nuestro ejército. ¡Prefiero que muramos todos luchando que seguir deslizándonos con pasividad hacia una derrota segura!»

La sonora llamada de Cho a la acción ofensiva gozó de buena acogida entre la mayoría. De todos los altos mandos presentes, sólo el coronel Yahara, el cerebro de la estrategia defensiva en Okinawa, se levantó para manifestar su oposición. «Es una realidad manifiesta que el enemigo ha penetrado en la zona defensiva de Shuri y ha ganado hasta dos kilómetros en un mes de combate», reconoció Yahara. «Pero también es cierto que en ninguna otra isla invadida han resistido tanto tiempo nuestras fuerzas con los elementos esenciales intactos. Los estadounidenses han sufrido grandes pérdidas, y el 32.° ejército todavía cuenta con fuerza suficiente para oponer una resistencia prolongada. Pero sería una locura atacar, porque romper las líneas estadounidenses en las montañas exigiría unas fuerzas mucho más numerosas de las que poseemos.»

«Por tanto, el ejército debe seguir adelante con sus operaciones actuales», concluyó Yahara, «reconociendo tranquilamente su destino final, porque la aniquilación es inevitable, se haga lo que se haga».

Algunos de sus compañeros más conservadores compartían la visión de Yahara, pero la mayoría no hicieron gala de un gran entusiasmo ante los lúgubres pronósticos del coronel. Cho, por su parte, ofreció un plan detallado y audaz para destruir el frente estadounidense, aniquilar cuatro divisiones y conservar el honor del 32.° ejército. El 30 de abril, justo después de medianoche, con las pasiones avivadas por cantidades ingentes de sake, el plan de Cho fue aprobado por una aplastante mayoría de altos mandos, junto con la recomendación de lanzar el ataque principal el 4 de mayo antes del amanecer.

No cabía duda de que Cho había invertido mucho tiempo en los detalles de su plan: la 24.ª división japonesa debía conquistar el extremo oriental de la escarpadura de Maeda y el pueblo que le daba nombre, y se haría con el control de la carretera 5. Después, la 44.ª brigada se dirigiría a la costa oeste y sitiaría a las divisiones 1.ª y 6.ª de marines. Con la ayuda de la 62.ª división, la 44.ª brigada aniquilaría a los marines mientras la 24.ª conquistaba la montaña. Mientras tanto, en la zona oriental de la isla, dos regimientos de infantería atacarían a la 7.ª división de Estados Unidos desde el terreno elevado que circundaba monte Cónico.

Cho consideraba el área cercana al pueblo de Maeda la clave para toda la ofensiva, de modo que asignó infantería adicional y dos compañías de tanques ligeros y medianos para que reforzaran el ataque en aquella zona. Dispuso además un bombardeo de la artillería pesada antes de la ofensiva, e incluso consiguió apoyo aéreo, algo infrecuente para las tropas de tierra japonesas en Okinawa. La noche del 3 de mayo, bombarderos japoneses atacarían los aeródromos de Yontan y Kadena, así como la retaguardia del 10.° ejército, y la mañana del día 4, coincidiendo con la primera fase de la ofensiva, se dirigiría un gran ataque kamizake contra los barcos estadounidenses anclados frente a la costa.

Según creía Cho, en tres o cuatro días sus fuerzas podrían hacer retroceder a los estadounidenses unos seis kilómetros hasta una línea que recorría toda la isla de este a oeste y atravesaba el municipio de Futema, donde se hallaba el cuartel general de la 96.ª división de Estados Unidos (que Cho identificó erróneamente como el del general Buckner). En ese momento, concluyó Cho, aunque las tropas japonesas supervivientes no pudieran defender la línea, el Ejército Imperial habría preservado al menos su honor, algo que nunca podría hacer escondiéndose en agujeros y aguardando la muerte.

Cuando se presentó la recomendación a Ushijima, éste la ratificó con una rapidez que debió de sorprender a Yahara y casi sin discusión, salvo expresar su deseo personal de luchar hasta el final en una última apuesta desesperada por la victoria. Poco después, se dictaron órdenes oficiales para lo que constituiría la última ofensiva —y la más sangrienta— del Ejército japonés en la guerra.

A medida que las órdenes recorrían la cadena de mando hasta llegar a cada una de las unidades de la 24.ª división, su intención era clara y su formulación iba directa al grano: «Presenten una fuerza conjunta. Cada soldado debe matar al menos a un demonio estadounidense».

Excepto por algunos chaparrones ocasionales, el mes de abril se caracterizó por un clima despejado y por lo general agradable. Pero la llegada de mayo marcó un cambio abrupto e inoportuno. Empezaron a caer lluvias torrenciales en cuanto se pasó página en el calendario y se prolongaron buena parte del mes.

«Aquí ha llovido todo el día», escribió el soldado de primera clase Alfred «Al» Henderson, de la 96.ª tropa de reconocimiento, en una carta fechada el 2 de mayo a su esposa Gladys, que residía en Pine Bluff, Arkansas. «Nos alegramos mucho cuando sale el sol y resiste. Está todo enfangado y hace frío. Si esto sigue así, necesitaremos abrigos.»

Y vaya si siguió, día tras día, con algún que otro respiro. Henderson tuvo suerte de que su sección acabara de ser retirada de la línea del frente y enviada a la retaguardia por unos días para custodiar un hospital y descansar. En lugar de pozos de tirador embarrados, él y sus compañeros

disponían de tiendas de campaña para tres personas, camas cómodas, sábanas limpias y tres comidas calientes al día. «¡Menudo lujo!», escribió Henderson, «y la comida también está muy buena».

En cambio, para los marines y los soldados desplegados en el frente, los efectos de las lluvias diarias eran mucho más deprimentes y peligrosos.

«Cada mañana había quince centímetros de agua en nuestros pozos de tirador y la lluvia no dejaba de caer», dijo el soldado de primera clase Harry Bender, miembro de la 1.ª sección de la compañía K/3/5. «Pronto se te hundían las espinillas en el barro y las montañas resbalaban tanto que apenas podías mantenerte de pie cuando te ordenaban que avanzaras. Los japoneses amañaban una especie de trampa explosiva enterrando granadas en el lodo de las que sólo sobresalían los pistones, de manera que si pisabas una, explotaba. Tenías que andar con cuidado constantemente.»

En la línea del frente en la que las compañías K y L del 3.er batallón de la 1.ª división de marines habían reemplazado a los abatidos soldados de la 27.ª división el 1 de mayo, la artillería enemiga no daba un solo respiro. Breves interludios de tranquilidad angustiosa se rompían inevitablemente por el estruendo de la artillería, sobre todo de una enorme batería de 150 mm que los japoneses sacaban y entraban en una cueva mediante raíles.

Tras 48 horas de esta guisa, el sargento George Peto, un «viejo» de veintidós años procedente de Akron, Ohio, y marine desde el verano de 1941, sentía como si hubiese sido presa del fuego durante un mes entero. «Al principio estábamos convencidos de que podríamos ganar terreno a los japoneses», recordaba Peto décadas después, «pero estábamos en un grave error. Lo único que podíamos hacer era agacharnos mientras ellos nos masacraban».

Peto no era nuevo ante situaciones de combate duras. Su sección de mortero había sido fundamental en el rescate de dieciocho supervivientes de una compañía de la 1.ª división de marines, compuesta por 235 hombres que se encontraban asediados en un resalte de coral llamado «el Punto», en Peleliu. En tres grandes campañas, Peto había esquivado más disparos certeros de los que podía contar. Justo unas horas antes, un proyectil de 150 mm había destruido el puesto de observación desde el que dirigía el fuego de un mortero de 81 mm. Peto cayó al suelo bajo una lluvia de metralla, y el teléfono le fue arrancado de la mano.

«Maldita sea, creíamos que habías muerto seguro», dijo uno de sus compañeros a Peto cuando el sargento, cubierto de polvo, salió tambaleándose del puesto de observación devastado. Pero aparte de algunos moratones y rasguños, Peto salió ileso. Hasta el momento, nada de lo que le había lanzado el enemigo en más de dos años había dado en el blanco.

No podía decirse lo mismo del mejor amigo de Peto, el cabo Henry Rucker, de Gaffney, Carolina del Sur. Rucker había sido herido de gravedad por una ametralladora japonesa en Peleliu y pasó varios meses en un hospital, pero tuvo el infortunio de recuperarse a tiempo para Okinawa.

«Yo le llamaba *El Penurias*, porque si Rucker no tenía mala suerte, entonces podríamos decir que no tenía ninguna en absoluto», aseguraba Peto. «Pero desde el día en que nos conocimos, ambos recién salidos del campo de entrenamiento de Parris Island, trabamos una amistad instantánea que se fortaleció con el tiempo.»

El día 3 de mayo, alrededor de mediodía y durante un paréntesis momentáneo en el

bombardeo, Peto se detuvo cuando iba de camino a su nuevo puesto de observación junto a un grupo de siete marines amontonados entre unas rocas. Su mejor amigo, Rucker, estaba entre ellos.

—Será mejor que salgáis de ese corrillo y dejéis algo de espacio entre vosotros —dijo Peto—. Un proyectil de ese cañón japonés de 150 mm podría alcanzaros en un abrir y cerrar de ojos.

—Ah, no te preocupes —repuso Rucker—. No pasa nada. Vigila tú en ese puesto de observación. Fuiste tú el que estuvo a punto de caer el otro día.

Al echar a andar de nuevo, Peto pensó en lo bonito que sería estar de vuelta en Melbourne, donde él y Rucker habían vivido juntos tantos fines de semana desenfrenados mientras estuvieron acampados cerca de la ciudad australiana en 1943. Ambos habían encontrado novia más o menos estable en Melbourne, y la mujer con la que salía Rucker regentaba un lujoso restaurante en el que siempre podían disfrutar de una cena fantástica gratis. Al cabo de un segundo, el recuerdo estalló como una burbuja y desapareció.

Peto sólo había recorrido unos veinticinco pasos cuando oyó venir el proyectil enemigo. Sonaba como un tren de carga, y Peto se echó al suelo cuando hizo explosión. Un momento después, miró hacia donde estaban Rucker y los otros marines, pero lo único que pudo ver era humo y escombros saltando por los aires. Entonces la humareda se disipó y vio los cuerpos esparcidos por el suelo como si fuesen fardos de ropa vieja. Sintió un nudo en el estómago al comprobar que uno de ellos era Rucker.

—¡Médico! —gritó Peto. Fue tambaleándose hacia donde yacía su amigo, pero antes de acercarse lo suficiente para ver a Rucker, el teniente de Peto le asió por el hombro y le retuvo.

—No te gustará ver eso, George —dijo el teniente—. Deja que se ocupen los médicos».

Dos de los siete marines habían muerto en el acto, y Rucker estaba moribundo, con una enorme herida en el abdomen, un brazo del que sólo quedaba un muñón y lesiones de metralla por todo el cuerpo. A pocos metros, una de las piernas del soldado Charles Kelly pendía de una delgada hebra de carne, que un médico cortó antes de que acostaran a Kelly en una camilla. Otros tres hombres estaban gravemente heridos.

—Dadme mi maldita pierna —exigió Kelly con un gemido—. ¡No pienso largarme de aquí sin mi maldita pierna! —El médico le complació colocando la pierna sobre la camilla.

—Abrame la barriga —suplicó Rucker mientras otro médico se ocupaba de él—. Estoy ardiendo por dentro. No soporto la presión. —En lugar de eso, el médico cortó el cinturón de municiones de Rucker, lo cual alivió un poco su dolor.

—No sé cómo lo resiste —dijo el doctor — pero saquémosle de aquí.

El Penurias sorprendió a todos los miembros del destacamento al aferrarse a la vida hasta la mañana siguiente, cuando murió a bordo de un buque hospital.

El 4 de mayo a las 4.30, una descomunal andanada de la artillería japonesa rugió desde la húmeda oscuridad de la escarpadura de Maeda, señalando el comienzo de la gran contraofensiva diseñada por el general Cho y aprobada por su homólogo Ushijima. En los treinta minutos siguientes, unos 8.000 artefactos sacudirían la zona de la 7.ª división en la costa este, y otros 4.000 irían dirigidos al territorio de la 77.ª división, a la derecha de la 7.ª.

Sin embargo, varias horas antes de que los grandes cañones dispararan sus primeras salvas, el

ataque enemigo había tenido un comienzo nada halagüeño. Alrededor de medianoche, dos regimientos de ingenieros japoneses intentaron desembarcar en las costas este y oeste de Okinawa, utilizando los restos de la flota de lanchas motoras suicidas. Pero los barcos de la Armada y las unidades de vigilancia del Ejército localizaron a los atacantes de la costa este mientras se encontraban todavía en el agua y acabaron con casi todos antes de que llegaran a la orilla. Los atacantes de la costa oeste consiguieron desembarcar, pero fueron aniquilados casi por completo por soldados de las divisiones 1.ª y 96.ª de marines. En total, murieron unos mil japoneses.

Entretanto, los problemas para los soldados de la 7.ª y la 77.ª divisiones habían empezado a las tres de la mañana, cuando los soldados oyeron voces en japonés y el traqueteo metálico de tanques avanzando mientras un grupo de infiltrados trataba de adentrarse en sus líneas. Una fuerza de fusileros, con unos efectivos que equivalían a una sección, y un número indeterminado de tanques lo consiguieron, pero se vieron atrapados detrás de las lineas enemigas y hechos pedazos.

A las 7.30, sólo tres horas después de la andanada inicial de la artillería, el empuje de la ofensiva japonesa prácticamente se había disipado. Los combates violentos se prolongaron todo el día y durante la noche del 4 al 5 de mayo, pero los japoneses ya no podían desplazar a los estadounidenses de sus posiciones bien afianzadas, como había sucedido cuando la situación era a la inversa.

El desenlace de numerosos y cruentos enfrentamientos a pequeña escala ayuda a explicar por qué fracasó la ofensiva.

Un equipo de observación integrado por cinco artilleros y encabezado por el soldado de primera clase Richard Hammond se había posicionado en la cima de una colina, por debajo de una formación rocosa, para cubrir un hueco en las líneas estadounidenses entre los batallones 1.° y 3.° del 306.° regimiento de infantería, y repelió varios ataques perpetrados por veintenas de japoneses que avanzaban a voz en grito. El soldado Joseph Zinfini fue víctima de una bala enemiga que le hirió en la cabeza, y Hammond y sus otros tres compañeros resultaron gravemente heridos, pero resistieron hasta que una patrulla del 306.° regimiento hizo retroceder a los atacantes. Los japoneses a la fuga dejaron atrás más de cien cuerpos frente a unas pérdidas estadounidenses que se cifraron en un muerto y cuatro heridos.

El 5 de mayo, el capitán Edward S. Robbins y su diezmada compañía E del 306.° regimiento se encontraban atrincherados en una colina situada al este de la carretera 5 cuando un numeroso destacamento de japoneses emprendió una embestida en medio de la oscuridad, a las 4.40 de la madrugada. Quince minutos después, el enemigo se batía en retirada, y la compañía de Robbins contraatacaba junto con otras unidades. Al final del día se contabilizaron más de ochocientos enemigos muertos y se habían destruido seis tanques japoneses.

Con las primeras luces del 5 de mayo, el teniente Richard McCracken, a la cabeza de la compañía A del 184.° regimiento de infantería, parte de la 7.ª división, estaba observando desde una posición que le ofrecía una amplia panorámica de la costa este cuando divisó un objetivo que casi le hizo enmudecer: según el cálculo de McCracken, unos 2.000 soldados enemigos estaban congregados en una zona abierta a los pies de un monte conocido como Y2, sobre el cual se había instalado el puesto de mando del 1.er batallón.

Incapaz de contactar directamente con la artillería, McCracken recordó al coronel Daniel Maybury, su comandante de batallón.

—¡Señor! ¡Señor! —dijo McCracken respirando entrecortadamente—. Ahí abajo hay japoneses por todas partes. ¡Debe de haber dos batallones y son blanco fácil!

—¡Fantástico! —respondió Maybury, igualmente excitado—. Por fin los tenemos fuera de sus malditas cuevas y en terreno despejado.

—Sí, señor —dijo McCracken—, pero debemos actuar rápido. Algunos de esos japoneses están en la base de su monte, a no más de cien metros de donde está usted sentado.

—Oh, no —protestó Maybury—, se trata de una patrulla de la compañía K.

—No sé quién demonios son —dijo McCracken—, pero hay muchos y tienen dos obuses apuntando directamente a su puesto de mando.

Maybury soltó una maldición y colgó para solicitar fuego de mortero y artillería. Mientras tanto, aparecieron dos tanques estadounidenses y dispararon contra los japoneses que operaban los dos cañones de 75 mm. A última hora de la mañana, los dos batallones japoneses, atrapados en terreno abierto sin cobertura mientras esperaban transporte, habían perdido a más de la mitad de sus hombres y a la mayoría de sus altos mandos.

Al comienzo de aquella segunda mañana, un lloroso general Ushijima, que había contemplado la debacle desde un lugar estratégico en la cima de los montes Shuri, comunicó al coronel Yahara que la ofensiva había terminado y que, a partir de entonces, dejaba en sus manos a las tropas restantes para que las empleara lo mejor posible. Por la tarde, incluso el general Cho se vio obligado a reconocer que su ofensiva había sido un fracaso estrepitoso, y a las seis, Ushijima ordenó a su ejército que retomara sus posiciones defensivas.

El ataque de Cho había dejado al 32.° ejército con más de 6.000 muertos y la mayoría de sus tanques destruidos, pero las pérdidas estadounidenses también eran elevadas. La 1.ª división de marines registró 649 muertos, heridos o desaparecidos en los dos días de combate, y la 7.ª y la 77.ª divisiones de infantería comunicaron un total de 687 bajas durante el mismo período.

Fue, y seguiría siendo, el único error táctico grave de Ushijima, pero los defensores japoneses habían pagado un alto precio por él. Como expresó con contundencia la historia oficial del Ejército estadounidense: «Concebida con un exceso de ambición y ejecutada con ineptitud, la ofensiva fue un error colosal».

Para la 1.ª división de marines, el contraste entre los últimos días de abril y los primeros de mayo no podía haber sido más pronunciado. La pura conmoción del cambio era comparable a ser echado a patadas del paraíso y desterrado al recodo más profundo e infernal de la perdición. En palabras de George McMillan, autor de *The Old Breed,* «requirió ciertas adaptaciones rigurosas».

La compañía K/3/5 había registrado su primera muerte en combate la tarde del 1 de mayo. El cabo Howard Nease, célebre por ser el hombre que invitó a sus compañeros a comer todo el pavo hurtado del comedor de oficiales que pudieran ingerir durante la Nochevieja de 1944 en la isla de Pavuvu, fue víctima de la metralla cuando la compañía se aventuró entre el fuego de artillería para relevar al 106.° regimiento de infantería del Ejército.

Entonces, a las nueve de la mañana del 2 de mayo, bajo un torrencial aguacero, las tres secciones de fusileros de la K/3/5 se unieron al resto del 3.er batallón del 5.° regimiento de marines para atacar los mismos montes que habían mantenido a raya a los soldados del 106.° regimiento durante días, y con los mismos resultados desalentadores.

El soldado de primera clase Gene Sledge rezó por las secciones de fusileros atacantes mientras observaba desde su posición de mortero. «Apenas habían salido de sus pozos de tirador cuando una lluvia de fuego enemigo proveniente de nuestro flanco delantero e izquierdo les obligó a regresar», recordaba Sledge». «Los batallones desplegados a nuestra derecha e izquierda corrieron la misma suerte.»

«No habíamos recorrido ni cien metros cuando nos castigaron con un aluvión de fuego de mortero», contaba el soldado de primera clase Bill Leyden, que dirigía un equipo de ataque en la 1.ª sección. «Debía de haber mil morteros de patrulla allí arriba.»

Cuatro hombres de la K/3/5 —el sargento John P. Heeb y los soldados de primera clase Harman Baur, Cecil Stout y Marión Westbrook— murieron ese día. Otros ocho sufrieron heridas, entre ellos el teniente Bucky Pearson, comandante de la 1.ª sección. Sledge y tres de sus compañeros respondieron a una llamada urgente solicitando camilleros para sacar a los marines en estado grave de la línea de fuego.

El sargento de artillería Hank Boyes, condecorado con una Estrella de Plata en Peleliu por dirigir la destrucción de un importante fortín japonés, guió a sus hombres hasta un lugar seguro a través de un desfiladero, y luego arrojó granadas de humo para cubrir su retirada mientras una lluvia de fuego de ametralladoras, morteros y armas ligeras tronaban a su alrededor.

Boyes fue el último en llegar al desfiladero a través del fuego cruzado. Cuando regresó a las filas de la compañía tenía un agujero de bala en su gorra de lona, otro en la pernera del pantalón, y sangraba por los fragmentos de mortero que se habían incrustado en su pierna.

—Tienes que ir a un puesto de socorro, Hank—le dijo alguien— ¿Quieres que avise a un médico?

—Olvídalo —respondió Boyes—. Me curaré yo mismo, pienso quedarme aquí.

El 3 de mayo se repitió la misma acción con un resultado igualmente descorazonador para la compañía K/3/5: los soldados Wilburn L. Beasley y Jay W. Whitaker perecieron y otros diez salieron heridos. (El teniente Pearson se reincorporó cuatro días después, pero los demás heridos, con la salvedad de Boyes, fueron evacuados.)

Transcurridas menos de sesenta horas de combate, la compañía había perdido a veinticuatro hombres, el 10 por 100 de sus efectivos totales.

El 4 de mayo llegó la gran contraofensiva japonesa. Uno de sus objetivos primordiales era aislar y destruir a la 1.ª división de marines.

El cabo de marines Jack Armstrong, comandante de un carro de combate Sherman que recientemente se había convertido en el único de su sección que contaba con lanzallamas para despejar cuevas, se despertó con un mal presagio la mañana del 4 de mayo. Como se demostró, la sensación estaba plenamente justificada.

«El lanzallamas montado en un tanque era un arma magnífica y mucho más eficaz que los

modelos manuales», dijo Armstrong, «pero aquel gran cilindro de napalm que incorporaba me ponía nervioso. Me imaginaba que si un proyectil japonés impactaba contra aquello, nos freiríamos en cuestión de segundos. Tenía la misma sensación con los tanques de gasolina que utilizaba el Ejército, y agradecí mucho que el nuestro fuera de gasóleo».

Eran muchos los que compartían el sentimiento de Armstrong. Como decía el cabo Floyd Cockerham, también texano y comandante de tanque: «El alto mando de los marines merece que se le reconozca el hecho de que se negara a aceptar los tanques de gasolina. Los bimotores a gasoil que teníamos funcionaban bien. Su velocidad punta era de 56 kilómetros por hora, que no estaba mal teniendo en cuenta su tamaño, y jamás perdimos uno por una explosión dentro del vehículo».

Hasta cinco días antes, cuando se le ordenó que acudiera al frente en apoyo a los tres regimientos de infantería de la 1.ª división de marines, el 1.er batallón de tanques había vivido la proverbial «vida de Riley»[7] en la plácida zona rural situada al norte de la zona de combate (como podía atestiguar el irreprimible soldado Howard Towry). Pero como ex combatiente de cabo Gloucester y Peleliu, Armstrong sabía que los buenos tiempos no durarían para siempre. De hecho, consideraba un milagro que el batallón no hubiera sido arrojado al combate mucho antes.

Después de ver muchos de sus tanques destruidos o inhabilitados en la lucha por la cordillera de Kakazu, los mandamases del Ejército habían intentado echar mano de los intactos Sherman de los marines durante dos semanas. Sólo la contundente objeción del general Roy Geiger, comandante en jefe del Cuerpo de marines en Okinawa, sumada a una apelación directa al general Buckner, había impedido que el batallón fuese sometido al control del Ejército.

Armstrong se alegró de que él y su personal pudieran unirse a un equipo de ataque de la infantería de marines integrado por cinco hombres. Todos los Sherman de la sección contaban con un equipo de ataque asignado y, aunque cambiaban de cuando en cuando, los soldados de infantería y las dotaciones de tanques mostraban un fuerte sentimiento de camaradería y se brindaban apoyo mutuo.

«Nuestro equipo de ataque nos salvó el pellejo más de una vez cuando los japoneses intentaban atacarnos con TNT o bombas incendiarias», explicaba Armstrong.

A los soldados de infantería les encantaba que Armstrong hubiese apodado su tanque *Billete a Tokio*. A ellos también les gustaba dar una vuelta en el casco del tanque cuando no había francotiradores enemigos por allí, pero se negaban a entrar en él.

—Me siento atrapado ahí dentro, tío —confesó uno de ellos a Armstrong—, como si estuviese en un maldito ataúd de acero. Me aterra de verdad.

—Es curioso —replicó Jack—. Lo que a mí me asusta es andar por ahí sin protección como hacéis vosotros. Me siento mucho más seguro en las tripas de este tanque.

La tarde del 4 de mayo, el *Billete a Tokio* circulaba con gran estruendo por un desfiladero que separaba dos montes de regreso a terreno amigo después de un intercambio de disparos de los tanques y la infantería con los atacantes japoneses. Armstrong ocupaba su posición habitual en la parte posterior derecha de la torreta del tanque, vigilando la posible presencia de pelotones suicidas enemigos desde lo que denominaban «cesta del compartimento de combate».

Justo enfrente de Armstrong se encontraba el soldado de primera clase Ben Okum, el copiloto y artillero, y a la izquierda de éste viajaba el soldado David Spoerke, cargador del cañón de 75

mm del Sherman y, a sus dieciocho años, su tripulante más joven. El cabo Harlan Stephan, el piloto, estaba a los controles en la parte frontal izquierda del carro de combate y a su derecha el cabo Alvin Tenbarge, el artillero del cañón.

Los cinco habían estado juntos desde cabo Gloucester, y habían sobrevivido a la mayor batalla de tanques de la guerra del Pacífico, librada en Peleliu, sin sufrir un solo rasguño. En ocasiones, Armstrong se preguntaba si todos habían nacido bajo la misma estrella. Parecía improbable, ya que Stephan, Tenbarge y Okum eran de Michigan, mientas que Armstrong venía de Texas y Spoerke de Wisconsin.

Después de aquel día, ya no tendría más motivos para dudar.

Prácticamente habían dejado atrás el desfiladero cuando tres proyectiles antiblindaje de 47 mm surgieron de la nada con sólo unos segundos de diferencia. El primero abrió un enorme boquete en la parte frontal del Sherman, justo en medio de Stephan y Tenbarge.

Gotas de sangre salpicaron las gafas de Armstrong y le chorreaban por la cara. Le pareció oír un grito ahogado desde la parte delantera. Entonces impactaron el segundo y el tercer proyectiles, ahogando todo lo demás y lanzando fragmentos de metralla que pasaron rozando la cabeza de Armstrong. El tanque se detuvo en seco.

En medio del silencio atronador que se impuso, Armstrong se enjugó la sangre de la cara con el guante e intentó levantarse.

—¡Harlan! —gritó, casi incapaz de oír su propia voz por el zumbido de sus oídos—. ¿Estás bien?

—Dios mío, creo que está muerto —masculló Spoerke envuelto en la penumbra humeante. Entonces el tanque dio una abrupta sacudida que lanzó a Armstrong hacia atrás.

—Tenemos que largarnos —oyó gemir a Stefan mientras el tanque cogía velocidad—. Tenemos que salir de aquí.

«Al menos está vivo», pensó Armstrong, «pero debe de estar malherido».

Cuando el Sherman se detuvo de nuevo, lo hizo más allá del desfiladero y resguardado del cañón japonés por una colina. Armstrong por fin logró hacerse un hueco entre Spoerke y Okum para comprobar el estado de Stefan. Lo que vio le convulsionó desde la raíz del pelo hasta la planta de los pies, pero también dejó claro que acababa de ser testigo de un milagro.

«Sólo Dios sabe cómo pudo apartar Harlan aquel tanque del peligro», recordaba Armstrong muchos años después. «Su brazo izquierdo había desaparecido por completo. El primer proyectil se lo había arrancado justo por debajo del codo y cuando llegué hasta él, parecía que hubiese perdido tres litros de sangre. El asiento del conductor estaba empapado y todavía salía sangre a borbotones del muñón, pero se las arregló para conducirnos a una zona relativamente segura con un solo brazo. De lo contrario, estaríamos todos muertos.»

Armstrong volvió la cabeza hacia Okum, que miraba a Stefan con unos ojos como platos.

—Por dios, hazle un torniquete antes de que muera desangrado —dijo Armstrong, y entonces gritó a Spoerke—. Davey, sal por la torreta y vete a buscar a un médico.

—Tienes que sacar a los demás de aquí, Jack —susurró Stefan. Estaba entrando en estado de shock por la pérdida de sangre, pero el resto de los tripulantes seguía siendo su principal

preocupación—. Vete a ver a Tenbarge. Creo que está herido.

«Yo también debo de haber sufrido una conmoción», pensó Armstrong. Hasta entonces se había centrado tanto en Stefan que se había olvidado de Tenbarge. En ese momento se dio la vuelta hacia el artillero, pero en la penumbra no veía más que una forma inmóvil y oscura. Cuando extendió el brazo para palpar posibles heridas, su mano se hundió hasta la muñeca en una enorme cavidad llena de sangre que soba ocupar el estómago de Tenbarge.

—Dios mío —dijo Armstrong— ese proyectil le alcanzó directamente en la barriga. Saquemos a Harlan. Podemos venir a por Alvin más tarde. Está muerto.

Con sumo cuidado, mientras Armstrong sostenía los restos del brazo destrozado de Stefan, sacaron al conductor y le tendieron suavemente en el casco del tanque. El torniquete había frenado la hemorragia del brazo hasta reducirla a un goteo, pero para Armstrong, su fornido amigo parecía tan pequeño y encogido como «un frágil anciano». Los ojos de Stefan seguían abiertos y movía los labios, pero Armstrong no entendía lo que decía.

—A Harlan prácticamente no le queda sangre —dijo Armstrong a Okum—. Si no le llevamos a un puesto de socorro, morirá en unos minutos.

Segundos después, hicieron aparición dos médicos y un grupo de camilleros. Mientras los médicos administraban plasma a Stefan, Armstrong y el resto de tripulantes volvieron al interior del tanque destruido y sacaron el cuerpo de Tenbarge.

En ese momento llegó el cabo Floyd Cockerham en su Sherman y quedó atónito ante la escena que estaba presenciando. «Harlan era un deshecho ensangrentado», recordaba Cockerham. «No vi a Alvin cuando le sacaban de allí, pero Jack me dijo que estaba horriblemente destrozado.»

Según Cockerham, el pasadizo entre las montañas en el que se produjo el ataque se había utilizado muchas veces, y los tanquistas de los marines conocían un punto vulnerable situado en una de las laderas. Lo que no advirtieron fue que, la noche anterior, los japoneses habían montado un cañón camuflado de 47 mm armado con proyectiles térmicos para atacar a los tanques estadounidenses a su regreso del combate.

«No sé por qué los japoneses esperaron a atacar hasta el viaje de regreso», dijo Cockerham. «Tal vez creían que no nos quedaría munición y no podríamos responder, pero se equivocaban. Siempre disponíamos de abundante munición para situaciones como aquélla.

Varios tanques nuestros abrieron fuego, y cuando cesaron los disparos no hubo respuesta del cañón enemigo.»

Finalmente, los médicos consiguieron llegar hasta Jack Armstrong, que estaba empapado en sangre. Se encontraba sentado en el suelo, apoyado contra una roca y mirando perplejo un afilado fragmento de metralla que se había alojado en la pernera de sus pantalones y que no vio hasta que hubo abandonado el tanque.

—Vamos hijo, tenemos una camilla para usted —dijo uno de los médicos. «Le llevaremos al puesto de socorro para que le hagan una revisión».

«Pero si a mí no me pasa nada, doctor», protestó Armstrong.

«Ha perdido mucha sangre, hijo, y tiene un aspecto horrendo. Necesita atención médica».

«Esta sangre no es mía», dijo Armstrong. «Pertenecía a varios amigos míos».

«Mire, estamos intentando ayudarle», dijo un musculoso marine que sostenía un extremo de la

camilla. «Suba a la camilla y no cause problemas». Su voz rezumaba un leve atisbo de amenaza.

Armstrong estaba demasiado empapado y triste como para seguir discutiendo. Se encogió de hombros, echó un último vistazo a los restos del *Billete a Tokio* y dejó que los camilleros se lo llevaran.

El 8 de mayo llegó la 6.ª división de marines para asumir el control del sector más occidental del frente del 10.° ejército, que seguía una línea irregular por el sur de Okinawa y era controlado por soldados de cuatro divisiones. Estaban a punto de producirse otros cambios importantes en la composición de las fuerzas estadounidenses desplegadas en la línea del frente.

El 10 de mayo, la 96.ª división volvió de un descanso de diez días para tomar posiciones en el extremo oriental de la línea y reemplazar a los tres regimientos de infantería de la 7.ª división —184.°, 32.° y 17.°—, que por fin eran relevados después de 39 días consecutivos en la zona de combate. El área central del frente era defendida por unidades de los regimientos 306.° y 307.° de infantería, pertenecientes a la 77.ª división, y justo a su derecha se encontraban el 1.° y el 5.° regimientos de la 1.ª división de marines. El 22.° regimiento de la 6.ª división de marines fue el primero de sus tres regimientos de infantería en entrar en combate en el extremo occidental del frente.

Estas reestructuraciones, efectuadas bajo intensos aguaceros y en mares de lodo, llevaron a miles de soldados descansados a las disputadas montañas. Pero a pesar de este influjo, el general Buckner no tenía prisa por arrojar a las tropas de su 10.° ejército a nuevas ofensivas frontales contra unas posiciones enemigas defendidas con fanatismo. Una y otra vez, las experiencias del mes anterior habían demostrado con dramatismo que esos ataques suponían un elevado coste para la infantería y, sin embargo, no conllevaban mayores ganancias territoriales que las tácticas más conservadoras. La 77.ª división del general Andrew Bruce había cosechado un impresionante triunfo con una estrategia que consistía en concentrar la máxima potencia de fuego en un objetivo limitado. El avance era lento, pero funcionaba, y en aquel momento, Buckner se mostraba más que dispuesto a probar la táctica de Bruce.

Sin embargo, por desgracia para la infantería, el superior de Buckner, el almirante Kelly Turner, seguía empecinado en la rapidez. Turner recordaba diariamente a Buckner la necesidad de finiquitar la campaña de Okinawa con la máxima prontitud. La Armada estaba sufriendo enormemente la arremetida de los kamikazes, subrayó, y cada día que prolongaba el combate por tierra, mayor era el número de bajas del 58.° grupo de operaciones, los radares móviles avanzados, que eran muy vulnerables, y las embarcaciones estadounidenses en general.

Buckner respondió a la impaciencia de Turner ordenando lo último que quería cualquiera de sus comandantes de infantería sobre el terreno: otra ofensiva general —la de mayor envergadura hasta la fecha—, recurriendo a las mismas tácticas brutales de asalto de antes. En esta ocasión, sería un ataque coordinado por toda la extensión del frente, de costa a costa de Okinawa. Acaudillado por regimientos de infantería de primera pertenecientes a las cuatro divisiones, la meta del ataque era simple y ardua a partes iguales: machacar la zona defensiva de Shuri de una vez por todas, destruir el cuartel general de Ushijima y obligar a los defensores japoneses a huir, capitular o morir.

Todas las unidades participantes partirían simultáneamente el 11 de mayo a las siete de la mañana. Las dos divisiones de marines, la 1.ª y la 6.ª, serían responsables de la mitad occidental del frente, y las dos divisiones del Ejército, la 77.ª y la 96.ª, de la mitad oriental.

Los Deadeye de la 96.ª división, que habían sufrido el mayor número de bajas en los ataques repetidos contra la cordillera de Kakazu, habían recibido reemplazos para cubrir los huecos de sus filas. Reforzada y revitalizada tras diez días de descanso, a esta división, la más experimentada del Ejército en Okinawa, se le encomendó la misión de romper el flanco japonés al este y hacerse con el control del monte Cónico, una formación en forma de cono que se alzaba casi 150 metros por encima de la llanura costera. El monte Cónico constituía el marco del extremo oriental de la línea defensiva de Ushijima y había sido una espina que el 10.° ejército tenía clavada desde finales de abril. Debían conquistarla si pretendían penetrar en las líneas enemigas.

En la zona central izquierda del frente, junto al sector ocupado por los Deadeye, la 77.ª división «Statue of Liberty» debía emprender la ofensiva al sur de Maeda por un terreno relativamente llano pero marcado por extensiones agrestes e irregulares y pequeños picos escarpados. Uno de ellos, con un extravagante apelativo, era la Gota de Chocolate, y el monte Flattop, con 76 metros de altura, se proyectaba hasta el sector de la 96.ª división. Si la 77.ª división conseguía adentrarse en las defensas enemigas, su objetivo último era avanzar unos 3.500 metros y conquistar el castillo de Shuri y el cuartel general de Ushijima. Sería un largo y difícil trayecto de tres kilómetros por un tortuoso laberinto de montes, y cada paso estaría expuesto a los cañones apostados en los montes de Shuri.

Entretanto, la 1.ª división de marines debía atacar en paralelo a la 77.ª en el sector centro-oeste del frente y abrirse paso hacia Shuri por una serie de colinas y quebradas igual de imponentes. El primer gran obstáculo que afrontaría la 1.ª división sería el monte Dakeshi, que acecharía a escasos cientos de metros cuando arrancara la ofensiva. El siguiente era el monte Rana y, superado éste, el desfiladero de Wana, nombres que añadirían un nuevo capítulo inolvidable a la historia orgullosa de la Old Breed.

Aquella maraña topográfica formaba la piedra angular de la zona defensiva de Shuri de Ushijima, y los soldados japoneses que la defendían cumplían órdenes de «resistir sin fallar». Se esperaba que la lucha enconada —aunque finalmente triunfal— de la 1.ª división en unos montes también surcados por cuevas y contra unos defensores que combatieron hasta la muerte en Peleliu ofreciera a la división una importante ventaja en aquella misión.

Finalmente, se asignó a las nuevas tropas de la 6.ª división de marines la tarea de irrumpir en la costa oeste de la isla para romper el flanco derecho de la línea japonesa, vadear el río Asa Kawa y dirigirse hacia el estuario de Asato. Después, la división debía poner rumbo al este, sorteando la ciudad arrasada de Naha y adentrándose en la retaguardia del reducto de Ushijima en los montes de Shuri. Desde allí, la 6.ª división tenía que avanzar por el valle del río Kokuba hacia el pueblo de Yonabaru, rodeando así el epicentro de las defensas de Ushijima.

Sólo tres pequeñas colinas —ninguna de ellas se erguía más de quince metros— se interponían en el camino de la 6.° división. Ninguno de los soldados rasos de infantería de la división sabía cómo denominar a estas pequeñas protuberancias anodinas cuando dio comienzo la ofensiva. De

hecho, parecían tan insignificantes desde la distancia que no parecía haber necesidad de llamarlas de ninguna manera.

Pero las identidades que les confirió la 6.ª división de marines, que intentaron conquistarlas en repetidas ocasiones y fracasaron en otras tantas, se convertirían en sinónimos de la batalla más horrenda de la historia de la unidad, y también en símbolos del extraordinario coraje y heroísmo que se precisó para ganar dicha batalla.

Entre los supervivientes a las tres colinas, se recordaron inevitablemente como Herradura, Media Luna y Pan de Azúcar. Sin embargo, la división tuvo que vadear primero el río Asa Kawa, que resultó ser una tarea infernal en sí misma.

Cuando se alistó al cuerpo de marines en enero de 1943, Ray Schlinder, de diecinueve años, tenía una meta primordial: ser un artillero de primera. En aquella época no sabía distinguir un rifle Browning del calibre 30 de un tirachinas, pero logró su objetivo aventurándose con audacia en la línea del frente con una sección de ametralladoras recién creada y trabando amistad con el sargento Bill Enright, un líder de pelotón de Indiana, el estado natal de Schlinder.

«Enright me entregó un manual de entrenamiento de unos siete centímetros de grosor y me dijo que memorizara hasta la última palabra en los tres días siguientes», recordaba Schlinder. «De lo contrario», me advirtió, «volverás con una sección de fusileros».

Schlinder pasó todos los minutos de que disponía, día y noche, estudiando el manual, y cuando llegó la hora de poner a prueba sus habilidades en el campo de tiro, aprobó con nota. Algo después, cuando encontró un par de tijeras oxidadas y le cortó el pelo a un amigo, también heredó el empleo de barbero de la compañía K del 3.er batallón de la 22.ª división de marines.

«Así que allí estaba yo, un artillero número uno y barbero de 235 personas», relataba, «y no sabía qué demonios estaba haciendo en ninguno de los dos casos. Un día, entró un alférez y me pidió un corte a cepillo. Cuando terminé parecía que le hubiese atacado con una granada de mano. Al día siguiente me destituyeron como peluquero de la compañía y me dijeron que me dedicara a ser un buen artillero a tiempo completo. Aquello me vino bien».

Cuando se constituyó la 6.ª división de marines el 1 de septiembre de 1944, el cabo Schlinder se convirtió en miembro fundador. Había desembarcado en Okinawa el Día del Amor y pasó las cuatro semanas siguientes en lo que él tildaba de «paraíso para un artillero», al norte de la isla. «Allí disparabas como si estuvieses en un campo de tiro y nadie respondía», explicaba.

El «paraíso» se desvaneció de súbito el 10 de mayo, tres horas antes de amanecer, cuando la sección de ametralladoras de Schlinder fue transportada en camión a la zona meridional del río Asa Kawa.

«A partir de ahora es cuestión de nadar o ahogarse, muchachos», les dijo el teniente coronel M. O. Donohoo, oficial al mando del batallón. «Vamos a cruzar.»

«Vadeamos el río con el agua hasta el pecho, y no nos dispararon en ningún momento», rememoraba Schlinder, «pero una vez que llegamos a la otra orilla, se desató el infierno».

Los fusileros y artilleros japoneses atraparon al batallón en un salvaje fuego cruzado entre un promontorio fortificado que se adentraba en el mar a la derecha de los marines y un terraplén de nueve metros de altura a la izquierda, en el que el enemigo había construido una serie de

emplazamientos para sus cañones.

«La situación es mala», informó el coronel Donohoo a su homólogo Merlin F. Schneider, comandante del regimiento. «Nos están liquidando, pero hemos cruzado el río y vamos a quedarnos.»

Schlinder, junto con el soldado de primera clase Ray Kieman, de Saint Paul, Minnesota, el artillero número dos del pelotón, y otros marines tuvieron suerte de estar junto a un gran tubo de drenaje de cemento, con unos sesenta centímetros de agua en su interior, y no dudaron en meterse en él. «Yo llevaba una mochila grande y me costaba intentar mantener la nariz fuera del agua», dijo Schlinder, «pero desde luego era mucho mejor que recibir un disparo».

La encarnizada batalla a orillas del río se prolongó durante dos días. El *impasse* se rompió finalmente cuando el general Shepherd, comandante de la división, ordenó a los ingenieros de los marines la construcción de un pontón Bailey, y se reclamó a dos compañías del 6.° batallón de tanques para que parapetaran a la infantería. La compañía B del batallón había intentado trasladarse allí para ofrecer apoyo blindado, pero sus Sherman medianos habían quedado varados en el cieno de las márgenes del río.

Los ingenieros trabajaron bajo repetidas andanadas de la artillería japonesa, disparadas en intervalos de dos horas desde los montes de Shuri durante la noche del 10 al 11 de mayo. Aunque varios de sus hombres resultaron heridos por una roca que salió despedida durante el bombardeo, los ingenieros continuaron trabajando, y acabaron el puente alrededor de las diez de la mañana del día 11. Después contemplaron, mugrientos y con ojos cansados, cómo la larga hilera de tanques lo atravesaba.

Un ingeniero pelirrojo de baja estatura se asomó por la ventanilla de un camión para despedir a las tripulaciones a su paso. «Volveremos a hacerlo siempre que nos necesitéis», vociferaba. «¡Enviad a esos bastardos al infierno!»

Un tanque con lanzallamas tomó la palabra al pequeño ingeniero. Cuando encendió su gigantesca antorcha en una cueva que albergaba un almacén de munición enemigo, la explosión proyectó rocas en todas direcciones.

«Una gran piedra golpeó a mi amigo Kieman y le fracturó la pierna», contaba Schlinder, «pero cuando llegué a donde estaba, me lo encontré allí estirado, con una amplia sonrisa y fumando un Camel».

«¡Moríos de envidia, tíos!», chilló Kieman con regocijo. «¡Dios, me largo a casa!» Kieman pasaría varias semanas enyesado, y su pierna lesionada le causaría problemas durante los próximos años, pero muchos miembros de la 22.ª división se habrían cambiado gustosamente por él, máxime si hubieran sabido lo que les deparaba el futuro.

El día 11 de mayo, a última hora, la 6.° división había avanzado entre setecientos y mil metros, y en su trayecto sofocó varias bolsas de resistencia enemiga, que hubieron de retroceder por detrás de sus líneas. Aquella tarde, el 3er batallón de Schlinder había tomado una zona montañosa sólidamente fortificada que llegaba hasta el mar. Haría falta un día más de cruentos combates, así como la ayuda de varias unidades de la 29.ª división de marines, pero la línea defensiva de Asa Kawa empezaba a desmoronarse. A última hora del 13 de mayo, algunas unidades de los marines habían avanzado hasta 2.000 metros, pero sufrieron más de ochocientas

bajas en el proceso, y los que todavía podían luchar estaban exhaustos.

Justo por delante de ellos, bloqueando un amplio pasadizo que conducía al corazón de los montes de Shuri, se encontraba una especie de colina en forma de rectángulo irregular que dominaba la parte alta del río Asato y una extensión de terreno accidentado.

La 22.ª división había avistado por primera vez la colina cuando amainaron temporalmente las lluvias y se disipó la niebla el 12 de mayo. Debido a su forma, los soldados de infantería no tardaron en bautizar aquella protuberancia.

La llamaron Pan de Azúcar, pero de dulce no tenía nada.

9

Amargo peaje en Pan de Azúcar

A mediados de mayo, la campaña de Okinawa ya había durado más que la lucha por Iwo Jima o Saipan, y la mayoría de los estadounidenses desplegados en la isla, desde los soldados rasos hasta el general Buckner y sus comandantes de división, sabían que no se avistaba el final. Tampoco se intuía el final de las infernales lluvias.

Para unos hombres agotados del combate, hundidos hasta las rodillas en el barro rojizo y caldoso de Okinawa o calados de agua en unos pozos de tirador desbordados y con la artillería enemiga rugiendo sobre sus cabezas, la lucha incesante y los aguaceros recurrentes parecían destinados a durar para siempre. Aquel sentimiento quedó sobradamente ilustrado en una serie de cartas enviadas en mayo por el soldado de primera clase Al Henderson, de la 96.ª tropa de reconocimiento, a su mujer, que residía en Arkansas:

Ayer llovió toda la noche y hoy lo ha hecho durante todo el día. Está todo hecho un desastre. Apenas puedes caminar. El terreno está enfangado y resbaladizo...

Dudo que haya una colina por aquí que no tenga dos o tres cuevas atravesándola y veinte o treinta aberturas diferentes. Me da la sensación de que los japoneses llevan diez años o más cavando aquí. Eso ralentiza mucho nuestro avance...

Espero que esta lluvia desaparezca rápido. Está todo tan resbaladizo que no puedes caminar sin patinar y deslizarte en todas direcciones...

Hoy no he recibido carta, muñeca, pero sé que las guardan en algún sitio. Sólo han llegado cuatro o cinco para todo el grupo. Supongo que llueve tanto y hay tanto barro que los aviones no pueden despegar. Hoy ha vuelto a llover todo el día...

No creo que los japoneses puedan resistir mucho más. Saben que les hemos dado una paliza y no veo el día en que esto acabe. Espero que Rusia salte sobre los japoneses. Creo que se rendirían si Rusia entrara en guerra. Espero que salga el sol mañana, pero probablemente pase una semana antes de que se seque todo...

Hoy vuelve a llover. Parece que no vaya a parar nunca. A veces pienso que los grandes cañones provocan la lluvia, que hacen que el agua se desprenda de las nubes. Espero que llueva todo el tiempo cuando esté en casa contigo, preciosa, porque pasaremos cada segundo acurrucados, llueva o haga sol... Tengo la sensación de que he estado fuera un millón de años, y no ha pasado un solo segundo en que no te echara de menos...

La mañana del 13 de mayo encontró a las exiguas filas del 22.° regimiento, perteneciente al 2.° batallón de la 6.ª división de marines, atrincheradas a varios centenares de metros de los pies del Pan de Azúcar, lamiéndose las heridas de un ataque frustrado de la infantería y los tanques que

acometió en la montaña la tarde anterior.

El recuento de bajas del 10.° ejército en Okinawa superaba los 18.000 hombres, pero basándose en las experiencias de las últimas veinticuatro horas, los comandantes estadounidenses temían que lo peor estuviese por llegar, y tenían razón. Como un mal presagio de lo que había de venir, la semana anterior (del 5 al 12 de mayo) había sumado 4.500 estadounidenses muertos y heridos a ese total.

Ahora, el 32.° ejército del general Ushijima se encontraba en apuros, y sus soldados sabían que estaban condenados. Dado que el único objetivo que restaba a los japoneses era asesinar a tantos estadounidenses como pudieran, las bajas de las semanas venideras probablemente serían incluso más elevadas.

Ningún marine del 22.° regimiento dudaba de esa probabilidad, en especial los hombres de la compañía G del 2.° batallón, que tuvieron la desgracia de liderar el ataque del 12 de mayo.

A lo largo de los primeros novecientos metros del avance, las bajas fueron escasas para las tres secciones de fusileros de la compañía, pero a medida que se aproximaban al terreno elevado, el fuego enemigo se intensificó hasta convertirse en un estruendo, y los cañones ocultos de 47 mm empezaron a destruir los Sherman de apoyo del 6.° batallón de tanques, dejando a la infantería desprotegida.

Con dos de sus secciones sitiadas irremediablemente, el capitán Owen T. Stebbins, oficial al mando de la compañía, y su segundo comandante, el teniente Dale Bair, lideraron a los cuarenta hombres restantes de su sección en una ofensiva heroica pero desacertada.

Tras un avance de cien metros por la cara frontal de la montaña, sólo permanecían en pie doce hombres. Stebbins se encontraba entre los heridos de gravedad, con balas de ametralladora en ambas piernas, y en cuanto Bair se hizo cargo de los supervivientes, fue alcanzado por un fragmento de metralla que le arrancó un gran pedazo de carne de la pierna. Pero el corpulento y joven oficial continuó luchando, incluso después de ser disparado de nuevo en el brazo izquierdo. Con el brazo colgando inutilizado a un costado, Bair empuñó una ametralladora ligera con el brazo derecho, lanzando ráfagas contra todo japonés visible.

Con sólo veinticinco hombres y unos pocos tanques, y empleando granadas y proyectiles de humo a modo de cobertura, Bair encabezó la arremetida final contra el monte Pan de Azúcar hasta que un tercer impacto enemigo le dejó inconsciente y fuera de combate. Exactamente cuatro miembros de la sección atacante, así como algunos pertenecientes a las otras dos secciones, coronaron la cima. No tenían opción de defenderla. Lo mejor que podían hacer era rescatar a numerosos marines heridos, Bair entre ellos, en su retirada pendiente abajo.

Aquella tarde, los marines de la compañía G llegaron tres veces a la cima de Pan de Azúcar, y tres veces fueron repelidos con unas bajas horrendas por los morteros y las granadas japoneses. Pero aquello era sólo el principio.

El problema que afrontaba la 6.ª división de marines era sorprendentemente similar al que había aquejado a la 96.ª división del ejército un mes antes en Kakazu, un gigante defensivo que abarcaba mucho más que una simple montaña y contaba con el apoyo de la artillería enemiga masiva. El complejo de Pan de Azúcar consistía en tres montañas en lugar de una, un hecho del que ahora se percataban los comandantes de regimiento y batallón de la 6.ª división. Sin embargo,

lo que no acababan de comprender era que, pese a lo poco imponente que resultaba, aquel conjunto de tres montañas también constituía el sistema defensivo más importante que protegía los altos de Shuri.

El propio Pan de Azúcar era un monte insignificante cuya longitud apenas equivalía a tres manzanas de una ciudad, pero era el epicentro de un triángulo de ingenioso diseño integrado por reductos enemigos sólidamente fortificados que se prestaban apoyo mutuo. Estaba flanqueado por el monte Media Luna al sureste y una meseta curva llamada Herradura al sur. En la curva del monte Herradura, en su cara opuesta, había una profunda depresión que ofrecía a los japoneses unas posiciones prácticamente inexpugnables, que sólo podían atacarse con rifles de corto alcance y granadas.

Todas las montañas se alzaban abruptamente en un terreno por lo demás llano y yermo, que negaba cualquier acceso protegido al laberinto defensivo, y cada una de ellas era parte integral de una maraña interconectada de túneles profundos y posiciones camufladas de ametralladora, mortero y cañones antitanque, complementadas por fortines situados a ambos lados de las montañas. Cualquier destacamento de tierra que tratara de flanquear una de las tres montañas quedaba expuesto al fuego proveniente de las otras dos, y también al de Shuri. Por ello, ninguna de las tres podía ser conquistada de manera independiente; debían tomarse todas juntas, como un solo objetivo. Después de las pérdidas sufridas desde que se vadeara el río Asa Kawa, el diezmado 22.° regimiento de marines del coronel Harold C. Roberts carecía de efectivos suficientes para completar la labor por sí solo, pero en aquel momento, la misión recaía en unas secciones de fusileros del 22.ª regimiento que acusaban una gran falta de personal.

El 13 de mayo, la acción se limitó a reconocimientos efectuados por los marines, que pretendían calibrar la fuerza de las posiciones enemigas. Al parecer, dichos reconocimientos fueron menos que reveladores, tanto en lo referente al número de enemigos como a su determinación. Como observaba despreocupadamente un parte periódico emitido por el cuartel general de la división al final de aquella jornada: «El enemigo ha perdido posesión del importante terreno táctico que media entre Naha y el Asa Kawa, y al final del período, no se han localizado defensas enemigas bien organizadas al frente de la división».

En aquel momento, los cálculos de efectivos con los que contaba la fuerza enemiga local se basaron fundamentalmente en suposiciones, pero en general se creía que cada uno de los tres montes era defendido sólo por una compañía de japoneses. En realidad, el complejo de Pan de Azúcar-Media Luna-Herradura estaba protegido por unos 2.000 soldados, incluidos algunos reclutas de Okinawa, pero en su mayoría pertenecientes al 15.° regimiento independiente de la 44.ª brigada de Japón. Ignorar estos hechos sin duda influyó en la decisión de enviar el 14 de mayo al ya desmoronado 2.° batallón del 22.° regimiento —cuyas compañías F y G habían quedado reducidas a su esqueleto en el combate del 12 de mayo— a emprender otro ataque que se prolongó todo el día.

Sin embargo, en esta ocasión se produjo un cambio importante de estrategia: los marines atacantes ya no se concentrarían sólo en Pan de Azúcar, sino que avanzarían simultáneamente hacia las tres montañas enemigas fortificadas.

La mañana del ataque amaneció con un clima típico del mes de mayo en Okinawa: cielos

grises, nubes bajas y una lluvia incesante. El teniente coronel H. G. Woodhouse Jr., que capitaneaba el 2.° batallón, pasó buena parte de la mañana aguardando la orden de avance para sus hombres.

Al informar a sus comandantes de compañía aquella mañana, Woodhouse había designado originalmente los tres altos enemigos como colinas Uno, Dos y Tres. Las colinas Uno y Tres, que se erguían sólo unos diez metros por encima de la llanura, eran las que pronto se darían a conocer como Herradura y Media Luna, respectivamente.

Durante la sesión informativa, algunos de los oficiales propusieron que la colina Dos, la mayor del grupo con quince metros de altitud y el principal objetivo del ataque, se bautizara como colina Uno.

Para evitar confusiones, Woodhouse la rebautizó como Pan de Azúcar, probablemente el primer uso oficial de ese apodo, que pronto fue adoptado por toda la división.

El plan exigía un ataque coordinado, en el que las unidades de la 1.ª división de marines avanzarían junto a las tropas de la 6.ª división para cubrir el flanco izquierdo de esta última, pero los problemas logísticos provocaron una demora. Finalmente, a las 11.30, el general de brigada William T. Clement, comandante adjunto de la 6.ª división, llegó al puesto de mando de Woodhouse con órdenes por escrito que conminaban al batallón a no esperar a la 1.ª división, sino a atacar lo antes posible.

«Deben atacar de inmediato y proseguir con la ofensiva a toda costa», dijo Clement a Woodhouse. «Repito, a toda costa.»

La orden preocupó a Woodhouse, y expresó su inquietud al teniente Ed Pesely, que lideraba los diezmados vestigios de la compañía Fox. «Parece salida de la primera guerra mundial», dijo Woodhouse de la orden, según recordaba Pesely más adelante. «No es una solución de manual, pero tenemos que obedecer.»

El ataque dio comienzo a las dos del mediodía, y las insuficientes unidades de marines pronto se toparon con problemas. Woodhouse había asignado sólo una sección de fusileros de la compañía Fox a cada una, respaldadas por varios tanques, para conquistar los montes Herradura y Media Luna. Una vez que la cima de las colinas estuviese en manos de los marines, la sección desplegada en Herradura debía ser relevada por la compañía E, mientras que la compañía G sustituiría a la otra sección destacada en Media Luna. En ese momento, las tres secciones de fusileros de la compañía F convergerían para tomar Pan de Azúcar. Ese era, en todo caso, el plan optimista.

Alrededor de las 14.20, ayudada por la cobertura que ofrecían la artillería y los tanques, la 1.ª sección de la compañía Fox, a las órdenes de Rodney Gaumnitz, coronó la cima del monte Herradura, pero se vio sitiada bajo un intenso fuego enemigo que llegaba desde Pan de Azúcar. Entretanto, algunos miembros de la 2.ª sección, encabezada por el teniente Robert Hutchings, llegó a lo alto de Media Luna, pero sufrieron docenas de bajas en el camino por los disparos contra sus flancos izquierdo y posterior izquierdo, que estaban desprotegidos, y los supervivientes pronto se vieron forzados a replegarse.

A las tres de la tarde, el coronel Woodhouse sabía que su batallón precisaría ayuda si pretendía preservar el terreno que había conquistado y aún más si había de avanzar. Después de contactar

con el cuartel general del regimiento para solicitar refuerzos, se ordenó a la compañía K del 3.er batallón, perteneciente al 22.° regimiento, que entrara en combate, pero la concesión tuvo su precio.

«El general Shepherd ha indicado que el objetivo de la división (Pan de Azúcar) debe conquistarse antes del anochecer», rezaba el cortante mensaje del regimiento, «sin falta e independientemente de las consecuencias».

Ante este ultimátum, alrededor de las 16.30 Woodhouse ordenó a su batallón que avanzara una vez más para realizar un último intento mientras todavía era de día. La artillería castigó las tres colinas durante media hora. Después, bajo una cortina de humo, lideradas por cuatro tanques y con la compañía E ofreciendo fuego de cobertura, las compañías F y G emprendieron la marcha pasados unos minutos de las cinco. Transcurrieron más de dos horas de duro combate y se produjeron grandes bajas antes de que las dos compañías llegaran a las pendientes de Pan de Azúcar. De los más de 150 marines que iniciaron el avance, sólo cuatro oficiales y cuarenta reclutas —el equivalente a una sola sección de fusileros— se mantenían en pie. Tres de los cuatro tanques de apoyo quedaron atrás, totalmente inutilizados.

Entre los supervivientes, el estado de ánimo era terriblemente funesto. La luz del día se desvanecía con rapidez. Pronto caería la noche, y las tropas, exhaustas y desmoralizadas, estaban muy lejos del territorio amigo.

Mientras el reducido grupo se agolpaba a los pies de la colina, el comandante Henry A. Courtney Jr., oficial al mando del 2.° batallón, congregó a los soldados para proponer un plan drástico. La idea de Courtney era sencilla, poco ortodoxa y peligrosa, y también incumplía algunos de los preceptos básicos de combate infundidos a todos los marines desde sus primeros días en el campo de entrenamiento.

El comandante no era célebre por ser un orador particularmente persuasivo, un líder carismático o un alto mando que gozara de gran compenetración con sus reclutas. Por el contrario, tenía fama de ser una persona sombría, callada y bastante estirada.

Sin embargo, en sólo unos segundos, Courtney se las apañó para convertir a una docena de jóvenes agotados y nerviosos en una máquina de combate que se negaba a abandonar o a aceptar la derrota.

En los seis meses transcurridos desde que se incorporó al 2.° batallón, Courtney se dio a conocer entre los marines con el apodo de *Smiley*.[8] debido a la adusta expresión que solía portar. Pero desde el desembarco en Okinawa, el oficial de la reserva, de veintiocho años y originario de Duluth, Minnesota, que se había dedicado a la abogacía antes de la guerra, también había demostrado su coraje bajo el fuego y hecho gala de una gran tolerancia al dolor, no en una, sino en varias ocasiones.

A diferencia de algunos oficiales que se contentaban con pasearse por el puesto de mando desarrollando labores nimias, Courtney se inclinaba por la acción en el frente. Al comienzo de la campaña, había dirigido el avance del 22.ª regimiento de marines hacia el extremo norte de Okinawa, caminando gran parte del día en la posición de «vanguardia», muy por delante del grueso del batallón. El 10 de mayo, había sido alcanzado en la ingle derecha por varios fragmentos

de proyectil durante una andanada de la artillería enemiga, pero se negó a ser evacuado. El 12 de mayo, permaneció toda la noche en un pozo de tirador de la compañía G, y ofreció un apoyo callado a sus maltrechos soldados después de que la mayoría de sus altos mandos fuesen asesinados. Y pasó todo el 14 de mayo con las compañías de asalto en lo más reñido del combate.

Ahora, en un respiro entre ráfaga y ráfaga de la artillería y los morteros, Courtney miró las resueltas expresiones de los jóvenes que le rodeaban y expuso tranquilamente su plan: «Si no conquistamos la cima de esa colina esta noche, los japoneses habrán descendido hasta aquí para hacernos retroceder mañana por la mañana. Tengo un plan y, si funciona, tomaremos la cumbre. ¡Necesito voluntarios para nuestra propia ofensiva banzai! Una vez allí arriba, puede que algunos de nosotros no bajen nunca. Todos saben qué clase de infierno nos encontraremos, pero hay que conquistar esa colina y vamos a conseguirlo. ¿Qué me dicen?».

La disensión más categórica con respecto al plan de Courtney provino del teniente Robert Nealon, uno de los dos oficiales que quedaban de la compañía G, recién llegado al escenario con veintiséis hombres más que proporcionaron unas municiones y unas raciones muy necesarias. Nealon dijo que él y sus hombres habían sido enviados por el coronel Woodhouse para relevar a las tropas de la compañía F en la Colina Tres (Media Luna), «y eso es lo que me dispongo a hacer».

También expuso sus reservas el teniente Ed Pesely, oficial de la compañía F y condecorado con la Estrella de Plata en Guam. Pesely había asumido el mando de la compañía después de que su oficial, el capitán Mike Ahearn, fuese herido por una ametralladora aquel mismo día. Courtney indicó a Pesely que algunos hombres de la compañía F se encontraban ya en la cima de Pan de Azúcar, una afirmación que Pesely puso en tela de juicio.

«Deberíamos unirnos a ellos», dijo Courtney. «Será más fácil hacerlo esta noche, en plena oscuridad, que tomar la colina de día, cuando el enemigo pueda ver todos nuestros movimientos.»

Normalmente, los marines no atacaban de noche; de hecho, cualquier marine que abandonara su pozo de tirador en la penumbra corría el riesgo de recibir un disparo de sus compañeros. A Pesely le incomodó hasta tal punto la idea que se puso en contacto con Woodhouse por radio y le contó el plan de Courtney. Sin embargo, se sintió decepcionado al comprobar que Woodhouse coincidía en que el plan podía funcionar.

En aquel momento, salvo algunos veteranos indecisos, los reclutas por lo general acudieron presurosos a la llamada de Courtney. A pesar de sus maneras adustas, el plan de ataque del coronel les había inspirado. Como reflejaba la historia oficial de la 6.ª división de marines: «Se adivinaba una voluntad determinada, incluso ansiosa, en sus ojos».

Aunque aún se oponía a la decisión, el teniente Pesely sabía que estaba en minoría. «Courtney dio palmaditas en la espalda a algunos hombres y cameló a otros hasta que todos aceptaron acompañarle», recordaba Pesely mucho después.

«Necesitaremos muchas granadas para este viaje», dijo Courtney. «Reunamos lo que podamos encontrar y llevemos con nosotros tantas como nos sea posible. Cuando estemos cerca de la cima, quiero que todo el mundo lance granadas a la cumbre y la cara opuesta lo más rápido que pueda.»

Faltaban pocos minutos para las siete de la mañana y amanecía sobre el monte Media Luna

cuando el sargento Walt Rutkowski, un lider de pelotón de fusileros de la compañía G, que en aquel momento tenía diecinueve años y venía del sur de Chicago, vio acercarse al teniente Nealon, su líder de sección. Cuando Nealon pronunció sus primeras palabras, Rutkowski percibió una leve sensación de alivio por lo que estaba diciendo el teniente o, para ser más exactos, por lo que él creía que estaba diciendo Nealon.

«Sólo quedamos cincuenta hombres en la compañía George», le anunció Nealon. «Quiero que se lleve a veinticinco efectivos, y el cabo [Steve] Stankovich puede llevarse a otros veinticinco...».

La compañía había cruzado el río Asa Kawa con 215 marines listos para el combate. Ahora, más de tres cuartas partes de aquellos hombres habían desaparecido, y era indudable que el resto no estaban en situación de seguir luchando. Aun así, la euforia colmó el pecho de Rutkowski. «Por un segundo, estaba convencido de que Nealon nos diría que nos replegáramos detrás de nuestras líneas y descansáramos», recordaba. «Fue como si me quitaran un gran peso de encima.»

Pero entonces Nealon prosiguió: «...y diríjanse a esa otra colina [Pan de Azúcar] a paso ligero en cuanto les lancemos granadas de humo. Cuando haya oscurecido del todo, treparemos hasta la cima de la maldita montaña».

Rutkowski recuperó el aliento mientras caía sobre él el peso de la orden de Nealon con una fuerza arrolladora.

A día de hoy todavía existen considerables discrepancias sobre el número exacto de marines que conformaban el pequeño grupo que el comandante Courtney dirigió por la ladera frontal del monte Pan de Azúcar y hasta la cima aquella noche. Algunas fuentes sitúan la cifra en sólo 44 hombres. La historia oficial de la 6.ª división afirma que 46 soldados irrumpieron en la colina. Pero suponiendo que la mayoría de los cincuenta marines conducidos al Pan de Azúcar por Rutkowski y el cabo Stankovich siguiendo las órdenes del teniente Nealon llegaran realmente allí y que unos cuarenta ya se encontraban en el lugar con el comandante Courtney, parece posible que ascendieran la montaña hasta noventa hombres.

Walt Rutkowski sabe algo a ciencia cierta: que él era uno de ellos.

El cielo encapotado estaba completamente oscuro cuando el grupo inició el ascenso, y la única luz provenía de las bengalas que disparaban los buques de la Armada fondeados frente a la costa y que se reflejaban en las nubes bajas. «Courtney tenía prisa por partir», recordaba Rutkowski casi 61 años después, «pero algunos de mis fusileros todavía no habían aparecido y yo quería esperarles».

—¿A qué esperas? —preguntó Courtney.

—Necesitamos más fusileros —repuso Rutkowski.

—No hay tiempo —espetó el comandante—. Tenemos que ponernos en marcha. Solicitó apoyo de los morteros y luego se volvió hacia los marines que aguardaban—. Voy a la cima de Pan de Azúcar. ¿Quién viene conmigo?

Los hombres dieron un paso al frente en masa, amontonándose alrededor de Rutkowski y empujándolo hasta que él y Courtney estuvieron hombro con hombro. Durante su avance por la empinada y resbaladiza pendiente frontal, Courtney se encontraba unos metros a la izquierda de Rutkowski, y a la derecha de éste marchaba un fusilero de la compañía Fox.

Se detuvieron a escasos metros de la cima y se echaron boca abajo sobre la ladera rocosa. Entonces Courtney chilló a la hilera que tenía detrás: «¡Utilicen las granadas!».

De manera casi simultánea, al menos cien granadas rebasaron la cresta del Pan de Azúcar, y la pequeña colina tembló por la fuerza de las explosiones que se produjeron en la otra cara. A los marines todavía les zumbaban los oídos cuando Courtney se puso de pie, agitó los brazos y empezó a trepar colina arriba. Rutkowski le seguía de cerca, aunque sus botas patinaban en las rocas húmedas. A su derecha, Rutkowski vio al fusilero esforzándose por avanzar, y cuando otra bengala iluminó momentáneamente el cielo, también pudo ver al cabo Stankovich a su izquierda.

Segundos después, estaban en la cumbre de Pan de Azúcar y trataban de atrincherarse en aquel terreno rocoso. Las balas de ametralladora y rifle pasaban zumbando junto a ellos cual abejas, pero Rutkowski tuvo la sensación de que buena parte del fuego provenía de los montes adyacentes y que los japoneses disparaban a ciegas. Le preocupaban más las granadas enemigas que ahora empezaban a llegar de la cara opuesta y estallaban en la cima. También sufrieron el fuego intermitente de los morteros y la artillería.

—Quizá debería lanzar una granada de humo —propuso el fusilero que tenía Rutkowski a su derecha.

—¿Y de qué serviría? —preguntó Rutkowski—. Ayudará más a los japoneses que a nosotros.

—Necesitamos una pala para cavar —dijo el fusilero—. Me parece que sé dónde encontrar una. El soldado entregó su fusil Browning a Rutkowski y desapareció.

De repente, Courtney propinó un ligero codazo a Rutkowski.

—Veo a un grupo de japoneses ahí abajo —dijo, señalando casi en línea recta hacia el resalte de la pendiente opuesta—. Acaban de salir de un agujero y parece que debe de haber unos veinte.

Rutkowski fijó su mirada en el lugar que había señalado Courtney. Los soldados enemigos se encontraban a menos de treinta metros de distancia, y mientras hablaba el comandante empezaron a arrojar granadas. Rutkowski les apuntó con la escopeta y abrió fuego.

A corta distancia de la cima, el soldado Wendell Majors, de la compañía G, desprendió un cargador de ocho balas de su M-1 y cogió otro. Al hacerlo, descubrió horrorizado que el nido de japoneses contra el que estaba disparando, que acechaba justo por debajo de la cumbre de Pan de Azúcar, utilizaba los fogonazos de los fusiles enemigos como jalones de puntería para sus granadas, incluido su incandescente M-1.

Majors había pasado casi toda la tarde viendo cómo sus compañeros eran hechos pedazos a su alrededor en el asalto al monte Pan de Azúcar. «Los japoneses nos aniquilaron como una segadora en un campo de heno», recordaba el otrora chico de campo, que se había criado en una granja de 32 hectáreas cerca de Searcy, Arkansas.

Ahora, los marines supervivientes de la compañía G parecían encontrarse en una posición aún peor. De hecho, Majors no podía imaginar lo desesperada que acabaría siendo su situación. Cerró los ojos por un momento, recordando lo que le dijo su hermano mayor, también marine, cuando Majors anunció su intención de alistarse en el Cuerpo: «Hazme caso, hermanito, y alístate en otra rama del servicio, ¡cualquiera menos los marines!».

A modo de respuesta, oyó a alguien gritar su nombre: «¡Majors! ¡Majors!».

Majors no contestó. Si hubiese podido poner la mano encima al que había gritado, le habría estrangulado sin el menor atisbo de arrepentimiento. Todos los marines sabían que los japoneses aprovecharían cualquier oportunidad de matar a un oficial estadounidense, y si había una palabra que indicara «oficial» más alto y claro que «Majors»,[9] el soldado la desconocía. Su instinto de supervivencia fue el principal motivo por el que asumió el apodo de *Deacon,* o diácono, pero ahora, en el fragor de la batalla, alguien lo había olvidado, y ello les sumiría en un infierno.

Ese infierno llegó en forma de granada enemiga chisporroteante que surgió de la oscuridad, tocó tierra a medio metro del pozo de tirador de Majors, de escasa profundidad, y cayó justo dentro. Majors reconoció al instante de qué se trataba y, frenéticamente, buscó a tientas al fondo del agujero, pero fue incapaz de dar con ella. En el último segundo, no pudo sino saltar del agujero y alejarse del artefacto.

La explosión le cubrió de tierra y fragmentos de roca y le causó daños en los oídos, pero por lo demás estaba bien. Echó a rodar y, en posición de disparo, equilibró su M-1. Se preguntaba qué hacer a continuación cuando recordó un truco que había utilizado Gary Cooper con los alemanes en la película sobre la primera guerra mundial *El sargento York.* Quizá —y sólo quizá— el mismo truco funcionaría también con los japoneses.

Majors ahuecó las manos alrededor de la boca y emitió un grave glugluteo imitando con buen tino a un pavo. Después se quedó quieto y esperó.

Pasaron diez segundos... quince... veinte... Majors repitió el glugluteo y el casco de un japonés asomó por el resalte de la colina, a unos cuarenta metros de distancia. Al cabo de un momento, apareció otro junto a él. Era extraño, pensó Majors, pero los japoneses, como los alemanes de la película, parecían no poder resistir la curiosidad por aquel sonido.

Vació otro cargador de ocho balas y acabó con los dos soldados enemigos, pero la difícil situación de Majors ni mucho menos había terminado. Su ráfaga llamó la atención de un artillero japonés, que disparó inmediatamente su ametralladora mientras Majors se embutía con dificultad en una pequeña hendidura de la cima. Según sus cálculos, el artillero agotó un cinturón de munición, y todos los proyectiles erraron el blanco, excepto uno, que le rozó la pierna pero no provocó daños graves.

En aquel momento, el rifle de Majors estaba demasiado caliente para tocarlo, y la culata de madera humeaba por la cerrada de fusilería que estaba descargando. Pero al intentar correr y recargarla al mismo tiempo, chamuscándose los dedos en el proceso, Majors tropezó y hundió el cañón del M-1 en el terreno cenagoso y lo dejó inutilizado. No encontraba el pozo de tirador que acababa de abandonar, así que saltó a ciegas al interior de otro y aterrizó justo sobre un rifle apoyado a un lado del agujero con la bayoneta apuntando hacia arriba. La cuchilla le ensartó por la parte posterior del muslo y salió por la ingle.

«¡Oh, Dios!», gimió apretando los dientes mientras trataba de desclavarse la cuchilla. Al hacerlo brotó un reguero de sangre. A Majors le pareció que se alzaba medio metro. Por un segundo estuvo convencido de que se había seccionado una arteria principal y que moriría desangrado, pero no dejó de echarse polvos de sulfamida en la herida y de aplicar presión hasta que al fin pudo contener la hemorragia.

Al rato, un compañero de la compañía G, el soldado de primera clase Jack Houston, se metió

en el pozo de tirador y le vendó la herida. En aquel momento, Majors perdía el conocimiento periódicamente pero lo recuperaba a intervalos para preguntarse qué trampas del destino se habían conjurado para sumirle en aquel lamentable desastre.

En realidad, Majors había hecho un esfuerzo valiente por obedecer el consejo de su hermano y alistarse en la Armada. Es más, lo hizo, pero un día después, al llegar al centro de iniciación, encontró a un sargento de artillería de los marines al acecho.

«Me faltan cuatro hombres», dijo el sargento. «Necesito cuatro voluntarios para los marines.»

Después de mucho jurar y de poner en entredicho la hombría de los reclutas, el sargento tuvo su cupo de voluntarios, y Majors respiró aliviado. Entonces, cuando el sargento se disponía a marcharse, cogió los papeles de alistamiento de Majors y exclamó inexplicablemente: «¡Vamos, Majors, usted también es un marine!».

Ahora, mientas yacía en un mar de oscuridad y dolor, Majors sólo podía formularse la misma pregunta una y otra vez: «¿Qué podía tener contra mí el sargento de artillería?».

El soldado de primera clase Walt Rutkowski seguía apretujado entre el comandante Courtney y el fusilero de la compañía F, que acababa de regresar con una pala, cuando escuchó el revelador sonido de un proyectil que se acercaba —un artefacto de mortero o de artillería— un segundo antes de que estallara dos o tres metros detrás de él.

La fuerza de la explosión lanzó a los tres hombres hacia adelante y los estrelló contra el suelo. Cuando se disipó el estruendo, Rutkowski oyó claramente cómo Courtney y el otro marine soltaban gemidos casi idénticos. También notó una sensación peculiar en el brazo izquierdo, justo por encima del codo.

—¿Estáis bien? —preguntó Rutkowski. Escuchó con atención, pero no hubo respuesta. Intentó arrastrarse hacia Courtney, pero su brazo no respondía.

—¡Médico! —gritó con debilidad—. ¡Tenemos hombres heridos!

En menos de un minuto —o eso le pareció a Rutkowski— se personó un médico y se agachó junto a Courtney.

—¿Quién es? —preguntó—. ¿Le conoces?

—Sí —respondió Rutkowski—. Es el comandante Courtney.

Por su tono de voz, el médico parecía exhausto y poco impresionado.

—Está muerto —declaró, y arrastrándose se aproximó al fusilero—. Y éste también.

—Pero si yo estaba justo en medio de los dos cuando cayó el proyectil —dijo Rutkowski—, y los dos gemían después.

—Entonces has tenido mucha suerte —contestó el médico cansadamente—. No como éstos.

El médico vendó el brazo a Rutkowski, le dijo que lo tenía roto y le administró una inyección de morfina.

—Te pondrás bien —le aseguró—. Te evacuaremos en cuanto podamos, pero no sé cuándo será. —Entonces desapareció tan rápido como había venido.

Rutkowski anduvo a la deriva un rato —no tenía ni idea de cuánto tiempo— hasta que otra explosión le devolvió la conciencia. Este proyectil impactó igual de cerca que el otro, pero mucho más pegado a Courtney. Levantó el cuerpo del comandante a medio metro del suelo y lo arrojó

encima de Rutkowski.

Cuando el cuerpo cayó de nuevo al suelo, Rutkowski pudo ver el rostro de Courtney, pero ya no era una cara, sino una masa irreconocible de carne desgarrada, cartílago y hueso.

Rutkowski estaba demasiado aturdido para saber si había recibido más metralla del último proyectil, pero era consciente de su suerte.

«Gracias a Dios que sigo vivo», pensó. «Si al menos puedo sobrevivir a esta noche...»

Era cerca de la una de la madrugada del 15 de mayo y había caído una fría lluvia frente al Mar de China Oriental durante las últimas horas cuando el teniente Reginald Fincke, nombrado recientemente oficial al mando de la compañía K, 3.er batallón del 22.° regimiento de marines, dio parte al coronel Woodhouse en el puesto de mando del regimiento.

Fincke había asumido el liderazgo de la compañía K sólo dos días antes, ya que su predecesor, el teniente Paul Dunfey, había resultado herido en el río Asa Kawa, pero el nuevo oficial al mando era muy respetado por sus hombres, pues le tenían por un líder compasivo e ingenioso.

«La situación en el monte Pan de Azúcar es muy crítica», expuso Woodhouse. «Las líneas están faltas de personal y los japoneses están atacando con numerosos efectivos. «Reabastézcanse de suministros y asegúrense de llevar a su compañía allí arriba.»

Cuando Fincke volvió al puesto de mando alrededor de las dos de la mañana, la situación en Pan de Azúcar había empeorado aún más. «Según los partes que he recibido, sólo siguen resistiendo ocho o diez hombres en la cima de la colina», dijo Woodhouse. «Si perdemos esa montaña, perderemos todo lo que hemos conseguido y pagado muy caro. Quiero que lleve a la compañía allí arriba y la defienda a toda costa. Quiero verles allí mañana por la mañana.»

En cuestión de minutos, la compañía K se ponía en marcha envuelta en la oscuridad, abandonando las posiciones que había conquistado en el monte Herradura, y sus 99 hombres y cuatro oficiales alcanzaban la cresta de Pan de Azúcar sobre las 2.30 sin una sola baja.

Mientras subía la montaña, acarreando un trípode y munición para su ametralladora del calibre 30, el cabo Ray Schlinder pensó en los últimos días y en el vapuleo que había sufrido ya el regimiento. Sólo unas horas antes había bromeado con sus amigos sobre dónde estarían la semana próxima a aquella hora. En aquel momento, con la orden de «tomar la colina a toda costa», se dio cuenta de que quizá ninguno de ellos seguiría vivo cuando saliera el sol.

Por otro lado, Schlinder ya había vivido sus malos ratos. Unas noches antes, mientras el 22.° regimiento continuaba su avance por el malecón, en la costa oeste de la isla, había montado su rifle Browning refrigerado por agua apuntado hacia el mar, y reunió suficientes piedras para construir un pequeño fuerte a su alrededor en caso de desembarco forzoso de los japoneses.

Al caer la noche, Schlinder había visto acercarse a un grupo de hombres.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

—Segunda sección con comida —respondieron.

Al poco aparecieron más figuras en la playa que avanzaron apelotonadas hacia él. Schlinder entró en tensión, y buscó una granada que llevaba, pero a la vez intentó conservar la calma.

«Tranquilízate. Probablemente sean más hombres de la 2.ª sección», pensó.

Las figuras estaban a unos veinte metros cuando Schlinder distinguió sus cascos redondeados

en forma de bala. «¿Quién anda ahí?», gritó una vez más. Esta vez no halló respuesta, pero Schlinder ya conocía la solución al interrogante.

Quitó la anilla de la única granada que le quedaba, pero algo se rompió en su interior y no funcionó. La lanzó al agua y abrió fuego con la ametralladora del calibre 30, y no dejó de disparar hasta que todo quedó inmóvil en la orilla.

«A la mañana siguiente contamos 38 nipones muertos», recordaba Schlinder años después. «Pero una vez iniciamos el ascenso al monte Pan de Azúcar, no volvimos a tener blancos fáciles como aquel.»

En un contraste escalofriante, los cuerpos que veía ahora, mientras la compañía avanzaba por la cara frontal de Pan de Azúcar, eran todos marines. Los había a docenas —demasiados para contarlos—, tumbados y repartidos por doquier. «Pasé por encima de cadáveres y trozos de marines muertos durante todo el ascenso a la colina», relataba Schlinder. «Me preguntaba si algunos seguirían vivos, pero no podía perder tiempo comprobándolo.»

Su ametralladora ligera del calibre 30 era una de las ocho que los marines de la compañía K transportaron colina arriba, y su máxima prioridad al llegar a la cima era encontrar un lugar donde montarla.

«De acuerdo, chicos», oyó decir al teniente Fincke, «buscad un agujero y atrincheraos».

Schlinder se dio cuenta de que muchos de los agujeros que había sorteado ya estaban ocupados por marines, pero era difícil distinguir a los vivos de los muertos. Mientras buscaba un lugar donde colocar su arma, los japoneses abrieron fuego con sus ametralladoras, morteros de patrulla y artillería.

«Repentinamente, la colina cobró vida con el estallido de los proyectiles», recordaba Schlinder. «No sé cómo lo conseguí, pero al final salté a una trinchera vacía situada cerca de la cara opuesta de la montaña.»

Sin comunicación por radio al alcance, el teniente Pesely, de la compañía Fox, había ayudado a guiar a las tropas de la compañía K colina arriba gritando instrucciones a intervalos durante su ascenso. Pero en la confusión que imperó después de que los recién llegados coronaran la cima fue incapaz de establecer contacto con ninguno de ellos, aunque oyó a alguien que le pareció un oficial ordenar que se montara una ametralladora.

Poco después de que la ametralladora empezara a disparar, su posición se vio azotada por el fuego de mortero enemigo. Tres o cuatro proyectiles impactaron con una diferencia de segundos, y uno de ellos prácticamente estalló encima del arma, la destruyó, aniquiló a los soldados e hirió de muerte al teniente Fincke, que dirigía el ataque contra el mortero enemigo.

La deflagración le destrozó las dos piernas, y le dejó sólo tendones retorcidos y carne y huesos hechos trizas. Para empeorar las cosas, cuando dos marines cargaron al teniente en una camilla e intentaron llevárselo montaña abajo, uno de ellos resbaló y desbarrancó al herido. El soldado contempló con impotente horror cómo rodaba el cuerpo por la pendiente. Probablemente ya estaba muerto cuando cayó, pero nadie podía decirlo con certeza.

Momentos después del fallecimiento de Fincke, Pesely oyó una voz al lado de su pozo de tirador.

—¿Dónde está la compañía Fox? —preguntó.

—Es ésta —contestó Pesely—. Lo que queda de ella, al menos. Soy Ed Pesely.

—Me llamo Jim Roe, comandante de la compañía King —dijo la voz—. El teniente Fincke está muerto, así que supongo que ahora estoy al mando de la compañía. ¿Cómo quiere que nos despleguemos?

—Dispérsense por la cima de la colina y atrinchérense donde puedan —indicó Pesely—. Tienen ustedes valor para meterse en un caos como éste, pero nos alegramos mucho de verles.

—Gracias —repuso el teniente Roe—. Ojalá pudiera decir que me alegro de estar aquí.

Ray Schlinder corrió mejor suerte que el desventurado artillero que murió junto a Fincke, pero su posición cerca del resalte de la cara opuesta también sufrió intensos ataques con granadas y morteros, y su capacidad de respuesta se veía estrictamente limitada a una empinada pendiente, unos metros por delante de su posición.

«No podía estar más cerca de la otra cara de la colina», explicaba Schlinder. «Había un grupo de japoneses justo debajo de mí —casi a los pies de mi trinchera—, así que pensé que tal vez sería más efectivo con las granadas que con la ametralladora.»

Schlinder exhortó a los marines que tenía detrás a que le llevaran tantas granadas como pudieran, y pronto fue recompensado con tres cajas llenas. Durante sus días de instituto en Milwaukee, Ray había jugado de receptor en el equipo de béisbol, y era bastante hábil en el arte de expulsar a los corredores que trataban de robar la segunda base. Ahora sometía sus habilidades como lanzador a la prueba suprema, como si las bases contuvieran cargas explosivas y aquella fuera la novena manga del séptimo partido de las World Series.

«Había un grupo de japoneses a unos cincuenta metros de distancia», recordaba. «No creí que pudiera lanzar una granada tan lejos, pero decidí intentarlo. Me quedé algo corto, pero desde luego los aterroricé.»

Durante casi una hora, los japoneses no cejaron en su asedio, y Schlinder siguió arrojando granadas por encima del resalte de la montaña en cuanto arrancaba la anilla. Según sus cálculos, lanzó unos trescientos artefactos en total. Que sean 301.

«Estaba ocupado arrojando granadas cuando noté que algo me golpeaba en el muslo derecho», contaba Schlinder. «Miré hacia abajo y era una granada nipona. Por un acto reflejo, la agarré y volví a lanzarla montaña abajo. Había tal estruendo a mi alrededor que jamás supe si hizo explosión o estaba defectuosa, pero a partir de ese momento me empleé a fondo. Decidí despejar toda la cara frontal de la maldita colina.»

A ambos lados de la delgada línea de los marines, ejemplos similares de coraje y determinación eran algo habitual.

El cabo Donald «Rusty» Golar, un artillero de la compañía G, musculoso, pelirrojo, ex estibador en San Francisco y autoproclamado «buscador de la gloria», disparó sin tregua su fusil Browning del calibre 30 hasta que se quedó sin munición. Salvo por él y otros dos fusileros, no quedaba nadie para defender la zona de la cresta de Pan de Azúcar en la que el grupo de Golar se había atrincherado.

«Tengo que aprovechar lo que me queda», exclamó Golar al soldado Don Kelly, un fusilero que se hallaba agazapado cerca de allí. Golar sacó su pistola del 45 y abrió fuego contra los

atacantes japoneses hasta que también se agotaron las balas. Entonces se la arrojó al soldado enemigo que tenía más próximo y echó a correr por la montaña, recuperando granadas de sus compañeros caídos y lanzándolas por un pequeño desfiladero a las cuevas japonesas con lo que la historia oficial de la 6.ª división de marines describió como «una precisión maravillosa».

Al final también se agotaron las granadas, pero al despuntar el alba el 15 de mayo, Golar encontró un fusil Browriing junto a un marine muerto y disparó una ráfaga continuada hasta que el arma se atascó.

«Ahora sí que no nos queda nada», le dijo a Kelly. «Llevémonos a unos cuantos heridos de aquí».

Se agachó, levantó con cuidado a un marine que presentaba una enorme herida en el pecho y se lo llevó hacia la pendiente de la colina. Kelly oyó el estallido de un rifle y vio a Golar tambalearse, pero el fornido pelirrojo consiguió acostar cuidadosamente al herido en el suelo y llegar a trompicones hasta una zanja.

«Vi cómo se sentaba y se caló el casco a la altura de la frente como si fuera a dormir», recordaba Kelly. «Entonces se murió.»

Walt Rutkowski no sabía a ciencia cierta cuánto tiempo había permanecido en el mismo lugar, asiendo su M-1 con una mano y la automática del 45 del comandante Courtney con la otra. Había reunido fuerzas suficientes para arrastrarse hasta el cuerpo de Courtney y coger su pistola, pero desde entonces, se le había entumecido la pierna herida y le costaba moverse.

Según sus cálculos, estaba a punto de amanecer cuando un marine de rostro aniñado que aparentaba unos dieciséis años apareció en mitad de la oscuridad y se echó cuerpo a tierra al lado de él.

—Eh, tío, soy un reemplazo —anunció el joven marine, como si no fuese obvio—. ¿Estás bien?

—Me han dado en la pierna —respondió Rutkowski—, pero podría ser peor.

—He venido a echarte un cable, tío. Mira, tengo una ametralladora. No sé cómo funciona, pero tú seguramente sí.

Rutkowski miró el arma que sostenía el joven marine y gesticuló con la cabeza.

—No nos va a servir de mucho a ninguno de los dos —le dijo—. No lleva el plato posterior, y sin él no dispara. ¿Qué has hecho con el plato?

El joven marine parecía decepcionado y se encogió de hombros.

—Ah, lo tiré —dijo—. No quería que algún japonés lo encontrara y pudiera dispararle. Supongo que no estuve muy lúcido.

—Pues esa arma no vale para nada en ese estado —le dijo Rutkowski.

El joven marine volvió a encogerse de hombros, tiró la ametralladora al suelo y se perdió en la oscuridad.

Eran más o menos las cinco de la madrugada del 15 de mayo cuando un proyectil de mortero cayó a apenas un metro de Ray Schlinder y puso fin a su épico lanzamiento de granadas. El artefacto incrustó un fragmento del tamaño de una pelota de golf en su cavidad torácica, le segó por completo el pulmón derecho y se alojó en el hígado. Otro fragmento se hundió en su muñeca

izquierda, pero era una preocupación nimia en comparación con la otra herida.

Minutos antes, la primera voz amiga que había oído Schlinder en horas había interrumpido su maratoniano partido de béisbol. La voz pertenecía al líder de pelotón y amigo íntimo de Schlinder, el sargento Bill Enright.

—Eh, Ray, han herido a Farnsworth. No sé si es grave.

Enright se refería al soldado Vinone «Vern» Farnsworth, el artillero que disparaba otro Browning del calibre 30 a unos cuarenta metros de allí.

—¿Crees que sigue vivo? —preguntó Schlinder.

—No lo sé —respondió Enright—. Lo único que sé es que le han dado.

—Voy a ver qué tal se encuentra. A lo mejor necesita ayuda.

—De acuerdo, buena suerte —dijo Enright, y echó a correr por la trinchera.

Schlinder sólo había recorrido la mitad de la distancia que le separaba de Farnsworth cuando impactó el proyectil. Aturdido por la explosión, al principio creyó que sólo le había dejado sin respiración, pero al intentar recobrar el aliento, sintió algo caliente y húmedo que le bajaba por el costado.

«Me quité la camisa y el buzo», recordaba Schlinder, «y me vi aquel agujero en el pecho. Tenía el tamaño de un dólar de plata y sangraba bastante, así que empecé a pensar en el lío en que me encontraba».

«Soy el que está más alejado en la cima, y si los japoneses toman la colina otra vez, me quedaré aquí y moriré desangrado. Ahora no puedo hacer nada por Farnsworth. ¡Tengo que encontrar ayuda para mí!»

Echándose la mano al agujero del pecho, Schlinder se levantó con dificultad y corrió como pudo en dirección a la cara norte de Pan de Azúcar. A los pocos segundos se había quedado sin resuello y la herida parecía sangrar con más profusión que antes. Tambaleándose y mareado, resbaló por la pendiente y cayó rodando unos cuantos metros hasta que topó con un montículo de roca y escombros y se quedó allí jadeando.

Unos dos minutos después, Schlinder recuperó aliento suficiente para exhalar unos débiles gritos que, milagrosamente, fueron escuchados por el ayudante farmacéutico de primera clase Frank Mack, del personal médico de la Armada.

«El estado de Ray era bastante malo, tenía un agujero enorme, y se notaba que estaba bastante destrozado por dentro», recordaba Mack muchos años después. «No estaba convencido de que fuera a superarlo, y habíamos tenido tantos heridos que no disponíamos de muchos suministros con los que trabajar.»

—Maldita sea, me alegro de verle, doctor —musitó Schlinder.

—Tranquilícese y haré lo que pueda, pero no me queda casi nada —le confesó Mack. Lo único que pudo encontrar el doctor para tapar el agujero que se abría en el pecho de Schlinder fue un pequeño *kit* de primeros auxilios, desprovisto de su contenido original, pero lo bastante abultado para contener la hemorragia. Mack arrastró a Schlinder y lo acostó bajo un saliente que le ofrecía cierta protección, tanto de los japoneses como de los elementos.

—Aguante —susurró Mack—. Estamos intentando traer algunos vehículos anfibios para recoger a los heridos. Le sacaremos de aquí lo antes posible.

—Hágame un favor antes de marcharse, ¿de acuerdo?

—Dígame —contestó Mack.

—Déme mi pistola del 45 —le pidió Schlinder—. Si los nipones bajan por esta pendiente, me gustaría llevarme conmigo a tantos como pueda.

Mack desenfundó la pistola y se la puso en la mano derecha a Schlinder. «Buena suerte», le dijo.

Schlinder yació inmóvil hasta que salió el sol. Detrás de él, a los pies de la cara norte, podía oír cómo los vehículos oruga eran alcanzados por el fuego de mortero y artillería, pero uno consiguió llegar hasta la base de la colina. Poco después, Schlinder vio acercarse a Mack y dos marines. Le tumbaron en una camilla y le trasladaron hasta el vehículo oruga, que estaba atestado con otros veinticinco marines gravemente heridos.

«Casi no me quedaba sangre cuando me subieron al tanque, pero muchos estaban peor que yo», relataba Schlinder. «Vi lesiones de toda índole. A algunos les faltaban los brazos, a otros las piernas y a otros les habían disparado en la cabeza. A uno de mis compañeros, el soldado de primera clase Fred Sánchez, de Nuevo México, le habían herido en las tripas y estaba moribundo. No llegó vivo al puesto de socorro.»

Más tarde, Schlinder supo que sólo tres de los 65 hombres capacitados que habían puesto rumbo al sur una semana antes con la sección de armas de la compañía K salieron ilesos de la ordalía del monte Pan de Azúcar.

«Pasé los nueve meses y medio siguientes en hospitales militares, y todavía llevó alojado un fragmento de metralla en el hígado», explicaba casi 61 años después. «Pero tuve muchísima suerte. Nunca sabré cuántos de nosotros salimos con vida de aquella colina.»

El 15 de mayo, a las 7.30 —sólo treinta minutos antes de un nuevo ataque de los marines contra Pan de Azúcar—, un poderoso contraataque japonés propició la retirada de los pocos hombres del grupo del comandante Courtney que resistían en la cima del monte. (Aunque la ofensiva encabezada por Courtney había resultado fútil, se le concedería la Medalla de Honor a título postumo.)

Al cabo de hora y media, el contraataque enemigo se extendía por un frente de novecientos metros y penetraba en la zona del 29.° regimiento de marines, y no amainó hasta primera hora de la tarde. Cuando se pudo contener el avance, se había perdido gran parte del terreno que tanto había costado ganar frente a Pan de Azúcar.

En tres días de combates encarnizados, el 2.° batallón del 22.° regimiento de marines había perdido más de cuatrocientos hombres, un 40 por 100 de sus efectivos. Entretanto, varias unidades de los tres batallones de infantería que componían el 29.° regimiento de marines fueron destinadas a lo más reñido de la batalla frente al monte Media Luna, pero con escasos resultados positivos. La noche del 15 al 16 de mayo encontró a ambos regimientos empantanados lejos de la cima de Pan de Azúcar y Media Luna.

La tarde del 16 de mayo, los marines del 22.° regimiento coronaron cuatro veces la cresta de Pan de Azúcar y cuatro veces hubieron de replegarse ante el fuego masivo de mortero y artillería y la infantería japonesa que contraatacaba desde las cuevas. Al mismo tiempo, las tropas del 29.°

regimiento estaban resistiendo un brutal bombardeo en Media Luna. A las cinco de la tarde, intentaron atrincherarse en la cima de la colina, pero una vorágine de proyectiles hizo su situación insostenible, incluso después de utilizar botes de humo. Antes de que oscureciera, se vieron obligados a retirarse a un risco más al norte.

«Lo frustrante de aquellas montañas es que parecían pequeños montículos estériles cubiertos de troncos de árboles que había dejado la artillería naval», decía el teniente Bob Sherer, que dirigía la sección de ametralladoras de la compañía Fox cuando el 29.° regimiento se unió al combate. «No había ningún indicativo externo de las cuevas y los túneles que surcaban su interior.»

Los francotiradores, aprestados con ametralladoras Nambu, pasaron factura entre los oficiales del 29.° regimiento, y al cabo de unas horas, Sherer tuvo que capitanear la 1.ª sección de Fusileros de la compañía Fox. «Llegamos a Pan de Azúcar y resistimos el tiempo suficiente para repeler varias contraofensivas japonesas, pero no pudimos aguantar», decía.

«En resumidas cuentas, el 16 de mayo fue el día más amargo que la 6.ª división había vivido o viviría en el futuro», concluía el historiador de la división varios años después.

Sin embargo, a todos los efectos, al final de aquel día lúgubre la división se encontró encallada prácticamente en la misma situación desalentadora que había afrontado cuatro días antes.

En realidad, la batalla por el monte Pan de Azúcar había finalizado sólo a medias.

10

Los límites de la resistencia

Mientras las unidades de la 6.ª división de marines eran masacradas en las laderas de Pan de Azúcar, Media Luna y Herradura, los tres regimientos de infantería de la 1.ª división avanzaban en paralelo a la 6.ª al este. También estaban soportando un azote similar de los defensores enemigos en torno a los montes Dakeshi y Wana y el desfiladero de Wana.

El día 12 (Día del Amor más 42) por la tarde, los marines de la 7.ª división habrían logrado desplazar al enemigo de la cumbre del Dakeshi y penetraron en la primera de las tres líneas defensivas japonesas del sector de la 1.ª división, aniquilando prácticamente a las tropas restantes de la 62.ª división japonesa. Al día siguiente, el 13 de mayo, el cuartel general subterráneo del general de división Suichi Akikawa, un comandante de brigada, se vio fustigado por un intenso ataque, en el que el general y su estado mayor intercambiaron personalmente granadas con los fusileros de los marines. Aquella misma tarde, actuando por órdenes directas del general Ushijima, Akikawa y varios supervivientes se colaron en las líneas enemigas y huyeron.

La mañana del 14 de mayo, la 7.ª división de marines lanzó un gran ataque en monte Wana, una irritante extensión montañosa que formaba el muro septentrional del desfiladero de Wana. En una ofensiva coordinada, los marines de la 1.ª división se dirigieron hacia el punto en que la escarpadura desembocaba en el acceso al desfiladero. Cuando ninguno de los dos ataques consiguieron alcanzar sus objetivos, el general Del Valle, comandante de la división, concluyó que el desfiladero de Wana no podría ser conquistado por la infantería a menos que se trajeran tanques que proporcionaran apoyo y fuego de cobertura.

El general Ushijima también se dio cuenta de que los tanques estadounidenses eran clave para el desenlace de la batalla. «El poder del enemigo radica en los carros de combate», exponía el comandante japonés a sus oficiales en un memorándum. «Es obvio que nuestra batalla contra los estadounidenses es una batalla contra sus tanques.»

Para el cabo Jack Armstrong, comandante del *Billete a Tokio II*, y su tripulación, esto significaba una mayor exposición a los cañones anticarro de 47 mm que ya habían destruido el *Billete a Tokio* original, acabado con la vida de un tripulante y arrebatado el brazo a otro. Armstrong y sus hombres, que ya habían sentido la mordedura de los cañones en una ocasión, empezaron a padecer un cuadro agudo de ansiedad.

«Me alegré de que el nuevo carro de combate fuese un Sherman M4 normal sin lanzallamas, por el gran tanque de napalm que iba montado en su interior», recordaba Armstrong. «Pero cuando iniciamos el tramo del desfiladero de Wana, parecía que todos los cañones de la isla apuntaran a nosotros.»

Incluso el personal de mantenimiento del 1er batallón de tanques de marines se exponía al

peligro de forma habitual para reparar Sherman averiados. El soldado de primera clase Frank Nemec, un veterano de Peleliu y cabo Gloucester de origen checo, cuya experiencia con tractores y demás maquinaria pesada en una granja del Texas central le había convertido en un candidato lógico al servicio de carros de combate, se lesionó de gravedad al intentar sustituir una batería de tanque de 75 kilos bajo el fuego enemigo.

«En aquel momento escaseaban los tanques y teníamos que reparar todo lo que fuera preciso», dijo Nemec, «pero al sufrir la lesión mientras trabajaba con aquella batería no podía hacer nada, ni siquiera atarme los zapatos. Pasé casi un año en el hospital».

En aquellas circunstancias, Nemec consideraba que se había ganado el Corazón Púrpura con tanta honestidad como cualquier fusilero que sufriera una herida de bala o de granada.

Mientras tanto proseguía la racha de mala suerte para Jack Armstrong y su tripulación. Para dar al enemigo el menor tiempo posible para reorganizarse o reforzarse, el batallón actuaba por relevos en el desfiladero de Wana y las montañas que llevaban el mismo nombre. Una oleada de carros de combate atacaba mientras otra se replegaba al otro lado de la cañada para reabastecerse. El tanque de Armstrong regresaba de su ataque cuando sobrevino el desastre, pero esta vez, en lugar de uno de los temidos cañones de 47 mm, el villano fue una mina antipersona que hizo saltar por los aires al *Billete a Tokio II* y salir despedido a su comandante desde la torreta.

«Cuando pisamos aquello, se produjo la explosión más atronadora que había oído jamás», aseguraba Armstrong, «y lo siguiente que recuerdo fue que me encontraba fuera del tanque, en el suelo».

Armstrong quedó aturdido por la conmoción, le sangraba un oído y le escocían varias heridas que le había provocado la metralla en los brazos. Milagrosamente, ningún otro tripulante del tanque resultó herido —todos huyeron por la escotilla inferior hacia otro Sherman que se detuvo para prestarles ayuda—, pero no podía decirse lo mismo del equipo de ataque de infantería asignado al tanque de Armstrong.

«El equipo de ataque marchaba justo detrás del carro de combate y no tuvieron ninguna posibilidad», relataba Armstrong. «Todos resultaron heridos, y creo que murieron al menos dos.»

Momentos después, Armstrong contempló con aturdimiento cómo el tanque que había rescatado a su tripulación frenaba en una suave pendiente a pocos metros de allí y apuntaba con su cañón de 75 mm al inutilizado *Billete a Tokio II*. «Me entristeció mucho ver cómo su artillero destruía nuestro tanque», contaba mucho después, «pero había que hacerlo para impedir que nuestro equipo cayera en manos del enemigo».

Entretanto, el 5.° regimiento de marines avanzaba por el pueblo de Dakeshi cuando se topó de lleno con un sólido sistema de defensas enemigas en una zona identificada en los mapas como Bolsa de Awacha. Si podían romper las líneas japonesas allí, el corazón de la zona defensiva de Shuri quedaría expuesto a un ataque directo. Pero como había sucedido con tanta asiduidad desde los primeros días de mayo, el clima se erigiría en un enemigo tan tenaz como los japoneses.

«Cuando nuestro batallón se atrincheró frente a Awacha, montamos los morteros en la ladera de una pequeña colina que se alzaba unos 75 kilómetros por detrás de la línea del frente», señalaba el soldado de primera clase Gene Sledge, encargado del mortero en la compañía K/3/5. «Las

lluvias torrenciales estaban causándonos otros problemas, además del frío. Nuestros tanques no podían avanzar para ayudarnos. Los vehículos anfibios tenían que traer muchos pertrechos, ya que los jeeps y los camiones se hundían en el terreno reblandecido.»

Sin embargo, normalmente los lugares en los que más se necesitaba la munición eran inaccesibles incluso para los vehículos anfibios. Con aquellas condiciones climáticas, casi todas las balas de rifle, granadas y proyectiles de ametralladora destinados al enemigo primero debían viajar un buen tramo a lomos de los reclutas, que caminaban con dificultad por el denso barro bajo una lluvia intensa y un fuego enemigo incesante.

Era un trabajo agotador, que además socavaba el ánimo y que, en palabras de Sledge, «llevaba a los soldados de infantería, hartos del estrés mental y físico del combate, casi al borde del derrumbamiento físico». Llegó al punto en que la blasfemia y los abusos verbales se vertían sobre los fabricantes de las cajas de madera en las que se guardaban las balas del calibre 30 para los rifles. Cada una de ellas contenía mil balas y pesaba veintidós kilos, pero los dos hombres necesarios para acarrearlas sólo contaban con una ranura poco profunda a cada extremo. Por su parte, los fabricantes de cajas para granadas y cinturones de munición para las ametralladoras merecían aplausos por equipar sus contenedores con asas de cuerda o de metal.

Los libros y las películas sobre la guerra normalmente ignoraban aspectos tan onerosos de la vida de un soldado de infantería en combate, protestaba Sledge, y daban la impresión de que siempre se disponía de abundantes suministros de municiones cuando se necesitaban. «Pero la tarea [de cargar con la munición a mano] era algo que ninguno de nosotros olvidaría», contaba. «Era agotador, desmoralizador y aparentemente interminable.»

Lo que se estaba produciendo, aunque nunca resultó evidente para muchos que la sufrieron hasta que adquiría proporciones críticas, era una erosión gradual de la disciplina mental y del control psicológico. Caracterizada por un deterioro de la resistencia física, una falta aguda de sueño, el pesar por los compañeros perdidos, una ira no mitigada, sueños ineludibles y una esperanza cada vez menor respecto de la propia supervivencia, una forma insidiosa de enfermedad mental se convirtió en una epidemia virulenta en Okinawa.

Ello provocaba que hombres generalmente razonables maldijeran a los fabricantes de cajas de munición que transportaban, y que oficiales estresados reprendieran a hombres valientes por lo que debería haberse tildado de actos de valor encomiables. El síndrome desencadenaba berrinches a la mínima entre los reclutas —que en ocasiones rozaban el motín— contra oficiales y suboficiales. Impedía a los hombres ver más allá de una necesidad ciega de esconderse o huir, y ello llevaba a algunos de sus compañeros a acusar a esos hombres de cobardes por sucumbir a la presión, «perder el coraje» y caer en la impopular «mirada de los mil metros».

Podría decirse que el último mes de la campaña de Okinawa hizo mucho más que cualquier otra batalla de la historia moderna por agregar términos como «psicosis del campo de batalla», «fatiga de combate», «síndrome de estrés postraumático» y «conmoción del proyectil» al vocabulario de Estados Unidos. Todos sirven para designar el mismo virus invisible de desesperanza que hiere la mente y la psique tan desastrosamente como las balas, las bombas y el fuego de los proyectiles destrozan la carne y los huesos humanos, y cuyos efectos posteriores a menudo son perpetuos.

El virus se manifiesta cuando se empuja a los hombres más allá de los límites de la resistencia humana, y en Okinawa se registraron decenas de miles de casos.

Probablemente ninguna compañía de fusileros de la 1.ª división de marines había sido dirigida por un grupo más admirado de altos mandos durante la cruenta batalla de Peleliu que la compañía K del 3.er batallón del 5.° regimiento de marines, y ningún grupo de reclutas tuvo a sus oficiales en mayor estima.

Pero Peleliu se cobró incluso más víctimas ente los líderes de la K/3/5 que entre sus soldados rasos. Menos de cien horas antes de que los marines fueran retirados del combate, el teniente Ed «Hillbilly» Jones, comandante de la 3.ª sección, había sido abatido por un francotirador. El capitán Andy «Ack-Ack» Haldane, el querido oficial al mando de la compañía, había recibido un disparo en la cabeza en los últimos días de combate. Tanto Jones como Haldane llevaban en la compañía desde Guadalcanal, y ambos habían recibido la Estrella de Plata.

Cuando la K/3/5 fue retirada del frente de Peleliu después de treinta días seguidos de batalla, sólo seguían vivos e ilesos dos de sus altos mandos, el teniente Thomas «Stumpy» Stanley, segundo comandante de la compañía, y el alférez Charles «Duke» Ellington, comandante de la sección de morteros.

Ocho meses después, a mediados de mayo de 1945, la plana mayor de la K/3/5 había desaparecido por completo, salvo Stanley, que se recuperaba de un caso de malaria y a quien sólo le faltaban unos días para ser evacuado a un hospital.

«Habíamos perdido más tenientes de los que podía contar, y mucho menos recordar, durante las primeras seis semanas en Okinawa», decía el líder de la sección de mortero, el sargento R. V. Burgin, «y no es por echar pestes de nuestros oficiales de reemplazo, pero debo decir que su grado de experiencia y de liderazgo era inferior al que teníamos en Peleliu».

En el puesto de Ellington al mando de la sección de morteros estaba Robert «Scotty» McKenzie, un alférez novato recién salido de una universidad de la Ivy League y un perfecto ignorante en materia de batallas. En la isla de Pavuvu, una zona de reposo y acampada, mientras la compañía K/3/5 se preparaba para Okinawa, los pronunciamientos altisonantes de McKenzie sobre el caos que planeaba sembrar entre los japoneses cuando se encontrara con ellos en el campo de batalla causaban vergüenza ajena a los veteranos de Peleliu y cabo Gloucester o se reían en la cara del joven alférez.

«¡En cuanto uno de los nuestros resulte herido, voy a sujetar mi cuchillo Ka-Bar entre los dientes y pienso coger mi fusil del 45 y cargar contra esos malditos japoneses!», clamaba McKenzie mientras los veteranos sonreían con complicidad y entornaban los ojos.

«Sentía vergüenza por Mac», contaba Gene Sledge, «porque era evidente que concebía el combate como una mezcla de fútbol y acampada de los *boy scout*».

A principios de mayo, McKenzie conoció la realidad de la batalla con una dolorosa lección, y su reacción no guardaba ningún parecido con aquellas primeras ilusiones. Cuando vio morir a su primer hombre en combate y se vio asediado por un fuego de artillería masivo por primera vez, cavó el pozo de tirador más profundo que recordaban los miembros de la compañía. Mucho después de que todos sus hombres hubieran terminado de cavar, McKenzie seguía enfrascado en la

tarea, escarbando como una marmota mientras los reclutas lanzaban a su teniente un dardo tras otro.

—¿No va siendo hora de que coja el Ka-Bar y el fusil y ataque a los *japos*, Mac? —se burlaba el cabo Snafu Shelton.

—Eh, si cava mucho más, Scotty, a lo mejor le detienen por desertor —dijo el sargento R. V. Burgin.

«Éramos respetuosos por su rango», recordaba Sledge más tarde, «pero le castigábamos por su bravuconería y las tonterías que había dicho».

Muchos años después de la guerra, Burgin se mostraba mucho más benévolo que otros con su ex líder de sección. «Scotty estaba verde como la hierba, pero maduró mucho en Okinawa», puntualizaba. «A veces me enfadaba tanto con él que le habría matado, pero no me duraba mucho. Acabó convirtiéndose en un buen marine.»

Cuando la malaria del teniente Stanley llegó a un extremo tal que hubo de ser hospitalizado, los hombres de la K/3/5 afrontaron otro problema con los altos mandos, y éste no se prestaba a chanzas. Se asignó como nuevo oficial al mando de la compañía al teniente George Loveday, que había servido brevemente como segundo comandante pero no conocía a casi ninguno de sus hombres. Muchos de ellos, según recuerdan, pronto desearon no volverle a ver nunca más.

Donde McKenzie era meramente temerario e inmaduro, Loveday tenía la personalidad de una bomba trampa andante. Era conocido, y no precisamente con cariño, como *Sombra* por su habilidad para situarse detrás de un marino que estaba haciendo algo que al nuevo oficial al mando no le gustaba y estallar sin previo aviso. Ante la menor provocación, *Sombra* arrojaba al suelo su gorra verde y la pisoteaba sobre el barro mientras maldecía de manera aplastante a cualquiera que avivara su ira.

El soldado de primera clase John Redifer, uno de los operarios de mortero veteranos del sargento Burgin, sintió la punzada de un arrebato especialmente violento de Loveday un día en que un destacamento de portamuniciones, entre ellos Gene Sledge, se vieron sitiados por una ametralladora japonesa en una quebrada. El «pecado» de Redifer fue acudir en su ayuda lanzando granadas de humo y solicitar un tanque.

«El humo nos parapetó de la ametralladora, pero seguía disparando ráfagas intermitentes para impedir que cruzáramos el desfiladero», recordaba Sledge. «Las balas estallaban por todas partes, pero conseguimos llegar al otro lado... abrazando el lateral del tanque como pollos junto a la gallina.»

La reacción de *Sombra* fue montar un escándalo. «¡Estúpido hijo de puta!», gritó a Redifer. «¿Qué demonios crees que estás haciendo exponiéndote de esa manera al fuego enemigo? ¿Es que no tienes cerebro?»

Redifer se tomó con calma el rapapolvo, pero estaba claramente abatido. Cuando Loveday se marchó como un vendaval, los marines a quien Redifer acababa de salvar la vida apenas podían contener su furia.

«Fue sólo la primera de muchas actuaciones similares que llegué a presenciar», dijo Sledge, «y nunca dejaron de asombrarme y disgustarme... Allí estaba aquel oficial, poniendo el grito en el cielo, insultando y reprendiendo a un hombre por algo que cualquier alto mando habría

considerado un acto de mérito. Era tan sumamente ilógico que nos parecía increíble».

Al volver la vista seis décadas atrás y rememorar la conducta totalmente distinta —aunque igualmente extraña— de los tenientes McKenzie y Loveday, el sargento Burgin percibía un hilo conductor que podría explicar las acciones de ambos mandos.

«La fatiga de batalla puede adoptar muchas formas distintas», decía, «y, desde luego, los altos mandos no eran inmunes a ella. Si acaso, probablemente estaban sometidos a una mayor tensión mental que sus subalternos. En Okinawa, los hombres intentaban lidiar con el estrés de muchas maneras. Gritar, insultar e intentar cavar trincheras que llegaran a China eran sólo algunas de ellas».

La psiquiatría en general —y en especial la búsqueda de tratamientos eficaces para trastornos psiquiátricos inducidos por el estrés del combate— estaban todavía en mantillas en 1945. Los médicos militares de Okinawa, inundados de hombres con graves heridas físicas y armados con poca o ninguna paciencia en el tratamiento de pacientes psiquiátricos, se vieron obligados a ofrecer respuestas al influjo de «casos mentales» que dejaban mucho al azar.

Cerca del pueblo de Chatan, en la zona de la 1.ª división de marines, se erigió un hospital para soldados que habían perdido la cabeza por los rigores de la batalla. Un paciente era un joven marine que se sumió en un estado similar al coma después de que un proyectil de mortero japonés estallara cerca del pozo de tirador que compartía con un compañero.

Los médicos no hallaron indicios de conmoción en el marine —y su compañero salió ileso—, pero el paciente había perdido el conocimiento cuando estalló el proyectil y, al despertarse, tras un estado de inconsciencia prolongado, se comportaba de manera irracional, era ajeno a su entorno y temblaba incontroladamente.

En aquel momento, el médico jefe había visto suficientes casos de conmoción provocada por un proyectil para darse cuenta de que muchas víctimas eran incapaces de verbalizar sus sentimientos debido a las emociones negativas. Para subsanar el problema, se inyectaba al paciente una solución química que le liberaba de su resistencia a hablar, y después, el médico a su cargo le interrogaba largo y tendido.

Como lo describía un observador visitante más tarde: «Cuando el hombre por fin retrocedió hasta el momento en que él y su compañero se encontraban juntos en el pozo de tirador, el médico de repente dio una patada en el suelo, estampó el puño en la pared y gritó: "¡Mortero!"».

Ningún actor podría haber retratado el miedo como lo hizo aquel hombre. No dejaba de repetir con un grito ahogado: «Mortero... mortero... mortero...».

Cuando le preguntaron qué pensaba hacer entonces, el hombre repuso: «¡Cavar más! ¡Cavar más!».

Cuando el doctor le pidió que continuara, el hombre se arrodilló y empezó a fingir que excavaba frenéticamente hasta que el médico consiguió tranquilizarle y llevarle de nuevo a la cama.

No se esperaba que ese experimento ofreciera una cura. Como máximo, facilitó algunas pistas que podían ayudar a reconducir a algunos de aquellos pacientes del «pabellón psiquiátrico» a la normalidad.

Un factor probable en la epidemia de fatiga de combate que se acusó en Okinawa era la práctica recién instituida de destinar a soldados nuevos no experimentados directamente a unidades del frente mientras se libraba la batalla. Un total de 180 oficiales y 4.065 reclutas fueron «absorbidos» en compañías de infantería diezmadas de la 1.ª división de marines durante el mes de mayo. Oleadas similares de reemplazos reforzaban simultáneamente los exiguos contingentes de otras divisiones, pero hacían poco por mantener su capacidad de combate.

Aunque la nueva política llenó vacantes en las filas con más presteza que en el pasado, muchos comandantes de campo la tildaron de fracaso.

Okinawa: Victory in the Pacific, una monografía del Cuerpo de marines publicada en 1955, adoptaba un tono manifiestamente crítico con aquella política: «La fuerza numérica es una cosa y la eficacia en el combate otra. Desplegar reemplazos novatos y normalmente poco experimentados en la línea del frente durante la acción había resultado ser cualquier cosa menos fructífero. De hecho, los nuevos reemplazos obstaculizaban a las compañías, ya que no tenían ni idea de dónde se estaban metiendo».

Los reemplazos inexpertos soban caracterizarse por estar «desfasados». Como explicaba la monografía: «Estaban de pie cuando debían permanecer agachados; estaban agachados cuando debían estar de pie y moviéndose. Rara vez tenían tiempo para conocer a sus compañeros de pelotón o sección antes de pasar al combate; los veteranos percibían una falta de confianza y de unidad... por culpa de aquellos "extraños"».

El cabo Ray Schlinder y otros supervivientes de la batalla del monte Pan de Azúcar conocen al dedillo el número de bajas registradas durante aquel infernal combate que se prolongó una semana. Saben que los marines tomaron la colina once veces antes de conquistarla, y que 2.662 compañeros suyos fueron asesinados y heridos allí. No les gusta hablar de ello, pero también recuerdan que 1.552 marines —reemplazos y veteranos— sufrieron trastornos mentales incapacitadores durante la masacre.

«Cuando pienso en los hombres que se desmoronaron», decía Schlinder, «siempre recuerdo a Big John, un sargento de Montana. Era uno de los mejores y más valientes marines que he conocido, pero cuando vio cómo una bala atravesaba la yugular de un amigo íntimo y moría desangrado sin que nadie pudiera ayudarle, Big John se vino abajo y rebasó su límite.

Sin embargo, eso nunca afectó a la buena impresión que tenía de él».

Durante el mes de abril, el teniente de los marines Quentin «Monk» Meyer y los hombres de su 4.° compañía conjunta de asalto y comunicaciones (CCAC) a menudo tenían demasiado tiempo en sus manos. De hecho, el caer en el olvido el Día del Amor y languidecer toda la noche en un bote Higgins tal vez fuese una de las cosas más emocionantes que les ocurrieron durante los primeros treinta días de la campaña de Okinawa.

No obstante, cuando llegó el mes de mayo todo cambió. Una vez que la 1.ª división de marines entró en combate, la unidad de CCAC —cuya tarea consistía en avisar a los cañones de la Armada siempre que fueran necesarios para apoyar el ataque en tierra firme— estuvo ocupada día y noche. Con la esperanza de coordinar mejor el fuego de la Armada y las unidades de infantería de los marines en la costa, se había asignado a todas las compañías de fusileros un buque de guerra

concreto como apoyo de artillería. Ajuicio de Meyer, esa medida era muy superior al viejo sistema de «lucha libre» aplicado en campañas anteriores, pero también suponía más horas y una labor más exigente para Meyer y sus hombres.

El teniente mencionaba este hecho la mañana del 11 de mayo al tomarse unos minutos para escribir a toda prisa una carta para su prometida, Francie Walton, de Nueva York, antes del amanecer: «Parece que no encuentro un momento para escribir una carta decente. Tengo mucho que contar pero no me queda más remedio que limitarme a esto hasta que nuestro batallón se afiance...».

Mientras Meyer escribía, el 2.° batallón de la 5.ª división de marines sofocaba la última resistencia japonesa organizada en la Bolsa de Awacha y el 1er batallón de la 5.ª división y el 1.° de la 7.ª lo seguían, limpiando los bastiones enemigos que había eludido. Pero los pensamientos de Meyer divagaban a 16.000 kilómetros de distancia y doce meses atrás.

«Cariño mío, hace algo más de un año que no estamos juntos. Fue un momento maravilloso de la primavera, una primavera que siempre recordaré. Creo que dejarte ha sido una de las cosas más difíciles que he hecho nunca, pero todavía tenemos por delante todas las estaciones de nuestra vida, y serán unos años felices...»

A las seis de la mañana, el equipo de cinco hombres capitaneado por Meyer se encontraba en su puesto de operaciones, y Meyer dirigía los bombardeos de un crucero de la Armada contra los blancos enemigos. El equipo incluía al soldado Gil Quintanilla, un explorador y francotirador cuya metralleta Thompson constituía el grueso de la potencia de fuego del grupo; a los soldados de primera clase Raven L. Rummell y John Hein; a dos operadores de radio de los marines y otro de la Armada.

«Sabíamos que todavía quedaban algunos francotiradores japoneses atrincherados en cuevas de nuestra zona», recordaba Quintanilla, «y cuando *Monk* localizaba a uno, salía en su busca, aunque no fuese nuestro principal cometido».

Alrededor de las 6.30 se ordenó al crucero el alto el fuego, y se informó de que el equipo de la CCAC debía regresar al puesto de mando del batallón para iniciar un descanso de dieciocho horas. «Llamé a *Monk* por radio y le dije que volviera al puesto de mando», recordaba el soldado Hein después, «pero me dijo que quería esperar un poco más para asegurarse de que todo iba bien».

Unas dos horas más tarde, un agitado Quintanilla llamaba desde el puesto de observación para comunicar que Meyer y el soldado de primera clase Rummell habían resultado heridos. «Ambos habían salido con un pelotón que estaba sofocando una última bolsa de resistencia en aquella área inmediata», decía Hein. «Sobre las nueve nos llegó la noticia de que Rummell estaba herido y *Monk* muerto.»

Lo último que Quintanilla oyó decir a Meyer al partir él y Rummell fue: «Eh, Quint, préstame tu metralleta». Transcurridos más de sesenta años, los recuerdos de aquella petición todavía están muy vivos en la mente de Quintanilla.

«Normalmente, en una situación así», recordaba, «*Monk* decía: "Coge tu metralleta, Quint, y vamonos", pero aquella vez sólo me pidió el arma y no me invitó a acompañarle, así que le di la metralleta, me senté en mi pozo de tirador y vi cómo él y Rummell desaparecían por detrás de una pequeña colina. Se dirigían a una cueva de grandes dimensiones situada a unos sesenta metros de

allí».

Unos quince minutos después, aparecieron cuatro camilleros en dirección opuesta a la cueva. Uno de ellos trasladaba a Rummell, que gemía y sangraba por una herida en el cuello. Quintanilla se acercó a la otra camilla y contempló el cuerpo de Meyer.

«Me sentí como si me hubieran disparado a mí», dijo. «Tenía un nudo en el estómago. Temblaba como una hoja.»

Quintanilla cogió el reloj, la brújula, los mapas y varios objetos personales de Meyer y llamó a Hein, que estaba en el puesto de mando del batallón, para anunciarle lo ocurrido. A continuación, Quintanilla utilizó la brújula de Meyer para dirigir al grupo de la CCAC a un lugar seguro. En el puesto de mando, alguien le ofreció una taza de zumo de uva rociado con alcohol de grano para calmarle.

A día de hoy todavía existe cierta discrepancia en los relatos sobre la muerte de Meyer. Tanto Rummel, que vio cómo sucedía, como el médico que examinó el cuerpo, mantenían que la bala de un francotirador le segó la vida en el acto. Otro marine que se encontraba allí cerca en aquel momento sostenía que Meyer pisó una mina.

«Personalmente, siempre he creído que lo que le mató fue una granada, porque vi heridas de metralla en su cuerpo», observaba Quintanilla, «pero las pudo sufrir una vez muerto. Al fin y al cabo, supongo que para *Monk* no importó demasiado cómo ocurrió. Sé que no quería morir porque tenía asuntos pendientes en casa, pero era un marine de lo más agresivo».

«Su coraje era legendario», escribió Hein en una carta a los padres de Meyer a principios de septiembre de 1945. «Siempre elegía las misiones más peligrosas y las cumplía sin temor y eficazmente. Su energía no conocía límites.»

En Peleliu, señalaba Hein, la Armada disparó 61.000 proyectiles a los japoneses, y Meyer fue responsable directo de 11.000. «Creo que eso es indicativo de lo bien que hacía *Monk* su trabajo», afirmaba.

Meyer concluía su carta final a Francie Walton con estas palabras: «Te quiero mucho, cariño, y siempre te querré. Sólo quiero que sepas que estoy bien y que siempre te llevo en mis pensamientos».

Al igual que la 1.ª y la 6.ª divisiones de marines, la 77.ª y la 96.ª divisiones del Ejército se enfrentaban a su propia lista de colinas demoníacas con nombres extravagantes al rebasar el ecuador del mes de mayo. Entre el laberinto de escarpaduras que gozaron de una efímera y sangrienta fama en la agonizante marcha hacia Shuri estaban Gota de Chocolate, Flattop, Amor, Oboe y Azúcar.

Pero la más alta y formidable de todas era el monte Cónico, sita en el sector de la 96.ª división. El general Hodge, comandante del 24.° Cuerpo, delegó la responsabilidad de conquistar el monte al 383.° regimiento de infantería del coronel Eddy May, el mismo regimiento que había sido fundamental para sofocar la resistencia enemiga en la cordillera de Kakazu. Debido a la tenaz serie de ataques dirigidos por May en Kakazu, Hodge estaba convencido de que era el mejor para abordar el monte Cónico.

Llamado Utanamori por los japoneses, el monte Cónico tenía una envergadura de casi 150

metros y estaba coronado por un cono alto y redondeado. Para situarse en posición de ataque, los soldados de May primero tendrían que avanzar unos ochocientos metros por una escarpada cadena montañosa hasta otro punto elevado llamado monte de Azúcar (no confundir con Pan de Azúcar). Pero si podía conquistarse el monte Cónico, el monte de Azúcar y la cordillera, la pérdida supondría un desastre para la Línea de Shuri del general Ushijima y sus defensores. Expondría a Yonabaru, la tercera ciudad más grande de Okinawa, al ataque, y permitiría que los Deadeye de la 96.ª división avanzaran por la carretera de Yonabaru-Naha, penetraran por detrás de las trincheras de Ushijima, aunaran fuerzas con los marines que marchaban desde el oeste, e impidieran cualquier intento enemigo por escapar hacia el sur.

Previendo esta amenaza, Ushijima había ordenado a unos mil soldados bien armados y entrenados que defendieran el monte Cónico, y en su mayoría se posicionarían en las colinas del oeste, que, según creían los japoneses, sería la ruta de ataque de May. Por el contrario, May envió dos compañías de su 3.er batallón a la cara norte del monte Cónico. El 13 de mayo por la tarde, mientras el general Buckner observaba desde el puesto de mando de May, los soldados se atrincheraron unos quince metros por debajo de la cima del monte Cónico —una absoluta rareza topográfica que no ofrecía posiciones defensivas— sin incurrir en una sola baja en su ascenso.

Durante los tres días siguientes (14-16 de mayo), los Deadeye repelieron seis contraataques japoneses sin ceder terreno. Entretanto, el general Hodge encomendó a la 7.ª división, que había descansado y contaba con refuerzos, un ataque rápido en las líneas japonesas. El objetivo de la división era la carretera de Yonabaru-Naha. Si la división lograba tomar la carretera y dirigirse hacia el este por ella, imposibilitaría otro repliegue hacia el sur de las fuerzas de Ushijima. La posibilidad era muy remota, pero las recompensas potenciales que brindaba eran la caída de la Línea de Shuri, la conquista del propio Shuri y el fin del 32.° ejército japonés.

Pero antes de que esto pudiera suceder, las cuatro divisiones estadounidenses que se dirigían hacia el sur afrontaron otra dura prueba. Los diez días transcurridos entre el 11 y el 21 de mayo serían descritos por los historiadores como «los más terribles de la campaña extremadamente cruenta de Okinawa».

Todas las divisiones estadounidenses que avanzaban palmo a palmo hacia Shuri sufrieron pérdidas ruinosas en esos días, pero nadie las sintió con tanta brutalidad como los marines de la compañía K/3/5.

Por primera vez en su vida, el cabo Sterling Mace había perdido su contagioso sentido del humor. La Línea de Shuri se lo había arrebatado y lo había sustituido por un sentimiento omnipresente de fatalidad, puntuado por arrebatos de ira, episodios de mareos y desorientación, temblores e interludios de tristeza abyecta.

Los síntomas empeoraban a medida que los días traían nuevos lances y pérdidas insustituibles. Pero fueron dos incidentes en particular, que se produjeron con sólo dos días de diferencia, los que colmaron el vaso y sumieron a Mace en una verdadera crisis.

La mañana del 7 de mayo, cuando Mace vio a su compañero de trinchera, el soldado de primera clase Bob Whitby, leer lo que parecía ser una carta de su esposa, que residía en Florida, al principio no prestó atención. Pero media hora después, cuando Whitby seguía inclinado sobre la carta con lágrimas surcándole las mejillas, Mace se preocupó.

—¿Qué te pasa? —preguntó Mace—. ¿Malas noticias?

Whitby era ocho años mayor que Mace —un «viejo» con dos hijas gemelas de dos años en casa— pero medía sólo 1,64 metros, y su corta estatura le confería un aspecto casi aniñado. Le temblaban los hombros al sollozar, como un niño desolado que intenta hablar.

—Son... son mis hijas —farfulló, limpiándose la cara con la manga—. Mi mujer dice que no pueden dormir por la noche porque echan mucho de menos a su papá y no dejan de preguntar cuándo volveré a casa.

—Cálmate, Bob —dijo Mace, intentado tranquilizarle—. Todo saldrá bien.

Whitby no parecía oírle. Alzó la cabeza para mirar a Mace con unos ojos vacíos e inyectados en sangre. Su voz era temblorosa y las lágrimas recorrieron de nuevo sus mejillas.

—¿Cuándo me iré a casa, Sterling? ¿Qué será de mis hijas si no lo consigo? No puedo pensar en otra cosa y me está consumiendo. Maldita sea, no lo aguanto más.

Mace se inclinó y, con torpeza, dio unas palmadas en el hombro a Whitby. En su mente se reprodujo la imagen del viejo «Pops» Whitby, que unos días antes intentaba en vano saltar una acequia bajo el fuego enemigo, pero sus piernas eran demasiado cortas para conseguirlo. Aquel día, Whitby no fue alcanzado por muy poco, pensaba Mace. ¿Quién sabía si la próxima vez tendría tanta suerte?

—Tienes que ir al puesto de socorro del batallón y ver a un médico —dijo Mace en voz baja —. Hay un doctor que se llama George Chulis. Es un buen tipo. Puede darte algo para los nervios.

Mace no estaba seguro de si su compañero había oído algo de lo que le acababa de decir hasta que Whitby se puso en pie con dificultad, recogió sus pertrechos y empezó a caminar con apatía hacia la retaguardia. No volvieron a verse en más de cincuenta años.

Dos días después, una serie de proyectiles de mortero acababa con la vida del soldado de primera clase Garner W. Mott, otro padre joven de la zona rural del condado de Miami, Ohio, y amigo íntimo de Mace. Sin embargo, Mott no había llegado a ver a su hijo, Nicky Joe, que sólo tenía diez meses cuando su padre murió.

«Mott era un gran tipo, la clase de persona a la que todos los miembros de la unidad querían y respetaban», contaba Mace. «No hablaba de otra cosa que de su hijo, y estoy seguro de que sus últimos pensamientos fueron para Nicky Joe. Para mí, su muerte fue una prueba de que los buenos mueren jóvenes. Tardé mucho tiempo en superarlo.»

Al parecer, la lista de amigos perdidos era cada día más larga y difícil de soportar. Dos días después de la muerte de Mott, el propio Mace estuvo a punto de perder la vida cuando un proyectil disparado por un cañón japonés de 203 mm a casi dos kilómetros de distancia le hizo salir despedido del pozo de tirador. Sus compañeros de sección corrieron hacia él entre las volutas de humo, casi seguros de que Mace estaba muerto, pero la explosión sólo le había dejado inconsciente y le perforó el tímpano.

El incidente que acabó haciendo perder la cordura a Mace se produjo el 9 de mayo, cuando se ofreció a ejercer de camillero para transportar a marines heridos desde el desfiladero de Wana. Después de esquivar por poco el proyectil de artillería, Mace aprovecharía cualquier oportunidad para estar en terreno abierto, en lugar de verse «atrapado» en un pozo de tirador.

Entre este grupo de bajas se encontraban dos edecanes asignados al futuro senador de Illinois

Paul Douglas, que había entrado en el cuerpo cuando era un soldado de quince años y pronto ascendió al rango de comandante (con la ayuda, según decían, de amistades políticas de Washington, incluido el presidente Roosevelt). También resultaron heridos en el área inmediata de Mace el sargento Alex Henson, líder de pelotón de la sección de ametralladoras de la K/3/5, y su artillero, el soldado de primera clase Emmitt Bishop.

«Mientras intentábamos apartar a aquellos hombres del fuego enemigo, encontré un jeep abandonado», recordaba Mace. «Me dije a mí mismo: "Puedo encontrarle una utilidad mejor a este trasto", y con la ayuda de otros camilleros, empecé a cargar a los heridos en el todoterreno. Cuando llegué al puesto de socorro, aquel alférez recién salido de la cáscara y que llevaba allí sólo un día o dos, se me acercó y exigió saber de dónde había sacado el jeep.»

Mace le explicó que el vehículo había sido abandonado y que lo utilizaba para transportar a hombres heridos de gravedad, pero el teniente no se mostró nada comprensivo.

«Usted no está autorizado a utilizar ese jeep y puede que haya dejado a algún alto mando abandonado ahí fuera», dijo el teniente encolerizado. «Déjelo donde lo encontró y vuelva a su puesto, o juro por Dios que le acusaré de robo.»

Cuando Mace se dirigía de nuevo hacia el frente, los proyectiles de la artillería japonesa empezaron a estallar de nuevo alrededor del jeep, y con cada explosión notaba cómo iba perdiendo el contacto con la realidad. Sus manos empezaron a temblar con tal violencia que apenas podía agarrar el volante. Mareos y náuseas recorrían todo su cuerpo.

Mace detuvo el jeep sin saber realmente dónde estaba y vio a un médico al que conocía mirarle extrañado.

—¿Qué le pasa, amigo? —preguntó el doctor—. Tiene un aspecto horrible. ¿Se encuentra bien?

—¿No oye ese maldito bombardeo? —exclamó Mace—. Dios mío, ¿no lo oye? ¡Cuerpo a tierra! ¡Cuerpo a tierra!

El médico agarró a Mace por los hombros y le miró a los ojos.

—Tiene que largarse usted de aquí, Mace —dijo—. Vuelva al puesto de socorro y dígales que necesita un sedante. No está usted en condiciones de permanecer aquí.

Los temblores y el mareo empeoraron mientras Mace deshacía a duras penas el camino. Lo próximo que recordaba es estar acostado en una cama, maldiciendo al teniente de reemplazo y hablando a gritos del bombardeo. Dos médicos estaban inclinados sobre él discutiendo.

—Se ha vuelto completamente loco —oyó decir a uno de los doctores—. Será mejor que le inmovilicemos antes de que se lesione o haga daño a otros.

—Es otro caso de fatiga de batalla —precisó el otro médico—. Le pondré una inyección para calmarle.

Mace vio al segundo doctor coger una jeringuilla hipodérmica y sintió el pinchazo cuando la aguja penetró en la piel de su brazo. No recuerda nada más hasta que se despertó varias horas después a bordo de un buque hospital.

Más o menos en ese mismo momento, el cabo Robert C. Doran, líder de un equipo de ataque de la 2.ª sección de la K/3/5, sucumbía a múltiples heridas en monte Dakeshi, mientras el soldado

de primera clase Harry Bender le sostenía entre sus brazos.

«Supongo que deliraba, o quizá creía realmente que yo era el teniente (Bucky) Pearson, comandante de la 1.ª sección», recordaba Bender. «No dejaba de mirarme a la cara y de susurrar: "Bucky, defiende esta colina. Mi sangre está aquí arriba".»

Poco después de que Doran expirara, los marines se vieron obligados a retirarse.

Con el paso de los días, había veces en que el sargento R. V. Burgin parecía ser, en todos los sentidos, el verdadero comandante de la sección de mortero de la compañía K/3/5, y no sólo su suboficial. La experiencia de Burgin y la destreza en el combate que había cosechado en tres grandes campañas en el Pacífico habían afinado su instinto y sus habilidades en el campo de batalla a unas cotas a las que el joven teniente Scotty McKenzie, el superior de Burgin, no podía acercarse, y mucho menos igualar.

El 15 de mayo, menos de una semana después de exponerse a un salvaje tiroteo enemigo para descubrir la ubicación de una ametralladora japonesa y de dirigir una andanada de los morteros que «hizo salir disparada la ametralladora en una dirección y al artillero en otra», Burgin protagonizó un encontronazo con McKenzie, como ya era habitual. En un campo de batalla psicológicamente más saludable y bajo un estrés mental menos desgarrador, el enfrentamiento entre el veterano líder de sección y el teniente novato habría merecido un consejo de guerra. Pero, dadas las circunstancias, pasó desapercibido y se olvidó con rapidez.

En aquel momento, la mayoría de los hombres estaban tan estresados que su actitud y sus patrones de conducta oscilaban entre la resignación estoica y el desafío resentido. «Los insultos y los arrebatos de ira no parecían ayudar», recordaba el soldado de primera clase Gene Sledge, que fue testigo de las hostilidades de McKenzie y Burgin, «aunque nadie estaba por encima de aquello cuando se le acosaba hasta el extremo de la desesperación y la fatiga».

Fue en este ambiente, y durante una exhaustiva serie de órdenes y contraórdenes, movimientos y contramovimientos realizados con el barro hasta las rodillas, cuando Burgin ignoró una orden directa de McKenzie y, a consecuencia de ello, aniquiló a un contingente de al menos cincuenta japoneses.

Como uno de los jefes de artillería más avezados del Cuerpo de marines, Burgin había pasado mucho tiempo observando un risco largo y estrecho en el que los japoneses atrincherados habían repelido un ataque tras otro de la infantería durante tres días, incluso cuando los atacantes contaban con el respaldo de la artillería pesada. Burgin dedujo que los defensores enemigos se guarecían en un barranco que les protegía del fuego de artillería, pero podían ser vulnerables a los morteros, que podían acribillar un área reducida con una trayectoria más vertical.

—Quiero que reunamos tres morteros para que uno dispare de derecha a izquierda, otro de izquierda a derecha y otro por la cima de la escarpadura que domina el barranco —indicó Burgin a los soldados de primera clase Sledge, Vincent Santos y John Redifer, a los cabos Snafu Shelton y George Sarrett, y a otros veteranos en el uso de morteros—. Si lanzamos una ofensiva coordinada, los japoneses no podrán escabullirse.

Cuando McKenzie supo del plan de Burgin, ordenó categóricamente al texano de verbo agresivo que lo suspendiera.

—No puede hacer eso —le dijo—. No podemos desprendernos de esa munición.

Sin inmutarse, Burgin cogió el teléfono, llamó al puesto de mando de la compañía y expuso sus intenciones.

—¿Pueden facilitarnos la munición? —preguntó.

—Ningún problema —respondieron en el puesto de mando.

Al poco, se escuchó la voz de Burgin a través del teléfono amplificado:

—¡Sección de morteros, cuando dé la orden, disparen!

—¡No, deténgase! —gritó McKenzie por teléfono—. Le prohíbo que dispare.

—¡Váyase al infierno, Scotty! —espetó Burgin—. ¡Sección de mortero, cuando dé la orden, disparen! ¡Inicien bombardeo!

«Disparamos mientras Mac montaba en cólera», recordaba Sledge. «Cuando acabamos, la compañía avanzó hacia la colina. No se disparó una sola bala contra nuestros hombres.»

Se halló en la zona a más de cincuenta japoneses muertos, que sucumbieron al fuego de los morteros de 60 mm de la K/3/5. Cuando McKenzie se alejó con expresión adusta, uno de los operarios de mortero sonrió a Burgin.

—Supongo que le ha enseñado al viejo Mac un par de cosas —le dijo.

—Olvídelo —respondió Burgin—. No quiero oír hablar más de ello. No hace falta restregárselo por la cara al teniente. No beneficiaría a nadie.

La mañana del 20 de mayo, la racha de buena suerte que permitió a Burgin salir ileso de dos grandes batallas y buena parte de una tercera empezó a agotarse.

«Tuve el presentimiento de que algo malo ocurriría ese día», rememoraba Burgin. «El cabo Jim Burke y yo salimos de patrulla, y un cañón japonés de 150 mm nos estaba machacando. Saltamos a unos cráteres justo cuando un proyectil del cañón caía a pocos metros de nosotros. Me cubrió por completo de tierra —tuvieron que excavar para sacarme de allí—, pero no me di cuenta de que estaba herido hasta más tarde.

Alrededor de las dos del mediodía, la patrulla se vio atrapada en el fuego cruzado de la artillería estadounidense y japonesa, y aparecieron varios cazas Corsair para prestar apoyo.

«El proyectil que me hirió aterrizó en la cima de la montaña en la que nos encontrábamos y despidió metralla en todas direcciones», relataba Burgin. «Un fragmento irregular de unos ocho centímetros se me incrustó en la nuca.»

Burgin llegó a un puesto de socorro por su propio pie bajo un fuego de artillería continuo. Al anochecer, yacía en una enorme tienda de un hospital de campaña, rodeado de otros heridos y médicos que insistían en administrarle inyecciones.

—No necesito otra de ésas —refunfuñó a un doctor que se le acercaba con una aguja—. Ya me han pinchado tres veces. Lo que necesito es algo para este dolor de barriga.

—¿Ha estado cerca de un proyectil que ha hecho explosión? —preguntó una enfermera.

—Lo justo para poder seguir con vida —contestó Burgin.

—Ha sufrido usted una conmoción —explicó ella—. Le conseguiré algo para mitigarla.

Cuando la enfermera se alejó a todo correr, Burgin se dio cuenta de que la conmoción debió de provocarla el proyectil que le había enterrado vivo aquella mañana. La K/3/5 habría de prescindir de su experiencia durante dieciocho días, pero se reincorporaría a la compañía justo a tiempo para

participar en el tramo final de la batalla.

En aquel momento, Burgin ignoraba por completo que pronto le concederían una Estrella de Bronce, no por haber dirigido el ataque de morteros que acabó con cincuenta japoneses, sino por haber encontrado y silenciado antes la ametralladora enemiga.

El turno del soldado de primera clase Bill Leyden llegó cinco días después, el 25 de mayo, un día antes de su diecinueve cumpleaños. Después de sufrir una herida grave en el ojo izquierdo en Peleliu, Leyden había perdido la ilusión de la invulnerabilidad que le acompañó en su primera batalla. Además de docenas de buenos amigos, había perdido también casi todo el miedo al daño físico.

Cuando se despertó aquella mañana y se incorporó al borde de su pozo de tirador, Leyden al principio se sintió confuso, y luego preocupado, por la falta de respuesta de su compañero, el soldado de primera clase Marión Vermeer. Cuando Leyden intentó hablar con él, se dio cuenta de que algo iba mal.

Ambos tenían dolor de huesos y los ojos enrojecidos por la falta de sueño, y se sentían tensos y desanimados por el bombardeo incesante. En aquel momento gozaban de una suerte de tregua, pero los cañones enemigos retomarían su actividad con la artillería pesada en cualquier momento. Los intestinos de Leyden parecían muelles enmarañados, pero Vermeer parecía extrañamente relajado, estirado boca arriba en el fondo del pozo.

Como miembros de la misma sección de fusileros, los dos habían compartido trinchera docenas de veces en el curso de dos grandes batallas. Y mucho más.

Los dos habían resultado heridos con pocos minutos de diferencia durante un tiroteo a finales de septiembre de 1944, pero se recuperaron a tiempo para incorporarse de nuevo a la compañía K/3/5 antes de que ésta partiera hacia Okinawa. Compartieron la pérdida de dos comandantes de compañía: el capitán Andy Haldane, asesinado por un francotirador el penúltimo día de combate en Peleliu, y el teniente Stumpy Stanley, evacuado unos días antes de Okinawa con un caso gravísimo de malaria.

En Peleliu, habían sobrevivido a uno de los combates más encarnizados y salvajes imaginables, pero Okinawa duraba ya casi el doble y todavía no se adivinaba el final. En Okinawa hubo menos combates cuerpo a cuerpo que en Peleliu y, lluvias aparte, el clima era menos insoportable que allí, donde el calor solía alcanzar los 46 grados. El olor de los cuerpos en descomposición no era tan inaguantable, y el terreno no parecía tan imposible. Pero la tensión provocada por el fuego de artillería enemigo de larga distancia, que azotaba de manera casi constante en Okinawa, era incluso más duro para los nervios.

—¿Estás despierto, tío? —masculló Leyden—. ¿Me oyes?

No era una pregunta justa, pensó Leyden. Ni siquiera él recordaba apenas lo que acababa de decir.

Vermeer no se movió ni respondió a las preguntas. Yacía inmóvil en el pozo de tirador, con la pierna derecha cruzada sobre las botas de Leyden, los ojos abiertos y ausentes y un rostro carente de expresión. Leyden frunció el ceño.

—¿Qué coño te pasa? —exigió. En los últimos días había presenciado varios casos de lo que

se describía como «fatiga de batalla», y Vermeer presentaba todos los síntomas. Seguía sin moverse ni contestar. La noche antes, el musculoso ex leñador del estado de Washington parecía encontrarse bien, pero ahora actuaba como un zombi.

—Eh tío, creo que será mejor...

Las palabras de Leyden se perdieron en el estruendo de un proyectil, una erupción de fuego oscuro y el estallido ensordecedor de un cañón japonés de 75 mm. Leyden oyó a alguien gritar mientras la fuerza de la explosión le vapuleaba por los aires. También él gritó al salir despedido —o eso creía—, pero el sonido tal vez estaba sólo en su cerebro: ¡Madre mía del amor hermoso!

Por un segundo, creyó estar viendo a san Pedro sentado en una nube, sonriéndole con aparente aprobación. Su devota madre católica irlandesa estaría orgullosa. «Murió con una oración en los labios y san Pedro dedicándole una sonrisa», les contaría a sus amigas.

«Estoy muerto», pensó Leyden. «Debo de estar muerto.»

Pero no lo estaba, aunque el primer compañero que llegó hasta él creyó que quizá hubiera sido mejor que lo estuviera. Cuando aterrizó a seis metros de su pozo de tirador, se le había reventado un tímpano y había perdido el dedo meñique de la mano derecha. Tenía el cuerpo salpicado de heridas de metralla, desde el pecho hasta las rodillas. La sangre brotaba de una docena de orificios en su abdomen.

No quedó mucho de Vermeer o del soldado de primera clase Roy Bauman, el otro ocupante del pozo. En el siguiente agujero, el soldado Archi Steele había muerto en el acto, y Louis Verga resultó herido de muerte, pero todavía gemía de dolor.

—Oh, Dios, que alguien me pegue un tiro —suplicaba Verga—. ¡Por favor, que alguien me pegue un tiro!

En su pozo de tirador, a unos diez metros de la zona de impacto, el soldado de primera clase Harry Bender había perdido el conocimiento por la fuerza de la explosión, pero por lo demás había salido indemne. Acudió al rescate de sus compañeros de sección y pelotón, pero descubrió que no podía hacer gran cosa. Una de las piernas de Bauman estaba seccionada por encima de la rodilla, y el cuerpo de Vermeer estaba tan destrozado que era casi irreconocible.

«Verga también estaba gravemente herido», recordaba Bender. «Apenas se le veía por la sangre, y todo el mundo sabía que era irreversible, pero ninguno de nosotros tuvo valor para terminar con su suplicio.»

Bender hizo todo lo posible por que Leyden hablara con él, pero la única respuesta coherente de éste fue preguntar por Bauman y Vermeer.

—Los camilleros se los están llevando ahora mismo —le dijo Bender. No pudo decir más.

El 26 de mayo, transcurridas poco más de veinticuatro horas desde la muerte de Bauman, Steele, Vermeer y Verga, la compañía K/3/5 perdió al soldado Frederick «Júnior» Hudson, un atlético joven de diecisiete años oriundo de Saint Louis, que se había alistado en los marines para vengar la muerte de su hermano en Tarawa. Hudson fue despedazado por el fuego de artillería japonés. Aquel día, también murió bajo un proyectil enemigo el soldado de primera clase George Pick, un recién llegado a la K/3/5. El cabo Roy R. «Railroad» Kelly, un veterano de Peleliu y cabo Gloucester, resultó herido.

Estas bajas sumaron en 76 la cifra total de muertos y heridos de la compañía desde el Día del Amor —casi un tercio de los efectivos autorizados de una compañía de fusileros—, pero era bastante típica de las pérdidas en combate de otras unidades de los marines y el Ejército.

La tan cacareada Línea de Shuri empezaba a desmoronarse, pero estaba cobrándose un precio atroz. A finales de mayo, más de 28.000 estadounidenses habrían perdido la vida, estarían heridos o desaparecidos en combate en Okinawa. Cuando se decretó oficialmente el final de la batalla el 21 de junio, el número total de bajas entre las tropas de tierra del 10.° ejército ascendían a 39.420. Las pérdidas a bordo de los buques de la Armada no tenían precedentes: más de 10.000 muertos y heridos en ataques suicidas japoneses.

Los soldados de infantería aquejados de fatiga de combate, psicosis del campo de batalla y crisis mentales no fueron incluidos en esos recuentos. Pero las mejores estimaciones de posguerra situaban la cifra cerca de los 30.000, un número ligeramente inferior a los heridos en combate que presentaron lesiones físicas lo bastante graves para precisar hospitalizaciones de una semana o más.

Era una época en la que los hombres agotados y estresados se aferraban a cualquier esperanza, por mínima o trivial que fuera, para contener la depresión insoportable, el pánico incontrolable o la ira maníaca. El 20 de mayo, al guarecerse en un pozo de tirador inundado para escribir una carta a casa, el soldado de primera clase Al Henderson, de la 96.ª tropa de reconocimiento, logró hallar consuelo encomiando las numerosas virtudes prácticas de su desgastado casco de acero.

«Puedes hacer muchas cosas con tu casco», observaba. «Puedes lavarte con él, afeitarte, preparar café o utilizarlo para vomitar en él cuando estás mareado. Puedes llenarlo de gasolina para limpiar tu arma, hacer un agujero con él si no tienes pala, sentarte encima o utilizarlo para achicar el agua de tu pozo de tirador si hay demasiada. Es todo un invento.»

Curiosamente, Henderson omitía cualquier mención a la principal función original del casco: impedir que la cabeza de soldados como él se resquebrajara por culpa de las balas que rebotaban o la metralla que salía despedida.

11

Viento Divino (Segunda parte)

La implacable campaña de ataques de Viento Divino que comenzó en Okinawa entre el 6 y el 7 de abril continuó con intensidad durante casi dos meses y medio. Incluso después de que la victoria estadounidense pareciera garantizada en tierra, los vestigios del Cuerpo Especial de Ataques Kamikazes de Japón todavía castigaban a la Armada de Estados Unidos con oleadas coordinadas de muerte y destrucción.

Kikusui, o «Crisantemo Flotante» Número Uno, en la que 355 aviones y pilotos suicidas se habían abalanzado sobre los barcos estadounidenses que apoyaban la invasión, vino seguida rápidamente de Kikusui Dos (12-13 de abril), con 185 kamikazes, y Kikusui Tres (15-16 de abril) con 165 suicidas.

Tras un paréntesis de once días, mientras los comandantes japoneses escudriñaban su imperio en busca de aviones de cualquier descripción para transformarlos en misiles tripulados de alto poder explosivo, los ataques de Viento Divino se retomaron en cifras inferiores. Los aparatos disponibles para Kikusui Cuatro (27-28 de abril) y Cinco (3-4 de mayo) sumaban sólo 115 y 125 respectivamente.

Se tanteó la planificación de otros ataques del Crisantemo Flotante, pero la capacidad de Japón para lanzarlos dependía de si se localizaban suficientes aviones que pudieran volar y fuesen prescindibles. Los japoneses habían escondido varios miles de aviones de ataque en terraplenes secretos repartidos por todo el imperio en preparación para su última batalla en casa, pero excepto por estos «intocables», se estaban quedando literalmente sin aviones. Sin embargo, su determinación —y su capacidad para gestar planes grandilocuentes, aunque poco realistas— no mermó.

Kikusui Seis, prevista para el 11 de mayo, era un componente clave de un plan complejo que resultó ser la última gran campaña ofensiva de Tokio en la guerra, así como el cénit de la segunda fase de Viento Divino.

El 8 de mayo, el almirante Matóme Ugaki, comandante de las fuerzas navales japonesas en la isla de Kyushu, situada en el extremo sur, fue informado por el alto mando de que se enviarían dos divisiones de tropas a varios destructores para reforzar al asediado 32.° ejército del general Ushijima. Para que este contingente llegara a su destino, dijo Tokio, los kamikazes tendrían que destruir algunos de los vehículos equipados con radar desplegados al noroeste de Okinawa, a la vez que castigaban al 58.° grupo de operaciones con ataques masivos contra sus portaaviones. Para obstaculizar todavía más la intervención estadounidense, los japoneses planeaban el despliegue de tropas aerotransportadas en los dos principales aeródromos de Okinawa, Yontan y Kadena, en una misión suicida destinada a destruir aviones estadounidenses en tierra.

Para encontrar aviones suficientes de cara al 11 de mayo y llevar a la práctica este plan expansivo, Ugaki pasó los dos días siguientes rastreando, no sólo Kyushu, sino también las islas septentrionales de Japón en busca de cualquier avión capaz de despegar. La noche del 10 de mayo, Ugaki había logrado lo que parecía imposible: reunió unos 150 kamikazes, desde los nuevos y esbeltos cazas Kawanishi «Arrow» a decrépitos biplanos de la primera guerra mundial, además de dieciocho bombarderos Judy y una fuerza de cazas de escolta para atacar a los portaaviones estadounidenses.

Después, aunque el bombardeo aéreo de mayo fuera un éxito sin precedentes, cabía esperar que el Viento Divino amainara hasta quedar reducido a un leve jadeo. El cuerpo de kamikazes ya no estaba formado íntegramente por voluntarios; quisieran o no, se estaban encomendando misiones sin retorno a unidades enteras de vuelo. El problema más crucial era que esta última Kikusui dejaría los recursos mecánicos del ejército y las fuerzas aéreas de Japón al borde del agotamiento. Sin embargo, Tokio creía que el sacrificio merecía la pena si ello significaba impedir la llegada del gigante estadounidense a las islas unas semanas más.

El resultado final de la campaña Crisantemo Flotante era en aquel momento bastante predecible. Entretanto, la prueba de fuego más grande de la historia de la Armada de Estados Unidos pasaría una calamitosa factura a sus hombres y embarcaciones.

La mañana del 11 de mayo, el alférez de fragata Douglas Aitken, el esbelto oficial de radares de pelo rubio rojizo que iba a bordo del destructor *Hugh W. Hadley,* acababa de terminar el turno de noche y apuraba un desayuno a base de huevos revueltos y tostadas cuando sonaron los altavoces y anunciaron una alerta: «¡Cuartel general! ¡Cuartel general! ¡Todos a sus puestos de combate! ¡Avión enemigo acercándose!».

Eran las 7.40 cuando llegaron al *Hadley,* que se encontraba en la 15.ª estación de radar móvil, unos 72 kilómetros al noroeste de Bolo Point, en Okinawa, los primeros partes de aviones que se aproximaban desde el noroeste. El barco de clase Sumner, con 2.200 toneladas de peso y al mando del capitán Barron J. «Joe» Mullaney, tenía una tripulación constituida por veintidós oficiales y 340 hombres. Era uno de los destructores más nuevos de la Armada, ya que había sido fletado el mes de julio anterior. Se lo bautizó en honor al comandante Hugh W. Hadley de la Armada de Estados Unidos, que murió en combate en las islas Salomón mientras capitaneaba una división de transporte.

El *Hadley* fue el primer destino de Aitken después de finalizar la formación como oficial de la Armada en la Universidad de Columbia. Como miembro de su tripulación, el teniente de veintidós años nacido en Cincinnati y ahora establecido en Palo Alto, California, sentía un orgullo y una honda preocupación por su barco.

Aunque se levantó de la mesa después del desayuno, se limpió la boca y se dirigió apresuradamente hacia el Centro de Información de Combate, donde acababa de pasar la noche, no se sentía particularmente alarmado. De hecho, tras docenas de alertas de los cuarteles generales llegadas durante las últimas semanas —la más reciente antes de amanecer aquella misma mañana —, su actitud imperante era más bien de fastidio que de temor.

«Oh, Dios», recuerda que pensaba entonces. «¡Otro no!»

Sin embargo, esta llamada al combate sería distinta a las demás. Al punto que Aitken salió de la sala de oficiales hacia el pasadizo que conducía al exterior volvió a escucharse la voz proveniente de los altavoces: «¡Disparen! ¡Disparen!».

Un segundo después de dictarse la orden se oyó el estruendo de los cañones de 127 mm del *Hadley*, el primero de más de ochocientos proyectiles que se dispararían aquella mañana. Para Aitken y todos los demás a bordo del barco, los cien minutos siguientes parecerían cien años.

El *Hadley* había desempeñado labores de radar móvil avanzado durante la última semana, alternando entre varias estaciones remotas al norte de Okinawa, que formaban parte de una red de radares que rodeaba la isla como una hilera irregular de cuentas. Las estaciones de radar eran simplemente puntos designados en el mar, por lo general a unos ochenta kilómetros de Okinawa, donde los destructores con las unidades de radar más sólidas, operadas por dotaciones especialmente entrenadas de cinco hombres, debían vigilar los aviones y barcos enemigos.

La asignación a una de esas estaciones tal vez mera una de las tareas menos envidiables que podía recibir un destructor del 58.° grupo de operaciones y su tripulación. Al menos sesenta destructores y destructores de escolta habían sido gravemente dañados o hundidos desde el 6 de abril, en su mayoría mientras desempeñaban labores de radar.

Como todos los destructores modernos de Estados Unidos, el *Hadley* era rápido —su velocidad máxima eran 35 nudos— y estaba bien pertrechado de fuego de artillería. Contaba con seis cañones del calibre 38 repartidos en tres baterías de dos cañones cada una, dos cañones de 40 mm, otros dos dobles también de 40 mm, y seis armas antiaéreas de 20 mm.

Acompañaba al *Hadley* en la 15.ª estación el *Evans*, un destructor de dimensiones, velocidad y armamento similares, capitaneado por el comandante Robert Archer, compañero de clase en la Academia Naval de Mullaney, el capitán del *Hadley*. Junto a ellos había también cuatro «pequeños»: tres lanchas de desembarco de la infantería, convertidas en cañoneras y equipadas con misiles y proyectiles de 40 y 20 mm, y la *LSM(R) 193*, una embarcación de tamaño medio convertida en lanzacohetes que contaba con un único cañón de 13 mm. Todas ellas compartían la ventaja de estar bien armadas para su envergadura y de ser difíciles de alcanzar desde el aire.

También se asignó un escuadrón de doce cazas Corsair a la estación, y habían sobrevolado en círculos a los dos destructores desde las seis de la mañana. «Esos pilotos de los marines desempeñaron una labor maravillosa aquella mañana», recordaba Aitken muchos años después. «Sin ellos dudo que ninguno de nosotros hubiera sobrevivido»

La tripulación de los destructores aprendió a calcular la proximidad de los aviones enemigos por el tipo de cañones que oían disparar: si sólo entraban en acción los de 13 mm, significaba que los atacantes se encontraban aún a cierta distancia. Si disparaban los de 40 mm, los aparatos se acercaban, y cuando los de 20 mm empezaban a tabletear, los aviones estaban allí mismo.

Cuando Aitken descendía a toda prisa las escaleras para dirigirse a la cubierta inferior —situada debajo del puente, a popa—, los cañones de 40 y 20 mm abrieron fuego con todo lo que tenían. El barco dio una violenta sacudida mientras el capitán ordenaba al timonel que zigzagueara a treinta nudos.

El Centro de Información de Combate era un semillero de actividad caótica cuando Aitken

llegó allí, y entraron a todo correr más oficiales y soldados. Todos ellos, Aitken incluido, se preparaban para una explosión inminente y formulaban las mismas preguntas a voz en grito:

—¿Qué pasa? ¿Cuántos aviones hay? ¿De dónde demonios han salido?

—Hasta ahora sólo uno —les dijo un joven operador de radar—. Volaba bajo y el radar aéreo no lo ha detectado, y nadie lo vio en la búsqueda superficial. Los vigías lo han localizado cuando se encontraba a sólo unos kilómetros de distancia.

—Sí, hemos derribado a ese bastardo cuando estaba aún a kilómetro y medio —decía un operador de la sala central de radios del *Hadley*, situada en la puerta contigua—. Pero dicen que hay más en camino, ¡muchos más!

Entre los que acudían al centro se encontraba el capitán de corbeta Robert M. Brownlee, oficial al mando del barco.

—El kamikaze era un avión de la vieja flota japonesa cargado de combustible —explicaba—. Ha provocado una buena fogata al estrellarse en el agua. Hemos tenido suerte.

—Mirad esta gran señal luminosa en la pantalla —gritó uno de los operadores de radar—. Ahora empieza a separarse. ¡Debe de haber quince o veinte aviones ahí!

—¿A qué distancia? —preguntó Brownlee.

—A unos noventa kilómetros —respondió el operador.

—¿Qué hay de la Patrulla Aérea de Combate? —preguntó alguien en referencia al grupo de operaciones del portaaviones estadounidense.

—Han virado y se disponen a interceptarlos —dijo el oficial cogiendo el teléfono que comunicaba con el puente—. Pero no podrán detener a todos esos malditos aparatos. Tendremos mucho que disparar. Alerte al *Evans* y a los demás barcos.

En cuestión de segundos, apareció en el radar aéreo otro grupo de aviones todavía más amplio, espaciado a unos quince o veinte minutos con respecto al primer grupo. Debido a la distancia, era imposible realizar un recuento preciso, pero la nueva señal luminosa parecía lo bastante grande para contener veintenas de aviones.

El desayuno no estaba sentando demasiado bien a Aitken, pero su estómago revuelto no tenía nada que ver con la calidad de las tostadas y los huevos que acababa de ingerir. Le pesaba como un plomo la ominosa sensación de que cada una de las pequeñas señales que se materializaban en la pantalla del radar era un kamikaze que volaba directo hacia el puente del *Hadley* y el centro nervioso de comunicaciones instalado justo debajo del mismo.

Aitken y todos los demás tripulantes de la 15.ª estación de radar móvil ignoraban que la dura prueba que estaban a punto de soportar podría haber sido mucho peor de no ser por dos acontecimientos anteriores y aislados. Uno de ellos fue el desastroso accidente causado por el descuido japonés en el aeródromo de Kokobu, en Kyushu. El otro fue una intervención temprana y efectiva de los aviones estadounidenses contra las fuerzas enemigas.

Cuando un grupo de bombarderos Judy no kamikazes destinados al ataque contra los portaaviones de Estados Unidos despegaba en Kokobu antes del amanecer se cruzó directamente en el camino de unos suicidas Val que emprendían el vuelo simultáneamente desde otra zona del aeródromo. El tumulto resultante de colisiones y explosiones en el aire —probablemente el peor

incidente de esas características en toda la guerra— costó a los atacantes quince aviones que no se podían permitir perder, entre ellos siete Val que debían atacar los radares móviles de la 15.ª estación.

Los Corsair y los Hellcat que tenían su base en los portaaviones, así como los cazas de los marines de los aeródromos de Yontan y Kadena, también mermaron las filas de los atacantes mucho antes de que todos ellos llegaran a su objetivo. Los pilotos del equipo de portaaviones del 58.° grupo de operaciones sumaron sesenta derribos, tanto kamikazes como atacantes no suicidas, y los pilotos de las bases de tierra estadounidenses abatieron otros diecinueve aviones enemigos.

Aun así, unos cincuenta kamizakes que empezaron a planear como buitres sobre el *Evans* y el *Hadley* alrededor de las ocho de la mañana les ocasionaron problemas suficientes.

Los suicidas, en su mayoría pilotos jóvenes sin experiencia que gobernaban unos aviones que desconocían y de mala calidad, habían perfeccionado una estrategia más sofisticada —y mortífera — a medida que se desarrollaba la campaña de Kikusui. Al principio, los japoneses soban atacar en solitario o en pareja, lo cual hacía que a los artilleros experimentados de los barcos que contaran con buen armamento les resultara relativamente fácil lanzarlos al mar antes de que pudieran causar estragos. Pero ahora solían atacar en grupos de tres, cuatro e incluso seis aviones a un tiempo, lo cual multiplicaba enormemente las posibilidades de que al menos uno alcanzara su objetivo.

El solitario avión de la flota enemiga que había presagiado la llegada de los kamikazes minutos antes de que apareciera el grueso de los atacantes era una notable excepción a esta regla. Por ello había ofrecido al *Evans* y el *Hadley* una ventaja significativa: tiempo para emprender acciones evasivas y asegurarse de que sus dotaciones de artillería estaban preparadas para lo que se avecinaba.

Desde sus respectivos puentes, separados por unos tres kilómetros de agua, los comandantes Mullaney y Archer observaron cómo el primero de los pájaros del infierno se apartaba de la formación principal y se abalanzaba sobre sus embarcaciones.

—Todas las dotaciones de artillería, inicien el bombardeo —dijeron casi al unísono.

En el puente del *Hadley*, junto al capitán Mullaney, se encontraba el marinero de primera clase Jay Holmes, que dirigía el cañón de 40 mm situado a babor del puente inferior. Aunque Holmes, de Ogden, Utah, sólo tenía dieciocho años y hacía menos de un año que había terminado el bachillerato, tenía mucha experiencia en su puesto de batalla y había hecho frente a una docena de ataques kamikazes o más desde el inicio de la campaña de Okinawa. Pero ni él ni Mullaney habían presenciado nada semejante a lo que estaba sucediendo en aquel momento.

Al norte, el cielo se ennegreció por la presencia de aviones japoneses —había más de los que Holmes había visto jamás— y se acercaban con rapidez. Desde el oeste llegaron apresuradamente varios Corsair para contrarrestarlos. En la distancia, humaredas negras llenaban el aire por encima del *Evans* mientras sus baterías de 13 mm escupían una ráfaga continua de fuego.

—Dios mío, mira todos esos malditos aviones —gritó Mullaney, imponiéndose al rugir ensordecedor de uno de los cañones del *Hadley* situado justo debajo de él, y agarró a Holmes del hombro. El capitán, un irlandés extravagante de verbo agresivo, era un destructor avezado al que

su tripulación respetaba mucho, pero se sintió claramente alarmado por aquella imagen.

—¡Los veo, señor! —repuso Holmes a gritos. Lo cierto es que apenas podía ver otra cosa—. Están sobre nuestras cabezas pero fuera del alcance de los cañones de 40 mm.

Como encargado del control de los cañones de 40 mm, Holmes era responsable de activar la alimentación de la batería, que no podía operarse manualmente, y de alertar por teléfono al capitán de artillería sobre objetivos al acecho que tal vez no eran visibles para las dotaciones que se encontraban en sus puestos. Bastaba con que Holmes girara una palanca con la yema de los dedos para que los cuatro cañones pudieran dispararse automáticamente, siempre que los cargadores los abastecieran continuamente de munición, aunque debían apuntar los artilleros.

Todo indicaba, pensó Holmes al hacer girar la palanca, que los cañones de 40 mm estaban a punto de bregar como nunca antes lo habían hecho.

Los atacantes incluían todos los tipos concebibles de avión: aparatos ligeros de entrenamiento, viejos biplanos con cabina abierta, primeros modelos del Zeke, Val castigados por el combate y viejos Betty estruendosos. «Algunos pasaban rozando el agua y otros caían en picado sobre nosotros desde todas direcciones», recordaba Holmes. «No era de extrañar que el capitán estuviera tenso y asustado. Todos lo estábamos.»

El oficial al mando de los cazas en el *Hadley*, que estudiaba el radar en el Centro de Información de Combate con Doug Aitken, calculaba ahora que la cifra total de aviones enemigos ascendía a 156 y, según creía, eran todos suicidas. Al parecer, volaban a varias altitudes repartidos en cinco grupos distintos de ataque, con una envergadura que oscilaba entre veinte y cincuenta aviones.

«Desde aquel momento», decía el informe oficial de la acción recopilado posteriormente por el comandante Mullaney, «el *Hadley* y el *Evans* fueron atacados de manera continua por numerosos aparatos enemigos que llegaban en grupos de cuatro a seis aviones para cada barco... El ritmo del combate y las maniobras de los dos destructores, que navegaban a gran velocidad, era tal que ambos estaban separados por una distancia de tres o cuatro kilómetros, lo cual desembocó en una acción individual de las embarcaciones. En tres ocasiones, el *Hadley* propuso al *Evans* una aproximación para prestarse apoyo mutuo... pero en todos los casos, los ataques lo impidieron».

Un avión suicida, que atacaba con otros tres, se encaminó directamente al puente y no alcanzó por poco a Mullaney y Holmes. «Fue el susto más grande que tuve», decía Holmes. «Parecía que mera a atravesarnos directamente. Rozó con el ala el costado del barco, cerca de la línea de flotación, al estrellarse en el océano.»

Durante los 45 minutos siguientes, las dotaciones de artillería del *Evans* derribaron catorce aviones suicidas en rápida sucesión y con una periodicidad de uno cada tres minutos y medio. Holmes y sus compañeros del *Hadley* ocupaban la segunda posición a corta distancia, y se anotaron doce derribos durante el mismo período. Más de veinticinco aviones enemigos habían sido abatidos por los cazas Corsair. Milagrosamente, pese a la furia de los ataques, ninguno de los destructores había sufrido más que daños superficiales.

«La pintura del interior de los cañones burbujeaba», recordaba el marinero de primera clase Leo Helfing, de Kansas City, que sólo dos días antes había pasado de su trabajo cargando los

cañones de 40 mm de babor a un nuevo puesto colocando espoletas en la batería de 13 mm número uno. «Los cañones de 40 mm estaban tan calientes que a los hombres les preocupaba que incendiaran algo», decía Helling. «Dispararon más de 8.900 proyectiles en unos noventa minutos.»

Helling no estaba demasiado contento con su reciente cambio de puesto de batalla. Durante las numerosas llamadas al combate del *Hadley*, había intimado con varios miembros de las dotaciones de 40 y 20 mm. Había trabado una sólida amistad con gente como el marinero de primera clase John M. Epelley jr., que operaba uno de los cañones de 20 mm cercanos; el ayudante de artillería D. C. Bass, un talentoso ebanista que pasaba el tiempo libre diseñando armarios de cocina; el marinero de primera clase Vaughn Lewis, que le propuso correrse una juerga juntos cuado regresaran a costas amigas; y su homólogo Charles Green, un «viejo» que tenía treinta y ochos años, una esposa que le esperaba en casa y suficientes puntos para volver con ella, si es que llegaba a utilizarlos.

Helling no podía saber de ninguna manera que, cuando aquella aciaga mañana hubiese tocado a su fin, debería la vida al hecho de que fue transferido del desprotegido cañón de 40 mm al santuario de acero situado bajo la batería de 13 mm.

Con toda probabilidad, Helling tampoco era consciente de que uno de sus compañeros de barco, el marinero de primera clase Fred Hammers, había sido transferido recientemente en la dirección opuesta, o de que la decisión de Hammers estaría a punto de costarle la vida aquella mañana.

«Me prepararon para ayudar a manejar los cañones de 13 mm, pero no me gustaba demasiado estar metido en aquel agujero», recordaba Hammers muchos años después. «Así que un día vi al capitán Mullaney en cubierta y le pregunté si podía trasladarme a uno de los cañones de 20 mm.»

«Tengo el cañón idóneo para ti», le dijo Mullaney. «A partir de ahora, tú serás el artillero en ese cañón de 20 mm a babor, justo debajo del puente, ¡y cuando empiecen los megos artificiales, será mejor que me protejas!»

Hammers, originario de California, se las había arreglado para entrar en la Armada en el verano de 1942, a los dieciséis años, y estaba sumamente contento con su nuevo puesto de batalla, al menos hasta la mañana del 11 de mayo, cuando tenía todos los motivos para creer que debería haberse quedado en el agujero.

«Tenía a dos chavales de cargadores que hacía menos de un año que habían salido del campo de entrenamiento», decía, «pero permanecieron junto a mí y los tres lo hicimos bien».

Hammers no dejaba de disparar el cañón, operado manualmente, excepto por un breve intervalo en que se quedó sin munición y sus cargadores tuvieron que ir corriendo abajo y traer más.

Los aviones japoneses llegaban de todas partes, tantos que a Hammers le resultaba difícil concentrarse en un solo objetivo, pero su teniente le ayudaba.

—¡A la derecha, Hammers! —gritaba el teniente—. ¡Un poco más a la derecha! ¡Un poco más!

Un Zeke que estaba lo bastante cerca para que Hammers contara los remaches de su fuselaje empezó a expulsar llamaradas y descendió en picado al mar, lo cual provocó un grito exultante del teniente.

—¡Buen disparo, Hammers! ¡Mira, le has dado a ese bastardo! ¡Ahora a tu izquierda! ¡Izquierda, maldita sea, izquierda!

«Puede que muera aquí esta mañana», pensó Hammers, «pero, viva o muera, ¡nunca volveré a pasarlo tan bien!».

Alrededor de las nueve de la mañana, la buena suerte de los dos destructores se echó a perder rápidamente. Mullaney supo por la patrulla aérea de combate que el escuadrón de Corsair que prestaba cobertura se había quedado sin munición y andaba escaso de combustible, y la mayoría de sus aviones se encaminaron a la base para repostar. Cuatro aparatos se quedaron a la zaga para ofrecer toda la ayuda que pudieran el máximo tiempo posible, pero excepto por los «pequeños», el *Hadley y* el *Evans* estaban prácticamente solos.

Los kamikazes se movieron con rapidez para aprovechar la ventaja. A las 9.07, un bombardero Judy japonés se estrelló contra el armazón del *Evans.* Los daños fueron considerables, pero no logró ralentizar la velocidad del destructor o la intensidad de su artillería. Momentos después, los artilleros del barco derribaron a un segundo kamikaze que atacaba desde babor, pero un tercer suicida, que planeaba rozando las olas desde otra dirección, se negó a ser abatido.

«Veíamos nuestras baterías de 20 mm alcanzar al avión», relataba el capitán Archer, «pero continuaba su avance».

Una bomba que iba a bordo del avión estalló cerca de la sala de calderas posterior del *Evans*, y causó una inundación que se propagó rápidamente a la sala de máquinas. Entonces, mientras Mullaney y otros observaban impotentes desde el puente del *Hadley,* otros dos kamikazes impactaron en la sección central del *Evans* con sólo unos segundos de diferencia. Los aviones destruyeron las calderas de proa, desataron incendios arrasadores por culpa del combustible a popa, interrumpieron la alimentación de las baterías y plagaron las cubiertas de cuerpos de marineros muertos y heridos. Entre los lesionados de gravedad se encontraba el oficial al mando, el teniente L. W. Gillen.

Mientras el destructor cabeceaba inmóvil en el agua, el marinero de primera clase Robert Stonelake pasó su cañón doble de 40 mm a control manual a tiempo para derribar él solo a otro suicida, que cayó a escasa distancia del barco. Era el decimonoveno —y último— derribo de la mañana atribuido al *Evans*, y puede que la acción de Stonelake impidiera el hundimiento del barco devastado.

Sin embargo, su casco permaneció a flote con treinta tripulantes muertos y veintinueve heridos a bordo. Entretanto, a cinco kilómetros de distancia, el resto de los pájaros del infierno centraban toda su atención en el *Hadley.* «Aquello fue la madre de todos los ataques», recordaba Jay Holmes, que contempló la arremetida desde el puente. «No había tiempo para recuentos, pero los informes demuestran que los kamikazes se abalanzaban sobre nosotros de diez en diez. Por buenos que fueran nuestros artilleros, no había forma de que pudieran frenarlos a todos.»

El ataque masivo dio comienzo a las 9.20, cuando un misil Oka estuvo a punto de hacer diana en el barco. Segundos después, otro suicida se precipitó sobre el puente, pero la altura era excesiva y pasó a toda velocidad entre las dos chimeneas idénticas del *Hadley.* Una de las alas se desvió y arrancó parte de las jarcias y su principal antena de radio, pero no ocasionó mayores daños.

Desde su puesto situado bajo las baterías de 13 mm, Leo Helling escuchó o sintió una fuerte

sacudida y alzó la vista hacia un chorro de luz solar que penetraba por la cubierta a tiempo para ver a su capitán de artillería agazaparse repentinamente y casi perder el equilibrio.

—¡Dios todopoderoso, ha andado cerca! —gritó el capitán.

Sin embargo, no anduvo tan cerca como el siguiente. El segundo impacto se produjo justo encima del cañón de 40 mm de babor, que había sido el puesto de batalla de Helling hasta dos días antes, e hirió de gravedad a todos los miembros de su dotación. Cuando el avión explotó, el piloto soltó una bomba en la misma zona y arrasó con varios cañones de 40 y 20 mm. La destrucción sembrada por la aeronave se propagó rápidamente a la caseta del puente principal de popa, y envolvió en llamas las taquillas y las dependencias de la mayoría de los suboficiales del *Hadley*.

El marinero de primera clase Franklin Gebhart, capitán de artillería de uno de los cañones de 40 mm montados a estribor, estaba convencido de que el primer avión suicida llevaba su nombre, pero el impacto de soslayo sólo le lanzó contra unos tubos de torpedo y le dejó sin resuello.

«Ordené a mis hombres que abandonaran el barco y saltaron todos menos dos, que continuaron disparando», recordaba Gebhart. «Entonces otro kamikaze se estrelló contra el cañón y acabó con los dos. Yo también salté por la borda. Estaba allí flotando cuando vi uno de distancia, el resto de los pájaros del infierno centraban toda su atención en el *Hadley.* «Aquello fue la madre de todos los ataques», recordaba Jay Holmes, que contempló la arremetida desde el puente. «No había tiempo para recuentos, pero los informes demuestran que los kamikazes se abalanzaban sobre nosotros de diez en diez. Por buenos que fueran nuestros artilleros, no había forma de que pudieran frenarlos a todos.»

El ataque masivo dio comienzo a las 9.20, cuando un misil Oka estuvo a punto de hacer diana en el barco. Segundos después, otro suicida se precipitó sobre el puente, pero la altura era excesiva y pasó a toda velocidad entre las dos chimeneas idénticas del *Hadley.* Una de las alas se desvió y arrancó parte de las jarcias y su principal antena de radio, pero no ocasionó mayores daños.

Desde su puesto situado bajo las baterías de 13 mm, Leo Helling escuchó o sintió una fuerte sacudida y alzó la vista hacia un chorro de luz solar que penetraba por la cubierta a tiempo para ver a su capitán de artillería agazaparse repentinamente y casi perder el equilibrio.

—¡Dios todopoderoso, ha andado cerca! —gritó el capitán.

Sin embargo, no anduvo tan cerca como el siguiente. El segundo impacto se produjo justo encima del cañón de 40 mm de babor, que había sido el puesto de batalla de Helling hasta dos días antes, e hirió de gravedad a todos los miembros de su dotación. Cuando el avión explotó, el piloto soltó una bomba en la misma zona y arrasó con varios cañones de 40 y 20 mm. La destrucción sembrada por la aeronave se propagó rápidamente a la caseta del puente principal de popa, y envolvió en llamas las taquillas y las dependencias de la mayoría de los suboficiales del *Hadley*.

El marinero de primera clase Franklin Gebhart, capitán de artillería de uno de los cañones de 40 mm montados a estribor, estaba convencido de que el primer avión suicida llevaba su nombre, pero el impacto de soslayo sólo le lanzó contra unos tubos de torpedo y le dejó sin resuello.

«Ordené a mis hombres que abandonaran el barco y saltaron todos menos dos, que continuaron disparando», recordaba Gebhart. «Entonces otro kamikaze se estrelló contra el cañón y acabó con los dos. Yo también salté por la borda. Estaba allí flotando cuando vi uno de nuestros Corsair, que se había quedado sin munición y se abalanzó sobre un avión japonés y lo derribó al agua.»

En el puente, Jay Holmes todavía esperaba que su asediada embarcación pudiera resistir si lograba superar el minuto siguiente. Pero la esperanza se desvaneció cuando un segundo kamikaze colisionó con la parte central del barco.

Un momento después, el tercer avión suicida dio el beso de la muerte al Hadley al estrellarse en plena línea de flotación por el lado de estribor. Antes de la topada, el piloto soltó una bomba de 225 kilos que estalló debajo del barco.

Casi de inmediato, mientras el agua del mar entraba a raudales por la abertura del costado, el *Hadley* empezó a escorarse abruptamente hacia estribor. Las salas de calderas y máquinas y las turbinas se anegaron rápidamente. El suministro eléctrico quedó cortado en toda la embarcación. Columnas de humo negro emanaban de los incendios descontrolados.

Cuando los grandes cañones del *Hadley* quedaron silenciados por primera vez en hora y media, Jay Holmes no se percató. Se dio la vuelta y vio al capitán Mullaney gritando órdenes a alguien, pero Holmes no detectaba el menor sonido. La exposición continuada al estruendo de los cañones de 13 mm, en especial cuando viraban hacia babor, le habían dejado completamente sordo de ambos oídos.

En el Centro de Información de Combate, el teniente Doug Aitken se estremeció ante las abruptas sacudidas provocadas por las explosiones. Sabía que el barco estaba gravemente dañado, pero no había podido ver lo ocurrido desde su puesto en la sala de radares, de modo que ignoraba por completo dónde se habían producido los desperfectos o cuál era su alcance.

Abriéndose paso a trompicones hasta la puerta del Centro de Información, que estaba envuelto en la más absoluta oscuridad, Aitken pudo apreciar por primera vez las heridas de muerte de la embarcación. Le asombró la imagen que se abría ante él.

«La bovedilla estaba inundada, lo cual era una mala noticia», dijo, «y la inclinación hacia estribor era de varios grados e iba a peor, lo cual era una noticia más funesta todavía. Lo que no sabíamos en aquel momento era que la bomba que estalló bajo el barco había dejado una abertura de 140 centímetros en la quilla. Atendiendo a cualquier cálculo estadístico, debería haberse hundido, pero no lo hizo».

Aitken tuvo una curiosa sensación de indiferencia al darse cuenta de que sus dependencias y todas sus posesiones habían sido arrasadas por las explosiones y los incendios abrasadores que provocaron.

«Mi habitación estaba justo en medio de todo aquello», recordaba muchos años después. «Si hubiera estado en la litera cuando impactó el avión, no podrían haber recogido mis restos ni con una esponja. Dadas las circunstancias, me quedé sin más que lo que llevaba puesto, pero en aquel momento era lo que menos me preocupaba.»

El marinero de segunda clase Don Hile subió como pudo por una escalera en medio de la repentina e impenetrable oscuridad que dominaba la cubierta situada justo debajo de las baterías de 13 mm ahora silenciosas del Hadley, con los ojos haciéndole chiribitas y un dolor intenso en el cuello y el principio de la espalda. El cometido habitual de Hile estaba en el Centro de Información de Combate realizando el seguimiento de los aviones por el radar, pero su puesto de batalla se encontraba en la santabárbara, donde había estado retirando cabezas a los proyectiles de

13 mm cuando el tercer kamikaze chocó contra el barco.

El impacto lanzó a Hile al suelo y su cara topó directamente con el pesado montacargas que utilizaban para subir los proyectiles de 22 kilos al polvorín. Le invadió un intenso mareo, y por un momento temió perder el equilibrio.

—Muévete, tío —exhortó una voz detrás de él—. Tenemos que salir de aquí. Me parece que nos estamos hundiendo.

Hile trató de responder, pero notaba como si tuviera la cara paralizada y no podía abrir la boca. Cuando salió a trompicones a cubierta y se dirigió hacia la barandilla del barco dispuesto a saltar, se dio cuenta de que tenía la mandíbula rota.

En el puente, el capitán Mullaney intentaba contactar con los equipos de control de incendios e inundaciones y los grupos de rescate que buscaban heridos cuando el capitán de corbeta Brownlee, oficial al mando de la embarcación, salió corriendo del Centro de Información.

—¡Capitán, nos han dado! —dijo Brownlee resollando y con la cara colorada.

—¡Por Dios, ya sé que nos han dado! —replicó Mullaney encolerizado—. Ahora baje pitando y vea qué puede hacer para ayudar a evacuar a los heridos. Quizá tengamos que abandonar el barco, pero no quiero que dé la orden si se puede evitar de alguna manera.

Mullaney se volvió hacia su oficial de derrota, el teniente Ned E. Wheldon, de treinta y cinco años y originario de Hollywood, California.

—¿Funciona alguno de los motores? ¿Nos podemos mover, por poco que sea? —preguntó.

—Negativo, señor —dijo Wheldon meneando la cabeza. El oficial se había hecho famoso entre los demás altos mandos por el hábito que tenía su madre de incluir un trébol de cuatro hojas en cada carta que le escribía. Wheldon había acumulado centenares de aquellos símbolos de buena suerte, pero aquel día no habían servido de mucho.

—Quiero todas las banderas del barco izadas —indicó Mullaney a un joven alférez, que se encontraba cerca de allí en un estado de conmoción—. ¡Por Dios, si el *Hadley* se va al fondo, lo hará con todas las banderas ondeando!

Alrededor de las 9.30, el ingeniero jefe del barco y el oficial de control de daños entregaron sus primeros informes a Mullaney, y ninguno resultaba alentador. Su conclusión era que el barco corría el peligro de volcar y no podía defenderse. La situación parecía desesperada. Los ingenieros estaban protegiendo las calderas de proa para impedir que estallaran, pero la munición que hacía explosión a causa del fuego generaba una situación peligrosa.

—De acuerdo, daré orden de disponerlo todo para abandonar el barco —dijo Mullaney con tristeza un momento después de conocer los partes—. Corra la voz.

Se lanzaron por la borda balsas y salvavidas. Se organizó un destacamento de unos cincuenta hombres y altos mandos para que permanecieran a bordo y realizaran un último esfuerzo por salvar el *Hadley.* Todo el personal herido fue arriado a los botes salvavidas para que aguardara la llegada de los «pequeños».

Muchos miembros de la tripulación no esperaron a que la escalerilla les ayudara a descender por el costado del barco. Simplemente, cogieron carrerilla y de un salto se zambulleron en el mar.

«Por el modo en que estaba escorándose el barco, me preocupaba si podría alejarme de él»,

recordaba Leo Helling, «así que me quité los zapatos sin chaleco salvavidas ni nada. Me habían hablado mucho de lo difícil que era distanciarse a nado de un barco que se va a pique, pero no tuve demasiados problemas. Nadé hasta un bote salvavidas en el que esperaban otros marineros, y en unos minutos nos recogió la lancha».

«Corrí cuanto pude y salté por la borda», añadía Jay Holmes. «Mis piernas todavía galopaban a toda máquina cuando toqué el agua.»

Ahora que al parecer el barco se hundía bajo sus pies y desprovisto una vez más de munición, Fred Hammers corrió hacia estribor, donde había otro cañón de 20 mm abandonado. Disparó los últimos proyectiles contra un avión de la flota japonesa y luego echó a correr hacia la barandilla y miró el mar embravecido. Se disponía a saltar cuando se dio la vuelta y vio a sus dos mejores amigos, los marineros de primera clase Bruce Hill, de Filadelfia, y Johnny Huff, de Texas.

—¡Tenemos que irnos! —gritó Hammers—. El capitán ha dicho que abandonemos el barco.

—¿Has abatido a algún japonés? —quiso saber Huff.

—Sí, mi teniente me ha atribuido tres derribos —dijo Hammers—, ¡y no son probables, tío, son definitivos!

Los tres marineros apenas se habían zambullido cuando llegó otro Zeke como un rayo y las balas de las ametralladoras montadas en el ala tachonaron el agua alrededor de los estadounidenses.

«Fue la primera vez en toda la mañana que me sentí realmente asustado», recordaba Hammers. «No había donde esconderse y pensé que aquel japonés nos mataría a los tres.»

De súbito, un Corsair de los marines, posiblemente el último que quedaba en la zona, descendió en picado en dirección al Zeke, que volaba a ras del agua. El piloto del Corsair obviamente se había quedado sin munición, pero se colocó prácticamente sobre el avión japonés y, para asombro e incredulidad de Hammer, lo obligó a chocar contra el mar.

La voz de Hammer todavía temblaba de emoción más de sesenta años después al recordar lo que sucedió después. «El tipo del Corsair arrancó por completo la cola de aquel japonés con la hélice y lo hundió en el mar. No cabe duda de que nos salvó la vida. Era un hijo de puta valiente.»

Satisfechos de haber acabado con el *Evans* y el *Hadley*, los atacantes japoneses que habían sobrevivido no malgastaron más el tiempo con los dos destructores que luchaban por mantenerse a flote y desviaron su atención a objetivos de mayor calado.

El 11 de mayo, poco después de las diez de la mañana, al menos cincuenta aviones suicidas arremetieron contra los portaaviones del 58.° grupo de operaciones con consecuencias desastrosas para los barcos y los marineros estadounidenses. El almirante Marc Mitscher, comandante de los portaaviones, observaba desde el puente de su buque insignia, el *Bunker Hill*, y se sentía incómodo por la proximidad de la acción.

Dos kamikazes —un Zeke y un bombardero Judy— que aprovecharon con efectividad las nubes de lluvia y unas aproximaciones a baja altura para jugar al escondite con los radares enemigos, se encontraban justo encima del *Bunker Hill* cuando aparecieron repentinamente del cielo cubierto y atacaron en dos direcciones a la vez.

El Zeke se acercó como una exhalación por el flanco de estribor del buque insignia, se estrelló

contra unas hileras de aviones y desencadenó numerosos incendios provocados por el combustible. Antes de deslizarse por la borda y caer al mar, el avión soltó una bomba que explotó en el costado del barco y destruyó parte de la cubierta de vuelo. Siguiendo de cerca al Zeke, el Judy llegó desde popa en un descenso casi vertical, y su carga de explosivos destrozó otra sección de la cubierta de vuelo, esta vez en la base de la caseta, y desencadenó más incendios arrasadores.

Escorándose peligrosamente hacia estribor y ardiendo con furia, el *Bunker Hill* parecía condenado por los centenares de litros de combustible de la aviación que se derramaron sobre su puente de despegue y las docenas de aviones fuertemente armados que las llamas azotadas por el viento se encontrarían en su camino. Es casi seguro que la enorme embarcación se habría hundido de no ser por la habilidad y los nervios contenidos de su capitán George A. Seitz y el comandante Charles J. Odenhal, su oficial de derrota, que lograron invertir el rumbo, trasladar la inclinación a babor y permitir que los materiales inflamables y explosivos del puente se deslizaran al mar.

A los bomberos les llevó cinco horas y media controlar aquel incendio, y los daños que dejó a su paso apartaron al *Bunker Hill* de la guerra. Este y el portaaviones *Franklin*, arrasado por los kamikazes varias semanas antes, son los dos portaaviones más dañados de la segunda guerra mundial que consiguieron sobrevivir. Las bajas sumaron un total de 396 muertos o desaparecidos y 264 heridos.

Gran cantidad de marineros murieron en el acto sobre la cubierta de vuelo, pero muchos otros quedaron atrapados debajo, en los pasadizos invadidos por el humo. El ayudante de maquinista Harold Fraught intentó desesperadamente, pero sin éxito, llegar al único ojo de buey que había en un estrecho pasillo, pero la abertura estaba unos centímetros demasiado alta. «Estaba a punto de abandonar», decía, «cuando alguien me empujó para que pudiera salir». El rescatador, cuya identidad nunca pudo determinarse, ayudó a un total de siete hombres a ponerse a buen recaudo. Los otros dieciocho murieron, entre ellos el salvador.

El motor del Judy japonés, que había salido despedido del avión al hacer explosión, se incrustó en la oficina del buque insignia *Bunker Hill*, y acabó con la vida de tres oficiales del estado mayor del almirante Mitscher y once reclutas. El propio Mitscher, que temblaba levemente pero había salido ileso, trasladó rápidamente su cuartel general al portaaviones *Enterprise*. Aquella misma tarde, ordenó a dos de los grupos de operaciones que le quedaban en el barco que se dirigieran al norte para emprender una nueva ronda de ataques destinados a derribar de una vez por todas a los pájaros del infierno.

El objetivo: veintitrés bases aéreas sitas en las islas japonesas de Kyushu y Shikoku, desde las que se sabía que operaban los kamikazes.

De vuelta a la 15.ª estación de radar móvil, donde otros dos destructores tuvieron que asumir tareas de patrullaje y radar, el inhabilitado *Evans* fue remolcado para que iniciara su triste viaje al creciente cementerio de barcos de las Kerama Retto. Mientras tanto, a bordo del *Hadley*, que todavía había sufrido daños más graves pero seguía milagrosamente a flote con la ayuda de los barcos «pequeños» amarrados al buque para impedir que volcara, unos sesenta marineros y oficiales continuaban luchando por salvar la nave y deshaciéndose del material confidencial por si debía ser abandonada.

El último contacto que mantuvieron las dos maltrechas embarcaciones y sus capitanes llegó en un mensaje garrapateado por el capitán Mullaney en un pedazo de papel y transmitido al capitán Archer, a bordo del *Evans*, mediante señales luminosas:

CAPITÁN BOB:
CREO QUE PUEDO SALVAR MI BARCO. ESTOY ORGULLOSO DE HABER LIBRADO ESTA BATALLA JUNTO A USTED.
ATENTAMENTE, JOE.

En el parte de combate redactado más tarde, Mullaney entró mucho más en detalles al respecto de las tareas de rescate que tuvieron lugar en aquel momento: «Un grupo realmente increíble, valiente y eficaz de hombres y oficiales, con un desprecio absoluto por su seguridad personal, se aproximó a las explosiones y los incendios con mangueras, y trabajaron durante quince minutos. Arrojaron por la borda los torpedos, retiraron los objetos pesados de estribor, y finalmente extinguieron el fuego y se controlaron la inclinación y las inundaciones... aunque el barco seguía en una situación extremadamente peligrosa».

Excepto por el personal necesario para estas actuaciones, los demás miembros de la tripulación —incluidos los treinta muertos y 121 heridos— habían sido recogidos del *Hadley* o abandonaron el barco por su propio pie. A la espera de la llegada de un buque hospital, la mayoría de los heridos graves fueron trasladados en un principio al *LSM(R) 193*, la mayor de las embarcaciones «pequeñas», para recibir tratamiento.

Cuando el marinero Leo Helling recibió ayuda para abandonar la balsa a la que se había aferrado con otros doce hombres durante lo que le pareció una eternidad, vio una figura conocida —pero horriblemente quemada— que yacía en una camilla sobre la cubierta del barco.

Al acercarse, Helling reconoció al marinero John Epelley, su amigo de los cañones de babor, que se había visto envuelto en llamas por un suicida que estrelló su avión. Buena parte del uniforme de Epelley había sido consumido por el fuego, y su piel, que quedó al descubierto, estaba terriblemente ennegrecida y plagada de ampollas. Siempre había sido un hombre menudo y bastante bajo —mediría a lo sumo 1,70 metros—, pero ahora parecía más pequeño que nunca, como si el fuego le hubiese encogido.

Helling se detuvo, con la intención de decir o hacer algo, pero no sabía qué. Observó en silencio mientras otro conocido hincaba una rodilla junto a la camilla y hablaba en voz baja a Epelley:

—Eh, John, me alegro de que lo hayas conseguido, amigo mío. Todo irá bien a partir de ahora. Te irás a casa.

«Sí... me alegro... —susurró Epelley entre aquellos labios chamuscados—. Irá bien... me voy a casa.

Helling estaba asombrado de que Epelley no hubiese perdido el conocimiento y pudiera hablar. Cuando salió del campo de entrenamiento en la primavera de 1944, Helling se vio afectado por un brote de escarlatina que se convirtió en una fiebre reumática y casi le mata. Estuvo hospitalizado cinco meses, y a veces creía que no llegaría a reponerse, pero al final lo logró.

Por un momento, un atisbo de esperanza por Epelley colmó el pecho de Helling, y quiso

acercarse y decir a su amigo que no tirara la toalla. Entonces se impuso el pensamiento racional y supo que no tenía sentido. Epelley presentaba quemaduras en más de la mitad de su cuerpo y estaba sumiéndose en un estado de shock. Murió poco después, mucho antes de recibir un tratamiento médico significativo, aunque no habría servido de nada.

Después, Helling se quedó contemplando el mar, pensando en lo bueno y agradable que había sido John Epelley y ponderando los incomprensibles caprichos del destino.

«Podrías ser tú el de la camilla y no él. Bien podrías haber sido tú.»

Helling no averiguó nunca quién ocupó su lugar como cargador en el cañón de 40 mm de babor, donde se estrelló el kamikaze. Ahora se alegraba de no saberlo.

Entre los que se quedaron a bordo del *Hadley* y se emplearon a fondo estaba el teniente Doug Aitken, cuyas responsabilidades como oficial de radares incluían deshacerse apropiadamente de todo el material clasificado y la información militar. Aitken permaneció en el Centro de Información de Combate hasta aquella tarde.

Las regulaciones de la Armada exigían que los documentos considerados de alto secreto —que en este caso incluían planes detallados de la invasión de Japón— se guardaran en pesadas bolsas de lona perforadas con pesos de plomo cosidos al fondo y que se lanzaran por la borda. Las máquinas de codificación y demás equipos delicados también debían tirarse de manera similar.

«Yo era buen nadador y había sido jugador de waterpolo en el instituto», recordaba Aitken, «así que no tenía ninguna duda de que podría alejarme a nado del barco si me veía obligado a hacerlo. Entretanto, tenía muchas cosas que hacer e intenté concentrarme en las tareas que me ocupaban».

Uno de los mejores amigos de Aitken, el alférez Wallace Kendall, un militar originario de Maryland que había servido como fotógrafo no oficial del barco, trabajaba cerca de allí en el Centro de Información de Combate. Pero los pensamientos de Aitken se centraban periódicamente en otros amigos cuyo paradero y estado todavía eran desconocidos. Entre ellos se encontraban el teniente Patrick McGann, quien, como oficial de artillería del *Hadley*, probablemente fue el hombre más atareado aquella mañana, y el alférez Tom Dwyer, el oficial de torpedos del barco, que fue compañero de clase de Aitken en la escuela de oficiales de Columbia.

De cuando en cuando, venían a la mente de Aitken imágenes fugaces de su infancia. Recordaba el tribunal de honor que le había concedido su premio Scout Águila y lo orgullosos que estaban de él sus padres. El rastreo le había ayudado a ser mejor oficial de la Armada, y su famoso lema, «Debes estar preparado», siempre le había resultado muy útil, al menos hasta ahora.

«¿Pero cómo demonios podría estar alguien preparado para esto?», cavilaba Aitken.

El *Hugh Hadley* no volvió a navegar un solo centímetro por sus propios medios. Primero fue remolcado hasta le Shima, y luego a las Kerama, donde atracó junto a otro destructor destripado, el *Aaron Ward,* que había sido construido justo antes que el *Hadley* en los mismos astilleros de San Pedro, California. Cuando fue trasladado a un dique flotante, los buzos determinaron que los daños causados por las bombas en el casco eran irreparables. Al final lo remolcaron de vuelta a Estados Unidos, donde fue desmantelado y vendido para chatarra.

Pero el orgulloso historial que dejó atrás el *Hadley* perdura hasta nuestros días. De todos los

barcos estadounidenses que lucharon contra los kamikazes, al *Hadley* se le atribuye el mayor número de derribos oficiales: veintitrés. Tanto el capitán Mullaney como el teniente McGann, su oficial de artillería, recibieron Cruces de la Armada por su actuación estelar el 11 de mayo de 1945. Otras condecoraciones individuales recibidas por miembros de su tripulación incluían cuatro Estrellas de Plata, una medalla al Mérito de la Legión, seis Estrellas de Bronce y unos cien Corazones Púrpura. Además, a su tripulación le fue concedida una mención presidencial por Harry S. Truman.

Por las extraordinarias maniobras de su artillería, sus rescates y sus actividades de remolque y demás asistencia al *Hadley*, el *LSM(R) 193* recibió también una mención presidencial, la única que mereció este reconocimiento entre las más de mil lanchas de desembarco que participaron en la segunda guerra mundial.

A modo de nota final, quizá el miembro más afortunado de la tripulación del *Hadley* el 11 de mayo fue el teniente Bill Winter, oficial adjunto de artillería al cargo de los cañones de 20 y 40 mm, a quien se había destinado a tierra para una formación con las armas de 13 mm.

«Me encontraba en la playa cuando se produjeron los ataques suicidas», decía Winter transcurridas más de seis décadas. «Perdí a buenos amigos en el *Hadley* y yo debería haber estado allí, en el puente, dirigiendo la artillería por teléfono. Algunos podrán decir que fui el tipo más afortunado de la Armada aquel día, pero todavía estoy furioso por ello.»

Kikusui Seis continuó entre el 12 y el 14 de mayo con una mezcolanza de unos 180 kamikazes y aviones no suicidas que atacaron las estaciones de radar móvil al sur de Okinawa y acosaron de nuevo a los portaaviones del almirante Mitscher.

El 13 de mayo, que coincidía con el Día de la Madre, los pájaros del infierno descendieron sobre el viajado destructor *Bache*, que desempeñaba labores de localización en la 9.ª estación de radar al suroeste de Okinawa, y le propinaron la mayor paliza de su dura y pintoresca vida.

Puesto en servicio en 1942 y veterano de batallas en el Pacífico que iban desde Attu a Leyte, pasando por Iwo Jima, el *Bache* ya había repelido una serie de ofensivas suicidas en aguas de Okinawa. También había vivido momentos de gloria que eran infrecuentes para un destructor, y había torpedeado y hundido tres embarcaciones enemigas, entre ellas un buque de guerra y un crucero, en la batalla del estrecho de Surigao, en Filipinas. Pero éste sería su último combate, y también el más fútil.

A las 7.07, un viejo Val apareció a babor y destrozó la sección central del Bache, lo dejó sin propulsión a vapor y eléctrica, desencadenó numerosos incendios, acabó con la vida de 41 marineros estadounidenses e hirió a 32 más. Cuando pudo controlarse el fuego, el desamparado barco fue remolcado, como muchos otros, a las Kerama Retto.

«Fue como una marcha funeraria», recordaba el teniente Clement R. McCormack, oficial de control de cazas del *Bache*, «sobre todo cuando se dio a conocer el número de bajas. Se respiraba cierta incredulidad por que aquello nos hubiera sucedido a nosotros, ya que nuestra artillería era excelente».

Sin embargo, tras unas reparaciones provisionales, el *Bache* regresó a Nueva York, renqueando con un solo motor operativo. No fue posible encontrarle un atracadero Ubre en ninguno de los

diques de la Costa Oeste; estaban todos ocupados hasta su máxima capacidad por otros destructores dañados en Okinawa.

Los japoneses se reservaron uno de los ataques más espectaculares de Kikusui Seis para el final.

La mañana del 14 de mayo, un Zero pilotado por el teniente japonés Tomai Kai emergió de un banco de nubes a toda máquina, quinientos metros por encima del portaaviones *Enterprise*, un barco conocido como «Gran E» que fue el último buque insignia del almirante Mitscher. Mientras éste observaba con impotencia desde el puente, Tomai (cuyas tarjetas de visita se encontraron entre los restos de su avión) evitó una lluvia de mego antiaéreo, estrelló su avión describiendo un ángulo de cincuenta grados contra la madera de la cubierta de vuelo y soltó una bomba un segundo antes de morir.

El *Enterprise* y su tripulación, que habían sido objetivo de los kamikazes en numerosas ocasiones, estaban bien preparados. Los aviones en la reserva habían sido desprovistos de gasolina y armamento. Las escotillas herméticas fueron cerradas y selladas. Los conductos de combustible fueron vaciados y rellenados con dióxido de carbono. La tripulación de la cubierta de vuelo se protegió con prendas ignífugas. A consecuencia de ello, se evitó casi por completo un desastre que de lo contrario habría hundido a un portaaviones de la clase del *Enterprise* y se habría cobrado la vida de la mitad de su tripulación.

Trece marineros murieron y otros 69 resultaron heridos, pero sin las precauciones previas, las bajas bien podrían haberse multiplicado por diez. Los incendios que se declararon fueron controlados y extinguidos en media hora. Pronto, la «Gran E» retomó su marcha, y Mitscher pudo quitarse su gorra de béisbol de visera larga, pasarse la mano por la calva y comentar en tono jocoso: «¡Dios mío, si los japoneses siguen así van a conseguir que me crezca el pelo en la cabeza!».

No obstante, un dato triste empañó aquellas buenas noticias: los kamikazes habían apartado al *Enterprise* y a su grupo aéreo de la campaña de Okinawa —y de todas las operaciones de combate que se emprendieran de ahora en adelante— con tanta eficacia como si hubiesen sido destruidos por una enorme bola de fuego. La próxima parada del portaaviones serían las instalaciones de Bremerton, Washington, donde llevaría muchos meses de trabajo y acondicionamiento recomponer la «Gran E».

El Viento Divino se había anotado un último gran triunfo, y Mitscher se vio obligado a buscar otro buque insignia, en esta ocasión el portaaviones *Randolph*. Pero el objetivo subyacente y primordial de Tokio al lanzar la campaña Kikusui Seis —reforzar al contingente de tierra del general Ushijima al sur de Okinawa con dos divisiones de tropas nuevas y prolongar la batalla sobre el terreno durante semanas— resultó estar fuera de su alcance.

Pese a las cuantiosas pérdidas ocasionadas por los kamikazes, la presencia naval de Estados Unidos en el Mar de China Oriental sencillamente era demasiado poderosa para correr el riesgo de perder dos divisiones japonesas completas. Este hecho, sumado a una escasez de destructores para trasladar a los soldados y una falta cada vez más desesperada de combustible, condujo a la cancelación del plan de refuerzo por parte del alto mando japonés. Las tropas nuevas nunca

llegaron.

12

Atestados y encolerizados cielos

El general de división Curtís E. LeMay jamás puso un pie en Okinawa durante la batalla por la conquista de la isla, pero como lider del 21.° mando de bombarderos de las fuerzas aéreas del Ejército de Estados Unidos, probablemente merezca tanto reconocimiento por la victoria final de su país que cualquiera de los comandantes que dirigieron la campaña sobre el terreno.

Eso no significa que el severo LeMay, un hombre de mentón prominente, fuese un participante entregado —o tan siquiera servicial— en la lucha por Okinawa. Protestó enérgicamente cuando el almirante Chester Nimitz, comandante en jefe de las fuerzas estadounidenses en el Pacífico, retiró a los bombarderos pesados de LeMay de sus ofensivas estratégicas contra los centros industriales de Japón para destinarlos a las bases aéreas de Kyushu, donde tenían su origen casi todas las misiones kamikazes dirigidas a Okinawa. Pero LeMay cumplió órdenes, y gracias a ello, sus pilotos y bombarderos probablemente salvaron la vida a miles de soldados, marineros y marines estadounidenses.

El 27 de marzo de 1945, cinco días antes de que las tropas de asalto del Ejército y los marines tomaran tierra en Okinawa, LeMay envió 151 de sus «Superfortalezas» B-29 —los bombarderos de largo alcance más impresionantes que se habían visto nunca— para atacar los aeródromos de Kyushu.

El 31 de marzo, la víspera del Día del Amor, 137 B-29 del mando de LeMay volvieron a acribillar las mismas instalaciones de Kyushu. Los daños causados en estos dos ataques probablemente expliquen por qué no se lanzaron ataques kamikazes a gran escala durante la invasión de la propia Okinawa, cuando los barcos de tropas estadounidenses y su cargamento humano se habrían encontrado en su momento más vulnerable.

Durante todo abril y principios de mayo, mientras proseguía la batalla por la conquista de Okinawa, los B-29 regresaron a Kyushu a intervalos regulares para pulverizar las principales bases kamikazes como exigía el almirante Nimitz. Los gigantescos bombarderos no pudieron frenar del todo a los escuadrones suicidas, pero mermaron notablemente el suministro de aviones kamikazes y consiguieron apremiar a los japoneses, que tenían que buscar reemplazos apresuradamente para los aviones destruidos por los B-29. En total, el 21.° mando de bombarderos efectuó 97 misiones tácticas contra los aeródromos de Kyushu durante este período y afirmaba haber destruido casi quinientos aviones japoneses. Cuesta imaginar la gravedad de los daños y las pérdidas humanas que habrían sufrido los barcos de la Armada de Estados Unidos de no haber sido por los ataques preventivos ordenados por LeMay, un general de treinta y ocho años y verbo contundente.

Las razias contra los campos de aviación de Kyushu se prolongaron hasta el 11 de mayo,

cuando Nimitz eximió a los B-29 de los ataques para que retomaran su destrucción sistemática de todas las grandes ciudades japonesas. LeMay hubiese preferido que ocurriera mucho antes. El general de división creía que cuando las tropas estadounidenses desembarcaran en Okinawa, sus B-29 habrían completado su misión de acabar con los kamikazes.

Tal vez con más firmeza que cualquier otro alto mando estadounidense, LeMay pensaba que sus B-29, empleando armamento convencional, podían someter a Japón a base de bombardeos, sin necesidad de invadir sus islas, y siguió centrándose en este objetivo mientras desviaba aviones a Kyushu.

El 13 de abril, por ejemplo, en medio de una campaña antikamikazes, 327 B-29 arrojaron más de 2.000 toneladas de bombas incendiarias sobre un barrio de Tokio que, según se sabía, alojaba enormes almacenes de armamento, y prácticamente arrasaron 300 kilómetros cuadrados de la ciudad. Dos días después, trescientas Superfortalezas asestaron un segundo gran golpe a Tokio, Yokohama y Kawasaki, y dejaron veintiséis kilómetros cuadrados de desolación a su paso.

Más o menos en esos días, el 21.° mando de bombarderos se vio impulsado por la llegada de dos nuevas oleadas de B-29. Esto otorgó por primera vez a LeMay la capacidad de atacar Japón con quinientos aviones de manera habitual. Aprovechó la oportunidad de demostrar «el poder del brazo aéreo estratégico» y reafirmar su convicción de que su mando podía forzar la rendición de Japón en seis meses, «siempre que su máxima capacidad» se ejerciera de manera implacable.

Esta campaña de destrucción masiva continuó sin interrupciones durante todo el mes de mayo, pero fue el lunes día 14, cuando, en palabras de LeMay, su sueño se «hizo realidad». Aquel día, 472 Superfortalezas lanzaron 2.500 toneladas de bombas en un complejo industrial de Mitsubishi en Nagoya. «Fue un ataque diurno», contaba LeMay exultante, «y perdimos exactamente un avión por culpa de los cazas y los cañones antiaéreos».

A mediados de junio, los seis centros industriales más importantes de las islas japonesas habían quedado reducidos a un páramo de cráteres de bombas y escombros carbonizados. Sólo en la ciudad de Kobe fueron destruidos más de 51.000 edificios. De las seis zonas urbanas de Tokio, Yokohama, Osaka, Nagoya, Kobe y Kawasaki, que abarcaban unos seiscientos kilómetros cuadrados, más de doscientos setenta kilómetros cuadrados habían quedado reducidos a escombros y habían muerto miles de civiles japoneses. Varios millones más perdieron su hogar.

La mayoría de las misiones de los B-29 que se llevaron a cabo durante la campaña de Okinawa partieron desde las bases de Guam, Saipan y Tinian, y todas ellas implicaban largos vuelos sobre el mar. A medida que se intensificó la campaña de bombardeos sin cuartel de LeMay, un número cada vez mayor de B-29 dañados por las baterías antiaéreas o los encontronazos con los cazas japoneses se vieron obligados a realizar un amerizaje forzoso de camino a casa o a efectuar aterrizajes de emergencia en Iwo Jima.

Esto hizo que muchos miembros del mando de bombarderos mirara a Okinawa con deseo por su proximidad a Japón y como base potencial para los B-29. Pero cualquier intento por utilizar la isla con ese fin tendría que esperar hasta que finalizaran los combates en tierra. Como bases de la segunda rama del aire de los marines, los campos de Yontan y Kadena se habían convertido en aeródromos de primera clase que podían albergar a toda clase de aviones, excepto los B-29

cargados de bombas, que requerían unas pistas más largas para el despegue. Una vez resuelto el problema de Okinawa, cualquiera de los dos aeródromos podría transformarse con relativa facilidad en una base para los B-29.

A comienzos de mayo, dos escuadrones de cuatrimotores B-24 Liberator, unos bombarderos de menor envergadura, ya se alternaban entre Yontan y Tinian para atacar a la flota japonesa en el Mar de China Oriental. Pero mientras continuara la resistencia japonesa en Okinawa, ambos aeródromos tenían otras prioridades. Los B-24 debían compartir un espacio limitado con aviones de transporte de largo recorrido y escuadrones de cazas de los marines y el Ejército, alineados ala con ala en sus pistas de estacionamiento. La aglomeración dejaba espacio para poco más.

Aunque algunas misiones de bombardeo partieron de los dos aeródromos para encaminarse a sus objetivos, sitos en las islas justo al sur de Kyushu, las operaciones en Yontan y Kadena se centraban principalmente en dos blancos mucho más cercanos: brindar apoyo aéreo a las fuerzas de tierra de Estados Unidos y defenderse contra razias aéreas de los kamikazes y otros aviones japoneses. Después de que la isla de le Shima, situada frente a la costa oeste de Okinawa, fuese fortificada por las tropas estadounidenses el 22 de abril, sus tres pistas de aterrizaje fueron reparadas rápidamente y utilizadas por los B-24 para las ofensivas continuadas contra Kyushu.

Tanto Yontan como Kadena estaban en manos estadounidenses desde primera hora de la tarde del Día del Amor, y apenas habían disparado un solo proyectil para defenderlos. Sin embargo, en los días siguientes Yontan se había visto sometido casi cada noche a ataques aéreos, que convertían la vida en un tormento para los hombres acuartelados allí. Las bombas, los proyectiles y las balas de ametralladora se convirtieron en un elemento tan habitual de la vida que un cartel de bienvenida colgado por los marines de Yontan incluía una advertencia poco sutil para los visitantes:

BIENVENIDOS A YONTAN — CADA NOCHE ES UN 4 DE JULIO

El primer mes de campaña, los japoneses se habían esforzado al máximo por impedir que los estadounidenses hicieran un uso provechoso de los aeródromos. Kadena, situado cinco kilómetros más cerca que Yontan de la artillería pesada japonesa de Shuri, había sido bombardeado con especial asiduidad. Sin embargo, a medida que las fuerzas estadounidenses avanzaron hacia el sur, se produjo una dilatada tregua de los fuegos artificiales. Durante semanas no había acechado la amenaza de los aviones enemigos y no había llegado ningún proyectil de artillería desde los montes de Shuri.

Entonces llegó la noche del 24 de mayo, la noche en que la guerra volvió a Yontan.

En su tienda de campaña, cerca del limite del campamento, el sargento mecánico Walt McNeel, jefe de una dotación de mecánicos del escuadrón de cazas nocturnos de los marines VMF(N)-542, se despertó sobresaltado al escuchar las sirenas de ataque aéreo. Eran poco más de las diez de la noche, y McNeel estaba agotado después de una larga jornada en el taller de reparación de hélices del escuadrón. Lo único que quería era dormir a pierna suelta, pero estaba a punto de ser sacado de la cama por uno de los incidentes más extraños de la guerra del Pacífico.

Como últimamente todo había sido un remanso de paz alrededor del campamento, al principio

McNeel pensó que debía de estar soñando, pero cuando vio que el aullido de las sirenas no cesaba, saltó y cogió los pantalones. Aunque fuera una falsa alarma, pensó, no tenía sentido jugársela.

McNeel recordaba gráficamente la tarde de mediados de abril en que se había dirigido a Kadena para reunirse con el jefe de taller, y llegó justo a tiempo para llevarse un buen susto por culpa de un solitario atacante enemigo.

«Estábamos en el extremo de la pista de aterrizaje cuando escuchamos un estruendo, miramos hacia arriba y vimos un cazabombardero japonés que iba directo hacia nosotros», recordaba McNeel. «Arrojó una bomba justo cuando saltamos a un terraplén y algo —quizá un fragmento de artefacto o una piedra— golpeó la pipa de aquel hombre y se la arrancó de la boca.»

Un día o dos después, el 17 de abril, Yontan y Kadena habían sufrido ataques intermitentes durante todo el día, entre ellos varios perpetrados por kamikazes. Los Corsair de los marines con su base en los dos aeródromos habían derribado nada menos que 38 aviones japoneses aquel día. Desde entonces, la actividad enemiga en la zona había sido escasa. De hecho, el ataque japonés más reciente contra Yontan se produjo la noche del 26 de abril, cuando unos pocos aviones habían bombardeado la misma zona de tiendas de campaña en la que ahora vivaqueaba McNeel. Sin embargo, todos los soldados estaban seguros en sus pozos de tirador y nadie resultó herido.

Ahora había pasado casi un mes, y McNeel y los demás soldados de infantería que ocupaban las tiendas situadas en la periferia del campo de aviación mientras se construían barracones permanentes casi dejaron de preocuparse por posibles bombardeos; casi, pero no del todo. Cuando McNeeel oyó docenas de baterías antiaéreas abrir fuego al unísono, no le cupo la menor duda de que aquello era real.

Mientras se calzaba a toda prisa y corría hacia el gran pozo comunal designado para las dotaciones de tierra, oyó cómo tronaban los altavoces por todo el aeródromo: «¡Pilotos, a sus aparatos! ¡Aviones aproximándose!».

Ocho bombarderos bimotores japoneses surcaban el oscuro cielo del noreste rumbo a Yontan. La intención era que causaran daños mucho mayores que un bombardeo corriente o incluso que un ataque kamikaze «normal». Su misión en un principio se había concebido como parte de las ofensivas suicidas en masa del 11 de mayo. Problemas logísticos habían interferido, pero tras una demora de casi dos semanas, el alto mando japonés decretó que la misión se llevara a cabo según lo previsto.

Una docena de los aviones atacantes, todos ellos Mitsubishi Sally, habían despegado de un aeródromo de Kyushu, pero cuatro habían sufrido problemas técnicos y dado media vuelta. Otros fueron interceptados por los cazas nocturnos estadounidenses y no llegaron a los alrededores de Yontan. Otros tres fueron acribillados por las baterías antiaéreas de 40 y 90 mm apostadas en Yontan y se estrellaron cerca de allí.

Sólo un avión cumplió su misión y realizó un aterrizaje de panza en la pista principal de Yontan, que discurría de noreste a sureste, con una «carga» de unos doce comandos japoneses «Giretsu» armados con granadas, rifles y cargas concentradas de TNT. Acompañados por la tripulación del avión y posiblemente algunos supervivientes de los otros tres Sally abatidos, los asaltantes procedieron a demostrar cuánta destrucción pueden sembrar en cuestión de minutos un

puñado de hombres decididos y bien entrenados. Su fiera incursión en el aeródromo de Yontan se ha definido como el primer y único ataque aerotransportado de la guerra en el Pacífico Central.

El personal del aeródromo no estaba preparado para hacer frente a soldados enemigos que irrumpieran por tierra, y los atacantes avanzaban a pie con una velocidad increíble y hacían saltar por los aires todos los aviones estadounidenses estacionados que tuvieran a su alcance. Desde los pozos de tirador, McNeel y sus compañeros sólo podían contemplar con impotencia cómo las llamas que engullían a los aviones estadounidenses iluminaban el cielo nocturno. Ningún miembro del grupo había pensado en enfundarse una pistola y mucho menos en coger un rifle al abandonar las tiendas de campaña para ponerse a cubierto.

«En el peor de los casos, esperábamos que el avión fuese cargado de bombas, y no de equipos de dinamiteros», relataba McNeel muchos años después. «Si hubieran logrado aterrizar tan sólo la mitad de esos doce bombarderos, cuesta imaginar lo que podría haber ocurrido. Aun así, ese cargamento de atacantes causó bastante daño.»

En total, nueve aviones estadounidenses fueron destruidos: tres cazas Corsair, dos Privateer de la Armada y cuatro aparatos de transporte. Otros veintinueve, entre ellos dos bombarderos pesados B-24, sufrieron daños, y 265.000 litros de combustible se consumieron en brillantes llamas naranjas.

La confusión y el salvaje tiroteo del personal estadounidense ocasionaron la mayoría de las bajas del Ejército de Estados Unidos. El teniente Maynard C. Kelley, del VMF(N)-533, segundo comandante de la torre de control, fue herido de muerte cuando encendió los reflectores para iluminar a los atacantes y cayó bajo sus disparos. Otros dieciocho estadounidenses presentaban heridas no mortales.

El soldado de primera clase Jack Kelly, un operario de tierra del mismo escuadrón que McNeel, había pasado las primeras horas de la noche escuchando *Tokyo Rose* por la radio. Más tarde, trabajaba en la pista preparando uno de los F6F Hellcat para su misión nocturna cuando sonaron las sirenas de ataque aéreo. Acabó rápidamente lo que tenía entre manos y corrió hacia el refugio antibombas. «La noche empezó bastante apacible pero se convirtió en la experiencia más brutal de mi vida», recordaba Kelly.

Al tocar tierra sin sacar el tren de aterrizaje, el Sally se deslizó por una de las dos pistas para cazas de Yontan, y saltaban chispas por la fricción del fuselaje de acero contra el pavimento. El avión se detuvo a menos de cien metros del refugio en el que se agazapaban Kelly y otros diecisiete marines, y los comandos japoneses, fuertemente armados, empezaron a saltar.

«Estábamos indefensos en el refugio antibombas y a su merced si nos habían visto», contaba Kelly. «Si hubieran lanzado una granada al refugio, habrían acabado con el grupo entero.»

Acudieron al rescate otros dos miembros del VMF(N)-542, el teniente Clark «Bucket» Campbell y el sargento mecánico Chan Beasley, junto con varios guardias de los marines armados con metralletas Thompson. Antes de perseguir a los atacantes, Campbell ordenó al personal de tierra —entre ellos Kelly, que contaba sólo con un taladro— que formara un perímetro defensivo en torno al refugio.

Momentos después, mientras hacía guardia solo en medio de la oscuridad, Kelly oyó a alguien

gritar.

—¡Seas quien seas, será mejor que respondas!— Acto seguido se produjo un disparo, que alcanzó a Kelly en el pie.

—No dispares, hijo de puta —gritó Kelly. El fuego cesó y varios compañeros de Kelly corrieron en su ayuda. Le cortaron la bota con un cuchillo Ka-Bar, le aplicaron polvos de sulfamida en la herida y se la vendaron lo mejor que pudieron.

Además de Kelly, otros dos hombres del VMF(N)-542, el sargento del estado mayor Benjamin Masciale y el soldado de primera clase Vincent Polidaro, resultaron heridos, probablemente por el fuego amigo, y fueron evacuados. El sargento mecánico G. M. Stanley sufrió lesiones provocadas por los restos de una aeronave que hizo explosión, pero decidió permanecer con el escuadrón.

La amenaza que se cernía sobre Yontan acabó poco antes de la una de la madrugada del 25 de mayo, cuando el último atacante japonés fue asesinado mientras trataba de esconderse en el sotobosque cercano al aeródromo. Al amanecer, se habían recogido y contabilizado los cuerpos de 69 japoneses, supuestamente pertenecientes a los comandos Giretsu o miembros de la tripulación de los aviones. Algunos parecían haberse suicidado. No se hicieron prisioneros.

El concepto de escuadrones independientes de cazas nocturnos, consumidos por aviones diseñados y equipados especialmente para combatir en la oscuridad total, todavía era relativamente nuevo cuando estalló la batalla de Okinawa. Pero al final de la campaña, tres escuadrones de cazas nocturnos de los marines —VMF(N)-533, 542 y 543, cada uno de ellos integrado por quince F6F Hellcat, treinta pilotos y varias docenas de personal de apoyo— llevaban a cabo misiones cada noche desde Yontan y Kadena. El 548.° escuadrón de cazas nocturnos del ejército también tenía su base en Okinawa con cinco P-61 Black Widow.

La Armada había visto la necesidad de emplear cazas nocturnos en los primeros días de la guerra, pero se topó con numerosos problemas prácticos a la hora de integrarlos en las operaciones de los portaaviones. A mediados de 1945, aunque la Armada poseía tres grupos de cazas nocturnos en el Pacífico con base en los portaaviones, los escuadrones de tierra se habían erigido claramente en lideres del Ejército de Estados Unidos en el desarrollo de tecnología, tácticas y destreza nocturnas. Entre ellos, los tres escuadrones de cazas nocturnos de los marines que despegaban desde Okinawa sumaron 68 derribos enemigos y evitaron a los soldados estadounidenses en tierra y en el mar un trauma incalculable.

Interceptar aviones enemigos de noche era imposible sin un radar. Pero aunque la Armada había sido pionera en el desarrollo de radares en los años veinte —e incluso les habían dado su nombre (un término derivado de *radio detection and ranging*)—, fueron los británicos quienes los aplicaron por primera vez en el combate aéreo durante el bombardeo de Londres de 1940.

En el momento del ataque japonés en Pearl Harbor, acaecido en diciembre de 1941, tanto el Ejército como la Armada tenían en funcionamiento unos cuantos radares rudimentarios, incluido uno en Hawai que captó los aviones enemigos que se aproximaban pero cuyos operadores no pudieron encontrar a ningún superior a quien comunicárselo, pues estaban todos durmiendo aquel domingo por la mañana. Pero a finales de 1941 no había aviones equipados con radar en el arsenal estadounidense ni controladores aerotransportados que los gestionaran en coordinación con las

unidades de radar en tierra.

A principios de 1943, cuando la superioridad aérea diurna de Estados Unidos quedaba cada vez más patente en el Pacífico, los japoneses empezaron a recurrir más y más a los bombardeos nocturnos, y la necesidad de cazas equipados con radares se tornó más acuciante.

No obstante, primero había que superar numerosos problemas técnicos mediante reajustes del alcance de los radares, las antenas, los equipos de oxígeno, los cañones y las miras telescópicas empleando un sistema de prueba y error. Los primeros escuadrones de cazas nocturnos F4U Corsair de la Armada y los marines no llegaron a la zona de combate del Pacífico hasta septiembre de 1943, y el radar de intercepción aérea que utilizaban era primitivo y difícil de manejar. El primer derribo confirmado por uno de estos aviones no llegó hasta finales de octubre.

Sin embargo, en la primavera de 1945, Grumman Aircraft había construido 1.500 Hellcat especialmente modificados —llamados F6F-5N— para misiones nocturnas y de reconocimiento. Utilizaban el sistema de radares APS-6, de reciente creación, que era sencillo de manejar, tenía un alcance de nueve kilómetros y pesaba sólo 114 kilos. Instalada en un receptáculo en forma de bombilla montado en el ala de estribor, la unidad de radar mostraba una señal luminosa que indicaba la altitud del objetivo y ofrecía una imagen de la cola del avión estadounidense cuando otro aparato se acercaba a menos de 180 metros.

Todos los pilotos de cazas nocturnos debían realizar un curso de entrenamiento de veintinueve semanas, en el que aprendían a volar empleando únicamente el instrumental, a manejar los seis botones que controlaban su radar y a localizar y destruir aviones enemigos en una oscuridad total. Para los pilotos nocturnos de los marines, el curso incluía tres meses de vuelos intensivos en Cherry Point, Carolina del Norte. Ese fue el motivo por el que sólo cuatro escuadrones de cazas nocturnos de los marines estaban operativos a mediados de 1945. Tres de ellos tenían su base en Okinawa.

«Yo esperaba convertirme en piloto de caza, pero éste era un campo creado recientemente», recordaba el teniente Lloyd J. Parsons, un californiano que pilotaba desde Yontan con el escuadrón VMF(N)-542. «¿Cómo podía entablar combate un caza con el enemigo en plena noche? Las respuestas no tardarían en llegar...»

«En la base aérea del cuerpo de marines en Cherry Point, Carolina del Norte, aprendimos a pilotar el avión y a observar el radar al mismo tiempo. Todavía me asombra que funcionaran los equipos, con su madeja de cables y tubos en miniatura y su gran volumen. Cómo resistían las antenas es un misterio, ya que en el extremo del ala derecha giraban a 18.000 revoluciones por minuto.»

Sin embargo, funcionó bastante bien la noche del 13 de mayo (el Día de la Madre), cuando Parsons surcaba a bordo de un Hellcat apodado *Melancholy Baby* lo que parecía un cielo estrellado interminable al noroeste de Okinawa.

De repente, la radio de Parsons cobró vida, y escuchó la voz cortante de su controlador de radar en tierra: «Hay un avión en su zona. Encuéntrelo».

Se suponía que las cosas no debían funcionar así, pensó Parsons. Parte del trabajo del controlador consistía en situar al piloto por detrás del avión enemigo y después proporcionar

altitud, velocidad y dirección de la presa. Pero aquella noche, el radar del control de tierra no funcionaba correctamente, así que lo único que pudo hacer el operador fue advertir a Parsons de que el avión andaba «cerca de allí».

Con la adrenalina a toda máquina y moviendo las manos de un lado a otro de la cabina, ajustando botones, pulsando interruptores e intentado mantener erguido a su *Baby*, Parsons escudriñó el cielo ennegrecido, pero ni su ojo ni su pantalla de radar ofrecieron aliento alguno al principio.

Sin más noticias del control de tierra, Parsons voló en una dirección, y luego en otra. Descendió, ascendió, viró y volvió a virar. Estaba a punto de tirar la toalla cuando una reveladora señal luminosa se instaló en su pantalla de radar. Su presa se encontraba diez kilómetros por delante y se alejaba de Parsons volando a la misma altura.

«¡Con cuidado! ¡No lo pierdas!», se reprendía a sí mismo mientras accionaba el acelerador para alcanzar la velocidad punta. «Maldita sea, ahora me estoy acercando demasiado rápido. ¡Aminora! ¡Aminora!»

En su primera pasada, Parsons erró el tiro, y sintió cómo decaía su ánimo mientras efectuaba un abrupto viraje con el *Melancholy Baby*.

«Es demasiado tarde», vociferaba su mente. «¡Le has perdido!» Pero mantuvo un ojo clavado en la pantalla de radar. Ahora Parsons se encontraba detrás del avión enemigo, manteniendo la misma altura, y en una posición mucho mejor para derribarlo.

«Ahí está, perfilado sobre las estrellas. Un Francés bimotor japonés. No es un avión amigo. Por favor, que no lleve un artillero. La llamarada azul que suelta mi motor me delata.»

En la oscuridad casi total de la cabina —esencial para ser invisible a la presa, prevenir la ceguera nocturna y permitir que los pilotos de los cazas lograran establecer el contacto visual necesario antes de disparar—, Parsons buscó a tientas el botón de la mira telescópica. Se acercó a unos quince metros del objetivo, retrocedió un poco y abrió fuego con sus seis ametralladoras del calibre 50.

Los dos motores del bombardero enemigo se incendiaron a un tiempo y rociaron el parabrisas del Hellcat con una espesa pantalla de combustible. Por un momento, mientras se alejaba, Parsons vio la gran bola roja del fuselaje del avión brillar intensamente contra el cielo oscuro. Entonces el avión explotó y los fragmentos consumidos por las llamas descendieron lentamente hacia el Mar de China Oriental.

Parsons respiró hondo y sonrió mientras se comunicaba por radio con su controlador. «Topaz 29 a control de tierra», dijo. «Tengo combustible japonés por todo el parabrisas y no veo. Déme una posición. Vuelvo a casa.»

No era la clase de trabajo que muchos pilotos disfrutaran. Tres de cada cuatro noches, los cazas nocturnos de Okinawa despegaban al atardecer para emprender unas misiones, a veces dos por noche, que solían durar entre dos horas y media y cuatro horas. Durante estas misiones, todos los pilotos maniobraban en la soledad de su oscura cabina, con un sector específico asignado y la prohibición expresa de abandonarlo, aunque fuese para perseguir a un avión enemigo.

Sin embargo, su designación como cazas nocturnos no significaba que pudieran tomarse la

vida con calma cuando daba comienzo el «turno de día». Con frecuencia, incluso una vez finalizada su labor nocturna, también debían prestar servicio en bombardeos diurnos contra objetivos enemigos en tierra. Pero, debido a su reducido número, su grado de especialización y su peligroso trabajo, los miembros de todos los escuadrones se enorgullecían de su labor. Ellos también se convirtieron en una especie de familia bien avenida.

A comienzos de 1942, Frank O'Hara era un joven de dieciocho años que estudiaba en un seminario católico situado cerca de su ciudad natal, Kansas City, Misuri, con la intención de acceder al sacerdocio. Ahora, tres años después, O'Hara era un teniente de los marines que pilotaba un F6F Hellcat en misiones nocturnas con el escuadrón VMF(N)-542.

«De repente, todo el mundo a quien conocía se alistaba en el ejército», recordaba O'Hara décadas después, «y algo me dijo que debía cambiar de planes».

A veces, el piloto de veintiún años se maravillaba de su transformación personal, que le llevó de ser un posible «hombre de hábito» a piloto. Sin embargo, más recientemente, sus pensamientos se centraron en la mala suerte que tuvo al dejar escapar un avión enemigo, un incidente que, de manera indirecta, había contribuido a la pérdida de su buen amigo y compañero de escuadrón, el teniente Fred Hilliard.

«Yo llevaba cuarenta minutos en aquel avión cuando Hilliard se coló en el siguiente sector», evocaba O'Hara muchos años después. «Estaba lo bastante cerca como para ver a Hilliard derribar al primer japonés. Luego empezó a perseguir a otro y perdí el contacto radiofónico con él. Jamás encontramos a Fred o su avión, y se le calificó oficialmente de desaparecido en combate.»

La muerte nunca anduvo muy lejos para los hombres del VMF(N)-542. Además de Hilliard, el alférez William W. Campbell tampoco regresó después de abatir un avión japonés, y su homólogo Clyde H. Hill murió cuando su F6F se estrelló en la pista de aterrizaje. Incluso antes de abandonar Estados Unidos, el escuadrón había sufrido bajas. El comandante Robert O. Hawkins, oficial al mando del 542, y el teniente E. L. Leimbach, habían muerto en dos accidentes distintos que se produjeron durante un entrenamiento en Cherry Point en 1944.

El primer derribo confirmado perpetrado por un caza nocturno con base en Okinawa llegó el 16 de abril, poco después de que el escuadrón VMF(N)-542 iniciara sus misiones regulares desde Yontan, cuando el teniente Arthur J. Arceneaux, un joven de veinte años esbelto y de pelo oscuro procedente de Luisiana, interceptó a un avión atacante. Cuando llegó a Yontan, Arceneaux había pasado cientos de horas prestando apoyo aéreo a la flota del Pacífico y había entrado en combate en Peleliu y Yap, pero, como recordaba décadas después, «Okinawa es donde comenzó la verdadera acción».

Incluso antes de llegar a la isla, el barco del escuadrón, el portaaviones de escolta *Sitko Bay*, fue atacado por kamikazes, y Arceneaux y los demás pilotos tuvieron que ser lanzados prematuramente mil kilómetros mar adentro mientras los cañones del barco derribaban un bombardero suicida a corta distancia de allí. «Antes de percatarme de lo que estaba ocurriendo», relataba Arceneaux, «me vi transportado a una guerra a gran escala».

Todos los aviones del escuadrón sufrieron daños al huir del caos, y las reparaciones que se precisaron demoraron la primera acción hasta el 16 de abril. Aquel mismo atardecer, Arceneaux y

el teniente Bill Campbell participaron en la primera misión de combate del escuadrón, y pronto se encontraron en una lucha aérea con dos Zero japoneses.

«A unos 3.000 metros de altura, vimos a un destructor por debajo de nosotros que estaba siendo atacado por los Zero», recordaba Arceneaux. «Podíamos ver al barco zigzaguear y cómo esquivaba por poco las bombas que caían a ambos lados.»

Arceneaux se apartó de inmediato de la formación, abriendo fuego con sus ametralladoras del calibre 50, y pudo ver cómo sus balas trazadoras alcanzaban a uno de los Zero mientras Campbell salía a toda velocidad detrás del otro avión enemigo. El blanco de Arceneaux escupía humo cuando el F6F-5N Hellcat pasó tan cerca que Arceneaux pudo ver el rostro de piloto en la cabina del Zero. Al regresar para realizar otra pasada, Arceneaux disparó otra breve ráfaga con su ametralladora y el Zero saltó por los aires envuelto en una tremenda bola de fuego, peligrosamente cerca del Hellcat que le perseguía.

«Hasta mi vuelta a Yontan no supe que tuve al otro Zero pegado a la cola», decía Arceneaux. «Afortunadamente para mí, Bill Campbell se unió a la persecución y abatió al caza japonés. Después de aquello, se convirtió en algo más que un buen amigo; fue el hombre que me salvó de reunirme con mi creador.»

Unos días después, el comandante Robert Porter, un ex combatiente de Guadalcanal que había sucedido a su homólogo William C. Kellum como oficial al mando, se anotó dos derribos en una de sus primeras misiones con el escuadrón 542. El capitán Wallace E. Sigler, segundo comandante del escuadrón, se convertiría en un as, con cinco derribos y medio en su haber, todos ellos con incendio incluido.

La oscura noche del 1 de mayo de 1945, el teniente Herbert Groff, un chico de campo que se había criado en una granja de Misuri situada a 160 kilómetros de Saint Louis, volaba a menos de 6.000 metros de altura en su sector de patrulla cuando una voz se filtró entre las interferencias de su radio: «Control de tierra. Tengo un contacto para usted. Distancia unos ocho kilómetros y acercándose. Altitud 7.600 metros. ¿Me recibe?».

Groff parpadeó y miró la pantalla de radar de seis pulgadas que tenía enfrente. No parecía haber ninguna señal luminosa en ella. «Roger», dijo, «pero no detecto nada en mi pantalla».

Groff estaba muy cerca de la línea invisible que definía su sector asignado y sabía que lo pagaría muy caro si la cruzaba, pero era su primera oportunidad de efectuar un derribo y lo deseaba hasta tal punto que casi podía saborearlo. No era momento para que su radar, que normalmente era fiable, pero ni mucho menos infalible, se estropeara.

«Los combates nocturnos no sólo eran relativamente nuevos», recordaba Groff después. «También era duro y peligroso, ya que el piloto dependía casi por completo de su instrumental.»

Groff inició un ascenso en picado, ajustó uno de los botones de control de la unidad de radar y notó cómo se le aceleraba el pulso cuando apareció en la pantalla un puntito brillante.

—¡Lo tengo! —exclamó—. ¡Lo tengo en linea recta!

—Buena caza —dijeron desde el control de tierra.

Un minuto después, Groff pudo ver el avión. Se trataba de un bombardero Betty bimotor de envergadura media que volaba en solitario y se dirigía a Dios sabe dónde. Sea cual fuere su

destino, se dijo a sí mismo, no lo conseguiría.

Cuando Groff avanzaba como un rayo hacia su objetivo, su dedo encontró el botón de disparo de los cañones del calibre 50 montados en el ala del Hellcat. Cuando se encontraba a sólo cien metros, abrió fuego.

«Había disparado algo menos de mil proyectiles cuando vi que el Betty empezaba a arder», contaba Groff. «Era la única oportunidad que había tenido de abatir un avión japonés y estaba decidido a aprovecharla al máximo.»

El piloto siguió los restos del avión hasta que se estrelló en el mar y se apagaron las llamas.

Al igual que Groff, muchos aviadores de los marines —ya fuera en patrullas diurnas o nocturnas— estaban tan ansiosos por enfrentarse al enemigo como sus compañeros destacados en tierra. Pero ninguno era más tenaz en su búsqueda de un derribo que el teniente de veintiocho años Robert R. Klingman, del escuadrón VMF-312, un ex recluta de la Armada y el cuerpo de marines.

El 10 de mayo, Klingman fue nombrado copiloto del capitán Kenneth Reusser durante una patrulla de combate sobre le Shima. De repente, 4.700 metros por encima de ellos, avistaron un caza Nick bimotor en misión de reconocimiento fotográfico. Los cuatro aviones del grupo de patrulla ascendieron para investigar, y el aparato enemigo se dirigió hacia altitudes mayores —y mucho más frías— para intentar eludirlos.

Uno de los perseguidores se vio obligado a abandonar la persecución a los 10.000 metros, y otro hizo lo propio a los 10.100, pero Reusser y Klingman dispararon suficiente munición para aligerar sus aviones y poder alcanzar los 11.200 metros, donde el primero utilizó los proyectiles del calibre 50 que le quedaban para acribillar el ala izquierda y el motor del Nick. Klingman, que se quedó solo en la persecución, se acercó a quince metros del Nick y descubrió que las ametralladoras de su ala se habían congelado y no disparaban.

Frustrado pero decidido, Klingman atacó el avión enemigo con la hélice de su Corsair. En su primera pasada, dañó el timón y golpeó la cabina trasera, donde el artillero japonés golpeaba frenéticamente sus ametralladoras, también congeladas. Una segunda pasada infligió más daños al Nick pero dejó a Klingman con un nivel peligrosamente bajo de combustible, aunque optó por continuar y acabar el trabajo de todos modos. Su tercera pasada arrancó el estabilizador del Nick, y éste empezó a girar sin control y perdió las dos alas mientras caía hacia el mar.

Klingman consiguió llevar su Corsair de vuelta a Kadena y efectuó un aterrizaje sin motor. Había perdido parte de la hélice, y el avión estaba salpicado de agujeros de bala y llevaba incrustados fragmentos del Nick en el fuselaje.

Dos días después, Klingman patrullaba de nuevo cuando su sistema hidráulico falló y el piloto se lanzó en paracaídas en lugar de intentar un aterrizaje forzoso con sólo una rueda en alguna playa. Fue recogido en el mar por un destructor de escolta, y aquella noche fue invitado a cenar por el almirante Richmond Kelly Turner, comandante en jefe de las fuerzas anfibias de Okinawa, a bordo del buque insignia de éste.

«Espero que se me pegue algo de su buena suerte», se dice que comentó Turner a Klingman.

La noche del 16 de mayo, justo un mes después de los primeros derribos obra de Art Arceneaux y Bill Campbell, esos mismos pilotos avistaron tres hidroaviones Kate japoneses

practicando aterrizajes y despegues en una zona bien iluminada situada cerca de una isla a medio camino entre Okinawa y Japón. Esta vez Campbell fue quien encabezó el ataque, y antes de que Arceneaux lograra darle alcance, vio a uno de los aviones en llamas.

Al instante, todas las luces que tenían a sus pies se apagaron, y las baterías antiaéreas y ametralladoras japonesas hendieron el aire con sus disparos.

—¿Qué ocurre? —gritó Arceneaux al micrófono de su radio—. ¿Me oyes, Bill?

—He abatido a uno de esos Kate —respondió tenuemente Campbell entre las interferencias—, pero el amarillo ha estado a punto de cazarme.

—¿A qué te refieres —repuso Arceneaux—. ¿Estás bien?

Alrededor de Arceneaux, el cielo de repente se iluminó con bengalas, balas trazadoras y estallidos de las baterías antiaéreas, algunos de ellos tan cercanos que hacían temblar su avión. El único sonido proveniente de la radio era la electricidad estática incesante.

—Vamos, Bill —gritó—. Tenemos que largarnos de aquí. ¿Me oyes?

Arceneaux esperó, aguantando la respiración, pero no hubo respuesta. Un segundo después, disparó sus dos misiles de 127 mm a lo que creyó que era una batería antiaérea japonesa y puso rumbo al sur tan rápido como le permitía su Hellcat.

«Sólo Dios sabe por qué no me alcanzaron», aseguraba Arceneaux, «pero fue un largo y solitario viaje de regreso, y muy triste también».

Tres noches después, Arceneaux vengó la pérdida del amigo que le había salvado la vida enviando otro hidroavión Kate envuelto en llamas al fondo del mar. Nunca supo si aquel Kate era uno de los tres a los que él y Campbell habían perseguido cuando Campbell desapareció.

Entre todos, los pilotos del VMF(N)-542 derribaron a diecinueve aviones enemigos durante la campaña de Okinawa. «Estábamos bastante orgullosos de lo que habían conseguido nuestros pilotos, aunque el escuadrón de la sección contigua, el VMF(N)-533, registró 32 derribos», explicaba el sargento mecánico Walt McNeel.

Para demostrar su orgullo, McNeel y el sargento C. J. Haines, otro miembro del personal de tierra, pasaron varios días construyendo un marcador en el que se mostraba un círculo rojo japonés por cada avión enemigo derribado por su escuadrón y lo colgaron en un lugar bien visible para disfrute de los visitantes de Yontan.

Aunque la campaña kamikaze japonesa se debilitaba con el paso de los días, a comienzos de junio seguía siendo un factor a tener en cuenta y un motivo de alertas casi constantes a bordo de los buques de la Armada. Cuando el almirante japonés Matóme Ugaki lanzó Kikusui Nueve el 3 de junio, lo hizo con unos cien aviones, entre ellos 64 Zero, seis viejos bombarderos Val y un batiburrillo de 31 aviones del ejército. Su primer ataque fue un desastre absoluto, pues ninguno de los aviones alcanzó su objetivo, gracias a la agresiva intercepción de los Corsair de los marines, con base en los portaaviones y en tierra, cuyos pilotos perpetraron 35 derribos y devolvieron a los aviones supervivientes japoneses a Kyushu en un estado renqueante.

Parte del éxito de los interceptores podría atribuirse a un cambio de alto nivel que se produjo unos días antes en la estructura de mando de la Armada en el Pacífico. El 27 de mayo, el mando de la 5.ª flota de Estados Unidos y el 38.° grupo de operaciones fue transferido al almirante William

F. «Bull» Halsey, cuyo agresivo liderazgo ya era legendario en la Armada y contrastaba marcadamente con la filosofía más cautelosa de su predecesor, su homólogo Raymond Spruance.

Spruance consideraba que la misión principal de su primer grupo de portaaviones consistía en prestar un apoyo aéreo cercano a la campaña de Okinawa sobre el terreno, y utilizó el grueso de sus aviones de ataque con ese fin. Halsey, por el contrario, estaba decidido a arremeter contra los kamikazes en su propio territorio. Una de las primeras órdenes que dictó al asumir el mando fue la de intensificar los ataques contra Kyushu, mientras utilizaba los aviones y los pilotos del grupo de operaciones 38.1, capitaneado por el almirante de retaguardia «Jocko» Clark, para mantener la cobertura aérea en Okinawa. Halsey también ordenó al 14.° grupo del aire de los marines que trasladara a sus escuadrones de Corsair estacionados en Filipinas a Okinawa después de determinar que podía hacérseles un hueco en Kadena y Yontan.

Aunque se vio obstaculizado por un pequeño pero despiadado tifón que dañó gravemente a los cruceros *Pittsburgh*, *Miami y Baltimore* y destruyó la sección frontal de las cubiertas de vuelo de los portaaviones *Bennington* y *Hornet*, Halsey logró mantener la presión en Kyushu. Ordenó al grupo de operaciones 38.4 del almirante de retaguardia A. W. Radford que siguiera atacando las bases kamikazes incluso en plena tormenta.

Entretanto, el 318.° grupo de cazas de las fuerzas aéreas del Ejército había empezado a operar desde le Shima, frente a la costa noroeste de Okinawa, utilizando los poderosos P-47 Thunderbolt de alta velocidad —a los que ni siquiera podían equipararse los Zero japoneses más nuevos— contra los más de cincuenta aeródromos de Kyushu, con un éxito devastador.

Kikusui Nueve asestó su último gran golpe a un barco estadounidense el 6 de junio, cuando un aparato perteneciente a un grupo de aviones e hidroaviones japoneses se estrelló contra el minador estadounidense *J. William Ditter*, abrió un enorme boquete en un costado, acabó con la vida de diez tripulantes e hirió a veintisiete.

El canto del cisne llegó a Kikusui Nueve el 7 de junio, cuando un ataque emprendido a última hora de la tarde por dos aviones suicidas contra el *destructor Anthony*, en la 1.ª estación de radar móvil, no consiguió alcanzar su objetivo. Un piloto enemigo saltó en paracaídas después de que su avión fuese acribillado por los artilleros del destructor. El otro kamikaze cayó a diez metros del avión y no provocó daños significativos ni muertes, salvo la del propio piloto.

En aquel momento, según los informes de la 5.ª flota aérea japonesa, sólo quedaban 570 aviones utilizables en Kyushu de los varios miles que tuvieron su base allí. Casi todos los aparatos supervivientes habían sido diseñados para la defensa aérea contra los ataques estadounidenses, cada vez más frecuentes en las islas japonesas. En Kyushu restaban sólo 46 aviones de ataque operativos, y menos de una docena podían emplearse para vuelos kamikazes.

Para el Crisantemo Flotante, la época de floración había terminado.

13

La Línea de Shuri se desmorona

Mientras se libraba el duro combate aéreo y mayo tocaba a su fin, el avance de las tropas estadounidenses de tierra era extremadamente lento. El historiador Robert Sherrod calculó que el 10.° ejército de Estados Unidos ganó un promedio de 133 metros diarios entre el 7 de abril y el 31 de mayo, unas cifras impresionantes para un corredor universitario, tal vez, pero nada del otro mundo para una fuerza de asalto de 183.000 hombres.

Los soldados de las cinco divisiones atacantes perdieron la cuenta de las veces que se perdió, se ganó, se recuperó y se volvió a perder terreno. Sin embargo, cada paso ensangrentado de su avance arrinconaba cada vez más al 32.° ejército japonés, y al final, dejó a su comandante, el general Ushijima, sólo dos opciones: otra gran retirada o una rápida aniquilación.

El 20 de mayo (Día del Amor más 49), el tenaz perímetro exterior de las defensas que custodiaban Shuri presentaba fisuras de consideración. Para los estadounidenses, las piezas de aquel diabólico rompecabezas empezaban a encajar, aunque a un precio temible. La zona defensiva de Shuri estaba a punto de desintegrarse.

Durante más de una semana, la cordillera y el desfiladero de Wana habían representado una némesis sangrienta para las tropas de la 1.ª división de marines. La quebrada, que se erguía prácticamente a la sombra del castillo de Shuri y los imponentes altos en los que estaba posicionada la mayor concentración de artillería japonesa, fue descrita por un historiador como «un foso gigantesco que tal vez fue creado para la matanza de cualquiera que estuviese lo bastante loco para adentrarse en él». Los soldados de primera clase Manuel y Salvador Rivas, de la compañía A, perteneciente al 1.er batallón de la 1.ª división de marines —supuestamente la única pareja de gemelos idénticos que servía en la misma compañía en todo el cuerpo— tenían su propia denominación para el desfiladero. Los hermanos de El Paso, que habían combatido juntos en el Pacífico desde Guadalcanal, lo llamaban Valle de la Muerte, y con razón.

«Dormíamos junto a cuerpos abotargados de japoneses y de nuestros hombres», recordaba Manny Rivas, «y el único lugar seguro en el que podías tomarte un respiro del fuego de artillería eran las tumbas de Okinawa. En la compañía A había seis tipos de El Paso, y Sal y yo fuimos los únicos que salimos con vida. Era el Valle de la Muerte, vaya si lo era».

El desfiladero de Wana lindaba al sur con la cordillera del mismo nombre, que no sólo bloqueaba el avance de la 1.ª división de marines, sino que también contribuía al apoyo de la artillería enemiga en el grupo montañoso de Pan de Azúcar-Herradura-Media Luna, en el sector de la 6.ª división de marines, situado al suroeste.

Las diezmadas filas del 7.° regimiento de marines, que había protagonizado el grueso del

ataque contra Wana durante ocho días, apenas podía resistir más cuando un regimiento hermano, el 1.° de marines, que venía de una semana de descanso, entró en acción el 17 de mayo para reemplazarlas.

«Nos hicieron pedazos y nos dejaron cubiertos de sangre», decía el cabo Melvin Grant, un operador de lanzallamas de la compañía E/2/7. «La compañía Easy había penetrado en la línea con 240 hombres. Ahora quedábamos sólo veintiséis, y no había manera de defender nuestras posiciones por más tiempo».

Los ataques del 7.° regimiento contra la intrincada red de fortificaciones japonesas en la cordillera de Wana a menudo acababan con marines heridos acorralados sin remedio y sin posibilidad de retirada, recordaba Grant. «En una ocasión, los francotiradores nos disparaban desde todas partes», afirmaba. «Mi ayudante de lanzallamas yacía junto a mí, con un disparo en el pulgar. Mi sargento primero había caído detrás de mí y le habían alcanzado en los dos ojos. Un compañero mexicano que tenía delante había recibido un disparo en el hombro. Uno de los francotiradores me disparó siete veces, pero falló. Conté las balas cuando impactaban en la tierra. Me hice el muerto y por fin dejó de disparar.»

Durante dos semanas, el cabo Jimmy Butterfield, lider de pelotón de la 1.ª sección de la compañía G, 2.° batallón de la 1.ª división de marines (G/2/1), se había visto atrapado en una maraña de tristeza y depresión de la que parecía no poder escabullirse.

Normalmente, el ex combatiente de Peleliu, de diecinueve años y conocido como «Butts» entre sus compañeros, era una persona habladora y de trato fácil. Pero desde que su mejor amigo, el soldado de primera clase Harold W. «Chappy» Chapman, murió el 5 de mayo, Butterfield había sido una persona distinta. Ni siquiera las cartas de Mary, su prometida, que le esperaba en su ciudad natal de Glens Falls, Nueva York, podían disipar su melancolia.

Cada noche dormía solo en su pozo de tirador y rehuía cualquier intento de sus compañeros de pelotón por ofrecerle compañía o conversación. Y cada día se levantaba con el mismo peso frío en el pecho, como si cargara con un lastre de plomo de veinte kilos en el lugar que debería ocupar su corazón.

«Chappy y yo nos habíamos criado cerca de Glens Falls y habíamos sido grandes amigos desde que acabamos en el mismo grupo en el campo de entrenamiento de Lejeune», recordaba Butterfield. «Normalmente, lo primero que hacía cada mañana era comprobar cómo estaba, pero el día que murió tenía a un hombre herido de gravedad en mi pelotón que estaba perdiendo mucha sangre, así que no vi a Chappy. No supe que estaba muerto hasta que mi teniente me lo comunicó. Se me vino el mundo encima.»

El pesar de Butterfield se veía agravado por una idea irracional que no dejaba de martillearle la cabeza como una especie de sentímiento de culpa: «Si hubiera podido hablar con él aquella mañana a lo mejor no habría ocurrido. A lo mejor aún estaría vivo ahora mismo de no ser por eso».

Ahora era 19 de mayo por la mañana, y uno de los interminables ataques perpetrados por la 1.ª división de marines contra los montes defendidos por los japoneses que rodeaban el desfiladero de Wana estaba en pleno apogeo. Era un día hermoso y despejado, uno de los últimos que verían los

marines el resto del mes. La ofensiva empezó de manera prometedora y la sección realizó unos avances importantes.

«Yo tenía a la sección central y eran unos hombres fantásticos», decía Butterfield. «Conquistamos un par de montes sin demasiados problemas, pero cuando iniciamos el ascenso de una montaña más grande y escarpada —tanto que teníamos que arrastrarnos para escalarla—, nos vimos atrapados bajo un mego enemigo tan intenso que tuvimos que frenar en seco.»

Momentos después, Butterfield miró a su derecha a tiempo para ver cómo salpicaba la sangre cuando una bala de rifle alcanzaba al cabo Whitey Hargus en plena cara. El herido cayó hacia delante y empezó a rodar por la ladera de la montaña en dirección a Butterfield, que se puso en pie como pudo y acudió en ayuda de Hargus rápidamente.

Butterfield arrastró al cabo por la cresta de la montaña y fuera de la línea de fuego justo cuando otros dos marines llegaban a toda prisa al lugar. Uno de ellos era el sargento Steve Godfrey, un duro líder de sección de Chicago. El otro era el solado Edward Brugger, un reemplazo reciente oriundo de Buffalo.

—Dios, tenemos que traer un médico aquí arriba —dijo un agitado Godfrey mientras miraba la masa de carne desgarrada que soban ocupar la nariz y los pómulos de Hargus—. Este hombre está muy mal.

Mientras Godfrey descendía apresuradamente la colina pidiendo un médico a gritos, Butterfield miró hacia él e intentó decir algo. Pero antes de poder articular palabra, otra bala de rifle —probablemente del mismo francotirador que había herido a Hargus— se incrustó en su rostro, justo entre ambos ojos.

Al instante todo se tiñó de negro. Butterfield se retorció de dolor, palpándose la cara pero sin encontrar nada más que sangre.

—¿Dónde demonios estáis? —gimió.

Si alguien contestó, él no lo oyó. Brugger, con lágrimas de conmoción y horror corriéndole por las mejillas, ya bajaba la pendiente a galope tendido, buscando un médico y camilleros.

—Que alguien me ayude —jadeó Butterfield—. No veo nada.

Entonces un proyectil de mortero enemigo impactó a escasos metros y roció su cara y su cabeza destrozadas con fragmentos. Butterfield apenas notó el escozor de las nuevas heridas provocadas por la metralla al sumirse en un estado de inconsciencia.

Después de que el exhausto 7.° regimiento se dirigiera con dificultad hacia la retaguardia, los compañeros supervivientes de Butterfield en la 1.ª división de marines se abrieron paso hasta los terrenos elevados de la cordillera de Wana. En un combate encarnizado, consiguieron tomar la cima, pero también silenciar algunos de los cañones japoneses de 75 mm que impedían el avance de la 6.ª división en el monte Pan de Azúcar.

Esta ruptura de la línea enemiga en Wana fue una de las claves para resolver el espinoso enigma de Pan de Azúcar. Otra resultó ser lo que la 6.ª división de marines definió como «una depresión insignificante, ni siquiera lo bastante grande para recibir la digna denominación de "valle"». Esta depresión, que discurría de norte a sur al este de Pan de Azúcar, llamó la atención del general Shepherd, el comandante de la división, durante una reunión con el coronel William J.

Whaling, comandante del 29.° regimiento de marines, cuando se señaló que las tropas habían atravesado el desfiladero sin atraer el fuego enemigo.

Basándose en esta información, Shepherd corrió un gran riesgo con la esperanza de romper el estancamiento que estaba drenando la fuerza y la moral de su división. El general decidió trasladar a los tres batallones del 29.° regimiento de marines en formación a través de la hondonada. Una vez superada, cada batallón debía atacar un punto fuerte del sistema defensivo japonés y someter así a todos los elementos principales de dicho sistema a una ofensiva simultánea.

La mañana del 17 de mayo, elementos de cada batallón asignado lanzaron ataques coordinados. En tres intentos por tomar la cima de Pan de Azúcar, la compañía E del 2.° batallón, liderada por el capitán Alan Meissner, me repelida en un fiero combate cuerpo a cuerpo que costó 160 bajas, dos tercios de los efectivos totales de la compañía. El 3.er batallón tampoco consiguió alcanzar su objetivo y se vio forzado a retirarse al anochecer por un intenso fuego de artillería procedente de Shuri. Pero a esta unidad le fue un poco mejor, ya que conquistó y fortificó la cara opuesta del monte Media Luna, consolidó el flanco izquierdo del regimiento y lo dejó en una buena posición para retomar el ataque al día siguiente.

Hasta el momento, los japoneses habían expulsado a los soldados de la 6.ª división de marines de Pan de Azúcar casi una docena de veces con unas pérdidas pasmosas, pero el general Ushijima se dio cuenta de que este último asalto coordinado había debilitado gravemente sus defensas. Sin refuerzos, sabía que sus defensores pronto se verían obligados a ceder este núcleo crucial de montañas.

Durante la noche del 17 al 18 de mayo, Ushijima intentó enviar varios centenares de soldados nuevos al sistema montañoso de Pan de Azúcar-Herradura-Media Luna, pero los observadores estadounidenses detectaron sus movimientos y desencadenaron una devastadora andanada de la artillería que infligió un sinnúmero de bajas y forzó la cancelación del plan por parte de Ushijima.

El 18 de mayo, poco después de que despuntaran las primeras luces, el 2.° batallón del 29.° regimiento de marines, encabezado por el teniente coronel William G. Robb, intentó una vez más la conquista del monte Pan de Azúcar, esta vez con el apoyo de los carros de combate. La noche anterior, un decidido Robb había telefoneado al coronel Whaling, su comandante de regimiento, y predijo con confianza unos mejores resultados en la próxima tentativa.

—Podemos conquistarlo —aseguró Robb a Whaling—. Lo probaremos de nuevo por la mañana.

Sin embargo, al principio parecía que el asalto fuese a ser repelido como todos los demás. Los tanques de apoyo tenían grandes problemas para sortear los campos de minas que había a ambos lados de la colina, y seis de los Sherman quedaron inutilizados al cabo de una hora y cuarto. Aun así, el batallón recorrió un trecho suficiente por los flancos de la colina para intentar otro asalto de la infantería y los Sherman restantes, utilizando un plan concebido por el capitán Howard Mabie, de la compañía D.

«Podemos enviar a la mitad del mando por el lado derecho de la montaña con apoyo de los tanques», propuso Mabie, «y cuando capten la atención de los japoneses, enviaremos al resto de las tropas y los carros de combate siguiendo el flanco opuesto».

El plan funcionó a la perfección. Los tanques bordearon la montaña desde ambos lados

mientras la infantería sellaba cuevas en la cara opuesta. Después, los dos grupos de atacantes aunaron fuerzas, y en esta ocasión no habría retirada. Tras una hora de cruento combate de proximidad con granadas, morteros, rifles y bayonetas, el 2.° batallón de los marines controlaba con firmeza la cima de Pan de Azúcar. Pese al fuego continuado desde el monte Herradura en dirección sur y un contraataque nocturno acometido por los japoneses, los marines no volverían a ceder la montaña.

El 19 de mayo a primera hora, mientras el 4.° regimiento de marines se disponía a relevar al 29.°, todavía se libraba una pelea encarnizada en la cara sur de Pan de Azúcar, y el monte Herradura todavía estaba en manos enemigas. El 3.er batallón del 4.° regimiento de marines, a las órdenes del teniente coronel Bruno Hochmuth, se vio sometido a un fuego de artillería particularmente intenso que llegaba de los altos de Shuri. Los hombres del 3/4 sufrieron cuarenta bajas durante la mañana, pero defendieron su terreno.

El 20 de mayo, a última hora de la tarde, el 3er batallón de Hochmuth, de nuevo apoyado por tanques, lanzallamas y equipos de dinamiteros para el sellado de cuevas, se había hecho con el control del monte Herradura. Con el respaldo de la artillería del 22.° regimiento de marines, el 3.er batallón conquistó y fortificó también el extremo occidental del monte Media Luna, aunque sufrió un gran número de bajas. Al caer la noche, las compañías K y L del 3/4 tomaron un terreno elevado que dominaba las posiciones de mortero japonesas, apostadas en la depresión situada al sur del monte Herradura, y soldados de la compañía I del 3.er batallón habían avanzado hacia la izquierda para reforzar la línea del frente.

La resistencia japonesa en torno al monte Pan de Azúcar se prolongaría varios días más, y a primera hora del 23 de mayo, elementos de la 1.ª división de marines, incluida la compañía K/3/5, fueron destinados a la zona de la 6.ª división para ayudar a fortificar Media Luna. Los hombres de la 5.ª división de marines habían visto bastante carnicería en su propio sector —la zona más occidental del desfiladero de Wana se hallaba tan sólo a unos centenares de metros del monte Media Luna—, pero las escenas con las que se toparon al adentrarse en el matadero ocupado por la 6.ª división desafiaban cualquier descripción.

El soldado de primera clase Gene Sledge y sus compañeros habían pasado cerca de una semana a escasa distancia del monte Media Luna, pero hasta que no llegaron al sector de la 6.ª división la mañana del 23 de mayo no se apercibieron del horror absoluto en el que habían penetrado.

De camino a la montaña, el pelotón de morteros de Sledge tuvo que abrirse camino entre docenas de cadáveres japoneses, muchos de los cuales todavía yacían donde habían caído dos semanas antes. Buena parte de los veteranos del combate se tomaron con calma la visión de los cuerpos enemigos, pero cuando empezaron a pasar junto a marines abandonados les produjo una conmoción nauseabunda.

Unos metros a la izquierda de las dotaciones de mortero reposaban los cadáveres de seis marines, uno al lado del otro y boca abajo, tan pegados entre sí que casi seguro habían muerto a causa del mismo proyectil de artillería. Sledge sospechó que los seis eran nuevos reemplazos, tan aterrorizados por el bombardeo que hicieron caso omiso de las advertencias de oficiales y suboficiales, que aconsejaban «no agolparse». Fueron los primeros de una larga lista. Cuerpos en

descomposición —tanto japoneses como estadounidenses— poblaban el paisaje allá donde se mirara.

«Desde el pozo de tirador en el que me había cobijado en el monte Media Luna podía ver los cuerpos de unos 35 estadounidenses y japoneses muertos», decía el soldado de primera clase Harry Bender, de la 1.ª sección de la K/3/5. «El olor a muerte estaba por todas partes.»

«Era el rincón más espantoso del infierno que había visto en mi vida», recordaba Sledge. «Hasta donde alcanzaba la vista, una zona que en su día había sido un valle hondo y cubierto de hierba, con un pintoresco riachuelo que serpenteaba a través de él, se había convertido en una repulsiva llaga purulenta en la tierra... invadida por la putrefacción de la muerte, el deterioro y la destrucción.»

En una suave depresión situada cerca de los pozos de la sección de morteros había unos veinte marines muertos, cuyos cuerpos yacían en camillas y cubiertos con ponchos, a la espera de ser trasladados a la retaguardia para su inhumación. Todo apuntaba a que llevaban mucho tiempo esperando. Otros marines estaban donde habían muerto, en muchos casos varios días antes: en cráteres de proyectil y pozos de tirador medio llenos de agua enfangada. Todavía sostenían armas oxidadas y enjambres de moscas revoloteaban a su alrededor.

Los proyectiles japoneses de 75 mm, disparados desde Shuri, todavía silbaban en el cielo y se estrellaban contra la tierra, lo cual explicaba por qué se había retirado a tan pocos marines. El monte Pan de Azúcar había sido conquistado, pero el mego continuado de la artillería enemiga convertía cualquier movimiento para ayudar a los heridos —y aún más para recoger a los muertos — en algo extremadamente peligroso para cualquier buen samaritano que lo intentara.

«Alrededor de los cadáveres, los gusanos se arrastraban por el estiércol y eran arrastrados por los residuos de lluvia», decía Sledge. «No quedaba un solo árbol o arbusto... Los proyectiles habían destruido la hierba de tal manera que no había cobertura sobre el terreno... En la escena no quedaba más que fango; fuego de proyectiles; cráteres inundados con sus silenciosos, patéticos y putrefactos ocupantes; tanques y vehículos anfibios destruidos; equipos desechados y una desolación absoluta.»

El 20 de mayo al anochecer quedó patente para ambos bandos que el gigante defensivo japonés anclado por el monte Pan de Azúcar se había visto debilitado sin remedio. A falta de aquella colina anodina de quince metros de altura y las que la flanqueaban, la zona defensiva de Shuri al completo —que abarcaba el puerto de Naha, la población de Yonabaru, la artillería pesada que había vapuleado a las fuerzas de Estados Unidos durante semanas y el cuartel general de Ushijima — pronto sería indefendible para los japoneses.

La noticia, comunicada por el cuartel del 3.er cuerpo anfibio del general Geiger a su homólogo Shepherd, constituía un mensaje de euforia: «La resistencia y la determinación con la que los elementos de su división han atacado y al fin conquistado el monte Pan de Azúcar son un indicativo del espíritu combativo de sus hombres. Mis más sinceras felicitaciones a los oficiales y los hombres que han participado».

Cuando el coronel Robb, cuyo batallón había fortificado finalmente la cima de Pan de Azúcar, fue entrevistado por un periodista un día o dos después, rindió tributo a los 2.662 marines de la 6.ª

división que resultaron muertos y heridos durante los diez días de combate sin piedad por la colina.

«Ha sido un precio muy alto», aseguraba Robb, «pero hemos conquistado la maldita montaña».

El 13 de mayo, mientras los marines trataban de abrirse paso por los montes Pan de Azúcar, Media Luna y Herradura, la 96.ª división del ejército alcanzaba la cima de monte Cónico, en el lado este de la isla. Luego, durante los tres días siguientes, los Deadeye resistieron una serie de ataques japoneses y un fuego incesante de los morteros y la artillería.

La 96.ª división continuó siendo hostigada por los japoneses atrincherados en colinas más pequeñas de la zona hasta el 21 de mayo, cuando el 3.er batallón del 381.° regimiento de infantería, liderado por el teniente coronel Daniel Nolan, tomó el Pan de Azúcar y la colina sin nombre que se alzaba entre el primero y monte Cónico, aliviando ese problema. Ahora, con las caras norte y este de monte Cónico fortificadas por las tropas del 382.° regimiento del coronel Eddy May, los morteros y las ametralladoras japoneses ya no podían amenazar los movimientos de las tropas estadounidenses en las llanuras del litoral oriental desde sus posiciones.

El general Buckner, comandante del 10.° ejército, felicitó a May, y definió la conquista de monte Cónico por parte de su regimiento como uno de los ejemplos «más brillantes» de táctica para unidades reducidas que Buckner había visto jamás.

Entretanto, cerca del centro de la isla, la diezmada 77.ª división del ejército prosiguió con su desgaste implacable de las defensas de Shuri, un proceso que había costado a su 305.° regimiento de infantería tres cuartas partes de sus efectivos en un período de diez días. No obstante, ahora que la 7.ª división había descansado y se había reincorporado al combate cerca de allí, la 77.ª estaba lista para unirse a la arremetida contra Shuri que todo el mundo pronosticaba. El castillo de Shuri se hallaba en el sector de la 77.ª división, y el general Andrew D. Bruce, su comandante, creía que sus vapuleadas legiones se habían ganado el derecho a reivindicarlo antes que nadie.

En aquel momento, el general Hodge, comandante del 24.° Cuerpo, sabía que la batalla por Okinawa se acortaría enormemente si el 10.° ejército podía evitar otra representación de las pesadillas que se produjeron ante Shuri y Kakazu. La única manera de lograr ese objetivo era sitiar al enemigo en Shuri en lugar de permitir que se escabullera hacia el sur, como había hecho en Kakazu, y Hodge ideó una estrategia para hacer justamente eso. Su plan se modeló de esta manera:

La 7.ª división, ya curtida en el combate (Attu, Kwajalein, Leyte), recién reforzada, salida de un descanso de diez días y destinada a un sector relativamente tranquilo al oeste de la zona de la 96.ª, se dirigiría hacia el este, rodeando las defensas de Shuri, hasta llegar a Yonabaru, la tercera población más grande de Okinawa. Después, la división pondría rumbo al oeste por la carretera de Yonabaru-Naha para enlazar con la 6.ª división de marines cerca de la costa, sellando la ruta de huida de Ushijima desde Shuri e impidiéndole formar una nueva línea defensiva más al sur. Si esta maniobra era un éxito, los japoneses quedarían rodeados, y Hodge creía que la batalla de Okinawa prácticamente habría terminado.

Era un plan seguro —y que podría haber funcionado— si una nueva tanda de lluvias torrenciales no se hubiese cernido sobre el frente unas horas antes de que monte Cónico cayera en

manos de la 96.ª división el 21 de mayo. En opinión de muchos testigos, aquel diluvio fue el peor que se había vivido en Okinawa. Duró varios días y causó unos problemas y un sufrimiento inenarrables.

Como dijo el soldado de primera clase Gene Sledge, de la compañía K/3/5: «El aguacero casi constante... convirtió el desfiladero de Wana en un mar de barro y agua que parecía un lago. Los tanques quedaban encallados, y ni siquiera los vehículos anfibios podían sortear la ciénaga. Las condiciones de vida en las líneas del frente eran penosas. Los problemas de avituallamiento y evacuación eran graves. La comida, el agua y las municiones escaseaban. Había que achicar los pozos de tirador continuamente... Dormir era casi imposible».

Pese a la lluvia, que continuó casi sin interrupción durante más de una semana, el avance sorpresa de la 7.ª división hacia el sur, liderado por el 184.° regimiento de infantería, se llevó a cabo sin complicaciones. El 23 de mayo al amanecer, los soldados del 184.° habían abierto una fisura de dos kilómetros en las líneas enemigas del sur de Yonabam y hostigaban a unos defensores japoneses desorganizados. Mientras tanto, el 32.° regimiento de infantería del coronel Mickey Finn, que debía encabezar el avance hacia el oeste, se desplegó en sus posiciones para atravesar la isla como una exhalación.

Entonces, el azote de las lluvias dejó la operación varada en un cenagal increíble. El rápido avance se redujo a un paso de tortuga, y éste a un punto muerto total. Los tanques se hundían hasta el casco en el barro y quedaban allí atascados mientras los hombres caminaban por el cenagal con el lodo hasta los muslos, maldiciendo de impotencia al intentar liberar a los enormes Sherman. En todos los sectores de división de este a oeste la situación iba de mal en peor. La carretera 13, una vía sin asfaltar que además era la única que comunicaba Yonabaru y Naha, se convirtió en una larga maraña de vehículos inmóviles atrapados en un mar de barro.

La tarde del 25 de mayo había columnas de vehículos que se extendían a lo largo de dos kilómetros y bloqueaban al carretera, y el barro se tornaba más profundo a cada hora que pasaba. Transportar unas 175 toneladas de suministros que necesitaba cada día la 7.ª división —sin contar la munición— desde Yonabaru hacia el oeste se convirtió en tarea imposible. No había forma de drenar la carretera, ya que su superficie prácticamente estaba al mismo nivel que los arrozales que la rodeaban, y no había rocas o coral machacado a mano para cubrir los enormes agujeros del fango. Durante la última semana de mayo, el 13.° batallón de ingenieros del Ejército vertió más de mil cargamentos de escombros, reunidos de las minas de Yonabaru y otras ciudades, en los agujeros de la ruta 13 para mantener abiertas las líneas de avituallamiento.

«Sin la lluvia podríamos haber avanzado bastante más rápido y haber causado muchos problemas a los japoneses», decía el general Archibald Arnold, comandante de la 7.ª división. «Aun así, seguimos avanzando, lo cual era bastante extraordinario en aquel barro.»

Entre el equipamiento empantanado estaba *Galloping Gertie*, el cañón anticarro de 37 mm bautizado así por la tía del sargento mecánico Porter McLaughlin, y el jeep que intentaba arrastrarlo.

«El todoterreno no era de gran utilidad en aquel fangal, y tuvimos que adentrarnos en él y llevar a mano el cañón buena parte del camino», recordaba McLaughlin. «De hecho, algunos jeeps se empantanaron de tal manera que nuestros tanques les pasaron por encima para continuar

avanzando. El barro era tan profundo que te arrancaba las botas de los pies. Cuando eso ocurría, era imposible sacarlas de allí, y cuando tratábamos de cavar pozos de tirador, se llenaban inmediatamente de agua.»

Las fuerzas japonesas desperdigadas por varias colinas y resaltes del camino también lanzaron una serie de ataques que hostigaron al 32.° regimiento del coronel Finn. Estalló un encarnecido combate entre las compañías K e I y unos japoneses que ocupaban un grupo de colinas, entre ellas Mabel, Minnie, Hetty y Duck, que dejó diez bajas, incluido el teniente Amos DeLazier, un líder de sección de la compañía K, y dieciséis heridos.

La lluvia no dejaba de caer, y cuatro de las cinco divisiones estadounidenses se encontraron varadas, a excepción de una actividad de patrulla mínima. Sólo la 6.ª división de marines logró continuar su avance, aunque a paso de tortuga, primero hasta las esqueléticas minas de Naha, despojadas de civiles pero defendidas por un batallón de ingenieros navales japoneses, y después hacia el sur, en dirección al río Asato, que se hallaba desbordado. Algunos marines intentaron utilizar ponis como animales de carga para transportar los suministros, pero en varios casos se vieron obligados a disparar a los animales cuando quedaban embarrados hasta el cuello.

Pero lo peor de aquel aguacero incesante era que daba al general Ushijima un tiempo que necesitaba desesperadamente para formular un plan que le permitiera zafarse de las garras del 10.° ejército y dejar el combate para otra ocasión.

El 22 de mayo, cerca de medianoche, torrentes de lluvia caían de las ancestrales almenas marcadas por los proyectiles del castillo de Shuri. El general Ushijima congregó a su estado mayor y a sus comandantes en una cueva situada a los pies del castillo para comentar la estrategia. Casi todos coincidieron en que tratar de defender los altos de Shuri durante los días siguientes era algo a descartar. Los estadounidenses estaban a punto de irrumpir en el corazón del bastión defensivo japonés, que en aquel momento era demasiado pequeño para dar cobijo a los 50.000 hombres que quedaban en el 32.° ejército. Después de debatir otras acciones posibles, la mayoría de los altos mandos concluyeron que la mejor decisión era retirarse a la península de Kiyamu, dieciocho kilómetros al sur, en el extremo de la isla, y establecer una nueva Hnea defensiva a lo largo de la escarpadura de Yaeju Dake-Yuza Dake.

En contraste con la ruta de la 7.ª división estadounidense por el cenagal de ocho kilómetros que comunicaba Yonabaru y Naha, el 32.° ejército podía efectuar su retirada por las carreteras 3 y 7, unas vías aptas para cualquier condición climatológica que discurrían en paralelo y prácticamente en dirección sur.

La nueva línea defensiva ya contaba con suficientes cuevas naturales y artificiales para albergar a toda la guarnición japonesa, y se guardaron allí reservas considerables de armas y munición cuando la 24.ª división nipona se trasladó a Shuri a principios de abril.

Ushijima ordenó que comenzara de inmediato la retirada de munición y heridos, utilizando algunos de los cien camiones ligeros que se habían ocultado en Shuri. Las unidades de servicios y comunicaciones partirían después, y la artillería, con un 50 por 100 de sus cañones pesados todavía operativos, les seguiría. La mayoría de las unidades de combate aguardarían hasta el 29 o el 30 de mayo para partir, y algunas se quedarían atrás, en el perímetro de Shuri, el tiempo

suficiente para cubrir la retirada de los demás.

A diferencia del plan del general Hodge para contener a los japoneses, el elaborado proyecto de Ushijima era fruto de la desesperación. Con toda probabilidad, habría fracasado en unas condiciones climatológicas medianamente normales. Pero dadas las circunstancias, la nula visibilidad mantuvo a los aviones de observación estadounidenses en tierra casi una semana entera, y Ushijima lo aprovechó al máximo.

El tiempo se despejó ligeramente el 26 de mayo, lo suficiente para permitir unas cuantas misiones de reconocimiento aéreo, y los pilotos estadounidenses vieron largas hileras de soldados japoneses que marchaban hacia el sur. Repartidas entre las tropas había multitudes de lo que parecían ser civiles vestidos de blanco. (Antes se habían lanzado sobre Shuri montones de panfletos que advertían a los civiles de que abandonaran la zona y se identificaran como no combatientes vistiéndose de blanco.)

Sin las trabas que imponían la lluvia y el barro, el crucero *New Orleans,*el buque de guerra *New York* y otros barcos de la Armada retomaron los ataques a las carreteras que se dirigían al sur, en las que se habían detectado movimientos de las tropas enemigas. Más de cincuenta aviones de los marines emprendieron también misiones de bombardeo sobre las carreteras, atacando selectivamente a los soldados enemigos pero alcanzando, sin duda alguna, a civiles. (Los folletos advertían a los civiles que se alejaran de las unidades militares japonesas, pero muchos no los entendieron o desoyeron ese consejo.)

A última hora de la tarde del 26 de mayo, los pilotos detectaron también una columna de soldados que avanzaba hacia el norte desde el extremo meridional de la isla. Después de evaluar aquella prueba visual, el personal de espionaje estadounidense concluyó erróneamente que las fuerzas de Ushijima todavía organizaban una sólida defensa en el Shuri mientras evacuaban a civiles y heridos y traían refuerzos del sur.

De hecho, salvo una retaguardia integrada por unos 5.000 efectivos, los supervivientes del 32.° ejército japonés avanzaban hacia el sur lo más rápido posible, y un informe preparado por el estado mayor de Ushijima señalaba que la retirada se estaba «realizando de manera ordenada, sin indicios de confusión gracias a una menor presión enemiga».

Sin embargo, la situación en realidad no era tan halagüeña como insinuaba el informe. Pese a que el cielo estuvo totalmente encapotado entre el 29 y el 30 de mayo, cosa que impidió despegar a los aviones estadounidenses buena parte del tiempo, éstos aprovecharon los escasos resquicios que tenían para asestar golpes certeros a los japoneses en retirada. Antes del repliegue, Ushijima había calculado que tenía a sus órdenes unos 50.000 efectivos, pero un recuento posterior arrojó una cifra de sólo 30.000. Esto indicaba que, sin contar los 5.000 hombres de la retaguardia, muchos de ellos ya fallecidos, se perdieron unos 15.000 soldados japoneses en el trayecto de Shuri al nuevo perímetro defensivo.

Las estimaciones apuntan a que pereció un número comparable de civiles en las carreteras que conducían al sur.

En un análisis final, el hecho de que el espionaje estadounidense hubiese errado de nuevo sobre las intenciones de los japoneses tuvo escasa incidencia en el resultado del intento del

general Hodge por cortar la retirada de Ushijima. La lluvia y el barro sin duda fueron los principales culpables que permitieron a dos tercios de las tropas japonesas huir y negar el asedio planificado por la 7.ª división y la 6.ª división de marines.

La retaguardia nipona también contribuyó al éxito de la retirada, ya que parecía que defendieran el bastión de Shuri muchos más de 5.000 efectivos. Cuando se envió a sólidas patrullas estadounidenses en misiones de rastreo por todo el frente, se toparon de inmediato con una resistencia férrea. Los partes típicos al regreso de las patrullas decían: «No hay indicativos de retirada japonesa» y «no parece que la resistencia haya aminorado».

Sin embargo, a primera hora del 27 de mayo, surgieron pruebas irrefutables de que estaba acometiéndose algún tipo de retirada general cuando las unidades de la 6.ª división de marines entraron en Naha y descubrieron que los japoneses prácticamente habían abandonado por completo la desolada ciudad portuaria. Este descubrimiento llevó al general Buckner a dictar instrucciones urgentes a su ejército.

«Existen indicios de un potencial repliegue enemigo a una nueva posición defensiva, con una posible contraofensiva dirigida a las fuerzas estadounidenses que amenazan su flanco. Ejerza sin demora una presión intensa e implacable para determinar sus posibles intenciones y desequilibrarle. El enemigo no debe, repito, no debe establecerse con seguridad en nuevas posiciones con interferencias mínimas.»

Para entonces, el general Ushijima al parecer había sabido —o deducido— que estaba en marcha una campaña estadounidense concertada para azotar sus rutas de huida. Bajo la lluvia, las avanzadillas del 184.° regimiento de la 7.ª división llegaron al pueblo de Inasomi, tres kilómetros al suroeste de Yonabaru, sin señales de resistencia organizada. Pero cuando el grueso de las tropas de combate de la 7.ª división intentaron seguir la misma ruta, se encontraron con elementos de la 62.ª división japonesa, desplegada apresuradamente por Ushijima para que reforzara su flanco derecho.

Los aguaceros interminables por fin dieron paso a un sol radiante el 28 de mayo, aunque las lluvias se prolongaron de manera intermitente dos días más, retrasando así su prolongada remisión. El terreno estaba tan saturado e inestable que tardaría una semana o más en solidificarse lo suficiente para soportar el peso de los tanques.

El 29 de mayo por la mañana, la mayoría de los soldados japoneses que quedaban en los alrededores de Shuri custodiaban las rutas de retirada hacia el sur, y Shuri contaba con unas defensas escasas. Como recoge la historia de la 7.ª división: «Por supuesto, era demasiado tarde para rodear a los japoneses, pero el 10.° ejército estaba ansioso por organizarse y consolidar sus líneas como preparativo para una arremetida hacia el sur en busca del enemigo».

Lo que realmente quedaba por decidir entre las cinco divisiones estadounidenses que convergieron en la ciudadela prácticamente abandonada de Shuri era la cuestión de quién sería la primera en llegar a las minas del castillo de Shuri y anotarse la victoria, por mancillada que fuera.

Para gran disgusto de la 77.ª división, cuyo sector incluía el castillo, ese honor recaería en los miembros de la compañía A del capitán Julián A. Dusenbury, perteneciente al 1.er batallón de la 5.ª división de marines. Se infiltraron por una abertura en las líneas enemigas cerca del

desfiladero de Wana a primera hora del 29 de mayo, pusieron en fuga a un pequeño grupo de japoneses en el patio del castillo y treparon hasta la cima de su elevado parapeto. Allí, Dusenbury, un devoto militar de Carolina del Sur, izó una bandera, pero no las barras y estrellas, sino la confederada.

«Cuando supimos que se había izado la bandera confederada en el corazón mismo de la resistencia japonesa, todos los sureños estallamos en vítores», decía el soldado de primera clase Gene Sledge, perteneciente a la compañía K/3/5 y originario de Alabama. «Los yanquis que había entre nosotros se mostraron descontentos y los del oeste no sabían qué hacer.»

Más tarde, la bandera fue sustituida por la estadounidense que ondeó en Guadalcanal y por los colores de batalla de la 1.ª división de marines.

La ciudad de 17.500 habitantes que en su día estuvo enclavada a los pies del castillo prácticamente había quedado reducida a un paisaje lunar de cráteres de proyectil, montañas de escombros y piedra hecha añicos. Las únicas estructuras reconocibles eran el campanario y los muros exteriores de cemento de una pequeña iglesia metodista. Todo lo demás, incluidas las paredes de seis metros de grosor del castillo, había sido arrasado por los más de 200.000 proyectiles de la artillería estadounidense y sus innumerables bombas.

Cuando el sargento Porter McLaughlin y el resto del 32.° regimiento de infantería de la 7.ª división llegaron a la zona de Shuri después de completar su trayecto desde Yonabaru, que se realizó con retraso, descubrieron que los japoneses habían dejado tras de sí poco material militar. No había pruebas de que su retirada no se hubiese producido ordenadamente.

«Sin embargo, sí encontramos un número increíble de cuerpos», relataba McLaughlin. «En las montañas en las que combatieron los marines había cadáveres y trozos de cuerpos esparcidos por todas partes, y también gran cantidad de japoneses muertos. Muchos de ellos llevaban allí una semana o más y el olor era tan horrendo que se hacía insoportable respirar.»

Entretanto, todavía existía una resistencia japonesa con la que lidiar, y el barro seguía siendo tan implacable como siempre para quienes debían transitarlo a pie. Un oficial de la 96.ª división describía el progreso de sus hombres o, mejor dicho, la falta de progreso: «Los de las laderas frontales resbalaban hacia delante. Los de las laderas opuestas se deslizaban hacia atrás. Por lo demás, ningún cambio».

El 30 de mayo, en el sector de la 96.ª división continuó una resistencia dispersa por parte de bolsas aisladas de defensores japoneses, pero fue mayoritariamente una jornada tranquila, incluso en lugares en los que la infantería se había encontrado con una resistencia férrea un día o dos antes. Dos pequeñas colinas con los nombres en clave de Hen y Héctor fueron la excepción. Ambas fueron defendidas a ultranza por un contingente japonés importante, y se envió a dos compañías del 382.° regimiento de infantería de la 96.ª división a despejarlas en una serie de ataques coordinados. Como parte de una patrulla de seis hombres, a la que se asignó que partiese por delante de la compañía G para localizar posiciones enemigas en monte Hen, estaba el soldado de primera clase Clarence B. Craft, un ex camionero fornido de San Bernardino, Cahfornia, que vivía su primer combate desde que se uniera a la división como reemplazo unos días antes.

El grupo no había llegado demasiado lejos cuando los japoneses abrieron fuego con cañones,

rifles y una lluvia de granadas desde una profunda trinchera situada más allá de la cima de la colina. Casi al momento, tres miembros de la patrulla cayeron heridos y otros dos se echaron al suelo y se pusieron a cubierto, pero Craft continuó su avance sin aminorar el paso, arrojando granadas sobre la marcha y disparando su M-1 ante cualquier indicio de movimiento que percibía.

Desde la cresta de Héctor, el monte adyacente, el soldado de primera clase Donald «Si» Siebert, otro joven reemplazo para el que también era su primer combate, observó la guerra en solitario de Craft con gran admiración.

«Una vez que estuve en la cima del monte Héctor, miré a mi derecha y vi el ataque de la compañía George», recordaba Siebert más tarde. «Un solo soldado a horcajadas en la trinchera, disparándoles... Pudimos llevar nuestros rifles automáticos Browning a la retaguardia de la escarpadura y monte Hen e impedir que los japoneses abrieran fuego contra él. Pero al parecer necesitaba poca ayuda nuestra.»

Craft recibió el único apoyo que sí precisaba de varios compañeros de la compañía G, a los que indicó con un gesto que se adelantaran para formar una cadena detrás de él, de modo que pudieran proporcionarle granadas y cargas concentradas de TNT. Craft acabó con la vida de una dotación de ametralladora enemiga, se detuvo para recargar su M-1 y lanzó una carga de TNT a una cueva en la que se habían refugiado varios japoneses aturdidos. Cuando el artefacto no hizo explosión al primer intento, Craft lo recogió, prendió de nuevo la mecha y, después de lanzarlo una vez más, consiguió bloquear la entrada.

Al repeler él solo al enemigo de monte Hen, Craft mató al menos a veinticinco japoneses —un hito descrito por el general Hodge como el «más extraordinario» que había oído en su vida de soldado— sin sufrir un solo rasguño. Sólo hizo un alto en su devastación, el tiempo suficiente para coger la espada de un oficial enemigo muerto. «Supuse que el resto de la compañía habría limpiado aquel campo de *souvenirs* cuando regresara», explicó Craft.

El 1 de noviembre de 1945, en la Casa Blanca, a Craft le fue concedida la Medalla de Honor por el presidente Harry S. Traman en reconocimiento a su «ataque absolutamente intrépido y heroico» contra unas posiciones japonesas que habían repelido asaltos anteriores de batallones estadounidenses enteros.

Durante varios días, las tropas que el general Ushijima había dejado atrás para cubrir la retirada de su contingente principal continuaron hostigando a los estadounidenses en las zonas colindantes a Naha y el sur de Shuri, demorando así el avance general del 10.° ejército hacia el sur.

Muchos de los antiguos reductos japoneses más disputados habían sido abandonados por completo. El 30 y el 31 de mayo, los hombres de la 1.ª división de marines avanzaron sin problemas por la zona de Wana, donde habían sido mantenidos a raya durante casi dos semanas y habían sufrido cientos de bajas, y luego enlazaron sin incidentes con los soldados de la 96.ª división.

La vapuleada 6.ª división de marines todavía hacía frente a la resistencia más férrea en su avance por las colinas situadas al este de Naha a causa de las tropas de la Armada japonesa y

guardias desperdigados por la retaguardia. Pero el 1 de junio, la división había penetrado en las escuetas líneas japonesas y había llegado al río Kokuba y su estuario, que separaba Naha de la península de Oroku.

La Línea de Shuri ya era historia. Pero el mando estadounidense estaba tan confuso en torno al paradero de las fuerzas japonesas restantes como lo estuvo el 1 de abril, sesenta largos días antes. El general Buckner, comandante del 10.° ejército, y su estado mayor no adivinaron del todo las intenciones de Ushijima y subestimaron enormemente la efectividad de su plan. El propio Buckner se aferraba a la idea de que la retirada japonesa había llegado demasiado tarde y de que los estadounidenses podrían darles caza antes de que pudieran formar un nuevo perímetro defensivo funcional.

«Ahora sólo queda erradicar los focos de resistencia y todo habrá terminado», predijo convencido Buckner en una rueda de prensa celebrada el 31 de mayo. «Eso no significa que no vaya a ser una lucha encarnizada, pero Ushijima no podrá organizar otra línea.»

Ese mismo día, se destinó a buena parte de la 77.ª división al sector inactivo antes fortificado por la 96.ª para efectuar labores de rehabilitación y refuerzo, y también para descansar. Uno de los batallones de artillería de la 77.ª división y su 305.° regimiento de infantería permanecieron en la zona de combate para ofrecer apoyo aéreo y ayuda en la aniquilación de reductos enemigos aislados.

La mañana del 1 de junio, con las divisiones 7.ª y 96.ª del Ejército posicionadas de nuevo en el extremo izquierdo (este) del frente y la 1.ª y la 6.ª divisiones de marines a la derecha (oeste), empezó la arremetida para encontrar y liquidar a los defensores allá donde estuviesen.

Los miembros supervivientes de la retaguardia del general Ushijima permanecieron en líneas defensivas predesignadas hasta el 4 de junio, cuando el último de ellos se evaporó en el campo y se encaminó hacia el sur.

Para entonces, Ushijima se había instalado en su nuevo cuartel general, localizado en una cueva del monte 89, frente a la ciudad de Mabuni. Las fuerzas restantes estaban organizando rápidamente una defensa de la península de Kiyamu a lo largo de la cordillera de Yaeju Dake-Yuza Dake, que abarcaba, con interrupciones mínimas, los tres kilómetros del extremo sur de Okinawa.

Ahora que el 10.° ejército de Estados Unidos avanzaba con cautela hacia él por las mismas rutas que había utilizado su ejército para huir de Shuri, Ushijima tenía tiempo para reflexionar sobre lo que los mandos de espionaje de la 1.ª división de marines pronto llamarían su «hábil repliegue».

No cabía duda de que había frustrado de nuevo a los estadounidenses, sin escapar tan airoso como en la retirada de la cordillera de Kakazu, pero conservando aun así sus efectivos. De todos modos, el distinguido general debió de preguntarse qué había conseguido en realidad. Más de 62.500 miembros de su ejército habían perecido y el resto seguía en una trampa, aunque diseñada por ellos mismos.

Ushijima había cumplido su único objetivo: había conseguido más tiempo para sus tropas supervivientes y para su asediada patria. Nadie sabía aún cuánto le quedaba al 32.° ejército, pero

un cálculo realista eran unas tres semanas. Ese parecía ser el criterio del estado mayor de Ushijima, teniendo en cuenta que al nuevo puesto de mando del 32.° ejército sólo habían llegado raciones para veinte días.

De manera consciente o no, Ushijima también se había ganado la amarga admiración de sus enemigos. Como escribía el coronel Cecil Nist, oficial de espionaje del general Hodge, comandante del 24.° cuerpo de Estados Unidos, al resumir la semana del 26 de mayo al 2 de junio: «Aunque las fuerzas del general Ushijima están abocadas a la derrota, su gestión de la defensa de Okinawa ha sido tal que su espíritu podrá reunirse con el de sus ancestros y descansar en paz».

14

El fin de un ejército

El 5 de junio, las nubes por fin escamparon, y el océano de barro que había cubierto el sur de Okinawa durante un mes empezó a secarse poco a poco. Los soldados se quitaron sus botas de combate empapadas y los calcetines podridos y vieron por primera vez en semanas sus torturados dedos.

El soldado de primera clase Gene Sledge, cuyo 5.° regimiento de marines había pasado a la reserva el 4 de junio después de ser relevado en el frente por el 1.° de marines, quedó boquiabierto por el estado en que se encontraban sus pies cuando se quitó el calzado. En abril, Sledge había cambiado a un soldado un caramelo por un par de calcetines de lana del Ejército, que él valoraba mucho porque eran más cómodos cuando se mojaban que los calcetines habituales de los marines, hechos de algodón. Pero cuando Sledge vio lo «viscosos y pútridos» que estaban, no tuvo otra opción que tirarlos.

«Con pesar, tuve que deshacerme de mis preciados calcetines», decía, «y les eché tierra por encima como si estuviese cubriendo un cadáver nauseabundo». Junto con ellos, Sledge enterró además casi toda la piel de la planta de los pies, que se pegó a los calcetines y se desprendió en largas tiras, lo cual le dejó los pies rojos, en carne viva y agrietados.

«Maldita sea, Sledgehammer, te apestan los pies», exclamó el soldado de primera clase Myron Tesreau, un compañero de Sledge que pronto descubrió que los suyos eran igual de olorosos.

La sección de mortero de Sledge y el resto de la compañía K/3/5 se encontraban drásticamente diezmadas en aquel momento y hacía mucho que necesitaban un descanso. El 1 de junio, la compañía había sufrido 36 bajas mientras sofocaba la resistencia de la zona de Shuri. Con esas pérdidas, la K/3/5 había quedado reducida a unos cien reclutas y tres o cuatro oficiales, menos de la mitad de sus efectivos normales.

El regimiento al completo se hallaba en unas condiciones de debilidad similares, y corrían rumores de que el 5.° de marines no volvería a combatir en Okinawa; sin embargo, los rumores, como de costumbre, resultaron ser falsos. La pausa sería breve y los reemplazos demasiado escasos para cubrir las bajas de la compañía K antes de que ésta entrara en acción en un lugar llamado cordillera de Kunishi.

Ni siquiera después de que saliera el sol y se despejaran los cielos encontraron los soldados del 10.° ejército demasiados claros en su situación. Tenían los nervios tan destrozados como los pies y el estado de ánimo tan infecto como los calcetines. Con sol o sin él, los ojerosos conquistadores de Shuri ahora hacían frente a la posibilidad de repetir la sangrienta prueba de mayo. Era casi insoportable para ellos.

«En aquel momento, todos sabíamos que los japoneses se habían burlado una vez más de nosotros», recordaba el sargento Jack Armstrong, del 1er batallón de tanques de marines. «Nos cabreaba muchísimo que les hubieran dejado escapar, pero, lo que es peor, estábamos en un momento en que realmente pensábamos que aquello no iba a terminar nunca. Ni siquiera estábamos seguros de adonde habían ido los japoneses al retirarse de Shuri, pero sabíamos exactamente dónde estábamos nosotros: varados en el lodo y de vuelta a la casilla de salida.»

A pesar de la confiada aseveración del general Buckner de que el enemigo no podría crear una nueva línea defensiva de consideración antes de que el 10.° ejército diera con él y aniquilara a sus mermadas fuerzas, el avance hacia el sur comenzó con cautela. Como en la invasión de Shuri, la 7.ª y la 96.ª divisiones de infantería se hallaban posicionadas a la izquierda (este) de la isla y la 1.ª y la 6.ª de marines a la derecha (oeste). La situación recordaba inquietantemente a la de dos meses antes en Kakazu. Nadie sabía con certeza dónde establecerían los japoneses su primer perímetro defensivo, así que localizar al enemigo era la prioridad inicial del 10.° ejército.

La misión de la 7.ª división del general Arnold —sellar la península de Chinen e impedir que los japoneses huyeran a sus escarpadas montañas— fue en buena medida un esfuerzo malgastado, ya que el general Ushijima no había planeado en ningún momento mover a sus tropas en esa dirección. No obstante, la 7.ª división llevó a cabo su misión con rapidez y de manera ordenada, y en el proceso reunió a 13.000 civiles y los condujo a un lugar seguro. Entretanto, los Deadeye de la 96.ª división se dirigieron al centro de la isla, a Iwa y una franja montañosa situada por detrás de la ciudad.

En el flanco oeste de la embestida, la 1.ª división de marines avanzó para bloquear el acceso del enemigo a la península de Oroku, igual que hacía la 7.ª división con la península de Chinen en la costa opuesta. La 6.ª división de marines debía conquistar la propia Oroku, una misión que incluía el último desembarco anfibio de la guerra y el primer combate serio de la campaña posterior a Shuri.

Defendían Oroku, que se proyecta sobre el mar justo al sur de Naha, unos 2.000 soldados de la Armada japonesa bien pertrechados y a las órdenes del almirante de retaguardia Minoru Ota, que había desplegado a su contingente en una cadena montañosa que discurría de este a oeste y estaba fortificada con más de doscientas ametralladoras y cañones de pequeño calibre recuperados de aviones destruidos. Hasta que la península fue fortificada, el puerto de Naha sería inutilizable para los barcos estadounidenses.

El general Geiger, al mando del 3.er cuerpo anfibio de marines, esperaba que las principales defensas japonesas de Oroku se encontrarían en su base y mirando hacia el interior, así que planeó flanquearlas con un desembarco de la 6.ª división al norte. La misión de asalto recayó en el 4.° y el 29.° regimientos de marines, con apoyo de dos compañías del 6.° batallón de tanques de marines, capitaneado por el teniente coronel Robert L. Denig. Sólo se disponía de unos setenta vehículos anfibios, que apenas bastaban para transportar a los dos regimientos.

Los demás habían sido destruidos o se estropearon al cargar avituallamientos a través del lodo.

Después de desembarcar en Oroku el 4 de junio, los marines tardaron sólo dos días en conquistar el aeródromo de Naha, otrora el más concurrido de Okinawa. Pero el 7 de junio se

toparon con una asombrosa red de túneles enemigos subterráneos, algunos de hasta trescientos metros de largo, equipados con alumbrado eléctrico y construidos en tres niveles. Aquel laberinto albergaba cuevas con capacidad para un batallón, que contaban con estancias para los reclutas, habitaciones para los altos mandos dotadas de muebles lujosos, hospitales provistos de buenos equipamientos, cocinas y zonas de almacenamiento, en su mayoría desocupadas.

El general de brigada William T. Clement, comandante adjunto de la 6.ª división y ex combatiente de Bataan, tildaba el sistema de cuevas de Oroku de «más sólido que los de Corregidor». Por necesidad, el avance hubo de ralentizarse mientras se registraba aquel laberinto.

También aminoró el avance —y se cobró un alto precio entre los tanques estadounidenses— la mayor concentración de minas que los marines habían visto en la campaña. Enterradas en el denso fango, las minas debían ser localizadas y retiradas por equipos de remoción, que precedían a los Sherman para desempeñar una tensa labor. Aun así, las minas, junto con las cargas concentradas y el mego de los cañones, destruyeron un total de treinta carros de combate. Los japoneses destacados en Oroku no disponían de cañones antitanque de 47 mm; de lo contrario, puede que no hubiese sobrevivido un solo marine.

Los marines también tuvieron suerte de que más o menos cuatro quintas partes de los 10.000 soldados con experiencia en combate que originalmente estaban a las órdenes del almirante Ota hubiesen sido retirados de Oroku y destinados a capear crisis en otros lugares. Si el contingente de Ota hubiese contado con todos sus efectivos y sus ciudadelas subterráneas hubiesen estado ocupadas, la lucha por Oroku podría haber durado semanas. Dadas las circunstancias, las compañías de fusileros de los marines debían su éxito en gran medida a los nervios inquebrantables de las dotaciones de tanques del coronel Denig.

«Orquídeas a tanques de la compañía C», decía un mensaje remitido a Denig desde el cuartel general de la 4.ª división de marines. «La compañía I no ha podido avanzar hasta que los tanques han llegado para prestarle apoyo. Ha sido una tarde de éxito. Los avances han sido fruto del respaldo de los carros de combate.»

Cuando la compañía G del 29.° regimiento de marines llegó a la costa el Día del Amor, contaba con 235 hombres en sus filas, entre ellos siete soldados que compartían el apellido White. Ninguno de los siete mantenían parentesco alguno, que ellos supieran, pero trabaron una amistad que les unió en una fraternidad sólida aunque informal. Sin embargo, la mañana del 9 de junio sólo seguían en acción veinte de los miembros originales de la compañía, y del contingente White, sólo eran aptos para el combate los soldados James S. y Robert S. White.

En realidad, Jim White, un joven forzudo y de pelo oscuro originario de Kansas City, Misuri, ya había resultado herido en dos ocasiones, la primera a mediados de mayo, cuando un proyectil de 47 mm cayó a pocos metros de él, le cubrió de tierra y le provocó una conmoción, y la segunda el 6 de junio, cuando unos fragmentos de mortero le arrancaron el pulgar izquierdo. En ambas ocasiones se negó a ser evacuado.

«Tenía que llevar el M-1 con las dos manos por culpa del dedo», recordaba tiempo después, «pero podía utilizarlo bien, y también un rifle automático Browning. Supuse que la compañía me necesitaba. Quedaban menos de cien hombres en el 3er batallón [de un total de mil] y, si se me

permite, yo era un tirador fantástico».

A otros White de la compañía G les había ido mucho peor que a Jim. A mediados de abril, el soldado de primera clase John White recibió un disparo en la barbilla durante una escaramuza en monte Yaetake. El 14 de mayo, un buen amigo de Jim, el soldado W. W. «Red» White fue alcanzado en el trasero por un enorme fragmento de metralla del mismo mortero que segó la cabeza a otro marine en el monte Media Luna.

Cuando Jim sacó a su compañero del cráter de proyectil que había abierto el mortero, Red apenas estaba consciente, pero gritaba a pleno pulmón a su compañero R. R. «Railroad» White, que había salido indemne: «¡Eh, *Railroad,* he recibido el billete a casa directamente en el culo!».

Ese mismo día, el soldado Henry White perdió una pierna en otra explosión de mortero, y W. F. White tenía alojados en el muslo varios fragmentos de granada. Unos días después, *Railroad* White era evacuado después de perder un dedo del pie en un accidente de camión.

Ahora, los rostros de sus cinco compañeros desaparecidos venían a la mente de Jim White mientras ascendía con precaución una colina de la península de Oroku bajo un intenso tiroteo. Cuando White vio caer a un marine cerca de allí y le oyó gritar de dolor, empezó a arrastrase de inmediato para ayudarle.

«En aquel momento no nos quedaba un solo médico; estaban todos muertos o heridos», recordaba. «Así que intenté ayudar a aquel hombre, pero entonces un francotirador japonés me disparó con un rifle de 7,7 mm.»

Mientras White sentía punzadas de dolor que le recorrían las piernas, vio a otros tres marines que habían sido alcanzados casi en el mismo segundo que él. Dejando un reguero de sangre tras de sí, logró darse la vuelta y llegar arrastrándose hasta la relativa seguridad de un barranco.

«Repté unos cincuenta metros, atravesando los cinco o seis centímetros de barro y agua que se acumulaban al fondo del barranco», relataba White. «Había cuerpos japoneses abotargados por todas partes, y tuve que arrastrarme por encima de ellos porque estaba demasiado débil para rodearlos. Al final llegué hasta una zona de retaguardia donde dos hombres me subieron a un camión con otros heridos. Uno de ellos falleció de camino al hospital de campaña. Estaba empapado en su propia sangre, y mi hemorragia era igual de abundante».

Jim White se enteraría más tarde de que el soldado Robert White, el último miembro ileso del «clan» de la compañía G, había sido evacuado también con heridas de bala en el pecho y el brazo izquierdo poco después de que cayera Jim.

Como observaba Jim más de sesenta años después: «Supongo que el número siete no fue el de la suerte para nosotros».

Los regimientos 4.° y 29.° de marines necesitaron cinco días de combate con material inflamable y explosivos y el respaldo del 22.° regimiento de marines para acabar con los japoneses atrincherados. Pero el 10 de junio, los defensores enemigos se encontraban encajonados en una estrecha bolsa en el extremo noreste de la península, entre las ciudades de Oroku y Tomigusuki, y se hallaban totalmente rodeados.

En el momento álgido de la batalla, el ataque de un solo hombre contra las posiciones enemigas apostadas en torno al castillo de Tomigusuki, una antigua montaña de coral situada cerca del extremo oriental de la isla, contribuyó a sellar la victoria. El soldado William H. Lower,

un fusilero del 22.° regimiento de marines, se enfrentó al intenso fuego enemigo e hizo saltar por los aires nada menos que 75 cuevas japonesas, un hito que Lowe describía modestamente en estos términos: «Cuando los japoneses dispararon contra nosotros desde unas cuevas de las montañas, ascendimos por la cara opuesta. Un par de compañeros trajeron el TNT, ataron los bloques y colocaron mecha en las cargas. Yo prendía y arrojaba las cargas al interior de las cuevas».

Cuando finalizó el ataque, se contabilizaron 114 cuerpos japoneses, según el teniente Rex Dillow, líder de sección de Lowe.

El 11 de junio, ocho batallones de la infantería de marines, respaldados por tanques, lanzaron un ataque coordinado para destruir el último gran foco de resistencia enemiga en Oroku. Tuvieron que sortear varios campos de minas ocultos bajo un mego cruzado de las ametralladoras enemigas, pero aquella tarde la bolsa había quedado despejada.

Consciente de que el final estaba cerca para sus fuerzas, el almirante Ota envió un último mensaje por radio al cuartel general de Ushijima, ahora reubicado en una profunda cueva cerca de Mabuni, en la costa meridional: «Grupos de tanques enemigos están atacando nuestro cuartel general en las cuevas. La fuerza de la base naval muere gloriosamente en este mismo momento... Les agradecemos los gestos que han tenido en el pasado y rezamos por el éxito del Ejército».

A la mañana siguiente, los marines que atacaban desde el oeste y el sur expulsaron al resto de los defensores japoneses y se adentraron en el corazón de su bastión subterráneo. La red de túneles, pasadizos y cuevas era tan extensa y elaborada que las patrullas de marines tardaron dos días en localizar los cuerpos del almirante Ota y cinco de sus oficiales del estado mayor, que se habían suicidado. Los cadáveres se hallaron de cuerpo presente en un cuartel general de cemento situado en el centro del complejo.

Por primera vez en la campaña, las tropas enemigas empezaron a rendirse en números significativos durante la lucha de Oroku. Un grupo de trece soldados japoneses capitularon ante una sección del 29.° regimiento de marines dirigida por el sargento James E. Higdon Jr. El soldado de primera clase e intérprete Harry M. Tuttle, con ayuda de un subteniente japonés capturado, convenció a otro grupo de más de veinte enemigos de que se rindieran. La persona que más prisioneros hizo fue el teniente Spencer V. Silverthorne, un veterano intérprete y ex estrella del rugby en el Williams College, que aceptó la capitulación de 56 japoneses en un solo día, incluido uno que le apuntaba con un rifle automático Browning.

«A medida que me acercaba, la boca de la escopeta parecía cada vez más grande», decía Silverthorne más tarde. «Cuando estuve a un metro de distancia, hubiese jurado que me enfrentaba a un obús de 155 mm.» Asegurando al soldado japonés que no tenía nada de qué preocuparse, Silverthorne apartó firmemente el arma a un lado. Por su valentía y su sangre fría, le fue concedida una Estrella de Plata.

Otros muchos japoneses prefirieron morir luchando o quitarse la vida, y la 6.ª división de marines pagó cara su victoria. Cuando se completó la operación el 13 de junio, un total de 1.608 marines habían resultado muertos o heridos en los diez días de combate por Oroku. Según el general Shepherd, el comandante de la división, los muertos japoneses ascendieron a 4.000 (esta cifra parece hinchada, ya que los archivos demuestran que Ota contaba sólo con la mitad de esos hombres), y doscientos fueron apresados.

Por su tenacidad y sacrificio, la división recibió menciones de honor de los generales Buckner y Geiger, y Shepherd alabó el «espíritu indomable y las habilidades profesionales» de sus hombres.

Mientras los marines de Shepherd seguían ocupados en Oroku, los soldados de las divisiones 7.ª y 96.ª avanzaban hacia el sur a un ritmo lento pero continuado, carentes de apoyo de sus unidades acorazadas y de artillería debido al barro y a las lamentables condiciones de las carreteras. El 7 y el 8 de junio, la 7.ª división se encontró con una resistencia férrea a las afueras de la ciudad de Gushichan, mientras que la 96.ª, que ya había conquistado la población de Iwa, defendía posiciones avanzadas cerca de Tomui y Shindawaku.

Adelante se alzaban los imponentes montes de la escarpadura de Yaeju Dake-Yuza Dake, protegidos por una barrera invisible pero letal de artillería japonesa. A partir de allí, el avance sería tan duro como cualquier cosa que hubiese afrontado el 10.° ejército en Okinawa. La escarpadura se extendía por todo el extremo suroeste de la isla, anclada por cuatro grandes reductos defensivos: la cordillera de Kunishi, un precipicio de coral de casi dos kilómetros de longitud situado en la zona de la 1.° división de marines, al oeste; los picos de Yaeju Dake y Yuza Dake, con una altitud de 120 y 103 metros respectivamente, que coronaban los sectores de las divisiones 96.ª y 7.ª; y el monte 95, una enorme elevación de piedra caliza con noventa metros de altura, que se elevaba en paralelo a la costa este y ofrecía un radio de alcance sin obstrucciones en todo el flanco oriental de la linea de acantilados.

Topográficamente, no había ningún punto vulnerable en la nueva línea japonesa. Todos los accesos septentrionales a la base de la escarpadura se concentraban en grandes extensiones de terreno bajo y llano que terminaban en un muro de riscos de cincuenta metros de altura y expuestas a un fuego cruzado al frente, derecha e izquierda. La meseta situada sobre las colinas estaba plagada de escarpados resaltes de piedra caliza y coral y, como todos los demás sistemas montañosos dominados por el enemigo en Okinawa, surcados por cuevas fortificadas. El único pasadizo natural hacia el fortín enemigo era un estrecho valle dominado por montes elevados en ambos flancos.

La escarpadura constituía una barrera natural todavía más formidable que la cordillera de Kakazu-Kakazu Occidental o los complejos del monte Pan de Azúcar y el desfiladero de Wana, ejes de la Línea de Shuri. No obstante, existían dos diferencias fundamentales entre este sistema defensivo japonés y los demás: los recursos de personal y el poder armamentístico.

En el terreno elevado que protegía Shuri, los estadounidenses hicieron frente al grueso del 32.° ejército del general Ushijima, 110.000 hombres bien atrincherados y preparados, y con experiencia en el combate. Ahora ese ejército había mermado a menos de 30.000 efectivos, muchos de ellos reemplazos escasamente entrenados pertenecientes a unidades de la retaguardia y las milicias de voluntarios *Boetai* de Okinawa. Aunque todos ellos hubiesen sido veteranos curtidos en la batalla, sus cifras no eran ni mucho menos suficientes para defender con eficacia las montañas. Además, habían perdido tres cuartas partes de sus ametralladoras y escaseaban las reservas de artillería y morteros pesados.

La tercera diferencia, y la más importante, entre la situación actual del enemigo y las

anteriores era que esta vez no podía emprenderse otra retirada o repliegue. No había donde ir. El 32.° ejército no tenía espacio de maniobra. Con ese hecho ineludible en mente, Ushijima dictó una última orden sumaria a sus diezmadas filas: «La posición actual será defendida a muerte, hasta que quede un solo hombre. Ni que decir tiene, la retirada queda prohibida».

El 6 de junio, el pequeño puerto de Minatoga, en la costa sureste de Okinawa —y a sólo unos dos kilómetros del monte 95— había sido abierto por las fuerzas estadounidenses sin una oposición enemiga apreciable. Ello permitió que un flujo continuo de munición y otros suministros evitara el fango y las destartaladas carreteras y cubriera por agua buena parte del trayecto que lo separaba de las unidades de combate, aquejadas de una gran escasez.

Durante los tres o cuatro días siguientes, el cielo despejado, el desaguado permanente y las febriles labores de los ingenieros militares permitieron al fin que tanques, vehículos oruga anfibios, camiones y artillería, que habían quedado empantanados muy por detrás del 10.° ejército, avanzaran hasta sus posiciones para apoyar a una infantería muy falta de avituallamientos.

El 8 de junio fue abierta una segunda ruta acuática de suministros, en esta ocasión en la costa oeste, al norte de la ciudad de Itoman, por la 1.ª división de marines en su avance hacia el sur, después de ayudar a contener a los japoneses en Oroku y abrirse camino hacia el mar. Después de carecer de raciones suficientes durante más de una semana, la división por fin pudo evacuar a sus bajas y disfrutar de una comida completa, cortesía de los primeros vehículos de desembarco.

Mientras las patrullas del 2.° batallón del 7.° regimiento de marines rastreaban el sur del río Mukue Gawa el 9 de junio, se toparon con un vehemente fuego de armas ligeras y ametralladoras y se vieron forzadas a replegarse a la margen opuesta. A partir de ese momento, la resistencia se intensificó, y los intentos reiterados por vadear el río y tomar las ciudades de Itoman y Tera fueron repelidos con firmeza.

El teniente coronel Spencer Berger, el comandante de treinta y dos años del 2/7, utilizó una lancha de desembarco fondeada a unos doscientos metros de la costa como puesto de observación, a fin de ubicar las posiciones enemigas y determinar si sus hombres podían desembarcar en la playa para ayudar a una sección que había quedado aislada en una misión de reconocimiento.

Berger, un californiano que había abandonado la facultad de derecho para unirse a los marines en 1935 y convertirse en uno de los oficiales de batallón más jóvenes del cuerpo en Peleliu, ordenó al resto de la compañía E que reforzara a la sección sitiada. Pero el intenso fuego enemigo frustró un intento por vadear el río a pie y un esfuerzo por trasladar a los marines a la otra orilla utilizando un vehículo anfibio.

«Los japoneses no dejaban de dispararnos», recordaba Berger mucho tiempo después, «y ese día perdí a uno de mis mejores comandantes de compañía cuando el capitán Hank Grasse fue asesinado mientras cruzaba el río».

La mañana del 10 de junio, Berger envió a las compañías G y F al otro lado del malecón de tres metros de altura y recorrieron casi medio kilómetro para ganar la orilla sur del Mukue Gawa y atacar la ciudad de Itoman.

Ese mismo día, elementos del 1.er batallón de tanques de los marines, junto con otras unidades acorazadas del Ejército y los marines, empezaron a llegar a las lineas del frente. A última hora de

aquella tarde, mientras el vapuleado 5.° regimiento de marines seguía descansando, el 2/7 y unidades del 1.er batallón de marines hacían frente a 1.500 metros de terreno abierto sin remisión frente a Kunishi. Lo que el historiador militar Roy Appleman ha descrito como «la batalla de proximidad más frenética, desconcertante y costosa del extremo sur de Okinawa» estaba a punto de comenzar.

Antes del asalto principal, algunos tanques recién llegados serían despachados en pequeños grupos a sondear la fuerza del enemigo. Era la misión más peligrosa que podía encomendarse a la tripulación de un tanque, máxime sin contar con grupos de ataque de la infantería que las protegieran de los equipos de dinamiteros enemigos armados con TNT.

Pero al imponerse la idea de que los japoneses habían perdido la mayoría de sus cañones de 47 mm que habían sembrado tanta destrucción entre los carros de combate estadounidenses, y de que escaseaba la munición para los pocos que quedaban, el cuartel general decidió correr el riesgo.

El domingo 10 de junio al rayar el alba, el sargento Jack Armstrong, comandante del Sherman M4 apodado *Billete a Tokio,* se despertó con un mal presagio. Por un segundo no comprendió por qué debía sentirse así; entonces recordó las órdenes que le habían entregado hacía sólo unas horas y se estremeció.

La noche antes, a Armstrong y su tripulación, junto con otros dos tanques de su compañía, les había sido encomendada la nada envidiable misión: en media hora, más o menos, los tres Sherman se dirigirían hacia el sur por un estrecho desfiladero que zigzagueaba por la yerma llanura que conducía a la cordillera de Kunishi. Las órdenes consistían en acercarse lo más posible al sistema montañoso e intentar localizar reductos japoneses de relevancia.

—Despierta, Ben —dijo Armstrong, zarandeando al soldado de primera clase Ben Okum, el ex dueño de un bar en Detroit que controlaría el cañón delantero del *Billete a Tokio*—. Es hora de contemplar las vistas un domingo por la mañana.

Okum se incorporó, frunció el ceño y soltó un silencioso improperio.

El resto de la tripulación se reunió para tomar un desayuno rápido e insulso a base de raciones de campaña, y un médico amigo se acercó con una botella de coñac medicinal.

—Bebe un poco de esto, Jack —dijo, ofreciendo la botella a Armstrong—. Os vendrá bien un poco de refuerzo líquido, chicos.

Armstrong no era un gran bebedor, pero echó un trago de la botella con la esperanza de fundir la bola fría y poco halagüeña que se le acumulaba en la boca del estómago. Entonces pasó la botella a un joven teniente de reemplazo que acompañaba a la misión como observador.

—¿Quiere echar un trago para el camino, señor?

—Pues sí —respondió el teniente—. ¡Buena suerte!

—Creo que la vamos a necesitar —dijo Stephen Smith, el conductor.

—Será mejor que nos vayamos —anunció Armstrong;—. Hoy no dispondremos de infantería y tenemos el honor de ser el tanque que viaja en cabeza.

—¡Maldita sea! —exclamó Smith.

La distancia desde el punto de partida hasta los pies de Kunishi era de sólo doscientos metros en línea recta, pero se encontraba mucho más lejos siguiendo la ruta de los tanques, y el progreso

sería tremendamente lento. Dos carreteras, por denominarlas de alguna manera, surcaban las llanuras, pero las órdenes de Armstrong estipulaban que siguieran la estrecha quebrada, que serpenteaba hasta una abertura en el sistema montañoso. Al partir los tres carros de combate, su ruta discurría casi en paralelo a las montañas, que acechaban en la distancia, a su derecha. Una serie de arrozales y campos de caña jalonaban el desfiladero a su izquierda.

Contar con una persona más a bordo constreñía el espacio dentro del tanque e incrementaba el nivel de incomodidad, ya que todo el mundo estaba ya con los nervios a flor de piel. Como comandante de tanque, Armstrong viajó un rato con la torreta abierta, estudiando el terreno que pisaban a través de sus prismáticos y concediendo al teniente pleno uso del espacio que, de lo contrario, deberían compartir.

Sin embargo, transcurridos unos veinte minutos desde que comenzara la misión, fueron blanco del fuego enemigo por primera vez, y Armstrong se vio obligado a descender, cerrar la escotilla y apañárselas con el periscopio desde aquel momento. La andanada consistía principalmente en proyectiles de armas ligeras que rebotaban contra el *Billete a Tokio* con tan poco efecto como una lluvia de guisantes. De vez en cuando abría fuego una ametralladora japonesa, y aunque no suponía peligro alguno para la tripulación del carro de combate, el agudo martilleo de las balas contra el blindaje afectaba más a los nervios que el mido esporádico de los rifles.

—Eh, jefe, quisiera decirle algo —gritó Smith a Armstrong desde el asiento del conductor—. Si tenemos que salir de aquí a toda prisa, estaremos en un buen lío. Esta maldita quebrada es demasiado estrecha para dar media vuelta.

—Lo sé, Steve —respondió Armstrong—. Así que lo mejor será continuar avanzando, ¿de acuerdo?

—¿Alguien ve a los japoneses que nos disparan? —preguntó el teniente—. ¿Hay alguna manera de contraatacar?

—Negativo —dijo Okum desde su posición de artillero—. Están todos agazapados en ese resalte y no se les ve.

Mientras el *Billete a Tokio* avanzaba lentamente, el martilleo continuo de las balas contra el tanque se hacía casi insoportable y produjo en Armstrong el sentimiento de claustrofobia y agobio más intenso que recordaba.

«En aquel momento nos sentíamos todos muy raros», recordaba muchos años después. «Estábamos aguantando la respiración y esperando que los japoneses abrieran mego con la artillería o los morteros. Hasta el momento nos habían atacado con calibres pequeños, pero sabíamos que lo más grande estaba por llegar.»

—Si esos bastardos tuvieran proyectiles de 47 mm ya nos habrían abierto como a una lata de judías —gritó Okum imponiéndose al estruendo—. No pueden hacernos daño con esa porquería de armas ligeras.

—Pueden hacer saltar las cadenas con una carga concentrada si se aproximan lo suficiente —chilló el soldado David Spoerke desde su asiento trasero, a los mandos del cañón de 75 mm.

El teniente se volvió hacia Armstrong, inclinándose ligeramente hacia delante hasta que sus rostros estuvieron a sólo medio metro de distancia.

—Estamos en un lugar muy tedioso, Jack —le oyó comentar Armstrong;—. Todo el mundo

necesita estar...

En ese preciso instante, un proyectil de artillería antiblindaje penetró en el centro del tanque, y su ruidosa explosión obliteró las últimas palabras de advertencia del teniente. El artefacto no alcanzó a Armstrong por unos centímetros, pero su fuerza le lanzó contra el casco de acero del Sherman.

Cuando pudo incorporarse y fijar la vista, lo primero que vio le hizo encogerse. El teniente tenía el abdomen abierto desde la caja torácica hasta la entrepierna, y sus intestinos se retorcían formando una hacina roja y brillante en su regazo. El antebrazo izquierdo del joven alto mando colgaba de una hebra y la sangre salía a borbotones de su codo destrozado.

Armstrong se había quedado sordo y no podía escuchar lo que decía el teniente, pero sí leer sus labios.

—Oh, Dios, madre ayúdame...

Antes de que las unidades de infantería de la 1.ª división de marines pudieran atacar directamente la cordillera de Kunishi, se vieron obligadas a lidiar con los defensores japoneses apostados en dos puntos secundarios de terreno elevado justo al norte de Kunishi: los montes Yuza y 69.

El 10 de junio al anochecer, las tropas de la 1/1 se habían hecho con el control del monte Yuza, con la ayuda de un excelente apoyo de la artillería del 11.° regimiento de marines, pero seguían luchando a muerte para defenderlo. La artillería había mantenido a raya a los japoneses hasta que las unidades de infantería se afianzaron en la colina, pero las pérdidas fueron cuantiosas. Las dos compañías de asalto que participaron en el ataque sufrieron 120 bajas durante el día, incluidos todos los altos mandos de la compañía C, que por la noche estaba capitaneada por un sargento de comedor. Los duros combates se prolongaron toda la noche, y se repelió una contundente contraofensiva japonesa a las cuatro de la madrugada del 11 de junio.

Los soldados de la 96.ª división, que supuestamente debían avanzar en tándem con la 1.ª de marines, se vieron frenados en el pico de Yuza Dake, a escasa distancia en dirección este, lo cual provocó un grave problema de alineamiento. El avance de los marines les había dado una buena ventaja con respecto a las tropas del Ejército, hecho que dejó un peligroso saliente en las líneas estadounidenses y exponía a los marines del flanco oriental a un fuego concentrado de morteros y artillería desde Yuza Dake.

En el monte 69, al oeste de la ciudad de Osato, dos compañías de la 1.ª división de marines también libraron una dura batalla durante la noche del 10 al 11 de junio. En plena oscuridad, un numeroso grupo de civiles empezó a moverse por la zona ocupada por la compañía E del teniente Richard B. Watkins, que había sido enviada poco antes para reforzar a la compañía F.

Respetando las advertencias reiteradas de sus comandantes para que evitaran pérdidas de vidas civiles siempre que fuera posible, los marines en un principio no abrieron fuego. De súbito, alguien se percató que uno de cada cinco «civiles» era en realidad un infiltrado japonés armado. Cuando los marines dispararon surgieron más tropas enemigas de la oscuridad blandiendo espadas y bayonetas, y se desató un infierno.

El teniente Watkins mató a dos atacantes con su rifle del 45 mientras hablaba por teléfono con

el teniente coronel James Magee, comandante del 1.er batallón. Se dio el alto a dos mujeres que salieron a toda prisa de una cueva y se adentraron en el vivaque de la compañía E, pero se negaron y fueron abatidas a disparos. Más tarde se descubrió que llevaban cargas de TNT y granadas. Cuando cesaron los disparos, se contabilizaron cuarenta soldados japoneses muertos, además de varios civiles que fueron obligados a actuar como señuelos.

Ahora que se habían tomado los montes Yuza y 69 —aunque todavía sometidos a un intenso fuego enemigo—, dos batallones de la 7.ª división de marines emprendieron una misión el 11 de junio al amanecer, a fin de despejar el municipio de Tera y la ciudad costera de Itoman de resistencia enemiga y eliminar los últimos obstáculos defensivos de la cordillera de Kunishi.

El avance fue bien al principio. El 1.er batallón ocupó Tera con relativa facilidad y conquistó además los altos situados inmediatamente al sur del pueblo. Pero cuando el 2.° batallón penetró en Itoman, fue una historia completamente distinta. Itoman era un avispero de japoneses atrincherados.

Como explicaba George McMillan, historiador de la 1.ª división de marines, en *The Old Breed:* «Itoman no fue fácil. El batallón perdió a cinco oficiales en siete minutos. Había cuevas a las afueras del pueblo, y las calles estaban minadas».

El 12 de junio, Itoman había sido declarada segura, aunque quedaban pequeños focos, y el fuego de artillería de Kunishi y Yuza Dake seguía cayendo sobre la ciudad a intervalos mientras continuaban las operaciones de aniquilación de la resistencia.

Desplegadas al sur de Tera e Itoman, las unidades de combate de los marines se encontraban a tan sólo ochocientos metros de los pies de Kunishi. Ahora, el general Pedro del Valle, comandante de la 1.ª división de marines, se enfrentaba a uno de los interrogantes más espinosos de la campaña de Okinawa: ¿cómo lograr que un número suficiente de tropas llegaran vivas al otro lado de aquella trituradora de ochocientos metros para la incursión en el sistema montañoso?

La respuesta de Del Valle fue plagiar el libro de tácticas japonés y enviar la primera oleada de sus fuerzas de asalto a Kunishi en plena oscuridad. Los marines rara vez habían atacado por la noche, pero estas circunstancias eran inusuales.

El coronel Edward W. Snedecker, al mando de la 7.ª división de marines, destinó una compañía de sus batallones 1.° y 2.° a la operación, cuya hora prevista de inicio eran las 3.30 del 12 de junio. Tan dudosa distinción recayó en la compañía C/1/7, a las órdenes del capitán Richard Rohrer, y la F/2/7, liderada por el teniente John W. Huff. Se asignó a las compañías B y G para una segunda oleada que daría comienzo a las cinco de la madrugada, inmediatamente después del alba.

El ataque inicial cogió a los japoneses totalmente por sorpresa. La compañía C sorprendió y aniquiló a varios grupos reducidos de soldados enemigos mientras éstos preparaban el desayuno, y la compañía F también llegó a su objetivo designado en la cima de la montaña sin grandes problemas. No obstante, los japoneses se reagruparon rápidamente, y cuando las dos compañías de apoyo emprendieron la marcha al amanecer para reforzar a las que se hallaban destacadas en las montañas, se vieron sitiadas por las ametralladoras enemigas y hubieron de replegarse. Una segunda tentativa de las compañías B y G, que contaban con apoyo de los carros de combate, fue

repelida por la artillería japonesa, y una tercera arremetida, lanzada a las 8.15 con la cobertura que proporcionaban las cortinas de humo, también fue sofocada, en esta ocasión por un fuego mortífero de ametralladoras.

A primera hora de la tarde, las compañías C/1/7 y F/2/7 se encontraron aisladas en la cumbre de Kunishi y afrontaban una situación inquietantemente similar a las debacles de Kakazu y el monte Pan de Azúcar. Los marines habían fortificado la cima, pero los japoneses, bien atrincherados y respaldados por la artillería, controlaban la otra cara y dominaban todos los accesos frontales. Por esa razón, los marines no podían recibir refuerzos, ni tampoco replegarse.

Como recordaba con pesar el general Del Valle: «La situación fue una de esas rarezas tácticas de aquella guerra peculiar. Nosotros habíamos coronado la montaña y los japoneses estaban desplegados en ella, en las caras anterior y posterior».

La única respuesta posible era utilizar tanques para reforzar y reabastecer a las dos compañías sitiadas y evacuar a sus heridos. En aquel momento, los japoneses tenían varios cañones antitanque de 47 mm, un arma mortífera que podía contrarrestar esas acciones, pero cuando partió la primera tanda de carros de combate a las 3.55 del 12 de junio con unos avituallamientos muy necesarios, las armas enemigas guardaron silencio y todos los tanques regresaron indemnes. En la segunda incursión viajaron 54 hombres de la compañía A repartidos en nueve Sherman y descendieron por las escotillas inferiores para reforzar a la compañía C. Esos mismos tanques se llevaron a veintidós heridos, los primeros de una larga serie que atestarían los puestos de socorro de Tera e Itoman aquella noche.

El marine William V. «Bill» Niader llevaba menos de un mes en Okinawa, pero ya se había dado a conocer como un soldado ambicioso que aceptaba gustoso cualquier misión. Niader ya atesoraba una gran experiencia como camillero, y cuando los tanques empezaron a trasladar heridos de Kunishi a Itoman, se ofreció voluntario rápidamente, pese a los proyectiles de artillería que seguían cayendo en la zona.

Desde que llegó a Okinawa el 16 de mayo con el 46.° batallón de reemplazo, Niader había sido destinado a la compañía del cuartel general y servicios del 2.° batallón, 67.ª división de marines, donde su bondad y su disposición le habían valido la admiración de su oficial al mando, el capitán Maurice Cavanaugh.

En su decimonoveno cumpleaños, que celebró dos semanas antes, Niader había escrito una carta a sus padres, que vivían en la calle Orono de Clifton, Nueva Jersey, en la que les aseguraba que no se preocuparan porque estaba bien.

El 12 de junio, alrededor de las cinco de la tarde, Niader y un compañero suyo, el soldado Harry Switzer, trasladaban a un marine que se encontraba herido de gravedad a un puesto de socorro temporal instalado en Itoman cuando un proyectil enemigo estalló a unos cincuenta metros de distancia. «Démonos prisa», gritó Niader. «¡Ese ha caído demasiado cerca!».

El y Switzer aceleraron el paso, con cuidado de no tirar a su sufriente cargamento, y llegaron al puesto de socorro sin más problemas. Mientras un médico atendía al herido y Switzer se ponía en cuclillas cerca de allí para recuperar el aliento, Niader volvió a donde aguardaban todavía los demás heridos. Sólo había dado unos cuantos pasos cuando otro proyectil de artillería impactó a

diez metros de él y le lanzó al suelo.

Niader estaba inconsciente, pero todavía respiraba cuando el sargento Don Fach y un médico llegaron hasta él. Un fragmento de metralla había abierto un enorme agujero en su barriga y sangraba profusamente. «Dudo que salga de ésta», determinó el médico, «pero llevémosle a la retaguardia».

Niader falleció poco después, y transcurridos 55 años, Fach todavía lloraba su muerte. «Siempre fue el primero en ofrecerse voluntario para asignaciones o misiones especiales», rememoraba el sargento en junio de 2000. «Era fantástico, la clase de persona con la que te gustaba estar y tener en tu pelotón.»

En una carta a la madre de Niader, el capitán Cavanaugh expresaba unos sentimientos similares: «Es típico de William que tropezara con la muerte del modo en que lo hizo... ayudando a los demás en las tareas humanas más peligrosas y necesarias que un hombre puede desempeñar en combate».

Mientras la 1.ª división de marines lidiaba con la cordillera de Kunishi al oeste, los soldados de los regimientos 32.° y 17.° de la 7.ª división del ejército organizaban ataques similares en el extremo oriental del frente contra el monte 95 y Yaeju Dake.

El general Arnold, comandante de la división, ordenó una ofensiva general contra los dos reductos enemigos para la una del mediodía del 8 de junio, en la que el 32.° regimiento de infantería del coronel Mickey Finn debería encargarse del monte 95. Durante dos días de combates encarnizados, un pequeño grupo de soldados encabezado por el capitán Tony Niemeyer ayudaron a fortificar la escarpada cima arrastrando por la ladera una manguera resistente al fuego de sesenta metros de longitud, que acoplarían a un tanque lanzallamas apostado en la llanura y después utilizarían para rociar las posiciones enemigas con abrasadores ríos de napalm. Aunque las tropas enemigas aún defendían algunas zonas de la parte inferior de las pendientes, se había logrado penetrar por primera vez en la última línea defensiva del general Ushijima.

A su vez, el 17.° regimiento de infantería del coronel Francis Pachler atacó los 1.200 metros de extensión de la ladera de Yaeju Dake, una escarpadura con un promedio de cincuenta metros de altura y coronada por un resalte de coral de cien metros de ancho. Unos quinientos japoneses se ocultaban en unas elaboradas cuevas repartidas por la montaña, con pequeños destacamentos de francotiradores agrupados en la base.

El ataque vino precedido por el estruendo de una andanada de artillería, a la que se unieron todas las armas disponibles, desde 105 obuses a cañones antitanque de 37 mm. Las compañías I y K del 3.er batallón del 17.° regimiento lideraron la ofensiva de la infantería, apoyadas por una sección de tanques, la mañana del 9 de junio. Su primer objetivo no fue la cara norte de Yaeju Dake, sino dos pequeñas montañas secundarias situadas en el extremo sur de la cadena, pero ambas compañías no tardaron en acusar varios problemas, y la ofensiva cayó en un punto muerto.

El progreso fue lento pero bastante continuo los tres días siguientes, durante los cuales, los tanques equipados con lanzallamas que respaldaban al 17.° regimiento de infantería vertieron 144.000 litros de napalm en las cuevas y los búnkeres japoneses. El 13 de junio, el 3.er batallón se había hecho con el control de varios puntos clave. El 2.° batallón del teniente coronel William E.

Siegel conquistó la ciudad de Azato, acabó con la vida de 122 japoneses y tomó otro afloramiento estratégico de coral designado como monte 8. Al final del día, tres compañías del 17.° regimiento formaron un sólido frente de 1.600 metros anclado por posiciones dominantes distribuidas por todo el sector de la 7.ª división en la cadena montañosa.

Concluyendo que la cordillera de Kunishi no podría ser fortificada sólo por la 7.ª división de marines, el general Del Valle ordenó a la 1.ª división que atacara un punto del sistema montañoso situado al este del lugar en el que los hombres de la 7.ª se aferraban a la cima. También conminó al 5.° regimiento de marines a que interrumpiera su permiso de descanso y se preparara para entrar en combate en veinticuatro horas.

Entretanto, los tanques del cuerpo de marines continuaron transportando avituallamientos y refuerzos y recogiendo a los heridos, mientras las posiciones japonesas sufrían un martilleo continuo de la artillería de los marines y los cañones de la Armada. Varios torpederos se aproximaron a la costa para pasear sus cañones por las defensas enemigas apostadas en las caras opuestas de Kunishi, Yuza Dake y Yaeju Dake. Muchos de los proyectiles amigos cayeron a menos de cien metros de las posiciones de los marines en la cima de Kunishi.

El 14 de junio, antes del amanecer, dos secciones de fusileros de la compañía E/2/1 y otra de la G/2/1 treparon con dificultades hasta la cumbre de Kunishi, pero las unidades de apoyo fueron repelidas por el intenso fuego de ametralladora y dejaron aislados a los hombres que habían coronado el alto, en una zona de tan sólo 75 metros de ancho. Al despuntar el alba, el fuego enemigo se incrementó abruptamente y prosiguió sin pausa durante todo el día.

Las bajas aumentaron vertiginosamente entre los marines, y una compañía perdió a seis de sus siete oficiales. Se enviaron tanques, pero estaban demasiado ocupados evacuando a los heridos y trayendo munición, agua y plasma sanguíneo como para aportar demasiado apoyo táctico.

El 15 de junio, cinco días después de que el sargento de marines Jack Armstrong hubiese esquivado la muerte cuando su tercer tanque quedó inutilizado con él a bordo, otro comandante de carro se acercó para hacerle una oferta cordial.

—Me dirijo a la cordillera de Kunishi a llevar suministros y recoger a algunos heridos —le dijo—. ¿Me acompaña?

Armstrong esbozó una leve sonrisa.

—¿Bromea?

—No, lo digo en serio. Me imaginé que estaría ansioso rondando por aquí sin un tanque.

Armstrong hizo un ademán negativo con la cabeza, pensando en el joven teniente de reemplazo con un brazo amputado y los intestinos colgándole sobre el regazo; en su conductor, el cabo Harlan Stephan, bañado en su propia sangre mientras dirigía el tanque a un lugar seguro, y en su amigo íntimo, el cabo Alvin Tenbarge, partido casi por la mitad por una mina.

—Gracias, compañero, pero paso —respondió—. Me han alcanzado tres veces y me alegro de estar fuera de combate.

Ningún miembro del 5.° regimiento de marines rezumaba entusiasmo cuando regresó a la batalla el 15 de junio para relevar a las castigadas unidades de la 1.ª división de marines

desplegadas en Kunishi y Yuza Dake. Cuando se ordenó a los veteranos de cabo Gloucester y Peleliu que emprendieran la marcha hacia Kunishi el 17 de mayo antes del amanecer, se escucharon bastantes quejas entre las tropas.

«Nos empecinamos en pensar que nadie, salvo los japoneses o los chiflados, se movía por la noche», señalaba el soldado de primera clase Gene Sledge, de la compañía K/3/5. «Pero avanzar al abrigo de la oscuridad era la única manera sensata de cruzar terreno abierto sin ser masacrado.»

En cuanto a los persistentes y falsos informes que aseguraban que el 5.° regimiento de marines no sería enviado de nuevo a la línea del frente de Okinawa por su estado de debilidad, la mayoría de los hombres se tomaron la decepción con filosofía. «Demonios, todos sabíamos que no podríamos terminar el trabajo sin la K/3/5», espetó el sargento R. V. Burgin, que se había reincorporado a su sección de mortero durante el permiso de descanso del 5.° regimiento, después de permanecer hospitalizado diecisiete días por unas heridas. «Y ahora vamos a por ellos.»

Las palabras de Burgin no supusieron un gran consuelo para Sledge mientras éste contemplaba la oscura silueta de Kunishi. «La cima recordaba tanto a Bloody Nose que a punto estuvieron de fallarme las rodillas», decía. «Me sentía como si estuviese en Peleliu y tuviese que pasar por todo aquello una vez más.»

Cuando despuntaron los primeros rayos de sol, un grupo de fusileros de la K/3/5 se dirigió hacia el este siguiendo las montañas, y otro ascendió la pendiente haciendo frente a un duro fuego de los francotiradores. La sección de mortero de Burgin no se molestó en montar los cañones, ya que el combate estaba demasiado próximo, pero sus integrantes permanecieron allí para actuar de camilleros, cubrir huecos que hubieran dejado en el frente los fusileros caídos, e interceptar a cualquier infiltrado enemigo que llegara de los pies de la montaña.

«Los francotiradores estaban por todas partes y eran casi imposibles de localizar», relataba Sledge. «Los hombres empezaron a recibir disparos, uno detrás de otro, y los equipos de camilleros no dejaban de correr.»

Los equipos ataban a los heridos a las camillas para cubrir el empinado trayecto hasta una zona protegida en la base del sistema montañoso, donde se amarraban a la parte posterior de los tanques; los heridos que podían caminar por sí solos eran atendidos dentro. Luego los tanques partían a toda prisa, envueltos en una nube de polvo, hacia un puesto de socorro mientras los fusileros paseaban sus M-1 y sus rifles automáticos Browning por las montañas para impedir que los francotiradores acabaran con los heridos que habían quedado al descubierto a bordo de los Sherman.

El 17 de junio al amanecer, el cabo Melvin Grant estaba demasiado cansado para levantarse. El y su operario de lanzallamas habían pasado el día anterior «procesando» algunas de las últimas cuevas enemigas de Kunishi, y luego habían montado guardia toda la noche para impedir que los nerviosos reemplazos jóvenes que compartían pozo de tirador con él dispararan indiscriminadamente en la oscuridad. Pero cuando supo que su hermano pequeño, el soldado de primera clase Scott Grant, de diecinueve años, se encontraba cerca de allí, Melvin se despertó de golpe.

Los dos hermanos de Oklahoma estuvieron en Okinawa desde el Día del Amor, a veces a

escasos metros uno del otro, pero sólo habían coincidido en una ocasión, que apenas les valió para compartir un abrazo y una lata de raciones de campaña. Debido a que Melvin estaba adscrito a la compañía E/2/7 de la 1.ª división de marines y Scott era dinamitero en la A/1/22 de la 6.ª división de marines, sus caminos casi nunca se cruzaban. Sin embargo, el grupo de Scott ahora se disponía a relevar a una de las unidades más maltrechas de la 1.ª división cerca del monte Mezado, una extensión situada al oeste de Kunishi. La noticia infundió tanta energía a su hermano mayor como una noche de reposo.

«No podía soportar la idea de que estuviese tan cerca y no intentar verle», recordaba Melvin al cabo de más de seis décadas. «Cuando supe que la unidad de Scott se encontraba en nuestro flanco derecho, me dirigí hacia la base del monte Mezado y empecé a buscar a la compañía A.»

Melvin localizó por fin al alférez Robert Johnson, oficial al mando de la compañía A, y le expuso la situación.

—Lo siento, señor —dijo Johnson—, pero la compañía A ya ha entrado en acción y está siendo tiroteada. No puedo permitirle subir allí de ninguna manera. Es demasiado peligroso.

—Escuche, alférez —repuso Melvin—. Soy uno de los veintiséis hombres que quedan en mi compañía de los 235 que partimos. No me da miedo recibir un disparo. Merece la pena si tengo la posibilidad de ver a mi hermano.

—Le comprendo, cabo, pero la respuesta es no. Permiso denegado.

Melvin se dio media vuelta con una honda decepción. Ese mismo día, el 22.° regimiento conquistó la cima del Mezado mientras Melvin observaba impotente a lo lejos. Después, el batallón de Melvin se replegó unos tres kilómetros y pasó la noche en un vivaque. Nunca en su vida se había sentido tan agotado, pero no podía dormir, preocupado por Scott, mientras la última conversación que mantuvieron se reproducía una y otra vez en su mente como un disco rayado.

—Come, bebe y sé feliz —se oía decir Melvin mientras despachaban la lata de raciones de campaña—, porque mañana quizá estemos muertos.

—Si uno de los dos tiene que irse —respondió Scott—, espero ser yo, porque tú tienes una mujer y un hijo esperándote en casa.

El cabo Claude Bohn se sentía como si llevara horas corriendo y tropezando por los peñascos de coral de monte Mezado. Notaba las piernas como si fueran pesas de plomo, y los pulmones estaban a punto de estallarle, pero ahora no podía parar. Era la mañana del 18 de junio, y Bohn había prometido a su lider de sección, el teniente Robert Jordán, que había resultado herido, que transmitiría un mensaje urgente al oficial al mando de la compañía. El sino de la sección dependía de él:

—Tenemos un gran problema. No podremos resistir aquí sin refuerzos; no contamos con hombres suficientes. Necesitamos apoyo de la artillería y humo, ¡mucho humo!

Mientras Bohn corría, una ametralladora japonesa abrió fuego desde su derecha y se lanzó al primer agujero que vio. Bohn aterrizó directamente sobre tres marines que se encontraban allí agazapados.

—¿Dónde vas con tanta prisa? —preguntó uno de ellos—. Como sigas así te van a disparar, ¿sabes?

Bohn, que abandonó el instituto de Green Bay, Wisconsin, para alistarse en los marines a los diecisiete años y llegó al Pacífico a tiempo para luchar en Guadalcanal, permaneció acostado en el fondo del agujero, tratando de respirar e incapaz de responder.

—Debo llevar un mensaje a la compañía A —consiguió decir con voz ronca—. Mi sección está sitiada en la cima de la colina. No podrán resistir sin ayuda.

—Tú estás reventado, tío —dijo el más joven de los tres marines—. Somos un equipo de dinamiteros de la compañía A y sé dónde está el puesto de mando. Yo llevaré el mensaje el trecho que falta.

—No puedo permitir que lo hagas —bramó Bohn—. Es demasiado arriesgado.

Pero antes de que Bohn pudiera moverse o articular palabra, el joven marine se puso en pie. Al instante, la ametralladora enemiga tableteó de nuevo y Bohn vio el cuerpo del marine ponerse rígido y caer lánguidamente en el agujero.

—¡Scott, Scott! —gritó uno de sus compañeros. Se arrastró hasta el marine y dio la vuelta al cuerpo—. Oh, Dios, es muy grave.

Cinco balas se habían incrustado en la caja torácica y la zona superior del abdomen del marine. No se podía hacer nada por él, pero tenía los ojos abiertos e intentaba decir algo.

—Decid a mi madre que morí como un marine —susurró. Segundos después, sus ojos se nublaron y dejó de respirar.

—Se ha ido —anunció el marine, inclinado sobre él.

—Lo siento —dijo Bohn—. Dios, ¿por qué ha tenido que saltar de esa manera? —se preguntó meneando la cabeza—. ¿Cómo se llama?

—Scott Grant —respondió uno de los marines—. Era un dinamitero fantástico.

—Tengo que irme —dijo Bohn—. Veinte hombres dependen de mí. Cubridme, ¿de acuerdo?

Los dos marines apostados en el pozo de tirador apuntaron con sus M-1 y dispararon hacia donde se encontraba la ametralladora mientras Bohn salía con dificultad del agujero y corría tanto como podía.

El 18 de junio a primera hora, el soldado de primera clase Gene Sledge rescataba a un compañero herido, su homólogo Leonard Vargo, que presentaba heridas de bala en ambos pies, del radio de alcance de un francotirador japonés. Después de arrastrar a Vargo hasta un lugar seguro, Sledge se volvió un momento y miró hacia el sur desde su posición estratégica en la cima de Kunishi. Lo que vio le hizo darse cuenta por primera vez de que la batalla de Okinawa estaba a punto de terminar.

«Me invadió una sensación de euforia desatada», recordaba. «Hacia el sur, más allá del humo de nuestra artillería, se abría el final de la isla; y el final de la agonía.»

Durante las últimas 48 horas, el 10.° ejército había quemado todos sus cartuchos, y arrojó cuanto tenía al enemigo con una determinación que rozaba la locura. El 16 de junio, las tropas de los marines y el Ejército habían presenciado el que tal vez mera el ejemplo más devastador de mego concentrado de la guerra del Pacífico, cuando veintidós batallones de artillería estadounidenses —264 cañones— dispararon todos a una y aniquilaron una gran concentración de soldados japoneses en el pueblo de Makabe.

Percibiendo la victoria final, los marines combatieron como locos en la cordillera de Kunishi, despojándola palmo a palmo de francotiradores y dotaciones de ametralladora, pese a un número de bajas terrible. En tres días de enfrentamientos, la compañía K/3/5 perdió a 49 hombres y un oficial, incluidos casi todos sus reemplazos más recientes, y se quedó con apenas un 20 por 100 de sus efectivos autorizados.

Muchas compañías de los tres regimientos de infantería de la 1.ª división de marines se vieron igualmente diezmadas. Pero, para sumar ímpetu a los ataques continuos de la división, se envió a Okinawa al 8.° regimiento de marines de la 2.ª división, que había regresado a la zona a comienzos de junio para conquistar dos pequeñas islas situadas frente a la costa, y fue adscrito al mando del general Del Valle. Este hizo entrar en acción al 8.° regimiento el 18 de junio, con la esperanza de que los nuevos soldados aceleraran el desmoronamiento de la resistencia enemiga organizada.

Mientras tanto, en el extremo oriental de la isla, los soldados de la 7.ª y la 96.ª divisiones atacaban con el mismo empeño y un coste comparable en cuanto a bajas se refiere. Dos días después de tomar Yaeju Dake, el 14 de junio, los Deadeye de los regimientos 381.° y 382.° de infantería conquistaron Yuza Dake, y el 17 de junio, soldados de la 7.ª división irrumpían en el cuartel general de la 44.ª Brigada japonesa.

Ese mismo día, los marines fortificaron Kunishi y enlazaron con los soldados del Ejército desplegados al este. Los tanques de los marines rodearon las líneas enemigas por la retaguardia para disparar directamente contra las posiciones japonesas en las caras opuestas de Kunishi, lo cual allanó el terreno para la ruptura final de las líneas enemigas. Poco después, unidades de infantería de la 5.ª y la 7.ª división de marines despejaban las últimas cuevas de Kunishi y Mezado y, por la tarde, la cercana población de Kunishi también se encontraba en manos estadounidenses.

En otra rueda de prensa convocada aquella noche, el general Buckner resumió la situación a los representantes de los medios de comunicación: «Hemos superado la fase especulativa de la campaña y nos encaminamos a la victoria definitiva».

En esta ocasión, el optimismo de Buckner estaba plenamente justificado. Mientras hablaba, el 10.° ejército controlaba firmemente una linea continua de terreno elevado que discurría por todo el extremo sur de Okinawa, desde los montes Kunishi y Mezado, al oeste, hasta los cerros que dominan la costa este. El cuartel general de Ushijima, situado a los pies del monte 89, al sur de Mabuni, se hallaba a sólo unos centenares de metros de las líneas estadounidenses.

En un sentido práctico, el 32.° ejército japonés ya no existía como fuerza defensiva cohesionada. Uno de los dos regimientos de infantería que le quedaban pronto sería aniquilado por completo; otro estaba prácticamente rodeado. Pero incluso en medio de aquel caos, las unidades enemigas desperdigadas, sobre todo las pocas que disponían de artillería, todavía tenían capacidad para asestar duros golpes.

Serían necesarios cuatro días más de combates encarnizados para llevar la batalla de Okinawa a su término oficial, y el propio general Buckner se encontraría entre sus víctimas.

15

Una catástrofe civil

De todas las calamidades acaecidas durante la segunda guerra mundial, pocas son más trágicas o desgarradoras que la difícil situación de decenas de miles de civiles de Okinawa atrapados en un infierno letal entre dos ejércitos. La cifra exacta de quienes cayeron víctimas de balas, explosivos, napalm, enfermedades o lesiones no tratadas, asfixia, hambruna y su propio pánico suicida nunca se conocerá.

Caían como moscas sin importar su edad, sexo o grado de inocencia: ancianos frágiles, mujeres embarazadas, madres que sostenían a recién nacidos, niños de cara ovalada, tullidos descalzos y colegialas vestidas de marinero. En total, unos 140.000, tal vez más. Casi todos los veteranos que sobrevivieron a Okinawa vieron civiles que habían sido asesinados, civiles que estaban siendo asesinados o civiles que estaban acabando con su propia vida.

Muchos soldados estadounidenses se sintieron heridos por la matanza e hicieron lo posible por impedirla. A otros les daba exactamente igual, o con el paso del tiempo se acostumbraron tanto a la masacre, en gran medida autoinfligida, que apenas se daban cuenta de que estaba produciéndose. Un lider de sección de los marines, que vio a gran cantidad de civiles arrojarse desde un peñasco cuando la batalla tocaba a su fin, describió el espectáculo y sus sentimientos de esta manera:

Eran como hormigas cuando su nido ha sido desenterrado. Confusión en masa. Civiles corriendo de un lado a otro, buscando un lugar en el que su caída no se viese interrumpida a medio camino, una roca con la que pudieran impactar de lleno... No les disparamos, pero tampoco intentamos disuadirles. Ver a civiles hacer aquello no me inquietó en absoluto, ni un ápice. Quizá estuviera medio loco en aquel momento, no lo sé... Por entonces había presenciado muchos horrores, incluido el asesinato de uno de mis hombres sólo unas horas antes. Lo que me preocupaba era que una de esas hormigas que pululaban por allí se diera media vuelta e intentara hacernos saltar por los aires.

La masacre se intensificó hasta alcanzar un clímax catastrófico cuando la derrota definitiva se cernió sobre el 32.° ejército japonés, pero había comenzado casi tres meses antes, en cuanto las primeras tropas de Estados Unidos pusieron un pie en las pequeñas islas situadas frente a la costa occidental de Okinawa.

La noche del 28 al 29 de marzo (Día del Amor menos 3), el soldado de primera clase William Kottas era uno de los miembros del 306.° regimiento de la 77.ª división que oyeron una serie de fuertes explosiones y gritos mientras vivaqueaban en la isla de Tokashiki, en el archipiélago de

Kerama Retto. Ninguno de los soldados abandonó su perímetro defensivo en plena oscuridad, pero cuando investigaron a la mañana siguiente, se tropezaron con una estampa truculenta. Los cuerpos de 150 civiles, muchos de ellos mujeres que habían sostenido granadas contra su cuerpo y se habían hecho pedazos, yacían en montones retorcidos. Muchos padres habían estrangulado a sus hijos y luego se habían suicidado. Los médicos del Ejército intentaron en vano salvar a algunas víctimas que seguían con vida.

En total, 325 civiles se suicidaron en Tokashiki, y una docena más fueron decapitados por los japoneses bajo la acusación de traición o espionaje.

El capitán Frank Barron, comandante de la compañía A del 305.° regimiento de infantería, detallaba escenas igualmente horrendas en la isla vecina de Zamami: «Al cabo de treinta minutos o menos [del desembarco]», decía Barron, «dos de mis hombres trajeron a un civil de Okinawa. Cuando se le acercaron en una cueva, se cortó la garganta; acababa de asesinar a su esposa y a sus dos hijos para ahorrarles el trato que, según les habían dicho, sería su destino en manos estadounidenses».

Durante su segundo día en Zamami, la compañía de Barron se topó con un grupo de civiles amontonados al borde de un empinado precipicio. Una mujer sostenía a un bebé en los brazos y otra tenía un niño de dos o tres años aferrado a ella. «Estaban a unos diez o doce metros de mí», recordaba Barron, «y nos miraban como animalitos asustados».

Segundos después, el grupo al completo desapareció por detrás del acantilado. Barron y sus hombres se adelantaron rápidamente, a tiempo para ver cómo rebotaban sus cuerpos contra las paredes del precipicio en su camino hacia la muerte.

Lo que Barron y sus compañeros no podían saber en aquel momento era que los japoneses habían ordenado a todos los nativos de Zamami que se suicidaran cuando las fuerzas estadounidenses desembarcaran en la isla. Los informes obtenidos más tarde indicaban que más de 170 hombres, mujeres y niños acataron la orden. Los que resistieron fueron apuñalados, estrangulados, ahogados o golpeados hasta morir, normalmente por miembros de su propia familia.

Estas escenas constituían trágicos presagios de lo que depararía Okinawa.

Conforme a casi todas las versiones, los soldados rasos japoneses profesaban escasa simpatía o consideración por sus parientes de Okinawa, de menor estatura, a los que consideraban seres inferiores, zoquetes y culturalmente atrasados. En el mejor de los casos, los trataban como a niños; en el peor, como a ganado. Decenas de miles de jóvenes de la isla fueron reclutados para el 32.° ejército, y las propiedades de los nativos, entre ellos sus tumbas familiares sagradas, eran destinadas habitualmente a fines militares.

Justo antes de la invasión, cuando los regulares japoneses se replegaron a sus elaboradas fortificaciones en los montes meridionales, los únicos soldados que dejaron atrás para organizar una defensa simbólica de la cabeza de playa y los aeródromos de Yontan y Kadena fueron unos 3.500 miembros de la *Boetai,* o guardia nacional, de Okinawa. Estos jóvenes mal equipados y entrenados —algunos de los cuales no superaban los catorce o quince años— fueron los «japoneses» a los que casi siempre se enfrentaron y mataron las fuerzas estadounidenses en los

primeros días de la campaña.

Desde el otoño de 1944, casi todos los varones de Okinawa próximos a la edad militar e independientemente de su estado físico habían sido reclutados por los japoneses. Además de los que fueron pertrechados con armas en las unidades de combate del general Ushijima, muchos otros sirvieron como mano de obra para excavar cuevas, acarrear suministros a la espalda y cargar con equipos militares. En total se reclutó a unos 25.000, y sólo quedaron las mujeres, los niños y los ancianos para atender las granjas de Okinawa.

Con todo, los habitantes de la isla veían a los japoneses con admiración y creían lo que les decían los oficiales y los reclutas japoneses, una situación que condujo a uno de los ejemplos más dramáticos de lavado de cerebro en masa de la historia de la humanidad. A pesar de los acercamientos amistosos de numerosos soldados y marines, en especial en los primeros estadios de la campaña, muchos civiles habían sido adoctrinados hasta tal extremo con propaganda antiestadounidense y deshumanizante que nada de lo que dijeran o hicieran los invasores podía aplacar los temores de los nativos, profundamente inculcados.

Para que los estadounidenses del siglo XXI comprendan cómo fue posible esto, es necesario darse cuenta de lo primitiva y ajena a la moderna influencia exterior que era la vida de un okinawense medio en la primavera de 1945. Salvo por la maquinaria militar japonesa, por ejemplo, sólo circulaban 250 vehículos motorizados en toda Okinawa, muchos de ellos autobuses de carbón, con un promedio de un vehículo por cada 2.000 personas. No es de extrañar, pues, que la isla contase «con una excelente red de carreteras horribles», como lo expresaba un observador occidental.

El 19 de mayo de 1945, el periodista John Lardner ofrecía en *The New Yorker* una de las primeras descripciones gráficas de la población nativa de Okinawa a los lectores de Estados Unidos:

Todos los marines consideraban japoneses a los habitantes de Okinawa y no hacían ninguna distinción entre los orientales, excepto reconocer que estos «japoneses» parecían inofensivos y abatidos. Los habitantes que vimos al principio, encogidos de miedo en las casas con techo de paja de la pequeña aldea de China —un nombre apto, ya que los habitantes de Okinawa se asemejan más a campesinos chinos que a otra cosa— u ocultos en cuevas cercanas, eran todos mujeres, ancianos y niños, y los civiles varones de entre dieciséis y cuarenta años habían sido conducidos al sur por el Ejército japonés para servir como mano de obra.

Al comienzo, la preocupación acuciante de las familias okinawenses era encontrar un refugio que les mantuviera a salvo de los combates. La mayoría de ellos abandonaban sus cultivos, su ganado, sus hogares y sus establos y quedaban a merced de las tropas estadounidenses; se ocultaron en los lugares más seguros que se les ocurrieron: sus sagradas rumbas ancestrales. Pero los japoneses también querían utilizar las tumbas, ya que constituían unos refugios y búnkeres muy efectivos.

La manera menos arriesgada y más eficiente de lidiar con una tumba supuestamente poblada de enemigos mortíferos era, por supuesto, lanzar una granada en su interior y ver qué salía. Esto ocurrió con cierta frecuencia hasta que las fuerzas estadounidenses empezaron a percatarse de que

numerosos sepulcros estaban ocupados únicamente por civiles inofensivos e impotentes.

Por otro lado, los japoneses habían ordenado con crueldad que un porcentaje considerable de las tumbas, sobre todo las emplazadas en zonas estratégicas, se reconvirtieran en nidos de ametralladora fuertemente armados y en escondites para los francotiradores, en algunos casos compartiendo las profundidades de los sepulcros con civiles. Cuando este hecho fue de dominio generalizado, las tropas estadounidenses empezaron a utilizar granadas de humo para hacer salir a los ocupantes de las tumbas, en lugar de las mortíferas granadas de fósforo que causaban unas quemaduras espantosas. Esos ajustes humanitarios sin duda ralentizaron el avance del 10.° ejército, pero demostraron a los nativos que no todos los estadounidenses eran monstruos, aunque el abuso de las tumbas de Okinawa por parte de los japoneses desataba la ira de algunos civiles.

Una vez que la situación resultó obvia a los soldados y los marines, realizaron un esfuerzo sincero por evitar el derramamiento de sangre inocente en las tumbas a la vez que trataban de protegerse a sí mismos. Los marines en particular nunca habían lidiado con una población numerosa y potencialmente hostil durante la guerra (hasta entonces, los civiles habían sido pocos o inexistentes en sus zonas de combate del Pacífico), y tenían un enraizado sentimiento protector en lo tocante a la toma de rehenes.

Consciente de ello, el Departamento de Guerra de Estados Unidos empezó a adoptar medidas varios meses antes de la invasión para reducir las bajas y el sufrimiento civiles al mínimo. Como parte de esta campaña, se estableció una organización de gobierno militar cuidadosamente estructurada que integraban médicos, intendentes, administradores civiles, intérpretes, altos mandos formados en operaciones de vivaqueo e ingenieros para supervisar la construcción de campos de internamiento para refugiados. La labor del *milgovt*-[10] como se dio a conocer, era sacar a los civiles desarmados de las zonas de combate y trasladarlos a la seguridad de la retaguardia lo más rápido posible.

Se designaron pequeños grupos del *milgovt* para que, después del paso de las unidades de combate, se dirigieran a la zona para ofrecer aumentos, agua y atención médica a los civiles enfermos o heridos. Entre los avituallamientos transportados a la costa por cada una de las cuatro divisiones estadounidenses que desembarcaron el Día del Amor había 7.800 kilos de arroz y brotes de soja que los equipos del gobierno militar repartirían entre los civiles necesitados.

A bordo de sus barcos de transporte, los combatientes estadounidenses habían asistido a reuniones informativas y recibido folletos que ponían énfasis en el carácter «sencillo, educado, respetuoso con las leyes» y poco afín a la guerra de los nativos de la isla. Muchas tropas de asalto del Ejército aprendieron también algunas frases útiles en japonés para facilitar la comunicación, pero, al parecer, la instrucción se ofreció a la buena de Dios entre las unidades de los marines.

Como informaba Lardner, la mayoría de los aviadores veían a los okinawenses sencillamente como *japos,* que tal vez tuvieran un aspecto y un proceder algo distintos de los que habían conocido antes los marines, pero que todavía eran motivo de sospecha y gente que no merecía ninguna confianza. Muchos veteranos del Ejército compartían ese sentimiento, e incluso los folletos del Departamento de Guerra advertían que buena parte de los civiles todavía eran fieles a Japón.

«Lo único que saben de los estadounidenses es lo que les llega a través de la propaganda de

Tokio», avisaban los folletos, «así que probablemente les vean como si fuesen una combinación de Drácula y Sad Sack,[11] al menos al principio».

Lo que transmitía Tokio a los habitantes de Okinawa, y lo que reafirmaba una gran mayoría de los soldados japoneses que Tokio había enviado a su isla, era que los estadounidenses eran demonios cuyo único deseo era asesinar a los okinawenses de la manera más brutal y despiadada posible. Dispararían a cualquier ciudadano que viesen, pero en lugar de matarlo rápidamente, preferirían dejar a sus víctimas retorciéndose de agonía el mayor tiempo posible. Violarían y torturarían a mujeres okinawenses y matarían a sus hijos ante sus ojos. En ocasiones fingirían ser amigables, pero los caramelos o la comida que ofrecieran siempre irían rociados de veneno.

Para subrayar estos argumentos, algunos soldados japoneses proporcionaron granadas a los okinawenses para que se hicieran estallar a sí mismos y a sus hijos antes de que los demonios estadounidenses pudieran someterles a su insaciable sed de sangre. Pero cuando los soldados estadounidenses empezaron a encontrar granadas ocultas en el cuerpo de los civiles, su primera suposición fue que las cargas explosivas tenían la función de dañar o asesinar al enemigo, y no que eran instrumentos de autodestrucción.

De ahí que todo enfrentamiento entre los nativos traumatizados y los desconfiados invasores entrañaba el potencial de una tragedia violenta. Tal vez fuera algo peor al principio, pero lo que no podía prever ningún estadounidense era la profundidad, la intensidad y el poder obsesivo del temor de muchos okinawenses. Parecía tener vida propia.

Por naturaleza, aquellas gentes eran pacíficas y nada agresivas y no habían visto un conflicto armado en su territorio en más de trescientos años. Entonces habían llegado los estadounidenses, primero para descargar bombas incendiarias y proyectiles de alto poder explosivo sobre sus ciudades y pueblos, y más tarde para llegar a sus costas por millares, recorriendo los campos, blandiendo sus armas increíbles y, según parecía, buscando lugareños a los que castigar y asesinar brutalmente.

«Lo más triste de los civiles de Okinawa», afirmaba el soldado de primera clase Gene Sledge, de la compañía K/3/5, «era que se sentían totalmente desconcertados por la conmoción que supuso nuestra invasión y les aterrorizábamos. Pasaron junto a nosotros en innumerables ocasiones de camino a la retaguardia, con temor, consternación y confusión en su rostro».

A modo de ejemplo microscópico del temor constante que experimentaban los civiles que huían de los invasores estadounidenses, el escritor George Feifer cita el caso de Shigeko Sonan, que a sus once años era la hija mayor de una familia de Gushikawa, un pueblo doce kilómetros al este de las playas de desembarco, cerca de la costa este del Pacífico.

Aunque los japoneses les ordenaron que evacuaran el lugar antes del desembarco, la familia decidió quedarse, y Shigeko, sus tres hermanas pequeñas y su madre, que estaba embarazada, se sintieron aterrorizadas por las bombas y los proyectiles previos a la invasión, algunos de los cuales aterrizaron en su pueblo.

En el colegio, a Shigeko le habían hablado acerca de los «estadounidenses inhumanos que ahogaban a niños deformes y asesinaban a niños sanos pero no deseados golpeándoles la cabeza contra una pared», escribía Feifer en su libro *Tennozan: The Battle of Okinawa and the Atomic*

Bomb. «Shigeko conocía su anhelo racista de destruir y despoblar el Divino Japón, salvo por algunas mujeres atractivas que planeaban conservar para su insaciable apetito animal.»

Como cabría esperar, Shigeko quedó petrificada de miedo cuando los invasores iniciaron su marcha hacia Gushikawa. Cuando un avión estadounidense sobrevoló su pueblo, creyó que disparaba directamente contra ella mientras buscaba cobijo.

Al regresar su padre de servir como trabajador forzado a los japoneses, la familia optó por huir con cuanto pudiera transportar e intentar llegar hasta el pueblo del norte que le había sido asignado. Pero un puente bombardeado les obligó a dejar sus provisiones atrás y continuaron su penoso trayecto a pie, desplazándose sólo por la noche.

La familia estuvo a punto de morir de inanición, pero cuando Shigeko y sus hermanas aceptaron chocolate y raciones de campaña de los estadounidenses, sus padres tiraron la comida por temor a que estuviese envenenada. Al final se impuso el hambre de los niños, y acabaron comiendo parte de la comida. Por lo demás, subsistían a base de hierba hervida, corteza de árbol, palmeras comestibles y boniatos medio podridos que habían sido descartados.

Durante la huida familiar de un extremo a otro de la isla, algunas de las cabañas en las que se ocultaban fueron quemadas por las tropas estadounidenses, y Shigeko presenció la violación de una joven por parte de dos soldados extranjeros. En el escenario de una encarnizada batalla se toparon con docenas de cadáveres japoneses hechos pedazos. Demasiado debilitados por el hambre como para enterrar por completo los cadáveres, se desplomaron de agotamiento entre los cuerpos, embutiéndose hojas en la nariz en un esfuerzo por evitar el hedor.

La ordalía de la familia se prolongó durante más de tres meses, y pudo durar más de no ser porque la madre de Shigeko dio a luz mientras padecía un grave brote de malaria. Los niños eran esqueletos andantes, y debido a su enfermedad, la madre de Shigeko no tenía leche para el bebé. Ante todo aquello, el padre de la niña acabó llevándose a la familia de la montaña y rindiéndose a los estadounidenses.

Al cabo de unas horas se encontraban en un campo de internamiento, donde fueron alimentados y rociados con insecticida, pero la difícil situación había sido demasiado para la hermana de Shigeko, de cuatro años, que murió unos días después de enfermedad y desnutrición. A los miembros supervivientes de la familia no se les permitió volver a su aldea hasta diez meses después del final de los enfrentamientos, y cuando llegaron allí, todas sus posesiones se habían esfumado.

Pese a todo, los Sonan fueron más afortunados que la mayoría de las familias de Okinawa. Sólo un miembro había sucumbido a las penurias; ninguno había sufrido una muerte violenta a manos de los demonios estadounidenses ni tampoco se había suicidado. Shigako supo que algunos estadounidenses podían ser amables, pero, con todo, no logró confiar del todo en ellos.

El Día del Amor más 1, el cabo Don Dencker, del 382.° regimiento, perteneciente al 2.° batallón de la 96.ª división, había hecho una pausa en su avance hacia el este de la isla cuando se encontró con los primeros civiles. Mientras Dencker y su compañero, el soldado de primera clase Ernie Zimmer, montaban su mortero y cenaban unas raciones, vieron a una mujer que salía de una cueva en una colina cercana. La mujer miró a los dos soldados por un momento y volvió a

guarecerse dentro rápidamente.

Dencker no había visto a un solo soldado japonés, ni vivo ni muerto, desde que llegó a la costa, pero decidió que la cueva merecía una investigación. Con Zimmer cubriéndole, Dencker desenfundó su revolver del calibre 45 y se acercó a unos quince metros de la entrada.

«¡De-tai-ko-ee!», gritó Dencker. Aquella frase extraña significaba «salgan» en japonés y era una de las tres o cuatro expresiones potencialmente útiles que incluía la orientación dada a los soldados antes de la invasión.

Dencker aguardó. Al no suceder nada, se aproximó un poco más a la cueva y gritó de nuevo: «¡De-tai-ko-ee!».

En esta ocasión, aparecieron poco a poco siete figuras —tres mujeres, dos niños y dos ancianos— y se quedaron mirando a Dencker con un terror manifiesto. Cuando les indicó con un gesto que fueran hacia él, dieron unos pasos y se detuvieron. Las mujeres sollozaban y susurraban nerviosas entre sí.

«¡Moveos! ¡Moveos!», chilló Dencker, acercándose a escasos metros del grupo y señalando el camino que conducía a los pies de la colina. Los okinawenses seguían helados de miedo hasta que un anciano dio un paso al frente. Señaló la pistola que llevaba Dencker en la mano y a su cabeza, repitiendo el gesto varias veces hasta que su significado quedó inquietantemente claro: estaba pidiendo —de hecho, rogando— a Dencker que le pegara un tiro en la cabeza.

Dencker se negó, por supuesto, y después de varios minutos más, consiguió convencer al grupo para que abandonara la colina y se dirigiera al perímetro defensivo de la compañía. Cuando aparecieron dos policías militares poco después y condujeron a los civiles a uno de los centros de internamiento que se estaban creando a toda prisa en las zonas de retaguardia, Dencker sintió un enorme alivio. Por ahora, pensó, la guerra había terminado para aquellos lugareños, y se habían librado, al menos en parte, de sí mismos y de sus angustiosos temores.

Pero como comprobarían más tarde Dencker y sus compañeros con sus propios ojos, a miles de no combatientes inocentes se les negaría la buena fortuna de aquel pequeño grupo. En los días siguientes, tropezarían con los cuerpos de docenas de civiles que habían muerto a causa de unas heridas autoinfligidas.

La sección de ametralladoras del cabo Dan Lawler, de la compañía K/3/5, nunca había visto a un niño negarse a comer dulces, al menos hasta entonces. Pero el pequeño okinawense, que aparentaba unos siete años y había salido de una cueva con su hermana pequeña, se mantuvo categórico. Cuando Lawler le ofreció una chocolatina de la ración de campaña, el niño meneó la cabeza con tal fuerza que Lawler temió que se le fuera a caer de sus huesudos hombros.

«Eran los niños más monos que habías visto en tu vida», recordaba Lawler más de sesenta años después. «Ninguno de ellos parecía sufrir lesiones, pero los dos estaban tan atemorizados que temblaban y tenían la ropa manchada de sangre seca.»

Lawler continuó ofreciéndoles la chocolatina, sonriendo y repitiendo con torpeza una frase que, según él creía, significaba «No temas. Ven y te daré un poco de comida».

El niño volvió a hacer un ademán negativo con la cabeza, con los ojos abiertos como platos a causa del miedo.

«El niño cree que la chocolatina está envenenada», dijo a Lawler su ayudante de ametralladora. «Los japoneses han dicho a esta gente que si nos piden algo les mataremos. Quizá si muerdes tú el chocolate el niño cambie de opinión.»

Lawler se encogió de hombros y mordió una esquina de la tableta. La masticó, se la tragó y luego se relamió. «¿Lo ves? Está buena», dijo en tono persuasivo. «Vamos, pruébala.»

El niño dio un par de pasos al frente mientras su hermana asomaba la cabeza por detrás. Entonces dudó y se echó atrás.

Lawler rompió la otra esquina de la chocolatina y se la comió con elaboradas expresiones de deleite. «¡Ummm, es realmente delicioso! Será mejor que vengas a comértela antes de que me la acabe.»

Los niños no pudieron soportarlo más. El niño se acercó a Lawler, cogió lo que quedaba de la chocolatina, partió un trozo para su hermana y engulló el resto. El pequeño esbozó una sonrisa y se volvió para gritar algo en dirección a la cueva.

Entonces salió un grupo entero de okinawenses a la luz del día, sonriendo, haciendo reverencias y avanzando lentamente con los ojos fijos en Lawler y los demás marines. Había ocho en total: otros dos niños, dos mujeres y dos hombres mayores casi sin dientes.

«Les dimos a todos algunos dulces», recordaba Lawler, «pero se negaban a tocarlos a menos que antes comiéramos nosotros un poco. Se notaba que no se fiaban un pelo de nosotros».

Durante el pausado interludio que se impuso tras el desembarco, escenas como las expuestas se repitieron en innumerables ocasiones, y muchas concluyeron, al menos temporalmente, con una nota de esperanza. Al principio, los marines y los soldados no vieron nada ni remotamente amenazador en los civiles con los que se encontraban. De hecho, en los primeros estadios de la campaña, cuando muchas unidades estadounidenses permanecieron acampadas durante largos días en la misma zona, algunos granjeros del lugar mantenían un animado comercio con los soldados, a los que abastecían de verduras frescas, huevos y demás productos comestibles.

Pero a medida que el combate de intensificaba y avanzaba hacia las zonas más densamente pobladas del sur de Okinawa, las bajas y el sufrimiento entre los civiles se tornaron cada vez más horripilantes. A finales de mayo, cuando el general Ushijima tomó la decisión de abandonar la zona defensiva de Shuri, quedaban unos 100.000 civiles al sur de la Línea de Shuri, y se encontraban directamente en el camino que seguía el 10.° ejército. Al cabo de un mes, la mayoría de ellos estarían muertos.

El gobernador de Okinawa, Ei Shimada, una de las pocas autoridades japonesas que verdaderamente comprendían el sufrimiento del pueblo de Okinawa, suplicó a Ushijima que mantuviera sus fuerzas donde estaban y librara su última batalla en Shuri. Replegarse al sur provocaría un número devastador de muertes civiles. Shimada discutió, pero Ushijima había tomado una decisión. Prolongar la batalla seguía siendo la prioridad de los planificadores militares de Tokio, que siempre consideraron prescindible a la población de Okinawa, y Ushijima estaba decidido a seguir las directrices de sus superiores.

En medio de la retirada masiva que llegó después, las hordas de civiles agravaron el desastre que se avecinaba, primero al desoír las órdenes japonesas de evacuar la zona y dirigirse a un lugar

más seguro en la península de Chinen, y luego haciendo caso omiso de la oleada de panfletos que repartieron los aviones estadounidenses. Los folletos les alentaban a llevar ropa blanca, a alejarse del ejército en retirada de Ushijima y a entregarse a las tropas estadounidenses cuanto antes, pero prevalecieron el temor y la desconfianza de los civiles. Muchos lucían prendas blancas, pero obstruían las mismas carreteras que utilizaban las tropas japonesas, donde eran muy vulnerables a las razias aéreas y los ataques de la artillería de Estados Unidos.

Hasta los últimos días del combate, muchos civiles se aferraron a la idea de que el 32.° ejército se las arreglaría para volver las tornas y empujar a los invasores estadounidenses al mar. Pegarse a las tropas japonesas tal vez les daba una sensación infundada de seguridad, cuando en realidad les exponía al peligro tanto de japoneses como de estadounidenses.

Cuando el ejército de Ushijima se deterioró y acabó disgregado en pequeños grupos, los soldados desesperados buscaron cualquier medio para esquivar el avance de las fuerzas estadounidenses. Muchos trataban de futrarse en las líneas enemigas haciéndose pasar por civiles y mezclándose con mujeres y niños.

«Cerca de Itoman tendimos cables trampa de un lado a otro de la carretera que activaban bengalas si alguien tropezaba con ellos», recordaba el teniente coronel Spencer Berger, al mando del 2.° batallón de la 7.ª división de marines. «Aquella noche llegó una masa de gente —unas 150 personas— y activaron nuestras bengalas. Muchos de ellos parecían ser mujeres vestidas con kimono, pero nuestros hombres se percataron de que algunos llevaban botas.»

Berger dudó sólo unos segundos antes de ordenar a sus tropas que abrieran fuego. Murieron casi todos los miembros del grupo, incluidos más de cuarenta soldados japoneses ataviados con kimonos. «Si los japoneses hubieran ganado, tal vez me habrían ejecutado por aquella orden, bajo la acusación de ser un criminal de guerra», comentaba Berger con arrepentimiento muchos años después. «Pero en aquellas circunstancias no creí tener otra opción.»

Obviamente, cuantos más civiles capitularan ante los estadounidenses, menos «escudos humanos» tendrían a su disposición los soldados japoneses que se daban a la fuga. Todavía no está claro cuántos civiles fueron asesinados por los japoneses para impedir que se entregaran, pero la cifra probablemente fue considerable.

«En la desesperación de la posición enemiga», señalaba un informe de espionaje de la 6.ª división de marines presentado el 17 de junio, «los civiles se han convertido en vagabundos que representan una dificultad más para los defensores... frustrando las comunicaciones, la organización y la moral del enemigo. Se han recibido partes en los que se da a conocer que los soldados japoneses han disparado contra civiles que han intentado rendirse. Probablemente sea cierto que los civiles aprovecharían de buen grado la oportunidad de entregarse a nuestras fuerzas... Hasta el momento, los japoneses no han mostrado inclinación alguna por brindarles dicha oportunidad».

Entre el 1 y el 23 de junio, cuando finalizaría oficialmente la batalla de Okinawa, la artillería de tierra y naval estadounidense eclipsó sus bombardeos anteriores descargando casi siete millones de proyectiles en la comprimida zona meridional en la que se apiñaban los refugiados entre los vestigios del ejército de Ushijima. Civiles muertos y moribundos salpicaban las carreteras y las cunetas mientras huérfanos aturdidos y adultos mutilados transitaban el lugar,

algunos arrastrándose con las manos y las rodillas, ajenos totalmente al rumbo que seguían.

Para Tokuyu Higashionna, un maestro de Okinawa que cruzó la zona al intentar llegar al pueblo de Kyan, en la costa meridional, las escenas de mujeres llevando a sus hijos muertos y niños acostados sobre el cadáver de sus difuntas madres desafiaban toda descripción. Era, según decía, «un horror absoluto... muerte por todas partes... ¡Por todas partes...! Fue literalmente un infierno».

Toda tragedia parece entrañar sus elementos de ironía. En este caso, si los okinawenses se hubieran ceñido únicamente a las instrucciones que recibieron de los japoneses o de los estadounidenses, una gran mayoría de las muertes civiles podrían haberse evitado. La península de Chinen, que se proyecta sobre el océano Pacífico unos siete kilómetros al sureste del pueblo de Yonabam, y donde se ordenó a los civiles que se atuvieran a los dictados del 32.° ejército, prácticamente no se vio afectada por los enfrentamientos. Asimismo, si los no combatientes se hubieran congregado en la carretera de la costa oeste y eludido a las tropas japonesas, como exhortaban los folletos estadounidenses, también habrían hallado un refugio seguro, además de comida y agua suficientes, en los campos de prisioneros.

Sin embargo, se estima que perecieron unos 15.000 civiles sólo durante la retirada de Shuri, más o menos la misma cifra que acusaron las tropas japonesas; y los que sobrevivieron se encontraron en una trampa mortal entre ambos ejércitos de la que no había escapatoria.

Durante las arduas semanas transcurridas desde el desembarco, el artillero de la compañía K/3/5 Dan Lawler había desarrollado una nueva afición, interesante, si bien un tanto macabra. Siempre que se encontraba con el cadáver de un japonés, en el caso de que hubiese tiempo suficiente y el cuerpo no se encontrara demasiado lejos, Lawler hurgaba en el petate y los bolsillos del soldado en busca de fotografías. Había descubierto que un número sorprendente de soldados enemigos llevaban fotos de sí mismos, así como de sus mujeres, hijos y otros familiares, y Lawler fue reuniendo paulatinamente una extensa colección de imágenes de japoneses muertos anónimos.

Las fotos eran buenos objetos de recuerdo, ya que no pesaban demasiado ni ocupaban mucho espacio en la bolsa de Lawler. Al cabo de un par de meses tenía docenas de fotos en su colección. Muchos sujetos de las instantáneas fueron víctimas del fusil Browning refrigerado por aire del propio Lawler; los autores de otras muertes eran desconocidos, pero para Lawler, cada una de las caras y las formas de las fotografías encerraba sus propias características fascinantes. En sus breves ratos libres, el atractivo soldado de diecinueve años y oriundo del norte de Nueva York descubrió que estudiar minuciosamente las fotos y las imágenes le aportaba una extraña satisfacción ajena al infierno que le rodeaba.

Durante los primeros días de junio, mientras la 1.ª división de marines avanzaba hacia el sur desde Shuri, la ruta de la K/3/5 la llevó por un pueblo azotado por los proyectiles y las bombas, cuyo nombre no conocía nadie de la compañía, aunque a nadie le importaba en absoluto. «Nos tomaremos un descanso de cinco minutos aquí», gritó el sargento de sección, «pero estad listos para poneros en marcha en cuanto dé la orden».

Cuando Lawler montaba el trípode de su ametralladora le llamaron la atención los restos de un edificio de dos plantas con esqueleto de madera. Estaba muy dañado; el techo se había hundido y

dos de sus muros exteriores estaban prácticamente demolidos, pero Lawler se sintió fascinado al instante por las posibles imágenes que podía contener. «Apuesto a que hay fotos ahí dentro», pensó. «Quizá muchas, y si me doy prisa, tengo tiempo suficiente para echar un vistazo.»

Lawler dio un codazo suave a su ayudante de artillería, que cargaba con el Browning de 1918.

—Vigila el trípode un minuto —le dijo—. Voy a investigar ese edificio de ahí.

—¿Para qué? —preguntó el ayudante—. Está destrozado, como todo lo que hay en este sitio de mala muerte.

—No importa —repuso Lawler.—. Sólo quiero echar un vistazo rápido.

Cuando llegó al edificio, encontró la puerta delantera abierta y parcialmente desgoznada, y al entrar con cuidado, se dio cuenta de que hasta hacía bien poco había sido una escuela. El vestíbulo estaba cubierto de cristales rotos, trozos de tejado, tablas astilladas, libros, papeles y demás escombros.

Varios cuerpos, que parecían ser de niñas pequeñas, estaban esparcidos por el suelo, y las paredes interiores que seguían en pie presentaban salpicaduras de sangre. No llevaban mucho tiempo muertas —probablemente sólo unas horas, supuso Lawler—, porque no se detectaba ningún olor. Se estremeció al pasar junto a los cadáveres. De la pared colgaba lo que andaba buscando: una fotografía enmarcada un poco inclinada.

Había tanta sangre en el cristal que apenas podía discernir la imagen que había detrás. Pero cuando quitó el marco y el cristal, Lawler contempló una foto de grupo, dispuesto en formación, que contenía más de cincuenta rostros orientales con expresión de solemnidad. Sólo cinco de las figuras de la foto eran hombres adultos, casi con total seguridad personal docente. El resto eran niñas en sus primeros años de adolescencia. Lawler no estaba seguro de si representaba a todo el cuerpo estudiantil de una escuela para niñas o tal vez sólo una clase. Iban vestidas con kimonos, blusas de marinero y vestidos de volantes. Algunas eran tremendamente hermosas, otras de lo más feas, pero para Lawler, lo más sorprendente de la fotografía era que casi ninguna de las estudiantes sonreía. «¿Recibieron órdenes de no sonreír?», se preguntó. «¿O de algún modo presentían lo que se avecinaba?»

Le invadió un deseo apremiante de marcharse, de alejarse de aquel lugar de jóvenes esperanzas incumplidas y cuerpos maltrechos, de agarrar su trípode y continuar la marcha, de tirar la foto e intentar olvidar lo que estaba viendo. Pero algo le empujó a aventurarse en las profundidades de aquella estructura destrozada.

La parte superior del edificio había desaparecido casi por completo, pero algunas zonas de la primera planta emanaban un grotesco aire de normalidad. Entre las minas de un aula, una pizarra mostraba símbolos japoneses escritos prolijamente. Algunas estudiantes seguían a sus mesas. Otras estaban desparramadas por el suelo, con los brazos y las piernas extendidos y sus libros y papeles esparcidos a su alrededor. Había sangre por todas partes. Estaban todas muertas.

Lawler volvió a contemplar la fotografía, preguntándose cuántas de aquellas niñas que le devolvían la mirada estaban entre los cadáveres recientes que poblaban las minas del colegio. Dobló la foto con tosquedad y la guardó en su morral mientras salía de allí.

Las niñas de la escuela de aquel pueblo bombardeado representaban una mínima fracción de

los 100.000 okinawenses que perdieron la vida, según cálculos fiables, en junio de 1945. La mayoría de ellos perecieron durante los últimos diez días de la batalla —muchos se suicidaron—, cuando resultó cada vez más patente que el 32.° ejército había sido derrotado y que los «demonios» estadounidenses pronto controlarían toda la isla.

«Los civiles se encontraban en un estado lamentable: heridos, hambrientos y aterrorizados», relataba el soldado de primera clase Edward «Buzzy» Fox, un artillero de la compañía G del 2.° batallón, 22.° regimiento de marines. «Jamás había visto tanto terror en un rostro, pero aun así no podíamos confiar en ellos por los exaltados que había infiltrados.»

Las pruebas cosechadas durante las más de seis décadas transcurridas desde el final de la campaña apuntan a que muy pocos civiles de Okinawa eran lo bastante «exaltados» como para perpetrar ataques deliberados contra los marines o los soldados. Pero los miles que saltaron desde una montaña, cortaron la garganta a sus hijos o se hicieron estallar en pedazos con granadas de mano proporcionadas por los japoneses para evitar la brutalidad estadounidense son una prueba sólida de que la desconfianza hacia los extranjeros era cien veces mayor entre los japoneses.

Sin embargo, algunas fuentes sostienen que la mayoría de los okinawenses no se suicidaron, sino que sucumbieron a enfermedades, la hambruna, las atrocidades de los japoneses y los bombardeos indiscriminados de Estados Unidos. «Las cifras más elevadas de civiles masacrados en Okinawa... murieron con más frecuencia en cuestión de días o semanas, y no de minutos», escribía el historiador George Feifer, «con mucho más tiempo para presenciar la agonía de sus familias».

Entretanto, algunos de los soldados japoneses en los que la población había depositado una confianza infinita se convirtieron en los peores enemigos de los nativos. Cuando los soldados fueron presa de la desesperación por encontrar comida, agua y un refugio temporal seguro, asesinaron sistemáticamente a hombres, mujeres y niños que se interponían en su camino. Numerosos testigos oculares hablan de soldados japoneses que sacrificaron a sangre fría a niños que lloraban por temor a que sus llantos atrajeran a los estadounidenses a sus escondites.

Las muertes militares en ambos bandos de la batalla rondaron las 120.000, como mínimo 20.000 menos que el número de no combatientes que fallecieron durante el mismo período según estimaciones oficiales. Casi todos los habitantes de Okinawa perdieron a familiares por causa de la batalla. Alrededor de uno de cada tres civiles que vivían en la isla en la primavera de 1945 fue asesinado. Cientos de años de cultura okinawense fueron obliterados, junto con la economía y la infraestructura física de la isla.

Como observa el escritor Feifer: «Habrían sido necesarias 150 bombas atómicas para asestar a Japón la misma devastación cultural y material y para acabar con un número comparable de japoneses».

Sin embargo, por terrible que resultara la matanza, pudo haber sido peor. Mientras el 32.° Ejército se desmoronaba y se producía la aniquilación de las fuerzas estadounidenses, unos 80.000 civiles de Okinawa se rindieron a los soldados y marines de Estados Unidos. La mitad de ellos estaban heridos, y muchos podrían haber muerto sin los alimentos, la atención sanitaria y demás ayuda que recibieron en los centros para refugiados de Estados Unidos.

16

Una victoria sombría

El 18 de junio (Día del Amor más 79), en torno a mediodía, el general Buckner realizó una de sus frecuentes visitas a las posiciones del frente para comprobar por sí mismo la situación de sus unidades. La suprema confianza que depositaba Buckner en sus tropas no había flaqueado durante las once semanas anteriores, pese a los numerosos reveses sangrientos que había padecido el 10.° ejército. Sabía que el triunfo de la campaña de Okinawa estaba cerca —quizá tan sólo a unas horas — y estaba decidido a presenciar el acto final de la obra en primera fila.

En esta fase de la batalla, «Buck» Buckner había acumulado sus buenas dosis de detractores. Algunos eran alistados y oficiales sobre el terreno pertenecientes a su propio ejército, que criticaban la negativa de Buckner a aprobar un segundo desembarco anfibio en la costa sur de Okinawa y su confianza en los brutales ataques frontales con material inflamable y explosivos. Otros eran «generales de butaca» que deploraban en los medios de comunicación el elevado coste humano de la campaña y su lento progreso desde la seguridad de sus mesas en Washington y Nueva York.

Homer Bigert, un corresponsal de *The New York Herald Tribune,* acusó a Buckner, empleando la jerga futbolística, de acrecentar el número de bajas machacando repetidamente a los japoneses «en el medio campo» en lugar de realizar «una última carrera». David Lawrence, autor de la columna independiente «Today in Washington», repitió esta acusación y fue un paso más allá, insinuando que Buckner y otros generales del Ejército no habían «comprendido la dinámica de la guerra insular» y deberían haber dejado que los marines tomaran el mando de la campaña. Lawrence también describía la campaña de Okinawa como «un ejemplo de incompetencia militar más nefasto que Pearl Harbor», y acusó a los oficiales estadounidenses de encubrir el «fiasco» resultante.

Sin embargo, la mayoría de los comandantes del Ejército y la Armada apoyaron firmemente la gestión que hizo Buckner de la batalla y defendieron sus decisiones. Entre ellos estaban el secretario de la Armada James Forrestal; el almirante Chester Nimitz, comandante en jefe de las fuerzas estadounidenses en el Pacífico; el general John Hodge, comandante del 24.° cuerpo del Ejército; y los almirantes Richmond Turner y Marc Mitscher, los comandantes de más alto rango en la Armada destinados a Okinawa. Nimitz, por su parte, celebró el 17 de junio una rueda de prensa en Guam para ofrecer a Buckner un firme voto de confianza. Los comandantes de los marines, aunque discrepaban, mantuvieron al menos un discreto silencio.

Incluso quienes disentían de la estrategia de Buckner en Okinawa respetaban su coraje, tenacidad y voluntad para situarse frente al peligro cerca de la zona de combate. Pero fueron estos mismos rasgos de carácter los que propiciaron la tragedia para el comandante del 10.° ejército a

primera hora de la tarde del 18 de junio, sólo tres días antes de que la isla fuese declarada segura.

Pese a las exhortaciones de su estado mayor para que demorara su visita al frente, Buckner se personó en la cordillera de Kunishi, recién conquistada, hacia mediodía para observar un asalto de la infantería del 8.° regimiento de marines, perteneciente a la 2.ª división y liderado por el coronel Clarence Wallace, contra uno de los escasos reductos enemigos que quedaban. El regimiento de Wallace, que había participado en la maniobra ficticia del Día del Amor en la costa sureste de Okinawa, estaba adscrito a la 1.ª división de marines del general Del Valle, y éste no tardó en ordenar que sus nuevas tropas entraran en combate.

Buckner iba acompañado del coronel Wallace y otros altos mandos mientras contemplaba y fotografiaba el avance de los marines durante casi una hora desde un puesto de observación preparado apresuradamente. Alrededor de las 13.15, en un momento en que el ataque transcurría sin incidentes, decidió visitar otra zona del frente, y se despedía de los demás cuando cinco proyectiles de artillería japoneses —de los últimos que dispararía el enemigo— hicieron explosión cerca de allí en rápida sucesión. La onda expansiva alcanzó una de las dos grandes rocas protectoras situadas a ambos lados del puesto de observación y lo rociaron con pedazos de piedra y de coral y fragmentos de proyectil metálico. Al menos dos fragmentos de estos escombros se incrustaron en el pecho y el abdomen de Buckner.

El cabo Claude Bohn, totalmente agotado por la difícil situación que había vivido la noche anterior, había dormido de manera intermitente en el monte Mezado, en un punto adyacente al grupo de Buckner, cuando fue despertado por el estruendo de los proyectiles a tiempo para ver cómo éstos impactaban.

«El general estaba a mi izquierda, a unos cuatrocientos metros de distancia», recordaba Bohn, «y conservo una imagen muy clara de las explosiones que acabaron con él. Por lo que sé, fueron los únicos proyectiles que dispararon los japoneses aquella tarde».

Los disparos, como se supo después, no eran ni mucho menos aleatorios. Alrededor de la una del mediodía, el grupo de oficiales de Buckner había sido detectado por un miembro de una batería de artillería enemiga apostada en un risco cercano. Ninguno de los soldados enemigos conocía la identidad de los militares, sólo que parecían de alto rango, pero los artilleros se apresuraron a preparar la única arma que les quedaba para efectuar los disparos y aprovechar una oportunidad «milagrosa».

Según el escritor e historiador George Feifer, un miembro de la dotación de artillería dijo que en cuanto dispararon los proyectiles, los japoneses se retiraron a las profundidades de su cueva, esperando «una respuesta de mil disparos [de los estadounidenses] por cada disparo nuestro».

Cuando el personal médico llegó hasta Buckner, sangraba demasiado por sus enormes heridas como para ser evacuado, aunque sonreía y estaba semiconsciente. Un médico hizo un esfuerzo titánico por contener la pérdida de sangre, pero al cabo de diez minutos Buckner estaba muerto, esbozando todavía una sonrisa en su atractivo rostro. Irónicamente, ninguno de los oficiales que acompañaban a Buckner sufrió un solo rasguño, pero sólo media hora después, el coronel H. C. Roberts, comandante del 22.° regimiento de marines de la 6.ª división, fue asesinado por un francotirador cerca de otro puesto de observación.

Cuando la noticia del fallecimiento de Buckner llegó al cuartel general del comandante en jefe

de la zona del océano Pacífico, situado en Hawai, el general de división Roy Geiger, comandante del 3.er cuerpo anfibio de marines, fue nombrado sucesor de Buckner al mando del 10.° Ejército. Fue la primera —y a día de hoy, la última— vez en la historia militar estadounidense que un general del Cuerpo de marines ha capitaneado a todo un Ejército de Estados Unidos. (Al cabo de unos días, Geiger cedería el mando al teniente general del Ejército Joseph W. Stilwell.)

Buckner fue el oficial estadounidense de más alto rango que murió en combate en la segunda guerra mundial. Se dice que cuando el personal del cuartel general del 32.° ejército japonés conoció la noticia por radio en su refugio emplazado bajo el monte 89, muchos altos mandos lanzaron vítores, entre ellos el fiero general Cho, el segundo al mando del Ejército. Pero, al parecer, el general Ushijima permaneció en silencio, salvo cuando rezó una oración por su homólogo caído.

La muerte de Buckner causó conmoción en Estados Unidos, y las crónicas de su sencillo sepelio en un cementerio del Ejército en Okinawa, enviadas por casi mil nuevos corresponsales que cubrían en aquel momento el único campo de batalla activo de la guerra, coparon las primeras planas de toda la nación. Los numerosos miembros de la plana mayor que asistieron al funeral vieron cómo un destacamento de fusileros disparaba una salva, seguida de una breve andanada de la artillería, mientras la bandera de tres estrellas de Buckner ondeaba junto a la de Estados Unidos.

Ushijima y Cho habían recibido un mensaje de Buckner el 17 de junio, en el que el comandante advertía que la destrucción de la resistencia japonesa era sólo cuestión de días y en el que les alentaba a ahorrar sufrimiento a sus tropas capitulando. Ambos se rieron del mensaje, pero en aquel momento, Ushijima sin duda reconoció la verdad que encerraban las palabras de Buckner y lo irreversible de su situación.

El mismo día de la muerte de Buckner, Ushijima envió sus disculpas al cuartel general imperial y al pueblo de Japón por no haber logrado la victoria en Okinawa. «Ha llegado a un punto», informaba a Tokio, «en que estamos a punto de desplegar a todos los soldados supervivientes para una última batalla en la que me disculparé ante el emperador con mi propia muerte».

Despreciando toda la lógica y la razón occidentales, la tradición samurai dictaba que había que combatir más y derramar más sangre.

En un sentido táctico, la batalla de Okinawa prácticamente había terminado el 18 de junio, el día en que pereció el general Buckner, pero para los marines de la compañía K/3/5, esa fecha representaría las veinticuatro horas más costosas de toda la campaña. Un mínimo de 33 hombres fueron evacuados con heridas, y cuatro de ellos —los cabos Stanley W. Arthur y John Wishnewski y los soldados Alexander Doyle y Richard L. Williams— murieron en combate.

La mayoría de los mejores amigos del soldado de primera clase Harry Bender en la 1.ª sección de la K/3/5 ya no estaban, salvo William Tyler, «un viejo casado» de veinticuatro años con el que Bender solía compartir pozo de tirador. En muchos aspectos, los dos marines eran como el día y la noche. Tyler era un joven esbelto de 1,90 metros y Bender apenas medía 1,65, una diferencia que llevó a sus compañeros de sección a llamarles «Mutt y Jeff»,[12] y Bender era un duro chico de la calle en Chicago, mientras que Tyler era un tranquilo caballero de campo que vivía en Cement,

Oklahoma. Sin embargo, trabaron amistad desde que fueron destinados como reemplazos a Pavuvu, y esa amistad se había consolidado rápidamente durante la agonía de Okinawa.

Las últimas bajas que sufrió la K/3/5 el 18 de junio se produjeron alrededor de las once de la noche, unas diez horas después de la muerte de Buckner, mientras Bender y Tyler se apiñaban en el suelo entre media docena de marines en lo que juzgaban era una zona protegida.

«Oí llegar el proyectil y en todo momento creí que se trataba de mego amigo, porque en aquel momento la artillería japonesa no estaba haciendo gran cosa», recordaba Bender muchos años después, «pero ninguno de nosotros pudo hacer nada. Saltó por los aires un fortín japonés abandonado y nos roció con metralla».

Bender fue alcanzado en la espalda, el brazo izquierdo y ambas piernas, y salió despedido varios metros por la fuerza de la explosión. Mientras yacía allí, aturdido y sangrando, oyó a Tyler gemir a su izquierda. Arrastrándose hacia el sonido, se detuvo para comprobar el estado de un sargento cubierto de sangre que acababa de unirse a la compañía después de ser transferido desde la paz y la quietud de Panamá.

«El sargento estaba muy mal», decía Bender, «y Tyler presentaba una herida en la cabeza con muy mal aspecto y otra en la espalda. Intenté hablar con él, pero se encontraba bastante bien. Había otros heridos».

Pese a sus múltiples lesiones, Bender consiguió correr unos cien metros hasta el puesto de mando de la compañía, donde consiguió ayuda de dos médicos y varios camilleros, a los que guió hasta Tyler y los demás.

Sin aliento y debilitado por la pérdida de sangre, Bender dejó que le tumbaran en una camilla. Apenas era consciente de que estaba siendo transportado a través de un campo de caña y de que otro par de camilleros cargaban con Tyler cerca de allí. Lo próximo que recuerda Bender es que le metieron en una ambulancia. Junto a él, Tyler balbuceaba incoherencias y trataba de zafarse de las correas, y Bender tuvo miedo de lo que pudiera hacer su amigo si lograba soltarse las manos. Entonces todo se desvaneció.

Cuando Bender volvió a despertarse, se encontraba en un hospital de campaña con una joven enfermera de busto generoso indinada sobre él. Le estaba vendando las heridas de una de las piernas y Bender tomó conciencia de que, aparte de algunos vendajes, estaba desnudo.

Cuando la enfermera se percató de que Bender había recobrado el sentido, le brindó una sonrisa.

—¿Qué tal va, pequeñín? —preguntó.

Bender notó cómo se ruborizaba, pero trató de ocultar su vergüenza con una bravuconada.

—No muy bien —contestó—, y no soy un puto pequeñín.

La enfermera no mostró reacción alguna a la irreverencia de Bender. Probablemente había oído cosas peores muchas veces, porque su sonrisa no flaqueó en ningún momento.

—Bueno, te pondrás bien, marine —le dijo—. Intenta descansar.

—Eh, ¿dónde está mi compañero Tyler? —preguntó Bender.

La enfermera se encogió de hombros y meneó la cabeza.

—No sé a qué te refieres. Estabas solo cuando te trajeron. ¿Cómo dices que se llamaba tu amigo?

—Tyler. Soldado de primera clase Tyler. Iba a mi lado en la ambulancia.

—Lo lamento —dijo—. Debieron de llevárselo a otro lado.

Aunque Bender supo por su lider de sección, el teniente Bucky Pearson, que Tyler había sobrevivido a sus heridas, nunca volvió a ver ni a recibir noticias de su mejor amigo en el cuerpo de marines.

Hasta que se rompió la última linea defensiva enemiga, los comandantes estadounidenses se sorprendieron del grado de disciplina y organización que mantuvo el 32.° ejército japonés en unas condiciones cada vez más adversas. El desmoronamiento no se materializó hasta que toda esperanza de una victoria japonesa se hubo desvanecido, pero una vez comenzado, «se extendió como una epidemia», en palabras del historiador del Ejército Roy Appleman, y no tardó en desencadenar unas bajas desproporcionadas y la capitulación de hordas enteras de soldados.

Durante los primeros setenta días de la campaña de Okinawa, el promedio de prisioneros japoneses que hicieron las fuerzas estadounidenses no alcanzaba los cuatro diarios. Pero a medida que los soldados enemigos rasos percibían la futilidad de su lucha y que los panfletos propagandísticos estadounidenses ejercían un efecto positivo, las cifras diarias se dispararon. El promedio pasó a más de cincuenta al día entre el 12 y el 18 de junio, llegó a los 343 prisioneros el 19 de junio, y el 20 de junio a 977, el número más elevado de toda la guerra del Pacífico.

A su vez, los recuentos de bajas japonesas —en este caso rozando el 100 por 100, con muchas muertes autoinfligidas— alcanzaron unos máximos asombrosos. Después de una media de mil bajas diarias durante la primera mitad de junio, el recuento ascendió a 2.000 el 19 de junio, a 3.000 el 20 de junio y a más de 4.000 el 21.

«Este tremendo incremento en las muertes enemigas respondió al desequilibrio repentino y absoluto que reinaba entre las fuerzas opositoras y a la resignación de muchos japoneses ante la muerte», observaba Appleman. «Durante los últimos días de la batalla, se hallaron muchos cuerpos con el abdomen y la mano derecha destrozados, una prueba manifiesta de autodestrucción.»

La mañana del 19 de junio sólo quedaban dos concentraciones importantes de resistencia japonesa organizada. La primera se encontraba entre el pueblo de Medeera, a medio camino entre las costas este y oeste, donde estaban acuarteladas la 24.ª división japonesa y diversas unidades más pequeñas. La segunda, y la más relevante, se centraba en torno al cuartel general de Ushijima, a los pies del monte 89, situado en la costa este, y el pueblo cercano de Mabuni, donde se refugiaban los vestigios de la 62.ª división japonesa y otras tropas. Por lo demás, sólo resistían bolsas locales y aisladas de defensores. El grupo más numeroso —unos cuatrocientos hombres liderados por el coronel Kikuji Hongo— se ocultaban en cuevas de gran profundidad bajo la cordillera de Kunishi.

La misión de invadir Mabuni, el monte 89 y el cuartel general de Ushijima recayó en el agotado pero tenaz 32.° regimiento de la 7.ª división, capitaneado por el coronel Mickey Finn.

«Habíamos aparcado nuestros cañones antitanque y la mayoría de nosotros nos dedicábamos a vaciar cuevas con lanzallamas en aquel momento», recordaba el sargento mecánico Porter

McLaughbn, lider de una sección de armas adjunta al 2.° batallón del 32.° regimiento. «Nuestra división había matado a más japoneses durante la semana del 10 al 17 de junio que en el tiempo transcurrido desde principios de mayo. De hecho, habíamos contabilizado 4.288 cuerpos japoneses alrededor del monte 95 y Yaeju Dake.»

Debido a estas pérdidas y a la situación cada vez más desesperada del enemigo, el general Arnold, comandante de la 7.ª división, creía que muchas de las tropas japonesas restantes estaban al límite y que tal vez aceptarían la posibilidad de entregarse. Se lanzaron panfletos por detrás de las líneas enemigas en los que se declaraba una hora de alto el fuego en toda la franja oriental del frente estadounidense, durante la cual se garantizaría un salvoconducto a los japoneses que arrojaran sus armas y se rindieran.

«La idea no nos pareció gran cosa», decía McLaughlin, «porque, francamente, era más fácil matarles, pero respetamos los deseos del general».

El 17 de junio a las 15.30, las unidades de infantería de la 7.ª división indicaron el comienzo del alto el fuego disparando una serie de bengalas que propagaron un humo rojo por toda la zona del frente adjudicada a la división. Después, los intérpretes, haciendo uso de unos altavoces montados en tanques, invitaron a los japoneses a acercarse desarmados y adentrarse en las lineas enemigas.

Los resultados fueron decepcionantes, pues ningún soldado japonés aceptó la invitación, aunque algunos se aproximaron lo suficiente para hacer muecas a los soldados antes de replegarse a sus líneas. En verdad no ocurrió casi nada, excepto que un soldado resultó herido por el fuego enemigo y que un altavoz fue acribillado a balazos. «Los soldados de infantería estaban disgustados», reflejaba la historia oficial de la 7.ª división, «ya que habían matado japoneses a buen ritmo hasta que cesaron los tiroteos».

Sin embargo, puede que el alto el fuego propiciara algunos beneficios residuales que no fueron inmediatamente aparentes. Como añadía la historia de la división: «Es probable que los oficiales japoneses fuesen especialmente vigilantes durante la tregua de una hora para impedir las deserciones. También parece probable que esta demostración sirviera para convencer a los japoneses de la verdad que encerraban los folletos de rendición estadounidenses y, por tanto, fue un factor influyente que luego posibilitó la captura de gran cantidad de soldados enemigos».

Cuando los intérpretes dirigieron sus mensajes a los civiles de Okinawa, los resultados fueron mucho más favorables. Casi seiscientos civiles quedaron bajo la custodia de los soldados de la 7.ª división y, más tarde, los intérpretes identificaron a seis miembros de este grupo como reclutas de Okinawa y a otros quince como desertores japoneses.

Durante los dos o tres días siguientes, veintenas de soldados nipones capitularon ante las unidades de la 7.ª división. Un número indeterminado de militares trataron de hacerlo, pero no siempre lo lograron.

«Estábamos ascendiendo una colina, utilizando granadas de humo para despejar un montón de cuevas, cuando tres japoneses saltaron de detrás de unas hierbas altas y corrieron hacia nosotros en ropa interior», recordaba Porter McLaughlin. «Saqué mi pistola del 45 y vacié el cargador, pero no acerté a ninguno. Corrieron en dirección opuesta un breve tramo y luego se hicieron estallar. Hasta más tarde no me di cuenta de que trataban de rendirse. Nuestros panfletos les indicaban que

debían quitarse los uniformes en el momento de la capitulación, pero nadie se molestó en decírmelo.»

Las pérdidas de la 96.ª división del Ejército durante los últimos días de campaña se aproximaron a las de la compañía K/3/5 y la 5.ª división de marines. Las compañías de los Deadeye en el frente estaban tan diezmadas y hastiadas que el 305.° regimiento de infantería de la 77.ª división fue adscrito a la 96.ª, de igual modo que el 8.° de marines enlazó con la 1.ª división de marines para impedir que su ataque perdiera impulso.

Uno de los últimos miembros de la 96.ª división que murió en combate fue el general de brigada Claudius Easley, el fiero comandante adjunto y artífice de algunos de los asaltos más brutales de los Deadeye en la cordillera de Kakazu. El 19 de junio, un día después de la muerte del general Buckner, Easley también acudió al frente para comprobar los progresos de sus tropas.

Cuando una ametralladora japonesa abrió fuego e hirió a uno de los edecanes de Easley, el teniente John G. Turbeville, el general se arrastró hasta la cima de una loma para tratar de localizar la posición del arma oculta. Mientras observaba por encima del resalte del montículo, la ametralladora escupió otra ráfaga y dos balas alcanzaron a Easley en la frente y acabaron con él al instante.

Aunque su estilo impetuoso había contribuido a la pérdida de muchas vidas en la 96.ª división —incluida la suya—, Easley fue muy llorado por los hombres que sirvieron a sus órdenes. El cabo Don Dencker, de la compañía L del 382.° regimiento de infantería, describía al duro y menudo texano como su «bujía», señalando que Easley fue el responsable de que la 96.ª división recibiera el apodo de «Deadeye». Esta denominación era un tributo al énfasis insistente de Easley en afinar la puntería de los nuevos reclutas.

«Un gran soldado, tirador y líder estaba muerto», decía Dencker. «El 19 de junio fue un día triste para la 96.ª división de infantería.»

Otro incondicional de los Deadeye, el coronel Edwin T. «Eddy» May, comandante del 383.° regimiento de infantería, también había sido víctima de un artillero japonés el 5 de junio, mientras se hallaba frente a su puesto de mando. La muerte de May llevó al comandante de la división, el general Jim Bradley, a describirle como «el mejor soldado» que había conocido. Le fue impuesta la Cruz al Servicio Distinguido a título postumo.

Sin embargo, para los soldados rasos, su más profundo y doloroso lamento quedaba reservado para los compañeros perdidos que habían combatido a su lado, que habían compartido su agonía y sus risas y que se habían convertido en parte integral de su vida cotidiana. Uno de los primeros actos de numerosos soldados y marines en cuanto abandonaban la línea del frente era buscar la tumba de amigos caídos.

«Nunca olvidaré cuando estuve junto a una pequeña cruz de madera y di el último adiós a mi amigo Henry Rucker», recordaba el sargento George Peto más de seis décadas después de que se dispararan las últimas balas. «Desde donde me encontraba podía divisar la carretera que conducía a Naha y el lugar en el que Rucker fue abatido, y no dejaba de preguntarme por qué yo me había salvado y él no. Todavía me lo pregunto y, en ese momento se me hace un nudo en la garganta.»

El 20 de junio, la compañía K/3/5 fue una de las primeras unidades estadounidenses en llegar al extremo sur de Okinawa. Mientras coronaban una elevada colina, mirando hacia el lugar en el que se mezclaban las aguas del océano Pacífico y el Mar de China Oriental, los marines fueron conscientes de la belleza de aquella imagen, pero no tuvieron tiempo de degustarla. Debajo de ellos se libraba un intercambio de disparos, mientras una unidad de infantería del ejército avanzaba desde la izquierda, enfrentándose a los soldados japoneses al aproximarse. Los proyectiles de los morteros pesados del ejército estallaban enfrente de la infantería.

Aquella noche, la compañía K estableció un perímetro defensivo en el terreno elevado que dominaba el mar y, como había ocurrido con tanta frecuencia, la noche se vio puntuada por el estruendo de las armas pesadas, el tableteo del armamento ligero y los repentinos enfrentamientos con infiltrados enemigos.

«Podíamos oír las botas con tachuelas de los soldados enemigos contra el pavimento, hasta que un estallido mortífero de otros marines de la compañía K los tumbó de golpe...», recordaba el soldado de primera clase Gene Sledge. «Otros japoneses nadaban o caminaban junto al lado del mar. Pudimos verles gracias a las bengalas. Una hilera de marines ocultos tras una pared de roca que se alzaba en la playa disparó contra ellos.»

El 21 de junio, justo antes de amanecer, el sonido de las granadas que hacían explosión y los frenéticos gritos en japonés resonaron en una zona en la que se encontraban los cañones de 37 mm de la compañía K. Sledge y sus compañeros del pelotón de mortero escucharon disparos de rifle, sonoras maldiciones y gritos de «¡Médico! ¡Médico!».

Dos oficiales japoneses vestidos de uniforme y luciendo guantes blancos habían arrojado granadas a la dotación del cañón de 37 mm y luego iniciaron una carga blandiendo espadas de samurai. Un marine perdió un dedo al tratar de contener un golpe de sable, pero ambos atacantes sucumbieron. Cuando Sledge y un médico llegaron a la escena, un marine aturdido y mugriento estaba de pie junto a uno de los cuerpos, asestando metódicos golpes al destrozado cráneo del oficial enemigo muerto con la culata de su rifle.

«Había salpicaduras de cerebro y sangre por todo el rifle, las botas y los leotardos de lona del marine, y también en la rueda del cañón de 37 mm», narraba Sledge. «Obviamente, el marine se encontraba en un estado de conmoción absoluta... El pobre respondía como un sonámbulo mientras le llevaban con los heridos.»

Sledge y otros dos marines arrastraron el cuerpo maltrecho del oficial hasta la ladera de la colina y lo hicieron rodar por el precipicio sin miramientos.

Aquella misma tarde, la compañía K/3/5 recibió la noticia de que la resistencia organizada en Okinawa había terminado y que la isla había sido fortificada. En el vivaque se corrió rápidamente el rumor de que el vapuleado 5.° regimiento pronto embarcaría rumbo a Hawai.

«Nos dirigimos a Waikiki», decía un marine a carcajadas. «Ese es el plan.»

Era una quimera agradable, pero nada más.

El 21 de junio al atardecer, después de tres días de duros combates, el 32.° regimiento de infantería del coronel Mickey Finn había conquistado el pueblo de Mabuni y se había hecho con el control de las laderas y la cima del monte 89, con sesenta metros de altura, por lo que disgregó la

bolsa de resistencia que rodeaba el cuartel general de Ushijima en grupúsculos cada vez más reducidos. Después, los soldados exhaustos de Finn eliminaron una por una las bolsas más pequeñas utilizando lanzallamas, dinamita y tanques hasta que sólo quedaron intactas las instalaciones principales del cuartel general dentro de la colina.

Entretanto, el 184.° regimiento de la 7.ª división rodeó la segunda bolsa enemiga desde el sur mientras la 5.ª división de marines avanzaba desde el oeste, y las tropas de la 96.ª división se aproximaban desde el norte atravesando el pueblo de Medeera, sitiando de este modo al otro reducto japonés. El 20 de junio, un valeroso mensajero japonés había conseguido entregar en mano un último mensaje a Ushijima desde la bolsa en la que resistía lo que quedaba de la 24.ª división, más o menos a dos kilómetros de distancia. El mensaje sólo sirvió para comunicar a Ushijima lo que ya sabía: que la situación era desesperada.

Fueron estos avances los que convencieron al general Geiger, segundo comandante del 10.° ejército en aquel momento, de que había llegado la hora de declarar la victoria estadounidense. La noche del 21 de junio, el cuartel general de Geiger anunció que toda resistencia organizada en Okinawa había desaparecido y programó una ceremonia oficial en la que se izaría la bandera estadounidense a las diez de la mañana del día siguiente.

Como podría haber dicho a sus líderes cualquier soldado de infantería de cualquier compañía destacada en el frente, la celebración era prematura. Los japoneses seguían luchando. Las unidades estadounidenses seguían sufriendo bajas. Aunque varios oficiales del estado mayor de Ushijima habían muerto a causa de unas cargas explosivas estadounidenses lanzadas por un conducto de aire que daba a una habitación en la que se habían reunido, el comandante japonés y buena parte de su plana mayor seguían en activo y estaban seguros ante cualquier peligro inminente en las profundidades de su guarida subterránea.

De hecho, mientras los tanques estadounidenses cerraban los accesos a las cuevas del monte 89 a fuerza de disparos y los hombres del 32.° regimiento de infantería se adentraban con cautela en el cavernoso laberinto de cuevas y túneles excavados en la colina, Ushijima y el general Cho, su jefe del estado mayor, dictaban sus últimas órdenes a la tropas y se preparaban para un último encuentro con sus subordinados.

La capitulación nunca había sido una opción para Ushijima y Cho. La ley de los samurais estipulaba que la muerte en la batalla o el suicidio ceremonial eran los únicos caminos que tenían abiertos. Sus últimas órdenes a sus tropas desperdigadas, los miembros del estado mayor del 32.° ejército y varios comandantes de unidades que en aquel momento eran prácticamente inexistentes se redujeron a luchar hasta la muerte. Ushijima exhortó a sus soldados que continuaban en el campo de batalla a infiltrarse en las líneas enemigas al norte y seguir con la guerra de guerrillas mientras fuera posible. Los que ocupaban el cuartel general perpetrarían un último ataque suicida contra las fuerzas estadounidenses invasoras.

La única excepción notable al código de la «muerte con honor» fue el jefe de operaciones de Ushijima, el coronel Hiromichi Yahara, el ingenioso artífice de la defensa de Okinawa. Se ordenó a Yahara que tratara de llegar a Japón y que presentara un informe al Cuartel General Imperial sobre la estrategia empleada en Okinawa, con la esperanza de que pudiera utilizarse una táctica

similar para defender las islas de Japón. (La misión de Yahara fracasó cuando fue capturado por tropas estadounidenses mientras se hacía pasar por civil. Era anormalmente alto para tratarse de un japonés, y su altura extrema le hacía destacar entre los pequeños okinawenses.)

La noche del 21 de junio, mientras el 32.° regimiento de infantería del coronel Finn exploraba y sellaba un laberinto de cuevas situado justamente sobre sus cabezas, Ushijima y Cho invitaron a su estado mayor a una suntuosa cena de despedida preparada por el cocinero personal de Ushijima, Tetsuo Nakamuta. A las diez de la noche, el grupo se sentó para disfrutar de una comida que incluía sopa de tofú, carne enlatada, patatas, pasteles de pescado frito, calabaza fresca, arroz, pina, té y sake. Después de cenar, el general Cho abrió su última y preciada botella de whisky Black & White, y él y Ushijima hicieron un brindis solemne. El sake corrió libremente entre los demás invitados hasta primera hora de la mañana del 22 de junio.

Poco antes de las tres de la madrugada, con una luna blanca que coronaba el Pacífico occidental, la mayoría del estado mayor se reunió portando sus armas y formaron filas para llevar a cabo la última orden de Ushijima: una carga banzai final en el monte 89 contra los estadounidenses que defendían la cima. Cuando los atacantes designados partieron, el pequeño grupo de oficiales que quedó atrás para garantizar que nada se interponía en el camino de los suicidas de Ushijima y Cho cantaron el himno nacional de Japón, *Umi Yukaba* Nakamuta, el chef, todavía trabajaba en la cocina cuando el ordenanza de Ushijima le comunicó entre susurros que los dos generales estaban preparándose para cometer el haraquiri.

Alrededor de las cuatro de la mañana, Ushijima y Cho, vestidos de uniforme, medallas y espadas incluidas, caminaron por una abertura natural en la ladera rocosa y se dirigieron hacia un estrecho saliente que daba al océano, donde dispusieron con pulcritud un cobertor blanco guateado y una sábana del mismo color.

El teniente Kiyoshi Haginouchi, edecán de Ushijima y uno de los miembros del pequeño grupo de oficiales que presenciaron o ayudaron en la ceremonia que tuvo lugar después, recordaban cómo Cho se volvió hacia su comandante y dijo:

—Bien, general al mando Ushijima, como el camino tal vez sea oscuro, yo, Cho, iré en cabeza.

—Por favor, proceda —respondió Ushijim —y me llevaré el ventilador, porque empieza a hacer calor.

Después de arrodillarse sobre la sábana y hacer una reverencia al cielo del este, ambos se desabrocharon la guerrera para descubrir su abdomen, mientras un oficial del estado mayor aguardaba con dos dagas, cuyas cuchillas estaban parcialmente envueltas en un paño blanco. Otro oficial esperaba en tensión con el sable preparado.

En su condición de comandante en jefe, Ushijima fue el primero. En silencio, aceptó uno de los cuchillos del edecán, lo asió con ambas manos y, emitiendo un grito ronco, hundió la cuchilla en su barriga. Casi al instante, el sable del otro alto mando caía sobre el cuello de Ushijima, y su cuerpo se desplomó encima de la sábana salpicada de sangre. A continuación, Cho repitió el ritual, no sin antes dejar una breve nota manuscrita: «Me voy sin arrepentimiento, vergüenza u obligaciones».

En el momento de la muerte de los dos generales, las tropas estadounidenses que se encontraban más cerca de allí —miembros del 32.° regimiento de infantería del coronel Finn—

estaban a sólo cien metros, aunque separados del escenario del suicidio por muchas toneladas de roca.

Las tropas de la 7.ª división descubrieron los cuerpos, ataviados todavía con sus uniformes de gala, varios días después. Los generales habían sido enterrados por ordenanzas en tumbas de escasa profundidad excavadas bajo el saliente en el que habían perecido.

Los soldados de infantería podrían haber estado incluso más cerca de los suicidas si los japoneses no hubiesen bloqueado uno de los accesos principales al sistema de cuevas del cuartel general y si los soldados no se hubiesen topado con un confuso laberinto de cavernas y túneles una vez que se adentraron en el monte 89.

«Una gran cueva en la que entramos estaba dividida en docenas de galerías independientes», recordaba el sargento mecánico Porter McLaughlin. «Algunas de ellas penetraban cincuenta metros o más en la montaña, y una sala estaba llena de calcetines nuevos ordenados en fardos del tamaño de balas de algodón.»

Mientras caminaban a tientas por el laberinto, McLaughlin y sus compañeros lanzaban granadas de humo en cualquier abertura que encontraran. En algunos casos, el humo brotaba de doce aberturas o más, pero la mayoría de los compartimentos subterráneos estaban desocupados. «En toda aquella zona encontramos sólo a un japonés, y estaba apoyado contra la pared, muerto», decía McLaughiin. «El resto estaba completamente vacío, pero sé que estábamos muy cerca cuando Ushijima y Cho se quitaron la vida.»

Uno de los compañeros de McLaughlin se encontraba en el cuartel general del regimiento cuando llevaron allí al cocinero de Ushijima. «El cocinero había presenciado toda la escena y estaba "muy apenado y lloraba"», dice McLaughlin que contó su amigo. «Para nosotros, Ushijima era sólo un japonés más, pero al parecer sus hombres le querían mucho.»

Aun cuando el 32.° ejército japonés pasaba a la historia, el almirante Matóme Ugaki lanzó una última ofensiva kamikaze desde Kyushu el 21 y el 22 de junio. Fue bautizada como Kikusui Diez, aunque guardaba escaso parecido con los anteriores ataques del Crisantemo Flotante. Sólo dieciocho aviones suicidas llegaron a la zona de Okinawa después de que numerosos pilotos abortaran la misión —incluso muchos kamikazes tildaban a Okinawa de causa perdida y llegaron a la conclusión de que morir defendiéndola no tenía sentido— y sólo consiguieron asestar un golpe directo a un barco de Estados Unidos.

Sobre las 18.30 del 21 de junio, un piloto suicida se estrellaba contra el portahidroaviones *Curtiss,* y desencadenó un incendio que acabó con la vida de 41 tripulantes, hirió a 28 y arrastró a la nave al fondo del mar. La otra pérdida fue el *Barry,* un barco señuelo que ya había sido alcanzado anteriormente y que también se hundió. Otras embarcaciones sufrieron daños menores provocados por aviones que a punto estuvieron de hacer diana.

El eje de Kikusui Diez supuestamente eran seis misiles teledirigidos, conocidos como Okas, que lanzarían unos bombarderos Betty, pero ninguno causó daños. Dos no lograron salir de sus aviones nodriza y fueron devueltos a Kyushu; dos se perdieron al ser abatidos los aviones que los albergaban; y los otros dos erraron el blanco.

Un puñado de aparatos japoneses consiguieron eludir a los escuadrones de cazas nocturnos

estadounidenses, cada vez más numerosos y adeptos —dieciocho de los cuales se concentraban en Okinawa y sus alrededores—, y arrojar algunas bombas sobre la isla. Una de ellas impactó en un árbol, inhabilitó durante media hora la emisora de radio central del mando estadounidense e hirió levemente a cinco soldados. Las otras cayeron en zonas deshabitadas y no provocaron daños.

Se produjeron otras razias aisladas después de la noche del 21 al 22 de junio, pero ningún otro *kikusui*. Algunos cálculos fiables realizados por Estados Unidos sobre el número de aviones japoneses caídos durante la campaña ascienden a 7.830 aparatos —tanto convencionales como suicidas—, mientras que las cifras japonesas son tan bajas y poco realistas que no puede establecerse correlación alguna entre ambos recuentos. Sin embargo, ciñéndose a las pruebas existentes, es posible afirmar que unos 1.900 kamikazes fueron destruidos en Okinawa o sus proximidades. Después de soportar dichas pérdidas, el almirante Ugaki abandonó finalmente las ofensivas para conservar aviones y pilotos para la futura invasión de Japón.

Si los agotados marines y soldados creían que podrían relajarse una vez que se izaran las barras y estrellas al sur de Okinawa, se sintieron profundamente decepcionados. Como si se estuviese admitiendo que la isla en realidad no era ni mucho menos tan «segura» como indicaba la declaración del general Geiger pronunciada el 21 de junio, la primera orden dictada por su homólogo Joseph W. «Vinegar Joe» Stilwell cuando sucedió a Geiger como comandante el día 23 fue, en esencia, proseguir el combate.

Stilwell pronto organizó y puso en marcha un barrido de la isla, que efectuarían las unidades de combate estadounidenses más activas a lo largo de diez días. Su misión consistía en avanzar hacia el norte, eliminando cualquier resistencia enemiga, y bloquear la entrada a cualquier cueva en la que las tropas japoneses pudieran esconderse. Además, debían recoger a cualquier estadounidense muerto, enterrar los cadáveres japoneses y recuperar material utilizable que hubieran dejado ambos bandos en el campo de batalla.

Una preocupación inmediata fue la bolsa enemiga que rodeaba el pueblo destruido de Medeera, donde un número indeterminado de defensores enemigos pertenecientes a la 24.ª división japonesa seguían resistiendo. La tarea de despejar la zona recayó en el 381.° regimiento de infantería de la 96.ª división, que capturó o asesinó a los últimos defensores el 23 de junio. Por su parte, unidades de las divisiones 1.ª y 6.ª de marines efectuaban una operación similar contra posiciones enemigas dispersadas por la cordillera de Kunishi, mientras que las tropas de la 7.ª división continuaban rastreando las entrañas del monte 89 y peinando el pueblo de Mabuni.

Más al norte, unidades del 1.er regimiento de marines y el 307.° de infantería organizaron una línea de posiciones de bloqueo en las colinas que coronaban el valle de Naha-Yonabam. El objetivo era impedir que pequeños grupos de soldados japoneses se infiltraran hacia el norte para llevar a cabo operaciones encubiertas siguiendo los dictámenes del general Ushijima. Las demás unidades de las cuatro divisiones que permanecían en activo se unieron al recorrido septentrional.

La operación de barrido se vio puntuada por diversas escaramuzas sangrientas con grupos de soldados enemigos bien armados que trataban de penetrar en las lineas estadounidenses y docenas de tiroteos entre las unidades estadounidenses y francotiradores enemigos ocultos en solitario o en parejas y tríos. Las cuevas que daban cobijo a estos reductos fueron selladas sistemáticamente con

lanzallamas y cargas de demolición, y posiblemente enterraron a centenares de japoneses, aunque no se dispone de cifras exactas.

A medida que la ofensiva avanzaba más al norte, los contactos con el enemigo iban escaseando, lo cual indicaba que las posiciones de bloqueo distribuidas a lo largo del valle de Naha-Yonabaru habían impedido que los vestigios desorganizados del 32.° ejército llegaran a la remota sección septentrional de la isla.

Cuando la operación finalizó con éxito el 30 de junio —con tres días de antelación respecto al calendario previsto—, habían muerto unos 8.975 soldados enemigos en combate y se habían hecho 2.902 presos militares. Las bajas de Estados Unidos en combate ascendieron a 783 en ese período.

Estas estadísticas se sumaron a una triste lista de bajas de ambos bandos. Un recuento preciso arrojaba 107.539 soldados enemigos muertos en combate. Otros 23.764, incluido un número indeterminado de civiles okinawenses, habían quedado atrapados en cuevas o habían sido enterrados por los japoneses, y se apresó a 10.755 militares. Las pérdidas estadounidenses (Ejército, Armada y marines) ascendían a 12.520 muertos o desaparecidos y 36.631 heridos en acción. Cinco de las seis divisiones estadounidenses que participaron sufrieron más de mil muertes en combate cada una, y el mayor número de bajas lo registró la 6.ª división de marines con 1.622 fallecidos. La 27.ª división de infantería, que combatió menos días que el resto de las unidades, tuvo el número más bajo de muertos en combate, con 711.

El 2 de julio, se declaró el final oficial de la campaña de Ryukyus. En esta ocasión, la lucha había terminado de verdad, pero casi ninguno de los estadounidenses victoriosos tenía ganas de celebrarlo.

«Nos dijeron que pasaríamos el mes de jubo construyendo un nuevo campamento y una zona de entrenamiento», decía el sargento Jack Armstrong, del 1.er batallón de tanques de los marines. «Después dispondríamos de un mes o dos para prepararnos para el desembarco en Japón —cerca de Tokio, según nos dijeron—, donde moraríamos una peligrosa batalla en las calles. ¡Era algo que esperábamos con ansia!»

Sin embargo, las tropas al menos tuvieron tiempo para descansar, disfrutar de comida de verdad, afeitarse, ducharse, ponerse ropa nueva, dormir en tiendas de campaña, abrir el correo llegado desde casa y escribir cartas. «Acorde a nuestro boletín del regimiento, la campaña ha terminado, salvo la fase de barrido», escribió el sargento mecánico Port McLaughlin a su tía Gertrude el 24 de junio. «Gracias por los caramelos de regaliz y el papel y los sobres de carta que enviaste en diciembre. Por fin los he recibido.»

Mientras el resto de la compañía K/3/5 seguía en el campo de batalla, el soldado de primera clase Gene Sledge y varios compañeros suyos fueron apartados temporalmente de la compañía y trasladados en camión al norte, donde estaba organizándose un nuevo campamento para la 1.ª división de marines. Mientras el camión rodaba sin contratiempos por el mismo paisaje campestre en el que había combatido con sus compañeros, Sledge encontró el escenario asombrosamente transformado.

«Los caminos que en su momento habían sido pistas enfangadas o cubiertas de coral eran carreteras con vehículos que iban de un lado a otro y policías militares ataviados con pulcros uniformes caqui dirigiendo el tráfico», observaba. «Campamentos de tiendas, cabañas

prefabricadas y enormes aparcamientos de vehículos jalonaban la ruta. Habíamos vuelto a la civilización... Era estimulante.»

Los rumores de un descanso en Hawai se desvanecieron en cuanto resultó obvio que Okinawa seguiría siendo el hogar de la división en un futuro próximo, pero como decía Sledge: «Éramos como niños de acampada. Habíamos dejado atrás el terror... El alivio que sentíamos por que el largo infierno de Okinawa hubiese terminado al fin era indescriptible».

El alivio duró poco, ya que circulaba un siniestro rumor sobre la invasión inminente de Japón, lo cual implicaba que las bajas estadounidenses superarían el millón de hombres. Todos los miembros de la compañía K/3/5, que habían sobrevivido a Okinawa con sólo veintiséis de sus veteranos de Pelebu todavía en activo, sabían que la unidad y el resto de la 1.ª división de marines se encontraría en el epicentro de la matanza. «Nadie quería hablar de ello», afirmaba Sledge.

Pero, inevitablemente, todo el mundo lo hacía.

Según el procedimiento militar habitual, los hombres que habían pasado más de veinticuatro meses en la zona de combate del Pacífico y luchado en múltiples campañas en ese tiempo podían contar con que serían destinados a prestar servicio en su país tras una batalla como la de Okinawa. Pero los primeros días del verano de 1945 eran una época extraordinaria, en la que el procedimiento habitual quedaba al margen mientras los preparativos para la invasión de Japón seguían su curso.

Un complejo y confuso sistema de puntos determinaba quién se marcharía a casa y quién se quedaría a luchar una vez más, y el sistema era objeto de considerables manipulaciones de la plana mayor del Ejército cuando la necesidad así lo dictaba.

Como recogía la historia oficial de la 7.ª división de infantería:

La decisión de enviar a casa a todos aquellos que tuviesen más de 85 puntos fue recibida con una mezcla de optimismo y escepticismo en la división. El optimismo obedeció a que los más antiguos que todavía quedaban en la división ya eran veteranos, con casi dos años y medio de servicio en el extranjero. Se calculaba que más de 7.500 hombres cumplían los requisitos para irse a casa. El escepticismo respondía a las experiencias pasadas con la teoría militar. Ochenta y cinco puntos eran una cifra buena y factible, pero pronto quedó claro que para ser enviado de inmediato a Estados Unidos, uno debía acumular unos 120.

Entretanto, miles de tropas de combate estadounidenses que vieron el fin de la lucha en Okinawa —los de la 1.ª división de marines y la 1.ª de infantería— permanecieron allí. La 96.ª división partió hacia la isla de Mindoro, en Filipinas, a finales de julio, días después de que la 6.ª división de marines se dirigiera hacia un campamento de descanso en Guam, y la 77.ª también fue destinada a Filipinas. Sin embargo, su escapada era sólo temporal. Estas unidades, que contaban con una sólida experiencia, ya se habían perfilado como elementos clave de una fuerza invasora que englobaba a unas cuarenta divisiones repartidas en tres ejércitos.

Los veteranos se ponían cada vez más nerviosos con el paso de las semanas. De vez en cuando desaparecía una cara conocida, pero el proceso de vuelta a casa era tremendamente lento. Cuando

el nivel requerido descendió paulatinamente hasta 108 puntos —y el grado de nerviosismo de los veteranos aumentaba sin cesar—, la misma pregunta atormentadora se repetía una y otra vez en su cabeza: ¿qué llegará antes, la invasión o un billete a casa?

Para los reemplazos recientes y otros que desde luego carecían de los puntos necesarios, acechaba el futuro más sombrío que cabía imaginar. Todo lo que veían a su alrededor lo confirmaba de sobra.

Incluso antes de que se dispararan las últimas balas en la isla, más de 95.000 hombres, entre ellos ingenieros militares, tripulación de los buques Seabee, miembros de los batallones de construcción y personal de servicios diversos, trabajaban duro transformando la isla, que pasaría de ser un campo de batalla a convertirse en una enorme zona destinada a la invasión que todo el mundo sabía que estaba por venir. A mediados de julio funcionaban cinco aeródromos, todos ellos atestados de aviones de asalto, que permanecían estacionados ala con ala. Se estaban construyendo dependencias para 500.000 soldados, además de millones de metros cuadrados de almacenes de avituallamientos, salones, oficinas e instalaciones de servicios. En playa Blanca se estaba creando un moderno puerto y el malhadado puerto de Naha se estaba convirtiendo en un fondeadero de gran profundidad.

Algunos planificadores militares empezaron a referirse a Okinawa como «la Inglaterra del Pacífico», comparando su papel emergente con el de las Islas Británicas durante las semanas previas a la invasión de Normandía. Pero para decenas de miles de soldados y marines que acababan de salir del combate más truculento y extenuante de su vida, la isla que habían conquistado ahora era la plataforma de lanzamiento hacia una versión todavía más grande y horrenda del infierno.

Con esa perspectiva, ahora que jubo enlazaba con agosto, no se respiraba alegría ni solaz.

17

Bomba atómica e indulto

A últimos de julio y principios de agosto de 1945, mientras ambos bandos se preparaban físicamente para un enfrentamiento que estaría entre los más brutales y destructivos de la historia humana, se desarrollaba entre bastidores una profusión de maniobras mentales, posturas diplomáticas y tejemanejes en los que había mucho en juego.

Tras la caída de Okinawa, numerosas autoridades de Japón, entre ellas el emperador Hirohito, se dieron cuenta de que la guerra estaba perdida y deseaban con anhelo firmar la paz antes de que su país ya devastado quedara reducido a una gran montaña de huesos y cenizas. Pero la misma camarilla militar de naturaleza intratable que se había apoderado del Gobierno japonés en los años treinta y tramado el ataque a Pearl Harbor —hombres que compartían la mentalidad del difunto Cho, general del 32.° ejército— todavía ejercía su dominio sobre Tokio.

Los verdaderos gobernantes de Japón en la primavera y el verano de 1945 eran los «seis grandes» del poderoso Consejo Supremo para la Dirección de la Guerra, o CSDG. Estos incluían al barón Kantaro Suzuki, un almirante retirado de setenta y ocho años y héroe de la guerra ruso-japonesa que había ocupado el cargo de nuevo primer ministro japonés el 7 de abril. En privado, Suzuki era partidario de la paz, pero como primer ministro era poco más que una marioneta de los señores de la guerra, y contrajo el desafortunado hábito de pronunciar afirmaciones belicosas en el momento inoportuno a instancias de éstos. El ministro de Asuntos Exteriores, Shigenori Togo, también era un defensor de la paz, pero guardaba silencio por temor a represabas de los militantes.

Con frecuencia, Suzuki y Togo perdían las votaciones ante los otros cuatro miembros del CSDG —los ministros de Guerra y la Armada y los jefes del estado mayor de ambos cuerpos—, pero había confusión e indecisión en los dos bandos. Un buen ejemplo de ello es que el 18 de junio, mientras agonizaba el 32.° ejército, desplegado en Okinawa, el CSDG aprobó una política que comprometía a Japón y a sus ciudadanos a un combate de tierra quemada por su patria. Diez días después, el consejo pareció invertir por completo el rumbo al votar que se pidiera a la Unión Soviética que presentara una propuesta de paz a Estados Unidos y sus aliados.

Los soviéticos, por su parte, no tenían ningún interés en actuar como pacificadores. Incluso cuando Hirohito propuso enviar al ministro de Asuntos Exteriores Togo a Moscú con un mensaje personal del emperador para el secretario general Iosiv Stalin, la respuesta del Gobierno soviético fue esquiva, desalentadora y lenta. Lo cierto es que Stalin ya se había decidido a declarar la guerra a Japón, pero estaba esperando que llegara el momento en que pudiera reclamar una parte del desintegrado imperio japonés sin tener que enviar a sus soldados a la batalla.

Mientras tanto, el pueblo japonés desconocía por completo el verdadero estado de las cosas. Cuando cayó Okinawa, el primer ministro Suzuki declaró —probablemente bajo presión— que la

derrota en realidad mejoraba «la situación estratégica japonesa» a la vez que asestaba un «duro golpe espiritual» a Estados Unidos.

El 28 de junio, la radio de Tokio reconocía que las fuerzas estadounidenses atacarían «con total seguridad» la patria japonesa, y a continuación añadía en tono provocador: «Cuanto antes venga el enemigo, mejor para nosotros. Nuestro despliegue de batalla está completo». Las retransmisiones oficiales también advertían a «los agitadores pacifistas» de duros castigos, y pese a las ciudades destrozadas y las infraestructuras desoladas de Japón, se anunciaron nuevas iniciativas gubernamentales para incrementar la producción militar, construir viviendas más resistentes y refugios antiaéreos para los civiles, y acumular víveres. El dirigente del Ministerio de Asuntos Exteriores Toshikazu Kase denunciaba esta campaña de subterfugio y la tildaba de «sinsentido extremadamente perjudicial», pero como la mayoría de los miembros del Gobierno, no se atrevió a hablar en su momento.

«Al pueblo japonés nunca se le comunicó que su país estuviese perdiendo la guerra; incluso la conquista de puntos clave como Saipan, Manila y Okinawa se les vendía como una retirada estratégica», escribía el historiador naval Samuel Eliot Morison. «De ahí que los mandatarios del Gobierno o las fuerzas armadas que reconocían los síntomas de la derrota se hallaran en un cruel dilema. El amor por su país les llevaba a buscar una salida de la guerra, pero admitir la derrota les exponía a la desgracia o el asesinato.»

Ni siquiera Hirohito fue inmune a las facciones antipacifistas. Tras la capitulación de Japón, cuando el general Douglas MacArthur preguntó al emperador categóricamente por qué no había adoptado antes una postura contraria a la guerra, Hirohito se pasó el índice por delante del cuello, describiendo el gesto simbólico universal que significa: «Estaría cortando mi propio pescuezo».

También abundaban las discrepancias y la confusión en Washington en torno a la situación japonesa durante la primavera de 1945. El subsecretario de Estado Joseph C. Grew, un amigo personal del presidente Roosevelt que había trabajado como embajador de Estados Unidos en Japón en los años previos a Pearl Harbor, probablemente comprendía la política japonesa tan bien como cualquier estadounidense viviente. Cuando Grew oyó de lejos el doble mensaje proveniente de Tokio, percibió un interés legítimo por parte del Gobierno de Tokio en poner fin a la guerra. También creía que un solo gesto de Washington —la promesa de permitir al emperador conservar su trono y su título— podría conferir a los defensores de la paz japoneses el impulso que precisaban para imponerse.

Por desgracia, Roosevelt llevaba seis semanas muerto, y Grew no conocía muy bien a Traman, pero los duros bombardeos aéreos de Estados Unidos sobre Tokio, que se produjeron el 23 y el 25 de mayo, llevaron a Grew a visitar al nuevo presidente en la Casa Blanca y proponer dicha concesión.

Truman se mostró interesado en la idea, pero debido al poco tiempo que llevaba en el cargo, vaciló a la hora de tomar una decisión politica de tal magnitud sin contar con la opinión de sus asesores militares. Pidió a Grew que debatiera la idea con el jefe del estado mayor del Ejército, el general George C. Marshall, el secretario de la Armada, James V. Forrestal, y el secretario de Guerra, Henry L. Stimson. Estos también juzgaron la idea meritoria, pero creyeron que llegaba en

mal momento, pues el clima había dejado la campaña de Okinawa en un punto muerto y, dadas las circunstancias, Tokio podía interpretar el acercamiento como un signo explotable de hastío de la guerra en Estados Unidos.

Grew no era de esas personas que se rinden fácilmente. El 18 de junio, cuando la campaña de Okinawa casi había terminado, volvió a exhortar a Truman a proclamar que el emperador podía quedarse. Cuando los lideres militares intentaron ganar tiempo una vez más, el presidente decidió postergar su decisión hasta su próximo encuentro con el secretario general soviético Stalin y sus homólogos británico y chino, Winston Churchill y Chiang Kai-shek, que debía comenzar en Potsdam, en la Alemania ocupada, el 16 de jubo.

Aunque no se lo mencionaron a Grew, los jefes militares de Truman tenían un tercer motivo de peso para rechazar o demorar cualquier concesión a los japoneses. Un comité de líderes gubernamentales de alto rango y los principales científicos atómicos del país habían anunciado el 1 de junio que una bomba atómica con una «potencia devastadora» estaba lista para someterse a pruebas. Suponiendo que el ensayo fuera un éxito, recomendaron que la bomba se empleara contra un objetivo japonés de dimensiones adecuadas en cuanto fuese posible y sin previo aviso.

El 17 de julio, el segundo día de la Conferencia de Potsdam, Churchill supo que la primera bomba atómica experimental había estallado con éxito en el desierto de Nuevo México.

«Éste es el Segundo Advenimiento con ira», exclamó Churchill exultante.

Nadie destacado en Okinawa o en las docenas de bases estadounidenses del Pacífico había oído hablar de la «bomba atómica» y mucho menos recibido indicación alguna de que ese «milagro de liberación», como Churchill lo denominaba, estuviera aguardando entre bastidores.

Cada día que pasaba, la posibilidad de una invasión inminente se tornaba más opresiva, y generaba tales sentimientos de futilidad e impotencia que muchos reclutas incluso perdieron interés en unas raciones de cerveza que en su día apreciaron. Entre los soldados rasos se filtró la noticia de que la invasión de las islas japonesas había recibido el nombre en clave de Operación Derrumbamiento. Parecía ominosamente apropiado. Nadie esperaba salir de ella de una pieza.

«Todo el mundo sabía que si aún no había resultado herido, pronto lo estaría», decía el soldado de primera clase Dick Whitaker, un mensajero de la compañía F del 29.° regimiento de marines, que recibió una herida y una Estrella de Bronce en la masacre del monte Pan de Azúcar, «porque pasaríamos de la matanza de Oki a otra mucho peor».

Un problema que afectaba a las tropas que permanecían en Okinawa —incluso a los veteranos que esperaban ser enviados a casa y no tener que combatir de nuevo— era una fatiga persistente tanto mental como física que les llegaba a los huesos, y ni el descanso ni la relajación parecían capaces de aliviarla. Otro era el simple aburrimiento, fruto de la inactividad y una existencia que se asemejaba al limbo.

«Me importaba un pimiento que nos quedáramos en Okinawa», recordaba el sargento R. V. Burgin, de la compañía K/3/5, un veterano de tres campañas que resultó herido en una ocasión y llevaba dos años y medio en el Pacífico, luego tenía todo el derecho del mundo a esperar que le enviaran a casa. «Nuestro campamento de la costa oeste, cerca del aeródromo de Yontan, era igual o mejor que el de Pavuvu, pero estábamos todos entumecidos y quemados. Algunos hacían guardias y había algún que otro trabajo nimio, pero por lo demás, realmente no teníamos gran cosa

en la que ocuparnos. Yo tenía dos primos destacados con el Ejército en Okinawa, y los busqué a los dos para hacerles una visita. Otras veces me sentaba durante horas a ver cómo aterrizaban y despegaban los aviones. Mi vida fue tan neutra durante tanto tiempo que buena parte de aquel período lo tengo en blanco; no lo recuerdo en absoluto.»

Al margen de las construcciones militares de máxima prioridad que estaban teniendo lugar en Okinawa durante el verano de 1945, también estaban en marcha otros proyectos no esenciales, concebidos para ofrecer a los estresados y agotados hombres cierto grado de confort y distracción. Uno de esos servicios era una zona de natación a lo largo de la costa occidental para los miembros del 1.er batallón de tanques de los marines.

Aunque el terreno de aquella región era arenoso hasta la línea de agua, la porción sumergida se componía fundamentalmente de coral afilado, que hubo de arrancarse por medio de explosiones y pulverizarse antes de que los hombres pudieran caminar descalzos sin hacerse trizas los pies. El agua tenía una profundidad de sólo 1,20 metros con marea alta y la idea era eliminar suficiente coral para crear un «agujero para nadar» de tres o cuatro metros de hondo. Se necesitaría mucha dinamita para dicha tarea.

Cuando se corrió la voz del proyecto, todos los miembros del batallón se mostraron ansiosos por verlo finalizado, pero por un capricho del destino, el hombre al mando de su fase de dinamitado era nada menos que el soldado Howard Towry, el «mayor inútil» confeso del grupo.

El suboficial al cargo de la supervisión del proyecto seguramente no tenía ni idea de que estaba creando un escenario para el desastre cuando asignó a Towry las explosiones, pero muchos oficiales del batallón pronto verían, oirían y en algunos casos sentirían los resultados.

«Había asistido a la escuela de dinamiteros y sabía cómo manejar la dinamita, el TNT y esas cosas», recordaba Towry muchos años después. «Nos adentrábamos unos treinta o cuarenta metros en el agua, cargando con unas cajas de dinamita que pesaban veintitrés kilos, las disponíamos en círculos y luego las hacíamos estallar.»

Todo fue bien hasta el último día. La zona de natación prácticamente estaba terminada, a falta sólo de una plataforma anclada desde la que los hombres podrían saltar. Sin embargo, quedaban veinte cajas de dinamita, y el suboficial indicó a Towry que las colocara en un agujero sumergido de gran profundidad, esperara la marea y las detonara todas a un tiempo.

«Clavó un palo en la arena y me dijo que cuando el agua llegara a ese palo debía hacer estallar la dinamita», contaba Towry. «No mencionó nada de comprobar el viento; sólo me dijo que la detonara. Entonces se fue.»

Towry siguió las instrucciones de su superior al pie de la letra. Cuando la marea llegó al palo, hizo estallar la dinamita. Los resultados fueron como mínimo impresionantes. Towry vio cómo se alzaba un geiser de más de treinta metros con una anchura equiparable a medio campo de rugby. Cuando los vientos marinos envolvieron la tromba de agua, ésta avanzó como un maremoto hacia un risco elevado en el que los oficiales del batallón tenían sus dependencias, así como un comedor con buenos acabados, su bar convenientemente aprovisionado, una letrina privada y demás instalaciones que estaban vetadas a los reclutas.

Como ocurrió docenas de veces durante su carrera militar, una exclamación de espanto salió

de los labios de Towry: «¡Oh, no!».

«En ese mismo momento supe que había sido un terrible error», relataba. «Parecía que un huracán estuviese arrasando con las tiendas de campaña de aquellos oficiales. Las echó todas por tierra —de hecho, derrumbó el campamento entero—, y al momento, unos quince altos mandos corrían hacia mí con los ojos inyectados en sangre. Iban a por mí, te lo aseguro.»

En ese momento, el suboficial al mando —un hombre enorme que pesaba cerca de 140 kilos— apareció montado en su jeep a toda velocidad y lo detuvo en seco frente a los oficiales.

«Fui yo quien le dijo al muchacho que lo hiciera», gritó el suboficial, «así que si tienen algo que decir, tendrá que ser a mí».

La intervención del suboficial probablemente salvó a Towry al menos de un consejo de guerra y posiblemente de graves daños corporales. Pero, para su sorpresa, su desventura con la dinamita le convirtió en una especie de héroe entre otros reclutas del batallón.

«A muchos no les caían demasiado bien los altos mandos», decía Towry. «Los consideraban esnobs elitistas y aquello les pareció muy divertido. La zona de natación quedó muy bonita, y yo me alegré de seguir con vida.»

La invasión de Japón era una empresa demasiado grande para emprenderla de golpe. Se dividiría en fases, la primera de las cuales, bautizada con el nombre en clave de Operación Olimpica, fue aprobada por Truman el 18 de junio, el mismo día en que el general Buckner perdió la vida. Tendría por objetivo a Kyushu, la isla más próxima a Okinawa, y tres divisiones de marines y otras tantas del Ejército pertenecientes al 6.° ejército de Estados Unidos atacarían la franja meridional el 1 de noviembre. Otras tres divisiones del Ejército desembarcarían en la llanura que constituía la costa noreste de Kyushu, y dos divisiones más aguardarían como reserva flotante.

La segunda fase, Operación Corona, no estaba prevista hasta las primeras semanas de la primavera de 1946, cuando los ejércitos 8.° y 10.° debían asaltar la llanura de Tokio, mientras el 1.er Ejército, transportado desde Europa hasta el otro extremo del mundo, ofrecía una reserva de diez divisiones. La 1.ª, la 4.ª y la 6.ª divisiones de marines debían liderar el ataque anfibio destinado a tomar la capital japonesa.

A Truman le preocupaban las grandes bajas sufridas por Estados Unidos en Okinawa e Iwo Jima y las consecuencias que ello tuvo para las operaciones Olímpica y Corona, por lo que exigió respuestas concretas de los jefes del estado mayor conjunto sobre el número de pérdidas esperado en Kyushu. El general Marshall y el almirante Ernest J. King, jefe de operaciones navales, manifestó su confianza en que el número de bajas totales en la Operación Olimpica no debería superar los 31.000 muertos y heridos, más o menos las mismas pérdidas que en la campaña de Luzón. Era un número que Truman consideraba aceptable, pero también era ridículamente bajo para muchos historiadores.

Más tarde, las pruebas demostraron que ese cálculo apenas tenía una base real. Se cimentó principalmente en el pronóstico de MacArthur, según el cual, Kyushu sería defendido sólo por siete divisiones japonesas y un par de brigadas independientes mixtas, con un total de tan sólo 200.000 hombres. En realidad, los japoneses contaban con once divisiones, tres brigadas mixtas y

tres brigadas de carros de combate —unos 320.000 efectivos— para la defensa de tierra. Además, podrían haber destinado más de 2.500 aviones convencionales y kamikazes a la defensa aérea de Kyushu.

MacArthur presentó después una evaluación mucho más realista del coste que supondría invadir y conquistar Kyushu, la isla más meridional de Japón, en una campaña que se prolongaría tres meses. A mediados de junio de 1945, en respuesta a las presiones de Washington, MacArthur entregó a Marshall una estimación de bajas revisada drásticamente, con un total de 106.000, incluidas enfermedades y lesiones no contraídas en combate. Algunos planificadores creían que si la invasión de Kyushu conseguía poner fin a la guerra, el coste en pérdidas estadounidenses sería incluso más elevado, con un total de 132.500 bajas. Si el resto de las islas debían ser invadidas en dos desembarcos más, según preveían los mismos planificadores, la fase más sangrienta de la Operación Derrumbamiento podría alargarse otros dieciséis meses con unas bajas estadounidenses que superarían las 250.000 e incluso alcanzarían las 500.000.

El ex presidente Herbert Hoover estaba convencido de que incluso esos cálculos eran demasiado optimistas. Hoover envió un extenso memorándum a Truman, en el que le alentaba a considerar una paz negociada en lugar de una rendición incondicional para salvar «la vida de 500.000 o 1.000.000 de jóvenes estadounidenses».

En su libro *The Glory and the Dream*, el escritor Wilham Manchester situaba el suplicio que acechaba en una lúgubre perspectiva al decir:

La conquista de Iwo Jima, menos de veinte kilómetros cuadrados de cenizas volcánicas, había costado 25.849 marines... El precio de Okinawa había sido de 49.151 ... Si los japoneses habían podido derramar tanta sangre en las islas situadas fuera de su perímetro defensivo, ¿hasta qué punto serían formidables en los 370.000 kilómetros cuadrados de sus cinco islas, donde se les unirían... todos los miembros de la población civil en edad de llevar una granada de mano?

Truman se vio claramente influido por el abrupto incremento de los pronósticos de bajas. El 26 de julio, él, Churchill y Chiang Kai-shek publicaron un comunicado de su encuentro en Alemania que se dio a conocer como la Declaración de Potsdam, en la que bosquejaban los términos en los que se aceptaría la rendición «incondicional» de Japón.

Entre otras cosas, exigía la «eliminación perpetua» de la influencia y la autoridad de los militaristas japoneses; despojar a Japón de todos los territorios conquistados y limitar su soberanía a las cuatro islas que constituían la nación y a las islas pequeñas adyacentes; la ocupación de Japón por parte de las fuerzas aliadas hasta que pudiera establecerse un nuevo orden de «paz, seguridad y justicia»; el desarme de las fuerzas militares japonesas, cuyos miembros podrían regresar a casa con la posibilidad de llevar «una vida pacífica y productiva»; justicia severa para todos los criminales de guerra, pero garantías de derechos humanos y libertad de expresión, religión y pensamiento para los ciudadanos japoneses; y la conservación de los sectores pacíficos para sostener la economía japonesa a la vez que se prohibía cualquier rearme.

La declaración también prometía que las fuerzas ocupantes se retirarían de Japón en cuanto se cumplieran los objetivos anteriores y se formara «un gobierno con inclinaciones pacíficas y responsable». Sin embargo, no afirmaba explícitamente que el emperador fuese a conservar el

trono. Al parecer, Truman y otros lideres creían que la referencia a un «gobierno responsable» era una garantía suficiente de que los japoneses podrían elegir a sus futuros mandatarios, pero tal vez no se entendiera del todo en Tokio.

Por otro lado, la advertencia incluida en la declaración debería haber estado clara como el agua para los japoneses. No se andaba con miramientos e iba directa al grano. Si las condiciones de la declaración eran rechazadas, afirmaba, «la devastación absoluta de la patria japonesa» llegaría pronto.

Cuando la declaración fue retransmitida en Japón, se desencadenó un acalorado debate sobre cuál debía ser la respuesta. Como cabía esperar, fue recibida con desdén por los líderes militares japoneses, pero los pacifistas civiles lo acogieron como una oportunidad de poner punto y final a la guerra sin sacrificar el honor nacional.

El ministro de Asuntos Exteriores Togo quería posponer cualquier respuesta oficial, por temor a que los miembros del gabinete no aprobaran otra cosa que una negativa de plano, pero el primer ministro Suzuki se adelantó a los acontecimientos una vez más. En una rueda de prensa convocada el 28 de julio, denunció la declaración, tildándola de refrito inútil e inaceptable de propuestas anteriores de los aliados, y luego se jactó de que una mayor producción aérea japonesa daba al país nuevas posibilidades de victoria.

Como probablemente sabía Suzuki, no había esperanza de que los zelotes militares de Tokio suavizaran su posición, independientemente de cuántas vidas civiles estuvieran en la balanza. «Aunque el pueblo japonés esté harto de la guerra», decía el almirante Soemu Toyoda, comandante de la Flota Imperial Conjunta, «debemos luchar hasta que quede un solo hombre».

Uno de los eslóganes patriotas más divulgados ese verano en Japón simbolizaba la determinación de los señores de la guerra a que esta referencia «al último hombre» se aplicara en igual medida a hombres, mujeres y niños civiles y a los cuatro millones de soldados, marineros y aviadores que restaban en las fuerzas armadas.

«Cien millones de personas morirán con orgullo», proclamaba.

Desde Potsdam, el secretario de Estado de Estados Unidos, James Byrnes, calificó las declaraciones de Suzuki de «desalentadoras», pero expresó su confianza en que Tokio cambiara de parecer antes de que finalizara la reunión. De lo contrario, Truman ya había dictado órdenes a la 20.ª fuerza del aire para que entregara las primeras dos bombas atómicas a la gigantesca base estadounidense de isla de Tinian, en las Marianas septentrionales, y para que se preparara para lanzar una de ellas sobre una ciudad japonesa cuando el clima lo permitiera, a partir del 3 de agosto.

Cuando Truman dejó Europa a bordo del crucero *Augusta*, no se habían recibido noticias de Tokio. La suerte estaba echada. El 2 de agosto, todavía a bordo del *Augusta* en el Atlántico, Truman dictó la orden final al general Curtís LeMay, cuyos B-29 ya habían aniquilado buena parte del Japón urbano.

Las inclemencias del tiempo que se impusieron el 3 y el 4 de agosto demoraron la misión, pero cuando se despejaron los cielos el día 5, LeMay ordenó que se cargara la primera bomba en el *Enola Gay,* un B-29 a las órdenes del coronel Paul W. Tibbets. A las 2.45 del 6 de agosto, Tibbets

y su tripulación, acompañados por el capitán William S. Parsons, un especialista en artillería de la Armada que se unió a la misión para realizar los últimos ajustes a la bomba, despegaron del aeródromo norte de Tinian para emprender el vuelo de 1.100 kilómetros hasta Japón. Les seguían dos aviones de observación cuya labor consistía en registrar los resultados de la misión.

El objetivo era Hiroshima, un centro industrial de 350.000 habitantes situado al suroeste de Honshu, la isla más grande del país. Era una de las dos ciudades japonesas importantes —la otra era Kioto— que todavía no habían sido atacadas con fuerza por los B-29. Sin embargo, durante las semanas anteriores, miles de bombarderos estadounidenses habían sobrevolado Hiroshima, ya que se encontraba en un punto de encuentro clave para los aviones. Las sirenas de ataque aéreo sonaban día y noche en la ciudad, lo cual ponía nerviosos a los ciudadanos. Más de 100.000 residentes evacuaron la ciudad durante jubo y principios de agosto, y sólo quedaban 240.000 cuando cayó la bomba A. Uno de los numerosos rumores que circulaban aseguraba que los estadounidenses se guardaban algo «especial» para Hiroshima, y en este caso era cierto.

Cuando la bomba estallara a las 8.15 del 6 de agosto, la mitad de la población moriría en el acto o sufriría lesiones espantosas que acabarían resultando mortales.

El presidente todavía se encontraba en el *Augusta,* que surcaba las aguas del Atlántico occidental, cuando recibió la confirmación de que la misión se había completado con éxito. Su excitación resultaba patente cuando hizo correr la voz, primero al séquito presidencial, y después a los altos mandos y los soldados del barco.

«Esto es lo más importante en la historia», les dijo Truman.

Cuando la noticia del ataque nuclear llegó a los hombres de Okinawa el 10 de agosto, todos coincidieron casi unánimemente con la valoración de Truman.

Como recordaba casi 61 años después de que cayera la primera bomba el cabo de los marines Melvin Grant, cuyo hermano Scott había fallecido en la cordillera de Kunishi: «Estábamos encantados, absolutamente encantados, cuando escuchamos la noticia. Utilizar la bomba era lo que debíamos hacer, y lo hicimos, y no me arrepentí en absoluto. Lo hicimos para salvar vidas, no sólo estadounidenses, sino también japonesas. Entonces, y también ahora, mi sensación era que si no hubiese existido un Pearl Harbor tampoco habrían existido un Hiroshima o un Nagasaki».

«Me sentí feliz y aliviado», añadía el sargento Jack Armstrong, del 1.er batallón de tanques de los marines. «La noticia nos levantó mucho el ánimo, y por primera vez en mucho tiempo atisbamos un rayo de esperanza. Quizá al final no tendríamos que invadir Japón. Quizá volvería a casa con vida.»

El soldado de primera clase Wendell Majors, del Cuerpo de marines, se encontraba ingresado en un hospital de la Armada en Guam, recuperándose de las heridas que recibió en el monte Pan de Azúcar y mirando al futuro con temor ante la posibilidad de recuperarse a tiempo para participar en la invasión de Japón, cuando conoció la noticia. «En aquel momento, si hubiese tenido una cabeza nuclear que hubiese cabido en el extremo de mi rifle y hubiese podido llegar a Japón con ella, habría apretado el gatillo», recordaba con una voz cargada de emoción décadas después. «Habría hundido toda la nación japonesa si hubiese sido necesario, porque, en mi opinión, eso era lo que había que hacer para que se rindieran.»

El horror de Hiroshima convenció a los máximos lideres civiles, incluido Hirohito, de que Japón no tenía otra elección que aceptar las condiciones de la Declaración de Potsdam, aunque no consiguió hacer mella en la determinación de los partidarios de la línea dura japoneses. El ministro de Asuntos Exteriores encabezó la lucha por la paz, pero él y otros pacifistas del Gobierno tuvieron que actuar con cautela. Los señores de la guerra y sus esbirros no habían vacilado a la hora de asesinar a disidentes en el pasado, y sin duda volverían a hacerlo en nombre del honor, incluso a riesgo de destruir el país entero.

Truman dio a los japoneses tres días para responder. Cuando no se recibió una aceptación oficial de las condiciones de paz desde Tokio en ese período, el presidente ordenó el lanzamiento de una segunda bomba, todavía más potente. El blanco seleccionado en un principio fue la ciudad de Kokura, pero unas gruesas nubes obligaron al B-29 que debía llevar la bomba, pilotado por el comandante Charles W. Sweeney, a desviarse hacia un segundo objetivo, la ciudad de Nagasaki, un importante puerto marítimo y el mayor complejo industrial y militar de Kyushu. Esta segunda bomba, que respondía al nombre en clave de *Fat Man,* estalló recién tocadas las once de la mañana del 9 de agosto, unas seis horas después de que la Unión Soviética declarara la guerra a Japón y enviara sus tanques a Manchuria.

Unos 35.000 japoneses murieron al instante, y otros 10.000 perecerían por causa de las radiaciones en los días siguientes. Miles de personas más resultaron heridas, pero sobrevivieron.

Los partidarios de la linea dura se quedaron helados, casi tanto por las acciones de los soviéticos como por las bombas, pero se negaron a capitular. Una reunión imperial de los «seis grandes» del gabinete de guerra japonés, celebrada en un refugio antiaéreo situado bajo al palacio imperial y a la que asistió el emperador, se prolongó hasta la tarde del 9 de agosto y buena parte de la noche. El jefe del estado mayor de la Armada, el almirante Soemu Toyoda, y el jefe del Ejército, el general Korechika Anami, se opusieron con firmeza a la propuesta del ministro de Asuntos Exteriores Togo de aceptar la Declaración de Potsdam, aduciendo que sus fuerzas podían derrotar a los estadounidenses en Kyushu y conseguir mejores condiciones.

Poco antes de medianoche, momento en que el gabinete se hallaba en un punto muerto de tres contra tres, el primer ministro Suzuki recurrió a Hirohito, y comunicó con pesar que el gabinete era incapaz de llegar a un consenso y pidió al emperador que diera un paso sin precedentes. «Solicitamos la decisión de Su Majestad Imperial», dijo Suzuki.

Mientras militantes y partidarios de la paz se inclinaban en una muestra de respeto, Hirohito se levantó y habló con voz temblorosa por la emoción: «Ya no soporto ver sufrir más a mi pueblo inocente... ¿Cómo podemos repeler a los invasores?... Me trago mis propias lágrimas y doy mi autorización a la propuesta para aceptar la proclamación aliada...».

Después de que el emperador se marchara, Suzuki se puso en pie para dirigirse a los otros miembros del CSDG. «La decisión de su Majestad debería ser también la de esta junta», declaró.

Sin embargo, de acuerdo con la ley japonesa, la junta carecía de autoridad para aprobar o ejecutar una decisión nacional de esta naturaleza —sólo podía hacerlo el gabinete—, de modo que el CSDG puso fin a la reunión a las 2.30 del 10 de agosto. Media hora después, los mismos seis hombres convocaron una reunión del Gabinete y aprobaron por unanimidad la decisión del emperador.

A las siete de esa misma mañana, el gobierno de Estados Unidos y sus aliados recibían la notificación de que Japón aceptaría las condiciones de la Declaración de Potsdam, dando por sentado que se permitiría al emperador seguir cumpliendo sus funciones como gobernante soberano del país.

La paz estaba tentadoramente cerca pero todavía no se había materializado. Todavía no.

En Tokio se impondría un período de tensión absoluta durante cinco días más, en los que la noticia del decreto del emperador le sería ocultada al pueblo japonés. A lo largo de las dos semanas siguientes, se tramarían varios complots antipacifistas y se evitaría por bien poco un grave golpe de Estado militar.

Washington quería dejar claro que para que el emperador continuara siendo el lider nacional de Japón deberían cumplirse ciertas condiciones, como establecía una nota del secretario de Estado Byrnes con fecha del 11 de agosto. Tras la rendición, el alcance del papel del emperador en el Gobierno vendría determinado por el comandante supremo de las fuerzas de ocupación aliadas, y la forma de gobierno de Japón la decidiría la «voluntad libre» del pueblo japonés.

La nota de Byrnes desencadenó una nueva crisis en Tokio, donde varios líderes militares exigían ahora el autodesarme de sus tropas y, o bien una ocupación limitada, o bien ninguna en absoluto. Un grupo de jóvenes oficiales fanáticos trataron de perpetrar un golpe de Estado para derrocar al gabinete y continuar la guerra. En un esfuerzo por calmar la situación, Hirohito recurrió a altos mandos clave del Ejército y la Armada para asegurarse de que sus tropas obedecían la orden de alto el fuego. El general Korechika Anami, ministro de Guerra, convocó a todos los altos mandos del rango de teniente coronel o superior, y les apeló a mantener el control y a que no intentaran frustrar abiertamente la decisión de paz. El almirante Yonai, ministro de la Armada, dedicó una advertencia similar al personal naval.

El 11 de agosto, después de que se enviara la nota de Byrnes, el presidente Truman ordenó frenar todas las operaciones estratégicas contra Japón por parte de la 20.ª fuerza del aire. Tres días después, por motivos que todavía no se han esclarecido, la orden fue revocada el tiempo suficiente para que más de mil B-29 despegaran en misiones de bombardeo, una acción que pudo ser catastrófica para el proceso de paz si los aviones no se hubiesen retirado antes de alcanzar sus objetivos.

Finalmente, sólo aparecerían siete B-29 más sobre Tokio y otras ciudades japonesas antes de que la segunda guerra mundial finalizara. No portaban bombas, sólo panfletos —cinco millones—, que contenían el texto de la aceptación japonesa de la Declaración de Potsdam y una traducción de la respuesta del secretario Byrnes.

Cuando se repartieron los folletos durante la noche del 13 al 14 de agosto, el pueblo japonés tuvo su primer indicativo de lo que estaba ocurriendo en su país. Se mostró al emperador uno de los folletos a la mañana siguiente, y el primer ministro Suzuki le advirtió que hiciera pública su declaración de paz lo antes posible. De lo contrario, corría el riesgo de perder el control de las fuerzas armadas.

La noche siguiente (14-15 de agosto), un grupo de jóvenes oficiales intransigentes se enfrentaron al general Takeshi Mori, comandante de la Guardia Imperial, exigiendo que él y sus

hombres desobedecieran la orden de rendición del emperador. Cuando Takeshi se negó, le asesinaron. Los conspiradores también irrumpieron en los estudios de Radio Tokio e intentaron hacerse con la grabación maestra del anuncio de paz de Hirohito y destruirlo, un anuncio que debía retransmitirse a la nación unas horas más tarde. Al fracasar su plan y una tentativa de asesinar al primer ministro Suzuki, la mayoría de los conspiradores se practicaron el haraquiri, como también lo hicieron el ministro de Guerra Anami, el almirante Takijiro Onishi, padre del Cuerpo de Kamikazes, y otros altos mandos militares.

Desde primera hora del 15 de agosto, las radios de todo Japón repitieron el mismo mensaje: un anuncio de suma importancia sería emitido a mediodía. Pocos o ninguno de los millones que se congregaron en torno a los altavoces de ciudades armiñadas a la hora señalada se esperaban que fuera el propio emperador el que realizara el anuncio, y mucho menos que fuera un reconocimiento de la derrota de Japón.

Por primera vez en la historia, el pueblo japonés oía la voz de su emperador. Eso era de por sí increíble, pero todavía resultó más asombroso el ominoso significado de sus palabras. El término «rendición» nunca se mencionó en el comunicado de Hirohito, pero su significado estaba más que claro:

Hemos ordenado a nuestro Gobierno que comunique a los Ejecutivos de Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética que nuestro Imperio acepta las disposiciones de su declaración conjunta... Os instamos, nuestros fieles súbditos, a que cumpláis fielmente nuestra voluntad... Guardaos de la manera más estricta de cualquier arrebato de emoción que pueda conllevar complicaciones innecesarias o que os lleve a perder la confianza en el mundo... Cultivad las sendas de la rectitud; fomentad la nobleza del espíritu; y trabajad con resolución para que podamos potenciar la gloria del Estado Imperial...

El gigantesco conflicto instigado por los señores de la guerra el 7 de diciembre de 1941 había terminado por fin. Japón había perdido.

La reacción de Okinawa al final de la guerra osciló de la conmoción silenciosa y la reflexión llena de plegarias a celebraciones jubilosas que estuvieron a la altura de las que se presenciaron en Estados Unidos durante los dos días festivos declarados por el presidente Truman.

«Recibimos la noticia con incredulidad, sumada a un sentimiento de alivio indescriptible», decía el soldado de primera clase Gene Sledge, de la compañía K/3/5. «Creíamos que los japoneses no se rendirían jamás. Muchos se negaban a creerlo. Sentados en silencio y aturdidos, recordamos a nuestros muertos. Eran tantos muertos...Tantos mutilados... Tantos futuros brillantes relegados a las cenizas del pasado...»

Cuando el sargento R. V. Burgin se enteró de la noticia, había abandonado a sus compañeros de la K/3/5 y se había trasladado a un cuartel temporal situado cerca del puerto de Naha para esperar el regreso a casa. «Todo el mundo se alegraba mucho de que hubiera terminado», recordaba, «y aunque estaba convencido de que no tendría que ir a Japón, fue un gran alivio saber que no habría una invasión. Supe desde el principio que estaba del bando ganador. Sólo era cuestión de saber si los japoneses abandonarían o tendríamos que matarlos a todos, pero cuando

me imaginaba a todos los japoneses como enemigos acérrimos —incluso las mujeres y los niños — me sentía muy mal. Me habría molestado mucho entrar allí de esa manera».

Estallaron bulliciosas celebraciones en algunas zonas del nuevo campamento de la 1.ª división de marines en la península de Motobu, pero incluso éstas se vieron empañadas por recuerdos amargos y teñidas de una tristeza constante. «Muchos nos emborrachamos y corrimos de un lado a otro como pollos a los que les han cortado la cabeza», recordaba un marine al que se citaba en *The Old Breed*, «pero pensaba, como creo que les ocurría a muchos otros, que hacíamos lo que se esperaba que hiciéramos. Además, no era un buen lugar para celebraciones. Me parecía irreverente. Hacía sólo unos días que habían muerto nuestros compañeros. Todavía quedaban muchos heridos en los hospitales. Siempre oyes hablar de la que se montó en las calles de París después de la primera guerra mundial. Bueno, Motobu no era París».

El 15 de agosto, al caer la noche, el cielo que coronaba la isla se iluminó con uno de los espectáculos pirotécnicos más grandes jamás vistos en la Tierra, cuando miles de baterías antiaéreas en la costa y a bordo de cientos de buques de la Armada dispararon al aire interminables andanadas de balas trazadoras y proyectiles de gran potencia.

En la isla filipina de Mindoro, donde la 96.ª división de infantería había llegado el 11 de agosto después de resistir un tifón particularmente violento en el mar, se respiraba un jolgorio similar, en el que los gritos de alegría se compaginaban con una callada introspección.

«Todos los miembros de la compañía del Amor se sentían vigorizados por la noticia», decía el cabo Don Dencker. «Nos felicitamos unos a otros mientras nos tomábamos nuestra ración de tres cervezas por cabeza, pero la celebración fue sorprendentemente insulsa. No hubo disparos alocados. Mis pensamientos y los de los demás fueron para los compañeros que habían muerto o habían sido heridos de gravedad.»

En Guam, donde fue enviada la 6.ª división después de Okinawa, los primeros partes radiofónicos de la rendición japonesa se recibieron a las diez de la noche, después de que muchos hombres se hubiesen acostado. Cuando llegó la noticia a casa, los marines saltaron de sus literas y corrieron hacia el exterior vitoreando y chillando, muchos de ellos en ropa interior. Los miembros de la banda del 22.° regimiento de marines sacaron sus instrumentos y encabezaron un desfile callejero improvisado.

Mientras los demás se apiñaban alrededor de las radios, ansiosos por conocer más detalles sobre la rendición, el sargento Stanley A. Goff cumplía una promesa que hizo meses antes, según la cual debía ponerse su único uniforme almidonado de color caqui y revolcarse en un charco de barro.

Sin duda, una de las reacciones más calmadas al final de la guerra se produjo a bordo del torpedero *LSM(R) 198*, que había desempeñado labores de radar móvil a unos 160 kilómetros de la costa de Kyushu hasta que recibió la orden repentina de dar un giro de 180 grados y poner rumbo a Hawai.

«Ni siquiera nos enteramos de la capitulación hasta el día siguiente», decía el ayudante de artillería Hank Kalinofsky, «aunque sospechábamos que había ocurrido algo importante cuando cambiamos el curso. Poco antes vimos todavía a kamikazes dirigirse hacia nosotros. En el barco no hubo celebración alguna, y como sólo quedábamos 86 a bordo, habría sido complicado

mantenerlo en secreto. Lo único que recuerdo es una gran sensación de alivio. Al final no íbamos a prestar apoyo a otra invasión».

El 4.° regimiento de marines vivió una experiencia totalmente opuesta y tuvo mucho menos tiempo para celebraciones que los demás regimientos de la 6.ª división de marines. El mismo día en que se rindió Japón, el 4.° regimiento —una recreación de la unidad original, cuyos supervivientes habían sido hechos prisioneros en Corregidor en mayo de 1942— abandonaron Guam y fueron uno de los primeros cuerpos estadounidenses que tuvieron que desembarcar en el terreno del que fuera su enemigo. Tomarían tierra en Yokosuka cuatro días antes de que se rubricara el tratado de paz en la bahía de Tokio.

La marcha del regimiento sirvió como recordatorio aleccionador de que, aunque la guerra ya era historia, todavía quedaba mucho por hacer para garantizar la paz.

Con rendición o sin ella, todavía se registraban acciones hostiles esporádicas en Okinawa y en las aguas que la rodeaban ocho semanas después de que la isla fuese declarada segura, y todo no acabó con la aceptación por parte de Hirohito de las condiciones de capitulación propuestas en Potsdam.

El 12 de agosto, se advirtió a las fuerzas estadounidenses desplegadas en la zona que permanecieran atentas a un bombardero bimotor Betty, pintado de blanco y con cruces verdes en las alas y el fuselaje. Supuestamente, el avión transportaba oficiales japoneses que habían aceptado la rendición y se esperaba que hiciera escala en el aeródromo de la isla de le Shima, frente a la costa noroeste de Okinawa, de camino a Manila.

«Nos ordenaron que no abatiéramos a este avión», recordaba el operario de radio Joe Di Stanislao, un tripulante a bordo del crucero *Columbia*. «Sin embargo, en lugar de un avión blanco con cruces verdes vimos un bombardero que voló por encima de nosotros y lanzó un torpedo que alcanzó al buque de guerra *Pennsylvania*, anclado a mil metros de distancia. El impacto directo provocó numerosas bajas.»

El venerable *Pennsylvania*, que había servido como buque insignia de la flota estadounidense antes de la guerra, acababa de regresar de una restauración completa en Bremerton, Washington. Se hallaba fondeado en la bahía de Buckner (originalmente Nakagusuku Wan, que fue rebautizada con el nombre del general después de su muerte) cuando fue alcanzado. Murieron veinte marineros, y los heridos incluían al vicealmirante Jesse Oldendorf, comandante de una fuerza de ataque de reciente creación y perteneciente a la 3.ª flota de Estados Unidos, que estaba en el proceso de transferir su bandera del buque de guerra *Tennessee* al *Pennsylvania*.

Entretanto, en la isla de Okinawa, las tropas estadounidenses seguían intercambiando disparos ocasionales con algunos reductos japoneses desperdigados. Setecientos soldados habían logrado eludir la aniquilación final del 10.° ejército en la isla. La mayoría de estos fugitivos, casi cuatrocientos reclutas y oficiales, muchos de ellos enfermos o heridos, se escondían en cuevas profundas situadas bajo la cordillera de Kunishi, dirigidos por el coronel Kikuji Hongo, un comandante de regimiento de la 24.ª división japonesa. Otro grupo de unos trescientos hombres a las órdenes del capitán Tsuneo Shimura avanzaba poco a poco hacia el norte con la esperanza de emprender acciones de guerrilla en zonas montañosas y apenas pobladas por encima del istmo de

Ishikawa.

Cuando se corrió la voz de la rendición en los focos de resistencia, la coacción de los intérpretes estadounidenses y el testimonio de los prisioneros de guerra japoneses acabó convenciéndolos de que la guerra verdaderamente había terminado. El 30 de agosto, ambos grupos de Okinawa, con varias guarniciones en las Kerama Retto, se habían entregado a las fuerzas de Estados Unidos.

El 19 de agosto, no uno, sino dos bombarderos Betty, ambos pintados de blanco y con cruces verdes como se había estipulado, llegaron por fin al aeródromo de le Shima. Estaban ocupados por altos mandos japoneses que habían de embarcar en un avión de las fuerzas aéreas del ejército para dirigirse hacia Manila, donde se reunirían con el general MacArthur para debatir la rendición formal. Los oficiales fueron saludados —ninguno con excesiva cordialidad— por varias secciones de ametralladora de los marines que bordeaban la pista en alerta máxima y con sus armas cargadas.

«Nos distribuyeron bajo el ala de un C-47 de transporte», recordaba el cabo Dan Lawler, un artillero de la compañía K/3/5 que fue colocado junto a su Browning del calibre 30, «y nuestro capitán nos dijo: "Si estos japoneses hacen algún movimiento extraño, acabáis con ellos. Arrasad con ellos"».

Los marines no sabían qué esperar, ya que aquel era el primer encuentro cara a cara entre altos mandos japoneses y estadounidenses, y en el grupo se encontraba el teniente general Torashiro Kawabe, segundo jefe del estado mayor del Ejército japonés.

«Nuestros oficiales consideraban demasiado arriesgado permitir que los japoneses aterrizaran en la isla principal», contaba Lawler. «Temían que se hicieran saltar por los aires y se llevaran a unos cuantos estadounidenses consigo. Le diré una cosa: si hubiesen intentado algo —lo más mínimo— podría haberles disparado sin pestañear.»

Aunque las precauciones que se tomaron en le Shima pueden parecen extremas vistas con la perspectiva de más de seis décadas, estaban sobradamente justificadas por los acontecimientos que estaban teniendo lugar en el Japón de la época. La llegada de los Betty con una señalización especial, se había demorado dos días, después de que unos aviadores exaltados del Ejército japonés amenazaran con derribar cualquier misión de rendición que intentara despegar.

A la luz de este y otros incidentes, incluido el complot frustrado de unos kamikazes que pretendían estrellarse contra el buque de guerra *Missouri* en el momento de la ceremonia de capitulación, un nuevo gabinete japonés pidió que los primeros desembarcos de fuerzas estadounidenses se pospusieran varios días. Se accedió a la petición, y las primeras tropas de Estados Unidos no llegaron a la costa hasta el 28 de agosto.

Evacuar a los miles de estadounidenses y prisioneros aliados que dejaban atrás los campos de internamiento abandonados de Japón y seguían instrucciones emitidas por radio y lanzadas desde los aviones para reunirse en puntos de rescate de la costa era la máxima prioridad. Los informes sobre amenazas de extremistas japoneses que pretendían ejecutar a estos prisioneros si su país era invadido suscitaron preocupación por su seguridad, incluso después del acuerdo de paz. Muchos estaban medio hambrientos y necesitaban desesperadamente atención médica, entre ellos diversos

supervivientes de la impopular marcha de la muerte de Bataan, que tuvo lugar tras la conquista de Filipinas por parte de Japón a comienzos de 1942. No se escatimaron esfuerzos en conseguir ayuda para estos hombres lo antes posible mediante buques de la Armada que recientemente habían desempeñado un papel importante en la campaña de Okinawa.

Uno de los primeros barcos de gran envergadura que entraron en territorio japonés fue el crucero pesado *Wichita*, que también fue uno de los primeros buques de guerra estadounidenses que arribaron a Okinawa, y uno de los más ocupados una vez que llegó allí, tras sobrevivir a ataques de kamikazes, torpedos y buzos suicidas.

Los tripulantes de la *Vieja Bruja* ya estaban nerviosos por la idea de adentrarse en el corazón del imperio japonés antes de la firma oficial del tratado de paz, pero cuando conocieron su destino concreto, su grado de ansiedad aumentó todavía más.

«Nuestra misión consistía en entrar en el puerto de Nagasaki y liberar a unos 10.000 prisioneros de guerra que habían sido retenidos en un campo a unos 32 kilómetros de la ciudad», narraba el marinero Les Caffey. «Habían pasado menos de dos semanas y media desde que se lanzó allí la bomba atómica y no teníamos ni idea de qué nos encontraríamos.»

El *Wichita* iba acompañado de un pequeño convoy que incluía un destructor, dos destructores de escolta, dos dragaminas y un buque hospital, el U.S.S *Haven.* Tenían órdenes de echar el ancla frente a la costa hasta que se les concediera el permiso para fondear en el puerto.

«Corrían toda clase de rumores terribles en el barco», recordaba el alférez Ben McDonald, un joven oficial de artillería. «Oímos que el Gobierno japonés había enviado observadores a Nagasaki que nunca regresaron o enviaron informes. Nos dijeron que la radiación y otros efectos posteriores podían absorber o disolver a la gente —hacerla desaparecer— y que la zona estaría contaminada durante siglos. Nos imaginábamos una cortina gaseosa que se extendía desde el suelo hasta el cielo y que resultaba letal para cualquiera que la cruzara. Hombres que habían luchado sin temor contra el enemigo se sentían aterrorizados por aquel desconocido impensable.»

El suspense se acrecentó cuando dos hidroaviones de canoa de la Armada interceptaron el convoy y un contingente de científicos del Proyecto Manhattan, que había creado la bomba atómica, subió a bordo del *Wichita.* Sus garantías de que el terreno calcinado de Nagasaki probablemente era «habitable» hicieron poco por fomentar la confianza de la tripulación.

«Estábamos muy asustados, como nunca antes», recordaba McDonald.

Después de dos días de pruebas en la costa, los científicos aseguraron que los residuos radiactivos de la bomba se habían disipado y que el personal naval podía desembarcar sin peligro. Sin embargo, los miembros del grupo del litoral debían llevar ropa protectora recubierta de plomo.

«La destrucción era increíble», aseguraba McDonald. «Toda la ciudad había quedado arrasada y sólo continuaba en pie el esqueleto de algunos edificios más sólidos situados fuera de la zona cero.»

Al principio no había signos de vida humana, pero aparecieron paulatinamente supervivientes aterrorizados, muchos de ellos cubiertos de quemaduras bien visibles, y varios de los heridos de menor consideración se ofrecieron voluntarios para servir de guías. «Nos mostraron una zona pequeña cerca de la estación ferroviaria principal en la que fueron asesinadas 4.000 personas y

murieron otras 12.000», contaba McDonald.

Los prisioneros de guerra se encontraban en un estado terrible; eran esqueletos andantes cubiertos de polvo y atestados de piojos y otros parásitos. Los que estaban en peores condiciones recibieron tratamiento a bordo del *Haven,* mientras que los demás fueron embarcados en buques de transporte que les conducirían a Filipinas. En total se evacuó a 9.700 personas, entre ellas 1.512 supervivientes estadounidenses de la marcha de la muerte de Bataán; otros eran británicos, australianos, holandeses y javaneses.

A las 5.50 del 30 de agosto, los hombres del 2.° batallón del 4.° regimiento de marines, capitaneados por el comandante Frank Carney, se convirtieron en los primeros soldados de combate estadounidenses en poner un pie en terreno japonés y, de hecho, en los primeros invasores extranjeros que lo hacían en toda la historia del país.

A medida que sus lanchas de desembarco se aproximaban a las costas de la bahía de Tokio, los marines pudieron ver los elevados malecones y las fortalezas de cemento reforzado que formaban una linea sólida a lo largo de la bahía. El lugar estaba repleto de cañones gigantescos, baterías antiaéreas y armamento de toda índole, el cual habrían tenido que afrontar los marines en una invasión. Ahora, las fortificaciones estaban envueltas en banderas blancas, tal como ordenó el general William T. Clement, comandante adjunto de la 6.ª división de marines, que dirigía el contingente de desembarco, y el personal japonés había sido retirado, con la excepción de reducidas dotaciones de mantenimiento.

«Espero que vaya en serio», decía un marine con inquietud al ver las banderas blancas ondeando por encima de la rampa de su lancha de desembarco.

Sin embargo, los fuertes fueron ocupados sin incidentes, y los pocos japoneses con los que se toparon los marines lucían brazaletes blancos que les identificaban como personal de mantenimiento esencial, como se les había instruido, y no opusieron resistencia. Mientras tanto, los batallones 1.° y 3.° del regimiento tomaron la base naval y el aeródromo de Yokusuka, y a media mañana, el general Clement y su estado mayor llegaron a tierra firme para organizar un puesto de mando y aceptar la rendición formal de la zona de un grupo de oficiales japoneses.

Algunas de las escenas más fascinantes de este emotivo período se produjeron en Yokusuka, cuando los miembros del «nuevo 4.° regimiento de marines» se encontraron por primera vez con 120 supervivientes escuálidos del «viejo 4.° regimiento».

Al tiempo que la banda del regimiento tocaba, los héroes liberados de Bataan y Corregidor se sentaban con los héroes de la península de Motobu y el monte Pan de Azúcar para disfrutar de una comida a base de bisté, brindar con cerveza japonesa e intercambiar historias. Entre ellos había dos hermanastros emocionados, uno del viejo regimiento y otro del nuevo, que no esperaban volver a verse nunca.

Los hermanos reunidos formaban un microcosmos de los mejores y los peores momentos de la guerra, aunando la agonía de la derrota y el encarcelamiento con la euforia de la victoria y la paz.

A las nueve de la mañana del domingo 2 de septiembre de 1945, el general MacArthur aceptó la capitulación formal de Japón a bordo del buque de guerra *Missouri,* uno de los 258 barcos estadounidenses anclados en la bahía de Tokio.

Los almirantes Nimitz y Halsey se encontraban allí, junto con el general Jonathan M. Wainwright, que había entregado Filipinas a los japoneses en 1942, y el general británico sir Arthur Percival, que se rendía en Singapur ese mismo año —ambos recién salidos de campos de prisioneros de Manchuria— mientras MacArthur leía un breve comunicado: «Espero sinceramente —como lo espera toda la humanidad— que en esta solemne ocasión nazca un mundo mejor de la sangre y la carnicería del pasado, un mundo cimentado en la fe y el entendimiento, un mundo dedicado a la dignidad del hombre y el cumplimiento de su deseo más apreciado de libertad, tolerancia y justicia».

A continuación, en una atmósfera silenciosa y fría, se indicó a los miembros de la delegación japonesa que se adelantaran para firmar el instrumento de rendición. El ministro de Asuntos Exteriores Shigemitsu se acercó lentamente con su pierna artificial a la mesa revestida de verde y el general R. K. Sutherland, jefe del estado mayor de MacArthur, tuvo que enseñarle dónde debía estampar su firma. Shigemitsu escribió su nombre en el documento a las 9.04, y puso fin oficial a una guerra que se había prolongado durante 1.364 días, cinco horas y 44 minutos. MacArthur, Nimitz, Halsey y el almirante en la retaguardia Forrest Sherman firmaron en nombre de Estados Unidos, seguidos por signatarios de cada una de las naciones aliadas.

A las 9.25, con centenares de aviones de la Armada y las fuerzas aéreas del Ejército tronando sobre su cabeza en un enorme despliegue aéreo, MacArthur clausuró la ceremonia con estas palabras: «Recemos por que la paz se reinstaure ahora en el mundo y que Dios la preserve por siempre».

Cinco días después, el 7 de septiembre, se celebraba una sencilla ceremonia de diez minutos en el cuartel general del 10.° ejército en Okinawa con un público integrado por muchos de los soldados de la Armada y los marines que habían combatido allí. El control de la isla principal y sus satélites de Ryukyus fue cedido a Estados Unidos por Japón y serviría durante más de medio siglo como la piedra angular de la red defensiva internacional de Estados Unidos.

Pronto, las tropas que presenciaron este acontecimiento se dispersarían en todas direcciones: algunas a Estados Unidos, otras al norte de China y Corea, y otras al mismo Japón. Pero fueran donde fueran o llegaran lo lejos que llegaran, los soldados y marines de la línea del frente que sobrevivieron a Okinawa nunca la dejarían atrás del todo.

Se había ganado la última gran batalla, pero el derramamiento de sangre y las miserias que soportaron los vencedores empañaría sus recuerdos y perturbaría sus sueños de por vida.

Epílogo

Día del Amor más 62 años

En un sentido muy real, los invasores estadounidenses nunca abandonaron Okinawa. La ocupación estadounidense de las islas japonesas terminó oficialmente en 1952, pero hasta mayo de 1972, después de veintisiete años como territorio ocupado por Estados Unidos, la isla conocida en ocasiones como «la Gran Loo Choo» no fue devuelta a Japón.

Hoy en día, la prefectura de Okinawa es un elemento integral de Japón y no un hijastro poco respetado, como ocurría antes y durante la segunda guerra mundial. Sin embargo, también sigue siendo la piedra angular de las defensas estratégicas de Estados Unidos en el Lejano Oriente y ha servido como plataforma de lanzamiento para las operaciones militares de Estados Unidos en Corea, Vietnam e incluso la guerra del Golfo a principios de los años noventa.

Mientras escribo estas líneas, unos 30.000 militares del Ejército, la Armada, las Fuerzas Aéreas y los marines, además de sus familias, continúan teniendo su base en Okinawa. El aeródromo de Kadena, sede del mayor cuartel de la región del Pacífico, es una de las quince instalaciones militares estadounidenses más importantes, y el complejo portuario de la bulliciosa capital de Naha sigue bajo la jurisdicción de la Armada estadounidense. En resumen, Estados Unidos controla alrededor de un 10 por 100 del área total de Okinawa, y ni siquiera eso basta para satisfacer plenamente las necesidades de entrenamiento de las unidades de infantería allí estacionadas.

No obstante, excepto por esa presencia extranjera continua, los efectos visibles de la invasión de 1945 han sido allanados por el paso del tiempo, grandes influjos de dólares estadounidenses y los dedicados esfuerzos del pueblo de Okinawa. playa Blanca, donde desembarcaron muchas de las tropas de asalto estadounidenses el Día del Amor, se considera una de las playas turísticas más hermosas y populares del Pacífico. La ciudad de Naha, que se convirtió en una mina absoluta por causa de las bombas incendiarias y los potentes proyectiles de Estados Unidos, ha resurgido de sus propias cenizas para convertirse en un flamante centro financiero, educativo y politico con una población de unos 325.000 habitantes. Su distrito de ocio, Kokusai Dori, con casi dos kilómetros de longitud y atestado de restaurantes, clubes nocturnos, bares y tiendas de regalos, se extiende por el corazón de la ciudad y atrae a visitantes de todo Japón y los países de la costa del Pacífico.

El aeropuerto de Naha, el epicentro de Ryukus, ofrece vuelos comerciales diarios a y desde Tokio y otras ciudades japonesas importantes. El aeropuerto está conectado por el monorraíl de Okinawa y una autopista a un núcleo lleno de bancos prósperos, oficinas empresariales y gubernamentales, un centro comercial de nueve plantas, un gran mercado público y otros servicios. La ciudad está salpicada de nombres conocidos como AT amp;T, Baskin-Robbins, Burger King y Toys «R» Us, y coronándolo todo, los brillantes muros de un castillo de Shuri reconstruido concienzudamente y que actualmente ha sido declarado patrimonio de la humanidad por la UNESCO y constituye la atracción turística más popular de Naha. El viejo pueblo de Shuri

forma parte de la zona metropolitana de Naha, que se extiende al norte de las playas de la invasión.

La cordillera de Kakazu sigue donde estuvo siempre, pero pocos ex combatientes estadounidenses la reconocerían hoy con las hileras de edificios de apartamentos que la rodean. Muchas de las colinas más pequeñas que formaban los ejes de la zona defensiva de Shuri son prácticamente imposibles de identificar.

Algunas de las ornamentadas tumbas familiares que poblaban el paisaje rural hace más de sesenta años todavía son visibles en las laderas, pero son mucho más escasas que en 1945. Muchas fueron dañadas sin remedio durante la batalla e incluso han sido eliminadas y sustituidas por cámaras mortuorias mucho más pequeñas, en parte debido a las transformaciones culturales y en parte a la gran escasez de tierra utilizable. En Naha y otras ciudades, la densidad del desarrollo hace que las zonas residenciales sean casi inexistentes, y sólo los habitantes que demuestren que pueden aparcar el coche en sus viviendas pueden adquirir automóviles. De ahí que el ciudadano medio viaje principalmente en autobús, tren o monorraíl.

Cerca de Itoman, en el extremo sur de la isla, los recuerdos de la brutal cifra de víctimas de la guerra sigue vivo en el Parque en Memoria de la Paz, sede del Museo de la Prefectura y el enorme Pilar de la Paz, un monumento que honra a los muertos civiles y militares de la batalla. Se han erigido también más de cien monumentos más pequeños en la zona, que se haba próxima al monte 89, donde los generales Ushijima y Cho se practicaron el haraquiri, y las denominadas «Colinas de los Suicidas», donde muchos okinawenses y japoneses se arrojaron por los acantilados, prefiriendo morir a rendirse.

La Okinawa de hoy en día es una tierra de contrastes sorprendentes para muchos de sus visitantes. Pese a los duros momentos de la guerra y a la asombrosa urbanización posterior al conflicto, la isla y sus 1,3 millones de habitantes proyectan un sentido increíble de estabilidad e identidad. El campo todavía es un prolijo mosaico de parcelas cultivadas y pequeñas, así como ordenadas granjas con muros de cemento blanco y tejados de losas rojas, donde continúan respetándose las tradiciones ancestrales.

La mayoría de los nativos gozan de una vida sorprendentemente larga y saludable. De hecho, su índice de esperanza de vida es el más alto de la Tierra. Los varones nativos viven una media de 90,1 años y las mujeres 93,2. Esto es atribuible a una dieta sana que pone énfasis en el pescado, el cerdo y las algas; a un clima templado con una temperatura media que durante todo el año ronda los veintidós grados; y a un estilo de vida con poco estrés y físicamente activo.

La agricultura sigue siendo el principal sustento, y sitúa a Okinawa entre los líderes mundiales en la producción de caña de azúcar, pinas, papayas y otras frutas tropicales. Su población todavía destaca en la producción de cerámica, textiles y cristalería.

Además, numerosos okinawenses han heredado un cómodo estilo de vida de sus invitados forzosos estadounidenses, y las relaciones entre el personal militar de Estados Unidos y la población nativa por lo general han sido cordiales.

Pero el resentimiento civil por el gran número de tropas y personas que éstas tienen a su cargo en Okinawa ha ido en aumento paulatino. La sensación es sencillamente que, después de más de

sesenta años, es hora de reducir —si no erradicar— la presencia militar estadounidense.

A consecuencia de ello, a principios de 2007 se iniciaron los preparativos para transferir a la mayoría de los marines destinados en Okinawa a Guam en cuanto puedan construirse viviendas allí, aunque se espera que permanezcan en la isla unos 5.000 soldados extranjeros. También se ha establecido un calendario para ceder el atestado puerto de Naha a la Administración japonesa.

Excepto por breves visitas, el ex soldado de los marines Harry Bender nunca regresó a su Chicago natal. Las semanas que pasó en Okinawa en 1945 fueron los momentos más agónicos de la vida de Bender, pero ello no impidió que se enamorara del Pacífico y decidiera instalarse en Honolulú, donde todavía reside en la actualidad.

En 1951, Bender se convirtió en uno de los ex combatientes que decidieron regresar a Okinawa para vivir allí. Como empleado civil del Cuerpo de Ingenieros del Ejército de Estados Unidos, descubrió una isla muy cambiada en comparación con el páramo devastado de seis décadas antes, pero todavía era un trabajo en proceso.

«Allá donde mirabas había nuevas construcciones», recordaba. «La guerra de Corea estaba en plena eclosión, y Okinawa era el principal lugar de partida para nuestros aviones, suministros y unidades de combate destinadas a la batalla».

Bender vivió y trabajó en la isla hasta 1956, y durante esos cinco años no sólo vio cómo se reconstruía la infraestructura de Okinawa desde cero, sino cómo se ampliaba más allá de lo que podían concebir los isleños antes de la guerra. «Aquellos caminos enfangados que transitábamos en 1945 se transformaron en autopistas modernas de cuatro carriles», decía, «y los pueblos que prácticamente fueron borrados del mapa durante la batalla se convirtieron en ciudades prósperas».

Desde su traslado a Honolulú, Bender ha vuelto a Okinawa en diversas ocasiones, más recientemente en octubre de 2006. En cada viaje se maravilla ante la transformación de la isla.

«A excepción de los monumentos del extremo sur de la isla, no perdura ningún indicio de lo ocurrido allí durante la guerra», asegura. «Naha se ha convertido en una ciudad impresionante con toda clase de edificios altos, y cuando viajo por la autopista 1, bordeada de palmeras, parece una de las avenidas principales de Honolulú».

El ex sargento de los marines R. V. Burgin ha hecho de Texas su residencia permanente desde la guerra, pero él también se ha sentido atraído por la región del Pacífico, en especial Australia, donde en 1943, cuando era un joven recluta, conoció a Florence Riseley, una chica de Melbourne que se convirtió en su esposa. Los Burgin, que celebraron su sexagésimo aniversario de boda en enero de 2007, han pasado largas temporadas de los años de posguerra en Australia, donde vive el ex sargento Hank Boyes, el viejo amigo de R. V. en la compañía K/3/5, desde finales de los años cuarenta. El resto del tiempo, puede encontrarse a Burgin en el barrio de Lancaster, en Dallas, dedicándose a la jardinería y la pesca, sirviendo como secretario de la organización de ex combatientes de la K/3/5 y creando su boletín informativo trimestral.

Entre los destinatarios de ese boletín se encuentra el viejo amigo de Harry Bender en la 1.ª sección de la compañía K/3/5, el ex soldado de primera clase Bill Leyden, que se llevó sus dos Corazones Púrpura de vuelta a su ciudad natal de Hempstead, Long Island, después de la guerra. Leyden rechazó un trabajo rutinario para recorrer el país como jugador de golf profesional, a pesar

de que había perdido un dedo y todavía llevaba alojados fragmentos de metralla en ambas rodillas. El Día del Ex Combatiente, en 2003, dolido aún por la pérdida de su amigo y líder de sección Leonard Ahner en Okinawa, Leyden fue nombrado «Ex Combatiente del Año» en Hempstead.

En 1946, el ex cabo de la compañía K/3/5 Dan Lawler cambió su ametralladora del calibre 30 por un puesto en una empresa pastelera de su ciudad natal, Glens Falls, Nueva York —en ocasiones conocida como «Hometown USA»— y restableció contacto con su amigo de la infancia Jimmy Butterfield, que quedó ciego de ambos ojos en Okinawa. Un momento álgido de la vida de posguerra de Lawler llegó durante su luna de miel, en 1950, cuando él y su nueva esposa viajaron a Washington y visitaron al entonces senador Paul Douglas, de Illinois, que había servido con Lawler en Okinawa y fue el soldado de más edad en el Cuerpo de marines. «Me reconoció al instante», recordaba Lawler, «y nos invitó a pasar a su despacho por delante de otras doscientas personas que esperaban para verle. Tuvo que estrecharme la mano con la izquierda porque su brazo derecho había quedado totalmente inutilizado». Durante los últimos años, Lawler, junto con Butterfield y varios ex combatientes de la segunda guerra mundial que viven en la zona, ha visitado con frecuencia institutos para narrar experiencias del combate y mostrar su impresionante colección de recuerdos de Okinawa.

Después de ver cómo muchos de sus amigos morían o eran mutilados en combate y de asumir la desgarradora tarea de visitar a la madre de un compañero fallecido en Peleliu cuando regresó a Estados Unidos en junio de 1945, el ex cabo Sterling Mace consiguió recuperar su irreprimible sentido del humor. Se matriculó en la escuela de arte y más tarde se convirtió en director de teatro en el Jones Beach State Park de Nueva York, donde trabó amistad con el cantante Guy Lombardo y muchas otras celebridades. El y su mujer, Joyce, disfrutan de su jubilación en Saint Pete Beach, Florida.

El ex soldado de primera clase Gene Sledge, el joven e introspectivo operario de mortero de la compañía K/3/5, regresó a su Alabama natal después de la guerra y se convirtió en profesor de biología de la Universidad de Montevallo. Sus emotivas memorias, *With the Old Breed at Peleliu and Okinawa*, publicadas por primera vez en 1981, se han convertido en uno de los libros más leídos y aclamados de su género y con frecuencia se han utilizado como texto complementario en cursos universitarios de historia del siglo XX. Debido al éxito del libro, *Sledgehammer* apareció también en diversos documentales televisivos sobre Okinawa y Peleliu y actuó como portavoz de los ex combatientes del Cuerpo de marines en estas batallas. Falleció de cáncer en 2002.

El comandante de tanque Jack Armstrong volvió a Texas y a su trabajo como aprendiz en la redacción de *The Dallas Morning News*, y más tarde regentó un negocio de reparación de automóviles durante más de treinta años. En 2001, unos 58 años después de abandonar el instituto para incorporarse a los marines, Armstrong recibía su título de bachiller a los sesenta y seis años. Al cabo de dos años, finalmente le fue concedida la incapacidad militar por daños en los oídos sufridos mientras capitaneaban el *Billete a Tokio* en Okinawa. Todavía trabaja a diario como guardia de pasos de peatones para el Independent School District de Duncanville, Texas, y sigue en contacto con sus viejos amigos del 1.er batallón de tanques de los marines, Floyd Cockerham y Frank Nemec.

Pese a la reputación que se le achacó en tiempos de guerra de atraer los problemas como si de

un imán se tratara, el compañero de Armstrong y ex soldado Howard Towry demostró coraje y compasión al final de la campaña de Okinawa, cuando rescató a un médico japonés y a su enfermera y esposa de una muerte casi segura y les condujo a un lugar protegido en la retaguardia. (No importa que obrara esta buena acción en un jeep robado). Después de servir en el norte de China y recibir la baja, el alocado Towry vivió una breve temporada en Dallas, pero cuando estalló la guerra de Corea en 1950, se alistó a en las fuerzas armadas y prestó servicio durante diecisiete años. Se retiró con el rango de sargento y se instaló en Misisipí. En 1986, Towry, que abandonó los estudios en octavo curso, recibía su licenciatura por la University of Southern Mississippi. El y su esposa son propietarios y directores de un campo de golf en Fernwood, al sur de Jackson.

Tras su valiente ofensiva en solitario y su experiencia cercana a la muerte en el monte Pan de Azúcar, el cabo Ray Schlinder pasó nueve meses y medio en diversos hospitales militares desde Guam a Pearl Harbor, pasando por San Francisco y Farragut, Idaho. Entretanto, vivió otros dos encontronazos con la muerte, y todavía lleva incrustado en el hígado un fragmento de metralla. Después de su baja en febrero de 1946, Schlinder regresó a Wisconsin, su estado de adopción, donde todavía pasa los veranos (en invierno se traslada a Florida). Ha sido presidente de la Asociación de la 6.ª división de marines, y durante buena parte de su vida ha mantenido una estrecha amistad con dos titulares de la Medalla de Honor de Okinawa, Dick Bush, que falleció en 2004, y el cabo (y más tarde teniente general) Jim Day, que murió en 1999. Schlinder vivió un momento inolvidable en enero de 1998, cuando él y su mujer, Margaret, fueron invitados a la Casa Blanca para asistir a la imposición de la Medalla de Honor al general Day de manos del presidente Bill Clinton. Schlinder se hizo una foto con el presidente y la señora Clinton, e incluso recibió «un beso de Hillary en la mejilla», cuenta con orgullo. Muchos miembros de su antiguo grupo creen que Schlinder se merece también una medalla por su «notorio valor».

Otro héroe del monte Pan de Azúcar, el ex líder de pelotón del 22.° regimiento de marines Walt Rutkowski, que se encontraba a escasos centímetros del comandante Henry Courtney cuando éste murió a causa de un proyectil japonés, regresó a su Chicago natal después de abandonar el Ejército en febrero de 1946 con sólo un Corazón Púrpura que constatara su valentía. No tardó en encontrar trabajo en una empresa de diseño de refinerías petrolíferas, donde permaneció 41 años. Durante el pasado medio siglo, él y su mujer han vivido en Mount Prospect, Illinois.

El ex soldado de primera clase Wendell Majors, que también acompañó al comandante Courtney en la incursión en Pan de Azúcar y vio cómo su compañía G, perteneciente al 2.° batallón del 22.° regimiento de marines, perdía a 231 de sus 238 hombres antes de que pudiera conquistarse la colina, se llevó un Corazón Púrpura a su residencia en Searcy, Arkansas, una vez finalizada la guerra. Sin embargo, al cabo de un par de años se trasladó a California y compró doce hectáreas cerca de la ciudad de Reedley, donde vive aún. Visitó Okinawa en 1987, pero no encontró ni rastro del infierno que experimentó allí. «Tuve a un ángel de la guardia velando por mí», dice de su huida del monte Pan de Azúcar. «De lo contrario, jamás hubiera salido con vida de aquella colina.»

El cabo de los marines Melvin Grant, cuyo hermano, el soldado Scott Grant, murió a escasos metros de él durante los últimos estadios de la campaña de Okinawa, sintió el tacto de la mano de Dios cuando se reunió con su esposa Kate y su hija, Laquetta, después de la guerra. Se hizo

clérigo, ha sido un pastor en activo durante casi sesenta años, sirviendo a un total de diez iglesias en cinco estados, y fue ordenado obispo de la Iglesia de Dios. Pero Grant ha continuado siendo marine y ha lucido su uniforme azul en veintenas de actos militares a lo largo de los años. Como decía el famoso escritor e historiador Stephen Ambrose a Melvin durante una entrevista realizada a finales de los años noventa: «Es usted uno de los pocos marines que he conocido que pasó a convertirse en pastor. Quiero estrecharle la mano y manifestar lo mucho que apreciamos lo que hizo». El reverendo Grant y Kate viven jubilados en Moore, Oklahoma.

Tras su retirada del Cuerpo de marines en 1963 con el rango de general de brigada, el comandante de batallón de Melvin Grant, Spencer Berger, volvió a la Facultad de Derecho (a sus cincuenta años y tras un paréntesis de 28) para completar su licenciatura en la Universidad de Virginia, y después dedicó buena parte de su atención a criar a tres hijas. Más tarde se convirtió en un industrial poco escrupuloso, y adquirió y dirigió varias empresas, incluida la forja más antigua del país (fundada en 1828), situada en Auburn, Nueva York. Como último comandante de batallón de las campañas de Peleliu y Okinawa que sigue con vida, Berger celebró su 93 cumpleaños en diciembre de 2006. Actualmente divide su tiempo entre una residencia de verano en Skaneateles, Nueva York, y su casa de invierno en Savannah, Georgia.

Después de capitanear a su sección antitanques en cuatro grandes campañas en el Pacífico, el sargento mecánico Porter McLaughlin fue uno de los primeros ex combatientes de Okinawa en volver a la vida civil. Una vez retirado del Ejército en octubre de 1945, se marchó a Oregón y retomó su ocupación previa a la guerra como pescador comercial de aguas profundas. Pero tras unos años, se matriculó en la Universidad de Portland, obtuvo una licenciatura en educación secundaria, y empezó a impartir clases de gobierno, historia y filología inglesa en un instituto de Portland, donde sus alumnos se mostraban impresionados cuando conocían las experiencias de McLaughlin en tiempos de guerra. Más tarde se trasladó con su mujer y sus tres hijos a Salinas, California —a unos kilómetros de Fort Ord, lugar en el que había recibido su formación básica en 1942—, donde prosiguió con treinta años de carrera docente que concluyeron con su jubilación, en 1983. McLaughlin conserva con gran aprecio dos espadas samurai que trajo del Pacífico —pero no los diversos fragmentos de metralla japonesa que lleva incrustados desde Kwajalein— y mantiene contacto con el ex sargento John Knorr, uno de sus antiguos líderes de pelotón, que vive en Milwaukee. Su amigo mutuo y compañero del 32.° regimiento de infantería, el ex sargento George Murphy que recibió la Estrella de Plata al valor en Attu, fallecía en 2004.

Doug Aitken, el joven oficial de radar del destructor de kamikazes *Hugh Hadley*, permaneció en activo con la Armada durante 31 años. Después de ser transferido al Cuerpo de Avituallamiento de la Armada en 1947, sirvió en numerosas posiciones en el mar y en tierra, incluida la de subcomandante del Mando de Sistemas de Avituallamiento de la Armada. En 1974, después de prestar servicio a bordo del U.S.S. *Ranger* durante la guerra de Vietnam, el capitán Aitken se retiró, pero siguió trabajando como empleado civil de la Armada hasta 1984. Su hogar en Danville, California, alberga un tesoro de recuerdos del *Hadley*, y Aitken es historiador oficial del grupo de reuniones del barco. El y su esposa, Jeanne Marie, tienen tres hijos y siete nietos. Entre los ex compañeros de tripulación con los que mantienen el contacto está el ex teniente subalterno Bill Winter, el único oficial superviviente del *Hadley*, aparte de Aitken, que reside en Boulder,

Colorado.

Ben McDonald, que se licenció por la Universidad de Texas en enero de 1945, justo a tiempo para servir como alférez de artillería novato a bordo del crucero *Wichita*, regresó a la Facultad de Derecho de la Universidad de Texas tras su baja del servicio activo en junio de 1946 y obtuvo su licenciatura en 1949. Desde entonces, ha trabajado como abogado, socio de un bufete, asistente del fiscal general de Texas, profesor de Derecho y Economía en cuatro universidades, y alcalde de Corpus Christi. McDonald, autor de más de veinticinco artículos y libros sobre materias que van desde la legislación sobre el petróleo y el gas a los kamikazes, habla frecuentemente con su ex compañero del *Wichita* (y también abuelo) Les Caffey, que vive en New Braunfels, Texas.

Después de la guerra, el asistente de artillería Hank Kalinofsky cambió el color blanco de su uniforme de la Armada por el azul de los agentes de policía de Washington y, patrulló durante veintisiete años y participó en todos los desfiles presidenciales desde Dwight Eisenhower hasta Gerald Ford. Kalinofsky se jubiló en 1976, cuando era sargento en una comisaría, y reside en Annapolis, Maryland, cerca de la Academia Naval, donde el Monumento de la Armada de Estados Unidos alberga una fotografía suya. El y su mujer tienen tres hijas, diez nietos y seis biznietos. El pavo sigue siendo uno de sus platos favoritos, pero procura no comerlo en Viernes Santo.

Dos ex combatientes condecorados de la 96.ª división Deadeye —el ex operario de mortero Don Dencker y el ex comandante de tanque Bob Green— han escrito y publicado sus libros de memorias sobre la guerra del Pacífico. Dencker, oriundo de Minnesota y vecino de Sun Prairie, Wisconsin, obtuvo un master en ingeniería tras servir en Leyte, Okinawa, y más tarde en Corea. Es el autor de *Love Company: Infantry Combat Against the Japanese in World War II,* un volumen de 355 páginas publicado en 2002. Green, un ganadero del oeste de Texas condecorado con una Estrella de Plata y que todavía habita el rancho fundado por su padre en 1881, publicó sus memorias, *Okinawa Odyssey*, en 2004.

Sólo un puñado de hombres de la 96.ª tropa de reconocimiento, la primera unidad del Ejército de Estados Unidos que localizó el perímetro exterior del sistema defensivo japonés que custodiaba los accesos a la cordillera de Kakazu, siguen vivos mientras escribo estas líneas. Uno de ellos es el ex cabo Lamont Clark, de ochenta y cinco años y natural de Wisconsin, a quien se concedió una Estrella de Bronce y un Corazón Púrpura por la sangrienta emboscada acaecida el 4 de abril de 1945, pero nunca recibió esas medallas. Otro es el ex soldado de primera clase Bill Strain, que junto con varios compañeros se impuso a varias hordas de japoneses al oír sus juramentos cuando no se activaron sus granadas durante un ataque nocturno. Strain y su mujer viven en Arkadelphia, Arkansas.

Debido a la enormidad de la campaña de Okinawa, decenas de miles de ex combatientes estadounidenses que participaron en ella en un grado u otro siguen vivos en el momento de escribir esto. Sin embargo, los más jóvenes tienen más de ochenta años y sus cifras menguan cada día que pasa.

En muchos casos, parientes cercanos de los que nunca volvieron de Okinawa se han dedicado —y han invertido incontables horas de esfuerzo— a preservar la memoria de sus seres queridos y a asegurarse de que su coraje y sus sacrificios no caigan en el olvido. Entre los ejemplos más

sorprendentes figura Frank Niader, el hermano pequeño del soldado de los marines Bill Niader, que murió en combate el 12 de junio de 1945, durante la lucha por la cordillera de Kunishi. Frank Niader ha convertido su casa de Clifton, Nueva Jersey, en un verdadero monumento en recuerdo de su hermano y ha tratado de establecer contacto con todos los marines que le conocieron o se cruzaron en su camino. Gracias a ello, ha entablado amistad con docenas de ex combatientes de todo el país y se ha convertido en un destacado portavoz de las causas de los veteranos en esta zona.

Holly Beyer, una mujer de Brookings, Oregón, ha desempeñado una labor similar en memoria de su difunto tío, el teniente Quentin «Monk» Meyer, al que no llegó a conocer pero estaba comprometido con la madre de Beyer en el momento de su muerte, el 11 de mayo de 1945, cuando las fuerzas estadounidenses lanzaron sus ataques contra la Línea de Shuri. En un irónico giro del destino que se produjo después de la guerra, la madre de Beyer, Francie Walton, contrajo matrimonio con el hermano menor de *Monk*, el cabo de los marines Thomas «Pete» Meyer, que se convirtió en padre de Beyer. Después de la muerte de sus padres hace varios años, Beyer descubrió una caja llena de cartas escritas por *Monk* a su madre desde el Pacífico. Esto desencadenó una búsqueda de costa a costa a través de internet; una investigación sobre *Monk* que abarcó incontables horas y condujo a Beyer a numerosos marines que habían servido con su tío y a varios que estaban con él el día en que murió.

Aunque Okinawa recibió una atención bastante somera de los medios informativos durante el combate, hoy el adulto estadounidense medio reconoce rápidamente el nombre y el hecho de que allí se libró una «gran batalla». Más recientemente, con la conmemoración del 50 y el 60 aniversarios de la batalla y el fin de la segunda guerra mundial, numerosos periódicos locales y reporteros de televisión han descubierto a heroicos ex combatientes de Okinawa —normalmente disfrazados de ancianos corrientes—, que han vuelto a relatar sus vivencias.

Aun así, no es osado decir que relativamente pocos estadounidenses comprenden el alcance y la naturaleza despiadada de la batalla, o el profundo impacto que tuvo en el desenlace de la guerra y la dirección que tomó la paz, y mucho menos las lecciones vitales que sigue impartiendo Okinawa entre los ciudadanos de la Tierra.

Como atestiguarían casi todos aquellos que vivieron aquel horrible combate en la primavera de 1945, hay lecciones que la civilización no puede permitirse ignorar. En el peligroso y menguante mundo del siglo XXI, las lecciones de Okinawa son tan cruciales como siempre para la supervivencia de la especie humana. Sin duda seguirán siéndolo una vez que los últimos guerreros de la batalla se pierdan en la noche de la historia.

El 23 de junio de 2006, para celebrar el 61 aniversario del final de la batalla, el gobernador de la prefectura de Okinawa, Keiichi Inamine, se situó cerca del Pilar de la Paz y habló de la importancia permanente del monumento y de los más de 240.000 nombres de víctimas grabados en él. «En el mundo de hoy en día vemos una reiteración de tragedias causadas por la despiadada cadena de violencia y venganza, como en los conflictos regionales y el terrorismo», declaraba Inamine. «Es importante que cada uno de nosotros muestre una voluntad férrea para buscar activamente la paz:»

Como última batalla de la segunda guerra mundial, Okinawa demostró que la capacidad humana para la matanza, el salvajismo y el caos es casi ilimitada. Pero el monumento —y la Okinawa renacida del siglo XXI— constituye una prueba de que el anhelo inherente del pueblo por la paz, la compasión y la justicia todavía puede imponerse.

Fuentes y bibliografía

PRÓLOGO

La reconstrucción de los incidentes acaecidos el 10 de junio de 1945 se basa principalmente en las entrevistas del autor con el sargento Jack Armstrong. El breve resumen de la batalla incorpora información de antecedentes extraída de Okinawa: The Last Battle, de Appleman; Typhoon of Steel, de Belote; The Old Breed, de McMillan, y History of United States Operations in World War II, Vol. XIV: Victory in the Pacific, de Morison.

I. CONSTRUYENDO UN «ICEBERG»

Las entrevistas del autor con el soldado de primera clase Bill Leyden, el sargento R. V. Burgin, el soldado de primera clase Harry Bender, el marinero Les Caffey, el ayudante de artillería Hank Kalinofsky, el sargento Walt McNeel y el capitán de corbeta Lewis Lacy ayudan a contextualizar la acción mientras el gigantesco contingente invasor de Estados Unidos se congrega en Okinawa y se dispone a desembarcar. También contribuyen a la narrativa las cartas y los objetos de interés del teniente Quentin «Monk» Meyer y las memorias del soldado de primera clase Gene Sledge With the Old Breed at Peleliu and Okinawa.

Los antecedentes sobre la acumulación de fuerzas estadounidenses en el Pacífico, la decisión japonesa de fortificar Okinawa como última barrera contra la invasión de la isla y los comandantes militares implicados en ambos bandos se extraen de numerosas fuentes publicadas, entre ellas Operation Iceberg, de Astor; Typhoon of Steel, de Belote; la monografía del Cuerpo de marines Okinawa: Victory in the Pacific, Okinawa: The Last Battle, de Appleman, y History of United States Naval Operations in World War II, Vol. XIV, de Morison.

Notas

Página 22 Nimitz sabía que sería difícil persuadirle: la interacción entre King, Nimitz, Spruance y Buckner, así como la oposición inicial de King al plan de invasión de Okinawa, se describen en Typhoon of Steel, de Belote, y Okinawa: The Last Battle of World War II, de Leckie.

2. COMO UN PASEO POR EL PARQUE

El panorama del desembarco sin oposición por parte del Ejército y los marines de Estados Unidos se recrea con relatos de testigos oculares basados en entrevistas con Armstrong, Bender, Burgin, el cabo Elliott Burnett, Leyden, el sargento Alex Henson, el cabo Steriing Mace, el cabo Dan Lawler y el soldado Howard Towry, que desembarcaron en el sector de la 1.a división de marines.

Las visiones sobre acciones simultáneas en el sector de la 96.a división de infantería se han

extraído de una entrevista con el cabo Don Dencker, así como del libro de Dencker Love Company. Las condiciones en las islas periféricas de Keise Shima y Kerama Retto se describen en entrevistas del autor con el soldado de primera clase del Ejército Ed K. Austin, perteneciente al 532.° regimiento de artillería de campo y su homólogo William Kottas, un soldado de infantería de la 77.a división. En otra entrevista con el autor, el sargento Porter McLaughlin narra la acción en el sector asignado a la 7.a división del Ejército.

Las cartas del teniente Meyer y una entrevista del autor con el soldado Gil Quintanilla recrean el dilema de una unidad «perdida» que se ve obligada a pasar la noche del Día del Amor en un mar infestado de buzos suicidas japoneses.

Las fuentes publicadas que aportan material adicional incluyen Operation Iceberg, de Astor; Typhoon of Steel, de Belote; Okinawa: The Last Battle of World War II, de Leckie; The Old Breed, de McMillan; D-Days in the Pacific, de Miller; The History of the Seventh Infantry División in World War II y The Deadeyes: History of the 96th Infantry División, de Love, y With the Old Breed at Peleliu and Okinawa, de Sledge.

Notas

Página 69 El segundo día prosiguió aquel «paseo por el parque»: las declaraciones de los generales Del Valle, Shepherd y Geiger y las del almirante Turner se han recogido en varias fuentes publicadas con anterioridad, incluidas Typhoon of Steel, de Belote, y Okinawa: The Last Battle of World War II, de Leckie.

3. JUEGOS DE NIÑOS, PASEOS EN PONI Y BARBACOA

Las escenas mayoritariamente despreocupadas —aunque de vez en cuando trágicas— que se produjeron en la enorme cabeza de playa estadounidense el Día del Amor más 1 se recrean mediante entrevistas del autor con Dencker, Grant, Henson, Leyden, Mace, McLaughbn y Towry.

Se incorporan otros detalles a partir de las memorias de Sledge, With the Old Breed at Peleliu and Okinawa, y las de Dencker, Love Company. Las historias de la 1.a y la 6.a divisiones de marines y de la 7.a y la 96.a de infantería, así como Okinawa: The Last Battle, de Appleman, y la monografía del Cuerpo de marines Okinawa: Victory in the Pacific, aportan un contexto adicional y una perspectiva global.

4. UNA SORPRESA DESAGRADABLE DE CAMINO HACIA EL SUR

La conmoción y el horror repentinos que supuso el primer gran encuentro de los invasores estadounidenses con tropas japonesas se captura en entrevistas del autor con ex combatientes de la 96.a tropa de reconocimiento como el cabo Lamont Clark y el soldado de primera clase Rudy Pizio, que se encontraban allí, y el soldado Bill Strain, que tenía muchos amigos en la zona. Ghost Troop of the Ryukyus, de Warrick, ofrece detalles muy valiosos, entre ellos, un relato en primera persona de la sangrienta batalla librada cerca de Uchitomari por el cabo John Cain, que estaba demasiado enfermo para ser entrevistado por el autor en el momento en que se escribieron estas

líneas.

Typhoon of Steel, de Belote; Okinawa: The Last Battle, de Appleman; Love Company, de Dencker, y Okinawa: The Last Battle of World War II, de Leckie, incluyen excelentes panorámicas de la acción en el campo de batalla y la estrategia de Estados Unidos del 4 al 9 de abril, cuando la 96.a división lanzó sus costosos asaltos en la cordillera de Kakazu. Otras fuentes valiosas incluyen entrevistas del autor con McLaughbn y el sargento John Knorr, además de History of the Seventh Infantry División, de Love.

5. UN VIENTO DIVINO Y MORTÍFERO

Detalles clave sobre los acontecimientos que precedieron a la decisión japonesa de lanzar una campaña total de ataques kamikazes contra los buques de la Armada de Estados Unidos, que alcanzó su cúspide en Okinawa, se presentan desde la perspectiva japonesa en El viento divino, de Inoguchi y Nakajima. Como oficiales del Cuerpo Especial de Ataques Kamikazes, ambos autores poseían conocimientos únicos de su filosofía y sus tácticas. Del lado opuesto, History of U.S. Naval Operations, Vol. XIV, de Morison, plantea reflexiones igualmente importantes acerca de la respuesta estadounidense a la ofensiva suicida aérea.

Otras fuentes publicadas que han aportado información importante sobre la serie de ataques suicidas «Crisantemo Flotante», mediante los cuales Japón esperaba diezmar a la gigantesca armada estadounidense de buques de guerra que apoyaron la invasión de Okinawa, incluyen Operation Iceberg, de Astor, Typhoon of Steel, de Belote; y The Ship that Would Not Die, de Becton.

En entrevistas con el autor, Kalinofsky y el alférez Ben McDonald capturan el terror de los hombres a bordo de los barcos estadounidenses; el ayudante de artillería Don Brockman relata la destrucción sistemática de barcos suicidas enemigos; y el teniente Francis Ferry, uno de los aviadores de la Armada que contribuyó al hundimiento del súper buque de guerra Yamato, ofrece un testimonio ocular momento a momento.

Notas

Página 116 Uno de los primeros voluntarios para las misiones suicidas: la carta del piloto se cita en El viento divino, de Inoguchi y Nakajima.

Página 117 El almirante Ohnishi lucía un semblante adusto: los comentarios del almirante también se citan en El viento divino.

6. MUERTE EN LAS MONTAÑAS, MUERTE EN CASA

El marcado contraste entre los costosos asaltos de las tropas del Ejército al monte Kakazu y las «vacaciones» que disfrutaba a su vez buena parte de la 1.a división de marines se ilustra mediante entrevistas del autor con Armstrong, Bender, Burgin, el soldado de primera clase Jerome Connolly, Dencker, el soldado de primera clase Francis Lambert y McLaughlin. Por su parte, otras entrevistas del autor con el soldado de primera clase Paulie de Meis, Grant, el teniente Bob Green,

el soldado de primera clase Americo Milonni y su homólogo Bill Pierce ofrecen testimonios de primera mano sobre el cruento combate que libró la 6.a división de marines en la península de Motobu y la acción aislada del 7.° regimiento de marines.

With the Old Breed at Peleliu and Okinawa, de Sledge, además de entrevistas del autor con Leyden, Armstrong y Dencker, ofrece panorámicas sobre la reacción de soldados y marines a la muerte del presidente Franklin Roosevelt. Otras fuentes publicadas que han aportado perspectivas del período del 9 al 24 de abril incluyen Operation Iceberg, de Astor; The Old Breed, de McMillan; Love Company, de Dencker; Okinawa Odyssey, de Green; Okinawa: The Last Battle, de Appleman; la monografía Okinawa: Victory in the Pacific, y las historias de la 6.a división de marines y la 7.a y la 96.a de infantería.

Notas

Página 147 El general Shepherd no conocía estos datos concretos: el cálculo insuficiente de Geiger sobre el contingente japonés desplegado en la península de Mobuto y su posterior decisión de emprender el ataque pese a la renuencia de sus regimientos de infantería se citan en Typhoon of Steel, de Belote.

Página 153 No concibo una operación más complicada: se cita al coronel Shapley en Typhoon of Steel, de Belote.

Página 156 Le enviaré a la compañía G como refuerzo: el mensaje del coronel May a su homólogo King se recoge en Typhoon of Steel y Okinawa: The Last Battle of World War II, de Leckie.

7. UN MURO DE PIEDRA Y FUEGO

Las entrevistas del autor con McLaughlin, además de la colección de cartas de este último, recogen la ironía, la incongruencia y el humor amargo del fragmento introductorio de este capítulo. Cuando la escena pasa a la isla de le Shima y a la muerte del corresponsal de guerra Ernie Pyle, Ernie’ s War: The Best of Ernie Pyle's World War II Dispatches ofrece perspectivas excelentes de la personalidad de Pyle y la alta estima que le profesaban las tropas estadounidenses en el campo de batalla y los civiles en casa. Operation Iceberg, de Astor, y Typhoon of Steel, de Belote, también ayudaron a recrear los acontecimientos previos a la muerte de Pyle.

En Okinawa, mientras las tropas del Ejército avanzaban hacia el sur desde el monte Kakazu, rumbo al próximo gran reducto defensivo japonés, situado en la escarpadura de Maeda, las principales unidades de los marines se unieron a la embestida por primera vez. Las entrevistas del autor con Burgin, Mace y Strain, además de With the Old Breed at Peleliu and Okinawa, de Sledge, Okinawa Odyssey, de Green, y Love Company, de Dencker, ilustran la costosa —y cada vez más desesperada— naturaleza de la campaña.

8. BARRO, SANGRE Y CONFUSIÓN

Aunque la guerra en Europa tocaba a su fin, los primeros días de mayo fueron el peor

momento para las tropas de combate de Estados Unidos en Okinawa, como ilustran las entrevistas del autor con Armstrong, el cabo Floyd Cockerham, Knorr, McLaughlin, el sargento George Peto y el cabo Ray Schlinder. En ellas se revela el estrés y la sensación catastrofista que rompía el alma a los hombres mientras unas lluvias incesantes convertían el sur de Okinawa en un vasto cenagal plagado de cadáveres.

Algunas fuentes publicadas de valor que han contribuido a este capítulo incluyen Okinawa: The Last Battle, de Appleman; Operation Iceberg, de Astor; Typhoon of Steel, de Belote; Okinawa: Touchstone to Victory, de Benis Frank; The Old Breed, de McMillan; With the Old Breed at Peleliu and Okinawa, de Sledge, y la historia oficial de la 6.a división de marines.

9. AMARGO PEAJE EN PAN DE AZÚCAR

Las cartas escritas en mayo de 1945 por el soldado de primera clase Al Henderson a su mujer en Arkansas describen las funestas condiciones climatológicas, apuntan a una desesperación cada vez mayor entre las tropas del frente estadounidense en Okinawa y describen el escenario de la fase más sangrienta de la campaña. Los hombres de la 6.a división de marines, arrastrados a la terrible lucha por el monte Pan de Azúcar —incluidos el médico Frank Mack, el soldado Wendell Majors, Pierce, el sargento Walt Rutkowski, Schlinder, Sherer y el soldado de primera clase Dick Whitacre— reviven su agonía particular y la de sus compañeros en entrevistas con el autor. Resultan especialmente valiosas las entradas de un diario que llevaba el sargento Mel Heckt.

Entre las fuentes publicadas, Killing Groundon Okinawa, de Hallas, un libro dedicado íntegramente al monte Pan de Azúcar, ofrece el relato más detallado de los doce intentos fútiles de los marines por tomar y fortificar la colina y su posterior triunfo. La historia oficial de la 6.a división de marines también describe la acción con sumo detalle. La información de antecedentes se incluye en Operation Iceberg, de Astor; Tennozan: The Battle of Okinawa and the Atomic Bomb, de Feifer; Stay Off the Skyline: The Sixth Marine División on Okinawa, de Lacey, y la monografía del Cuerpo de marines Okinawa: Victory in the Pacific.

10. LOS LÍMITES DE LA RESISTENCIA HUMANA

Los ataques perpetrados por la 1.a división de marines a finales de mayo contra los reductos japoneses del monte Dakeshi y el monte y el desfiladero de Wana —con su devastador impacto físico y psicológico— se narran en gran medida a través de entrevistas del autor con Armstrong, Bender, Burgin, Cockerham, Leyden, Mace, Nemec y Quintanilla, entre otros. Las memorias de Sledge, With the Old Breed at Peleliu and Okinawa y The Old Breed, de McMillan, aportan importante información de antecedentes.

La recopilación de cartas y recuerdos de Monk Meyer, además de las narraciones de los testigos, recrean el escenario y las circunstancias que rodearon la muerte del joven teniente. Una carta de Al Henderson ofrece un conmovedor desenlace para el capítulo.

11. VIENTO DIVINO (SEGUNDA PARTE)

La respuesta de la Armada estadounidense a la ofensiva kamikaze continuada de Japón —y el desmoronamiento último de dicha ofensiva— queda ilustrado con gran dramatismo en entrevistas del autor con varios supervivientes de aquellos ataques suicidas. La historia del destructor Hugh Hadley, que constituye el epicentro de este capítulo, es descrita gráficamente por el capitán Doug Aitken, los marineros Fred Hammers, Leo Helling, Don Hile y Jay Holmes, y el teniente Bill Winter.

Otras fuentes de publicación anterior que aportan información relevante incluyen Operation Iceberg, de Astor; Typhoon of Steel, de Belote; El viento divino, de Inoguchi y Nakajima; History of United States Naval Operation in World War II, Vol. XIV, de Morison; la monografía Okinawa: Victory in the Pacific, y History of Marine Aviation in World War II, de Sherrod.

12. LOS ATESTADOS Y ENCOLERIZADOS CIELOS

Las entrevistas del autor con el sargento McNeel y los tenientes Arthur Arceneaux, Herbert Groff y Frank O'Hara, del escuadrón VMF-542(N), ofrecen un primer plano de la guerra aérea que se libró en los cielos de Okinawa y en la propia isla, desde los combates con aviones japoneses en plena oscuridad al ataque del comando aerotransportado en el aeródromo de Yontan.

Se ha extraído información importante sobre los escuadrones de cazas nocturnos estadounidenses y sus elevadas concentraciones en Okinawa de Operation Iceberg, de Astor; Tennozan: The Battle of Okinawa and the AtomicBomb, de Feifer; y History of Marine Corps Aviation in World War II, de Sherrod. La biografía del general Curtís LeMay, Mission with LeMay, ofrece una excelente panorámica de la campaña de bombardeos de los B-29 contra Japón y el papel que desempeñó en la campaña de Okinawa. Los últimos suspiros del Cuerpo Especial de Ataques Kamikazes se describe en El viento divino, de Inoguchi y Nakajima, y en History of United States Naval Operations in World War II, Vol. XIV, de Morison.

13. LA LÍNEA DE SHURI SE DESMORONA

Las entrevistas del autor con Bender, Butterfield, Grant, McLaughlin y el soldado de primera clase Manny Rivas —además de With the Old Breed at Peleliu and Okinawa, de Sledge— constituyen un retrato punzante de la lucha culminante que se produjo mientras la zona defensiva de Shuri se resquebrajaba y desintegraba lentamente.

The Old Breed, de McMillan, y las historias oficiales de la 7.a y la 96.a divisiones de infantería y la 6.a división de marines brindan una panorámica de la caída de Shuri y la retirada japonesa hacia el sur. Otras fuentes publicadas que han contribuido a este capítulo incluyen Okinawa: The Last Battle, de Appleman; Operation Iceberg, de Astor; Typhoon of Steel, de Belote; Tennozan: The Battle of Okinawa and the AtomicBomb, de Feifer; Killing Ground on Okinawa, de Hallas; History of Marine Aviation in World War II, de Sherrod, y la monografía Okinawa: Victory in the Pacific.

Notas

Página 327 La noticia, comunicada por el cuartel del 3." cuerpo anfibio del general Geiger a su homólogo Shepherd: las declaraciones del general Shepherd y el coronel Robb se citan en Killing Ground on Okinawa, de Hallas.

Página 333 Sin embargo, la situación en realidad no era tan halagüeña: las cifras de bajas enumeradas se citan en Typhoon of Steel, de Belote.

Página 339 «Aunque las fuerzas del general Ushijima»: el coronel Nist es citado en Typhoon of Steel, de Belote.

14. EL FIN DE UN EJÉRCITO

Las entrevistas del autor con Armstrong, el teniente coronel Spencer Berger, el cabo Claude Bohn y Burgin posibilitaron la recreación de episodios como la última misión del tanque de Armstrong y la fútil búsqueda que emprendió Grant antes de la muerte de su hermano. Una conversación con Frank Niader, junto con diversos materiales informativos proporcionados por éste, fueron vitales para reconstruir las circunstancias que rodearon la muerte del hermano de Niader, el soldado Bill Niader.

With the Old Breed at Peleliu and Okinawa, de Sledge, ofrece datos cruciales sobre la acción de la 1.a división de marines en el monte Kunishi. Otras fuentes publicadas que han aportado información valiosa para este capítulo incluyen Okinawa: The Last Battle, de Appleman; Typhoon of Steel, de Belote; Tennozan: The Battle of Okinawa and the AtomicBomb, de Feifer; The Old Breed, de McMillan, y las historias oficiales de la 6.a división de marines y la 7.a división de infantería.

Notas

Página 349 «La posición actual será defendida»: la orden de Ushijima se cita en Typhoon of Steel, de Belote.

15. UNA CATÁSTROFE CIVIL

Las entrevistas del autor con Berger, Dencker, Kottas y Lawler ofrecen una mirada dramática sobre la difícil situación de los civiles de Okinawa durante la batalla y las medidas adoptadas por los estadounidenses para impedir su matanza. Love Company, de Dencker, describe un encuentro entre las tropas de Estados Unidos y unos civiles ocultos en cuevas.

En particular, Tennozan: The Battle of Okinawa and the Atomic Bomb, de Feifer, evalúa las bajas civiles y sus efectos a largo plazo en Okinawa con extraordinario detalle, y el artículo de Lardner publicado el 19 de mayo de 1945 en The New Yorker revela gráficamente la actitud de los soldados y los marines del Ejército hacia los nativos okinawenses. Otras fuentes publicadas que han aportado información a este capítulo incluyen Typhoon of Steel, de Belote; With the Old Breed at Peleliu and Okinawa; y la historia de la 6.a división de marines.

Notas

Página 385 Las niñas de la escuela de aquel pueblo bombardeado: Feifer, en Tennozan, calcula que perecieron hasta «100.000 civiles» durante el mes de junio, pero añade que las muertes fueron demasiado numerosas para establecer un «recuento preciso». La cifra anterior representa dos tercios del cálculo total de civiles muertos que, según Feifer, las «suposiciones definitivas» sitúan en 150.000

16. UNA VICTORIA SOMBRÍA

Varias fuentes publicadas, entre ellas Okinawa: The Last Battle, de Appleman; Typhoon of Steel, de Belote; Tennozan: The Battle of Okinawa and the Atomic Bomb, de Feifer, y la monografía Okinawa: Victory in the Pacific, aportan detalles sobre la muerte del general Buckner. Operation Iceberg, de Astor, incluye detalles sobre las críticas vertidas contra Buckner por varios periodistas de Estados Unidos, y una entrevista con Bohn ofrece un testimonio sobre la muerte del general desde un risco cercano.

Entre las fuentes publicadas, Belote ofrece la mejor descripción de los suicidios de los generales Ushijima y Cho, y una entrevista del autor con McLaughlin, uno de los estadounidenses que se hallaban más próximos a la escena en el momento de las muertes, se centra en las consecuencias emocionales.

Otras entrevistas del autor con Bender y Peto añaden dramatismo a las últimas horas de la batalla, al igual que With the Old Breed at Peleliu and Okinawa, de Sledge, y Love Company, de Dencker. Las historias oficiales de la 7.a y la 6.a Divisiones de marines aportan panorámicas e información de antecedentes.

17. BOMBA ATÓMICA E INDULTO

Algunas reflexiones especialmente valiosas sobre las maniobras políticas y diplomáticas de Tokio y Washington que acabaron desembocando en la derrota de Japón se extraen de History of United States Naval Operations in World War II. Vol. XIV, de Morison; Tennozan: The Battle of Okinawa and the Atomic Bomb, de Feifer, y Code-Name Downfall: The Secret Plan to Invade Japan— and Why Truman Dropped the Bomb, de Alien y Polmar. Esas mismas fuentes, así como Typhoon of Steel, de Belote, describen también los movimientos de Estados Unidos para transformar Okinawa en la principal escala de la invasión prevista de las islas japonesas.

Las entrevistas del autor con Armstrong, Burgin, Caffey, Grant, Kalinofsky, Majors, McDonald y Towry, así como las memorias publicadas de Sledge y Dencker, capturan la amplia variedad de emociones —melancolía, tensión, alivio y algún toque de humor esporádico— que sentían los veteranos de Okinawa al percibir que su suplicio por fin iba a terminar.

EPÍLOGO

Buena parte del retrato de la Okinawa moderna se deriva de una entrevista del autor con Bender tras su retorno más reciente a la isla, en octubre de 2006, durante el cual pasó tres meses visitando antiguos campos de batalla y atracciones turísticas actuales. Varias fuentes de internet,

entre ellas las páginas de la Prefectura de Okinawa y el Cuerpo de marines de Estados Unidos, Yahoo! Asia News y Wikipedia, aportan información actualizada.

Las pinceladas sobre ex combatientes de Okinawa y sus actividades de posguerra se basan en entrevistas del autor con Aitken, Armstrong, Berger, Beyer, Burgin, Butterfield, Caffey, Clark, Cockerham, Dencker, Grant, Green, Kabnofsky, Knorr, Lawler, Leyden, Mace, Majors, McDonald, McLaughlin, Niader, Nemec, Rutkowski, Schlinder, Strain, Towry y Winter.

BIBLIOGRAFÍA: LIBROS CONSULTADOS

Allen, Thomas B. y Norman Polmar. Code-Name Downfall: The Secret Plan to Invade Japan and Why Truman Dropped the Bomb. Nueva York: Simón amp;Schuster, 1995.

Appleman, Roy E. Okinawa: The Last Battle. Washington, DC: The Center of Military History, US Army, 1948.

Astor, Gerald. Operation Iceberg: The Invasión and Conquest of Okinawa in World War II-An Oral History. Nueva York: Donald I. Fine, 1995.

Becton, F. Juban. The Ship That Would not Die. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice-Hall, 1980.

Belote, James H. y William M. Typhoon of Steel: The Battle for Okinawa. Nueva York: Harper & Row, 1970.

Berger, Carl. B-29, The Superfortress. Nueva York Ballantine Books, 1970.

Birdsall, Steve. Log of the Liberators. Nueva York: Doubleday & Company, 1973.

Craig, William. The Fall of Japan. Nueva York: Dial Press, 1967. Deadeyes 96th Infantry División, The (Segunda edición). Paducah, Kentucky: Turner Publishing Company, 1998.

Dencker, Donald O. Love Company: Infantry Combat Against the japanese, World War II. Manhattan, Kans.: Sunflower University Press, 2002. Feifer, George. Tennozan: The Battle of Okinawa and the Atomic Bomb. Nueva York: Ticknor & Fields, 1992.

Green, Bob. Okinawa Odyssey. Albany, Texas: Bright Sky Press, 2004.

Frank, Benis M. Okinawa: Touchstone to Victory. Nueva York: Ballantine

Books, 1969.

Frank, Richard B. Downfall: The End of the Imperial Japanese Empire. Nueva York: Penguin Books, 2001.

Hallas, James H. Killing Ground on Okinawa: The Battle for Sugar Loaf Hill. Westport, Connecticut: Praeguer, 1996.

Hersey, John. Hiroshima. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1946.

History of the Sixth Marine División. Nashville: Battery Press, 1987.

Inoguchi, Rikihei. The Divine Wind: Japans Kamikaze Forcé in World War II. Nueva York: Bantam Books, 1978.

Lacey, Laura Homan. Stay Off the Skyline: The Sixth Marine División on Okinawa. Washington: Potomac Books, 2005.

Lambert, Francis J. Hell Tve Been There. Victoria, BC, Canada: Trafford Publishing, 2003.

Leckie, Robert. Okinawa: The Last Battle of World War II. Nueva York: Viking, 1995.

Strong Men Armed: The United States Against Japan. Nueva York: Random House, 1962.

LeMay, Curtis E. Mission with LeMay: My Story. Garden City, Nueva York:

Doubleday & Company, 1965. Love, Edmund G. The Hourglass: A History of the 7th Infantry División in World War II. Nashville: The Battery Press, 1988.

Manchester, William. The Glory and the Dream: A Narrative History of America, 1932-1972. Nueva York: Bantam Books, 1974.

McMillan, George. The Old Breed: A History of the First Marine División in World War II. Washington, DC: Infantry Journal Press, 1949.

Miller, Donald I. D-Days in the Pacific. Nueva York: Simón & Schuster, 2005.

Morison, Samuel Eliot. History of United States Naval Operations in World War II. Vol. XIV: Victory in the Pacific. Nueva York: Little, Brown & Company, 1960.

Morrison, Wilbur H. Point of No Return: The Story of the 20th Air Forcé. Nueva York: Times Books, 1979.

Nichols, Charles S., Jr. y Henry I. Shawjr. Okinawa: Victory in the Pacific. Washington, DC: Histórica! Branch, US Marine Corps, 1995.

Nichols, David (editor). Ernie's War: The Best of Ernie Pyle s World War II Dispatches. Nueva York: Random House, 1986.

Sherrod, Robert. History of Marine Corps Aviation in World War II. Washington, DC: Combat Forces Press, 1952.

Sledge, E. B. With the Old Breed at Peleliu and Okinawa. Novato, California: Presidio Press, 1981.

Smith, Robert E. A Marine in World War II. Good Hope, Illinois: Robert E. Smith, 1993.

Thomas, Evan. Sea of Thunder: Four Commanders and the Last Great Naval Campaign 1941-1945. Nueva York: Simón & Schuster, 2006.

Warren, James A. American Spartans: The U. S. Marines: A Combat History from Iwo Jima to Iraq. Nueva York: Free Press, 2005.

Warrick, Clifford E. Ghost Troop of the Ryukyus. Vancouver, Washington: Clifford Warrick, 2003.

Winton, John. War in the Pacific: Pearl Harbor to Tokyo Bay. Nueva York: Mayflower Books, 1978.

PERIODICOS

Alexander, Joseph H. «Rifleman Sledge». Leatherneck, julio de 2001.

Astor, Gerald. «Killing Ground on Okinawa». Word War II Magazine Presents Victory in the Pacific, Special Collector's Edition, 2005.

Lardner, John. «A Repórter on Okinawa». The New Yorker, 26 de mayo de 1945.

Leyden, Bill. «A Most Remarkable Marine». The (Hungtinton, Indiana) Herald Press, 30 de mayo de 2006.

Manchester, William. «The Bloodiest Battle of All». New York Times Magazine, 14 de junio de 1987.

McDonald, Ben F. «Ground Zero at Nagasaki Was a Frightful Sight». Corpus Christi (Texas) Caller-Times, 7 de agosto de 2005.

Nordstrand, Dave. «As Corageous as You Can Get». The (Salinas) Californian, 17 de marzo de 2001.

Peto, George. «Worst Days of My Life». Old Breed News, octubre de 1998.

Rhodes, Richard. «Living with the Bomb». National Geographic, agosto de 2005.

Stebbins, Owen T. «Must Seize at Any Cost». World War II, septiembre de 1995.

Wendler, Henry O. «It's Over!». Smithsonian, agosto de 2005. (Los lectores comparten recuerdos del final de la segunda guerra mundial.)

Worden, William L. «The 7th Made it the Hard Way». The Saturday Evening Post, 22 de septiembre de 1945.

ENTREVISTAS DEL AUTOR

(Los rangos son los vigentes en el momento de la campaña de Okinawa.)

Teniente Doug Aitken, noviembre de 2005
Teniente Arthur Arceneaux, octubre de 2006
Sargento Jack Armstrong, septiembre de 2005, marzo de 2006, agosto de 2006
Soldado de primera clase Ed K. Austin, septiembre de 2005
Soldado de primera clase Harry Bender, octubre de 2005, octubre de 2006.
Teniente coronel Spencer Berger, octubre de 2006
Holly Beyer, junio de 2005, agosto de 2005
Cabo Claude Bohn, agosto de 2006
Ayudante de artillería Don Brockman, diciembre de 2005
Sargento R. V. Burgin, julio de 2005, noviembre de 2005, abril de 2006
Cabo Elhott Burnett, octubre de 2005
Cabo Jimmy Butterfield, enero de 2006
Marinero Les Caffey, octubre de 2005
Cabo Lamont Clark, enero de 2006
Cabo Floyd Cockerham, marzo de 2006
Soldado de primera clase (médico) Jerome Connolly, enero de 2006
Soldado de primera clase W. R. Crow, noviembre de 2005
Doctor Walter L. «Doc» Davidson, enero de 2006
Soldado de primera clase Paube deMeis, abril de 2006
Cabo Don Dencker, septiembre de 2005
Teniente Francis Ferry, octubre de 2005
Cabo Melvin Grant, febrero de 2006
Teniente Bob Green, septiembre de 2005
Teniente Herbert Groff, octubre de 2005
Marinero Fred Hammers, agosto de 2006
Sargento Mel Hecht, mayo de 2006
Marinero Leo Helling, mayo de 2006
Sargento Alex Henson, noviembre de 2005

Operador de radio Irvin Hermán, junio de 2005
Marinero Don Hile, mayo de 2006
Marinero Jay Holmes, mayo de 2006
Ayudante de artillería Hank Kalinofsky, julio de 2006
Sargento John Knorr, enero de 2006
Soldado de primera clase William Kottas, septiembre de 2005
Capitán de corbeta Lewis Lacy, octubre de 2005
Soldado de primera clase Francis Lambert, septiembre de 2005
Cabo Dan Lawler, octubre de 2005, enero de 2006, septiembre de 2006
Soldado de primera clase Bill Leyden, julio de 2005, octubre de 2005
Cabo Sterling Mace, octubre de 2005
Doctor Frank Mack, marzo de 2006
Soldado de primera clase Wendell Majors, junio de 2006
Sargento Jim Mattern, febrero de 2006
Marinero Bill McCauley, diciembre de 2005
Alférez Ben McDonald, octubre de 2006
Sargento mecánico Porter McLaughhn, julio de 2005, noviembre de 2005 Sargento Walt McNeel, agosto de 2005
Soldado de primera clase Americo «Moe» Milonni, mayo de 2006
Soldado de primera clase J. E. Moore, marzo de 2006
Soldado de primera clase Frank Nemec, octubre de 2005
Frank Niader, agosto de 2006
Cabo Laurence «Buck» Norris, noviembre de 2005
Teniente Frank O'Hara, septiembre de 2005
Sargento George Peto, octubre de 2006
Soldado de primera clase Bill Pierce, marzo de 2006
Soldado de primera clase Rudy Pizio, enero de 2006
Marinero Zane Puckett, octubre de 2005
Soldado Gil Quintanilla, noviembre de 2005
Soldado de primera clase Manny Rivas, julio de 2005
Sargento Walt Rutkowski, mayo de 2006
Cabo Ray Schlinder, marzo de 2006
Capitán Bob Sherer, abril de 2006
Ayudante de maquinista Ted Stoval, marzo de 2006
Soldado de primera clase Bill Strain, noviembre de 2005
Soldado Howar Towry, noviembre de 2005
Marinero Robert Welch, noviembre de 2005
Soldado de primera clase Dick Whitaker, marzo de 2006
Soldado Jim White, marzo de 2006
Teniente Bill Winter, noviembre de 2005
Cabo Charles Womack, septiembre de 2005

VARIOS

Soldado de primera clase Martin L. Allday, doctor Bert Cooper, teniente Francis Ferry, sargento Trenton Fowler, ayudante de artillería Hank Kalinofsky, sargento Raymond Maxwell, teniente James K. Nance, sargento Charles Pase, teniente David Straus, alférez Lyle Tennis, soldado Howard Towry. Historias orales (todas ellas cortesía del National Museum of the Pacific War).

Cabo Richard E. Bush, nombramiento a la Medalla de Honor.

Cabo R. V. Burgin. Entrevistas filmadas (cortesía de R. V. Burgin).

Soldado de primera clase Jerome E. Connolfy Sr. Memorias no publicadas (cortesía de Jerome E. Connolly Sr.).

Comandante Henry A. Courtney Jr. Nombramiento a la Medalla de Honor.

D. M. Giangreco. «Operation Downfall: U.S. Plans and Japanese Countermeasures». Simposio sobre los planes estadounidenses para la invasión de Japón, Universidad de Kansas, 16 de febrero de 1998.

Soldado de primera clase Alfred E. Henderson. Recopilación de cartas
(cortesía de Lisa Bess).

Cabo Dan Lawler. Historia oral (cortesía de Dan Lawler).

Soldado de primera clase Bill Leyden. Entrevista filmada (cortesía de Hill Leyden).

Cabo Sterbng Mace. Historia oral (cortesía de Sterbng Mace).

542.° Escuadrón de Cazas Nocturnos de los Marines. Tributo en formato de anuario e historia de la unidad (cortesía de Walt McNeel).

Sargento Porter McLaughlin. Recopilación de cartas (cortesía de Porter McLaughlin).

Teniente Quentin «Monk» Meyer. Recopilación de cartas (cortesía de Holly Beyer).

Wilham E. Mitchell. Memorias no publicadas (cortesía del National Museum of the Pacific War). Sargento George Peto, The Hard Luck Kid y otros ensayos (cortesía de George Peto).

PÁGINAS DE INTERNET

GlobalSecurity.org

Japan Policy Research Institute (www.jpri.org)

Página oficial de la Prefectura de Okinawa (www.pref.okinawa.jp/engbsh)

Archivos Culturales de Ryukyu (http://rca.open.ed)

Harry S. Truman Presidential Library (www.trumanlibrary.org)

U.S. Army Military History Institute (www.usamhi.carlisle.army.mil)

Página oficial del Cuerpo de Marines de EE UU (www.usmc.mil/)

Wikipedia, the Free Encyclopedia (http://en.wikipedia.org)

Yahoo! Asia News, 23 de junio de 2006

Agradecimientos

Docenas de personas me ayudaron a escribir Okinawa. Colaboraron tan certeramente como si hubiesen estado sentadas conmigo frente al procesador de textos, guiando mis dedos sobre el teclado y estimulando mis procesos mentales, y estoy profundamente agradecido a todos ellos.

Debo un especial reconocimiento a las aportaciones de los casi setenta ex combatientes de Okinawa que dedicaron su tiempo y energía a realizar entrevistas con el autor, algunas de corta duración y otras que se prolongaron durante muchas horas. Sin sus recuerdos y reflexiones colectivos este libro jamás se hubiera podido finalizar. Varias personas que perdieron a seres queridos en Okinawa proporcionaron información sobre unos héroes fallecidos hace mucho tiempo a la que no se podía acceder de ninguna otra manera. Todos estos individuos compartieron un número increíble de historias apasionantes, trágicas, humorísticas e inolvidables, tantas que, lamentablemente, no pude incorporarlas todas a la narración. Por ello, además de mi gratitud, ofrezco mis disculpas por esas omisiones.

Muchos de mis entrevistados se convirtieron en mucho más que meras fuentes de información. También se convirtieron en amigos —de los mejores que he tenido nunca— y atesoraré su amistad mientras viva. Qué alegría me procuró el descubrir a hombres como Harry Bender, Porter McLaughlin, Doug Aitken y Melvin Grant, y luego tener la oportunidad de viajar por todo el país para reunirme con ellos cara a cara. Igualmente, fue un placer restablecer contacto con algunos ex combatientes que había conocido con anterioridad —R. V. Burgin, Bill Leyden, Sterling Mace y Dan Lawler, por nombrar unos cuantos—, mientras trabajaba en Brotherhood of Héroes, mi libro dedicado a Peleliu.

El personal del National Museum of the Pacific War, en Fredericksburg, Texas, también realizó aportaciones formidables al libro. Tanto Reagan Grau, archivista del museo, como Floyd Cox, que supervisa su programa de historia oral, me abrieron sus archivos, lo cual me permitió acceder a inestimables fotos realizadas en el campo de batalla y a centenares de páginas de entrevistas con ex combatientes de Okinawa. El simposio del museo sobre Okinawa, celebrado en septiembre de 2005, fue donde dio comienzo mi investigación seria para Okinawa, y me permitió establecer valiosos contactos por todo el país.

Como ocurrió durante mi proceso de documentación para dos historias militares anteriores, mi buen amigo Floyd Wood siempre se mostró dispuesto a recurrir a su considerable sabiduría y experiencia sobre la segunda guerra mundial para responder a mis preguntas, por inanes que resultaran.

No está de más insistir en las contribuciones profesionales de mi ingenioso representante, Jim Donovan, y mi talentoso editor en Simón & Schuster, Roger Labrie.

Y, por último, quiero dar las gracias a mi mujer, Lana Henderson Sloan —una escritora mucho más prolífica y mejor editora que yo— por su amor y respaldo durante este proyecto, y también por las numerosas horas que pasó viajando conmigo para asistir a las entrevistas, fotografiando a los ex combatientes, corrigiendo mis borradores y diciéndome cuándo consideraba que algo era

bueno o malo.

Mi más sentida gratitud a todos los que han tomado parte en la creación de un libro que espero sea recordado como el definitivo sobre la batalla. ¡Gracias a todos!

Bill Sloan
Dallas, Texas

— oOo —

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

Notas

[1] En Estados Unidos y Gran Bretaña, April Fool’s Day.<<

[2] Batallones de construcción de la Armada estadounidense.<<

[3] Significa «gancho» en inglés.<<

[4] En inglés, «virgen reacia».<<

[5] En inglés, «cara de pasa».<<

[6] En inglés, «lancha de desembarco» se corresponde con las siglas «LST». De ahí, long, slow target.<<

[7] Hace referencia a una comedia televisiva estadounidense, The Life of Riley, que se emitió a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta.<<

[8] En español correspondería a «Sonrisas» o «Risitas».<<

[9] En inglés «major» significa «comandante».<<

[10] Por military government, o «gobierno militar».<<

[11] The Sad Sack era el nombre de una tira cómica y un personaje homónimo creados durante la segunda guerra mundial por el sargento George Baker.<<

[12] Mutt y Jeff son dos personajes de una célebre tira cómica creada por Bud Fisher en 1907 y cuya publicación se prolongó hasta 1982.<<